DUSKBOUND



GRENWICH & LENNOX

GRENWICH Y LENNOX

DUSKBOUND

Traducción de Palma Carvajal
e Inma Rodríguez

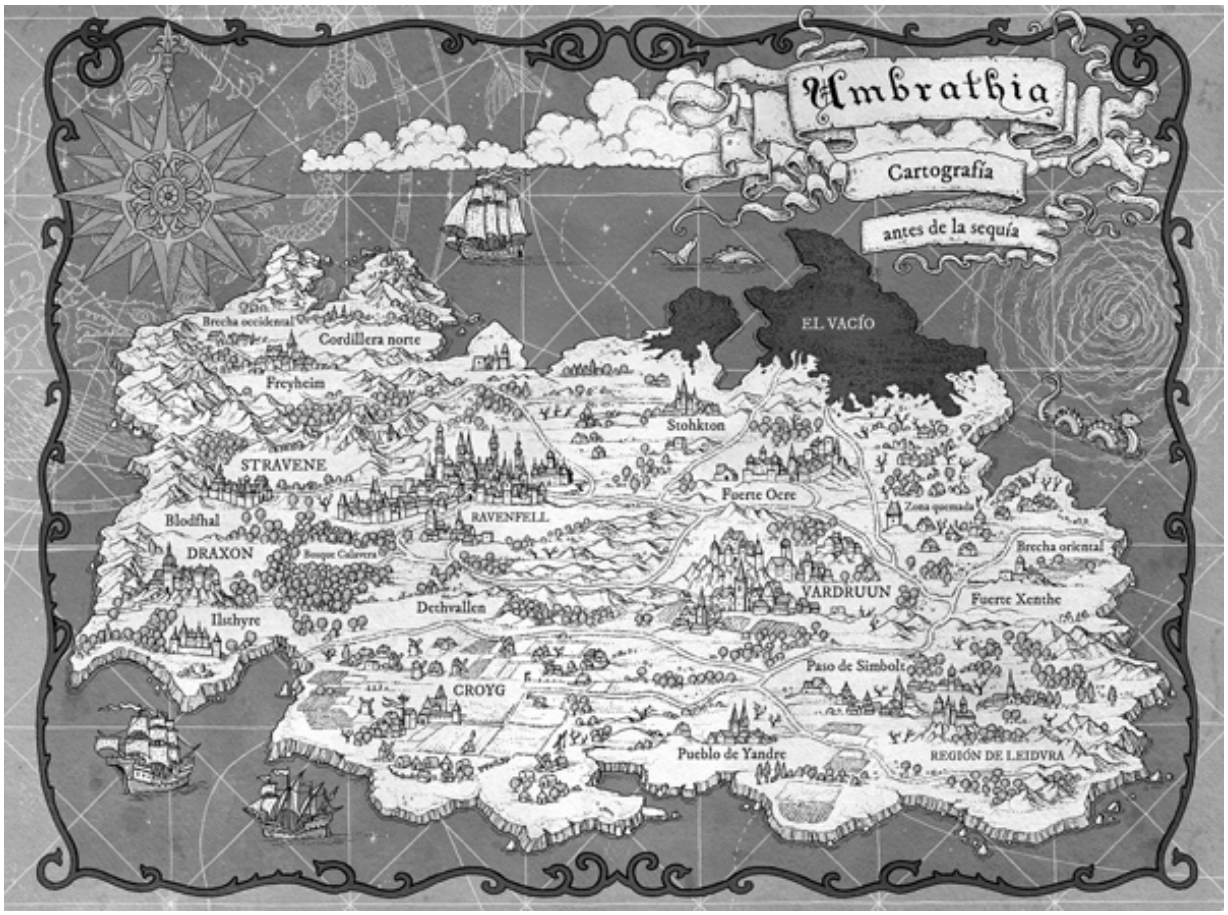
ALFAGUARA

Para aquellos que aprendieron
que la oscuridad no devora.
Forja

Escucha nuestra lista de reproducción de Spotify
inspirada en *Duskbound*.



La mayoría están ahí por la letra, algunas por las *vibes*
y otras tal vez solo predigan el futuro.


Umbrathia
Cartografía
antes de la sequía
EL VACÍO
Brecha occidental
Cordillera norte
Freyheim
Stohkton
STRAVENE
Fuerte Ocre
Zona quemada
Blodfhal
RAVENFELL
DRAXON
Bosque Calavera
Brecha oriental
VARDRUUN
Fuerte Xenthe
Ilsthyre
Dethvallen
Paso de Simbolt
CROYG
Pueblo de Yandre
REGIÓN DE LEIDVRA

ANTERIORMENTE EN *RIFTBORNE*

En un mundo en el que la esencia mágica fluye del propio reino y se manifiesta en los individuos en forma de habilidades mágicas únicas llamadas «focos», Fia Riftborne ha aprendido a vivir en las sombras. Toda su vida le han enseñado que los riftborne son inferiores, peligrosos y merecedores de su opresión.

Sin embargo, Fia guarda un secreto: un extraño y aterrador foco que le permite manipular mentes. Cuando este poder estalla, atrae la atención del general Laryk Ashford, un prodigio militar cuyo misterioso foco le permite interpretar y predecir las acciones de los demás, excepto las de Fia. Intrigado por sus poderes, le da a elegir: unirse a su facción de élite en la Guardia de Sídhe o enfrentarse a la ejecución por su crimen.

Fia, a pesar de su odio a la misma Guardia que destruyó su tierra natal, acepta, desesperada por controlar sus habilidades letales. Conforme lidia con relaciones complejas dentro de la Guardia y forja vínculos con su nuevo equipo, una seria amenaza surge. Unas criaturas de sombras llamadas «espectros» comienzan a atacar las fronteras occidentales de Sídhe, al parecer para obtener sus reservas de arcanita, un poderoso cristal mágico.

Al acompañar a Laryk a la ciudad fortificada occidental de Emeraal, su viaje revela una tensión y atracción crecientes que culmina con un encuentro íntimo tras una confrontación acalorada.

Los poderes de Fia continúan evolucionando mientras descubre que puede adentrarse en los sueños de los demás al presenciar por accidente un sueño erótico de Laryk y experimentar visiones proféticas de un ataque inminente que al principio descartan.

Durante un baile formal en Emeraal, cuando los espectros emprenden el ataque que Fia había vaticinado, ella hace gala de unos poderes sin precedentes sobre la oscuridad y las sombras, habilidades que antes se habían asociado solo con el enemigo. Capturada por los espectros, quienes se hacen llamar umbra, a Fia la llevan a Ravenfell, en el reino de Umbrathia, a través del cielo en unas criaturas aladas que parecen caballos. Allí, un guerrero de ojos dorados llamado Aether le revela una impactante verdad: todo lo que sabe de su historia es mentira.

GLOSARIO

PERSONAJES DESTACADOS

Fia Riftborne (*Fía Ríft-born*)
Nuestra protagonista, una duskbound de Sídhe.

Aether (*Í-zer*)
Segundo al mando del general Urkin y líder de la Unidad Umbría.

Laryk Ashford (*Lá-rik Ásh-ford*)
General de la facción Veneno de Sídhe.

Vexa (*Vék-sa*)
Herrera convertida en soldado umbra, puede encantar armas y es miembro de la Unidad Umbría.

Effie (*É-fi*)
Hija noble convertida en soldado umbra, posee habilidades de teletransportación y es miembro de la Unidad Umbría.

Rethlyn (*Réz-lin*)
Soldado umbra, puede manipular las emociones y la consciencia, y es miembro de la Unidad Umbría.

Raven (*Réi-ven*)

Enlace de comunicaciones convertido en soldado umbra, puede crear vínculos con espejos que permiten la comunicación entre ellos y es miembro de la Unidad Archivística.

Lael (*Léi-el*)
Huérfano de Croyg, participante del strykka, nigromante y miembro de la Unidad Umbría.

Mira (*Mí-ra*)
Participante del strykka convertida en soldado umbra, ilusionista de pesadillas y miembro de la Unidad Umbría.

Theron (*Zé-ron*)
Participante del strykka convertido en soldado umbra, ilusionista de fragmentos y miembro de la Unidad Umbría.

Lord Soleil (*So-léi*)
Lord de una casa noble de Sídhe y jefe de Osta.

Osta Riftborne (*Ás-ta Ríft-born*)
La amiga más antigua de Sídhe de Fia.

Maladea Thiston (*Ma-lái-dia Zís-ton*)
Conocida como Ma, amiga y antigua jefa de Sídhe de Fia.

Valkan Syrndore (*Val-kán Sé-ren-dor*)
Lord de Draxon, líder de los damphyre y cambiaformas.

Krayken Vindskald (*Kréi-ken Vínds-kald*)
Bardo viajero y autor de unas memorias en las que detalla su vida antes de las cruzadas.

GENERALES UMBRA

General Urkin (*Úr-kin*)
Líder de las fuerzas de combate de Umbra.

General Taliora (*Ta-lió-ra*)
Líder de la Unidad Médica.

General Talon (*Tá-lon*)
Líder de la Unidad Archivística.

General Karis (*Ké-ris*)
Líder del Regimiento de Exploradores.

CASAS NOBLES DE UMBRATHIA

Casa Valtýr (*Vál-tir*)
La familia real de Umbrathia:

- **Reina Andrid Valtýr** (*Án-drid*)
  Reina actual, sumida en la locura.
- **Príncipe Andrial Valtýr** (*Án-dri-al*)
  El príncipe fallecido.
- **Vilda Valtýr** (*Víl-da*)
  La hermana de la reina.

Casa Skaldvindr (*Es-káld-vin-der*)
Casa noble conectada con la realeza a través del matrimonio.

Casa Eirfalk (*Ér-folk*)
Casa noble, familia de Effie.

Casa Galdrynne (*Gál-drin*)
Casa noble.

Casa Breidfjord (*Bréid-fiord*)
Casa noble.

Casa Baldurson (*Bál-dur-son*)
Casa noble.

Casa Sveinson *(Es-véin-son*)
Casa noble.

Casa Vallgrym (*Vál-grim*)
Casa noble.

Casa Eldgardr (*Éld-gar-der*)
Casa noble.

Casa Alfarson (*Ál-far-son*)
Casa noble.

RAZAS Y TÍTULOS
Kalfar (*Kál-far*)
Los elfos oscuros que viven en Umbrathia.

Aossí (*I-shí*)
Raza de seres parecidos a los elfos que viven en las islas de Sídhe y de Riftdremar.

Damphyre (*Dám-fir*)
Kalfar que se alimentan de la sangre y la esencia de otro kalfar.

Duskbound (*Dásk-baund*)
Verdaderos dominadores de las sombras; según la tradición, solo se dan en el linaje real.

Riftborne (*Ríft-born*)
Niños que fueron salvados de la destrucción de su país natal, Riftdremar, y llevados a la isla de Sídhe. Antes de otorgarles la ciudadanía, estos refugiados se marcaban con un símbolo de unidad en la muñeca y la mano izquierdas. La mayoría se crio en casas de acogida a lo largo de la isla con la intención de que se integrasen en la cultura y la sociedad de Sídhe.

UBICACIONES
Umbrathia (*Um-bréi-zia*)
El reino agonizante de los kalfar.

Sídhe (*Shí*)
La isla de Sídhe es un reino próspero en el que ahora residen todos los aossí.

Ravenfell (*Réi-ven-fel*)
Capital de Umbrathia.

Riftdremar (*Ríft-dra-mar*)
Isla al este de la isla de Sídhe. Riftdremar fue destruida tras un levantamiento contra el esfuerzo colonial de Sídhe para extraer y robar sus reservas de arcanita y extender su influencia sobre la cultura, la economía y los recursos de Riftdremar.

Draxon (*Drák-son*)
Territorio sudeste de Umbrathia gobernado por Valkan.

Stravene (*Es-tra-vín*)
Territorio neutral entre Ravenfell y Draxon.

Croyg (*Króig*)

Antaño la región agrícola más grande de Umbrathia, ahora arrasada por la sequía.

Vardruun (*Var-drún*)
La segunda ciudad más grande en el centro de Umbrathia, afectada por la sequía.

Ilsthyre (*Íls-zair*)
Una aldea al sur de Draxon.

La brecha
La grieta entre reinos.

MAGIA
Esencia
La energía viva que fluye entre los reinos.

Atadura
Término umbra para las habilidades mágicas.

Foco
Término de Sídhe para las habilidades mágicas.

El Vacío
La oscuridad al norte de Umbrathia que produce quemaduras del Vacío.

Quemaduras del Vacío
Marcas que permiten a los recipientes absorber sombras.

ORGANIZACIONES
La Umbra

Fuerza militar de Umbrathia.

Unidad Umbría
Umbra con habilidades relacionadas con la dominación de las sombras.

La Guardia
Fuerza militar de Sídhe.

El Consejo
Entidad gobernante de Umbrathia.

IDEAS Y OBJETOS IMPORTANTES

La sequía
Una sequía mágica en Umbrathia en la que la esencia se está drenando.

Recipiente
Kalfar que se ha adentrado en el Vacío y tiene sus marcas; puede absorber y manipular las sombras que le da un duskbound.

Centinela
Miembro de la Unidad de Combate de la Umbra.

Arcanita
Cristal que almacena esencia.

El strykka (*Es-trí-ka*)
Conjunto de pruebas que permiten a los kalfar unirse a posiciones de alto rango en las fuerzas de la Umbra.

Las cruzadas

Periodo oscuro en la historia de Umbrathia en el que la familia real persiguió sistemáticamente y eliminó a otras familias de duskbound para garantizar su derecho exclusivo al trono, asegurándose de que la casa Valtýr fuera el único linaje con el poder de controlar el Vacío. Estas purgas duraron siglos y erradicaron a casi todos los duskbound que no pertenecían a la línea real.

Traspaso del Vacío
Proceso por el que un duskbound comparte su magia de sombras con los recipientes.

Juramentos de sangre
Contratos mágicos vinculantes que emplea la Guardia.

Lágrima de sangre
Planta utilizada en los juramentos de sangre, nativa de Umbrathia.

Sifón
Puede controlar y redirigir el flujo de esencia.

CRIATURAS
Sirenas temibles
Seres parecidos a los espectros que pueden hablar con los muertos.

Vördr (*Vór-der*)
Híbrido de caballo y dragón que comparte una conexión con aquellos tocados por el Vacío:

Draug (*Dróg*)
Easkath (*Í-as-kaz*)
Nihr (*Nír*)
Nyx (*Níks*)
Raskr (*Rás-ker*)

Stassea (*Es-tá-sea*)
Tryggar (*Trí-gar*)

RELIGIÓN

Esprithe (Es-príz)
Panteón de dioses a los que adoran en la isla de Sídhe y en Umbrathia.

Sibyl (*Sí-bil*)
La Esprithe de la adivinación.

Conleth (*Kón-lez*)
El Esprithe de la sabiduría.

Niamh (*Níiv*)
La Esprithe de los sueños.

Ainthe (*Á-na*)
El Esprithe de los recuerdos.

Eibhlín (*É-ve-lin*)
La Esprithe de la justicia.

Fírinne (Fí-ri-nieh)
El Esprithe de la verdad.

PRÓLOGO

Siempre me había sentido más segura en las sombras.

Antes de la Guardia, me aferraba a ellas, escondida en su abrazo velado. No me ocurrió mucho entonces, pero el precio por tal vida es una existencia asfixiante, como la de una flor presionada con delicadeza entre las páginas de un libro. Preservada aunque estancada. Reducida a los antojos de aquellos lo bastante valientes para echar un vistazo al interior.

Nunca sabes en realidad lo que te falta hasta que se vuelve claro, ya sea por una casualidad o por el destino. En mi caso, fue por la fuerza.

Laryk me había arrancado de las profundidades, había tirado mis pétalos aplastados al agua, pero no al estanque tranquilo que tan solo te revivía. No, me había lanzado a un remolino tempestuoso, el tipo de corriente destinada a transformar. El tipo que elimina las capas de contornos viejos, erosionados y conocidos y da forma a algo nuevo.

Algo que podía existir a la luz.

No obstante, para mi sorpresa, no fue la devastación que siempre temí.

Fue una revelación.

Ser vista, vista de verdad, no era la muerte. Era una chispa de vida que yo nunca había conocido. Me inundaba con un poder que

desde la oscuridad siempre se había parecido mucho a una maldición. Bajo las olas, aprendí a enfrentarme a ello.

Como suele suceder con los cambios, abandoné aquello a lo que me aferraba en el pasado. La oscuridad se convirtió en un vestigio y le di la espalda a las sombras a favor de la luz.

Jamás pensé que volverían a por mí.

CAPÍTULO 1

Alguien estaba llamando a la puerta.

No me moví de mi lugar junto a la ventana, donde tenía la cabeza apoyada sobre los fríos barrotes de hierro que me mantenían encerrada entre las nubes. Sentía un inquietante vacío en las tripas que era un reflejo de la niebla que encapsulaba la torre en la que ahora me hallaba.

Las diminutas calles serpenteantes se veían borrosas desde esta altura, oscurecidas aún más por la neblina que flotaba densa en el aire. Una neblina que jamás parecía disiparse. Solo unos débiles rayos de un sol eclipsado la atravesaban y enviaban una tenue luz a la sala, mi prisión de muros tallados de obsidiana.

Clavé la vista en el reflejo que me devolvía la mirada desde el cristal. En los rabillos de los ojos, se arremolinaba una tinta negra que se extendía hacia el ónice de mis pupilas, aunque no llegaba nunca a tocarlas del todo. Evitar el espejo se había convertido en mi prioridad máxima en esta prisión. Solo me atrevía a echar un vistazo ocasional al cristal semirreflectante de la ventana. Pero, incluso entonces, tampoco era capaz de aguantar la mirada mucho rato.

«Dominadora de las sombras».

Las palabras no se me iban de la cabeza. Ni un solo instante desde que el soldado de ojos dorados las había arrojado en mi dirección. Y de eso hacía días.

Cuatro, ¿quizá cinco?

Había perdido la cuenta.

La hora del día no parecía haber cambiado desde mi llegada.

—Te traigo la comida. —La voz de una mujer sonó desde el pasillo, amortiguada por la pesada puerta—. ¡Espero que estés presentable! ¡Voy a entrar! —dijo antes de que el chirrido de una cerradura oxidada se propagase por la habitación—. Aether está ocupado, claro, así que he pensado: «¿Por qué no me encargo yo?». —La puerta se abrió con un chasquido.

Me tensé, agarré mi daga del alféizar y la enfundé contra mi muslo antes de girarme hacia mi nueva visitante. El reconocimiento se abrió paso cuando me fijé en la ágil figura de la mujer del baile de Emeraal. Esa voz suave no pegaba con la imagen previa que tenía de ella con el aura misteriosa y el cuervo posado en su hombro. La complexión perfecta de esa noche había desaparecido y había cambiado el corrector por una paleta de color que acentuaba las sombras que le rodeaban los ojos en lugar de esconderlas. Ahora llevaba el cabello oscuro recogido hacia atrás con varios coleteros que tintineaban a cada paso.

Se le iluminaron los ojos cuando me divisó mirándola.

—¡Ay, estás despierta! Qué bien. ¡Te he traído algo de comer! —Alzó un poco la bandeja, como si se tratara de un trofeo—. Solo es arroz. No es gran cosa, lo sé.

No dije nada mientras la seguía con atención y evaluaba su actitud. No parecía especialmente amenazadora, aunque su conducta casual me puso de los nervios. Durante los últimos días, había visto numerosas caras de personas que me habían traído alguna variante de comida destinada nada más que a alimentarme. Ninguna me había hablado tanto como ella.

—¡Debes de estar muy confundida! A ver, yo también lo estaría si me despertara en un lugar extraño con gente desconocida, pero te prometo que no te vamos a hacer daño. —Sonrió de oreja a oreja—. Soy Effie, por cierto. Y tú… Bueno, ¿cómo te llamas?

Controlé la expresión para reflejar neutralidad.

—¿Qué hago aquí? —pregunté con la voz temblándome por el poco uso. Me aclaré la garganta, odiaba el indicio de debilidad.

Effie ladeó la cabeza; era obvio que se debatía sobre qué responder.

—¿Cómo te encuentras? —me preguntó en su lugar con un tono curiosamente serio.

Apreté la mandíbula.

—Si no sois el enemigo, entonces ¿por qué me retenéis?

—¡Oh, no te retenemos! —contestó enseguida, aunque su tono animado se quebró—. Bueno, en teoría sí que te tenemos encerrada aquí, pero, a ver, no es para siempre. Es solo que… Bueno, Aether creyó que sería lo mejor hasta que lo solucionáramos todo… —Bajó la voz a un tono conspiratorio—. Suele estar cabreado la mayor parte del tiempo. Menos mal que está tremendo, porque una se acaba cansando de ese aire oscuro y melancólico después de un rato. —Soltó una risita, como si estuviéramos compartiendo una broma privada.

La frustración se apoderó de mí.

—Dime qué es un dominador de las sombras —exigí.

—Alguien que puede utilizar la nada y controlarla. —Arqueó a la perfección una ceja en un gesto engreído, como si aquello fuera lo más evidente del mundo.

—¿Y creéis que yo puedo hacer eso?

—Te hemos visto hacerlo. —No ocultó la exasperación en su voz.

Seguía teniendo borrosa la noche de Emeraal, con los chillidos, el humo y el salón de baile sumiéndose en el caos. Recordaba las sombras derramándoseme de las manos, pero los detalles se me escapaban. ¿De verdad había absorbido yo su oscuridad? ¿La había controlado? ¿O no se trataba más que de otra manipulación en la que me alimentaban con medias verdades para hacerme dudar de todo cuanto sabía?

Lo único que tenía era su palabra. La palabra de mi enemigo.

La ira se apoderó de mí.

—Entonces ¿cuál es vuestro plan? ¿Obligarme a unirme a vuestro ejército? ¿Utilizarme contra el mío? —Mis palabras estaban teñidas de repulsión.

La expresión de Effie cambió a algo parecido a la incredulidad.

—¿Obligarte? ¡Cielos, no! Eso sería… —Vaciló y arrugó la nariz—. Bueno, supongo que sería eficaz, pero no, no podríamos. —Soltó una risita apagada, aunque los ojos se le fueron a la puerta con nerviosismo.

—Ah, ¿no? —Aether había bloqueado mi intrusión mental sin el menor esfuerzo—. ¿Por qué no os metéis en mi cabeza y me lo ordenáis?

Él ya había estado en mi cabeza, ¿no? Esos ojos dorados me habían perseguido en sueños antes de verlo en este reino. ¿Esa invasión fue obra suya? ¿Algún truco retorcido para debilitarme antes de atraparme? La idea me provocó arcadas.

Effie arrugó la cara, confundida.

—No sé a qué te refieres.

Mi corazón se saltó un latido; una pequeña semilla de esperanza germinó. Como estaban al tanto de mi conexión con las sombras, había asumido que conocían mi habilidad para doblegar mentes. Sin embargo, la genuina confusión en la cara de Effie indicaba lo

contrario. Miré en mi interior y busqué el pulso de mentes en la zona cercana. Podía ver a Effie con claridad delante de mí, y otras más pequeñas, al parecer en la planta de abajo. No tenían pinta de ser distintas de las mentes de los aossí. Solo la de Aether brillaba con un tono dorado desconocido. Y, como Effie había mencionado con tanta amabilidad al llegar…, estaba ocupado ahora mismo.

—Entonces, dominar las sombras no está conectado con la mente, ¿no? —le pregunté, tratando de que mi voz sonara neutra, con un poco de desinterés por si acaso.

—No que yo sepa. —Entrecerró los ojos azules—. Pero yo no soy una dominadora de las sombras de verdad. Solo soy un recipiente. —Se le volvió más lenta la respiración mientras se fijaba en la puerta.

Contuve la sonrisa que amenazaba con brotar de mis labios.

—A lo mejor estoy hablando con demasiada franqueza. Tengo tendencia a hacerlo, al menos eso es lo que me dice siempre Vexa. —Intentó recuperar la actitud juguetona, aunque era evidente que estaba nerviosa. Se había ido de la lengua.

Mantuve la cara serena incluso mientras mi foco cobraba vida.

—Effie, voy a necesitar tu ayuda. —Antes, me habría costado desplegar mi foco en caso de necesidad, pero ya no. Ahora, no dudó, ansioso por salir. Los hilos iridiscentes aletearon alrededor de la chica, acariciándole la mente antes de tomar el control. Suspiré aliviada al no toparme con resistencia. Mi foco canturreó, haciendo que me cosquilleara toda la espalda.

La confusión de Effie se desvaneció y los músculos se le relajaron hasta que casi pareció tranquila. Sus ojos me devolvían la mirada sin ver, a la espera de mi orden.

—Me vas a guiar fuera de aquí y vas a tomar el camino más seguro de vuelta a la isla. —Mi voz estaba llena de una confianza

que no había sentido desde que me habían traído a este miserable sitio.

Sin mediar palabra, se giró hacia la puerta y echó a andar. Me concentré en la conexión con la mente de Effie mientras la seguía con el corazón atronándome como única distracción.

Les agradecí a los Esprithe cuando la puerta se abrió y reveló un pasillo por fortuna vacío. Las mentes que había un poco más allá de nosotras me llamaban, tan cerca, tan tentadoras, pero no podía arriesgarme. Nunca había intentado controlar más de una mente a la vez. Ahora no era el momento para probar y fallar. Echaría a perder mi oportunidad de escapar si perdía la conexión con mi única guía. Y, si gritaba pidiendo ayuda, ya ni hablemos. Tendría que abrirme paso a través del edificio a ciegas.

Me fijé en los alrededores mientras íbamos pasillo abajo. Las paredes estaban hechas de una piedra irregular y fría. Una escalera revelaba plantas incluso más altas. Se percibía el olor de un fogón ardiendo cerca, y mi única esperanza era que los demás estuvieran tan ocupados que no notaran a una guardia y a una prisionera de guerra caminando sin más por ahí.

—Ve más rápido —le ordené a través del vínculo, con los nervios de punta.

Effie aceleró el ritmo y se mantuvo en los bordes de fuera de los escalones cuando comenzamos a descender en una espiral vertiginosa. A cada planta que pasábamos, mi apremio crecía mientras intentaba caminar deprisa, pero sin ser vista.

Casi me tropecé con ella cuando el suelo terminó nivelándose. Estábamos en un espacio circular con dos puertas arqueadas abiertas a cada lado que conducían a grandes salones, por suerte vacíos, y una puerta de madera se hallaba justo en medio. Me costaba escuchar por encima del pulso atronador mientras me fijaba

muchísimo en la puerta del medio, pues sabía que era nuestra salida.

Un poco más y sería libre de esta torre dejada de la mano de los Esprithe. Me obligué a no pensar en lo que aguardaba más allá de los muros; un paso a la vez.

«Muévete, muévete, muévete».

Effie alzó la mano para abrir la puerta. Justo cuando envolvió los dedos en torno al pomo, se escucharon unos pasos detrás de mí. El aire cambió, cortante y rápido, y una fuerza me impactó en la espalda. Me desplomé, jadeando, y, antes de poder orientarme, alguien me levantó y me echó por encima de un hombro. La conexión con Effie se rompió y se deshilachó hasta desaparecer.

—Ah, no. Ni de coña. —La voz ronca me hizo vibrar por dentro. Al hombre ni siquiera parecía faltarle el aliento cuando me arrojó sobre el hombro como si no pesara más que un saco de grano.

«Mierda».

—Admiro tu ambición —dijo él con un tono tan tranquilo que resultaba irritante—. Pero vas a aislamiento.

Le golpeé la espalda con los puños, asestándole como una bestia salvaje. Su cuerpo era un muro de piedra, firme y del todo indiferente a mis forcejeos.

—Suéltame —chillé; mi voz sonó amortiguada por su espalda cubierta de cuero.

—Imposible, princesa.

Noté la inclinación de su mandíbula contra mi cadera y estuve a punto de intentar morderle.

—Y deja de llamarme así, joder.

Él me agarró las piernas con más fuerza.

—Pues deja de actuar como tal.

Sus palabras me golpearon como un látigo, y la ira me recorrió de arriba abajo. Se acabó.

Me llevé la mano al muslo de golpe y saqué la daga oculta de su funda. El verde esmeralda, salpicado de oro, me delató, pues reflejó el único destello de luz procedente de una antorcha de la pared. Aether se puso rígido cuando bajé la mano hacia su pierna a toda velocidad, movida por la rabia.

Pero entonces se detuvo. La mano se me paralizó justo cuando una gota escarlata se le formó en la superficie del cuero. Traté una y otra vez de clavársela más en la piel; no obstante, una fuerza invisible retenía mi puño en el sitio, temblando.

—Patético —dijo en un tono grave mientras los dedos se abrían en contra de mi voluntad y la daga se me caía al suelo con un chasquido.

Sin pensármelo, lo intenté morder y hundí los dientes en su costado.

Él se removió, su cuerpo apenas se retorció ante el ataque, y soltó un siseo bajo.

—Te estás echando piedras sobre tu propio tejado.

Apreté los dientes.

—Te juro que voy a…

—¿Morderme otra vez? —Su voz, teñida de humor, no hizo más que aumentar mi cabreo—. Puede que seas la duskbound más débil de toda la historia de este reino.

Gruñí con frustración y traté de darle una patada, pero era una roca sólida; apenas se inmutaba ante mis esfuerzos.

Un jadeo reverberó desde la puerta justo cuando Aether se giró para empezar a subir a la celda, y me fijé en una muy confusa Effie, que poco a poco estaba recuperando la consciencia mientras se le enrojecían las mejillas.

—¿Qué…? ¿Cómo he bajado aquí? ¿Qué ocurre? —Se trabó al hablar a la par que nos seguía.

—Effie, la próxima vez haz lo que se te ha dicho y espera —dijo Aether como respuesta.

Me sentí ridícula al ir rebotando a cada paso mientras la expresión de Effie cambiaba a una de ira dirigida exclusivamente a mí.

—¡Serás puta! —chilló con los ojos brillantes—. ¡Con lo maja que he sido contigo!

Y, de pronto, su figura desapareció y se materializó a apenas unos milímetros de mi cara.

—Te he llevado comida… —empezó a decir, pero Aether la cortó.

—Ni te molestes, Effie —repuso él mientras continuaba subiendo y ponía distancia entre nosotras. Ella soltó un siseo de exasperación y se cruzó de brazos antes de darse la vuelta.

Subimos, y mi cuerpo se quedó flojo cuando una pesadez se me instaló en los huesos.

Cuando llegamos a la sala, Aether no me bajó de inmediato. En vez de eso, me agarró con más fuerza y me clavó los dedos en la piel mientras me acercaba a la ventana.

—Mira —ordenó con una voz tan tranquila que incluso daba repelús—. Mira hacia dónde estás tratando de huir.

Más allá del cristal, la neblina se había dispersado, y me fijé en un paisaje gris que se extendía sin fin, interrumpido solo por unos árboles torcidos y ruinas derruidas. El crepúsculo eterno le daba a todo un aspecto de ceniza y sombras.

—Esto es lo que ha hecho tu gente —gruñó, con el aliento cálido contra mi oído.

Al fin me dejó en el suelo, pero, antes de que pudiera moverme, me sujetó contra la pared.

«No».

La posición era demasiado familiar. Unos hombros anchos enjaulándome y una mano agarrándome por detrás de la cabeza. El calor desprendiéndose de un cuerpo presionado muy cerca. Habían pasado apenas unas noches desde que Laryk me había sujetado así en su cuarto, con nuestras respiraciones jadeantes y su boca dejando un rastro de fuego por mi cuello. Sin embargo, los ojos habían sido aquellos esmeraldas que interpretaban cada uno de mis movimientos, no estos de oro líquido que ardían con acusación. Las manos habían sido las de alguien que yo había elegido.

—Así que dime, princesa —dijo Aether; su voz rezumaba veneno —, ¿también te han enseñado a robar esencia? ¿O solo a controlar mentes?

—No sé de lo que estás hablando —espeté, pero la voz se me quebró.

Soltó una carcajada cruel mientras se inclinaba más cerca.

—Ah, ¿no? Entonces ¿por qué no me explicas cómo absorbiste nuestras sombras esa noche?

—Yo no…

—No me mientas. —Me agarró la mandíbula y me obligó a mirarlo a los ojos—. Te vi. Vi lo que eres.

—¿Y qué es lo que soy exactamente? —Las palabras salieron en un susurro.

Algo oscuro le relució en los rasgos.

—Eso es lo que intento averiguar. —Me soltó, y mi espalda se deslizó contra el muro.

—La noche que te trajimos con nosotros, llevabas puesto ese vestido ridículo. —Comenzó a dar vueltas a mi alrededor—. Pero luchaste como una soldado. Así que o eres alguien importante, o perteneces a la Guardia.

—Estaba sirviendo copas —espeté.

Su risa fue fría.

—¿Con ese vestido? ¿Y esa daga? —Se sacó mi arma del cinturón, la misma con esmeraldas salpicadas de oro, los colores de Sídhe—. Cuéntame otra.

Como permanecí callada, se arrimó más.

—¿Quién eres para ellos? —Entrecerró los ojos—. ¿De dónde procedes?

—Sabes bien de dónde procedo —siseé, poniéndome de pie.

—Esa no es una respuesta. —Su mano salió disparada hacia mí y enroscó los dedos en torno a mi cuello—. Íbamos a hacer esto por las buenas. Qué lástima. —Tenía la cara peligrosamente cerca—. ¿Cómo acabaste en Sídhe? ¿Te cogieron ellos o entraste en el reino por tu cuenta?

—Que soy de Sídhe —respondí entre dientes.

Me analizó y deslizó los ojos entornados por mi cara como si fuera incapaz de procesar mis palabras.

—¿Y cuál es tu puesto? —preguntó—. En la Guardia.

—Te lo he dicho…

—La verdad —espetó—. O tendré que suponer que eres una amenaza inmediata para este reino. Y lidio con las amenazas como corresponde.

Sus palabras hicieron que se me helaran las venas. No obstante, bajo el miedo, la ira se desató.

—¿Quieres la verdad? —mascullé—. No sé por qué puedo dominar las sombras. No sé por qué vuestra oscuridad me atrajo esa noche. Pero sí sé que amenazarme no hará que consigas las respuestas que quieres.

Su expresión cambió a algo, quizá a sorpresa, ante mi desafío. O tal vez fue por la honestidad que había escuchado en mi voz. Aflojó el agarre sobre mi garganta.

—¿Cómo lo hacen? —dijo en voz baja—. ¿Cómo llenan las torres?

—Tus preguntas no tienen sentido para mí —contesté furiosa—. No sé las respuestas.

Retrocedió. El desdén desapareció de sus labios y fue sustituido por una lenta exhalación a través de su nariz. Entrecerró los ojos aún más, convirtiéndose en finas rendijas. Era la clase de mirada que tiene un cazador cuando rastrea una presa por el bosque.

—Te daré una última oportunidad —declaró con el tono de un murmullo—. Sé sincera y dime quién eres y cómo nos están drenando, y me aseguraré de que te traten con dignidad.

Lo miré a los ojos y permití que viera el desafío en ellos.

—Jamás en mi vida me han tratado con dignidad. ¿Qué te hace pensar que tus amenazas sirven de algo conmigo?

—Muy bien —respondió, acercándose—. A aislamiento. —Clavó la mirada en mí un último segundo antes de bajar el brazo y marcharse.

La puerta se cerró detrás de él con rotundidad y la cerradura se deslizó en su sitio. Se me escapó un gemido de los labios cuando el peso del fracaso me atravesó. Me dejé caer de rodillas y las lágrimas comenzaron a brotar, dejando que mi rostro se deslizara contra el frío suelo de piedra.

Me quedé así durante días mientras me iba percatando de todo. Nunca tendría ocasión de despedirme de Raine, no podría decirle lo mucho que significaba para mí. No me podía quitar de la cabeza la expresión de Osta. Y la pena de Ma cuando se enterase de que sus peores temores se habían cumplido… Aunque acordarme de Laryk fue lo que de verdad me paralizó. A medida que fui asimilando la realidad de mi situación, sentí un miedo que jamás había conocido hasta entonces.

No hasta que me di cuenta de que no volvería a verlos de nuevo.

CAPÍTULO 2

No hubo más intentos de visitarme ni más interacciones con nadie. Solo el deslizamiento ocasional de comida por debajo de la puerta, el sonido de llaves girando cerraduras y el silencio opresivo que se había instalado y no se desvanecía. Seis semanas. Eso era lo que llevaba aquí según un guardia que escuché al otro lado de la puerta. Encerrada en esta habitación estrecha con nada más que aire viciado, platos ocasionales que sabían a arena y la luz constante y tenue que se filtraba por la ventana.

Había quedado claro que nunca tendría otra oportunidad de escapar mientras Aether estuviera por allí. Y lo estaba. Siempre se encontraba por allí. Era insufrible. Esa mente dorada palpitaba en el aire como un faro y no podía escapar de ella, no podía escapar del hombre que se alzaba imponente como mi centinela personal.

Solo había tiempo. Demasiado para pensar en cosas que eran tan dolorosas que amenazaban con hacerme pedazos.

Había tenido sueños al principio. Parpadeos de cosas, escenas que tenían lugar en el sitio que solía llamar «hogar». Destellos de rostros, atisbos repentinos de las personas a las que había dejado atrás. Gente que seguro que pensaba que estaba muerta. Era difícil saberlo, discernir si aquello era algo más que mi propia conciencia atormentándome con miradas al pasado o si era más que eso, cosas tangibles que sucedían en tiempo real. Me había dado por vencida

con tratar de descubrirlo. Dolía demasiado. Y, como mis esperanzas por escapar, por que me rescataran, habían mermado, también lo habían hecho mis sueños. La mente se me había tornado tan gris y sin vida como el paisaje de fuera.

Entonces, se oyeron tres golpes fuertes en la puerta, lo que me congeló las venas al instante.

Me acerqué más a la pared, abandonando la luz de la ventana y presionando la espalda contra la superficie de piedra gélida mientras el corazón se me salía del pecho. No recordaba la última vez que había sido consciente de que latiera.

Primero entró una mujer desconocida, con pasos mesurados, pero sin prisas. Aether la siguió y se quedó en el umbral, con los ojos parpadeando hacia mí solo un segundo antes de darme la espalda y centrar su atención en el pasillo más allá.

La mujer se detuvo y examinó la habitación un instante antes de posar la vista en mí. Ladeó la cabeza, y un mechón de pelo negro azabache se le pegó a la mandíbula. Llevaba una armadura de cuero ceñida y la silueta tachonada con acero. Una docena de dagas destellaban contra su torso; las hojas reflejaban la luz tenue. Los mangos estaban tallados con símbolos desconocidos. Algunos lucían gastados; otros, decorados, y uno parecía hecho de hueso, y su brillo pálido hizo que me recorriera un escalofrío por toda la columna.

—Soy Vexa —se limitó a decir con un tono ligero pero firme. Se adentró más en la habitación—. ¿Y tú?

Abrí la boca y luego la cerré, tan impactada por la intrusión repentina que no supe qué responder. Sin estar segura de si debía contestar siquiera.

—¿Habla? —preguntó Vexa, observando por encima del hombro a Aether. Él no se giró—. Mira, creo que eres lo bastante lista para

entender que no vamos a cambiar esta situación… —se paseó por la habitación— sin charlar un poco.

Aun así, las palabras me fallaron.

—Te dije que teníamos que haber esperado más tiempo. —Aether suspiró sin girarse—. Tarde o temprano se derrumbará.

—Aether, nadie ha pedido tu opinión —replicó en un siseo antes de volver a centrar la atención en mí—. ¿Cómo podemos llamarte?

Al final, cedí. Me había pasado demasiado tiempo sin distracciones y la desesperación me estaba consumiendo.

—Fia —contesté; mi propio nombre me sonaba desconocido.

Los ojos violetas, arremolinándose con zarcillos oscuros no muy diferentes a los míos, le brillaron de sorpresa.

—Fia. Qué nombre tan extraño —murmuró, girándose hacia un lado con una sonrisa victoriosa en los labios—. ¿Has oído, Aether? He ganado. Ahora haremos las cosas a mi modo. —Soltó una carcajada al tiempo que él respondió con un simple gruñido; su cuerpo musculoso aún abarcaba la entrada en su totalidad—. Es muy mal perdedor. —Se encogió de hombros—. Su plan era limitarse a dejarte en esta torre hasta que te quebraras. Algo que es obvio que estaba yendo bien.

Miré a Aether mientras la rabia me recorría de arriba abajo. Las últimas seis semanas habían sido un monótono adormecimiento sin fin en el que casi todas mis emociones se habían reducido a la nada. Cuando lo observé, dejé que esa rabia tomara el control. La sentía cálida. Quería aferrarme a ella y no permitir que se marchara.

Vexa alzó una ceja ante mi expresión.

—Pero igual deberías esperar fuera. No creo que le caigas muy bien —dijo, mirándonos a una y a otro—. ¿Quieres que él se marche? —me preguntó, divertida.

Me limité a asentir.

—Muy bien, Aether, espera fuera. Tu presencia no está ayudando en esta situación, que digamos.

—¿Te acuerdas de lo que le pasó a Effie? —contestó él con tranquilidad. El recordatorio de mi fracaso me escoció.

—Si decide secuestrarme la mente, estoy segura de que la pillarás otra vez —replicó con aspereza; era evidente que estaba perdiendo la paciencia con el tira y afloja—. Venga, vete.

Él vaciló antes de marcharse.

—Como quieras. —Y oí el chirrido de la puerta de metal al cerrarse y el cerrojo oxidado volver a su sitio.

—Por todos los Esprithe, es agobiante. —Puso los ojos en blanco y se sentó en la cama—. ¿Mejor?

Me quedé mirándola sin más.

—No te calles conmigo. Tengo algo que ofrecerte. —Sonrió con suficiencia y dejó caer la barbilla en la mano—. Seguro que te mueres por salir de esta habitación.

Sentí cómo se me agitó el corazón de manera involuntaria al pensarlo. Había comenzado a creer que jamás ocurriría. Que tan solo me mantendrían atrapada aquí con mis pensamientos y el crepúsculo eterno.

—¿Puedo marcharme? —pregunté.

—No te adelantes. —Alzó una ceja—. Todavía estaremos en la propiedad…, pero puedo llevarte a dar un paseo. Si es que te interesa.

Otra punzada en el corazón. ¿Salir? Anhelaba sentir el viento en la piel, sentir algo más que el aire viciado de esta torre.

—Sí. —Fue lo único que pude formular.

—Puedo arreglarlo. Pero, primero, tengo que hacerte unas cuantas preguntas. ¿Trato hecho?

Abrí la boca y casi contesté sin pensar en la importancia de la respuesta. Ella debió de percatarse de mi lucha interna, porque la interrumpió corriendo.

—¿Por qué no nos limitamos a hablar y después decides?

—No voy a contarte nada sin recibir una respuesta a cambio. —Las palabras se me escaparon, teñidas de una confianza que hacía tiempo que no sentía.

—Ahora sí. —Sonrió, con la picardía inundándole los ojos—. Yo empiezo. Dominas las sombras. Bastante bien, he de decir. Sin embargo, no tienes quemaduras del Vacío. ¿Cómo lo haces? —Ladeó la cabeza, como si me estuviera evaluando.

Dudé antes de decidir contar la verdad.

—Descubrí lo de las sombras en el mismo momento que vosotros. No sé nada sobre ello. No sé nada sobre las quemaduras del Vacío.

—Estoy segura de que fue toda una revelación. —Soltó una carcajada y negó con la cabeza—. Una duskbound viviendo al otro lado de la brecha. Nunca me hubiera imaginado que eso sería posible.

Ahí estaba esa palabra de nuevo.

—¿Una duskbound? —inquirí, llevándome las manos al regazo y pasándome la palma derecha por mi marca de riftborne. No supe a ciencia cierta si trataba de ocultarla o de buscar consuelo en ella.

—Sí, una duskbound. Una verdadera dominadora de las sombras —se limitó a contestar.

—Entonces ¿todos domináis las sombras? —pregunté, con los ojos fijos en la puerta.

—No exactamente.

Me detuve, aguardando a que continuara, pero solo se encogió de hombros. Supuse que era un tema del que aún no quería hablar. Quizá no lo tenía permitido. ¿Qué se había llamado Effie a sí misma?

—¿Eres un… recipiente?

Vexa puso los ojos en blanco mientras se inclinaba hacia atrás y suspiraba exasperada.

—Effie. Adoro a esa chica, pero, por todos los Esprithe, va a ser mi muerte. —Alzó una mano enguantada y se la pasó por el pelo negro —. No sé lo que te ha contado, pero, como te imaginarás, hay ciertos temas… que no nos sentimos cómodos de compartir todavía contigo. Tampoco quiero abrumarte.

—¿Abrumarme? ¡Me habéis capturado y encerrado en una torre! —No pude controlar la ira que destilaban mis palabras.

—Mira, no te puedo contar lo que no te puedo contar. Es tan simple como eso. Estoy dispuesta a contestar a otras preguntas que puedas tener, aunque siempre habrá una línea que no cruzaremos. Al menos, por ahora. Hasta que conozcamos tus intenciones — respondió con frialdad.

Me apoyé contra la pared mientras nos mirábamos fijamente en un callejón sin salida.

—¿Cuánto conoces sobre lo que está pasando entre este reino y en aquel del que provienes? —preguntó.

—Sé que habéis matado a amigos míos y a cientos de mis compañeros soldados.

Vexa me observó con ojos penetrantes mientras continuamos examinándonos la una a la otra, y al instante me arrepentí de admitirlo: le había confirmado que había formado parte de la Guardia. No habló en un rato, y yo tampoco lo hice.

—¿Cómo se supone que deberíamos reaccionar a la fuerza vital que está absorbiendo nuestras tierras? ¿Les pedimos con amabilidad que paren? ¿Que dejen de matarnos? —espetó hecha una furia.

—¿Cómo sabes si eso está ocurriendo de verdad siquiera? — repliqué.

No obstante, mientras las palabras salían de mi boca, la incertidumbre hizo que se me retorcieran las entrañas. No dejaban de decirlo. Aether. Vexa. Sin duda, Effie lo había dado a entender.

Me miró perpleja.

—¿Para qué piensas que son exactamente esas torres de arcanita? ¿Crees que crecen de la tierra y ya está? ¿En esos lugares? ¿Sabéis siquiera alguno de vosotros de dónde procede…?

—Vexa. —El gruñido provino del pasillo, justo al otro lado de la puerta. Ambas nos quedamos paralizadas; la palabra colgaba entre nosotras como una espada. La chica arrugó los labios, y un deje de enfado le cruzó el rostro cuando se giró.

—Creo que son suficientes preguntas por hoy.

Observé, clavada en el sitio, cómo ella se ponía de pie y estiraba los brazos por encima de la cabeza en un movimiento lento, como si no tuviera prisa por ir a ningún lado. Sin embargo, sentí que el espacio entre ambas se contrajo; la distancia de esta habitación volvió a asfixiarme otra vez.

«Se marcha».

Tragué saliva; el nudo de la garganta aumentó cuando intenté deshacerme del vacío gélido que de pronto parecía mucho más agobiante.

«Sola. Otra vez».

Justo cuando llegó a la puerta, se dio la vuelta y se apoyó contra ella, de brazos cruzados y observándome. Tras unos segundos, inclinó la cabeza hacia atrás y suspiró.

—Descansa. Mañana te llevaré a los establos.

CAPÍTULO 3

—Esto debería servirte —dijo Vexa cuando me entregó una pila de ropa negra y soltó un par de botas a mis pies.

—Eeeh, gracias —me las arreglé para decir antes de que se diera la vuelta y trepara hasta los barrotes de mi ventana y tomara asiento.

—Nada de jueguecitos mentales, ¿me lo prometes? No me hagas quedar como una idiota delante de Aether. Me lo recordará toda la vida. —Arqueó una ceja y curvó los labios en algo parecido a una sonrisa.

—Nada de jueguecitos mentales —repetí mientras me quitaba la ropa con la que dormía.

Había decidido seguirles el juego a los umbra con la esperanza de descubrir algo, una respuesta, una vía de escape… No sabía exactamente el qué, pero sí sabía que no iba a averiguar nada encerrada en la torre.

Su expresión se intensificó; no era exactamente amigable, aunque tampoco del todo sarcástica. No sabría decir si estaba de broma o era una advertencia.

—Los vördr —continuó ella— pueden parecer domesticados, pero son salvajes por naturaleza. Solo hacen como que nosotros tenemos el control. Jamás lo olvides.

Me giré para observar el espejo que había detrás de la cama, pero evité mirarme los ojos. Deslicé la vista sobre las prendas. Eran más gruesas que las que llevaba en Sídhe y tenían grabados intrincados patrones y marcas de quemaduras que parecían retorcerse y girar por mi cuerpo como humo líquido.

—Genial —señaló Vexa, recorriéndome de arriba abajo—. Parece que te queda bien. Aunque podría quedarte mejor. —Entrecerró los ojos en dirección a la bandeja de comida, todavía medio llena con polenta rancia pegándose seca al plato.

—Aún me… estoy acostumbrando a todo aquí. —La comida estaba sosa, parecía el fantasma de algo una vez comestible. Hasta el color se veía apagado—. La comida es distinta.

—Seguro que es mucho mejor de donde provienes. —Chasqueó los dientes, pero se contuvo de añadir nada más.

El silencio que siguió fue cargado, incómodo. Vexa mantuvo los ojos sobre mí un momento más, algún tipo de dolor se fraguaba en su interior, y se giró para recorrer la habitación con la mirada. Solté el aliento despacio, con el corazón en un puño. Estaba a punto de salir de la torre por primera vez y lo último que quería era disgustarla y hacer que cambiara de opinión.

—¿Lista? —preguntó; no había rastro de hielo en su voz.

La seguí despacio; el olor a hollín flotaba tras ella, persistente bajo el fuerte olor a hierro. Como si hubiera acabado de salir de una forja.

—Vale, déjanos salir.

El metal chirrió a medida que la cerradura se descorría. La figura de Aether se cernió sobre el umbral como una sombra. Detestaba cómo tan solo su presencia hacía que me sintiera como si un peso me oprimiera. Ni se molestó en mirarme. Ni un vistazo, tan solo un intenso silencio que parecía alargarse. Observé cómo se le movía la

definida mandíbula, enmarcada por una melena negra que casi le rozaba los hombros. El simple movimiento hizo que los piercings de metal refractaran la luz, así que capté un destello de aquellos brillantes ojos dorados. Los mismos que me habían perseguido en sueños durante el último año.

—Treinta minutos —soltó con su voz grave. Las tripas se me revolvieron ante el sonido y se hicieron una bola de resentimiento—. ¿Entendido? —preguntó; su tono destilaba molestia.

Vexa puso los ojos en blanco, se apoyó contra el marco de la puerta y le empujó el pecho con la mano para que la dejara salir.

—Te escuché las primeras veinte veces que lo dijiste. —Suspiró—. No me cabe duda de que nos seguirás de todas formas como nuestro guardián personal. —Pasó junto a él y me hizo señas para que la acompañara.

Di un paso hacia la puerta y me quedé paralizada. No por voluntad propia. El cuerpo me dejó de responder sin más, como si los músculos se hubieran convertido en piedra. Vexa desapareció de la vista al doblar la escalera.

Aether se metió en mi línea de visión, y la diversión que llevaba escrita en la cara hizo que me hirviera la sangre. Me recorrió con la mirada de manera peligrosa, tomando nota de mis inútiles intentos de moverme. El pánico me embargó cuando rememoré ese momento en la torre semanas atrás, cómo mis dedos habían soltado la daga en contra de mis deseos y cómo la mano se me había quedado paralizada a medio ataque.

«Mierda».

Sentí su aliento en la oreja cuando se inclinó.

—Puedes intentar jugar con mi mente todo lo que quieras —susurró con un tono tan suave que resultaba espeluznante—, pero,

como pruebes suerte con alguno de ellos, haré que desees estar muerta.

—¿En serio es necesario esto? —solté entre dientes; odié lo cerca que se encontraba, pero odié aún más que mi cuerpo se negara a alejarse. Su cabello ónice reflejó la luz e hizo que le cayera sobre ese rostro inquietantemente perfecto con esos rasgos marcados y esos labios voluminosos que mantenían una neutralidad brutal. Esprithe, contemplarlo era como acercarse demasiado al sol.

—Solo me aseguro de que nos entendemos. —Su calor resultaba enloquecedor mientras permanecía allí demasiado cerca con ese tono susurrado que solo yo podía oír.

—¿Fia? —La voz de Vexa resonó desde abajo—. ¿Tengo que arrastrarte por las escaleras yo misma para que vengas?

La presión que me sujetaba se esfumó tan de repente que me tambaleé hacia delante. Aether movió la mano enseguida para estabilizarme, y el ligero contacto envió una corriente de electricidad a través de mi piel. Cuando lo volví a mirar a los ojos, ese peligroso filo había sido sustituido por una calma ilegible.

—Detrás de ti —comentó a la par que señalaba hacia las escaleras.

Lo empujé para pasar y traté de ignorar cómo se me aceleró el corazón.

Aguardó hasta que bajé al primer descansillo antes de descender con hastío los escalones detrás de nosotras; Vexa me agarró del brazo con sus dedos callosos en nuestro descenso en espiral.

Cuando al fin llegamos a la puerta de abajo del todo y la abrimos, me protegí los ojos en un acto reflejo, pues esperaba la luz de un sol cegador, como si el pequeño descenso por la torre me hubiera robado de la mente de alguna manera lo que yo sabía que era real sobre el mundo que había fuera de mi prisión. Me había

acostumbrado demasiado a los días interminables y apagados. Era como si este reino estuviese atrapado en el tiempo; el sol jamás se alzaba más allá de las montañas grises y la luna nunca dejaba su lugar al frente. Este día también era gris, justo como todo lo que se encontraba a su alcance.

Seguí a Vexa fuera, hacia el jardín de césped mustio que crujía bajo mis pies. A través de destellos de niebla, divisé la intimidante arquitectura de Ravenfell tocar el apagado cielo. Nos encontrábamos enclavados en lo que parecía un rincón de la ciudad, aunque había un muro descomunal que me tapaba la vista de los comercios o comerciantes. A la derecha, había unas tierras áridas y, a la izquierda, una roca afilada rodeaba el perímetro. Más allá de esos muros parecía haber los restos de un bosque, pero sus árboles estaban torcidos y muertos.

Al final, nos adentramos en un camino, y unos cuantos trozos rocosos de piedra rota crujieron bajo mis botas a cada paso. Respiré hondo y me concedí un instante para disfrutar de la sensación del viento en la cara antes de que el olor del heno húmedo y del estiércol fuera tan intenso como para poder ignorarlo.

Seguí a Vexa hasta un establo cubierto. Las cuadras eran espaciosas, con paredes muy altas hechas de madera robusta y unas entradas abiertas sin puertas, lo que permitía a los habitantes entrar y salir a su antojo.

No sabría decir lo que esperaba ver, pero desde luego no a la criatura que tenía delante.

Se me secó la boca cuando la bestia resopló en dirección a Vexa con movimientos gráciles aunque amenazantes. Los ojos le relucían con una inteligencia diferente a cualquier animal que hubiera visto.

La cabeza del vördr conservaba las elegantes facciones de un caballo, pero mucho mucho más grandes. Su poderoso y enorme

cuello sostenía un rostro majestuoso y fuerte. La crin era espesa, oscura como la noche, y la tenía suelta, cayéndole en cascada por el lomo. Donde deberían haber estado las orejas, había unas rugosidades sutiles y unas protuberancias ligeramente huesudas similares a los cuernos.

Sin embargo, lo más llamativo del vördr eran las alas. Eran inmensas, con una envergadura que se extendía mucho más allá del cuerpo de la criatura. Tenía un pelaje negro áspero que le cubría el cuerpo; cada movimiento hacía que sus oscuros tonos brillaran. Era más aterrador de lo que recordaba.

—¿Verdad que es magnífica? —Suspiró Vexa maravillada mientras alargaba la mano para que la bestia la oliera. Le dedicó unos cuantos parpadeos poco interesados antes de darle un golpecito a Vexa en la mano con el hocico a modo de reconocimiento. Las alas rozaron el suelo cuando se giró y expuso las espinas rugosas que le bajaban por el lomo.

Vexa caminó hacia una tarima elevada y se subió antes de hacerle un gesto a la vördr para que se acercara. Esta le hizo caso y la muchacha comenzó a desamarrar la silla de montar colocada sobre su lomo.

—Tienes suerte de que esté hoy aquí Raskr. Hay establos por todo Ravenfell y estas bellezas solo se pasan cuando quieren. Parece que la última persona que la montó se tuvo que ir pitando antes de darle tiempo a quitarle todos los arreos. —Vexa desabrochó las hebillas con rapidez y le dio una palmadita cariñosa en el lomo a Raskr cuando retiró la silla.

—Entonces ¿vienen y van cuando quieren? —pregunté a la par que miraba las cuadras sin puertas.

—No se nos ocurriría retener a un vördr en contra de su voluntad. Eso sería una sentencia de muerte. Son unas bestias amables

siempre y cuando sean libres. —Vexa se rio mientras bajaba los escalones empinados de la tarima con una silla de montar que rivalizaba con ella en tamaño.

—Aunque a veces se quedan cerca de sus jinetes —añadió Vexa.

—¿Esta es tuya?

—A mí no se me olvidaría quitarle la silla a Draug si estuviera aquí. Aunque tampoco me lo permitiría. —Soltó una risita.

—Así que ¿eliges cuál montar sin más?

Vexa me observó con curiosidad.

—Que un vördr te elija es un rito de paso aquí. El mayor de los honores. La decisión es solo suya. Ellos saben cuándo encuentran a su kalfar. Draug me escogió a mí.

Sentí una leve molestia al toparme con otra palabra para la que no tenía contexto. Era irritante cómo hablaban como si yo compartiera su vocabulario, sin explicarme nada, obligándome siempre a preguntar.

—¿Kalfar? —Intenté que no se me notara el enfado en el tono.

—Todos somos kalfar. —Se encogió de hombros a la vez que señalaba la torre a nuestras espaldas.

—Creía que erais umbra.

—Umbra es nuestro título como soldados en las fuerzas del reino. Kalfar es lo que soy. Lo que todos somos, incluida tú —me corrigió.

—Yo soy aossí —repliqué en voz baja, y me giré hacia la bestia.

La vördr restalló la cola y rozó el suelo cuando se dio la vuelta para marcharse al pequeño terreno que había al otro lado de los establos.

—Lo que tú digas —medio bromeó Vexa.

Al pasear la mirada a mi alrededor, me di cuenta de lo vacía que se encontraba esta zona. Aparte de Vexa y de mí, y de Aether, que

estaba apoyado contra la entrada por la que habíamos pasado, no había ni un alma a la vista. Seguro que eran medidas preventivas.

—¿Recuerdas haber volado sobre ellos? —La voz de Vexa me llegó como un silbido en el viento.

Claro que me acordaba. ¿Cómo se puede olvidar alguien de volar entre las nubes?

—A pesar de los esfuerzos de Rethlyn —repliqué, volviendo los ojos a la vördr.

—Eso fue más bien por tu beneficio que por el nuestro —contestó ella con una carcajada que se le escapó de los labios—. Rethlyn lo hizo con buena intención.

Medité la respuesta en silencio unos segundos más mientras su diversión se disipaba. A lo mejor se creían que un secuestro era más agradable si estabas inconsciente. Pero también me resultaba imposible resistirme, intentar huir. Estaba convencida de que eso no fue más que un bonus añadido. Observé a Aether, que tenía los ojos cerrados y una expresión ilegible en el rostro anguloso.

Tal vez no habría logrado escapar esa noche de todas formas. No con él allí.

—Su mente parece distinta a la del resto de vosotros —comenté sin pensar.

Vexa regresó junto a mí y me dedicó una mirada confusa.

—¿Que parece distinta? —preguntó.

—Vuestras mentes tienen un resplandor plateado; el de la suya es dorado. —No sabía qué fue lo que me llevó a hablar, aunque no tenía pinta de tratarse de algo que pudieran utilizar contra mí o contra Sídhe.

—Entonces ¿puedes ver nuestras mentes? —Había bajado la voz, pero seguía teniendo un deje de curiosidad.

—Si lo intento, sí. —Desvié la vista hacia la torre y extendí mi foco. Ella se fijó en lo mismo que yo.

—Hay diez mentes en esa habitación. —Señalé—. Seis bajando las escaleras de la cuarta planta —murmuré. Aether clavó la mirada en mí enseguida.

—Vexa —soltó, dirigiéndose a nosotras, pero ella alzó la mano y lo detuvo.

—Todo controlado —gritó con los ojos fijos en los míos—. ¿Las puedes ver a través de los muros? —preguntó con un susurro entrecortado en la voz.

Parecía como si estuviéramos adentrándonos en terreno peligroso, y yo no tenía ni idea de cómo iban a sacar provecho de esta información. Así que me giré, observando de nuevo el paisaje, callada.

—Nunca había escuchado nada igual —dijo ella tras darse cuenta de mi repentina aprensión—. Eres más que una duskbound —musitó como si quisiera guardarse la revelación para sí misma.

Sus palabras me produjeron un escalofrío. A decir verdad, jamás había sabido qué era. Quién era. Y, en este momento, parecía más que nunca un misterio.

Por primera vez en mi vida, había empezado a averiguarlo. Gracias a Laryk, que me empujaba para que dominase mi foco y que creía que era capaz de más de lo que yo me habría imaginado. Gracias al equipo V, donde había encontrado al fin a gente que veía más allá de la marca que tenía en la muñeca, que me hacía sentir como si tal vez encajara en algún sitio de verdad.

Y ahora estaba aquí. Sola. Y me habían dicho que era algo más.

¿Sabrían ellos siquiera que seguía con vida? ¿Estaría Laryk arrasando el oeste en mi búsqueda o me habría dado por perdida como a otra víctima más de guerra?

Ese pensamiento hizo que sintiera una opresión dolorosa en el pecho.

Contemplé cómo la vördr arañó con las pezuñas la superficie y produjo un sonido agudo que rompió la quietud. A continuación, con un poderoso relincho, se abalanzó hacia delante y abrió de golpe las alas. Sin percatarme, los pies se me comenzaron a mover, atraída por la criatura, ansiosa por verla más de cerca.

—Cuidado con donde pisas —dijo Vexa detrás de mí con una advertencia en la voz justo cuando la vördr alzó el vuelo. Desplegó las alas del todo, atravesando el aire con una gracia natural. Solo entonces noté a lo lejos en el cielo las siluetas oscuras, como de aves, flotando en el viento.

A medida que agucé la vista, conté al menos otros cinco vördr; sus figuras descomunales volaban a toda velocidad hacia el fuerte. Cada una mostraba una gama de grises, desde el ónice tan oscuro como la noche hasta el plateado reflectante; sus pelajes estaban cubiertos de patrones, remolinos de humo y tinta que parecían cambiar a cada instante. Algunos tenían las patas llenas de blanco, como si la nieve se les hubiera adherido a la parte superior de las pezuñas, mientras que otros llevaban crines largas y trenzadas en tonos de marfil y carbón; las intrincadas trenzas les serpenteaban por el cuello.

Las criaturas descendieron trazando un arco y rozaron con las alas la piedra de la torre más cercana antes de volver a ascender y desvanecerse en el cielo.

Me quedé clavada en el sitio, sin aliento. No se parecían a nada que hubiera visto. Las leyendas de bestias no habían sido más que historias susurradas en Sídhe que se les contaban a los niños en forma de cuentos de hadas, a menudo desechados como inventos, o mitos olvidados de un tiempo muy lejano. Jamás se me había

pasado por la imaginación que vería algo así. Que algo como esto existiera incluso.

El crujido de las pisadas me sacó del trance y recordé dónde me hallaba. La tristeza se asentó, golpeándome como una ola. Una parte de mí deseaba alejarla, intentar escapar de sus profundidades, pero era muy fuerte. El entumecimiento se había ido, aunque me había dejado con un dolor que parecía demasiado grande para soportarlo. Anhelaba volver a casa. Alcanzar el cielo y regresar a donde pertenecía. A Sídhe. A Laryk. Estuve a punto de derrumbarme en el suelo ante el peso de esto, el peso de las emociones que había estado ignorando durante el aislamiento. Obviarlas me había parecido el único modo de sobrevivir.

Pero, ahora, habían regresado en todo su esplendor, y la respiración se me volvió entrecortada y agitada mientras me tambaleaba. Todo a mi alrededor se sumió en la oscuridad y me di contra el suelo.

CAPÍTULO 4

Las briznas de hierba me acariciaron las piernas y los ojos se me ajustaron a los rayos carmesíes del sol poniente. Se atisbaba con claridad un camino pisoteado entre las hierbas altas ante mí, y los gritos de risa de los niños me atrajeron hacia el sonido. Yo las vi primero; había dos niñas agarradas de la mano, de unos cinco o seis años como máximo. Tenían el pelo oscuro trenzado cayéndoles por la espalda y vestidos de encaje a juego. Corrían delante de un hombre y una mujer con ropa elegante, propia de nobles. No pude verles las caras, pero estaba claro que eran familia. La mujer parecía tensa cuando se inclinó y le habló en susurros al hombre a su lado. Reparé en el cambio rígido en los hombros de este en respuesta.

—¡Esperadme! —chilló una de las niñas. Justo entonces fue cuando vi el muro de oscuridad. Las dos chicas estaban rodeadas por una masa de vacío que parecía filtrar toda la luz a su alrededor. Una de las muchachas se detuvo totalmente fascinada, paralizada, mientras que la otra seguía mirando hacia atrás, a sus padres, con impaciencia. Los zarcillos oscuros se enroscaban por el suelo y se acercaban a sus pequeñas figuras.

—¡Es muy pronto! ¡Son muy jóvenes! —gritó la mujer desesperada cuando el hombre se apartó de ella y empezó a andar hacia sus hijas y las agarró a las dos de la mano—. ¿No podemos

esperar, por favor? —Su súplica se perdió en el viento y él jamás se volvió para mirarla.

—¿Mami? No llores, mami. ¡No me iré! —La más inquieta de las dos chicas se giró e intentó correr hacia su madre, luchando contra el agarre de su padre.

Sin detenerse, él las cogió en brazos y desapareció entre las sombras.

El sueño se aferró a mí durante días tras aquello.

Parecía distinto de las pesadillas de Sídhe. Aquellos sueños habían sido insistentes, violentos, incluso proféticos.

Pero este parecía antiguo. Se suavizaba en los bordes, como si estuviera mirando por un cristal esmerilado. Tal vez era un recuerdo, aunque no mío, así que ¿de quién? ¿Y por qué?

Apenas había comenzado a reparar en que mis sueños no eran solo cosa de mi mente antes de que la Umbra me capturara. Ahora estaba atrapada aquí, teniendo visiones de niñas que eran tragadas por las sombras, y no sabía lo que significaba.

No le encontraba el sentido. Me ocupaba la mente más que cualquier otra cosa durante los ratos en los que me dejaban sola en la torre. Vexa había vuelto todos los días, me había llevado a los establos y me había permitido respirar aire fresco hasta que Aether consideraba que la excursión debía llegar a su fin, pero seguía pasando muchísimo tiempo en la torre.

Vexa había tratado de darme conversación mientras me vigilaba de cerca cuando andaba por el pequeño campo a las afueras de la ciudad; puede que intentara anticipar otro desmayo repentino. Era evidente que ella creía que mi ataque de pánico se había debido a la naturaleza de nuestra conversación anterior y no la corregí. Cuanto más tiempo estuviera sin hacerme preguntas, mejor.

Me levanté de mi sitio en el suelo junto a la ventana, anticipando su llegada en cualquier momento. Era complicado discernir el tiempo del cielo inmóvil e inalterable, pero había mejorado en descifrar cómo se sentía el paso de él, prestando atención a las sutiles diferencias de comportamiento, los patrones de ruidos o mentes que veía en otras plantas de la torre.

Di unas zancadas hasta el baúl que había al final de la cama, lo abrí y encontré la ropa de cuero que había llevado el día anterior. Empecé a desvestirme y me puse la tela gruesa sobre la piel antes de colocarme las botas que me había proporcionado Vexa. Alcé la vista, miré mi reflejo por un instante fugaz en el espejo detrás de la cama y aparté la vista con rapidez antes de enfocar mi rostro.

No obstante, me pudo la curiosidad. Poco a poco, volví los ojos hacia el espejo plateado y dejé que mi mirada subiera por las puntas de mi largo cabello, revuelto y ligero como siempre había sido, bailando alrededor de mi cabeza como un halo blanquecino. Me centré en la cara y se me tensó el cuerpo cuando al fin me fijé en mis ojos. Sin embargo, se veían normales. Bueno, no normales, pero como siempre habían sido, opalescentes y radiantes.

No había ni rastro de los zarcillos oscuros que habían danzado en ellos hacía semanas, cuando llegué a Umbrathia. Corrí hacia el espejo, desesperada por mirar más de cerca y confirmar que era cierto.

Las sombras se habían ido.

Me invadió la confusión. ¿Podría haberme equivocado sobre lo que vi? Tal vez no fuera una dominadora de las sombras después de todo. Quizá incluso me las había imaginado también. El alivio me invadió, pero estaba teñido de miedo y no sabía por qué. Debería sentirme eufórica por haber vuelto a la normalidad. Por ser la que siempre había sido.

Pero algo me atormentaba.

Si ya no era útil para la Umbra, seguro que ya no podría seguir con vida. Me mordí el labio cuando unos pasos resonaron al otro lado de la puerta y pude discernir la voz de Vexa, hablando entre susurros con Aether.

—Están aquí —siseó. Usé mi foco para centrarme en sus mentes cuando el orbe dorado de Aether salió disparado y se movió con rapidez hacia el plateado de Vexa.

—¿Qué quieres decir? —respondió él con voz ronca—. Urkin les dijo que no traspasaran los límites de la ciudad hasta que lo avisáramos.

—No le gusta mucho la idea tampoco. Pero se han vuelto más insistentes. Y no es que podamos endurecer los castigos, que digamos. No cuando las cosas son tan frágiles. —Oí un suspiro, sofocado por la pared entre nosotros.

—Se han vuelto incontrolables —espetó Aether.

—Si me hubieras dejado probar suerte con ella antes, tal vez no estaríamos en la situación actual —replicó Vexa. Me arrastré con sigilo, intentando escuchar mejor su conversación, cuando vi que la mente dorada se movió y dio unos cuantos pasos atrás.

—Lo hablaremos más tarde. En un lugar más apropiado —dijo Aether a viva voz.

No pasó mucho tiempo antes de que el cerrojo se abriera y Vexa apareciera en el umbral. Se la veía cansada, menos entusiasmada que durante nuestros primeros encuentros.

—Pareces bastante impaciente hoy. —Medio sonrió y se apoyó contra la pared de piedra, notando mi cercanía a la puerta.

—No es que tenga nada más que hacer —repliqué.

—Bueno, en ese caso, no te haré esperar. —Me hizo un gesto para que la siguiera mientras descendíamos por la torre.

Cuando salimos, dos de los vördr estaban en el pasto fuera de los establos. El negro del primer día, que volvía a llevar una montura otra vez, y otro de color carbón oscuro con motitas plateadas en las patas. Se encontraban rumiando el heno descolorido que cubría el suelo.

Me senté en uno de los bancos, observando cómo comían. Vexa tomó asiento a mi lado y me dirigió una mirada de esperanza sin centrarse en mí por demasiado tiempo. Se recostó y se ajustó la ropa de cuero mientras se le escapaba un suspiro de los labios. Me había acostumbrado a eso la última semana, a que ella no supiera qué decir, a que no quisiera provocarme otro ataque.

—La oscuridad ha desaparecido. De mis ojos —murmuré al final después de que tuviéramos unos cuantos momentos incómodos más. Ella debía de haberlo notado a esas alturas. La falta de contraste era obvia.

—Lleva ya tiempo —respondió, apoyando la bota encima del banco y mirando al paisaje más allá de los muros del fuerte.

—¿Por qué?

—No has creado ningunas para reemplazarlas. Cuando absorbiste nuestras sombras en Sídhe, algunas se quedaron —se limitó a contestar, como si yo debiera entenderlo.

—No sé cómo funciona nada de esto —confesé en voz baja. Lo único que había aprendido desde que me capturaron era que no sabía nada. Y aquello me frustraba muchísimo.

—Los duskbound pueden dominar las sombras de manera innata. También las pueden crear —explicó, y al fin miró en mi dirección.

—Si eso es cierto, entonces ¿por qué no puedo sentir el poder en mi interior? —pregunté; las palabras se me escaparon antes de que pudiera retenerlas.

Una sonrisa cómplice apareció en sus labios.

—Está ahí, solo que no sabes cómo acceder a él aún. Hay un proceso… —se detuvo, escogiendo sus palabras con cuidado— por el que lo verás.

—¿Y qué es un… recipiente? —pregunté, sin saber si Vexa contestaría.

Me miró durante un instante, mordiéndose el labio antes de girar el cuerpo para encararme, apoyando un brazo en el respaldo del banco.

—En teoría, cualquier kalfar puede convertirse en recipiente —contestó mientras se quitaba el guante y empezaba a enrollarse la manga del top. Unos diseños intrincados le cubrían la piel, abstractos y difusos como el humo—. Esto son quemaduras del Vacío —continuó, señalando las volutas negras como la tinta que se le arremolinaban en las manos. Como para demostrarlo, sacó las sombras por los dedos como si fueran agua, viendo cómo flotaban en el aire. Parecían gravitar hacia las marcas que tenía en los brazos, y al final se filtraron en las formas negras y desaparecieron por completo—. Nos permiten absorber la oscuridad y usarla. No obstante, no podemos crearla nosotros mismos —dijo, girando la mano y mostrando unos zarcillos oscuros en la palma—. Estos no se originan en mí. Me los han dado.

Me quedé callada, examinando cómo las últimas volutas de oscuridad desaparecían en sus quemaduras.

—Una vez que un duskbound aprende a forjarlas… —Se le fue apagando la voz al mismo tiempo que bajó la vista al suelo, casi pareció que estuviera lidiando con algo—. Pueden compartir sus sombras con otros.

Se me formó un nudo en la garganta por su franqueza.

«Por todos los Esprithe, ¿es eso lo que quieren de mí?».

De pronto, la puerta de metal de la torre se abrió y un hombre alto y esbelto de piel morena y vestido con ropa de cuero similar a la nuestra comenzó a acercarse al vördr oscuro.

—Rethlyn —rugió la voz de Aether, siguiéndolo de cerca por el camino de grava—, ¿qué estás haciendo? La zona está cerrada ahora mismo. —Fue entonces cuando el hombre, Rethlyn, se detuvo, miró al otro lado del pasto hasta que me vio y se asustó muchísimo. Las sombras bajo sus ojos eran profundas y se reducían hasta terminar en unas puntas afiladas que le cruzaban las mejillas. Una barra fina le perforaba el centro de la nariz. Los kalfar parecían tener una afición a esa clase de joyas, que no solo se ponían a lo largo de las orejas puntiagudas, sino que también les adornaban los rasgos.

—Ah, mierda, no me había dado cuenta… —empezó a decir antes de que Aether le diera un golpe en el hombro y lo mandara unos cuantos pasos hacia atrás—. Me olvidé de quitarle la silla a Raskr antes de la asamblea. Solo he venido a…

—Rethlyn, por el amor de los Esprithe, céntrate un poco. Se la tuve que quitar yo hace apenas unos días —lo interrumpió Vexa, que sonaba irritada.

—Lo siento, llegaba tarde —respondió Rethlyn, liberándose del agarre de Aether.

—Se lo está buscando. —Vexa soltó un suspiro.

—Hazlo rápido —siseó Aether, agarrando a Rethlyn del hombro una vez más y acompañándolo por el camino hacia los establos.

—Imbécil. —Vexa sacudió la cabeza y soltó una exhalación que sonó medio enfadada, medio divertida.

—Así que ese es el que me mantuvo inconsciente todo el camino hasta aquí —dije, y luego añadí—: Rethlyn.

La mirada de Vexa se deslizó hacia mí y frunció el ceño un poco por la preocupación.

—Nadie debe estar aquí en este momento. Rethlyn lo sabe, pero ojalá prestara atención. —Apartó el pensamiento casi con desdén.

Vacilé antes de preguntarle:

—¿Su foco… afecta a la consciencia?

Se le formó una risa torcida en la comisura de la boca. Me arrepentí de preguntar al instante, pero necesitaba comprenderlo. Descubrir cómo funcionaban las cosas aquí, con qué estaba lidiando.

—Foco —repitió, casi con una carcajada—. Es una manera extraña de llamarlo. Como si fuera algo que se manipula o se forja. Como si no fuera inherente. Como si no lo lleváramos en la sangre desde que nacemos.

Medité sus palabras. Nunca me había cuestionado el nombre que se le otorgaba a nuestros poderes, el modo en el que la esencia se manifestaba en nuestro interior y le daba forma al reino.

—¿Cómo lo llamáis vosotros? —inquirí, con una curiosidad genuina tiñéndome la voz.

—Atadura —murmuró con suavidad, y dirigió la vista hacia el paisaje ceniciento más allá del fuerte—. Nuestros dones nos atan a la tierra. A la esencia que fluye por ella.

Sentí un cambio en ella, un abatimiento silencioso en su manera de comportarse, pero no supe identificarlo.

Por lo visto, nuestros dos reinos tenían más similitudes que diferencias. Estaba claro que Vexa era el enemigo, aunque no se parecía a los espectros de los que me habían hablado en el cuartel. Me acordé de cuando eran simples sombras sembrando el caos en el oeste, seres de oscuridad colándose desde otro mundo, hambrientos de poder.

—Nuestras ataduras nos definen en todos los sentidos. Son las que nos hacen kalfar. —La voz de Vexa interrumpió el silencio, llena de orgullo—. Y están desapareciendo.

Abrí la boca, pero la cerré cuando la voz de Rethlyn rompió la tensión.

—Nos quedaremos en la fortaleza durante el resto de la noche. Qué suerte tenemos —le dijo él a Aether mientras volvían hacia nosotras—. Valkan y sus hombres han invadido el lugar y han insistido en que necesitan al Consejo con urgencia. —Sacudió la cabeza, irritado—. Quiere cambiar la fecha y hacerla antes —prosiguió Rethlyn, aunque Aether ahogó sus palabras mandándolo callar.

—Aquí no —lo reprendió, y de pronto dirigió la vista a mí.

—Vexa, te han convocado —gritó Aether. Observé cómo Rethlyn abría la verja del muro del fuerte y salía a la calle de la ciudad, aguardando. Vexa soltó un fuerte suspiro antes de ponerse de pie.

—Supongo que te quedarás con Aether. Nos vemos mañana —gimió, y se marchó a ritmo tranquilo hacia los hombres. Cuando Rethlyn y ella se esfumaron más allá del muro, Aether se volvió hacia mí con la frente arrugada.

—Se acabó el tiempo por hoy —espetó, llegando al borde del banco y alejándose de mí.

No me moví. La irritación me revolvió las entrañas. Me percaté de que solo había tenido la mitad del tiempo que me permitieron estar fuera el día anterior. Temía la idea de regresar a esa habitación.

—Vamos —repitió mientras cambiaba la postura a algo más controlado, algo que parecía letal.

Sabía que era mejor limitarme a seguir sus órdenes, dejarle escoltarme de vuelta a la torre, pero no me pude obligar a moverme. Al final, se giró en mi dirección, aunque no me atreví a mirarlo y mantuve la vista fija en el paisaje más allá, observando a los vördr que planeaban en el viento a lo lejos. No obstante, la irritación que irradiaba era palpable.

—Te arrastraré hasta arriba si tengo que hacerlo —dijo sin más, y lo vi cruzarse de brazos por el rabillo del ojo.

—Solo un poco más —susurré, tomando aire, esperando la sacudida repentina al echarme sobre su hombro otra vez.

Sin embargo, para mi estupefacción, suspiró y se sentó sobre el banco a mi lado; las barras de madera crujieron bajo su peso.

Permanecimos en silencio, y cerré los ojos, tratando de absorber estos últimos segundos de falsa libertad antes de que me volvieran a llevar a mi torre. Tomé el aire cargado del olor a barro mojado y a fuego ardiendo en algún lugar en la distancia.

Tras lo que me pareció una eternidad, abrí las pestañas en un aleteo, aún sorprendida por el silencio que había transcurrido sin que nadie lo interrumpiera. Me atreví a echar un ojo en su dirección, y me encogí de miedo al ver su cuerpo intimidante, al reparar en los mechones de su cabello ondeando por la suave brisa. Tenía los ojos cerrados y se encontraba quieto mientras estábamos sentados juntos.

Pensé en ese momento en la torre, en los primeros atisbos de consciencia después de mi captura. En cómo la intensidad de nuestro encuentro me había dejado temblando, en cómo algo había brillado entre nosotros en la oscuridad y de la manera más confusa posible. Me pregunté si él se acordaría. Si alguna vez pensaría en ello. En lo que había sido eso.

Y, de repente, me envalentoné.

—¿Cómo lo haces? —pregunté, fijando los ojos en él. Resistí la urgencia de apartar la vista—. ¿Cómo eres inmune a mi… atadura? —inquirí.

—No lo sé —murmuró en voz baja, y aguardé a que él dijera algo más, cualquier cosa, pero no lo hizo.

Despacio, se puso de pie.

—Es la hora.

Y, entonces, algo dentro de mí explotó.

—Sé que me capturasteis por una razón. —Me levanté y me alejé de él—. Queréis algo de mí. ¡Y exijo saber lo que es! —Mi voz estalló por el prado, aunque no me pudo importar menos si alguien me oía. Iba a llevarme a rastras de vuelta a esa torre alejada de la mano de los Esprithe de todos modos.

—Quieres todas las respuestas, pero sabes tan bien como yo que no te creerás ni una palabra que salga de mi boca. No te puedo convencer de nada. Pronto lo verás con tus propios ojos —replicó, dando un paso moderado en mi dirección.

—¿Por qué iba a creerte? ¿Qué motivo posible tendría para confiar en cualquiera de vosotros lo más mínimo? Decís que soy una dominadora de las sombras, me llamáis duskbound, pero nadie me muestra lo que significa de verdad —siseé, enroscando los brazos alrededor de mí misma.

Unos zarcillos oscuros comenzaron a pulsar en sus ojos mientras observaba mi posición de defensa con la mandíbula rígida y la barbilla baja.

—¿Quieres que te lo muestre? —gruñó.

Me quedé sin aliento, mirándolo a los ojos una vez más mientras me mantenía firme. Su expresión provocó algo en mí. Algo peligroso y oscuro.

—Sí. —Mi voz fue apenas un susurro, no muy segura de lo que estaba pidiendo, aunque ahora no podía echarme atrás.

Se movió demasiado rápido. Antes de que pudiera reaccionar, estaba sobre mí, agarrándome la cara con una fuerza aplastante, con los ojos ahora más oscuros que el abismo. Un grito trató de liberarse de mi garganta, pero lo contuve, paralizada por el peso de

él. La oscuridad le emanaba de cada poro de su ser y me eclipsó la visión desde todos los ángulos.

—¿Quieres ver? Pues déjame que te enseñe —murmuró, deslizando los dedos hacia abajo para acariciarme la barbilla sin dejar de agarrarme con firmeza. Me revolví, pero él me acercó más y con el otro brazo me rodeó la cintura, atrapándome contra él.

Unas sombras surgieron a mi alrededor, reptando por mi piel, quemándome, congelándome, como si fuera un roce oscuro familiar. Se me tensó el cuerpo por la presión y se me puso el vello de punta mientras algo dentro de mí empezó a quebrarse.

—Deja de resistirte. —Su voz era ronca, grave—. Tienes que invitarlas a que entren. —Las palabras agitaron algo en mi interior. Tirando como una atadura. Era demasiado, era muy abrumador. Aunque él estaba en lo cierto. Dejé de forcejear, con una respiración superficial, mientras inhalaba el humo amargo que se elevaba de su tacto. Me llenó, me atravesó y, en un segundo, la mente se me hizo añicos.

Sentí cómo las sombras bajaban mis muros internos y traspasaban las barreras por completo. Y entonces me inundaron. No opuse resistencia cuando mandaron pulsos de poder por mi sangre, lo bastante profundo hasta que se me hundieron en los huesos. Noté cómo el cuerpo se me aflojó entre sus brazos mientras la oscuridad se apoderaba de mí, cómo se extendía en mi interior como una droga.

Odiaba cómo se sentía. Odiaba que pareciera una parte de mí perdida hace mucho que hubiera vuelto a su sitio. Odiaba lo bien que se sentía.

Y, justo cuando pensé que me sumergirían en las profundidades del olvido, comenzaron a deshilacharse y romperse como hilos de oscuridad agitándose en el agua.

La consciencia solo volvió a mi forma física una vez que sentí el pecho jadeante del hombre delante de mí; mi cuerpo se presionaba contra él con fuerza. Cuando me percaté y recordé dónde me encontraba y a quién pertenecía ese torso, lo golpeé con los puños.

Él me soltó al instante y me alejé de su alcance.

—¡No vuelvas a tocarme así! —grité; las palabras crudas en mi garganta mientras me inclinaba contra el banco para apoyarme.

Me miró a los ojos con una confusión extendiéndosele por la frente.

—Querías ver. Y ya lo has hecho. Creo que un «gracias» es la respuesta más apropiada —espetó, recolocándose el uniforme.

—No me has mostrado nada —repliqué, pero ni siquiera yo me creí mis palabras. En cuanto su poder se deslizó dentro de mí, supe que era lo correcto. Había encontrado un hogar en mi interior.

—Puedes seguir mintiéndome todo el día, pero no podrás mentirte a ti misma. No de verdad. Te he visto absorber nuestras sombras en ese prado al otro lado de la brecha y justo ahora, delante de mí. Cuanto más luches contra ello, más difícil será para ti —dijo.

—Jamás seré lo que queréis que sea. No mientras yo tenga algo que decir al respecto —solté hecha una furia y retrocediendo poco a poco, pasándome una mano por el pelo despeinado.

—No podrías comprender el peso de tus decisiones aquí.

—Este no es mi hogar. Nada de esto es mi responsabilidad —contesté entre dientes.

—Eres una duskbound, te guste o no. Y tenías razón, sí que necesitamos algo de ti. Algo que no podemos tomar en contra de tu voluntad. Créeme, si pudiéramos, habría encontrado la manera de hacerlo ya. Porque no soy ningún caballero. Porque nos estamos quedando sin tiempo. Este reino se está muriendo, y tú eres la única puta cosa que tiene la habilidad de salvarlo.

Se acercó a mí, con la oscuridad todavía brillando por la superficie de su traje de cuero, como si derramara humo en el éter. El pánico me invadió cuando se aproximó a toda prisa, aunque entonces algo desde arriba hizo que él alzara la vista hacia el cielo.

El sonido de las poderosas alas batiendo avanzó por el prado y nos mandó ráfagas de viento a través de nuestro pelo, del césped inhóspito y de todo lo que nos rodeaba, apagando los zarcillos restantes de sus sombras. Aether se retiró, poniendo distancia entre nosotros justo cuando la figura de un vördr plateado aterrizó sobre el terreno húmedo delante de mí y lanzó trozos de tierra por el aire. Bajó la cabeza y emitió siseos amenazantes por la nariz y dio pisotones en el suelo con una pezuña, centrándose por completo en Aether.

Unos diseños helados y ónices danzaban por su pelaje, cambiando bajo la luz tenue mientras se le tensaban los músculos.

El corazón me dio un vuelco cuando movió rápido la cola tan cerca de mí que fue peligroso; su mero tamaño ya era arrollador. El aire pareció volverse más denso cuando arañó el suelo con tal fuerza que hizo que la tierra debajo de nosotros temblara.

Aether dio otro paso atrás, y creí haberle visto un deje de diversión en los ojos, como si le hubiera hecho un poco de gracia el encuentro. Chasqueó la lengua con irritación y luego soltó un suspiro bajo.

—Y, si las sombras no han bastado para convencerte, tal vez esto lo haga —dijo.

Mientras me quedaba ahí, paralizada, sentí la mirada de la bestia centrarse en mí. Cada músculo del cuerpo me gritó que corriera, pero las piernas no obedecían. La forma colosal de la criatura se alzó imponente y se quedó tan quieta que fue incómodo.

Fue entonces cuando el vördr se elevó sobre los cuartos traseros y me miró, acercándose tanto que me convencí de que podía oler mi miedo. Mis respiraciones se convirtieron en jadeos superficiales y el corazón me martilleaba en el pecho cuando los ojos de la criatura me sostuvieron la mirada. Era imposible apartar la vista.

Despacio, inclinó la cabeza ante mí; su enorme figura se postró para saludarme de un modo que no supe cómo interpretar.

—Tryggar te acaba de reclamar.

CAPÍTULO 5

—Vas a tener que coger más impulso si quieres deslizar la pierna bien por encima —dijo Vexa agachada a mi lado en la plataforma de los establos. El olor a heno y cuero me llenaba las fosas nasales y se entremezclaba con el distintivo olor cenizo que parecía cubrirlo todo en este reino. Tryggar se encontraba justo delante con una silla de montar enganchada al lomo que le quedaba pequeña mientras su pelaje plateado atrapaba la poca luz que se colaba a través de las vigas desgastadas del establo. Unas diminutas motas de polvo bailaban en el aire entre nosotros, revoloteando por el ocasional movimiento de sus alas.

Vexa había estado tratando de explicarme cómo era la maniobra que había que hacer para montarse antes de llevarla a cabo de verdad, pero, por lo visto, no lograba pillar bien el movimiento.

—Sus lomos son sensibles, y hasta que no podamos ponerle una silla adecuada para que los dos estéis cómodos, deberás tener muchísimo cuidado. No quiero lesiones de ningún tipo. Si te caes de un vördr, es muy difícil que vuelvas a subirte la próxima vez. Hazme caso —explicó Vexa, y me enseñó la maniobra sobre una de las sillas situadas en lo alto de la plataforma.

Asentí y me giré hacia la silla. Me eché hacia delante y salté para deslizar la pierna por encima. Me resbalé cuando estuve sobre el

cuero liso, pero me las arreglé para agarrar el cuerno lo bastante rápido para no caerme.

—Bueno, igual eso ha sido demasiado impulso. —Vexa soltó una carcajada y observó mi postura sentada con los labios fruncidos.

—Llevamos aquí horas. A lo mejor no es solo mi culpa. —Eché un vistazo al vördr que tenía debajo, que se limitó a bufar y a remover el heno con la pezuña mientras meneaba la cola a los lados.

—Tómate un momento, ahora vengo —me dijo a la par que saltaba desde el filo de la plataforma y golpeaba el suelo polvoriento con un ruido sordo—. Voy a decirle a Aether que necesitaremos más tiempo.

La seguí con la mirada mientras avanzaba con esfuerzo hacia él. Llevábamos sin hablarnos desde nuestra discusión de días atrás, cuando me envolvió con las sombras. Cuando las introduje en mi interior.

Mis recuerdos del prado, de la noche de Emeraal en la que las había absorbido, habían sido un batiburrillo de eventos que me costaba conectar. Recordaba a Osta, a Laryk y a la Guardia entera mirándome con los ojos abiertos como platos cuando las sombras elevaron mi cuerpo.

Sin embargo, los hechos que habían acontecido antes no eran nada más que un borrón; un rincón vacío en mi mente en el que no es que faltaran piezas exactamente, sino que no lograba encajarlas.

No obstante, cuando dejé que las sombras entraran, esa noche había regresado con una fuerza feroz, e incluso más durante los días que se sucedieron.

Recordé la nada. Los susurros de un vacío. La oscuridad que me cubrió hasta que estuve a punto de perderme a mí misma.

Igual Vexa tenía razón acerca de todo; igual este era el lugar al que pertenecía. Aunque yo era una extraña para este mundo. Para

los que lo habitaban. En Sídhe, por fin había empezado a descubrir quién era, mis principios y lo que quería hacer. ¿Estaba dispuesta a volver a desafiar todo aquello?

Y, si los kalfar decían la verdad, entonces ¿qué más sería verdad? La pregunta se me quedó clavada como una astilla de madera en la piel.

Si a este reino le estaban drenando su poder, si el paisaje cenizo y la comida rancia eran auténticas consecuencias de esta sequía… Si Sídhe se encontraba detrás de esto, tenía que haber un motivo. ¿No? Debía de haber un catalizador que lo hubiera provocado. Algo.

Sídhe había atacado Riftdremar tras la rebelión. Sabía que la isla era capaz de las peores tragedias; nunca se me había olvidado. No obstante, habían mantenido la paz desde entonces. ¿Por qué iban a querer alterar eso?

¿Acaso podía fiarme de la palabra de Vexa y de Aether? Seguro que tenían una razón para mentirme. Para manipularme con el objetivo de que me uniera a su causa. Me querían como arma; lo sentía en los huesos. Y jamás lo sería. No para un ejército que no conocía ni para un reino que me tenía por extraña.

El pensamiento sonó vacío incluso mientras se formaba. ¿No era eso justo lo que Laryk había hecho? ¿Acorralarme después de que yo casi matara a las hermanas Fairbanks y darme a elegir, aunque en realidad no fuera así, entre unirme a la Guardia o morir? Él también había querido mis habilidades, había querido moldearme en algo útil para el ejército de Sídhe.

La diferencia era… ¿cuál? ¿Que yo lo había elegido a él?

Un roce amable contra mi mano me devolvió de bruces a la realidad, de vuelta a los establos poco iluminados. Le rasqué a Tryggar el mentón y él me dio otro golpecito a la par que soltaba un

suave resoplido por las fosas nasales. Le rasqué unas cuantas veces más mientras me reía por lo bajini.

Le relucieron los ojos oscuros, y no pude evitar pensar que parecía contento consigo mismo.

Suspiré, cedí a su demanda y le pasé la mano por el cuello. Me dio otro golpecito, esta vez volviendo la mirada hacia una cesta cercana que estaba llena de cosas retorcidas, quebradizas, oscuras y ásperas al tacto. Carne seca que parecía corcho. El olor me golpeó antes de que tuviera ocasión de acercarme siquiera. A rancio y agrio, como algo que se hubiera dejado abandonado demasiado tiempo.

Me dio otro golpecito con más urgencia en esta ocasión y los ojos fijos en la cesta.

Alcé una ceja.

—¿Quieres eso?

Tryggar golpeó el suelo con una coz, entrecerró los ojos en dirección a la cesta y luego me miró.

Vacilé. Era un poco inquietante, pero cogí uno de los trozos de todas maneras. Lo sentí frío y áspero en la mano, como si hubiera estado vivo en algún momento y ahora solo fuera una cáscara. Se lo entregué, insegura de qué más hacer.

Tryggar me lo arrebató de la mano en un abrir y cerrar de ojos. Lo masticó con un salvajismo que casi me asustó, desgarrándolo a una velocidad que hizo que se me encogiera el estómago. Tenía la mandíbula apretada y los músculos tensos mientras engullía y tragaba deprisa y de manera perturbadora. El sonido que producía era desagradable; parecían huesos rompiéndose con mucho ruido.

—Vaya, eso solo ha dado un poquito de miedo —musité, pero a Tryggar pareció no importarle. Si acaso, se veía incluso más encantado consigo mismo y me dio un empujoncito para que le dedicara más atención.

De repente, comenzó a extender las alas y provocó una ráfaga de aire que derribó unas cuantas cestas y desperdigó el heno por el campo. Yo pegué un brinco hacia atrás y observé cómo abría más las alas. Eran inmensas, plateadas y ahumadas a la tenue luz.

Él me miró y fui incapaz de contener una sonrisa.

—Eres precioso, ¿lo sabes?

Tryggar alzó la cabeza y extendió las alas aún más, casi como si estuviera mostrándolas con orgullo. El destello juguetón de sus ojos era inequívoco; parecía saber lo que yo había dicho.

Solté una carcajada.

—Estás hecho todo un presumido, ¿eh?

Tryggar se veía contento, saludable. Aunque su dieta fuera cuestionable para la mayoría de los paladares, igual tenía sentido. La bestia parecía ser capaz de devorar un pollo entero, pero dudaba de que se lo comiera fresco.

Un destello negro me llamó la atención cerca de la entrada del establo. Tryggar reaccionó al instante y se dio la vuelta con la parte trasera hacia mí y la cola inmóvil. Agachó la cabeza cuando Raskr trató de entrar. Tryggar bufó muy alto a través de las fosas nasales y dio una coz, arañando el suelo con la pezuña.

—No es más que Raskr —le dije, pero Tryggar soltó un gruñido bajo.

Raskr retrocedió con la mirada clavada en mí de forma casi temerosa antes de volverse pisando fuerte al pasto.

—¿Es que eres el único vördr permitido aquí? —Me reí.

Tryggar se giró hacia mí y me puso el hocico en la palma una vez más con la mirada suave, que dirigió a las verjas junto al muro de piedra.

—¿Alguna vez has estado ahí? —pregunté, señalando la ciudad—. ¿Más allá de los muros? ¿En las calles? —Me detuve y me acordé de

lo que Aether y Vexa habían dado a entender sobre las condiciones de vida—. ¿De verdad es tan malo como dicen?

Tryggar no contestó, aunque cruzó la mirada conmigo con una expresión que prácticamente lo decía todo. Movió las protuberancias óseas de la cabeza y soltó un pequeño resoplido, como si notara mi malestar. Se le ensancharon las fosas nasales y propinó una coz con la pezuña. Emitió un relincho largo y prolongado antes de darme en la bota con el hocico.

Suspiré, le di una última palmadita en la cabeza y me encaminé hacia Vexa y Aether. Parecían enfrascados en alguna disputa entre susurros.

—No es más que cuestión de tiempo que ella surque los cielos…

—Por ese mismo motivo tenemos que acelerar las cosas. —La voz de Vexa atravesó el aire cuando se giró ante el sonido de mis botas crujiendo contra el césped seco—. Fia, estaba a punto de volver. ¿Qué tal? —casi canturreó en un tono poco común en ella.

—¿Cómo es todo ahí fuera? ¿Más allá de los muros? —pregunté, y me crucé de brazos.

Vexa abrió la boca, pero después la cerró y frunció los labios. Miró a Aether, se produjo una conversación silenciosa entre los dos en la que intercambiaron miradas con los ojos entrecerrados y el kalfar asintió. Y, justo cuando Vexa se centró de nuevo en mí, Aether pasó junto a nosotras y me rozó el brazo con el suyo. Ignoré la llamarada de irritación que centelleó en mi interior.

Él echó un vistazo en nuestra dirección, evitando mirarme a propósito, y habló con un tono que no supe interpretar.

—Igual es hora de que te lo enseñemos.

El muro de piedra negro que rodeaba el fuerte se cernía cada vez más sobre nosotros a medida que nos acercábamos a una de las

verjas externas que conducían a la ciudad.

«¿Quién gobierna esta tierra?».

—Te vas a caer si no empiezas a mirar por dónde pisas —dijo Aether, sacándome del trance. Había estado tan ensimismada que no me había percatado de que se encontraba a mi derecha, apenas un paso por detrás. Vexa iba delante y ya saludaba al umbra apostado en las verjas.

Parpadeé en su dirección, sorprendida de que hubiera decidido hablarme.

—Cuidado, eso suena a algo que diría un caballero.

—En ese caso, continúa. —No sonrió, pero hubo una chispa de luz en sus ojos.

Alcanzamos a Vexa justo cuando las verjas se abrían. Se me aceleró el corazón cuando me adentré en lo desconocido. Estaba convencida de que esta excursión no me serviría para trazar un plan de huida; de lo contrario, no me habrían sacado. Aunque eso no significaba que no pudiera fijarme en cada detalle.

Como si se hubiera roto una barrera sonora, el ruido caótico de una ciudad invadió el prado por la verja.

—Bienvenida a Ravenfell. —El tono de Vexa era sombrío.

Lo que vi delante de mí era una mezcla de belleza y tragedia. Los edificios de piedra estrechos de la ciudad eran tan intrincados como los del fuerte, pero los habitantes se apiñaban en cada calle y en cada callejón. Las condiciones me dejaron sin aliento por un segundo. Unos puestos se esparcían por la calle, desprovistos del color de la fruta fresca; en su lugar, ofrecían granos y tarros pequeños de conservas que no identificaba. Presencié cómo alguien intentó robar con habilidad un saco de arroz de uno de los comerciantes, lo que provocó enseguida una trifulca que hizo que el grano se desperdigara por el camino de piedra irregular. Tuve que

tragarme la bilis que me subió por la garganta al ver a la gente lanzarse al instante de rodillas y recoger lo que podía con las manos, guijarros incluidos.

A medida que avanzaba por las calles agrietadas y notaba el peso de los ojos al volverse hacia mí, me di cuenta de que todos tenían el cabello oscuro y les caía en cascada por la espalda o lo llevaban recogido en moños sueltos a la altura de la nuca, negro como el cielo nocturno, todos y cada uno de ellos. Con los miembros de la Umbra con los que me había topado había ocurrido lo mismo. Desvié la vista hacia los rizos blancos que me enmarcaban la cara, y se me formó un nudo en la garganta. Desentonaba por completo; el contraste era marcado y discordante.

Como en Sídhe.

Vexa y Aether habían dado a entender que este era mi lugar, pero saltaba a la vista que no compartía rasgos con los kalfar. Además de la característica común del pelo oscuro, sus tonos de piel variaban en tonos apagados de pálido a ónice. Todos desaturados. Todos descoloridos.

Cerca de un pozo, había una panda de niños con las caras sucias. Estaban tan delgados y eran tan pequeños para su edad que se me revolvió el estómago cuando me imaginé cómo sería la casa a la que volverían todos los días, si es que tenían casa siquiera. Se lanzaban una pelota de cuero entre ellos, una pelota que parecía desinflada y gastada, con las costuras deshilachadas. Observé cómo uno de los chicos sonrió y soltó una carcajada cuando lanzó la pelota más allá de los otros dos, celebrando su pequeña victoria. Una parte de mí se prendió con algo de calidez ante el intercambio, pero se desvaneció cuando me di cuenta de lo jadeantes que parecían, de lo jadeantes que parecían todos.

El aire estaba cargado con el olor a algo que se quemaba en la distancia; el humo flotaba en las calles. Era una fragancia extraña y aguda que se me metió en la nariz.

Antes de poder alejarme un paso de los niños, una mujer en estado de pánico con los ojos suplicantes se interpuso en mi camino.

—Señorita, mi marido necesita ver a un médico, pero la reina solo los envía cada dos semanas. Por favor, es urgente. Te lo ruego.

Desvié la mirada enseguida a Vexa, cuya cara se había ablandado con un dolor genuino.

—¿Cuándo fue la última vez que vino uno? —preguntó en tono amable.

—Hace diez días —susurró la mujer, retorciéndose las manos—. Se ha puesto mucho peor desde entonces.

Vexa intercambió una mirada con Aether y se dijeron algo en silencio.

—Necesitan tiempo para recuperar la esencia suficiente para sanar otra vez. Ojalá… —Se detuvo ella con la mandíbula apretada—. Lo siento. Los enviaremos tan a menudo como sea posible sin quemarlos del todo.

A la mujer se le desplomaron los hombros, pero asintió con comprensión. Me percaté de que no era la primera vez que escuchaba esta explicación. No era la primera vez que había tenido que aceptar que la ayuda no llegaría lo bastante pronto.

—¿Cuál es el distrito? —preguntó Aether en voz baja.

—El barrio este, cerca del viejo pozo —respondió ella.

—Me aseguraré de que vayan allí primero la próxima vez —dijo él, y, aunque su voz era firme, vi lo mucho que le dolía tener que marcharse cuando la gente necesitaba ayuda.

Más caras desesperadas se volvieron hacia nosotras ahora, atraídas por la esperanza de la ayuda. Aether me puso la mano en la

parte baja de la espalda y me instó a seguir adelante.

—Camina más rápido —dijo en un tono bajo mientras me empujaba hacia la multitud.

Siseé y le di un manotazo para que se alejara.

—Te dije que no me tocaras.

Apretó las manos a los costados antes de metérselas en los bolsillos.

—Por cierto, fíjate en todos los mendigos de la calle. Como ves, no es que sean pocos. —Su tono era cruel, pero aligeré el paso.

Quise girarme desesperadamente hacia la mujer, aunque sabía que sería inútil. Yo no podía hacer nada.

—¿No tenéis sanadores? —pregunté en voz alta; la sensación de inutilidad me inquietaba.

—Los llamamos «médicos». Pero sus ataduras se han debilitado. Puede llevarles semanas emplear la esencia suficiente para ayudar. De ahí las visitas tan limitadas a la ciudad. —Vexa parecía cansada.

Jamás me habría imaginado cómo sería un reino sin esencia. Dependíamos tanto de ella en Sídhe, pero a la vez era tan inherente, que nunca me había parado a pensarlo. Para la mayoría, era como el aire que respiramos. La pérdida de un foco sería una tragedia para una persona, aunque no era nada en comparación con la pérdida de esencia en el entorno. Podíamos vivir sin poder, pero no sin comida ni agua.

No pude evitar comparar la ciudad con Luminaria. Con la sobrecogedora abundancia de plantas y de vida. Con los exuberantes huertos comunitarios de comida para todos, con los brillantes canales llenos de peces. Intenté recordar la última vez que había visto allí a alguien enfermo, pero fui incapaz.

Como riftborne, la vida jamás había sido fácil, aunque, desde luego, nunca había sido así.

—Recibimos cargamentos de grano del sur, pero la mayoría se racionan, y empieza a haber cada vez menos a medida que la tierra pierde los nutrientes. Esta parte del país aún es habitable, pero el lado este ya es un páramo —explicó Vexa.

—Nos llegará una enorme afluencia de gente cuando Vardruun caiga. —El tono de Aether era grave y tenía un indicio acusador que sabía que iba dirigido a mí—. Nos faltan recursos para alojarlos a todos.

—No lo entiendo. ¿Cuándo ocurrió todo esto? —pregunté, sintiendo la desesperación. No traté de ocultar la grieta en la voz.

Vexa intercambió una mirada con Aether antes de contestar:

—No sabemos con exactitud cuándo sucedió, pero la frontera este comenzó a secarse hace casi una década.

«¿Una década?».

—Los efectos no se notaron de inmediato. Sobre todo cuanto más te alejas de la brecha.

Caminamos un buen trecho en silencio. Los cuerpos empezaron a disminuir conforme nos aproximábamos al final de la calle y doblábamos una esquina. Un pequeño edificio con poco tránsito de gente apareció a la vista.

—¿Nos pasamos? —Vexa observó a Aether—. Seguro que están dentro entrenando. Ya sabes las ganas que tienen de verte.

Aether asintió sin más, encogiéndose de hombros como si nada.

—Que no te engañe, Fia. A lo mejor se le dan fatal las interacciones sociales, pero los niños sacan lo mejor de él —se burló Vexa, dándole un golpecito en el hombro.

—Y a Vexa se le da fatal todo, incluidos los niños, me temo.

Él la fulminó con la mirada, aunque hubo un indicio de sonrisa en sus labios cuando Vexa bufó. Después, pasó de largo junto a mí y entró por la puerta abierta. Debía de saber que no echaría a correr,

porque ya no se preocupaba de vigilarme desde atrás. Supuse que la ciudad en sí misma era un elemento disuasorio.

—¿Quién estará ahí? —le pregunté a Vexa mientras me adaptaba a su ritmo para seguirla a través de la entrada curva que daba paso a una arena circular en su interior.

—Solo Carden, Lael y Uma. Lael ya se ha hecho lo bastante mayor para entrar por fin en el strykka. Esos tres son inseparables. Carden y Uma continuarán entrenando a su lado hasta que también puedan entrar.

Otra palabra que desconocía. Me tragué la irritación.

Los tres mencionados se hallaban en el centro de la arena. Parecía que dos de ellos se disponían a empezar un combate de *sparring* cuando notaron la presencia de Aether.

—¡No te creo! —Un chico no mayor de trece años echó a correr hacia él. El otro chaval, de dieciséis como mínimo, parecía igual de emocionado ante la llegada de Aether, pero tenía pinta de estar haciéndose el interesante.

—¡Aether! ¡Vexa! —los saludó la chica con una mano. Iba vestida toda de negro. La tela era de algodón, aunque saltaba a la vista que intentaba imitar la vestimenta de la Umbra con unos cuantos cinturones sin sentido alrededor de la cintura.

Aether le estaba revolviendo el pelo al chico más joven, que se había estrellado contra él. Una sonrisa apenas visible le cruzó los labios e hizo que apareciera un hoyuelo.

Por mucho que me esforcé, no pude apartar los ojos.

—Lael y yo llevamos todo el día entrenando. Tienes que ver lo buenos que nos hemos vuelto. —Carden le dedicó una sonrisa llena de admiración.

—Ah, ¿sí? A lo mejor me lo podéis enseñar antes de que nos vayamos. —Aether miró a Lael y asintió. La atención abrió una grieta

en la estoica fachada de Lael e hizo que una sonrisa de aspecto juvenil le apareciera.

—¿Crees que podré trabajar contigo, Aether? —preguntó ilusionado.

—Prefiero que me ayudes en el fuerte —dijo Aether con tono indiferente, pero la intensidad de sus ojos indicaba que hablaba en serio.

—Yo no voy a perfeccionar mis habilidades para quedarme encerrada en el fuerte —intervino Uma, adoptando una postura de lucha y entrecerrando los ojos.

—Nuestras ataduras son demasiado chulas para eso —añadió Carden.

—No las estaréis usando mucho, ¿verdad? —los reprendió Vexa.

—Nos estamos reservando, no te preocupes —contestó Lael—. Aunque es muy difícil.

Era muy raro ver a estos dos asumiendo roles parentales.

—¿Quién es esa? —preguntó Carden señalándome sin despegarse del lado de Aether.

—¿Por qué tiene ese aspecto? —musitó Uma.

Vexa resopló, pero fue Aether quien respondió:

—Nuestra nueva amiga. —No se me pasó por alto el sarcasmo de sus palabras. Me esforcé por contener una mueca.

Uma se toqueteó el pelo mientras me miraba fascinada.

—Eres muy guapa —canturreó.

—Gracias —repliqué con torpeza. Al parecer, nunca sería capaz de aceptar un cumplido, aunque fuera el de una niña.

Aether dio una palmada y provocó un fuerte eco que resonó por la sala abovedada.

—¿Por qué no me enseñáis lo que habéis estado entrenando? —Sus hoyuelos volvieron a aparecer cuando sonrió a los tres chicos

rebosantes de energía.

Vexa tuvo que agarrarme del brazo y tirar de mí hacia los asientos junto a los extremos para sacarme del trance.

—¿Quiénes son estos chicos? —pregunté una vez que nos alejamos lo bastante.

Vexa echó un vistazo por encima del hombro y se le ablandó la mirada.

—Huérfanos llegados de todo el reino —explicó—. Cuando se evacúan las ciudades, la Umbra se los lleva y les proporciona lugares para quedarse dentro de nuestras instalaciones. Ropa. Comida. Uma y Carden son hermanos, pero a Lael… lo encontramos solo.

Los observamos pelear mientras Aether les daba instrucciones a su alrededor con las manos entrelazadas sin apretar detrás de la espalda. Los animaba y les indicaba cosas cada pocos movimientos.

—¿Y el strykka? ¿Es la forma de unirse a la Umbra?

—Es una de ellas. Se trata de un conjunto de pruebas que se debe completar para entrar en las unidades de élite —murmuró Vexa distraída, centrada plenamente en el combate de entrenamiento que tenía lugar delante de nosotras.

—¿No crees que son un poco demasiado jóvenes? —El estómago me dio un vuelco ante la idea de que estos chicos se convirtieran en asesinos despiadados. Parecían demasiado inocentes para hacer aquello para lo que seguro que los estaban entrenando.

—Pues claro que son demasiado jóvenes. Son niños. Pero no tenemos muchas opciones últimamente. Al principio, la gente se unía en hordas a la Umbra cuando comenzó la sequía, pues sabía que era el modo más fácil de tener comida regular y un lugar donde vivir, pero hasta eso se redujo con el tiempo. Los kalfar ya no le encuentran sentido. Prefieren morir con sus seres queridos a hacerlo

en el campo de batalla con un mundo de por medio. Es una suerte que consigamos unos cuantos reclutas al año.

—No me parece correcto —susurré casi para mí misma.

—Ya, no lo es, ¿verdad? —dijo ella, aunque no era una pregunta en realidad—. Una tierra devastada por la guerra siempre es brutal. Se tienen que tomar decisiones complicadas…, pero esto… esto es diferente.

Permanecimos sentadas durante un momento, observando cómo Aether cogía de manera juguetona al chico más joven y se lo echaba al hombro.

—¿Se les entrena para que usen sus ataduras?

—Requiere mucha esencia. Racionan sus ataduras hasta que llega la hora de probarse a sí mismos. Se les agotarán una vez que acabe el strykka.

Asentí. Transcurrieron unos instantes.

—Si de verdad Sídhe está drenando la esencia de esta tierra… —Me detuve e inhalé hondo—. No lo comprendo. Allí todo es perfecto. No veo por qué iban a poner en peligro una paz como esa.

—¿Alguna vez te has preguntado por qué todo es tan perfecto allí? —inquirió ella, y ahora sí se giró para mirarme.

Un regusto amargo me subió por la garganta.

—¿Alguna vez te has preguntado por qué la pobreza y el hambre escasean en tu reino? ¿Por qué las cosechas se han vuelto más abundantes que nunca? ¿Por qué vuestra esperanza de vida aumenta mientras que la nuestra disminuye?

Nunca había tenido sentido que Sídhe hubiera experimentado semejante crecimiento económico, semejante prosperidad, de la nada. Nadie parecía habérselo cuestionado jamás, y yo había estado muy ocupada intentando pasar desapercibida como para hacerlo.

Pero nunca, ni por un momento, se me habría ocurrido que fuera por algo así.

Nosotros habíamos estado prosperando mientras otro reino se convertía en polvo.

CAPÍTULO 6

No podía dejar de darle vueltas a todo lo que había visto. Las cuestiones y las revelaciones me venían una detrás de otra solo para generar más preguntas.

Volví andando hacia el fuerte entre Vexa y Aether. La calle que llevaba de regreso a las verjas aún estaba llena de gente, pero la mayoría de los residentes parecían juntarse en los edificios en busca de calor.

No fui capaz de deshacerme del sentimiento de inutilidad.

Raine se habría parado con esa mujer hoy y habría pedido ayuda o hubiera hecho lo que hubiese podido ella misma. Todo mi equipo lo hubiera hecho.

Pensé en ellos en sus tiendas en Stormshire. Sin saber que arriesgaban sus vidas para ayudar a un reino que les mentía.

Pero ¿quién mentía exactamente? ¿La Guardia? ¿El rey? Seguro que unas órdenes tan calculadas venían de arriba.

¿Lo sabría Laryk? Era general; se encontraba cercano al trono y al tanto de estrategias que el resto de nosotros jamás veíamos. ¿Habría sabido él qué eran en verdad esas torres de arcanita cuando nos mandó a defenderlas? ¿O sería solo otro soldado siguiendo órdenes?

Quería creer que no estaba al tanto. Que, si hubiera entendido lo que Sídhe estaba llevando a cabo en realidad, se habría… ¿qué?

¿Rebelado? ¿Negado? ¿Le importaría la verdad siquiera?

Ahora más que nunca, tenía que volver a Sídhe. Si la Guardia se enteraba, si la gente que libraba esta guerra supiera lo que estaba haciendo, a lo que estaba contribuyendo, se horrorizaría. Seguro que sí.

Desvié mis pensamientos hacia Riftdremar, el lugar donde nací, y me pregunté lo que habría ocurrido en realidad y si absolutamente todo lo que me habían enseñado era una mentira.

La verdadera pregunta era qué podría hacer yo. Se me pasó por la cabeza escapar a lomos de Tryggar. No obstante, sabía que jamás me dejarían sola durante el tiempo suficiente para tratar de huir. Ni siquiera sería capaz de montarlo lo bastante rápido para intentarlo. Y mucho menos volar con él u ordenarle que me llevara a cualquier parte.

En cuanto entramos por las verjas de vuelta al recinto del fuerte, los sonidos de Ravenfell se desvanecieron una vez más. Sentí los ojos de Vexa y Aether sobre mí. El silencio creció como una presión constante en mis oídos. Me habían mostrado la verdad y ahora esperaban mi reacción.

Todas las cosas que quise decir se negaron a tomar forma en mis labios.

—Gracias por mostrármelo —conseguí soltar. Me costaba respirar —. Necesito tiempo para pensar.

Vexa dio un paso adelante, suavizando la expresión.

—Claro que sí…

—¿Tiempo? —La voz de Aether cortó el aire como el hielo—. Solo has tenido tiempo. Semanas. —Se giró para mirarme, y las sombras empezaron a enroscársele alrededor de los dedos—. Y, después de todo lo que has visto hoy, ¿necesitas más?

—Aether… —le advirtió Vexa, pero él prosiguió.

—La devastación, el sufrimiento… ¿Nada de eso te ha conmovido? —Sus ojos dorados ardían con una furia apenas contenida—. O tal vez no te importa ya.

—No es justo —repliqué, aunque me temblaba la voz—. No puedes esperar que yo solo…

—¿Que tú solo qué? —Se acercó más; su altura se cernió sobre mí —. ¿Te enteres de la verdad cuando la tienes delante de las narices? ¿Te enfrentes a lo que tu querido Sídhe ha hecho?

—Estoy tratando de entender…

—No —gruñó—. Estás dando largas. Estás ganando tiempo para que tus amigos continúen dejándonos sin nada. —Sus sombras se oscurecieron más, y la temperatura disminuyó a nuestro alrededor—. Si lo que necesitas es tiempo, me encantará proporcionarte más. ¿Comprobamos cómo te sienta otro mes de aislamiento?

—Ya basta. —Vexa se interpuso entre ambos, con los ojos violetas centelleantes—. Esto no ayuda a nadie. —Se giró hacia mí y habló con más amabilidad—: Lo que has visto hoy… es mucho que procesar.

Aether soltó un sonido de indignación.

—No tenemos tiempo para andarnos con paños calientes…

—Y no tenemos tiempo para amenazas —insistió Vexa. Ahora se había girado hacia él por completo—. ¿Quieres que ella confíe en nosotros? ¿Que crea en nuestra causa? Pues este no es el modo.

Se quedaron mirándose el uno al otro durante un largo instante antes de que Aether al final diera un paso atrás, aunque la oscuridad aún emanaba de él en oleadas.

—Muy bien —espetó—. Tómate todo el tiempo que necesites, pero recuerda esto: mientras estás sentada en esa torre pensando, los niños se mueren de hambre. Las familias lo pierden todo. —Su

voz se volvió más grave, mortalmente silenciosa—. Ahora, su sangre también recae en tus manos.

Se giró y se marchó, dejándonos a Vexa y a mí en un tenso silencio. Ella suspiró al tiempo que se pasaba una mano por el pelo.

—Se está portando como un capullo —soltó al final—. Pero tiene razón en algo: el tiempo no es un lujo que nos podamos permitir mucho más.

Asentí, sin ser capaz de encontrar las palabras mientras el peso de todo me oprimía.

—Venga —sugirió con amabilidad—. Vamos a llevarte de vuelta a la torre.

Hicimos el camino de regreso en silencio, cargado con todo lo que se había dicho y lo que no. Sin embargo, las palabras de Aether resonaron en mi mente a cada paso, ardiendo como hierros de marcar en mi conciencia.

«Ahora, su sangre también recae en tus manos».

Una oscuridad me rodeaba, iluminada por estrellas brillantes y relucientes. Un polvo reflectante se dispersaba por el abismo aterciopelado, creando formas y retorciéndose mientras se transformaba de un blanco pálido a unos tonos pasteles opalescentes. El lugar, fuera el que fuera, se me hacía conocido, como si hubiera estado allí antes, tal vez más de una vez.

Y entonces reconocí el orbe, el que flotaba en la distancia y se acercaba hacia mí sin esfuerzo. Parecía una mente, aunque de algún modo era distinta, como si irradiara colores más allá del espectro.

Invoqué la telaraña para que subiera por mi columna, cosquilleándome mientras se entrelazaba con delicadeza, acariciándome el cráneo en tonalidades de esos mismos colores y

dejando que brotara de mí; los zarcillos se retorcían por el aire, zumbando hacia el orbe.

Lo había visto antes, pero siempre estaba fuera de mi alcance… Siempre se encontraba más allá de lo que podía llegar a entender, a menudo huyendo hacia la oscuridad cuando me acercaba demasiado. No obstante, en esta ocasión brillaba con más intensidad mientras mi telaraña lo rodeaba.

Fui cuidadosa y lenta. No quería asustarlo esta vez. Anhelaba saber lo que era, por qué siempre se hallaba allí, cuál era este sueño y dónde se desarrollaba.

Una sola fibra de la telaraña se extendió y se acercó a la superficie del orbe, y la luz que ambos emanaban empezó a entrelazarse cuando…

«Decide, Fiandrial».

Las palabras salieron como una sinfonía de siseos de todas las direcciones justo antes de que lo tocara. El pánico me invadió y todo se volvió negro una vez más.

Aunque no por mucho tiempo.

De pronto, sentí cómo me desplomaba en una silla, en una habitación que no reconocí. Traté de mirar alrededor, de moverme, pero estaba inmovilizada y fijé la vista en un escritorio y una ventana delante de mí mientras el sol brillaba radiante al otro lado del cristal. Noté unos dedos que no eran los míos tamborileando en el reposabrazos de la silla y una voz que no era la mía aclarándose la garganta.

Y unos pasos detrás de mí.

—Hay un motivo por el que no han vuelto —explicó una voz aterciopelada desde atrás con un tono forzado, y el corazón se me encogió tanto que pareció que se fuera a romper allí mismo en ese momento.

Laryk.

Quise girar la cabeza con brusquedad. Quise mirarlo, pero estaba paralizada.

—Sé que no ha sido fácil para ti. Yo tampoco entiendo su ausencia repentina, aunque no creo que las dos cosas estén conectadas. Tienes que seguir adelante, no puedes continuar haciéndote esto.

Reconocí que esa voz salía de los labios de Mercer.

—Atacan casi con un calendario fijo. Durante los dos últimos años, nunca han descansado más de dos semanas —siseó Laryk, y sentí su voz más cerca mientras oía pasos dirigirse hacia el escritorio, y, de repente, se encontró delante de mí.

Tenía los ojos inyectados en sangre y el pelo despeinado de una manera que no había visto antes. Su típica camisa negra planchada a la perfección estaba arrugada en las mangas, y había algo sombrío en sus facciones. Como si no hubiera dormido en semanas. Deseaba alargar la mano, tocarlo, pero el brazo de Mercer se quedó tan quieto que me hacía enloquecer.

—Se la han llevado —espetó, y una chispa de rabia le atravesó los ojos.

—Nadie sobrevive a una horda de sombras como esa.

—Dejaron cuerpos atrás. —Laryk echaba humo, y entre cada palabra que soltó hubo una pausa medida.

Mercer vaciló durante un instante, se llevó una copa de un líquido ámbar a los labios y tomó un sorbo. El sabor a whisky me invadió los sentidos y me quemó la garganta.

—Si lo que dices es verdad, entonces eso plantea preguntas completamente nuevas —respondió en voz baja Mercer, como si intentara que su voz grave sonara lo más suave posible.

—¿Qué quieres decir con eso? —gruñó Laryk.

—Sabes lo que parecía, Laryk. Incluso tú dudaste.

—No provenían de ella. Fue un giro inesperado. —La voz de Laryk sonó fuerte, pero se le quebró un poco.

Nunca lo había visto así. Siempre había sido tan tranquilo, tan sereno e ilegible. Tan insoportable y exasperantemente seguro…, con esa máscara que mantenía sus sentimientos ocultos a todo el mundo. Apenas reconocí al hombre que tenía delante de mí.

—Pero no dudé por eso. Ya lo sabes. Ya te lo he contado —murmuró Laryk.

—La figura —contestó Mercer con un suspiro mientras dejaba la copa en el escritorio de delante.

—Sé lo que vi. —Laryk sacudió la cabeza antes de continuar—. La forma de un hombre. La oscuridad se desprendió de él. He pensado en ello todo este tiempo, que había algo más en ellas. Que las sombras eran un disfraz.

Se hizo un silencio inquietante cuando Laryk dirigió la vista de Mercer a la ventana y la bajó hacia una caja de frascos de cristal; algo oscuro le pasó por el rostro.

—Entonces ¿qué quieres hacer? —se limitó a preguntar Mercer.

—Pon a todo el mundo a trabajar. A todos los miembros de esta Guardia. Tráelos aquí. A Stormshire.

—Laryk, estás actuando desde las emociones…

—El rey me ha cedido todo el control de la Guardia —contraargumentó—. Cuando vengan, que lo harán, no habrá vuelta atrás. Y estaremos preparados. Sentirán con exactitud al fin de lo que somos capaces —prosiguió Laryk, levantándose de un salto del escritorio y girándose para agarrarse al alféizar de la ventana, con los ojos fijos en algo en la distancia—. Haremos que la destrucción caiga sobre ellos. Devolverán lo que me pertenece.

Abrí los ojos de golpe cuando la sala de obsidiana se cernió a mi alrededor; el corazón me martilleaba contra el pecho. Me destapé, puse los pies en el suelo y corrí hasta la puerta antes de golpearla con los puños una y otra vez.

El cerrojo se abrió y Aether me miró fijamente.

—Qué inesperado —dijo arrastrando las palabras, observando mis ojos desorbitados—. ¿Has llegado al fin a tu límite?

—Estoy lista para hablar —respondí en voz baja, sosteniéndole la mirada.

Él se limitó a cruzarse de brazos, apoyarse en el marco de la puerta y arrugar la frente contemplándome. Sin embargo, pareció cambiarle la expresión de los ojos, como si se le hubieran ablandado, pero fue tan solo un instante y desapareció tan rápido como había sucedido.

—Veamos si lo dices en serio.

CAPÍTULO 7

Varios pares de ojos me dejaron clavada en el sitio cuando tomé asiento en una mesa envejecida. Nos encontrábamos en lo que debía de haber sido una sala de guerra de algún tipo, aunque ahora parecía más bien una tumba. Unas paredes oscuras se extendían hasta la oscuridad; el techo se perdía en las sombras a pesar de los candelabros que colgaban a intervalos; sus llamas arrojaban una luz inestable. El espacio era circular con bancos curvos empotrados en las paredes.

Rethlyn rondaba cerca de una de las ventanas en forma de arco con la atención no sobre mí, sino sobre algo que había justo por encima de mi hombro, y frunció el ceño pensativo. Vexa estaba despatarrada en la silla a mi izquierda con una pierna colocada como si nada encima del reposabrazos adornado y moviendo tan tranquila una daga entre los dedos. La hoja reflejaba la luz del fuego con cada giro y enviaba breves destellos al techo.

También se encontraba Effie, cuyos brazos cruzados y mueca me indicaron que no había olvidado nuestro último encuentro. Tenía una mirada aguda mientras estaba sentada con rigidez en la silla, como si aguardara a que hiciera el movimiento equivocado.

Aether se hallaba sentado detrás de ella en silencio y tieso, con la mirada clavada en la pared más lejana, donde había un tapiz enorme colgado con bordes deshilachados y raídos. Sin embargo, cuando

dirigí la vista hacia él, fijó los ojos en los míos con frustrante rapidez. Tragué saliva con fuerza y desvié la mirada, pero todavía podía notar el ardor de la suya mucho después de romper el contacto. La sala parecía demasiado cálida e íntima a pesar de su tamaño. El aire estaba cargado con un olor a pergamino viejo, cera ardiente y algo metálico que parecía pegárseme al fondo de la garganta.

—Bueno, esto ya es bastante incómodo. —Vexa rompió el silencio —. Supongo que aprovecharé la ocasión para preguntarte, Rethlyn. —Se le arrugó la nariz cuando se giró para mirarlo—. Por el Vacío, ¿qué narices estabas haciendo en tu cuarto anoche? El pasillo entero apestaba como si se hubiera colado algo entre los muros y se hubiera muerto.

Rethlyn la observó por encima del hombro con un mohín en la boca.

—La elaboración de vino es un proceso delicado —replicó desde la ventana.

—«Delicado» no es la palabra —dijo Effie con una mueca—. Los vapores son literalmente un asalto a los sentidos.

—¿Seguro que no intentas envenenarnos a todos de nuevo? —preguntó Vexa.

—Eso ocurrió solo una vez. —Rethlyn suspiró—. Y, en concreto, la receta dice que…

—¿Receta? —Vexa soltó una carcajada—. ¿Así es como llamamos ahora a tus experimentos?

—No tengo por qué compartirlo. —Se giró un poco con cierto tono a la defensiva en la voz.

—Preferiríamos que no lo hicieras —añadió Effie, y Vexa soltó una risotada.

—Reíos cuanto queráis. Pero ¿quién se tiró tres horas ayer arrojando dagas a su propia sombra?

—Eso se llama «entrenar», Reth. —Vexa puso los ojos en blanco.

—Más bien, se llama «aburrimiento» —la corrigió Effie—. Y aún me debes un espejo nuevo.

Aether sacudió la cabeza sin más, lo que hizo que Vexa se fijara en él.

—Y ese parece un alma en pena ahora que tiene que hacer de guardia de prisión en lugar de leñador —dijo ella en su dirección.

—Su cabaña está bastante bien, la verdad. —Rethlyn se encogió de hombros; un gesto que hizo que Aether lo mirase—. Tiene troncos enteros de cedro, y más grandes que los de la mayoría, y adornos pequeños de cristal colgando de las ventanas.

—¿Perdona? —Aether arqueó una de las cejas perforadas.

Rethlyn se hundió en una de las sillas de la mesa con la cara sonrojada.

—No es que te haya seguido. Estaba buscando comida en Bosque Calavera antes de que anocheciera —aclaró con un encogimiento—. Tú te encontrabas fuera despellejando un ciervo. Parecía una masacre, por cierto.

A Aether se le oscurecieron los ojos.

—Es un trabajo sangriento. ¿Quieres que te lo enseñe un día?

Rethlyn soltó una risita nerviosa.

—Gracias, pero no creo que puedas encontrar otro ciervo para la demostración.

—Yo no he dicho nada de ciervos —murmuró Aether, y juraría que vi una ligera sonrisa asomársele en los labios, lo que hizo que me cabreara.

—¿Cuál es el propósito de esto? —pregunté; mi voz resonó un poco por la piedra—. ¿Por qué estáis todos remoloneando?

—Talon llega tarde, como de costumbre —refunfuñó Vexa. Sin mirar, lanzó la daga hacia la mesa con un ruido sordo. La hoja

tembló en la madera mientras ella estiraba los brazos por encima de la cabeza y soltaba un bostezo exagerado.

A Effie se le suavizó la expresión por unos instantes mientras miraba a Vexa, pero duró tan poco que debí habérmelo imaginado.

—¿Siempre tienes que destruir muebles? —susurró, aunque su tono era menos borde de lo que me esperaba.

—¿Es que sois incapaces de responder a mis preguntas o qué? —Alcé una ceja, volviéndome a girar hacia Aether. Los demás se removieron incómodos ante mi desafío; hasta Vexa, con su postura casual, se puso un poco rígida.

—Es mejor empezar con él. —Rethlyn jadeó, movió con rapidez los ojos hacia los míos y volvió a dirigirlos más allá de mí.

—Todos os creéis que soy una duskbound. ¿Por qué os importan tanto? ¿Dónde están los demás? —No sabía por dónde comenzar ni qué preguntar, pero esa era la pregunta que más me reconcomía. Aether había mencionado que era la única que podía salvar el reino; sin embargo, nadie me había dicho por qué o cómo esperaban que lo hiciera.

Vexa soltó aire por la boca y se encogió de hombros en dirección a Aether.

—Solo un duskbound puede utilizar las sombras… —empezó a decir mientras apoyaba los brazos en la mesa—. Solo un duskbound puede compartirlas con los recipientes. Sin uno, un dominador de las sombras no puede existir.

—Entonces ¿todos vosotros sois recipientes? —pregunté.

—Exacto —respondió Rethlyn, meneando la mano con un gesto exasperado—. ¿Cómo si no íbamos a aguantar estas quemaduras del Vacío?

—¿Os permiten absorber las sombras… que el duskbound comparte con vosotros?

Vexa asintió.

—¿Y dónde están todos los demás? Debe de haber más. Ya hay alguien suministrándoos sombras. ¿Para qué me necesitáis?

—Porque ella está débil y no podrá seguir haciéndolo durante mucho más tiempo —intervino Effie. Vexa desvió la mirada en su dirección y entrecerró los ojos.

—Cuidado, Effie —susurró Vexa cortante.

—No, os lo he dicho. Quiero saberlo todo. Así que contádmelo.

—Antes había más —murmuró Rethlyn, prestando atención solo a medias—. Pero han disminuido con los años. Las cruzadas desde luego no han ayudado.

—¿Las cruzadas? ¿Qué les pasó? —La forma en la que hablaban, revelando solo lo justo para insinuar la verdad mientras se reservaban el resto en total secreto, parecía deliberada. Y eso no era lo que habíamos acordado.

—Los que estaban en el poder los veían como amenazas —dijo Vexa con tono cortante—. En Umbrathia, el trono siempre lo ha poseído un duskbound. Para que siguiera siendo así, la clase gobernante decidió perseguir y eliminar a los demás. Es más fácil asegurar tu posición cuando ningún plebeyo puede alzarse para desafiarte. —Puso los ojos en blanco; el desdén de su cara era inequívoco.

—Pero ¿ha habido otros? ¿Otros nacidos en todo el reino?

—No en más de un siglo. No fuera de ese linaje. —La voz de Aether era neutra, pero estaba teñida de algo oscuro.

—No hasta ti —comenzó a decir Vexa justo cuando un chasquido seco resonó desde el rincón de la estancia. La puerta se abrió entonces y entró corriendo un hombre bajito con ropa negra y varios libros de aspecto antiguo aferrados al pecho. El corte formal de su

atuendo era diferente al uniforme de la Umbra, más académico que militar.

—¿Qué es eso tan urgente? —demandó con voz trémula cuando se acercó a la mesa—. Sabéis que es el peor momento posible para alejarme de la ciudadela. —Soltó los libros.

Al verme, se sobresaltó un poco y miró a los demás antes de concentrarse en Aether.

—Tranquilo, Talon. —Vexa sonrió con suficiencia—. Solo necesitamos tus servicios.

—¿Por qué no está encerrada? —prácticamente gritó Talon.

—Está bajo mi protección. —La voz de Aether era grave y plana, aunque tenía un deje de advertencia contra las discusiones.

—Pues yo creo que deberíamos considerar ese asunto del encierro, la verdad. —Effie se sacudió el pelo, volvió su intensa mirada hacia Vexa, me señaló con la barbilla e hizo señas exageradas con los ojos abiertos de par en par.

—Es inofensiva —respondió sin más Aether.

¿Inofensiva? Sopesé por un instante la idea de arrancar el cuchillo de Vexa de la mesa y clavárselo en la mano.

—¡Ya verás cuando Urkin se entere! Eso no te da derecho a…

—¿Eres su segundo al mando? —preguntó Aether, ladeando un poco la cabeza—. No, creo que soy yo.

—Necesitamos que la observes —canturreó Vexa, ignorando tanto la mirada de Effie como la tensión obvia que había entre los dos hombres.

—¿Y por qué motivo, si puede saberse? —preguntó Talon.

—Es una duskbound. —Las palabras de Vexa atravesaron el aire, seguidas de varios instantes de silencio absoluto.

—Imposible —susurró Talon, encorvándose dentro de sus ropas—. No hacéis más que decir eso, pero es imposible que sea cierto.

—Además, eso no es todo —añadió Vexa—. También tiene una atadura.

—Es imposible que sea las dos cosas; lo sabéis tan bien como yo. Jamás me he encontrado con nada semejante. Ni siquiera en los textos antiguos —dijo, cruzándose de brazos.

—Ya estás aquí. Obsérvala y ya. O como se diga lo que tú haces —intervino Rethlyn mientras suspiraba exasperado y se reclinaba en una de las sillas.

Talon me miró, moviendo los ojos unos segundos, y meneó la cabeza.

—Dame el brazo, chica —musitó, abriéndose camino alrededor de la mesa.

Contemplé a Aether y, acto seguido, a Vexa; ninguno de los dos se dignó a mirarme cuando el hombre arrastró los pies hacia mí, enrollándose las mangas. En una reacción instantánea, se me tensó el cuerpo, me levanté rápido y retrocedí unos cuantos pasos.

—Fia, tranquila. No va a hacerte daño —susurró Vexa.

—Sí, y es una lástima. —Effie frunció el ceño al otro lado de la mesa.

—¿Alguien puede explicarme qué está pasando? —pregunté entre dientes mientras alzaba los brazos en señal de advertencia. El hombre se detuvo.

—Va a observar tu atadura, tu foco o como quieras llamarlo. —Rethlyn se puso de pie y gesticuló con los brazos como si fuera a calmarme. En un momento, se me relajó el cuerpo sin que yo quisiera. Me senté en la silla mientras la confusión me invadía al tiempo que mi respiración se volvía lenta, mesurada y casi meditativa.

—¿Qué sucede? —pregunté.

—Tú intenta relajarte nada más. —Rethlyn vino a situarse junto a mí—. Te juro por los mismísimos Esprithe que no sufrirás daño —me dijo, y otra oleada de alivio intenso me recorrió—. Por si te ayuda.

Me dedicó una breve sonrisa.

—Ahora, dale a Talon tu brazo.

No reaccioné cuando el hombre extendió la mano en busca de la mía, pero la preocupación le cubrió los rasgos cuando me sujetó la muñeca y respiró hondo.

—No tardaré mucho. —Asintió mientras cerraba los ojos. La sala permaneció en un silencio inquietante; la atención de todos estaba centrada directamente en mí, en el agarre del hombre.

—Qué raro —susurró, arrugando la frente.

—¿Qué ves? —preguntó Vexa.

Él permaneció en silencio un rato más con los labios fruncidos en una dura línea antes de soltarme la mano. Miré a Vexa y a Aether llena de confusión.

Talon se dejó caer en la silla que había a mi lado y dirigió la vista despacio a Aether.

—La esencia corre por ella, pero no es una atadura —dijo al fin—. No hay nada que la ate a la tierra. La esencia de su interior se… autoabastece… —Se calló y parpadeó, como si se esforzara por comprenderlo.

Vexa y Effie lanzaron los ojos en mi dirección mientras Rethlyn se alejaba un paso de mí.

El corazón me dio un vuelco. ¿Que se autoabastece? Siempre había sabido que mi foco era distinto, me había pasado años ocultando lo diferente que era, pero había asumido que se debía a que de alguna manera había algo malo en mí. No porque yo fuera… ¿qué? ¿Algo más?

—¿Qué significa eso? —pregunté en voz baja.

—Pareces… generar tu propia esencia. —El hombre me observó con cautela.

Las implicaciones me atravesaron como oleadas. Cada información que había aprendido sobre la esencia, sobre cómo fluía por la tierra, cómo nosotros éramos meros canalizadores de su poder, había sido errónea. O, por lo menos, en mi caso. ¿En qué me convertía eso? No era exactamente aossí ni tampoco kalfar. ¿Algo a medias?

Pensé en todas las veces que había contenido mi foco, que había intentado hacerlo pequeño, más normal. ¿Cuántas veces había sentido esa diferencia y había elegido ignorarlo? ¿Cuántas señales me habría perdido porque estaba demasiado asustada para fijarme?

—Se parece a ti, Aether… —A Effie le tembló la voz.

—No, ya os lo he dicho. Jamás había visto algo así. No sé cómo Aether alberga las habilidades que tiene. No puedo leer ni un solo ápice de esencia, ni nada más, en su interior. Es como si los poderes de él procedieran de la nada. —Talon paseó los ojos por la habitación.

—También lo he visto en ella —replicó Aether con sequedad.

Todos se fijaron en él.

—Siempre que canaliza, veo cómo a su alrededor se entrelazan volutas de energía que irradian a través de ella hacia fuera.

Cruzó la mirada conmigo y, por una vez, no pude desviar la vista. Había algo en aquellos ojos que hacía que me quedara sin aliento; no era reconocimiento, sino comprensión. Como si él supiera lo que implicaba ser diferente, ser algo distinto a lo que todos esperaban.

—Cielo, ¿tus habilidades se han reducido desde tu llegada a Umbrathia? —preguntó Talon.

Titubeé, extendí la telaraña y dejé que me acariciara la columna con un aleteo agradable. Me pareció normal, como siempre desde que había aprendido a controlarla.

—No —respondí.

Rethlyn avanzó hacia mí de nuevo con ojos curiosos.

—Ni te atrevas —le dije, alzando la mano a modo de advertencia —. Que no se te pase por la puta cabeza hacer otra vez lo que sea que has hecho antes.

—¡Pero bueno! —contestó Rethlyn con las manos en alto en señal de acatamiento—. Solo quería ayudar.

—Ahora me toca a mí hacer las preguntas —espeté con la voz tensa observando a Vexa.

Ella me devolvió la mirada y asintió.

—Muy bien, Talon, ya puedes irte —soltó ella mientras le indicaba que se marchara—. Vuelve corriendo a la ciudadela.

El hombre me observó sin más, luego a Vexa y, por último, a Aether, donde detuvo más rato los ojos al tiempo que se levantaba y se ponía bien la ropa.

—Si de veras pensáis que es posible que sea una duskbound, ya sabéis que solo hay una forma de que él lo crea. —Talon le dirigió a Aether una mirada intencional y se fue a la puerta.

—¿De qué habla? —pregunté, y miré alrededor, pero el ambiente de la habitación se había vuelto cargado. Todo el mundo parecía haberse puesto rígido, todos excepto Aether.

Él suspiró y se inclinó hacia la mesa.

—Tienes que entrar en el Vacío.

Un temor desconocido se apoderó de mí ante su tono.

—¿Qué es exactamente el Vacío?

—El lugar más aterrador que te puedas imaginar —musitó Effie.

—Effie —la advirtió Vexa con un tono agudo cortando el aire. Se giró hacia mí y me explicó—: Es algo antiguo… Una masa de oscuridad que engulle la parte más al norte del reino.

Desvié la vista hacia Rethlyn, que se había levantado del asiento y tenía los ojos clavados en la pared.

—Es la única oscuridad que nuestros ojos no pueden atravesar —dijo en voz baja—. El Vacío no es solo un lugar, es una ausencia, un abismo que consume no solo materia, sino la mismísima esencia del ser. Adentrarse en él es deshacerse. —Se le quebró un poco la voz y tenía la mirada perdida, como si estuviera rememorando un recuerdo enterrado mucho tiempo atrás.

Sentí un ardor en el estómago y un sudor frío recorriéndome la piel.

La voz de Vexa disminuyó casi a un susurro, como si hablara de algo que no debiera repetir:

—Cuando te adentras en el Vacío, hay tres posibilidades.

Le lanzó una mirada a Aether y añadió con palabras lentas y deliberadas:

—Si resistes el frío, la muerte que promete… En primer lugar, si logras sobrevivir, saldrás con quemaduras del Vacío. Te convertirás en un recipiente. —Vexa bajó la vista hacia su brazo y se enrolló la manga para revelar unas marcas negras que le cubrían la piel.

—¿Y si no? —pregunté.

Aether posó en mí los ojos mientras las sombras se le derramaban de las comisuras de los iris dorados. Bajó la voz, ronca y grave.

—Si no, sales indemne, al menos por fuera. Pero que no te quepa la menor duda de que te habrán marcado. Esas sombras se te pegan al alma y graban sus instrucciones muy adentro; se vuelven inherentes. Tan innatas como respirar. —Hizo una pausa y su mirada se intensificó—. Sales como una verdadera dominadora. Emerges como duskbound.

Suspiré.

—¿Y la tercera opción?

—Mueres.

CAPÍTULO 8

—Bueno, está claro por qué no empezasteis contándome eso. —Las palabras me salieron afiladas, pero no igualaban el temblor de mis manos, el hueco que se me extendía por el pecho. Algo antiguo que consumía todo lo que tocaba. ¿Eso era lo que me había llamado? ¿Eso era lo que vivía en mi interior?

Me levanté de la silla de un salto; necesitaba moverme, escapar del peso que me estaban poniendo sobre los hombros.

—Espera, Fia. Sé lo que parece —gritó la voz de Vexa a mis espaldas—. Lo que debes de estar sintiendo…

—No tienes ni idea de cómo me siento. —Me giré; la voz me salía más segura de lo que me encontraba—. Recuerdo cómo noté las sombras en Emeraal. Lo que me hicieron. —Me llevé una mano al pecho, donde las sombras que Aether me había inyectado todavía se removían bajo la piel—. Casi me pierdo.

La habitación se quedó en silencio. Hasta la quietud perpetua de Aether pareció intensificarse.

—Y eso me aterroriza —admití, con la verdad ardiéndome en la garganta—. Porque ¿y si entro en ese Vacío y no salgo? ¿Y si lo hago, pero ya no vuelvo a ser la misma? ¿Y si…? —Tragué saliva con fuerza, expresando el miedo que había estado incrementándose desde que las sombras me alcanzaron por primera vez.

Rethlyn se removió incómodo en el sitio, pero a Vexa se le suavizó la mirada; parecía que me entendía.

Effie se limitó a parpadear, como si no pudiera entender mi insistencia.

—A ver, está claro que eres algo más. Esa es la cuestión, ¿no?

Me di la vuelta y me alejé, con la mente atrapada en algún lugar entre la ira y la desesperación. La voz de Aether cortó el aire, afilada y fría.

—Huir no cambiará lo que eres.

Empujé la puerta y salí al pasillo; necesitaba escapar del peso de sus expectativas, de su certeza, de su aceptación casual de lo que me estaban pidiendo. No obstante, mientras me alejaba, la pude sentir: la oscuridad en mi interior, moviéndose y estirándose como si estuviera despertando al fin. Como si hubiera estado aguardando todo este tiempo a que me diera cuenta de su presencia.

Y tal vez aquello era lo que me aterrorizaba más de todo. No que pudiera fallar, sino que quizá lo lograse. Que entrara en el Vacío y descubriera que esto era lo que estaba predestinada a ser todo este tiempo.

Oí pasos en el pasillo y aceleré el ritmo.

—¿A dónde vas? —gritó Vexa.

—A los establos.

—Pues vas en sentido contrario —intervino Rethlyn.

Me detuve, inspiré hondo, tratando de controlar la ira que crecía en mí, y, despacio, me giré sobre los talones y pasé por delante de ellos.

Sin embargo, fue Aether el que vino detrás de mí entonces, con su silueta cerniéndose sobre la mía. Por el rabillo del ojo, vi cómo se enroscaban sus sombras. Casi podía notar cómo me taladraba la espalda con la mirada, lo que hizo que los vellos de la nuca se me

pusieran de punta. Hoy no iba a dejar que nadie me llevara al hombro.

—Bueno, esto es lo ideal —dijo.

Sus palabras destilaban una especie de humor nauseabundo, hicieron que me ardiera la cara. Por todos los Esprithe, lo odiaba muchísimo. Siempre estaba al acecho en cualquier esquina como un acosador trastornado. ¿Qué veían siquiera los demás en él? ¿El segundo al mando? Estaba claro que en Umbrathia había falta de juicio. Solo necesitaba tiempo para pensar, para respirar, joder. Sola. Pero sus pasos permanecieron a unos pocos de los míos, arañando el suelo de piedra, provocando un sonido muy desagradable. Era como si se deleitara irritándome, como si disfrutara haciéndome rabiar. Parecía ser el único momento en el que se divertía un poco.

¿Y podía ver mi telaraña? No me extrañaba que siempre supiera cuándo detenerme. No se me ocurría otra persona peor para que tuviera esa capacidad. ¿Y por qué la podía ver?

«¿Qué es él?».

Si nadie me dejaba sola, iba a explotar. Sin tener intención de hacerlo, sentí cómo la telaraña me golpeaba las vértebras y comenzaba a ascender.

—Dejadnos —gritó Aether al resto de ellos en un tono de advertencia, y estos se detuvieron—. Yo me encargo de ella.

«¿Que se iba a encargar de mí?».

Me precipité hacia la puerta y la abrí de un golpe antes de pisar el césped marchito del prado y ver el pico del techo de los establos a lo lejos.

Recé por que Tryggar se encontrara en los establos, por que pudiera montarlo. De todas formas, iba a intentarlo. Era la única manera que se me ocurría de tener algo de tiempo para mí misma, sin ninguno de los umbra pululando a mi alrededor. No eran idiotas;

no es que tuviera la oportunidad de escapar en realidad. No sabía a dónde ir, en qué lugar nos situábamos con respecto a la brecha, a Sídhe. Ni siquiera quería volar. Solo deseaba alejarme de este sitio durante un puñetero momento. Dirigí la vista al paisaje ceniciento del mundo que se hallaba más allá del muro. Quería ir allí.

—Si te acercas a un vördr desde atrás así, te dará una coz en la cara —dijo Aether justo a mis espaldas.

—Estupendo. Un coma es justo lo que necesito para tener unos minutos de felicidad alejada de ti. —No ralenticé el paso.

—Es más probable que te mate la patada de un vördr que el Vacío —apuntó Aether con calma, como si fuera una estadística conocida.

—No suena muy prometedor —repliqué, buscando entre las cuadras a Tryggar.

—Entonces ¿eres una cobarde? ¿Como el resto de tu reino?

Casi me atraganté por la audacia.

—¿Que nosotros somos los cobardes? Vosotros os escondéis detrás de sombras.

—Pues claro que lo sois. Tienes la verdad literalmente delante de las narices y sigues huyendo de ella, sigues tratando de negarla. Eso es lo que está pasando aquí. —Su voz se volvió oscura.

—Yo no huyo de nada salvo de ti. Necesito pensar. Necesito procesar todo esto. Y tú no dejas de estar encima de mí.

—Te he dado seis semanas de espacio —respondió. Casi pude sentir cómo se encogía de hombros.

—Encarcelarme no es precisamente darme espacio. —Al final me volví hacia él y casi me choqué con su ancha figura. Mi voz se volvió un gruñido bajo—. Déjame sola.

—No. No hasta que accedas a colaborar con nosotros.

—Sé que, con toda probabilidad, estarás acostumbrado a darle órdenes a todo el mundo a tu alrededor, pero conmigo no va a

funcionar. Esta será mi decisión. Ya me han quitado mi capacidad de elegir antes. No volverá a pasar de ningún modo —repliqué mientras él alzaba una ceja.

Aquello pareció dejarlo pasmado durante un instante.

—¡Tryggar! —Ahuequé las manos alrededor de la boca y grité al cielo. Los vördr volaban en el horizonte, pero estaban muy lejos. No podía distinguir si se encontraba entre ellos. Ni siquiera sabía si podría oírme.

Una risa resonó a mis espaldas.

—Pero si no sabes ni montarlo. —Sus palabras volvían a tener una capa de diversión oscura. Necesitaba que ese vördr plateado aterrizara. Ahora mismo. A ser posible, en la cabeza de Aether.

—Mírame —le contesté con una sonrisa tan dulce que resultaba empalagosa seguida de una peineta con las dos manos.

La carcajada de Aether se hizo más intensa, y entrecerró los ojos con un brillo depredador.

—Ay, esto va a estar bien. —Se cruzó de brazos y se apoyó con indiferencia contra la puerta del establo, como si se estuviera preparando para ver un espectáculo—. Así que no seré yo quien te detenga. Vamos. Llama a tu bestia.

Me mordí la lengua para no responderle; no quería darle esa satisfacción. Observé el horizonte otra vez, con el corazón lleno de frustración.

—¡Tryggar! —chillé, esta vez más fuerte. El sonido de un aleteo de alas contestó débilmente a lo lejos, y entorné los ojos, observando un destello plateado atravesar el cielo gris. El alivio me invadió—. Tus dotes de negociación no son tan poderosas como te imaginas —espeté.

Se le contrajo el labio, pero no picó. En vez de eso, se enderezó y se acercó más. Demasiado.

—Esto no va de poder —dijo en voz baja—. Va de sobrevivir. Crees que estás huyendo de mí, pero estás huyendo de lo que eres. Y los duskbound no se limitan a absorber el Vacío, lo controlan. Lo mantienen contenido. Si fueras capaz de pasar cinco minutos sin montar un berrinche, tal vez alguien te lo podría explicar como es debido.

Solté una carcajada amarga y mordaz.

—Oh, Aether, ilumíname, por favor, porque hasta ahora lo único que he oído es un sinsentido críptico y demandas. Si soy tan fundamental, si os estáis quedando sin tiempo, entonces ¿por qué coño me has mantenido aislada en una torre durante seis semanas?

Ladeó la cabeza y me examinó.

—Quería quebrarte —contestó sin más con una voz tan calmada que era desconcertante.

—¿Quebrarme? —espeté, acercándome un paso. Por un momento, casi nos encontramos nariz con nariz, con su sombra cerniéndose sobre mí—. Me das asco.

Se le oscurecieron más los ojos; las esquinas estaban llenas de gotitas de tinta.

—La verdad es que ya formas parte de esto. Te guste o no. No me importa si te doy asco. Ni que me quieras muerto. Si no fueras la clave para salvar este reino, ya habría acabado contigo. Arrogante y egoísta. Toda tú me resultas repugnante. Así que no te preocupes, princesa, ambos sentimos lo mismo en este caso.

Antes de que pudiera contestar, un fuerte chillido rompió la tensión. La inmensa forma de Tryggar apareció con las alas extendidas mientras aterrizaba con fuerza contra el suelo, levantando polvo y hierba seca a su paso. Su reluciente pelaje plateado atrapó la poca luz que el cielo ofrecía, y me miró fijamente.

—Por fin —murmuré, dando un paso vacilante hacia él.

La risa de Aether volvió, suave e irritante.

—Pues venga. Demuéstramelo.

Lo ignoré y me centré en Tryggar. La mirada del vördr era aguda, como si pudiera sentir la tensión que acababa de cortar. Me temblaron las manos, pero extendí una con cuidado.

—Tryggar —susurré.

La bestia resopló, y su aliento era cálido y tenía un ligero olor a ceniza. Se inclinó hacia delante un poco, lo justo para que yo le pasara la yema de los dedos por el hocico.

Detrás de mí, la voz de Aether era como una daga.

—Cuidado. Puede oler el miedo.

Le lancé una mirada por encima del hombro.

—No me estás ayudando.

—No es mi intención —contestó con los ojos resplandecientes.

—Vamos —le susurré a la bestia, haciéndole un gesto hacia la entrada—. Aquí.

Tryggar bufó, y sus pezuñas gigantescas crujieron contra el suelo mientras vacilaba. No se acercó a mí, aunque tampoco huyó volando. «Vördr cabezón».

Divisé una montura en un estante cercano, sencilla y desgastada pero funcional, y la bajé, tambaleándome un poco bajo su peso. La arrastré hacia la plataforma de montar y subí hasta la mitad de las escaleras.

—¡Tryggar! —lo llamé de nuevo; esta vez con la voz más suave, más suplicante. La sombra del vördr ocupó toda la entrada de la puerta mientras echaba un vistazo dentro.

—Vas a espantarlo —me advirtió Aether. Ahora estaba más cerca —. O te vas a hacer daño tú. Es doloroso verlo, la verdad.

—Pues entonces deja de mirar —solté, manipulando las correas con torpeza. Tryggar se removió incómodo, azotando la cola detrás

de él, pero no se apartó.

—Qué técnica tan interesante.

—Cállate —murmuré con los dientes apretados, tirando de la correa con más fuerza. Tryggar resopló y yo me estremecí, haciéndome a la idea de que él iba a huir hacia el prado. No obstante, en vez de eso, se quedó parado, clavando los ojos en los míos. A mí me temblaban las manos cuando me subí a la plataforma de montar—. Muy bien, Tryggar, vamos a dar una vuelta —dije, y le di un empujoncito.

—Esto va a estar bien —soltó Aether.

Lo ignoré, reuniendo cada pizca de valentía que tenía. Nuestra última interacción había ido genial, pero había sido en el suelo. No sabía cómo reaccionaría a que lo montaran. Inspiré hondo y traté de deshacerme de los nervios.

«Vale. Puedes hacerlo».

«Tres… Dos… Uno…».

Con un salto torpe pero decidido, pasé una pierna por encima del lomo de Tryggar y me acomodé en la montura. No fue un movimiento grácil, al contrario. Casi me caí y el pie se me quedó enganchado con torpeza en el estribo. Pero me mantuve subida.

Tryggar se sacudió debajo de mí, moviendo las alas a toda prisa, aunque no me tiró. Exhalé hondo, y me invadió un sentimiento de alivio mientras me enderezaba.

—Buen vördr —dije, sorprendida. Estiré la mano hacia abajo y le acaricié la mejilla—. Ahora, llévame lejos de este hombre.

Tryggar resopló, y aquello casi sonó como una risa. Dio un paso adelante y dudó, como si se estuviera acostumbrando a mi peso. Pero luego dio otro, y otro, hasta que salimos del establo.

—Mírala cómo se va —soltó Aether impasible.

Tryggar mantuvo un trote constante por el prado. Fue entonces cuando se me vino a la cabeza que Vexa y yo no habíamos llegado tan lejos en nuestras clases de montar a vördr. ¿Cómo… se suponía que iba a cabalgar a este animal gigante?

—Muy bien, estoy impresionado —admitió Aether, aunque su tono era tan plano que era irritante—. Ahora, tráelo de vuelta y practica cómo desmontar.

—¿Al campo? —pregunté a la bestia con amabilidad, pero tenía la vista fija en el muro de piedra. Oí los crujidos de los pasos de Aether a mis espaldas.

—Vas a marcharte volando, ¿verdad? —El tono de Aether sonó apenas como un susurro. Se me encogió el estómago cuando seguí la mirada de Tryggar y me percaté con un horror cada vez mayor que volar era lo que la bestia pretendía exactamente. «Ay, Esprithe»—. Como te he dicho antes… —Aether suspiró—, eres completamente insufrible.

Estuve a punto de girar la cabeza cuando algo se estampó contra mí. Con dureza. La fuerza me sacó el aire de los pulmones, me sobresalté y casi me resbalé de la montura.

El movimiento repentino sobresaltó a Tryggar. El vördr se encabritó con un relincho agudo, y yo me agarré al cuerno de la silla y me aferré a él como si mi vida dependiera de ello mientras sus cascos golpeaban el aire antes de estamparlos en el suelo. El terreno se sacudió bajo su peso, y los músculos se le ondularon como olas.

—¿Qué has hecho? —espeté hecha una furia.

—Será mejor que te agarres —murmuró Aether con su aliento rozándome la oreja.

No pensé, solo reaccioné y llevé el codo al costado de Aether con tanta fuerza como pude reunir. Él se limitó a soltar un gruñido suave en respuesta.

Antes de que le pudiera decir que despegara, Tryggar se abalanzó hacia delante y corrió por el prado a toda velocidad. Aether me envolvió con los brazos, agarrándome con firmeza contra su pecho. El cuero áspero de su armadura me rozaba la espalda y mi cabello ondeaba con violencia por el viento, azotándole la cara a él. «Bien». Esperaba que le molestara.

—Estás demasiado cerca —murmuré entre dientes apretados, intentando no sentir arcadas por la proximidad.

Él no dijo ni una palabra, pero reparé en la sutil subida y bajada de su pecho, como si estuviera conteniendo algo mayor que una risa, una enorme carcajada descontrolada.

Un grito se me atragantó en la garganta cuando Tryggar puso rumbo a una plataforma de lanzamiento inclinada y se lanzó hacia el cielo. La fuerza del salto hizo que se me subiera el corazón a la garganta. Desplegó las alas con un chasquido atronador, captando el viento.

El suelo se desvaneció bajo nosotros en un instante; el mundo disminuía mientras las alas de Tryggar se deslizaban por el cielo. El aire me golpeó como un látigo e hizo que empezara a respirar de forma entrecortada. Debería haber sentido miedo; mi mente pedía a gritos la seguridad de la tierra firme, pero lo único que podía oír era el estruendo de mi pulso en los oídos. Y, por primera vez en muchísimo tiempo, sentí un tirón en las comisuras de los labios.

Me había estado ahogando. Cada momento de silencio, cada segundo pasado encerrada en esa torre, había sofocado algo en mi interior, algo que no sabía que estaba perdiendo hasta ahora.

Agarré con más firmeza la silla de Tryggar mientras él se inclinaba y se elevaba más alto. El suelo ya era un recuerdo. La ciudad que estábamos dejando entre el polvo, los muros tras los que me habían capturado… ya no existían. No aquí arriba.

Parecía que era la primera vez que respiraba de verdad en meses.

CAPÍTULO 9

Me concedí unos minutos para adaptarme a la sensación de ser llevada por el aire y traté de ignorar a mi pasajero no deseado. De momento, solo había permitido que el vördr liderara el camino, elevándose entre las nubes durante lo que debió de haber sido media hora como mínimo. No sabía exactamente qué tenía que hacer yo, cómo se suponía que debía dirigirlo. No había riendas. Nunca había montado un caballo normal sin riendas… en el suelo.

—Si quieres que gire, presiona con la pierna en el lado opuesto a la dirección que deseas ir. —Me llegó la voz de Aether. Habíamos estado montando en tal silencio que casi se me había olvidado que iba detrás de mí.

Probé su consejo y presioné la pierna izquierda contra el flanco de Tryggar, pero el vördr se limitó a bufar y continuó su camino todo recto como si yo no hubiera hecho nada.

—No responde —le dije.

—Hazlo más fuerte. Tiene que saber que vas en serio.

Clavé el talón con más firmeza, pero Tryggar parecía habérselo tomado como un reto y, en su lugar, aceleró y se elevó más en el cielo. La repentina aceleración hizo que me aferrara al cuerno de la silla de montar con tanta fuerza que se me quedaron los nudillos blancos. Aether me apretó más fuerte.

—Se ve que tienes que mejorar tus métodos de enseñanza —susurré entre dientes.

Planeamos justo por encima de las nubes, con la gélida niebla azotándome la piel, antes de que Tryggar decidiera al final atravesarlas por su cuenta. El paisaje que había debajo apareció a la vista, y el intenso aliento que inhalé no tuvo nada que ver con la altitud.

El mundo abajo se desplegó como una pesadilla hecha realidad. A medida que descendíamos, se me cerró la garganta con un grito que me costó bastante contener. Esto no era solo destrucción, era erradicación.

Unos cauces fluviales secos surcaban la tierra como heridas abiertas, y lo que debió de haber sido en la antigüedad un bosque se erguía como nada más que un cementerio de extremidades retorcidas que se alzaban hacia un infinito cielo crepuscular. Cada detalle que se hacía nítido lo notaba como un golpe físico. Creía que las condiciones de la ciudad eran horribles, pero aquello no tenía ni punto de comparación con el mundo gris que veía debajo. Esto era la muerte en sí misma, que se extendía hasta donde alcanzaba la vista.

Y esto lo habíamos provocado nosotros. Los aossí. Sídhe. La Guardia a la que había jurado mi vida.

Una oleada de náuseas me invadió. Recordé nuestras lecciones de entrenamiento, aprendiendo a luchar contra los espectros, cómo se me hinchó el pecho cuando Laryk me dijo que yo era la respuesta, que yo era lo que había estado buscando para por fin aniquilar la amenaza exterior. Seguro que él no sabía todo esto, ¿verdad? Me había hecho sentir que nosotros éramos los buenos, que luchábamos por nuestro reino, por nuestra supervivencia.

No habíamos sido héroes. Habíamos sido verdugos.

—Ya no queda nada —logré decir. A mis espaldas, notaba el silencio de Aether pesado, acusador.

—No, prácticamente no.

Volví la cabeza e intenté divisar su expresión, pero su rostro seguía imperturbable como siempre, oscurecido por su pelo negro.

—La sequía se ha propagado, y con ella, la muerte. Se han abandonado pueblos enteros. Las cosechas se han echado a perder. Las fuentes de agua se han convertido en polvo.

El estómago se me revolvió como resultado de la mezcla de la altitud y la desalentadora realidad de abajo. Presenciarlo lo hacía demasiado real.

Tryggar agitó las alas y la criatura soltó un sonido grave y gutural, casi como si también lamentara el estado de la tierra. La sombra del vördr se extendió sobre el terreno; un espectro fugaz pasando sobre los restos de lo que una vez había sido.

Me fijé en un cúmulo de ruinas abajo. Lo que antaño fuera una plaza de un pueblo en la actualidad era una maraña de techos derrumbados y paredes hechas añicos. Me imaginé a la gente que había vivido allí, a los niños jugando, a los comerciantes regateando, a los mayores compartiendo historias junto al fuego. Ahora no eran más que fantasmas.

—Aterricemos. Hay un claro allí justo a la izquierda. —Me llegó la voz de Aether desde atrás.

—¿Que aterricemos? ¿Cómo se supone que voy a…?

—¿Cómo esperabas que volviéramos al suelo? —Sus palabras rezumaban esa calma irritante que siempre lograba mantener, algo que su agarre en mi cintura empeoraba aún más.

—Bueno… —comencé a decir, a punto de bufarme a mí misma al darme cuenta de que no había llegado a pensar tanto. A ver, tampoco se me había ocurrido que hoy estaría volando—. ¡Creía que

Tryggar acabaría llevándome de vuelta a la ciudad y me dejaría en el prado! —grité a través del viento, apretando la silla mientras nos elevábamos más alto y el terreno se reducía a un borrón.

Aether me rozó la oreja con su voz:

—Pues te las has arreglado para atraer al vördr más cabezota de la manada. Si de él dependiera, podrías acabar en la otra punta del reino.

Apreté la mandíbula.

—No me tientes.

Tryggar soltó un resoplido fuerte y viró a la derecha. El viento que movió con sus alas azotó con fuerza, y el estómago me dio un vuelco por el movimiento repentino.

—Ten cuidado. Sería una pena que te cayeras.

Le lancé una mirada asesina por encima del hombro.

—¿Cómo me voy a caer? Si prácticamente estoy pegada a ti.

Noté cómo me invadía el pánico, que ascendía desde el pecho y me oprimía la garganta. Esto no tenía nada que ver con montar un caballo. No había riendas. No había correas a las que sujetarse. Me encontraba a merced de una bestia descomunal y obstinada.

—¡Tryggar! —chillé medio asustada, medio frustrada mientras intentaba presionar los talones contra sus flancos, pero el vördr siguió volando sin más, como si su única misión fuera elevarse lo más alto posible, ajeno a mi angustia.

La voz de Aether me llegó a través de mi creciente frustración.

—Tienes que controlarlo, no solo gritarle.

—No le estoy gritando… ¡Le estoy suplicando! —espeté; las palabras me salieron en un siseo jadeante cuando Tryggar desplegó más las alas. Nos inclinamos de manera peligrosa, descendiendo con demasiada brusquedad hacia el suelo. Podía ver el pueblo en ruinas

abajo, los techos destrozados y la piedra resquebrajada, y el corazón se me aceleró. Estaba volando derecho a eso.

—¡Esprithe! Aether, ¡vamos a morir! —chillé con el pánico apoderándose de mi voz mientras el suelo se acercaba demasiado rápido.

—¿Le pides ayuda a los Esprithe o a mí? —preguntó sin más, a pesar de que caíamos en un descenso estremecedor.

—¿Qué hago? —grité.

La voz de Aether permaneció tranquila; ya no parecía divertida ni cortante, casi como si yo fuera la única irrazonable.

—Tienes que hacer que reduzca la velocidad. Presiona los talones y tira hacia atrás del cuerno de la silla de montar. No te limites a sujetarte como si te fueras a caer.

—¡Eso intento! Pero parece que no lo nota —medio chillé, apretando los puños a medida que el suelo se acercaba más. El descenso de Tryggar era demasiado rápido, demasiado pronunciado.

—¡Presiona con los talones, Fia! ¡No se va a detener solo porque se lo pidas!

Apreté los dientes y clavé los talones con más fuerza contra el vördr justo cuando Aether se movió y estampó las piernas contra las mías, apretándolas fuerte contra la bestia. Si no estuviéramos conduciéndonos posiblemente a la muerte con esta caída, lo habría matado yo misma por esta completa invasión al sentirlo tantísimo contra mí. El calor me arrasó en el instante en el que su cuerpo se tensó contra el mío. Su aliento me calentó la oreja incluso mientras el viento nos golpeaba al pasar.

Con una última embestida de Aether, una que sentí como si pudiera romperme las piernas, Tryggar movió al fin las alas y redujo la velocidad. Fue repentino pero suficiente. Justo cuando estaba a punto de retorcerme para liberarme de él, Aether aflojó su agarre y

se deslizó hacia atrás en la silla. Aún nos tocábamos, aunque ya no me envolvía el cuerpo con el suyo.

Exhalé con fuerza, pero seguía notando el corazón yéndome a mil a medida que el suelo se acercaba. Me esforcé por tirar del cuerno y traté de mantener las manos firmes mientras el viento nos golpeaba.

El suelo estaba ya justo delante. Podía divisar las estructuras en ruinas, la madera astillada y la roca resquebrajada. Tryggar inclinó un poco las alas, justo a tiempo, y aterrizamos con un golpe estremecedor sobre la tierra agrietada de abajo.

Tryggar relinchó y estiró el cuello mientras rascaba el suelo con las patas, tan tranquilo.

Yo, por otra parte, sentía como si fuera a colapsar allí mismo en la silla. Todavía me aferraba a la montura como si mi vida dependiera de ello, con el pecho agitado por la conmoción.

Me bajé de Tryggar con las piernas temblorosas, manteniendo el equilibrio a duras penas. Estuve a punto de caerme de bruces contra el suelo desde tal altura; levanté una nube de ceniza en el aire con las botas.

Aether ignoró mi casi colapso emocional.

—Bueno, pues hemos sobrevivido.

Lo fulminé con la mirada por encima del hombro con el corazón aún acelerado.

—No gracias a ti.

Me encorvé, me llevé las manos a las rodillas e intenté recuperar el aliento.

—Das pena como instructor —le dije a Aether—. Y, Tryggar, tú y yo vamos a tener unas palabras cuando volvamos a los establos.

El vördr se alejó sin más, pavoneándose y levantando polvo a su paso mientras se aproximaba a unos árboles torcidos y esqueléticos.

—No va a dejarnos aquí tirados, ¿verdad? —pregunté.

—Permanecerá cerca. —La voz de Aether había adoptado un tono distinto. Miraba más allá de mí y parecía que el arrepentimiento se hubiera apoderado de sus facciones marcadas; el cabello oscuro se le apartaba de la frente con la brisa. Me enderecé, me giré y vi que él estaba observando lo que debió de haber sido un jardín en algún momento, hacía ya mucho.

El terreno estaba agrietado y seco y tenía un color gris parduzco que poco se parecía al de la tierra. No había semillas, césped ni el más mínimo indicio de vida a la vista. Donde una vez había habido plantas, quedaban solo restos deformados y quebradizos, tallos y raíces rotos o reducidos a la nada. El enrejado oxidado se retorcía en ángulos extraños; su estructura enredada con los restos de vides que hacía mucho que se habían marchitado. Filas que antaño habían estado llenas de verduras ahora no eran más que surcos vacíos; el terreno se veía tan estéril que parecía hueco. No había insectos, pájaros ni señales de nada floreciente.

Ma habría llorado al ver esto.

Me la imaginé con claridad: el modo en el que habría pasado los dedos por el suelo, comprobando su riqueza, explicando qué plantas necesitaban sombra y cuáles sol.

—Las plantas son muy resilientes —me dijo una vez—. Lucharán por sobrevivir hasta en las peores condiciones. Solo tienes que darles una oportunidad.

Pero nada podía sobrevivir aquí.

Una quietud silenciosa se propagó por el paisaje mientras lo asimilaba.

—¿Dónde estamos? —pregunté.

—Esto era el pueblo de Croyg —explicó, dejándome atrás y caminando hacia el jardín, rompiendo unas ramitas con las botas—. Era el mayor proveedor de productos agrícolas del reino.

—¿Cuándo cayó?

—Hace dos años. —Sus palabras me impactaron.

—Parece como si hubiera sido abandonado hace décadas —susurré, contemplando la devastación total.

—Lo evacuamos y nos llevamos a los habitantes a Ravenfell. Muchos se negaron; no querían dejar sus pertenencias y su hogar atrás. Los que se quedaron acabaron buscando refugio en Draxon o murieron aquí en sus casas. —Aether se giró, pero no me miró. En su lugar, clavó la vista en la tierra—. Lael era uno de los niños que llevamos a la ciudad. Sus padres ya habían muerto.

Me quedé allí plantada sin saber qué decir. Sin saber qué sentir.

—La última vez que estuve aquí fue el día que el cielo se detuvo. Primero fue el sol y luego la luna. La noche y el día se volvieron uno solo. Las estaciones se difuminaron unas con otras. Estamos atrapados, atrapados reviviendo el mismo día una y otra vez hasta que el reino muera.

—¿Lucháis por esto? —La amargura en mi voz me sorprendió hasta a mí, pero no podía contenerme—. ¿Por una tierra que ya está muerta?

Incluso mientras lo decía, la vergüenza me embargó.

Esto no iba solo de una tierra que se moría. Iba de la gente, de la gente que no había hecho nada para merecer esta muerte lenta. De la gente que todavía encontraba formas de vivir, de tener esperanza, incluso aunque el mundo se derrumbara a su alrededor.

Sin embargo, ayudarlos significaría volverme en contra de todos y de todo lo que había conocido. Significaría aceptar que la prosperidad de Sídhe se había edificado sobre esta devastación. Que mi servicio a la Guardia había contribuido a esto.

—¿Tú los abandonarías? —La pregunta de Aether se coló a través de mis pensamientos.

—No —susurré.

Sentí la palabra a la vez como verdad y como traición.

—¿Cómo sabes que puedo ayudar siquiera? —Parecía increíble.

—Porque eres nuestra última esperanza —susurró Aether—. La reina Andrid no es mucho más duskbound de lo que lo soy yo. Ya no. Esos poderes se disolvieron junto con su mente. Y, sin una verdadera dominadora de las sombras, no tenemos oportunidad de sobrevivir.

Paseé la mirada sobre la tierra muerta a nuestro alrededor y me di cuenta de que estaba suspirando.

—Lo haré —dije al fin con un tono más seguro del que sentía—. Entraré en el Vacío.

Me observó en silenciosa contemplación.

—Para empezar, te llevaremos mañana a ver a Urkin —acabó replicando.

—¿Debería tener miedo?

Aether no respondió.

CAPÍTULO 10

La ciudadela atravesaba la niebla; sus torres se retorcían a una altura imposible hasta el crepúsculo infinito. Aunque la ciudad exterior estaba atestada de masas de gente desesperada, estas calles dentro de los muros del fuerte se encontraban tan vacías que era inquietante.

Aether me condujo por una serie de puestos de control; cada guardia más armado que el anterior. Observaban todos mis movimientos sin jamás apartar las manos de las armas. Incluso la ligereza de Rethlyn se había desvanecido y había sido reemplazada por un agudo estado de alerta mientras caminaba a mi lado.

El aire se hizo más frío cuando nos aproximamos a la ciudadela en sí, y pude haber jurado que las sombras se intensificaron y casi se convirtieron en líquido con sus movimientos. Un grupo de hombres con uniformes de color carbón se hallaba más allá de la verja final, con unas insignias rojas que relucían como sangre fresca contra las mangas. Algo en su calma me puso los pelos de punta.

—Los hombres de Valkan —murmuró Vexa—. No deberían estar aquí.

Aether movió la mano hacia su arma en un gesto sutil que propagó la tensión por nuestro grupo.

—Seguid andando —ordenó en voz baja y afilada—. No los miréis.

Yo ralenticé el paso en un esfuerzo por escuchar su conversación entre susurros. Sus voces tenían una resonancia extraña, como si se solapasen muchos tonos unos encima de otros.

—¿De verdad el Consejo ha accedido a las negociaciones? —susurró Effie, destilando incredulidad con cada palabra—. ¿Después de todo?

—¿No has hablado con tus padres? —preguntó Vexa, lanzándoles una mirada de preocupación a los hombres de gris—. Las cosas están cambiando. Muy rápido.

—Tenerla aquí ahora… —Rethlyn se calló cuando uno de los hombres de Valkan se giró y posó unos ojos blanquecinos en nuestro grupo. Rethlyn se acercó más a mí, casi protector—. Sobre todo tras lo que dijo Talon…

—Ya basta —lo interrumpió Aether con los hombros tensos—. Aquí fuera estamos expuestos.

La entrada de la ciudadela se alzaba imponente ante nosotros; un arco colosal de piedra pulida parecía tragarse todo el sonido. Cada paso que dábamos para adentrarnos en la construcción hacía que me hormigueara la columna. Los pasillos giraban en ángulos pronunciados, con antorchas a los lados que proyectaban más sombras que luz.

Los otros se movieron con familiaridad por el laberinto. Los guardias se encontraban en cada intersección, y sus armaduras reflejaban los tintes rojizos de las antorchas. Todos repararon en mí un rato demasiado largo antes de apartar la vista.

Giramos por un pasillo final que acababa en una inmensa puerta de madera reforzada con metal negro. La flanqueaban dos guardias con las manos sobre armas que parecían absorber la poca luz que llegaba tan adentro de la ciudadela.

—El general está listo para recibiros —dijo uno con un tono de advertencia en la voz mientras ponía los ojos en mí.

Aether se adelantó; de pronto, su presencia llenó el estrecho espacio.

—Entonces, no deberíamos hacerle esperar.

La sala de dentro parecía increíblemente amplia después de los pasillos estrechos; las paredes circulares se extendían hasta la oscuridad. Había una mesa enorme en el centro; en la superficie tenía grabado lo que parecía un mapa.

De inmediato, Rethlyn buscó un lugar contra la pared mientras Vexa empezó a rodear con calma la habitación, acariciando el filo de la mesa con los dedos.

—Pues a esperar —dijo, a pesar de que la tensión de sus hombros traicionaba su tono distendido.

El corazón me latía contra las costillas mientras miraba los mapas; había anotaciones de movimientos de tropas, líneas de suministro y algo más: las áreas oscuras que se extendían por todo Umbrathia como una enfermedad. La progresión de la sequía.

—Es el momento perfecto para dejar clara una cosa —dije, plantando los pies con firmeza en el suelo de piedra—. He accedido a adentrarme en el Vacío. No he accedido a luchar contra Sídhe. No hasta que hayamos considerado cualquier otra opción.

El silencio siguiente fue tan pesado como para triturar una piedra.

—Ay, ¿verdad que es mona? —Effie se alejó de la pared—. Una estrategia pacífica. Mientras nuestra gente se muere de hambre.

—He decidido entrar en vuestro Vacío. He decidido escucharos. —Mantuve la voz firme a pesar de la rabia que se me acumulaba en el pecho—. Pero no accederé con los ojos cerrados a…

—¿A qué? —me interrumpió Aether; las sombras tras sus ojos se intensificaron—. ¿A salvar un reino entero? ¿A detener la masacre de

personas inocentes? —Dejó caer una mano en el mapa con fuerza, justo sobre una región marcada con muchísimas crucecitas—. Cada marca es un pueblo, Fia. Muerto o abandonado. ¿Ya te has olvidado de lo que viste ahí fuera?

—Por supuesto que no —repliqué—. Pero tiene que haber otro modo. Si tan solo pudiera volver, hablar con… —Me detuve antes de mencionar a Laryk.

—Claro. Porque es obvio que ellos van a escuchar a una dominadora de las sombras. —La risa de Effie fue tan afilada como un cristal roto—. Asúmelo, ahora eres una de nosotros. Te guste o no.

—Yo no soy como vosotros.

—Es evidente. —Se le oscurecieron los ojos—. Nosotros sí que luchamos por lo que creemos. No nos escondemos en torres y fingimos que el mundo no se está muriendo a nuestro alrededor.

Vexa se interpuso entre nosotras, pero, antes de que pudiera hablar, la temperatura de la habitación disminuyó. Las sombras en las esquinas parecieron retroceder cuando la puerta se abrió con la suficiente fuerza como para hacer que las paredes se agitaran.

Un hombre, que debía de ser el general Urkin, llenó la entrada. Era mayor de lo que me esperaba; llevaba el pelo gris oscuro peinado hacia atrás, apartado de manera pulida del rostro, que parecía estar tallado en la misma piedra que la ciudadela. Su uniforme estaba impoluto, solo decorado con una serie de insignias pequeñas en el cuello que captaban la luz.

Los demás se pusieron firmes. Hasta la sonrisa de suficiencia de Effie se desvaneció.

—General —dijo Vexa, inclinando la cabeza.

Urkin recorrió la habitación con aquellos ojos oscuros antes de fijarse en mí con el peso de una avalancha. Cuando habló, su voz

era tan áspera como la piedra contra el acero.

—Así que esta es la prisionera de Sídhe. —Entró en la sala como un depredador, sin quitarme la vista de encima—. La que decís que es una duskbound. —La palabra «prisionera» me golpeó como un puñetazo, pero me obligué a sostenerle la mirada. Todos mis instintos gritaban que apartara la vista de esos ojos oscuros.

—Sí —contestó Vexa con firmeza, a pesar de que me di cuenta de que tensó más los dedos alrededor de su cinturón de armas.

—Interesante. —Urkin me rodeó con pasos medidos, y cada pisada resonaba en el silencio repentino—. ¿Y por qué debería creerme eso exactamente? ¿Por qué debería creerme nada sobre ella? —La voz se le volvió más grave y adquirió un tinte peligroso.

—Señor… —empezó a decir Vexa, pero Urkin alzó la mano al instante y la cortó.

—¿Sabéis lo que veo yo? —Se detuvo directamente delante de mí, tan cerca que pude percibir la ira ardiéndole en los ojos—. Veo a una espía. Una amenaza potencial. Alguien que muy bien podría estar tomándoos a todos por idiotas mientras su reino continúa drenando al nuestro. —Curvó el labio.

—Con todo respeto, señor —soltó Aether; su voz rompió la tensión con tanta calma que dio miedo—. Si es una espía, es la peor que he visto jamás.

Urkin desvió la atención hacia donde Aether se encontraba entre las sombras.

—Y os habéis encariñado todos mucho, ¿no? —Sus palabras rezumaban desprecio—. La habéis llevado a los establos, le habéis enseñado la ciudad. ¿Os habéis olvidado de lo que es? ¿De dónde viene? —Se volvió hacia mí y clavó los ojos en los míos—. Dime, chica, ¿a cuántos de mis soldados has matado?

La pregunta me dejó sin aliento.

—Luchaba por lo que creía —respondí, con la voz más segura de lo que me sentía—. Al igual que vuestros soldados.

—¿Y ahora? —Entrecerró los ojos hasta que solo se le vieron unas rendijas—. ¿En qué crees ahora?

—Creo que hay más en esta guerra de lo que me contaron. —Las palabras parecían incorrectas, pero eran ciertas—. He visto lo que le está ocurriendo a vuestro reino. No obstante, también creo que debe de haber una forma de detenerlo sin derramar más sangre.

Urkin soltó una carcajada.

—Ingenua. Completamente ingenua. —Se giró hacia Aether con el disgusto evidente en cada línea del rostro—. ¿Esto es lo que me has traído? ¿A una muchacha con sueños idealistas de paz?

—Te he traído a una duskbound —contestó Aether, dando un paso adelante. Su voz tenía un filo que no había oído antes—. La primera nacida desde hace más de un siglo fuera del linaje real.

—Eso sigues repitiendo. —Urkin se acercó a la mesa y apoyó las manos con tanta fuerza sobre la superficie que hizo que los marcadores de metal repiqueteasen—. Ya sabes lo delicadas que están las cosas ahora mismo. No tengo tiempo para esto. El Consejo se ha dejado influir…

—¿Quién del Consejo aceptaría sus términos? —interrumpió Effie, y un miedo genuino se abrió paso en su rostro marcado—. Sé que mis padres no.

—Está dividido —respondió Urkin, dirigiéndole una mirada de advertencia que hizo que ella diera un paso atrás—. Conforme van empeorando las cosas, la gente se está volviendo más… abierta a soluciones extremas.

—La reina jamás lo permitiría —dijo Rethlyn en voz baja—. No si estuviera en su sano juicio.

Entonces, algo pasó entre ellos, una serie de palabras no dichas que hizo que el aire se espesara hasta llegar a ahogar. Yo observé sus rostros, intentando unir los puntos de lo que me estaba perdiendo.

—Tenemos una alternativa. —Aether se acercó más sin dejar de mirar a Urkin—. Lo siento en ella. Las sombras le responden de una manera que nunca había visto antes.

—¿Y quieres llevarla al Vacío? ¿Ahora? —La voz de Urkin estaba cargada de escepticismo—. ¿Con todo lo que está pasando?

—Ahora es justo el momento en el que tenemos que hacerlo.

—Me estás pidiendo que confíe en la palabra de una espía extranjera…

—Te estoy pidiendo que confíes en la mía. —Las palabras de Aether cortaron el aire con la suficiente fuerza para que hasta Urkin se detuviera. Los dos hombres se quedaron mirándose el uno al otro, desarrollando entre ellos una lucha de voluntades silenciosa.

Al final, Urkin se irguió y compuso una expresión fría y calculadora.

—Muy bien. ¿Queréis demostrar que es una duskbound? Entonces, dejad que lo demuestre ella ante el reino también. —Se giró hacia mí, y la forma en la que me miró hizo que se me helara la sangre—. Entrarás en el Vacío durante el strykka.

—¿Durante las pruebas? —Vexa alzó las cejas, un gesto de verdadera sorpresa que le hizo perder la compostura—. Pero, señor…

—Si sobrevive a las tres pruebas —los labios de Urkin se curvaron en algo que no parecía una sonrisa—, entonces tal vez os crea. —Clavó los ojos en mí, llenos de desafío y algo más oscuro.

CAPÍTULO 11

—Vaya, ha salido mejor de lo que esperaba —dijo Vexa arrastrando las palabras y con los hombros mucho más relajados mientras caminábamos.

—Ah, ¿sí? —repuse con un genuino tono de sorpresa y con las cejas alzadas.

—Bueno, teniendo en cuenta que no ha exigido tortura y ejecución, yo diría que sí. —Se ajustó el chaleco de cuero con una indiferencia entrenada.

—No estaba al tanto de que eso fuera una posibilidad —repliqué con cierto alivio y sin darme cuenta de que tenía las manos apretadas a los lados.

—Está siendo cauto —murmuró Aether—. Es lógico.

Mientras anduvimos por las calles, empecé a notar la arquitectura familiar. Los edificios de piedra desgastada se alzaban a nuestro alrededor. Divisé a lo lejos mi torre, que perforaba las nubes neblinosas; su oscura silueta era un recordatorio amenazador de mi confinamiento. Un escalofrío me recorrió y me hizo temer la idea de pasar el resto del día encerrada entre aquellos muros gélidos.

—¿Puedo ir a los establos un rato? —pregunté con esperanza en mi voz.

—Ni de coña, duskbound. ¿Crees que vamos a permitir que te pierdas la mejor comida que hemos tenido en meses? —intervino

Rethlyn, juntando las manos, lamiéndose los labios y prácticamente balanceándose por las ganas.

—Aquí giramos a la derecha, Fia. —Me señaló Vexa adelante y nos condujo hacia un camino distinto que serpenteaba entre dos estructuras imponentes.

—¿La mejor comida? —pregunté, muy a mi pesar escéptica de que aquello fuera cierto, pero no me atreví a decirlo.

—Panecillos calientes —aclaró Rethlyn con una sonrisa de oreja a oreja—. A los de cocina les lleva una eternidad guardar los ingredientes necesarios para hacerlos. Saben como los de antes. —Le relucieron los ojos con nostalgia.

—Desde luego…, son mejores que el arroz —añadió Effie. Había estado muy callada; casi me olvidé de que venía detrás de nosotros, pues sus pisadas apenas hacían ruido.

—Venga, no lo niegues, Effie. Vi cómo te metiste tres en la boca el pasado trimestre cuando creías que nadie miraba. —Vexa soltó una carcajada que reverberó por las paredes de piedra.

Effie se limitó a darle un empujoncito, hizo un chasquido con la lengua y se le extendió un ligero rubor por el cuello.

—Supongo que se dejan comer. Una chica necesita sustento.

Aether parecía estar en su propio mundo, con la mirada perdida, mientras observaba a varios vördr planear entre la niebla en el horizonte; sus formas oscuras trazaban líneas limpias a través de la neblina. Tenía el ceño fruncido por la concentración, sumido en sus pensamientos, a la par que tamborileaba los dedos por su cinturón de armas.

—¿Quiénes eran esos hombres que estaban fuera de la ciudadela? Los que llevaban uniformes grises —pregunté como quien no quería la cosa. Mis acompañantes parecían intentar ocultar su presencia con secretismo, pero no pasaba nada por preguntar.

Aether apretó la mandíbula cuando por fin salió del trance en el que se encontraba.

—Nadie de quien debas preocuparte. Y no es el momento —susurró, pero el sutil cambio en su comportamiento era inequívoco. Ahora tenía más curiosidad aún.

—¿Quién es Valkan? —proseguí.

—Ahora no, Fia —siseó, mirando a nuestro alrededor.

Decidí dejarlo estar de momento.

Llegamos a un edificio de piedra grande que tenía pinta de encontrarse más cerca del centro del fuerte. Las oscuras paredes se fundían con las almenas circundantes. Vexa se detuvo delante para tirar de las pesadas puertas, cuyas bisagras gruñeron en protesta mientras nos permitían la entrada. Capté el inmenso salón y los candelabros de hierro que arrojaban una luz parpadeante por la estancia que hacía que las sombras danzaran por las paredes. El techo abovedado se mantenía sujeto por imponentes pilares grabados con insignias similares a las de los uniformes que llevábamos. Unas mesas de madera grandes estaban dispuestas en filas, desgastadas por el paso de la gente con los años, con la superficie arañada y abollada.

En el extremo más alejado, había un inmenso fogón encendido, y el aroma del pan recién hecho llenaba el aire y se me hizo la boca agua sin querer. Los trabajadores de la cocina se encontraban detrás de un mostrador de servicio sencillo con las caras coloradas por el calor mientras sacaban hogazas del fuego. El ruido de la sala consistía en un murmullo constante de charlas, interrumpido por el arrastre de sillas y algunas carcajadas.

—Coged una mesa. Yo voy a buscarnos una bandeja —dijo Rethlyn antes de marcharse a la otra punta de la habitación sorteando mesas.

La escena me resultó tan familiar que dolía. ¿Cuántas veces habíamos pillado Osta y yo la cena de algún comerciante cerca de la botica de Ma y la habíamos compartido porque apenas nos podíamos permitir una? ¿Cuántas noches me había sentado con el equipo V en el cuartel mientras Raine me robaba comida del plato y Briar contaba historias absurdas?

Había dado por sentada a la gente. A mi gente. Y ahora me hallaba sentada en un comedor enemigo, rodeada de extraños, esperando a que un hombre al que apenas conocía me trajera comida.

Esprithe, cómo los extrañaba. A todos.

Me deslicé en la fría superficie de una silla de madera, consciente de los ojos que se habían clavado en mí desde el otro lado de la habitación. Me coloqué un mechón blanco detrás de las orejas puntiagudas.

Nadie había mencionado el strykka desde que dejamos el despacho de Urkin, pero flotaba en el aire a nuestro alrededor. Lael, el chico de dieciséis años al que había visto entrenando en la ciudad, se sometería a las pruebas este año. Así que no podría ser tan peligroso, ¿no? La idea me produjo cierto alivio.

Había accedido a entrar en el Vacío, pero el strykka…, bueno, no sabía nada de él. El peso de mi ignorancia me oprimía.

Rethlyn llegó con la bandeja cargada de hogazas humeantes, con una ya metida en la boca. Todas las manos salieron disparadas hacia la torre de panecillos, y yo aguardé hasta que todos parecieron contentos para coger el mío.

—Háblame del strykka —dije, pidiéndoselo a Aether en concreto por algún motivo que no alcanzaba a comprender. Vexa, por supuesto, contestó en su lugar.

—Hay tres rondas. Bueno, dos si no te seleccionan para la Unidad Umbría. —Sus palabras tenían un deje de orgullo.

—La Unidad Umbría, la de Aether, nos incluye a todos nosotros, los recipientes. —Vexa hizo un gesto en torno a la mesa—. Forma parte de las fuerzas de combate y está bajo el mando de Urkin —continuó, inclinándose un poco hacia delante—. La primera prueba es combate básico, cuerpo a cuerpo. Yo no me preocuparía mucho por eso. Necesitamos con desesperación soldados, así que las expectativas… han bajado muchísimo. —Frunció los labios; una sombra de preocupación le cruzó el rostro—. Luego está la observación de ataduras. Tendrás que enseñarle al Consejo tu…, bueno, en nuestro caso, nosotros enseñamos nuestras ataduras… Pero tú demostrarás… lo que sea que hagas.

—Qué bien —soltó Effie, observándose las uñas con un desinterés exagerado.

—Effie, no fue personal. Me estaba dando un ataque de pánico. Intentaba volver a casa —repuse con los ojos clavados en ella. Como si no fuera lo suficientemente obvio.

Ella se limitó a reclinarse en la silla y a cruzarse de brazos mientras se retorcía un tirabuzón de pelo negro azabache entre los dedos.

—Lo superará. Con el tiempo. —Vexa desvió la mirada hacia Effie de un modo que parecía íntimo, como si yo debiera apartar la vista. Habría jurado que Effie le rozó la rodilla a Vexa con la suya bajo la mesa; las dos compartían ahora una sonrisa rápida.

—¿Cuál es la tercera prueba? —pregunté, rompiendo el momento.

—Si tienes éxito en la prueba de combate y se juzga que tu atadura es poderosa, después deberás demostrar tu habilidad para unirte a los umbríos. Se te lleva al Vacío. Quien emerja formará

parte de nuestra unidad. —La voz de Vexa tenía un tono rotundo que me puso el vello de punta.

—Entonces, básicamente me uniría a la Umbra, ¿no? —pregunté, más borde de lo que pretendía. La irritación se apoderó de mí, ardiendo bajo mi piel. No era esto a lo que había accedido. Una cosa era ayudar con el Vacío. Eso me permitiría mantenerme neutral, o, al menos, así me lo había justificado a mí misma. Pero esto era algo muy diferente. No sabía si estaba preparada para comprometerme con otro reino.

No pensaba unirme a una causa que podría hacer daño a la gente de Sídhe, gente que me importaba. La mayoría ni siquiera tenía idea de que se estaba fraguando una guerra en la frontera occidental. Y los que sí no tenían ni idea de lo que hacíamos.

En este instante, no sabía si eso siquiera le daría lo mismo a la Umbra. Se encontraban más allá de la desesperación.

El suspiro de Vexa se coló en mis pensamientos.

—Sé que no es lo que esperabas. —Bajó la vista, sin mirarme. Ninguno de ellos lo hacía.

—Pues no. —Desvié los ojos hacia Aether, que seguía observando la ventana con arco del fondo. Tenía la clara sensación de que no estaba escuchando ni una sola palabra de lo que decía.

—Nunca mencionaste que esto formaría parte del acuerdo —solté en su dirección con un tono glacial.

Apretó la mandíbula antes de volver la cabeza hacia mí. Durante unos segundos, se limitó a mirarme, lo que me hizo sentir mucho más molesta.

—Él no confía en ti. Esto le demostrará que vas en serio. Los duskbound siempre están ligados a la Umbra; no es tan distinto de lo que teníamos en mente al principio. —Su voz sonaba ronca; no

había ni rastro de la diversión que había mostrado hacía tan solo unos días.

—¿Que no es tan diferente? Me estaré comprometiendo con el enemigo de mi pueblo. Eso sí que significa algo para mí —espeté. Vexa y Effie desviaron la vista sin más, pero la mirada de Aether se intensificó.

—Nada ha cambiado. Nadie puede obligarte a hacer algo que no quieras. Tal y como ya he dejado bien claro. —Me taladró con los ojos mientras el labio superior se le crispaba a modo de disgusto.

De repente, noté la mirada de Vexa sobre mí, pero luego la volvió hacia Aether. La chica arqueó una ceja, aunque permaneció callada.

—Te lo voy diciendo ya. Si completo el strykka, seguiré sin responder ante nadie. Me niego a obedecer órdenes.

—Tampoco es que pudieras —espetó Aether.

Una parte de mí quiso tomarse esa pulla como un cumplido, pero la oscuridad de su tono me dejó claro que no era su intención.

—Quiero formar parte de las negociaciones. A lo mejor tengo ideas, información que podría ser útil. Compartiré lo que sea necesario con vosotros, pero no me obligaréis a luchar contra Sídhe. Tiene que haber otra forma; una que no acabe con una destrucción mutua. —Inhalé antes de proseguir—. El pueblo de Sídhe ni siquiera está al tanto de que hay una guerra en su máximo esplendor en la frontera occidental. Ni la Guardia. Nos han engañado a todos. No saben lo que hacen. Se merecen elegir. Se merecen saber exactamente por lo que están luchando.

Aether me analizó; sus ojos al fin abandonaron los míos y me recorrieron de arriba abajo. Me removí en el asiento.

—Eso será cosa tuya y de Urkin. Primero tenemos que conseguir que superes el strykka —intervino Vexa.

—Quiero garantías de que todos me apoyaréis. De que estaréis de acuerdo en respaldar mi postura cuando llegue el momento de las negociaciones. Necesito saber por quién y por qué me voy a jugar la vida. Necesito conocer el clima político… y a vuestra gobernante. Quiero saberlo todo. Y cuando digo todo es todo. Si accedéis a esto, entonces participaré en el strykka.

Effie soltó un bufido.

Vexa permaneció en silencio con los ojos fijos en Aether.

Rethlyn se mordió el labio.

—No sé si podemos acceder a…

—Trato hecho. —El gruñido áspero de Aether resonó por la mesa, haciendo que todos los ojos se clavaran en él.

—Aether, yo… —comenzó a decir Vexa.

—Si esa es la única manera de convencerla, pues que así sea —murmuró, y se levantó de la mesa; su enorme figura cubierta de cuero pareció absorber la luz de la zona.

—En ese caso…, ¿por qué no la llevamos a la asamblea? —sugirió Rethlyn.

—Ni de coña. No podemos permitir que sus hombres sepan de su existencia —replicó enseguida Aether.

—Acabas de acceder a contármelo todo y ya estás dejándome fuera de conversaciones y decisiones importantes —solté—. Quizá ellos estén bajo tus órdenes, pero yo no. Voy a ir. —Di un golpe sobre la mesa, no muy convencida de a dónde estaba accediendo a ir, pero consciente de que cualquier cosa sería mejor que pasar más días encerrada en la torre.

—No es una idea tan pésima, Aether. Ya sabemos que ella no siempre confía en lo que oye. Tiene que verlo —insistió Vexa—. Si quiere saber cómo funcionan las cosas aquí, quiénes nos gobiernan, este sería un buen momento.

—No veo las ventajas de que Valkan se entere de su existencia. —Las palabras de Aether eran tensas.

—No sé quién es ese Valkan, pero, si queréis que me adentre en el strykka, me tenéis que dejar que me implique en todo lo que ocurra a partir de ahora. Depende de ti, Aether. —Estaba bien tener una moneda de cambio.

—Y tampoco iríamos por ahí presentándola como una duskbound, claro. —Vexa puso los ojos en blanco.

Aether se limitó a apretar la mandíbula y no dijo nada más.

Vexa se frotó las manos.

—Muy bien. Effie, aquí es donde entras tú. ¿Cómo hacemos para que Fia asista a la asamblea?

Effie frunció los labios, complacida por el reconocimiento, pero no tanto porque tenía que ver conmigo.

—Supongo que algo se me ocurrirá.

CAPÍTULO 12

Moví las manos por las sábanas; la luz plateada de la luna se filtraba por las altas ventanas arqueadas del vestidor. Unos tapices adornaban las paredes de piedra mientras los hilos captaban el reflejo de las velas aquí y allá. En la punta más alejada de la habitación, dos chicas estaban sentadas en un tocador enorme, una con un vestido negro y un recogido elaborado y la otra con una bata y unas ondas oscuras que le caían en cascada por la espalda.

Eran muy parecidas: los cabellos, los cuerpos, incluso los gestos. Tal vez fueran mellizas.

—Cuéntamelo todo —dijo la de la bata, que recogía las rodillas debajo de ella mientras se sentaba en un taburete acolchado—. ¿Quién ha hecho el ridículo esta noche?

Una risa flotó por la habitación a la vez que la otra chica se quitaba las delicadas horquillas del pelo y liberaba los mechones oscuros.

—A ver, el hijo de lord Sveinson ha intentado impresionar a lady Vallgrym mostrándole sus dotes con la espada.

—No…

—Sí. Ha tirado toda una mesa de refrigerios. —Más horquillas cayeron contra la superficie marmolada del tocador—. El padre puso una cara… Creía que se iba a morir allí mismo en mitad del salón de baile.

—¿Y lady Vallgrym al menos fingió estar impresionada?

—No tuvo que hacerlo. Estaba demasiado ocupada tratando de no reírse mientras bebía la copa de vino. Sin embargo, eso no detuvo a lord Sveinson de intentar salvar la situación sugiriéndole a su hijo que le diera a ella clases privadas.

—¡Nooo…!

—Pues sí. Deberías haber visto lo roja que se puso. —Empezó a quitarse el colorete de las mejillas con un paño—. Aunque no tanto como lady Baldurson cuando se dio cuenta de que su hija se había escabullido a los jardines con el joven lord Breidfjord.

—¡Por fin! Me dijiste que llevaba meses poniéndole ojitos.

—Sí, bueno… Desde luego, sus madres no compartieron el mismo entusiasmo que tú. Creí que iban a llegar a las manos ahí mismo entre los postres.

—¿Por un beso en el jardín?

—Por todo el escándalo. Ya sabes cómo son con respecto a mantener las apariencias. —Se le escapó un bostezo de los labios cuando agarró el peine.

—¿Y el heredero de los Skaldvindr? —El tono de la chica de la bata se volvió más suave—. ¿Estaba allí?

—Claro. Más apuesto que nunca. —El peine se detuvo a mitad de camino—. Aunque preguntó por ti.

—¿Qué dijo?

—Quería saber por qué ya no asistías. No supe qué responderle.

—¿Qué podrías haberle contestado? Que padre no… —Se calló cuando unos pasos resonaron en el pasillo.

Apareció un hombre en la entrada con su atuendo formal aún inmaculado a pesar de lo tarde que era.

—¿Estás lista?

—Padre, estoy muy cansada —contestó la chica del tocador, soltando el peine—. ¿Podríamos saltarnos la práctica de hoy?

—La oscuridad es ideal para perfeccionar tus dones. —Su tono no dejó lugar a discusión—. Vamos.

Ella se puso de pie y se alisó el vestido antes de agarrar la mano que él le estaba ofreciendo. Cuando se dieron la vuelta para marcharse, él miró a la otra chica. Algo oscuro surgió entre ellos mientras ella bajaba la vista al suelo. El silencio que siguió a su partida pareció resonar por toda la habitación.

—Camina con cuidado, por favor. Eso es alta costura —dijo Effie con un suspiro, haciendo un gesto hacia un baúl abierto que casi bloqueaba la entrada a sus aposentos.

Miré hacia abajo mientras esquivaba el montón de brillos y sedas. La habitación en sí era sencilla, lo que se esperaba del cuarto de un soldado. No obstante, no estaba vacía ni mucho menos. Pilas de cofres y cajas decoradas llenaban casi cada centímetro disponible del suelo y sus bordes dorados contrastaban con el entorno lúgubre. Todas las superficies estaban cubiertas de broches relucientes y de los coleteros que tanto le gustaban a Effie. Se podían atisbar telas coloridas asomando por las cajas llenas hasta reventar. Era extraño ver tanto color a la vez. Ya había comenzado a creer que no vivían fuera de la escala de grises.

—Hacía mucho que no necesitaba a mi alteracionista. —Effie me examinó de arriba abajo antes de sacudir la cabeza y desechar un pensamiento—. Qué pena que sea para ti y no para mí.

Teníamos alteracionistas en Sídhe, esos que podían cambiar la apariencia de otras personas, colorear el pelo de distintos tonos, pintar un rubor natural en las mejillas de alguien…, todo con su foco.

Incluso había oído que alguien podía alterar los rasgos, difuminarlos hasta que el individuo fuera totalmente irreconocible.

Effie se desplomó en su cama y me miró con los ojos entrecerrados.

—Sé que has convencido a los demás de que no eres una mente maestra perversa, pero yo todavía no me fío de ti. —Alzó el mentón en señal de provocación.

—No te preocupes, Aether está justo fuera. —Sonreí con dulzura.

—Perfecto. ¿Te gustaría elegir tú misma el vestido? —preguntó y, a continuación, me recorrió el cuerpo y compuso una mirada de disculpa en el rostro—. Tal vez debería elegírtelo yo. Eres bastante alta. —Se puso de pie, dio saltos hasta el baúl abierto en el suelo y empezó a vaciar su contenido por toda la habitación, al otro lado del diván, en montones enredados sobre su cama.

Ver aquello despertó algo en mí, y me giré para apartar la mirada, sintiendo la neblina que se me estaba formando en los ojos. Por todos los Esprithe, no iba a quebrarme ahora. No delante de Effie.

Pero entonces se me vino a la cabeza el rostro de Osta: su sonrisa radiante en Emeraal, sentada en el suelo, rebuscando en un baúl muy parecido a aquel ante el que Effie se encontraba arrodillada.

Se me encogió el corazón y sentí cómo el dolor que había conseguido atrapar en algún lugar inalcanzable ahora se filtraba como el agua a través de las grietas de una presa. Parecía que el mismísimo universo me estaba torturando con recuerdos de ella.

Respiré despacio, tratando de contener el temblor del sonido, esperando que lo sofocara la búsqueda caótica de Effie.

—¿Cuál es tu color? —preguntó con un deje de emoción en la voz.

Casi me rompí allí mismo.

—N-no lo sé. Negro —respondí, intentando mantener la voz firme. A pesar de que estaba vuelta de espaldas, pude sentir el cambio en

la habitación, el peso de sus ojos en mí. Aquello era lo último que quería. Que ella me viera así, que cualquiera de ellos me viera tan débil.

—¿Estás… llorando? —me preguntó con un toque de diversión confusa en la voz—. A ver, si tanto quieres escogerlo tú misma, puedes… Tengo miedo de que salga fatal, y ya me toca estar a tu lado toda la noche… Pero podría hacerlo si…

—No es por el vestido. Estoy bien. Elige uno y ya está —repliqué, secándome los ojos con la manga de la camisa.

La incomodidad se hizo notar cuando pasaron varios minutos de silencio y ninguna de las dos dijo nada. La oí remover con delicadeza las telas de nuevo, aunque no con el mismo vigor que antes.

—¿Te encuentras… bien? —preguntó con voz neutra pero forzada. Como si la neutralidad no le saliera con facilidad.

—Sí. Te he dicho que estaba bien.

—Pues no lo pareces. ¿Sabes? Yo lloro algunas veces. He oído que es un modo estupendo de reducir el estrés y equilibrar las emociones. —Hablaba como si estuviera tratando de llenar el silencio, no muy segura de hacia dónde dirigir la conversación—. He oído que es sano.

—Claro. —Fue la única palabra que pude pronunciar. Incluso su efusividad a pesar de la tensión en nuestra relación era como la de Osta.

—Vale, bueno…, debemos comenzar a prepararnos para esta noche. Tardamos una hora en llegar a Stravene. La verdad es que no tenemos tiempo para… En resumen, hay que darse prisa.

Me giré hacia ella y asentí, esperando que mi rostro no reflejara la tristeza que sentía ni el rubor mostrara la sensación que me embargaba.

—Ah, estabas llorando en serio —dijo en voz baja, y se apresuró a ir al tocador y traerme un pañuelo. Se lo acepté sin cuestionar; ojalá tuviera algo con lo que esconderme cuando lo necesitaba.

—Yo… —Me costaba hablar—. Me acabas de recordar a alguien. De casa. —Miré hacia abajo, y una leve sonrisa rompió la tensión de alguna forma.

—Ah, bueno, en ese caso, seguro que es fabulosa —contestó Effie con una floritura. Algo en su respuesta desenfadada me hizo sentir más ligera, como si no me hubiera hundido hasta el fondo hoy.

—Pues sí —coincidí.

Effie se pasó las manos por el vestido; no parecía convencida de qué hacer con él. Entonces, como si de pronto le hubiera venido la inspiración, se le iluminó la cara.

—Bueno, como has arruinado este momento con toda esta… emoción, supongo que debería contarte lo que te deparará esta noche. —Agitó una mano con desdén, pero hubo algo casi amable en su gesto—. Al fin y al cabo, no puedo dejar que eches por tierra la reputación de mi familia.

—¿Tu familia?

—Los Eirfalk —respondió, como si fuera obvio—. Una de las casas nobles más antiguas de Umbrathia.

Parpadeé, tratando de procesar esa nueva información.

—¿Eres noble?

—Pues claro. —Puso los ojos en blanco—. ¿Cómo, si no, iba a tener todas estas cosas bonitas? —Señaló los baúles que nos rodeaban—. Desde luego, la Umbra no paga tan bien.

—Pero tú perteneces a la Umbra —dije, aún intentando que todo tuviera sentido.

—Oh, por favor. Mis padres prácticamente me forzaron a ello. —Empezó a volver a doblar los vestidos desperdigados—. Supongo

que pensaron que mi atadura serviría más en combate que en las clases de baile. Como si yo hubiera tenido algo que ver en el asunto. —Su tono era ligero, pero había algo debajo de él, tal vez un atisbo de antiguo resentimiento—. Teletransportación. —Sonrió—. Hacía entradas bastante triunfales. Al menos, antes de que ocurriera todo.

—Ah —solté, y de pronto me acordé de cómo había desaparecido y después vuelto a aparecer a centímetros de mi rostro en la torre hacía muchas semanas.

—No es tan fuerte como era, claro. —Suspiró, y el disgusto le arrugó la frente—. Antes, podría habernos hecho cruzar medio continente a las dos.

Sin que me diera tiempo a responder, sacudió la cabeza, como si se estuviera deshaciendo de los pensamientos no deseados.

—Ahora, hablemos de esta noche. Te harás pasar por mi prima Millicent, Millie. Los Breidfjord no han asistido a una asamblea desde… —Se detuvo, meditando sus palabras—. Bueno, digamos que han perdido el favor de ciertos miembros. Cosa que hace que Millie sea la opción perfecta en realidad. Nadie se esperará verla, y pocos se atreverán a cuestionar la palabra de una Eirfalk.

—Si tú lo dices.

—Así que permanecerás a mi lado la mayor parte de la noche. Yo podré sortear cualquier conversación que se tercie. No trates de hablar con nadie tú misma. No me puedo ni imaginar lo rápido que echarías a perder tu propia tapadera. —Suspiró con dramatismo.

—Por suerte para ti, no tengo intención de decir ni una palabra. Solo me limitaré a observar.

Tres golpes secos en la puerta me sobresaltaron. Effie prácticamente hizo piruetas para atravesar la habitación, olvidándose por un momento de la tensión que la atenazaba antes.

—¡Matilda! —exclamó, y abrió la puerta de par en par para revelar a una mujer mayor que traía un maletín de cuero desgastado—. Gracias a los Esprithe que estás aquí.

—Señorita Effie. —La mujer hizo una pequeña reverencia y me observó al instante—. ¿Este es nuestro… proyecto de hoy?

—Sí, sí, pasa. —Effie la guio dentro y cerró rápido la puerta—. No tenemos mucho tiempo.

Matilda dejó su maletín encima del escritorio de Effie con movimientos suaves. Me hizo un gesto para que tomara asiento delante del espejo que había traído y sonrió expectante.

—Nunca había visto un pelo de este color —canturreó la alteracionista, agarrando un rizo con delicadeza con los dedos y levantándolo para inspeccionarlo.

—Ya me he dado cuenta de que no es muy… común —agregué con una media sonrisa.

—Seguro que sí. —Me devolvió la sonrisa en el espejo que Effie había colocado en su escritorio.

—Esta es Matilda, la alteracionista de mi familia. —Effie sonrió con cariño y le dio a la mujer un rápido abrazo—. Ay, cuánto te he echado de menos.

—El palacete ha estado muy tranquilo sin ti, señorita Effie. —Matilda se rio—. Ahora, decidme, ¿cómo os puedo ayudar hoy?

—Necesitamos que Fia se parezca a Millicent. ¿Te acuerdas de mi prima Millie?

Matilda reflexionó un momento antes de asentir.

—Ya sabes que no soy lo que fui en su día, señorita Effie. Tienes suerte de que no haya usado mi atadura desde hace mucho. He tenido tiempo para recolectar esencia. —Las manos de Matilda revoloteaban a mi alrededor, me peinaban hacia atrás el pelo y me

sostenía la barbilla alzada hacia la luz—. No puedo prometer cuánto durará tampoco.

—Entonces ¿qué sugieres?

—Bueno, hace falta casi toda la fuerza de mi atadura para alterar los rasgos faciales. Sería mejor que nos concentráramos en cambiarle el pelo y usar pigmentos y sombras para ocultar el resto.

Effie asintió y entrecerró los ojos para imaginar la idea que Matilda había descrito.

—Hace años que Millie no va a ninguna asamblea. Y dudo que nadie la vaya a mirar desde tan cerca de todas formas. Mi tío no es muy popular en el Consejo ahora mismo.

—¿Puedo preguntar de qué se trata? ¿Es una especie de baile? —No me podía imaginar que organizaran uno. No se me ocurría que pudieran celebrar nada.

—No, no es un baile. Llevamos años sin organizar uno. —Effie suspiró con nostalgia—. Es más bien una reunión política elegante. Los principales contendientes, los que albergan poder, asistirán.

Matilda me pasó los dedos por la melena, y, de pronto, lo noté: un extraño cosquilleo que comenzó en mi cuero cabelludo y se deslizó por cada mechón. No era incómodo, pero resultaba raro, como si unas pequeñas corrientes de electricidad me danzaran por la piel. El aire a nuestro alrededor pareció espesarse con esencia, lo que hizo que costara más respirar. En el espejo, vi cómo la oscuridad empezaba a penetrar mis cabellos blancos, expandiéndose como la tinta por el agua, cambiando cada pelo de la raíz hasta la punta. Effie se acercó y observó la transformación con una mirada crítica.

—¿Sabes? Jamás imaginé que estaría aquí arreglándome contigo —reflexionó Effie con un toque de humor en la voz—. Por lo general, soy yo la que se maquilla.

La miré de reojo por el espejo.

—Cuidado, Effie. Estás a punto de hacerme un cumplido.

Ella puso los ojos en blanco con teatralidad.

—No te adelantes. Esto es de extrema necesidad, no un enorme ejercicio de vinculación afectiva.

—El color se está fijando bien, señorita Effie —murmuró Matilda sin dejar de concentrarse en su trabajo.

—Estupendo. —Effie asintió y, a continuación, se volvió a girar hacia mí—. Lo que significa que tendrás que comportarte lo mejor posible. Nada de jueguecitos mentales ni intentos de escapar. Esta noche eres Millie, ¿entendido?

—Ya te lo he dicho: solo voy a observar.

—Sí, bueno, perdóname por no fiarme al cien por cien de tu palabra —dijo con un resoplido—. Solo… intenta mimetizarte, ¿vale?

Matilda me dio un tirón final con los dedos y el último mechón blanco se oscureció poco a poco, volviéndose de un negro intenso como la tinta.

—Ya está, señorita. Terminado.

Me pasé los dedos por los tirabuzones transformados, maravillada de cómo un cambio tan simple me volvía casi irreconocible.

—Qué… diferencia.

Effie se inclinó e inspeccionó el resultado con ojo crítico.

—Mmm…, no está mal. Aunque todavía te hace falta algo de maquillaje para parecerte por completo a Millie. —Cogió una pequeña polvera y me puso con habilidad un poco de color en las mejillas—. Ea, así mejor. Ahora, vamos a buscarte un vestido.

Comenzó a rebuscar en los baúles ornamentados una vez más, apartando sedas y terciopelos y descartándolos con gran experiencia.

—¿Sabes? —dijo con la voz amortiguada mientras excavaba más al fondo—. Si consigues ponerte esto, puede que reconsidere mi

opinión sobre ti.

—Descuida, no creo que eso vaya a suceder.

Mientras me deslizaba por la tela buena del vestido que me había escogido, no pude evitar echarme un vistazo en el espejo. La persona que me devolvía la mirada era una desconocida: el pelo negro, las mejillas sonrosadas, el peso de la nobleza cubriéndole los hombros. No obstante, lo que más me chocó fue lo natural que parecía, lo fácil que podía hacerme pasar por una de ellos. Una kalfar. Las sombras alrededor de mis ojos, mi piel pálida, los ángulos afilados de mi rostro…, todo lo que había tratado de ocultar o negar sobre mí de pronto parecía encajar a la perfección. Algo en mi interior se retorció, una mezcla de comprensión y asco. Solo mis ojos permanecieron inalterados, reluciendo como ópalos.

—¿Deberíamos cambiarme el color de los ojos? —pregunté vacilante—. Por lo que he oído, llaman un poco la atención.

—Eso sería genial, pero es imposible. Yo solía pedirle todo el tiempo a Matilda que lo hiciera —respondió Effie con un suspiro.

—¿Por qué querrías cambiarte el color de los ojos? Son azules, ¿no?

—Cerúleos —la corrigió Effie—. Son cerúleos.

—Me temo que los ojos no se pueden cambiar. Ni el alteracionista más fuerte puede transformar su apariencia —contestó Matilda, todavía recogiendo sus cosas—. Es lo único que permanece verdadero siempre.

Me removí en mi vestido y tiré de los volantes. Supongo que tendría que evitar el contacto visual durante toda la noche.

—Estate quieta —me reprendió Effie, y me ajustó la caída de la tela—. Una lady nunca muestra incomodidad.

—¿Es ese uno de los mayores logros de una lady? —bufé.

—Entre otras cosas. —Dio un paso atrás para evaluar el resultado final—. Bueno —soltó—, supongo que servirá.

Aether se encontraba esperando en la base de las torres de alojamiento, y por un segundo casi no lo reconocí. Adiós a la ropa de cuero intimidante a la que me había acostumbrado durante mi encarcelamiento. En vez de eso, llevaba lo que supuse que era su uniforme de la Umbra: pantalones negros que apenas contenían sus muslos y una chaqueta de traje entallada del mismo color que realzaba la anchura de sus hombros. Jamás lo había visto así, y algo en ello lo hizo parecer más real, más presente que la figura oscura que había frecuentado mi torre. La vista no era horrible, cosa que lo empeoraba. Recordé cómo había sentido sus sombras contra la piel hacía unos días. Aparté ese pensamiento.

Vexa se encontraba a su lado, vestida con un atuendo similar. Estaba girando una daga entre los dedos cuando reparó en que Effie se acercaba y vino corriendo hacia nosotras.

—Estás espectacular —murmuró en un tono grave antes de rodearle la cintura con un brazo y atraerla para darle un beso.

«Oh».

—Vas decente, duskbound —dijo al fin percatándose de mi presencia—. Bonito pelo.

—Bueno, todo el mérito es mío. —Effie dio un paso adelante con una sonrisa de satisfacción en los labios—. O más bien de Matilda.

Aether se giró hacia nosotras y me miró de arriba abajo. De repente, me sentí incómoda.

Se acercó y le prestó más atención a mi cabello. Algo extraño le pasó por los ojos, y se encogió de hombros.

—¡Esperad! —gritó Rethlyn a nuestras espaldas, echando a correr. Apareció desaliñado, con la camisa medio metida dentro de los pantalones.

—Montará conmigo en Nihr. —Aether se dirigió hacia los establos.

—¿Por qué no puedo montar a Tryggar? —pregunté, apresurándome para alcanzarlo. Antes de que yo redujera el ritmo, él se volvió y casi nos chocamos. Me miró con una expresión cuestionable.

—¿En serio? —fue lo único que dijo, deteniendo la vista en mí durante otro latido antes de girarse de nuevo.

Una vez que llegamos a los establos, su silbido casi me tiró al suelo. Y enseguida una bestia gigante apareció sobre nosotros, batiendo las alas contra el viento y haciendo que mis mechones del color de la medianoche volaran.

Nihr encontró un claro en el suelo, y sus alas negras dejaron ver las motas plateadas que las salpicaban.

Empecé a andar hacia la plataforma de montar.

—¿A dónde vas? —gritó Aether a mis espaldas. Vexa y Effie pasaron por delante de mí, enganchadas del brazo mientras llamaban a Draug.

Me giré y vi a Aether esperándome; la impaciencia se le reflejaba en la cara.

—¿Qué?

—Ven aquí —espetó con un deje de exasperación.

Volví con pasos pesados hacia él, intentando no parecer una niña malhumorada mientras me subía en brazos. Me agarró con firmeza de la cintura y sentí el ligero toque arder incluso a través de las capas de tela. Mientras me depositaba a lomos de Nihr, capté su aroma: lluvia y ceniza, como una tormenta a punto de estallar.

Sentí la silla de montar cálida debajo de mí, y solo tuve el tiempo justo de recolocarme la falda antes de notar a Aether montado a mis espaldas, tenso y manteniendo un pequeño espacio entre nosotros, pero daba igual. Podía percibir el calor que irradiaba, podía notar

cada pequeño movimiento mientras Nihr se removía bajo nosotros. La chaqueta elegante no lograba ocultar su figura robusta, y me encontré sentada recta de una manera poco natural, tratando de minimizar los puntos de contacto.

—Relájate —murmuró, y su aliento me revolvió el cabello cerca del oído—. Parece que fueras directa a tu ejecución.

—¿Y no es así? —repliqué, pero la voz no me salió tan firme como me hubiera gustado.

Hizo un sonido que pudo haber sido una risa o tal vez una advertencia, y Nihr extendió las alas y se preparó para volar. Una vez en el aire, el viento me echó el cabello recién oscurecido hacia atrás, y sentí más que vi cómo Aether se apartaba un poco. Cuando volvió a hablar, lo hizo tan bajo que apenas pude oír su voz por encima de las alas en movimiento de Nihr.

—Estabas mejor antes.

No sabía si se refería a mi pelo, a mi postura o a algo más. No pregunté.

CAPÍTULO 13

Un enorme salón surgió ante nosotros; un cavernoso espacio donde predominaban los amplios arcos y los descomunales candelabros de hierro. Unas velas negras goteaban sin parar en el suelo de piedra; sus llamas danzaban en las corrientes de aire que parecían venir de la nada. El efecto era inquietante. Toda la estancia era apabullante.

Había nobles reunidos en grupitos; sus voces eran un murmullo de conversación tranquila. A pesar de la ropa elegante y las posturas rígidas, había un matiz depredador en la forma en la que se miraban, en la forma en la que los ojos pasaban de unos a otros.

—¿Tus padres se encuentran aquí? —le susurré a Effie, que estaba a mi lado.

—Después —siseó, tirando de mí hacia la multitud—. Recuerda mantener la cabeza gacha y la boca cerrada.

Seguimos la corriente de nobles hasta llegar a lo que parecía algún tipo de cámara. Unas gradas rodeaban el espacio central, dando la sensación de que el lugar era una arena. El techo se extendía hacia la oscuridad, perdido más allá del alcance de la luz de las velas.

Aether y Vexa habían desaparecido entre la multitud, pero su presencia perduraba en algún sitio en las sombras. Rethlyn se había situado cerca de una de las salidas.

—La asamblea tendrá lugar ahora —anunció una figura encapuchada.

—¿Dónde está la reina? —susurré.

Effie vaciló un instante.

—Ya no asiste.

El general Urkin se puso de pie primero; sus medallas centellearon a la luz de las velas.

—Antes de que abordemos asuntos nuevos, hemos tenido noticias de la general Taliora, de la Unidad Médica.

Una mujer de rasgos afilados y ropa militar de uso práctico se levantó. A pesar de su postura rígida, el cansancio se le notaba en la cara.

—La sequía ha alcanzado los municipios del medio oeste. Nuestros médicos apenas pueden mantener esencia suficiente para tratar los casos más graves. Hemos perdido tres pueblos más solo durante este mes.

—¿Perdido cómo? —interrumpió una mujer—. ¿Por la hambruna o por la «hospitalidad» de Draxon?

—¿Quiénes son todas estas personas? —le susurré a Effie.

—Esa es lady Baldurson —respondió ella en voz baja, haciendo señas hacia la mujer que hablaba. El nombre me pareció familiar. ¿No era uno de los que había mencionado una de las chicas del sueño?

Los murmullos se propagaron por la multitud. Varios miembros del Consejo intercambiaron miradas sombrías.

Effie se acercó y posó los ojos en un hombre mayor que acababa de levantarse.

—Ese es lord Sveinson. Su familia es muy tradicional. Desprecia horrores todo lo que amenace las viejas costumbres.

—Mi gente se muere ahora —declaró el hombre con la cara colorada—. Los cargamentos de grano apenas alimentan a un cuarto de…

Una mujer de ojos calculadores lo interrumpió.

—Quizá si no te hubieras apresurado tanto a cortar las relaciones comerciales…

—Lady Vallgrym —me informó Effie en voz baja.

Sí. Aquellos eran los mismos nombres de mi sueño. Me invadió la ansiedad mientras observaba todo.

—¡Te atreves a sugerir que comerciemos con aquellos que…! —La ira de lord Sveinson pareció llenar la cámara.

—¡Ya vale! —atronó la voz de Urkin a través del lugar—. No nos podemos permitir estar divididos. Ahora no. No cuando nuestros enemigos se hacen cada día más fuertes.

La mención a mi reino provocó otra oleada de murmullos entre la multitud. Noté que Effie se removió con inquietud a mi lado.

Un hombre de ojos oscuros que parecía absorber la luz de las velas fue el siguiente en ponerse de pie.

—Nuestros exploradores informan de un aumento de la actividad cerca de la brecha. Sus torres extraen más esencia todos los días, mientras que nosotros nos debilitamos más. Salta a la vista que la estrategia actual de la Umbra no está funcionando.

—Lord Skaldvindr —masculló Effie con un deje de disgusto en su tono—. Es el cabeza de la familia de nobles más influyente. La mayoría de las familias votarán igual que él.

Skaldvindr… Otro nombre que reconocí. Me pregunté, por un segundo, si debería contarle a ella, o a Vexa, el sueño que tuve la noche anterior. Aún no comprendía la importancia que tenía. Quiénes eran siquiera esas chicas. Aunque ahora sabía, sin el menor ápice de duda, que había ocurrido aquí. En Umbrathia. Pero

¿cuándo? ¿Era un recuerdo o algo que estaba sucediendo ahora? ¿Las dos chicas eran las mismas que las de mi primer sueño?

Sin embargo, no me apetecía contarle a la umbra lo de mi habilidad todavía. Porque incluso una conversación inocente sobre sueños podría llevar a revelar cosas para las que aún no estaba preparada.

Y entonces fue cuando se abrieron las puertas laterales. El efecto fue instantáneo, como si todo el aire hubiera sido succionado de la cámara. Entró un hombre moviéndose con fluida elegancia; su ropa fina contrastaba muchísimo con los ropajes oscuros del Consejo. A pesar del sufrimiento del reino, él parecía lozano; la vida y el color le inundaban la piel de un modo que casi resultaba obsceno en comparación con la débil palidez de la multitud. Aunque sus ojos… tenían algo extraño. Eran blanquecinos y descoloridos, como si las nubes se hubieran posado sobre ellos, pero no se les escapó nada cuando echó un vistazo por la cámara. Llevaba el lustroso cabello negro cortado al rape, lo que le enfatizaba los ángulos marcados del rostro; su belleza era extrema e hipnotizante.

—Valkan —susurró Effie.

—Amigos míos —comenzó a decir Valkan con voz suave como la seda—, ¿cuánto tiempo vamos a seguir debatiendo mientras nuestro reino se muere en torno a nosotros?

Un murmullo se propagó por la multitud. Me fijé en que varios miembros del Consejo se removieron con incomodidad en sus asientos. Urkin apretó la mandíbula, pero permaneció en silencio.

—La sequía de esencia se extiende. —La voz de Valkan bajó de tono, se volvió más íntima, como si hablara con cada persona en particular—. Nuestros niños se debilitan. Nuestras ataduras se desvanecen. Y, aun así, seguimos aquí sentados, limitados por opiniones anticuadas, mientras que los campos de Draxon continúan

produciendo. —Posó la mirada un instante en nuestra sección, y noté que Effie se ponía rígida junto a mí.

Me acordé de las conversaciones susurradas que escuché en la torre, de la manera en la que Aether y los demás se habían tensado ante la mínima mención del nombre de Valkan. Los nobles hablaban de comerciar con Draxon como si fuera algo impensable, aunque sus tierras seguían siendo fértiles mientras el resto del reino se marchitaba. ¿Qué podría tener este hombre de malo cuando preferían que su gente se muriese de hambre antes que aceptar su ayuda?

—Mi lord. —Se escuchó la voz de una mujer entre la tensión. Una miembro anciana del Consejo se levantó; su melena plateada relucía a la luz de las velas—. Tus condiciones son…

—Mis condiciones aseguran la supervivencia. —Sus palabras tenían cierto matiz de dureza bajo la capa aterciopelada—. Permitid que mis hombres sirvan a las fuerzas de la Umbra. Dejadlos entrar en el strykka, que prueben su valía al reino…, al Vacío. Y reabriremos las rutas comerciales con Draxon.

—El Vacío es sagrado —señaló alguien—. Permitirles…

—¿Sagrado? —La compostura de Valkan se quebró apenas un momento, revelando algo más oscuro debajo. Las velas titilaron con violencia; sus sombras se retorcieron por las paredes—. ¿De qué nos sirven nuestras tradiciones sagradas si todos morimos? Sídhe se hace más fuerte mientras nosotros nos aferramos a días pasados. Hay que doblegarlos, y mis hombres saben cómo hacerlo.

Un escalofrío me recorrió; la telaraña casi palpitaba en las profundidades de mi columna.

—No podemos precipitarnos con las negociaciones. —La voz de Urkin atravesó el creciente caos—. El Consejo necesita tiempo para…

—¿Tiempo? —Valkan se echó a reír; el sonido era tan agudo como el de un cristal al romperse—. Mira a tu alrededor, general. El tiempo es el único lujo que ya no tenemos.

Él gesticuló hacia sus hombres de gris, y estos avanzaron como uno solo; sus movimientos eran demasiado suaves para ser naturales. Había algo extraño en ellos, algo que me puso el vello de punta.

Me acerqué a Effie, manteniendo la voz apenas por encima de un susurro.

—¿Qué les pasa? Sus hombres… no son…

—No —murmuró Effie cortante—. Luego lo hablamos.

Las implicaciones me impactaron como un puñetazo. No eran simples soldados. Eran algo más. Algo que hacía que incluso los umbra parecieran mansos en comparación. Y Valkan los quería en el ejército, quería que se adentraran en el Vacío…

—El Consejo deliberará —anunció Urkin, aunque le tembló la voz —. Pero hasta entonces…

—Hasta entonces —señaló Valkan con suavidad—, recordad que la generosidad de Draxon podría alimentar a vuestra gente hambrienta. Recordad que mis hombres podrían poner fin a la guerra. Recordad que el orgullo es un lujo que los moribundos no se pueden permitir. Y, para que os acordéis bien de ello, disfrutad del festín. Cortesía de la cosecha de Draxon.

Cuando se giró para marcharse, desvió los ojos pálidos por la cámara una vez más, y, en esta ocasión, estuve segura de que se fijó en mí.

Los cuerpos empezaron a moverse en el espacio mientras los susurros y los murmullos se hacían eco por la estancia. Los kalfar salieron desfilando en oleadas; sus oscuras formas se fundían entre sí a la tenue luz.

—¿Qué ocurre, Effie? ¿De qué habla? —susurré, intentando enmascarar el pánico que me atenazaba el estómago.

—Aquí no. —Tenía la voz tensa—. Debemos buscar a los demás.

Nos unimos a la multitud que salía al salón principal. Delante, Aether y Vexa se encontraban cerca de una chimenea enorme cuyas llamas arrojaban sombras danzantes por las paredes de piedra. Algo en la postura de Aether me hizo detenerme: tenía la mandíbula tensa, los hombros rígidos y los ojos dorados ardiendo con un filo cortante. Cruzó la mirada con la mía un instante antes de volverse hacia Effie. Intercambiaron un sutil asentimiento.

Vexa dobló por un pasillo que se bifurcaba desde el salón principal, en sentido contrario al que se dirigía la multitud.

—¿Puede alguien explicarme…?

La voz de Aether atravesó el aire.

—Espera hasta que estemos solos.

—No sabía que el apoyo había cambiado tanto desde la última asamblea —susurró Vexa, pasándose una mano por el pelo—. Y ahora trata de comprar la lealtad de la gente con un festín, venga ya. Es deplorable.

—Entonces ¿vamos a ir al fest…?

—Effie, ¿en serio? —El filo de la voz de Vexa podría haber cortado cristales.

—A ver, ya que estamos… —Effie se encogió de hombros; su comportamiento superficial regresó cuando echó un vistazo por encima del hombro hacia el distante sonido de las voces—. Me parece cruel que se desperdicie.

—Ella ya ha visto suficiente. —Aether clavó los ojos en algún punto distante, con la voz grave—. Es hora de largarse.

—Es más sospechoso que nos vayamos —replicó Effie—. Urkin se preguntará…

—Que lo haga.

—¿Quién es él? ¿Quién es Valkan? —Se me escaparon las palabras antes de poder contenerlas—. Responded. Ya.

—Es el lord de Draxon. —Vexa nos llevó más adentro del pasillo, donde este giraba a la izquierda, fuera de la vista—. Es la ciudad más lejana de la brecha. En el extremo sudoeste de Umbrathia.

La bilis me subió por la garganta.

—Sabéis lo que os estoy preguntando. ¿Por qué tiene tierras fértiles si todo el mundo se muere de hambre? ¿Por qué el Consejo lo mira como si fuera un monstruo? ¿Qué es lo que no me contáis?

—Hay una diferencia de opinión en lo que respecta a cómo afrontar la guerra —dijo Effie en voz baja; el tono juguetón había desaparecido de su voz.

—No lo entiendo. Estáis todos desesperados por acabar con Sídhe. ¿Qué tiene él de repulsivo para que tracéis la línea ahí? ¿Qué me estoy perdiendo? —Las palabras me salieron en un siseo. Lo estaban haciendo de nuevo, darme respuestas que solo llevaban a más preguntas.

Vexa miró a Aether, que permanecía como una estatua, antes de volverse hacia mí. Cuando la chica habló, su voz temblaba con una rabia apenas contenida:

—Lo que él… Lo que su gente hace para mantener la vida es… blasfemo. Es ilegal en todo el reino. Un ritual asqueroso que va en contra de todo lo que somos como kalfar. La profanación de esencia es la mayor herejía que alguien puede cometer, y él ha reunido a un ejército considerable de ellos.

—¿De quiénes?

—De damphyre. —La palabra salió de los labios de Aether como si fuera un insulto.

—Ya no necesitan comida —continuó Vexa, bajando el tono de voz —. Toman su alimento directamente de la sangre de los demás. Consumen la esencia de otro kalfar.

El espanto me recorrió la espina dorsal.

—¿Quieres decir que se alimentan de personas?

El silencio fue respuesta suficiente.

—Pero… no lo entiendo. ¿Cómo es eso sostenible?

Vexa exhaló un aliento tembloroso.

—Les proporcionan a los… voluntarios una vida cercana al lujo. Te sorprenderías de las cosas a las que se somete la gente cuando ya no le queda nada. Como los damphyre no necesitan comida, hay más para repartir entre los kalfar a los que drenan.

—¿Y eso qué les hace a sus ataduras? —Me apoyé en la pared para estabilizarme, mareada de pronto.

—Las fortalece. Las hace más poderosas que antes de la sequía.

El nudo en el estómago se me volvió más grande.

—Y quieren unirse a la Umbra… —Cuando me di cuenta, lo sentí como un puñetazo—. Unirse a la lucha contra Sídhe…

—Un montón de cuerpos llenos de esencia y sin límites para matar. —La voz de Vexa era más amarga—. Las quemaduras del Vacío no son más que un añadido. Eso hará que Valkan quede genial cuando trate de usurpar la Corona.

Me quedé tiesa. «Por esto me quieren. Por esto están tan desesperados. Yo soy la alternativa a…».

—¿Qué tenemos aquí? —La voz se deslizó por el pasillo como la seda. Valkan estaba pegado a la pared, observándonos con aquellos ojos blanquecinos desconcertantes y sus rasgos perfectos dispuestos en una expresión de curiosidad.

El repentino jadeo de Effie hizo que bajara la vista. El negro se desvanecía de mi melena, retirándose como humo que se disuelve

en el aire. Unos tirabuzones blancos comenzaban a aparecer.

—Valkan. —Aether había bajado tanto la voz que se había transformado en algo aterrador. Se puso delante de mí; su figura de pronto parecía más grande, más peligrosa—. Esto no es de tu incumbencia. Márchate.

Valkan curvó los labios en algo que no era exactamente una sonrisa.

—Solo siento curiosidad por tu nueva amiga, Aether. No seas grosero; es impropio de ti.

Dio un paso adelante; aquellos ojos apagados me observaban con un interés horrible. Aether se movió a la par que él, manteniendo la barrera entre nosotros.

—Igual no he sido lo bastante claro —rugió—. Lárgate antes de que te obligue yo a hacerlo.

—No es necesaria tanta hostilidad. —Valkan alzó las manos en un gesto fingido de rendición, pero su voz seguía teniendo un matiz oscuro—. Es una fiesta al fin y al cabo. ¿Dónde están tus modales?

En un abrir y cerrar de ojos, Valkan estaba contra la pared con los pies colgando como si una mano invisible lo sujetara por la garganta. Aun así, esa diversión horrorosa jamás se le borró de la cara. Aether se acercó con la cabeza ladeada y los brazos detrás de la espalda.

—Supongo que tendremos que hacer esto por las malas.

—Vaya, qué protector, Aether. ¿Quién es ella para ti? —Me clavó los ojos apagados de nuevo—. Tienes suerte de que lleve mi mejor traje. De lo contrario, me habría visto obligado a tomar represalias contra este ataque feroz e injustificado. ¿Cómo explicaría eso tu querido Urkin? —Su sonrisa se hizo más grande y enseñó demasiados dientes.

—Vexa, sácala de aquí. Effie, busca a Rethlyn y haced lo mismo.

—Pero Aether…

—No lo voy a repetir. —Las sombras a su alrededor parecieron retorcerse.

Vexa me agarró el brazo con fuerza y tiró de mí hacia el pasillo. El pulso le latía como loco donde se tocaban nuestras pieles, a juego con el frenético ritmo del mío.

—Hasta la próxima, querida. —La voz de Valkan nos siguió mientras Vexa empujaba una pesada puerta hacia el aire gris. Corrimos a través del campo hasta donde esperaban los vördr; el sonido de nuestras botas sobre la hierba helada estuvo a punto de ahogar el estruendo de mi corazón acelerado.

A punto.

CAPÍTULO 14

El fuerte sabor metálico de la sangre me llenó la boca cuando me golpeé la mejilla contra el frío tatami de entrenamiento. El impacto me retumbó en el cráneo; la vista se me emborronó por los bordes. La enorme sala de piedra giró por un momento antes de volver a enfocarse.

Aether me había tirado. Otra vez.

Inspiré hondo y me incorporé apoyándome en las manos; se me extendió un dolor por los brazos mientras lo miraba. Las revelaciones de anoche se arremolinaban en mi interior. Esto ya no iba de elegir bandos. Iba de detener algo mucho peor de lo que me había imaginado. Si Valkan se hacía con el poder suficiente, si su ejército de damphyre se fortalecía lo bastante para tomar el control…, ambos reinos sufrirían. El mero pensamiento de esos ojos blanquecinos dirigiéndose a Sídhe, a los civiles que ni siquiera sabían que la guerra se avecinaba, hacía que se me helara la sangre.

Y, sin duda, yo estaba en baja forma.

Aether se cernió sobre mí con una calma exasperante y apenas una gota de sudor en la frente.

—Eres lenta —dijo en voz grave y uniforme, como si no estuviera solo mofándose de mí, sino soltando un hecho. Su sombra se extendió por el tatami entre nosotros.

Lancé un gruñido bajo y me puse de pie.

—No he terminado.

—Genial —respondió. Mantenía las manos cruzadas detrás de la espalda, haciéndome un asentimiento con la cabeza para que me acercara a él—. Inténtalo otra vez.

No perdí el tiempo. Me abalancé con la intención de lanzarle un puñetazo en las costillas y puse todo mi peso en ello. No obstante, Aether se movió, solo un poco, y mi puño rozó el aire. El impulso me hizo irme hacia delante y me dejó expuesta. Antes de que pudiera recuperarme, me agarró de la muñeca y me la retorció lo suficiente como para que una punzada de dolor me recorriera brazo arriba. Enganchó el pie alrededor de mi tobillo, y, de pronto, me encontré en el tatami otra vez, aunque en esta ocasión fue la espalda lo que se estrelló contra el suelo.

Jadeé, pues me quedé sin aliento. La furia me ardió en el pecho mientras rodaba y esquivaba por muy poco el golpe que podría haberme dado, pero que no lo hizo. El olor a sudor y cuero me inundó la nariz y se mezcló con el sabor metálico que aún perduraba en mi boca.

Aquel había sido mi movimiento favorito. El que Laryk me había enseñado cuando yo creía que sabía quiénes eran los verdaderos monstruos. Ahora ya no estaba tan segura.

—Descuidada —murmuró. Sentía cada palabra como si me cayera otro peso encima, recordándome lo débil que me había vuelto durante las semanas de soledad.

Me puse de pie al instante, ignorando el dolor de las costillas.

—Repítelo —espeté, apretando los puños.

Él ladeó la cabeza, y una leve sonrisa de suficiencia se le formó en la comisura de los labios.

—Descuidada —repitió, de manera lenta y deliberada.

Esta vez no pensé. Arremetí e hice un amago de puñetazo antes de girar y dar una patada baja. Mi espinilla entró en contacto con su gemelo y él se quedó atónito, solo un momento, pero lo suficiente para que yo volviera a recuperar la confianza.

Aproveché la ventaja, avancé y le inmovilicé el brazo en una llave. Durante medio segundo pensé que lo tenía, pero entonces Aether se removió y su fuerza emergió contra la mía.

En un movimiento fluido, me lanzó otra vez. El tatami se apresuró a mi encuentro, y lo primero que me golpeé fue el hombro. Me dio una punzada de dolor y contuve una palabrota mientras él me inmovilizaba con una rodilla presionada con firmeza en mi costado y el antebrazo apoyado con suavidad contra mi garganta.

—Mejor —soltó en un tono tranquilo, casi aburrido—. Pero no lo bastante.

Alcé la vista hacia él; tenía el pecho agitado por la frustración y el cansancio.

—Quítate de encima —espeté.

Él alzó una ceja con un ligero destello de diversión en los ojos.

—No hasta que aprendas.

—He entrenado durante meses. No tengo que aprender, lo que necesito es recuperar fuerza.

Su mirada derrochaba escepticismo.

Me retorcí debajo de él, tratando de deshacerme de su agarre, pero él no cedió. Me ardían los músculos y el resquemor del fracaso me escocía. Su peso hacía que me costara pensar. La luz de la antorcha le alcanzó los ojos, los convirtió en oro líquido, y, por un instante, me olvidé de forcejear.

—Otra vez —exigí en un tono ronco, parpadeando para apartar el pensamiento mientras el juicio encontraba su camino de vuelta a mi mente.

Aether se inclinó hacia atrás y me liberó sin protestar. Se levantó y me ofreció una mano; bajo la luz titilante de arriba, su expresión era ilegible.

La aparté de un manotazo y me puse de pie sola. El cuerpo me rugió en protesta, pero lo ignoré, recolocando mi postura. El silencio de la sala de entrenamiento nos oprimía; solo lo cortaban nuestras respiraciones.

—¿Dónde estaba la reina anoche? —inquirí, y la pregunta que me había estado rondando la cabeza al fin se liberó—. ¿No debería haber asistido a la asamblea?

Aether endureció la expresión, pero no contestó de inmediato. En vez de eso, me hizo un gesto para que atacara de nuevo. Las sombras bajo sus ojos parecieron intensificarse.

Me quedé en el sitio.

—El modo en el que todo el mundo hablaba de su ausencia… ¿Está enferma? —No me pasó por alto que el Consejo tuvo cuidado de no mencionar a su soberana.

—El estado de la reina —contestó Aether en una voz tan baja que casi no la oí— es… complicado. Y si Valkan supiera lo grave que es… —Se calló, pero estaba claro lo que quería decir.

—¿Cuál es su estado?

Aether me contempló irritado.

—Te he dicho que quiero saberlo todo —le recordé con una ceja alzada.

—Su mente se fragmenta más cada día —respondió; su voz tensa estaba teñida de algo parecido a la pena—. Ya no soporta encontrarse cerca de otras personas; sus energías la agobian. Se ha vuelto… inestable. El Consejo sabe que no está bien, pero no hasta qué punto en realidad. Y no puede enterarse. No hasta…

—¿Hasta que tengáis una nueva duskbound?

La mirada en sus ojos me dio la respuesta.

—Vamos —dije, apartando el pensamiento de mi mente. Si iba a ser de ayuda para alguien, fuera duskbound o no, tenía que recuperar mi destreza.

Torció los labios; no era una sonrisa, pero fue bastante para hacer que me hirviera la sangre.

—Cuando estés lista.

Alcé los puños antes de que Aether hubiera terminado la frase siquiera y cargué con férrea determinación, a pesar del cansancio que hacía que me pesaran las extremidades. Arremetí para golpearle con la izquierda y luego lancé un gancho de derecha directo a su mandíbula.

Aether ni se inmutó. En vez de eso, lo esquivó sin esfuerzo e invadió mi espacio como si le perteneciera. Su mano salió disparada, me agarró del hombro y, antes de que yo pudiera reaccionar, me lo retorció. Mis pies abandonaron el tatami, y, en un segundo, estaba de espaldas y el impacto me sacudía la columna vertebral.

Jadeé en busca de aire; me dolía el pecho cuando rodé hacia un lado y me puse de rodillas.

—Creía que habías dicho que se te daba bien el *sparring* —comentó Aether con un tono tan indiferente como siempre.

Alcé la vista para mirarlo y me retiré el pelo de la cara empapada de sudor.

—Solo necesito más tiempo.

—No tienes tiempo —replicó, haciéndome una señal para que me volviera a poner de pie. Las palabras ahora me impactaron de otra forma. Tiempo. Eso es lo que Valkan había convertido en un arma en la asamblea; había usado el sufrimiento del reino para promover sus intereses. ¿Cuánto tiempo faltaba para que la desesperación inclinara la balanza a su favor? ¿Cuántos más elegirían su

hospitalidad antes que la inanición? La ira me consumía. Tiempo. Y habíamos malgastado mucho.

—¿Quieres hablar de tiempo? Si no me hubieras mantenido encerrada durante seis semanas intentando quebrarme, tal vez no estaríamos en esta situación —resollé, obligándome a levantarme. Mis brazos parecían plomo, y todos los músculos del cuerpo gritaban en protesta.

—Bueno, ha funcionado, ¿no? —contestó sin rodeos, cruzándose de brazos—. No tenías que permitir que se te debilitara tanto el cuerpo.

Algo se quebró en mi interior.

A la mierda.

Me abalancé hacia él, eché todo el peso del cuerpo contra su pecho y le enrosqué los brazos alrededor del cuello en una llave. El impacto lo hizo retroceder, y la sorpresa se le extendió por la cara en el instante en el que ambos caímos al suelo. Las tablas de madera crujieron bajo nosotros cuando rodamos; le golpeé las costillas con el codo cuando intentó hacerse con el control. Se volcó una silla al salirnos del tatami y casi le di con la rodilla en el mentón antes de que se las apañara para agarrarme de la pierna.

De un solo movimiento, nos volteó y usó todo el peso de su cuerpo para estrellarme de espaldas. Con sus muslos sobre mis caderas, me agarró las muñecas con una mano y me las inmovilizó por encima de la cabeza. Con la otra mano me sujetó la cintura y me hundió los dedos en la carne a la vez que me sujetaba. Cada centímetro de él estaba presionado contra mí; los músculos fuertes y el cuero suave.

—Eso está mejor —dijo con una sonrisa peligrosa en los labios.

—Quítate de encima —espeté otra vez, tratando de alzar las caderas contra las suyas, pero el movimiento solo hizo que él las

presionara con más fuerza hacia abajo.

—No hasta que dejes de comportarte como una cría. —Tenía el rostro a centímetros del mío y la mandíbula tensa por la irritación. Cada una de sus respiraciones nos acercaba más, burlándose de lo indefensa que me encontraba debajo de él.

—Prefiero comportarme como una cría que como un creído de mierd…

—Cuidado, princesa. —Apretó más el agarre de mis muñecas—. No estás en posición de insultar.

Un rubor ardiente se me extendió por las mejillas… De rabia, me dije, de puta rabia. Sin embargo, la piel me quemaba allí donde me tocaba. Su cercanía me enfurecía.

¿Qué me ocurría? Era mi captor. El hombre que me había apartado de todo cuanto conocía. Y aun así mi cuerpo estaba respondiendo de la misma manera que lo hacía con Laryk. El pulso acelerado. El hormigueo de la piel. Esa calidez peligrosa se enroscó debajo de mis costillas con fuerza.

Al menos, con Laryk había habido… algo. Atracción mutua, respeto ganado por medio del entrenamiento, cualquier cosa complicada que nos hubiera atraído a ambos. ¿Esto? No era nada. O eso debería ser.

Entonces ¿por qué no podía convencer a mi cuerpo traicionero de ello?

Pasó un instante entre los dos, atrapados en esta posición enloquecedora.

—¿Has terminado ya? —Alcé una ceja, negándome a mostrar lo afectada que estaba.

Algo en sus ojos cambió cuando bajó la vista a mis labios.

—No —contestó en voz baja—. Todavía tenemos que trabajar en la observación de tu atadura.

Entonces, me liberó, rodó hacia un lado y se puso de pie con un movimiento fluido. Extendió una mano para ayudarme a levantarme, pero me mofé y me erguí sola, tratando de pasar por alto cómo me temblaban un poco las piernas. Aún me iba el corazón a mil, ya fuera por la pelea o por algo más, me negaba a analizarlo.

—Llevas tiempo sin usarla —explicó, pasándose una mano por el pelo enmarañado—. Necesitas practicar.

Miré a mi alrededor e hice un gesto obvio hacia la sala de entrenamiento vacía.

—¿Con qué exactamente? ¿Con las paredes?

—Conmigo.

La palabra me golpeó como un puñetazo en la cara.

—Contigo no funciona.

—No —respondió—. Lo que pasa es que yo no permito que funcione conmigo. Es distinto.

Me dio un vuelco el estómago. Me había hecho creer que estaba indefensa contra él.

—¿Me estás diciendo que todas esas veces que me bloqueaste…?

—Fue una elección, sí. —La satisfacción en su voz me hizo querer tirarle algo a él. O a su mente. Ambos me parecían igual de atractivos ahora.

—¿Algo más que hayas dejado que me crea?

—Muchas cosas. —Permaneció con una expresión estoica, pero algo titiló en aquellos ojos dorados que hizo que se me acelerara el pulso—. ¿Cuál es el alcance de tu habilidad exactamente? —inquirió.

La cuestión removió algo que había estado evitando, así que decidí preguntar una cosa yo.

—Has dicho que la podías ver, ¿no? Mi telaraña.

Se detuvo y alzó una ceja.

—Veo energía emanar de ti, blanca y perlada. Como volutas y zarcillos serpenteando por el aire. —Sus ojos siguieron algo invisible cerca de mi hombro, y contuve un escalofrío. La idea de que hubiera estado viendo mi poder todo este tiempo, observando con exactitud lo que hacía, me parecía extrañamente íntima—. Al principio, creía que todo el mundo podía verlo.

—Entonces ¿tienes otros talentos ocultos que no me hayas contado? —Me crucé de brazos, usando el sarcasmo para ocultar lo inquieta que me sentía ante su admisión—. ¿O he de pasar otro tiempo en aislamiento para que me reveles eso también?

—Ya es hora de que superes eso. —Me examinó con una atención inquietante—. El enfado no te sienta bien.

—No estoy enfadada. —La mentira sabía amarga—. Solo me parece interesante lo selectivo que eres con la información.

—Dijo la mujer que es evidente que se está callando algo ahora mismo.

Abrí la boca para protestar, pero su ceja alzada me detuvo. Se me vinieron a la mente los sueños, recordé que veía por medio de los ojos de otros, que observaba a Laryk por medio de los de Mercer. Pensar en contárselo a Aether me provocaba un nudo en el estómago. Ya tenía demasiado poder sobre mí. Y algo que podría usar para espiar a ambos bandos de esta guerra… No podía arriesgarme a que cayera en manos equivocadas.

—Bueno —dije en cambio—, mis habilidades se manifestaron por primera vez como algo mucho más caótico, y he de admitir que terrorífico. Mis amigos de casa lo llaman «reventar mentes».

Arrugó las cejas ante aquello.

—¿Debería preocuparme?

—Probablemente. —Sonreí con dulzura, disfrutando del inusual momento de tenerlo descolocado—. Me lo han descrito como agarrar

con tanta fuerza una mente que se hace papilla.

—Qué bonito. —Sin embargo, reparé en la ligera diversión de sus ojos—. Igual la demostración la dejamos para otro día.

—¿Tienes miedo?

—Es por precaución. —Se inclinó hacia atrás, y traté de no percatarme de cómo las sombras jugueteaban por su rostro—. Tomar una mente es una cosa, pero reventarla… —Me estudió con un nuevo interés que me puso la carne de gallina—. ¿Cómo funciona?

Me removí bajo su mirada.

—¿El tomarla? Es simple en realidad. Mi telaraña se mete en la zona correcta, como una llave en un cerrojo, y después puedo mandar órdenes a través del vínculo.

Las sombras de la habitación se oscurecieron, y no supe decir si fue por él o cosa de mi imaginación.

—Enséñamelo.

—¿Estás seguro? —El corazón se me iba a salir por la boca—. ¿No me vas a bloquear esta vez?

—A menos que me des una razón para hacerlo. —Volvió a aparecer ese filo peligroso en su voz.

Inspiré hondo y me senté, convocando la telaraña. Subió entrelazada por mi columna con ese brillo familiar y se esparció del cráneo al espacio a nuestro alrededor. Era evidente que él se fijaba en sus movimientos ahora, y el aire entre nosotros se cargó de electricidad mientras los zarcillos se dirigían hacia él. Sin embargo, no parecía asustado, se le veía como siempre, con esa calma ilegible en sus rasgos.

Le rodeé la mente con suavidad, sin hacer contacto aún. El recuerdo de sus rechazos anteriores me hizo retorcerme de dolor; cada uno de ellos lo había sentido como un martillo contra la cabeza.

Esta vez no hubo resistencia cuando me aferré a ese orbe dorado. Su mente parecía diferente de las otras con las que me había topado, más brillante, más intensa, como si me estuviera adentrando bajo la luz solar directa.

Él mantuvo la vista en mí, muy pendiente, mientras su pecho se hinchaba y relajaba profundamente. Traté de ignorar lo íntimo que se sentía que me permitiera entrar así.

Pero no dudé.

La palma de Aether se estampó contra su propia cara.

Parpadeó, y a continuación parpadeó otra vez cuando lo liberé. Se me escapó una carcajada de la garganta antes de poder retenerla. Ver a Aether pegándose a sí mismo era algo de lo que nunca me iba a olvidar.

—¿Te sientes mejor? —Se frotó la mandíbula, pero me fijé en esa ligera curva de sus labios. Sentía el pecho más ligero de lo que lo había sentido hacía semanas.

—Mucho. —No pude evitar sonreír—. Aunque estoy segura de que también lo has permitido.

—No seas arrogante. Es el único golpe que me vas a asestar jamás.

—Eso ya lo veremos. —Las palabras se me escaparon con más desafío de lo que pretendía.

Se puso serio, pero algo le refulgió en los ojos.

—Cuando haces eso, ¿entras en la mente por completo o accedes a ella desde fuera?

La pregunta sofocó mi triunfo momentáneo.

—¿Me estás preguntando si puedo leer pensamientos?

—Claro.

—No que yo sepa. —Me removí, y se me vino a la mente otra vez el sueño de Laryk. En ese, sí que parecía que había accedido a sus

pensamientos, pero nada había sido intencionado.

—¿Lo has intentado?

—Eso sería invadir un poco la privacidad —murmuré.

—Dijo la mujer que acaba de hacer que me pegue a mí mismo.

—Es un tipo de invasión distinta. —Ladeé la cabeza hacia un lado y le sostuve la mirada—. ¿Por qué? ¿Te estás ofreciendo a ser mi conejillo de Indias?

Se encogió de hombros.

—¿Por qué no?

Inspiré hondo, tratando de ignorar cómo el aire parecía crepitar entre nosotros. Para controlar la mente, solo se necesitaba un vínculo simple que se pudiera manipular, ordenar. Pero esto…, esto significaría entrar en sus pensamientos de verdad. Me dio un vuelco el estómago cuando me di cuenta de a qué había accedido. Estaba a punto de intentar leerle la mente al hombre más peligroso que había conocido jamás, y él me iba a dejar hacerlo.

—¿En qué número estoy pensando?

Segundos más tarde, los zarcillos revoloteaban en torno a mí, acariciándole la mente con volutas perladas. Busqué el punto de acceso y, cuando lo localicé, dudé. En vez de mandar una orden por el vínculo, me quedé allí, dejando que la sensación se asentara a mi alrededor. Empleé los zarcillos para buscar, consciente de forma extraña de sus movimientos. Parecía que podía haber algo allí, en este espacio al borde de la mente de Aether, pero… Y, entonces, lo sentí. Otro punto que llevaba más profundo a través del abismo dorado. Los zarcillos se extendieron, se acercaron al punto y, en un instante, se me puso la visión negra.

Una mujer, una de las más guapas que había visto en mi vida, con el pelo negro azabache y los ojos dorados, corría hacia mí con la angustia reflejada en la cara. La desesperación en sus movimientos

me hizo querer extender la mano, pero el dolor era enorme, demasiado. Yo me estaba apartando de ella. ¿Flotando? ¿O volando? Gritó algo, aunque no pude oírla, como si se me hubieran entumecido los tímpanos. Y, a continuación, todo se volvió negro otra vez.

Regresé a la sala de entrenamiento y me percaté de que casi había perdido el equilibrio en la silla. Aether me agarraba del hombro, manteniéndome recta. Me miraba con los ojos entrecerrados, pero su ceño parecía estar fruncido de preocupación.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó en voz grave.

—¿No la has visto? ¿Quién era? —respondí, deshaciéndome de su agarre y mirando a mi alrededor pestañeando. Parecía como si hubiera estado conteniendo el aliento.

—¿A qué te refieres? ¿A quién? —Se puso de pie y se dirigió hacia la otra punta del gimnasio, pasándose la mano por la boca y la barbilla. Nunca lo había visto tan… inquieto.

—La mujer, la del pelo negro y los ojos como los tuyos.

Aether se quedó espeluznantemente quieto cuando se giró para mirarme, con algo oscuro palpitándole en los ojos.

Se quedó contemplándome durante un largo instante, como si estuviera tratando de descifrar algo.

Pero, entonces, rompió el contacto visual y salió de la habitación sin decir otra palabra.

El silencio que dejó atrás resultaba pesado, cargado de preguntas que no estaba segura de querer responder. La imagen del rostro de angustia de la mujer permaneció en mi mente, además del eco de un grito que no pude oír. Algo me decía que me había topado con un recuerdo que Aether había enterrado en lo más profundo; algo que jamás había tenido la intención de compartir.

CAPÍTULO 15

Me quemaban los músculos cuando giré otra esquina del muro del fuerte. Dos semanas corriendo esta ruta habían aumentado mi resistencia, pero el dolor todavía seguía allí, empujándome hacia delante. No obstante, había encontrado mi ritmo, contando mis respiraciones en vez de intentando seguir la luz constante. Veinte vueltas se habían convertido en treinta, y luego en cuarenta. La debilidad de mi aislamiento se consumía poco a poco y la reemplazaba una fuerza familiar que creía que había perdido. Incluso mis habilidades de combate estaban volviendo, aunque no tan rápido como había esperado.

A Aether no se le veía el pelo. Desde ese día, desde que había atisbado a esa mujer en su mente, apenas me había mirado. Ni una práctica de atadura más, ni una observación. Solo entrenamiento de combate, que cada vez delegaba más y más en Vexa o en Rethlyn.

La visión aún me atormentaba. Esa preciosa mujer extendiendo una mano desesperada, su grito silencioso.

Los terrenos del fuerte estaban llenos de gente; podía verlos por las verjas de mi sección, a los soldados umbra moviéndose con un renovado propósito, como si se prepararan para las pruebas del strykka que se avecinaba. Solo quedaba una semana. Se me hizo un nudo en el estómago al pensarlo. A pesar de mi progreso, me

provocó un escalofrío la perspectiva de enfrentarme a ellas. Sobre todo al Vacío.

—¡Mira quién está ya en ello! —La voz de Vexa interrumpió mis pensamientos. Se apoyó contra la pared de delante con una sonrisa cómplice en la cara—. ¿Sabes? En realidad, la mayoría de la gente espera hasta que está despierta del todo antes de torturarse a sí misma.

Ralenticé el ritmo hasta detenerme y me sequé el sudor de la frente con la mano.

—Qué atrevido por tu parte suponer que duermo.

—Bueno, hoy puedes tomarte un descanso de correr en círculos. —Se retiró de la pared con los ojos violetas reluciéndole—. Es hora de que aprendas a volar en condiciones. No puedo dejar que dependas de Aether para que te lleve siempre.

La plataforma de lanzamiento se extendía ante nosotras; las alas de Tryggar se movían sin descanso debajo de mí mientras esperábamos. Estar allí arriba se sentía distinto de algún modo, sabiendo que no tendría los brazos de alguien aferrándose a mi alrededor, sabiendo que solo estaría esta bestia enorme y temperamental y yo. Me agarré al cuerno de la silla de montar, observando mientras Draug arañaba la piedra desgastada debajo de nosotros.

—¿Sabes? Llevaba sin jinete casi medio siglo —dijo Vexa señalando a Tryggar.

—¿En serio? —pregunté, mirando al vördr plateado debajo de mí.

—Sí. Puede que antes estuviera un poco oxidado.

Al menos, esta vez la silla estaba bien ajustada, perfectamente diseñada para adaptarse tanto al lomo de Tryggar como a mi figura. La que Vexa había pedido había llegado al fin, e incluso el vördr parecía más tranquilo y confiado.

—Ha estado volando estas rutas conmigo durante años —añadió Vexa, dándole palmaditas en el cuello a Draug—. Tryggar lo seguirá; tienen buena relación. —Sonrió con satisfacción.

No pude evitar pensar en la primera vez que volé con Aether, en cómo Tryggar había caído en picado hacia el suelo a unas velocidades horripilantes. El recuerdo me debería haber puesto nerviosa al volar sola, pero de alguna forma no lo hizo. Tal vez porque en esta ocasión no tendría que preocuparme por la tensión extraña que siempre surgía entre Aether y yo.

—Los patrones de viento cambian constantemente aquí arriba —prosiguió Vexa—, pero Draug sabe cómo leerlos. Limítate a confiar en que Tryggar lo seguirá e intenta no darle muchas vueltas.

«Intenta no darle muchas vueltas». Ojalá supiera lo imposible que esa petición era para mí. Sin embargo, antes de que pudiera seguir pensando más en ello, Draug abrió las alas de pronto y despegamos.

Tryggar se precipitó tras Draug sin dudar y sus alas atravesaron la niebla. La aceleración repentina me robó el aliento, pero me incliné sobre él, recordando mantener el peso centrado. El fuerte se alejó bajo nosotros; sus chapiteles oscuros perforaban las nubes como hojas de obsidiana. Observé a Draug virar hacia la izquierda y sentí que Tryggar se ajustaba debajo de mí para imitar el giro.

—¿Ves? —gritó Vexa por encima del viento—. Sabe lo que hace. Ahora, probemos algo un poco más complejo.

Guio a Draug más alto, haciendo espirales a través de un banco de nubes. La humedad se me pegó a la piel, fría y refrescante, mientras Tryggar lo seguía. Cuando Draug descendió, Tryggar igualó su ritmo. Cuando se estabilizaron, los dos vördr alcanzaron un ritmo tranquilo, batiendo las alas a la vez.

—Se te da genial —dijo Vexa mientras conducía a Draug junto a nosotros—, aunque no debería sorprenderme. Pareces tener buena

mano para las criaturas complicadas. —Torció los labios—. Tryggar incluido.

—Buena mano para las criaturas complicadas —repetí, pensando en la distancia repentina de Aether las pasadas semanas—. ¿Aether siempre ha sido así?

—¿Así cómo? —preguntó Vexa, a pesar de que algo en su tono daba a entender que sabía justo a lo que me refería.

—Tan… —busqué la palabra exacta— hermético.

—Aether es complicado. La Umbra es prácticamente toda su vida, lo ha sido desde antes de que yo me uniera. —Se encogió de hombros—. No tiene familia, pareja ni amigos. A menos que me cuentes a mí, y no estoy segura de que él lo haga la mayoría de los días.

Se quedó callada un instante, ajustando su posición mientras Draug cogía una corriente de aire.

—A ver, es obvio que el hombre tiene sus demonios, resulta evidente tan solo mirándolo, pero creo que es mejor dejar que él cuente su historia a su debido tiempo.

—¿Desde cuándo lo conoces?

—Desde que me sacó de la cárcel hace cinco años. —Una sonrisa irónica se le dibujó en los labios—. En realidad, creía que estaba allí para ejecutarme. En vez de eso, me ofreció un puesto en la Umbra. Dijo que mis habilidades podrían usarse mejor que para armar a asesinos.

—¿Estuviste en la cárcel?

—Ah, sí. Me pillaron vendiendo armas hechizadas a un gremio ilegal. —Se rio, aunque había un poco de tensión en aquello—. No fue mi mejor momento, pero, cuando creces sola al este de Umbrathia, aprendes a aprovechar las oportunidades que puedas. Y a mí siempre me han atraído las cosas afiladas.

Vexa guio a Draug para que girara con suavidad con los ojos fijos en el horizonte.

—Lo malo de la desesperación es que te hace olvidar que puede haber otras opciones. Yo aprendí a forjar armas porque tenía que sobrevivir y porque mi atadura me permitía imbuirlas. Los negocios ilegales… —se encogió de hombros— parecían el siguiente paso lógico. Hasta que dejaron de serlo.

Observé a un grupo de vördr planear en la distancia.

—¿Qué sucedió?

—Me eché a perder. Empecé a beber demasiado. Hacía tratos con las personas equivocadas. —Su voz no destilaba nada de autocompasión, solo una aceptación de los hechos—. Acabé en una celda preguntándome si la ejecución no sería mejor que pudrirme ahí. Entonces, Aether apareció y me ofreció una redención en forma de servicio militar.

Me dio un vuelco el corazón. Inspiré hondo, y el aire frío me llenó los pulmones.

—Casi mato a dos chicas nobles hace alrededor de un año. No podía controlar mis habilidades, mi foco. Un momento se estaban burlando de mí y al siguiente… —Tragué saliva con fuerza—. Un general de la Guardia de Sídhe me encontró. Me dijo que tenía dos opciones: unirme a ellos o afrontar las consecuencias.

—Menudas opciones —murmuró Vexa.

—Sí. —Ajusté mi agarre al cuerno de la silla, recordando el rostro de Laryk aquella noche, cómo sus ojos esmeraldas habían parecido tan oscuros. No obstante, no podía contarle a Vexa aquella parte. No podía explicarle cómo la coerción inicial se había transformado en algo mucho más profundo—. Después de eso, la Guardia se convirtió en todo para mí. Mi propósito. Mi hogar.

Vexa ladeó la cabeza, sopesando mis palabras.

—¿Sabes? Solía pensar que la redención era deshacerte de quien eras antes. Convertirte en alguien nuevo. —Miró a Ravenfell, casi invisible a través de la niebla—. Pero algunas veces consiste en aceptarlo todo: los errores, las elecciones, incluso las partes que nos avergüenzan.

Las palabras me impactaron más de lo que esperaba. Pensé en las sombras que habían emergido en Emeraal, en cómo traté con ahínco de negar esa parte de mí. Incluso ahora, sabiendo lo que era, aceptando que parecía ser otro asunto completamente distinto.

—¿Cuándo lo supiste? —pregunté—. Que era en la Umbra donde querías estar de verdad.

Una sonrisa se le formó en los labios.

—Bueno, tal vez cuando cierta noble decidió que no se podía resistir a mis encantos.

—¿Effie? —No pude evitar sonreír—. Aquello debió de ser una buena historia.

—Ah, sí. Al principio, le daba pavor. Me llamaba «ordinaria», «bárbara»… —A Vexa se le suavizaron los ojos al recordarlo—. Y ahora mírala, colándose en la forja solo para verme trabajar, fingiendo que no está pillada hasta las trancas.

Un grito agudo de Draug interrumpió nuestra conversación. La cabeza del vördr se precipitó hacia el suelo con las alas rígidas. A mi lado, Tryggar se tensó; un sonido bajo de advertencia retumbó en su pecho.

—¿Qué pasa? —susurré, pero Vexa ya había alzado la mano para que me callara.

Guio a Draug más abajo, con cuidado de mantenernos entre la capa de nubes. Ahí fue cuando los vi: figuras moviéndose por un camino estrecho que serpenteaba por el páramo. Incluso a esa

distancia, sus movimientos parecían gráciles de un modo poco natural, uniformes.

—Damphyre —susurró Vexa, y su calidez de antes se había desvanecido por completo—. Por lo menos una docena. Se dirigen a Draxon.

—¿Por qué estarán aquí? —pregunté, percatándome de lo lejos que nos encontrábamos de los caminos principales.

—Eso es lo que me preocupa. —Estrechó los ojos—. Esta ruta… es vieja, apenas se usa. La única razón para tomarla es que estés tratando de evitar que te vean en Ravenfell. —Examinó al grupo un instante más—. Y va directa a la brecha.

CAPÍTULO 16

El uniforme de cuero ceremonial se sentía rígido contra mi piel, era nuevo y me resultaba difícil moverme con él. Effie me rodeó como un depredador, ajustando correas y alisando arrugas que no existían.

—Estate quieta —me reprendió, apartando mis manos del cuello por tercera vez.

—Tú eres la que me está dando empujones. —Volví a cambiar el peso de un pie a otro solo por ver cómo movía los ojos con nerviosismo.

Vexa se encontraba apoltronada en mi cama, distraída recorriendo las marcas del Vacío que le subían en espiral por el brazo.

—Déjala tranquila, Effie. Todos nos hemos puesto nerviosos antes de nuestra ceremonia.

—Yo no —replicó Effie, pero me ajustó la manga con delicadeza.

—No, tú solo vomitaste en la sala de espera.

—¡De eso nada! —Effie se giró para mirarla, poniéndose colorada —. Me encontré… abrumada por un momento.

—Exacto. —Vexa esbozó una sonrisa—. ¿Así es como lo llamamos ahora?

Observé su diálogo, dándome cuenta de la tensión subyacente bajo su cháchara.

—¿Cómo fueron? —pregunté—. Vuestras ceremonias.

La sonrisa de Vexa se desvaneció un poco. Se irguió.

—Diferentes. Había más candidatos por aquel entonces. La sequía no se había extendido tanto y la gente aún creía… —Se calló, sacudiendo la cabeza.

—¿Qué creía?

—Que unirse a la Umbra significaba la gloria —contestó Effie en voz baja—. No solo sobrevivir.

El silencio se instaló entre nosotras, pesado por la carga tácita. Effie todavía tenía las manos en mi hombro, y, por un segundo, más allá de su fachada impostada vi algo más profundo.

—Yo sacrifiqué el escudo de armas familiar —dijo al fin—. Generaciones de nobles Eirfalk condensados en un solo medallón.

—Pero no te arrepientes, ¿verdad? —pregunté, sosteniéndole la mirada en el espejo.

Una ligera sonrisa se le dibujó en los labios cuando miró a Vexa.

—Jamás.

—Mi sacrificio fue más simple —añadió Vexa, que se había puesto de pie para acercarse a nosotras—. Mi primer martillo forjado. Ya fuera un trabajo ilegal o no, me mantuvo con vida cuando nada más lo hizo. —Se encogió de hombros, pero vi cómo se aferraba con los dedos al brazo.

Tres golpes secos en la puerta interrumpieron el momento. Esta se abrió antes de que alguien pudiera contestar y reveló la amplia figura de Aether. Hoy llevaba un uniforme de cuero sin mangas, ese que mostraba sus quemaduras del Vacío en toda su gloria. Parecían más oscuras de la cuenta sobre su piel, como si respiraran en la penumbra. En sus manos, llevaba algo que hizo que contuviera el aliento: mi daga esmeralda, la que me habían dado cuando me uní a la Guardia.

Vexa se estiró con los ojos fijos en el arma.

—Qué bonita —susurró, y en su voz la apreciación profesional entró en conflicto con algo más.

—Tu sacrificio —espetó Aether, mirándome con sus ojos dorados por primera vez desde aquel día de entrenamiento. Desde que había visto a la mujer en su mente.

Las joyas captaron la luz; su color era un recuerdo doloroso de otros ojos en los que trataba de no pensar. Esta daga había marcado mis inicios en la Guardia, mi compromiso de proteger Sídhe.

Era la única parte de esa vida que me quedaba. La única prueba de que Veneno había sido real, de que Laryk me había elegido, de que una vez había pertenecido a un sitio.

Todo aquello se reducía a esta única hoja.

Effie me apartó las manos de los hombros.

—Bueno —dijo con una voz alegre impostada—, supongo que ya es la hora.

—¿Estás lista? —preguntó Aether con voz grave y firme. Sus dedos permanecieron sobre los míos un instante demasiado largo mientras agarraba la daga, y su calidez hizo que me hormigueara el brazo. El arma se sentía familiar en mi mano; el peso era un recuerdo del día que la había recibido en una ceremonia completamente distinta.

—Bueno, quitad esas caras tan largas —instó Effie, rompiendo el hilo de mis pensamientos—. Tenemos una ceremonia a la que asistir. —Pero había algo de amabilidad en su tono, algo parecido al entendimiento.

Vexa se dirigió a la puerta.

—Los vördr estarán esperando. —Se detuvo y se giró para mirarme—. Recuerda lo que te dijimos sobre las verjas. No dudes cuando pases por ellas.

Asentí.

—Vamos —dijo Aether; sus ojos eran ilegibles bajo la luz tenue—. Es la hora.

Agarré con fuerza la daga y lo seguí por el pasillo, donde el peso real de lo que estaba a punto de hacer empezó al fin a calarme.

El vestíbulo se extendía más allá, iluminado por antorchas titilantes que emitían largas sombras contra las paredes de piedra. Seguí a Aether en silencio hasta que llegamos a las puertas de fuera.

—¿No deberías estar con Lael? —pregunté, recordando lo joven que parecía durante el entrenamiento—. Debe de estar nervioso.

—Iré a por él. —Aether no redujo el ritmo—. Después de dejarte a ti.

El crepúsculo grisáceo nos envolvió cuando cruzamos hacia los establos. Nihr aguardaba cerca de la entrada, con su enorme y oscura figura contra el cielo ceniciento. Aether me subió a su lomo; su tacto, breve e impersonal. Y entonces se situó detrás de mí.

—¿Y si yo no soy lo que necesitan? —Las palabras se me escaparon antes de que pudiera detenerlas—. Este reino ya ha sufrido mucho. Si les fallo…

—No lo harás. —Su voz sonaba tranquila pero segura.

—Eso no lo puedes saber.

—Te he observado desde que llegaste. —A pesar de que mantuvo las distancias, algo en su tono cambió—. Podías haber elegido un camino más fácil. Podías haber negado todo lo que eres. Pero, en vez de eso, estás aquí.

—Estar aquí y ser lo que ellos necesitan son cosas muy diferentes.

Cuando Nihr despegó, el fuerte se alejó bajo nosotros. El gris inalterable se extendía en todas direcciones, solo interrumpido por las estructuras de piedra antiguas que emergían del páramo. A lo lejos, una enorme ladera se erguía de la tierra.

Apreté los dedos alrededor de la daga que llevaba en la cadera. Ahora la sentía más pesada, como un ancla a una vida que estaba decidiendo dejar atrás.

—Crees que dejarlos atrás significa traicionarlos —dijo Aether, leyéndome los pensamientos con una precisión inquietante—. A la gente que te importa allí.

—¿No lo es? —Recorrí las esmeraldas con el pulgar—. Me estoy comprometiendo con un reino que consideran enemigo.

—Que te importe el destino de ambos reinos no es una traición. —Movió la mano despacio, con prudencia, hasta que cubrió la mía que estaba agarrando la daga. El contacto fue delicado pero firme—. Puedes luchar por Umbrathia sin volverte contra aquellos que has dejado atrás. No son mutuamente excluyentes.

La calidez de su mano contra la mía parecía tener más significado que sus palabras mientras descendíamos cerca de una entrada excavada directamente en la piedra. El ligero sonido de una multitud reunida se alzaba desde abajo.

Antes de que yo advirtiera que habíamos aterrizado, él ya me estaba bajando de Nihr.

Me hizo un gesto para que lo siguiera. El pasaje se retorcía hacia abajo, iluminado por antorchas que proyectaban nuestras sombras alargadas contra las rugosas paredes de piedra. El sonido de la gente reunida provenía de algún sitio más adelante, pero parecía lejano, separado por capas de roca.

Pronto, el pasaje dio paso a una pequeña antesala. Dos guardias umbra estaban apostados junto a una puerta adornada, y más allá pude oír todo el peso de la multitud.

—Aquí te dejo ya —dijo Aether con voz neutral una vez más—. Cuando griten tu nombre, presenta tu sacrificio.

—Vale. Ve a por Lael.

Clavó los ojos en los míos un último instante, y, durante solo un momento, vi cambiar algo en ellos. Sin embargo, desapareció.

—Intenta no fallar —espetó, y se volvió, dejándome sola.

Los guardias me hicieron un gesto para que los siguiera y me llevaron a una pequeña sala de espera. A través de las paredes de piedra, pude oír los sonidos amortiguados de voces, aunque era incapaz de averiguar lo que estaban diciendo.

La daga esmeralda me pesaba en la mano mientras deambulaba por el diminuto espacio. Nadie me había explicado en realidad lo que debía hacer cuando saliera. «Presenta el sacrificio». Sonaba un poco ridículo y bastante teatral, pero ¿quién era yo para juzgar? Al menos, no me habían pedido mi sangre.

Todavía.

El tiempo se alargó hasta que al fin un guardia abrió la puerta.

—Están listos para recibirte.

Lo seguí por un pasillo corto. Delante, resonaba una voz; me percaté de que era la de Urkin, pero no pude entender las palabras.

El pasillo se abrió en lo que parecía una gigantesca caverna subterránea, excavada en la piedra negra. El espacio inesperado tras el pasaje estrecho hizo que la cabeza me diera vueltas. No obstante, fue el silencio lo que me golpeó primero; una tranquilidad repentina y aplastante que cayó sobre la multitud cuando aparecí.

Cientos de rostros miraron hacia abajo desde las gradas que se alzaban en las sombras. Sentí cómo los ojos reparaban en mi pelo blanco. Algunos se inclinaron hacia delante y hablaron entre susurros con sus vecinos. Otros se limitaron a observar, inmóviles.

En medio de todo, se erguía una especie de altar donde Urkin aguardaba, aún hablando. A su derecha, había una línea de kalfar apostados, participantes tal vez. Los que habían pasado antes que yo. Le titubeó la voz un segundo cuando observó mi apariencia.

Me aferré a la daga con más fuerza y me acerqué. Ni un solo rostro miró para otro lado. Ese instinto antiguo me subió por la espina dorsal. La urgencia de agachar la cabeza, de fundirme con el fondo hasta que desapareciera por completo. Me había pasado muchísimos años perfeccionando esa habilidad.

Sin embargo, esto ya no consistía en esconderse. Esto ya no consistía en permanecer a salvo.

Notaba la daga esmeralda pesada en la mano. Otro ejército. Otro juramento. El recuerdo de la voz de Laryk susurró en mi cabeza. «Eres diferente». Diferente. Él lo había dicho como si fuera un don, pero ahora la palabra parecía una condena. ¿Cuántas veces dejaría a otros decidir lo que significaba esa diferencia?

Me aproximé al altar, intentando centrarme en la tarea simple de andar sin tambalearme. Alcé la vista hacia los otros participantes, que tenían los rostros ahora lo bastante cerca como para reconocerlos. Muchos portaban una máscara ilegible, pero luego vi a Lael. Parecía mucho mayor de lo que debería. Llevaba el cabello negro recogido hacia atrás y el mismo uniforme de cuero que el resto de nosotros. Hicimos contacto visual durante un instante, y habría jurado que esbozó una sonrisa.

—¿Te presentas para afrontar el strykka? —La voz de Urkin resonó por la habitación, danzando por las paredes.

—Sí —susurré, sintiendo el peso de toda la estancia.

—Presenta tu sacrificio. —Posó la vista en mí, y noté que frunció un poco las cejas. Aún no le inspiraba confianza.

Alcé la daga; su peso familiar en mi palma me mandó una oleada de recuerdos. Recordé cómo a Laryk le habían resplandecido los ojos esmeraldas con satisfacción el día que vio que me la amarraba al pecho. Un arma forjada en las mejores llamas de Sídhe, preciosa y mortal. Había sido mi primera posesión real como miembro de la

Guardia, algo que me señalaba como a una de ellos. Un símbolo de que pertenecía a un sitio, de que era más que solo una extranjera marcada. Ahora, depositarla en este altar me parecía cortar otro vínculo con mi antigua vida. Una que no estaba ni siquiera segura de querer dejar atrás.

Solté la daga en el altar, observando cómo las esmeraldas captaban la luz tenue una última vez, y me obligué a apartar la mano.

Urkin se giró para dirigirse a la multitud; su voz destilaba una autoridad que parecía llenar cada rincón de la caverna.

—Ante nosotros se encuentran aquellos que darían todo por servir a Umbrathia. En tiempos pasados, el strykka era un camino a la gloria, una manera de probar la valía de uno. —Hizo una pausa y paseó la vista por los nobles reunidos y los líderes militares—. Pero, ahora, como nuestro reino se enfrenta a su mayor desafío, estas valientes almas se ofrecen por algo más oscuro: la supervivencia de nuestro reino.

El peso de sus palabras caló en la habitación. Incluso los susurros se extinguieron.

—Nos esperan tres pruebas —continuó—. El combate, para evaluar la fuerza. La observación, para medir las ataduras. Y, por último, para aquellos que se consideren dignos, el propio Vacío. Si algún candidato completa las primeras dos rondas con éxito, se le dará a elegir. Entrar al Vacío o colocarse en el escalafón más alto de la unidad para la que mejor sirvan. La Unidad Médica. La Unidad Archivística. El Regimiento de Exploradores. O los centinelas. —La voz se le volvió afilada y llena de orgullo—. Los que salgan del Vacío marcados por las sombras se convertirán en algo mayor. Ascenderán más allá de lo que cualquier kalfar podría imaginar. Nuestro reino tal

vez esté sufriendo, pero nuestros guerreros, nuestros umbríos, son los que nos mantienen unidos. Son los que nos dan esperanza.

Ahí fue cuando lo oí: un movimiento en algún lugar a mis espaldas, un cambio en la energía de la multitud. El silencio adquirió una naturaleza distinta, tensa y eléctrica. Hasta los ojos de Urkin miraron más allá de mí y se centraron en algo cerca de la entrada por la que había pasado.

Me percaté de que muchos miembros del Consejo se removieron incómodos en sus asientos. Urkin apretó la mandíbula, pero mantuvo la compostura. Al final, me giré. Se me heló la sangre.

Valkan, el lord de Draxon en persona, se encontraba allí. Se desató un murmullo entre la multitud cuando se acercó. Le lanzó a Urkin una sonrisa malvada mientras se colocaba delante del altar con lo que parecía un diamante ensangrentado en la mano y lo dejaba caer en la superficie.

—Me presento para el strykka —soltó con una voz capaz de mandar a miles. Se hizo el silencio en la sala una vez más, y habría jurado que a Urkin le iba a reventar una vena del cuello. Dirigió la vista hacia uno de los palcos elevados mientras una expresión de sorpresa le crecía en los rasgos.

Valkan se encogió de hombros y caminó hasta el espacio vacío a mi lado. Me recorrió un escalofrío cuando sentí que se inclinaba hacia mí.

—De cerca eres aún más guapa.

CAPÍTULO 17

Aether me agarró del brazo en el instante en el que abandonamos la superficie de la arena y me condujo a un corredor con poca iluminación. Todavía me iba el corazón a mil por la aparición de Valkan, por el peso de lo que acababa de ocurrir. Antes de que pudiera protestar, él ya estaba tirando de mí a través de pasillos zigzagueantes; iba tan deprisa que me costaba seguirle el ritmo. Doblamos una esquina y, allí, en un rincón oculto, nos aguardaban ya Rethlyn, Vexa y Effie con las mandíbulas apretadas por la tensión.

—Los Skaldvindr —espetó Effie, caminando por el estrecho espacio—. Han tenido que ser ellos. Mis padres dicen que dudaban, pero jamás creí que…

—No se atreverían —intervino Vexa, aunque la incertidumbre resonaba en su voz—. No sin el respaldo de las otras casas.

—Lo harían si estuvieran lo bastante desesperados. —Aether tenía la voz mortalmente tranquila, pero no había aflojado el agarre sobre mi brazo—. La sequía se ensañó mucho con sus tierras el último mes.

Miré a unos y a otros, tratando de captar las implicaciones.

—¿Cómo es posible que el voto de una sola familia lo cambie todo?

—Porque los Skaldvindr no actúan solos —respondió Effie—. Tienen aliados. Viejas alianzas. —Le lanzó una mirada significativa a

Vexa—. Y ahora Valkan tiene justo lo que quería, una oportunidad de demostrar su valía al reino. Debemos hablar con lord Skaldvindr —añadió Effie, dirigiéndose ya hacia el corredor que conducía a los niveles superiores—. Antes de que se marche.

—¿Y decirle qué exactamente? —La voz de Vexa sonaba afilada por la frustración—. Sus tierras se marchitan. Su gente se muere de hambre. Valkan le ha ofrecido la salvación.

—¿Por qué no lo matáis y ya? —Las palabras se me escaparon antes de que pudiera pararlas—. A Valkan. Y así le ponéis fin antes de empezar.

El silencio que se produjo fue ensordecedor. Hasta Effie dejó de caminar.

Al fin, Aether aflojó los dedos de mi brazo y se giró para mirarme.

—¿Te crees que no lo hemos considerado? —Su voz sonaba grave, peligrosa—. Con la influencia de Valkan…

—El reino entero colapsaría —terminó Vexa—. La mitad le echaría la culpa a la Corona; y la otra, buscaría culpables en todos. Tendríamos una guerra civil en cuestión de días.

—Y el ejército de Draxon caería sobre Ravenfell antes de que se enfriara su cuerpo —añadió Effie; un escalofrío la recorrió—. Sus seguidores… son unos fanáticos. Arrasarían con el reino.

—Los Skaldvindr a lo mejor se atienen a razones —sugirió Aether, aunque su tono indicaba que no lo creía—. Si vieran pruebas de que existe otra forma…

—¿Pruebas? —A Effie se le iluminaron los ojos de repente—. Las tenemos. Tenemos a una duskbound. —Se volvió hacia mí con una expresión calculadora en los ojos—. Si lord Skaldvindr viera lo que es capaz de hacer…

—Demasiado arriesgado —la interrumpió Aether, pero Vexa ya estaba asintiendo.

—No, lleva razón. Los Skaldvindr ya abandonaron la causa de Valkan una vez porque pensaron que el poder de la reina nos salvaría. Si supieran que tenemos a otra duskbound…

—Su palco está en la sección alta —dijo Effie, moviéndose—. Si nos damos prisa…

—Esto es un error —gruñó Aether, pero fue detrás sin apartarse de mi lado mientras subíamos las estrechas escaleras hacia los palcos privados de las casas nobles.

Sentí una opresión en el pecho a cada paso; la visión se me emborronó en las comisuras. Hablaban de mí como si yo fuera algún tipo de solución…, la solución. Pero ¿y si fracasaba? ¿Y si no lograba ser lo que necesitaban? ¿Y si ambos reinos caían por mi culpa?

Los pasillos de las plantas superiores eran más grandes y estaban flanqueados por puertas grabadas con los escudos de armas familiares. Se escuchaban unas voces a través de las paredes; sus tonos eran apremiantes. Nunca había visto a Effie tan preocupada ni caminar tan deprisa.

—Aquí —susurró ella, y se detuvo ante una puerta grabada con el blasón de unas enredaderas espinosas alrededor de una luna creciente—. Lord Skaldvindr siempre se va antes para evitar…

La puerta se abrió y de ella salió un hombre alto, el mismo que había visto en la asamblea. El que llevaba un traje negro con bordado plateado, el mismo que vestía esta noche. Se paró al vernos; primero entrecerró los ojos ante Effie y, acto seguido, los puso sobre mí con un interés profundo y repentino.

—Lady Eirfalk —dijo con suavidad—, qué… inesperado placer.

—Lord Skaldvindr —Effie levantó la mirada al hombre—, tenemos que hablar contigo.

—Me temo que tengo otras obligaciones…

—Sobre tu voto —intervino Vexa.

La expresión del hombre se endureció de momento.

—No creo que las decisiones políticas de mi familia incumban a la Umbra. —Paseó la mirada sobre nuestro grupo con calculado rechazo—. O a prisioneras extranjeras.

Aether se adelantó unos pasos con el cuerpo ahora rígido, ocupando la puerta en su totalidad mientras Skaldvindr daba unos cuantos traspiés hacia atrás.

—Es una duskbound —murmuró en un registro tan bajo que casi no escuché sus palabras.

Un destello de emoción le cruzó la cara al noble, demasiado rápido para interpretarla.

—Ah, ¿sí? —Su voz destilaba escepticismo—. Qué oportuno. Justo cuando Valkan nos obliga a actuar, vosotros proponéis otra solución.

—Has visto lo que hacen sus damphyre —lo presionó Effie—. Lo que son. ¿De verdad esa es la salvación que quieres para tu pueblo?

Lord Skaldvindr apretó la mandíbula. Durante unos segundos, se percibió el conflicto en sus ojos.

—Lo que quiero —repuso con cuidado— es mantener a mi pueblo con vida. Las tierras de Valkan aún producen cosechas. Su gente todavía tiene esencia. Mientras que el resto de nosotros… —gesticuló con aspereza a nuestro alrededor, hacia el crepúsculo que había más allá de las ventanas— nos morimos. Todos. ¿Queréis que ignore una solución solo porque os parece desagradable?

—Te estamos proponiendo una alternativa —replicó Vexa.

—Lo único que me estáis proponiendo son palabras. Y, como quizá recordéis, no confío demasiado en que las tradiciones de este reino sean sagradas. —Su voz se volvió cortante—. Probadlo. Demostradme el supuesto poder de esta duskbound. Demostradme que vale más que la ayuda inmediata de Valkan. —A continuación, me observó directamente a mí, y sentí que el peso de su mirada me

ahogaba—. Demuéstrame que eres más que otra decepción de la Umbra.

Se me cerró la garganta. Las paredes parecieron estrecharse, las sombras de los bordes de mi visión se hicieron más grandes. Todo lo que habían dicho de Valkan, de la desesperación del reino, de lo que sucedería si conseguía más poder…, se me vino encima a la vez. Y ahora este noble me estaba mirando y esperaba que demostrara que merecía que me eligiera a mí antes que al monstruo que podría salvar a su pueblo.

—Yo… —La palabra se me quedó atascada en la garganta. Sentí una presión en el pecho. Respiraba de forma entrecortada. La habitación empezó a dar vueltas.

—¿Fia? —La voz de Vexa sonaba lejana.

—Necesito… —retrocedí un paso—. No puedo…

Skaldvindr le dedicó a Aether una última mirada mordaz antes de cerrar de un portazo.

—¡Aether! —La voz de Urkin rugió desde el otro lado del pasillo, haciendo que me encogiera de miedo.

—Necesito aire —jadeé—. Tengo que ir…

—Llévatela —ordenó Aether, mirando a Rethlyn. Algo ocurrió entre ellos, algún tipo de entendimiento tácito—. Nosotros nos encargamos.

Rethlyn reemplazó la mano de Aether en mi brazo con la suya con más gentileza, pero con el mismo apremio, mientras me conducía lejos de los palcos de los nobles. Los corredores se sucedieron en un borrón y se me nubló la visión en los bordes. Me faltaba el aire. No podía pensar con el rugido en mis oídos.

Atravesamos una puerta lateral y salimos al aire libre, donde la luz gris del crepúsculo nos sorprendió después de los pasillos poco

iluminados. Las piernas me cedieron y me derrumbé contra el muro de piedra, deslizándome hacia abajo hasta que toqué el suelo.

—Déjame… —comenzó a decir Rethlyn mientras avanzaba hacia mí.

—No —jadeé, alzando la mano—. No uses tu atadura. No intentes calmarme. —Se me quebró la voz.

Sin embargo, el pánico no aflojaba las garras. El pecho se me oprimió hasta que cada respiración se volvió una batalla y empecé a ver puntitos. Entonces, algo cambió. Una sensación me atravesó, como si me vaciaran las entrañas.

—¿Fia? —preguntó Rethlyn con tono vacilante.

El horror me paralizó cuando lo sentí empezar. Las sombras comenzaron a derramarse de sus quemaduras del Vacío, pero no como había ocurrido con Vexa antes. Esto era violento. Hambriento. Se retorcieron en el aire hacia mí como si se vieran atraídas por ganchos invisibles.

—¿Qué pasa? —La voz me salió estrangulada mientras la oscuridad se adentraba en mi interior. Intenté moverme, romper cualquier conexión que se hubiera creado, pero el cuerpo no me respondía—. Haz que pare… No puedo…

—¡Fia! —El grito de Rethlyn me dio pavor. Trató de alejarse, aunque permaneció quieto en el sitio; las sombras salían de él con más rapidez ahora. Noté su miedo entremezclado con el mío, lo sentí debilitarse a cada segundo.

«¡Para, para, para, para!», me chillaba mi mente, pero mi cuerpo solo absorbía con más fuerza. La oscuridad estaba por todas partes, inundándome los pulmones, ahogándome. No podía ver, no podía respirar, no podía decir dónde terminaba yo y dónde empezaban las sombras.

La garganta se me desgarró en un grito justo cuando una luz dorada estalló y atravesó la oscuridad. Unas manos fuertes me agarraron de los hombros, y la voz de Rethlyn se abrió paso a través de mi miedo:

—Basta.

Y entonces, en un instante, se me detuvo el corazón y una neblina comenzó a extenderse por mi mente, perdiéndose despacio en la oscuridad. Pero la sensación se esfumó tan rápido como llegó, y el terror se apoderó de mí de nuevo, aunque ahora yo estaba al mando. Las sombras regresaron a Rethlyn con tal fuerza que los dos chillamos. Me derrumbé hacia delante, con arcadas y el cuerpo entero temblándome. Había usado su atadura, y no podía culparlo precisamente.

—¿Rethlyn? —La voz me tembló mientras lo veía sentarse a duras penas—. ¿Por qué pareces…? ¿Te duele algo?

Se las arregló para levantar la cabeza, y el agotamiento de sus ojos me revolvió el estómago.

—Compartir sombras es una cosa —contestó él, suspirando—, pero acabas de extraérmelas. Parece que me las has arrancado de los huesos.

Una nueva oleada de pánico me recorrió al darme cuenta de que había sentido su dolor. Esos fragmentos de emociones que se entremezclaban con las sombras… habían sido suyos. Retrocedí a trompicones hasta que toqué el muro con la espalda, intentando poner la máxima distancia posible entre los dos.

—No sabía que pudiera… —Se me quebró la voz—. No pretendía…

—Lo sé. —Hizo una mueca cuando se removió—. A veces, cuando estamos desesperados, recurrimos a ellas.

—Lo siento —murmuré.

Dio un paso hacia mí, pero se detuvo, con la preocupación pintada en la cara. Tras unos segundos, al final se sentó junto a mí, lo bastante cerca para tocarnos, aunque sin llegar a hacerlo. Permanecimos sentados en silencio mientras me centraba en respirar, en sentir la piedra fría contra las palmas, en el sonido lejano de las alas de algún vördr batiendo contra el viento.

—¿Sabes? —dijo Rethlyn por fin; su voz era más suave de lo que la había escuchado nunca—. Yo te vi. En Sídhe.

Giré la cabeza un poco, confundida por el repentino cambio de tema.

—El modo en el que manejaste esas sombras…, absorbiéndolas, dominándolas a semejante escala sin entrenamiento… —Sacudió la cabeza; había algo parecido al asombro en su expresión—. Hasta a un dominador experimentado le costaría hacerlo con ese tipo de poder bruto. Pero ¿tú? Te… adaptaste sin más. Como si siempre hubieran estado destinadas a ti.

—Estuve a punto de perderme —susurré, acordándome de la oscuridad que había amenazado con consumirme.

—Pero no lo hiciste. —Escogió una piedrecita y le dio vueltas entre las manos—. Eso es lo que pasa con el poder; no se trata de controlarlo a la perfección. Se trata de decidir seguir luchando aun cuando parece imposible.

Me llevé las rodillas al pecho, sintiéndome de pronto muy joven.

—Todo es distinto ahora. Mi vida. Me he pasado mucho tiempo… escondiéndome. De todos. De mí misma. —Se me hizo un nudo en la garganta—. Jamás he querido nada de esto. Las expectativas, la presión. Ser la clave para detener una guerra cuya existencia ni siquiera conocía.

Rethlyn se quedó callado un rato.

—Tengo una hermana —dijo al fin—. Es todo lo que mis padres siempre han querido. Domina la medicina; tiene una atadura perfecta, una vida perfecta. —Una sonrisa burlona se le dibujó en los labios—. Y, en cambio, yo no sé para qué sirve mi atadura. Soy la oveja negra que hace sentir a los demás cosas que no desearían.

—¿Qué cambió?

—Dejé de intentar ser lo que ellos querían. Encontré a gente que me veía, que me veía de verdad. —Lanzó una mirada a la entrada de la que habíamos salido—. La Umbra me dio un propósito, pero, aparte de eso, me dio un hogar. Uno al que la insensibilidad no puede llegar.

Sabía lo que era eso. Lo había tenido siempre con Osta y luego cuando apareció Ma. Y las había querido en serio. Aunque la primera persona que de verdad me había visto, que de verdad había visto que podía ser algo más, había sido Laryk. Él creía que podía ser algo extraordinario.

Por todos los Esprithe, ¿qué pensaría de mí ahora? Me habían capturado, claro, pero no me habían obligado a adentrarme en el strykka. Lo había elegido yo. Había decidido completarlo, demostrar mi valía a la Umbra. Cada paso había sido decisión mía.

Y Laryk estaba fuera en algún sitio. Negándose a abandonarme.

Mientras que yo ayudaba activamente a su enemigo.

Rethlyn se giró entonces para mirarme bien.

—No se trata de demostrarles que se equivocan, ¿sabes? Se trata de demostrarte a ti misma que vales. Que siempre lo has hecho.

Las palabras tocaron algo muy profundo dentro de mí. Pensé en el poder, en la chica que se había pasado semanas mirando por la ventana, insensible a todo. Pero antes de eso, antes de la Umbra, había estado años ocultándome en Sídhe. Años conteniendo mi

poder, haciéndolo pequeño, más normal. Años fingiendo ser algo que no era, porque la alternativa daba mucho miedo afrontarla.

Y entonces las sombras me encontraron. En ese momento en Emeraal, cuando la oscuridad brotó de mis venas, debió de haberse sentido mal. Extraño. En su lugar, lo había sentido como despertar. Como si una parte de mí que había estado dormida hubiera abierto al fin los ojos.

—Tengo miedo —admití.

—Bien —replicó Rethlyn—. Eso significa que comprendes lo que está en juego. —Se levantó, sacudiéndose la ropa antes de tenderme una mano.

La acepté y dejé que tirase de mí para ponerme de pie. Mi respiración había vuelto a la normalidad, aunque todavía sentía una presión en el pecho. Aun así, algo había cambiado; una pequeña semilla de certeza había echado raíces bajo todo lo demás.

Como si hubiera anticipado mi angustia, las alas de Tryggar salieron de detrás de la montaña, batiendo contra el viento con furia. Poco después, aterrizó sobre la plataforma y vino trotando hacia mí.

—¿Crees que serás capaz de manejarlo tú sola? —preguntó Rethlyn.

—¿Puedo? —Lancé una mirada vacilante por encima del hombro cuando Tryggar me dio un empujoncito.

—Creo que ya hemos dejado atrás todo este tema de ser prisionera —contestó con los ojos fijos en mí un segundo más antes de volver adentro.

CAPÍTULO 18

—Al final, la defensa siempre sale ganando —dijo Vexa, ajustándome las correas del uniforme de cuero. Nos encontrábamos en una sala de preparación poco iluminada; las paredes de roca antigua amortiguaban los sonidos de la multitud—. No ataques hasta que los hayas cansado. Los centinelas están entrenados para durar más que sus oponentes; aguardarán a que tú cometas el primer error.

Asentí, tratando de memorizar cada palabra. En unos pocos minutos, ya no tendría sus consejos. O los de cualquiera de ellos.

—Recuerda —prosiguió—, los generales no solo buscan victorias. Quieren ver control. Disciplina. —Clavó sus ojos violetas en los míos —. Tienes las habilidades. No dejes que ellos perciban tu miedo y ya está.

—O tu atadura —añadió Effie desde donde se encontraba apoyada en la pared—. Son muy estrictos con eso en particular.

—Tenemos que irnos. —La voz de Rethlyn cortó la tensión. Se hallaba sentado en un saliente de piedra que se extendía a lo largo de la pared de la sala—. Están a punto de comenzar las pruebas.

Algo pasó entre Vexa y él, una mirada que no pude interpretar. A continuación, Vexa me dio un apretón en el brazo una última vez.

—Muéstrales de lo que estás hecha.

Rethlyn se quedó apoyado en la puerta. La mirada en su rostro parecía comprensiva.

—Te irá bien —dijo, dedicándome una ligera sonrisa.

—Aether está con Lael, ¿no? —pregunté.

—Claro.

Suspiré. Algo en ese hecho hizo que se me calmara el corazón acelerado.

Rethlyn me dirigió una última mirada antes de salir. A través de la puerta, pude oír otras voces ahora, las de los otros candidatos que llegaban.

Volvíamos a estar en la montaña, pero la habitación de antes se había transformado. Donde se había erigido el altar, ahora se alzaba una arena de combate. Había un público sentado más arriba, mirando hacia abajo con expresión de entusiasmo.

Por encima de la pista principal, se habían colocado cuatro sillas en una plataforma elevada. Los generales umbra se sentaban allí: Urkin en el centro, con el rostro esculpido en piedra, flanqueado por la general Taliora de la Unidad Médica y Talon de la Unidad Archivística. En la cuarta silla, se encontraba un hombre que no reconocí, aunque sabía por los consejos que me había susurrado Vexa la noche antes que debía de ser el general Karis del Regimiento de Exploradores. Me había contado que podría convertirse en un aliado poderoso si me las arreglaba para impresionarlo hoy.

—Tenemos tiempo antes de que empiecen —comentó Lael, colocándose a mi lado en uno de los bancos de la zona de espera—. Siempre nos hacen esperar. Uma dice que aumenta la tensión. —Trató de esbozar una sonrisa, pero más bien le salió una mueca.

—¿Cómo lo llevan Uma y Carden? —pregunté, agradecida por la distracción—. Lo de entrenar sin ti.

—Ah, Uma está convencida de que podría encontrarse aquí ahora mismo si la dejaran. —Su sonrisa se volvió más genuina—. Carden por lo menos finge tener paciencia. —Se le suavizó la expresión—. Aunque Aether dice que ambos estarán listos en unos cuantos años. Y que Uma tiene madera de luchadora de verdad, si es que aprende a concentrarse.

—¿Eso ha dicho Aether? —Contuve una sonrisa, pensando en la energía ilimitada de Uma.

—Sí —contestó Lael, bajando la voz—. A ver, sé lo que la gente dice de él. No obstante, ellos no lo ven enseñar a Carden cómo caer en condiciones o pasar tiempo extra ayudando a Uma con sus formas. Nadie más lo hace. —Agarró un hilo suelto de su atuendo—. Después de que mis padres… Cuando me encontró en Croyg…, no tenía por qué ayudarme, pero lo hizo.

—Soy Kenna —intervino una voz. Una mujer se había acercado—. Siento interrumpiros, pero estar sola me resulta un poco… —miró a una de las zonas de práctica donde Valkan estaba ejecutando en ese momento formas de combate con sus guardias personales— incómodo.

Un hombre alto se encontraba en una esquina del grupo, y sus ojos agudos nunca se quedaban en un lugar demasiado tiempo.

—Theron —espetó con un tono cortante, aunque no hizo ningún movimiento para acercarse.

—No eres muy sociable, ¿no? —le preguntó Kenna con un deje de diversión.

Su única respuesta fue dirigir la mirada a otra esquina de la habitación, como si estuviera catalogando cada sombra.

Entonces, un chico joven dio un paso adelante y habló tan bajito que tuve que inclinarme para oírlo.

—Soren —dijo y, a continuación, señaló con el mentón a la chica que no había dejado de moverse desde que había entrado en la estancia. Esta tenía el pelo recogido hacia atrás tan tirante que parecía tensarle el cuero cabelludo—. Y esa es Mira. Venimos juntos.

El saludo de Mira fue solo una ligera pausa en su paseo.

—¿Dónde entrenabais? —preguntó Kenna, recogiéndose un mechón suelto de pelo ónice detrás de la oreja. Su pregunta parecía casual, pero había algo más mordaz debajo.

—Por ahí —contestó Soren a la ligera. Tenía las manos callosas, aunque precisas en sus movimientos, como alguien acostumbrado al trabajo minucioso—. Últimamente, dondequiera que encontrábamos refugio.

El paseo de Mira la llevó más cerca del grupo. Tenía las botas casi desgastadas por completo, con el cuero agrietado y manchado.

—No todos tenemos el lujo de entrenar como es debido —soltó con voz áspera.

Me percaté de que la sonrisa de Kenna disminuyó un poco.

—No —respondió tras un instante—. Supongo que no.

Theron bufó, y el sonido hizo que desviara la atención hacia él. Se había colocado contra la pared, con un hombro contra la piedra como si estuviera listo para saltar en cualquier momento. A pesar de su altura, había algo casi delicado en su semblante.

—Entrenar como es debido ya poco importa —soltó. Tenía los ojos clavados en algo más allá de nosotros, y todos nos giramos para ver.

Otro hombre se acercó; parecía tener unos veinticinco años. Su cabello negro era largo por arriba, pero estaba afeitado a los lados. Nos dirigió a todos una mirada curiosa antes de clavar los ojos en mí.

—Raven. —Asintió antes de sentarse.

En el cuadrilátero de práctica, Valkan se había quitado su chaqueta formal. Incluso desde aquí podía verle la palidez antinatural de la piel, la forma en la que los músculos se le movían con mucha fluidez mientras entrenaba con su guardia. Había algo extraño en ello, algo que hizo que se me encogiera el estómago.

—Dicen que todo su regimiento lucha así —murmuró Kenna, a la que le entró un escalofrío—. Como si ni siquiera sintieran dolor.

—Es cierto. —La voz de Mira cortó el aire como el acero. Al fin detuvo el paseo, con su esbelta figura cargada de tensión—. Los he visto.

Nos quedamos todos en silencio unos segundos.

—Mi hermana… —empezó a contar Soren, y luego se detuvo y se pasó una mano por los rizos morenos— solía decir que había cosas peores que morir. —Había bajado tanto la voz que casi ni me enteré.

—¿Solía? —preguntó Kenna.

Pero Soren se limitó a sacudir la cabeza con los hombros un poco encorvados.

—Mirad —interrumpió Lael; era evidente que intentaba cambiar de tema—. Los centinelas están comenzando a calentar. —Señaló con la cabeza los otros cuadriláteros de práctica donde figuras ataviadas de negro se movían en formas de combate.

Estudié sus movimientos, tratando de memorizar cada postura, cada transición. Estos eran los soldados a los que debíamos enfrentarnos. Algunos tenían cicatrices visibles; otros se movían con signos reveladores de lesiones antiguas. Todos se desplazaban con esa clase de confianza que debería ser intimidante, pero, por algún motivo, había un toque de… algo, tal vez tristeza, en sus movimientos.

—Están más lentos de lo normal —observó Theron; su tono analítico traicionó su más que distendido interés—. La sequía

también les afecta a ellos.

—Pareces saber mucho sobre su estilo de lucha —apuntó Kenna, arqueando una ceja.

Algo le cruzó el rostro a Theron, demasiado rápido para leerlo.

—Me dedico a saber cosas.

Al otro lado de la arena, Valkan enfocó los ojos blanquecinos en nuestra dirección. A pesar de que seguía ejecutando sus formas, había algo depredador en el modo en el que dirigió la atención a nuestro grupo. Sus guardias personales eran un borrón en movimiento a su alrededor; sus pieles compartían el mismo brillo.

—Deja de mirar —masculló Raven—. Le gusta.

—¿Y cómo sabes eso? —inquirió Kenna, pero su sonrisa ensayada se había desvanecido por completo.

Antes de que Raven pudiera contestar, el sonido metálico del acero contra la piedra resonó por la habitación. Uno de los centinelas había golpeado con el arma el filo de la arena. La sala se quedó en silencio mientras los últimos nobles ocupaban sus asientos arriba.

—Por fin —dijo Mira en voz baja, pero reparé en que le temblaban un poco las manos.

Alcé la vista hacia la plataforma en la que se sentaban los generales. Urkin tenía un rostro ilegible, como si inspeccionara a los candidatos, pero había algo evaluador en la mirada del general Karis cuando paseó la vista por nosotros. Un hombre con ropa de Archivística se acercó con una bolsa de tela negra.

—Bueno —susurró Kenna, enderezando los hombros—, supongo que estamos a punto de descubrir quién está listo para esto de verdad.

La mano de Lael encontró la mía y me dio un apretón antes de soltarla. Cuando lo miré, en su rostro se podía ver la determinación.

En ese momento, ya no parecía el chico que Aether había rescatado, sino alguien mayor.

Estaban a punto de sacar el primer número.

Urkin se puso de pie, y su voz inundó la habitación.

—Candidatos, un paso adelante.

Formamos una línea delante de la plataforma de los generales; nuestras sombras se alargaban detrás de nosotros bajo la luz de las antorchas. El archivista recorrió la fila con su bolsa de tela negra. Kenna metió la mano primero, y su aplomo se tambaleó un poco cuando extrajo una piedra al azar. Se le escapó un pequeño suspiro de alivio cuando la miró.

A continuación, le acercaron la bolsa a Theron. Su naturaleza estoica jamás flaqueó cuando seleccionó su piedra, a pesar de que me percaté de que tensó la mandíbula al ver el número, fuera el que fuera. Mira sacó la suya a toda prisa, como si se estuviera quitando una venda, mientras que a Soren pareció temblarle la mano al meterla dentro.

Cuando me tocó a mí, sentí la tela áspera contra los dedos. Saqué una pequeña piedra negra con la superficie suavizada por los años de uso. Tenía tallado el número tres en la parte superior. Se me hizo un nudo en el estómago, pero al menos no sería la primera.

Lael era el último en la fila antes de Valkan. Sus dedos se aferraron a la piedra con determinación, pero vi cómo se le fue todo el color de la cara cuando vio el número.

Uno.

Le tocaba empezar.

Lael descendió a la arena. La centinela lo rodeó despacio, como si estuviera probándolo, observando cómo iba a manejar la presión de su acercamiento.

Durante un instante, ninguno de los dos se movió. Cuando la centinela atacó, fue tan rápida que casi me lo perdí. Dirigió el puño a la cara de Lael, pero él ya se estaba moviendo, esquivando el golpe. Se alejó con un giro, manteniendo la distancia y sin cruzar los pies en ningún momento mientras se desplazaba.

La centinela curvó un poco los labios.

Avanzó hacia delante, obligando a Lael a retroceder unos pasos con una serie de golpes rápidos. Él los bloqueó todos; sus movimientos eran precisos pero defensivos. Casi pude oír la voz de Vexa: «Deja que se cansen. Espera el momento adecuado».

Ella le lanzó una patada hacia las piernas. Lael saltó y usó el impulso para poner distancia entre ellos. Inteligente. No obstante, la centinela ya lo había anticipado. Su siguiente golpe fue directo hacia el hombro de él y lo hizo trastabillar hacia atrás. La multitud situada por encima de nosotros murmuró.

Lael se recuperó rápido y rodó con el impacto. Cuando se levantó, tenía los ojos agudos y concentrados. El chico nervioso de hacía unos instantes se había esfumado.

El siguiente ataque de la centinela fue un amago, un puñetazo que transformó a mitad de camino en un codazo. Sin embargo, Lael lo vio venir. Se metió dentro de su guardia, un movimiento que me recordó a Aether, y usó su propio impulso contra ella. La centinela cayó al suelo con dureza.

Durante un segundo, nadie se movió.

La centinela se enderezó poco a poco. Se limitó durante unos minutos a observarlo. Entonces, asintió en un gesto cortés y respetuoso y dio un paso atrás.

—¡Suficiente! —La voz de Urkin resonó—. Bien luchado, ambos.

Lael relajó los hombros, aliviado. Mientras salía de la arena, pude ver cómo le temblaban las manos. Pero lo había hecho. Había

ganado.

—Candidato Theron —gritó Urkin—. Eres el siguiente.

Theron luchó con una precisión extraña, como alguien que hubiera estudiado combate en vez de vivirlo, como si fuera una actividad académica. Cuando ganó al final, no hubo ni una pizca de emoción en el rostro, solo un leve asentimiento, como si confirmara algo que ya sabía.

—Extranjera. —La voz de Urkin se hizo eco por la habitación—. Un paso adelante.

Con el corazón martilleándome en el pecho, descendí a la arena. La pared del techo abovedado parecía más alta desde aquí abajo; los rostros de los nobles eran un borrón oscuro arriba. El centinela que se adelantó era distinto de los otros: más alto, más fornido, con cicatrices salpicadas por el cuerpo.

—El comandante Darius lidera nuestro entrenamiento de combate —anunció Urkin con una voz afilada—. Se ha ofrecido amablemente a evaluar a nuestra… candidata extranjera.

El silencio que siguió se sintió más pesado que antes. Observé la mirada de preocupación de Lael desde arriba y los labios de Kenna apretados en una dura línea. Incluso Valkan tenía los ojos blanquecinos fijos en el foso con renovado interés.

Me llamó la atención un movimiento en las sombras del nivel superior. Vexa agarró a Aether por el brazo, con el rostro tenso de la preocupación mientras susurraba con urgencia. Incluso a esta distancia, pude percibir la tensión en la mandíbula de Aether, la manera en la que sus ojos se volvieron agudos y peligrosos. Los labios de Effie se movían con rapidez, pero, fuera lo que fuera lo que le estaba diciendo a Aether, solo hizo que la expresión de él se oscureciera más.

Me obligué a mantener la respiración estabilizada, recordando todo mi entrenamiento. No obstante, cuando Darius comenzó a rodearme, silencioso y letal, me percaté de que, por mucho que hubiera entrenado, nunca habría estado preparada para esto.

—Empezad.

Darius atacó como una víbora, sin darme tiempo a pensar. Apenas conseguí bloquear su primer puñetazo; el impacto me recorrió el brazo como una descarga. Me estaba probando, pero no como los otros centinelas habían hecho con sus oponentes. Esto era diferente.

Giré para alejarme de su siguiente golpe, intentando poner distancia, pero él siguió sin compasión alguna. Cada movimiento fluía hacia el siguiente, sin dejar espacio para el error ni para respirar. Me ardían los brazos por bloquear los puñetazos que parecían ser capaces de hacer añicos una piedra.

La siguiente combinación de Darius me hizo retroceder. Me agaché cuando me lanzó un puñetazo que podría haberme dejado inconsciente; su fuerza silbó al pasar junto a mi oído. Conectó el puño con el aire vacío donde había estado mi cabeza, y el sonido de sus nudillos crujiendo resonó por toda la habitación como si fueran huesos rompiéndose.

Me di cuenta de que iba a matarme. O acercarse tanto como pudiera sin cruzar la línea de verdad. Esto no era una prueba; era un mensaje.

No podía respirar. Cada vez que trataba de poner distancia, ahí estaba, con golpes cada vez más rápidos, más fuertes. Los brazos me pesaban como el plomo; los músculos me gritaban de dolor por evitar sus puñetazos.

La siguiente combinación fue demasiado rápida para seguirla. Una finta se convirtió en un codazo que me dio en la sien. El mundo se inclinó hacia un lado. Me tropecé, intentando recuperar el equilibrio,

pero él ya estaba allí. Dirigió la rodilla a mis costillas con una fuerza aplastante. El impacto me vació el poco aire que me quedaba en los pulmones.

Sentí cómo la telaraña se me enroscaba alrededor de la columna vertebral, actuando por su propia voluntad, entrelazándose y enroscándose, desesperada por protegerme. No obstante, no podía dejarla a sus anchas. Un desliz, perder el control un solo segundo, y me descalificarían. Empleé hasta mi última pizca de fuerza para obligarla a que retrocediera, para contenerla. Sin embargo, ese momento de distracción fue todo lo que Darius necesitó.

Vi venir el golpe final, pero no fui capaz de moverme lo bastante rápido para evitarlo. Su puño conectó con mi mandíbula, y la oscuridad explotó detrás de mis ojos. Lo último que recuerdo fue la piedra fría contra la que caí y luego nada de nada.

CAPÍTULO 19

Me encontré en un banco de piedra de lo que parecía un patio con jardín. El lugar estaba cercado con muros altos cubiertos de enredaderas trepadoras. Unos senderos de grava serpenteaban entre lechos cuidados de rosas y plantas, todos dispuestos en torno a una fuente central. Unos arcos de piedra conectaban diferentes secciones del jardín; sus superficies, erosionadas debido a los años de lluvias. El sol de última hora de la tarde arrojaba sombras alargadas por los senderos, y una brisa helada llevaba el aroma de las flores de lavanda.

Alguien se sentó a mi lado, aunque no podía volver bien la cabeza para ver de quién se trataba. A través de la arcada de delante, reconocí al instante a una mujer, la misma chica de mi sueño anterior, pero mayor ahora, una de las mellizas. Llevaba la melena oscura en un peinado elaborado y caminaba enganchada del brazo con un apuesto hombre vestido en un atuendo formal.

—Las rutas comerciales del norte han sido muy rentables esta temporada, lord Skaldvindr —comentó ella; su voz tenía el mismo tono que recordaba de aquella noche en su tocador. La mujer le apretó un poco el brazo cuando pasaron al lado de nuestro banco.

—Así es. —La respuesta de él fue educada pero distante; parecía tener la atención en otra parte. Cuando rodearon los rosales, clavó los ojos donde yo estaba sentada y se le suavizó la expresión; una

pequeña sonrisa se le dibujó en los labios antes de volver a centrarse en su acompañante.

—Padre dice que los comerciantes de seda han sido particularmente generosos con sus propuestas —continuó ella, aunque él desvió la mirada de nuevo. Vi cómo la mujer intentaba conservar su interés.

Dieron otra vuelta por el jardín; la conversación, un flujo constante de acuerdos comerciales y formalidades políticas. Cada vez que pasaban, notaba el mismo patrón: cómo a él se le iban los ojos hacia nuestro banco, cómo se le iluminaba el rostro con un pequeño gesto. La persona junto a mí se removió, y, cuando me giré, solo atisbé una nuca sonrojada cuando ella inclinó la cabeza y el pelo oscuro le cayó como una cortina. El corazón me dio un vuelco; era la otra hermana, la que había visto sentada en bata preguntando por bailes a los que nunca asistía.

—Igual deberíamos hablar del próximo festival de la cosecha —intervino la otra hermana, sujetando con más fuerza a lord Skaldvindr mientras lo conducía por otro sendero. Sin embargo, aunque ella lo guio lejos, él dirigió la mirada a nuestro banco una última vez.

La hermana sentada a mi lado permaneció quieta, pero noté el rápido subir y bajar de su respiración, la forma en la que le temblaban un poco las manos mientras yacían en su regazo. La tensión entre ellos era palpable ahora; ese baile peligroso de miradas robadas y palabras no dichas.

Desaparecieron al doblar una esquina, aunque se seguía oyendo la voz de la hermana, ansiosa e ilusionada mientras hablaba con todo lujo de detalles de las próximas celebraciones. La tensión a mi lado pareció disminuir algo, pero el rubor permaneció, descendiendo más allá del escote de su vestido. Quería girarme del todo para verle la

cara bien, pero el sueño no me dejaba hacerlo. Y, entonces, el sonido constante de unas voces comenzó a despertarme.

—Nada de esto estaría pasando si hubieras aceptado el puesto cuando te lo ofrecieron a ti. —Era la voz de Vexa, que siseaba frustrada.

La consciencia regresó en oleadas, como si me arrastraran de aguas turbulentas. Me dolía todo. El mundo existía solo en fragmentos: el roce de la tela áspera contra mi piel, el sordo latido en mi sien y el sonido de susurros más allá.

—No voy a discutir esto otra vez —replicó Aether en voz baja.

Las palabras se desvanecían y volvían a aparecer. Traté de abrir los ojos, aunque no me respondía el cuerpo.

—Pero era tuyo. Te lo ganaste —dijo Vexa de nuevo.

—Irrelevante. —El tono de Aether me hizo pensar que no era la primera vez que mantenían esa discusión.

Un gemido se me escapó de los labios antes de que pudiera evitarlo. Las voces pararon de golpe, seguidas por el sonido de pasos apresurados.

Cuando lo intenté de nuevo, logré abrir los ojos de verdad. La habitación se enfocó: las paredes de piedra, las antorchas de hierro. Era algún tipo de sala de enfermería enclavada en la montaña. La cama sobre la que estaba acostada era estrecha pero sólida.

—¿Cómo te encuentras? —Vexa apareció junto a mí con la cara llena de preocupación. Detrás de ella, se hallaba Aether inclinado contra el marco de la puerta con los brazos cruzados. Hasta desde aquí podía verle la tensión en la mandíbula.

—Perdonad —conseguí decir con voz ronca—. He perdido. Supongo que por eso estoy aquí.

—No te disculpes. —Sentí las palabras de Aether como un latigazo.

Vexa lo fulminó con la mirada antes de volverse hacia mí con el conflicto en el rostro.

—No es culpa tuya. Urkin jamás había hecho que un participante se enfrentase a Darius antes. Sabía exactamente lo que estaba haciendo.

Las palabras me cayeron como un jarro de agua fría.

—Entonces ¿se acabó?

—No —respondió Vexa enseguida—. La prueba de combate y la observación de ataduras son acumulativas. Has demostrado hoy habilidad al durar tanto contra Darius… —Sacudió la cabeza—. Tu puntuación no es tan alta como esperábamos, pero, si puedes compensarlo mañana con la demostración de tu atadura, cabe la posibilidad de que te consideren para el Vacío.

Aether se removió contra el marco de la puerta.

—Voy a ver a Lael. —Cruzó la mirada con la mía unos segundos con tanta intensidad que se me cortó la respiración antes de que se girara y marchara por el pasillo.

Vexa se sentó en el filo de la cama y me observó la cara con una mueca.

—Tienes una pinta horrible.

—Gracias. —Traté de sonreír, pero mi labio partido protestó.

—No, en serio. Cuando te diste contra el suelo… —Sacudió la cabeza—. Nunca he visto a Aether moverse tan rápido. Ya tenía medio cuerpo sobre la barandilla y a Effie y a mí no nos dio tiempo a sujetarlo.

Me toqué la sien con cuidado y noté el chichón.

—¿Qué ocurrió después?

—Se desató el caos, la verdad. Los demás participantes estaban horrorizados. —Se pasó una mano por el pelo—. Fuimos derechos a hablar con Urkin, a preguntarle en qué estaba pensando al enfrentarte a Darius.

—Supongo que eso salió bien.

—Sí, perfectamente. —Su voz destilaba sarcasmo—. Dijo que, como eres una extranjera, tenías que demostrar tu valía más que los demás. Que el reto era perfectamente justo. —Soltó un bufido.

—¿Cómo le ha ido al resto?

—Kenna es rápida; logró mantenerse firme. Mira también, aunque se llevó un golpe tremendo en las costillas. Soren… —Frunció los labios—. Digamos que los médicos han estado ocupados hoy.

Me removí, buscando una postura que no me doliese.

—¿Y Valkan?

La expresión de Vexa se volvió sombría.

—Solicitó luchar contra dos centinelas a la vez. —Apretó las manos en puños—. Y a los dos los machacó. Sin problema.

La cabeza me palpitaba a cada latido, pero algo me preocupaba: la conversación que había oído.

—¿Aether se suponía que iba a ocupar el puesto de Urkin?

Arqueó la ceja.

—¿Lo has escuchado?

—Algo. Antes de despertarme del todo.

Vexa se puso de pie y me dio la espalda.

—Deberías centrarte en lo de mañana. La observación de ataduras será crucial si quieres seguir…

—¿Por qué no lo aceptó?

Ella se volvió y me estudió un largo rato.

—Eso no importa.

—Nada de esto tiene sentido. —Me incorporé a pesar del dolor—. El modo en el que todos lo respetan incluso con Urkin a cargo.

—Fia… —Había una advertencia en su tono.

—El Consejo quería que él fuera el líder en lugar de Urkin, ¿no?

Vexa suspiró y se apoyó en la pared de piedra.

—Sí. Todos lo queríamos. Hasta ser el segundo al mando era más de lo que había accedido al principio, pero lo convencieron para que aceptara eso como mínimo.

—¿Por qué él?

Ella vaciló; su expresión reflejaba cautela.

—Aether siempre ha sido… diferente. El Consejo lo vio, sobre todo cuando la sequía empeoró. Mientras los demás kalfar se debilitaban, sus habilidades nunca flaquearon. Querían crear un nuevo puesto para él: comandante de todas las fuerzas de la Umbra.

—¿A qué te refieres?

—Querían que lo supervisara todo: las fuerzas terrestres, Archivística, el Regimiento de Exploradores, la Unidad Médica. Un líder que lo controlase todo, alguien que pudiera unir a todas las unidades. —Recorrió una de sus quemaduras del Vacío con los dedos sin darse cuenta—. Tenía sentido. Su experiencia, su fuerza… Sobre todo ahora, con la falta de esencia…

Intenté procesarlo.

—Pero ¿se negó?

—Varias veces. Entonces, hace dos años, cuando el general Doran se retiró, prácticamente le rogaron que como mínimo tomase el control de las fuerzas de combate. Sería menos compromiso, menos responsabilidad que dirigirlo todo, pero aun así… —Meneó la cabeza —. No quiso hacerlo. Así que Urkin dio un paso adelante.

—Y ahora tenemos que aguantarlo —musité.

—Sí. Aunque Aether ha estado sirviendo a este reino durante treinta años. —El tono de su voz se volvió amargo—. No digas nada, pero Urkin jamás fue la persona adecuada para el trabajo.

Las palabras quedaron suspendidas entre nosotras. Treinta años. El número seguía repitiéndose en mi cabeza, negándose a tener sentido. Aether no podía tener más de treinta años. ¿Y no había mencionado ella que la sequía afectó…?

—Eso es imposible —repliqué despacio—. ¿Treinta años? Me dijiste que la sequía había reducido la esperanza de vida de los kalfar. Y Aether… no puede tener más de treinta años.

A Vexa le cambió la cara, ahora en guardia.

—No debería haber mencionado la franja de tiempo.

—Pero lo has hecho. —Me enderecé más, ignorando el palpitar de la sien—. ¿Cómo es posible que haya servido durante treinta años si apenas aparenta esa edad?

Se movió hacia la puerta y comprobó el pasillo antes de darse la vuelta.

—Algunas cosas sobre Aether son… complicadas.

—Esa no es una respuesta.

Vexa suspiró.

—Nadie sabe de dónde viene o cómo apareció en el Vacío.

—¿A qué te refieres con que apareció en el Vacío?

Ella exhaló despacio con pinta de estar debatiéndose.

—Preferiría que Aether te contara su historia cuando quiera, pero… —Me miró a los ojos—. La reina lo encontró allí hace treinta y cinco años, con el mismo aspecto que tiene ahora y sin ningún recuerdo de quién era ni de cómo había llegado allí.

Treinta y cinco años. El hombre que se había pasado semanas intentando romperme, que parecía tener todas las respuestas de lo

que se suponía que yo iba a ser, desconocía su propio pasado. Había algo perturbador en eso, en lo mucho que… faltaba de él.

La sala común de los participantes era más pequeña que una habitación circular enclavada en la montaña, aunque al menos tenía ventanas. La luz gris se colaba por las estrechas aberturas, atrapando motas de polvo que danzaban en el aire. Mi cuerpo protestó cuando me senté en uno de los bancos empotrados en el muro. Me dolía todo, pero la cabeza era lo peor; no paraba de darme vueltas con lo que Vexa me había contado de Aether.

«Treinta y cinco años. Lo encontraron en el Vacío. ¿Cómo es eso siquiera posible?».

—Toma. —La voz de Kenna me sacó de mis pensamientos. Sostenía una taza humeante—. Es té de corteza de sauce. Te ayudará con el dolor.

Sus palabras me tocaron una fibra sensible y casi me dejaron sin aire. «Ma». Ese té era su remedio para casi todas las clases de sufrimiento. De repente, me vinieron a la cabeza una serie de recuerdos: cada vez que me había hecho una taza cuando me había quemado sin querer con los encendedores de caldero.

¿Qué estaría pensando ahora? Que habría muerto, como su hermano. La Guardia se había llevado a otra persona que quería. La idea de su pena, de que dirigiese la botica sola, hizo que sintiera un dolor en el pecho que el té no podía curar.

Me obligué a centrar la vista en la habitación y noté la extraña expresión de la cara de Kenna cuando extendí la mano para coger el té. Tenía un moretón por toda la mandíbula. Recordé que había luchado detrás de mí. Se había mantenido firme según Vexa.

—Gracias. —El té sabía amargo, pero era reconfortante—. ¿Qué tal los demás?

—Soren sigue con los sanadores —contestó Theron desde su lugar junto a la ventana con la mirada clavada en algo fuera—. Mira ha rechazado el tratamiento. Dice que ha estado peor.

Como si la hubiera invocado con su nombre, Mira apareció de entre las sombras del rincón más lejano. Se movía con rigidez, rodeándose las costillas con un brazo para protegérselas, pero tenía los ojos igual de afilados que siempre. Se recostó contra la pared con expresión turbada.

—Mañana será distinto —dijo Kenna en un claro intento de subir los ánimos—. La observación de ataduras es más… estructurada.

—Ah, ¿sí? —Theron se volvió desde la ventana—. ¿Después de lo de hoy?

—El Consejo se toma en serio la observación de ataduras —replicó Lael con sorprendente convicción—. Es la tradición.

Contemplé sus caras con la tenue luz, todas marcadas por las pruebas del día de diferente modo. Kenna mantenía su compostura grácil a pesar de las heridas. La distancia analítica de Theron parecía haberse profundizado. Los ojos de Mira no paraban de moverse, como si rastrearan amenazas invisibles.

—¿Qué ocurre exactamente durante la observación? —pregunté, tratando de mantener la voz firme—. ¿Cómo lo juzgan?

—Buscarán control —respondió Theron—. Ver cómo manejas tus habilidades bajo presión.

Bajo presión. Pensé en Aether entonces, en cómo había sobrevivido treinta y cinco años en un reino cuya esencia escaseaba. En cómo había salido del Vacío con habilidades que no se habían debilitado nunca. ¿Sería capaz de demostrar que era digna de seguir el mismo camino?

—Todos deberíamos descansar —señaló Kenna, poniéndose de pie —. Mañana será… interesante.

Cuando los demás empezaron a dispersarse, Lael se quedó. Parecía más joven a la tenue luz, lo que me hizo recordar que solo tenía dieciséis años; era demasiado joven para todo esto.

—Hoy lo has hecho muy bien —le dije en voz baja cuando se sentó en el banco junto a mí—. El movimiento que has utilizado al final… La forma en la que has logrado que el impulso de la centinela se volviera en su contra… Ha sido impresionante.

Una sonrisa apenas perceptible se le dibujó en la cara.

—Casi salgo por patas. Cuando dijeron mi nombre el primero…, pensé que las piernas me iban a fallar allí mismo.

—Pero no fue así.

—No. —Su sonrisa se hizo un poco más grande—. Supongo que soy demasiado cabezón para mi propio bien.

Nos quedamos sentados en un cómodo silencio un rato, observando el crepúsculo eterno por la ventana. Había algo reconfortante en su presencia: nada de expectativas, de significados ocultos; solo comprensión tácita.

—¿Estás nervioso por lo de mañana? —pregunté.

—Un poco —admitió con tanta naturalidad que contuve una sonrisa—. Pero mi madre siempre decía que cuando tienes miedo es porque estás a punto de hacer algo muy valiente. O muy estúpido. —Se encogió de hombros—. Fijo que en nuestro caso son las dos cosas.

—Fijo. —No pude evitar reírme.

Su sonrisa se desvaneció cuando miró por la ventana, hacia el sol siempre congelado en su eclipse parcial.

—Recuerdo el día que dejó de moverse —añadió en voz baja—. Estábamos en los jardines, en lo que quedaba de ellos. —Inhaló con temblor—. Fue el mismo día que Aether me encontró en Croyg. El día que todo cambió.

Guardé silencio, esperando a que encontrara las palabras.

—Antes, los jardines se extendían kilómetros y kilómetros —continuó con suavidad—. Mi madre solía decir que podías caminar durante días y no verías jamás la misma planta dos veces. El aire siempre olía a tierra y cosas que crecen. A vida. —Respiró hondo—. Pero, entonces, todo se volvió gris. Murió. El suelo se convirtió en polvo entre nuestros dedos.

—Tus padres… —empecé a decir; sin embargo, no supe cómo acabar.

—No pensaban irse. Muchos lo hicieron. A Draxon o a Ravenfell. —Su voz se había vuelto plana—. Seguían diciendo que la tierra se recuperaría, que siempre lo había hecho antes. No entendían que esta vez era distinto. —Cogió un hilo suelto de su ropa—. Cuando nos quedamos sin comida, comenzaron a alimentarse de las cosechas echadas a perder. Decían que no podíamos malgastar nada. Eso fue lo que los acabó matando.

La carga de sus palabras permaneció en el aire.

—Lo peor de todo es que… —dudó y se abrazó a sí mismo— a veces me preocupa empezar a olvidar cosas. Como el sonido de la risa de mi madre o lo altos que crecían los girasoles. En cierto modo, me parece estar traicionándolos.

—No los estás traicionando por sobrevivir —respondí en voz baja —. Por seguir adelante.

—¿Seguro? —Su voz era apenas un susurro—. Unirme a la Umbra, aprender a luchar… No sé qué pensarían de mí ahora.

Se miró las manos; tan joven y ya con callos en ellas.

—Eran sanadores, ¿sabes? Bueno, no oficialmente. Pero todos en Croyg iban a verlos cuando se ponían malos. Mi madre conocía todas las plantas medicinales que había en los jardines. Cuáles bajaban la fiebre, qué raíces aliviaban el dolor. —Una ligera sonrisa le apareció

en los labios—. Siempre decía que la tierra nos da todo lo que necesitamos con que sepamos dónde mirar.

La sonrisa desapareció.

—Pero entonces la tierra comenzó a morirse, y nada de lo que mi madre sabía podía arreglar eso. Vi cómo lo intentó todo. Incluso cuando las plantas crecían torcidas y mal, seguía conservando la esperanza de que la próxima tanda sería diferente.

Se le quebró la voz con la última palabra, y yo contuve la necesidad de estirar la mano hacia él. Nunca se me había dado bien consolar a la gente, la verdad; no obstante, algo en su dolor era muy real, muy familiar. Yo no conocí a mis padres; no tenía recuerdos a los que aferrarme. Mayormente, evitaba pensar en ellos. Pero cuando era pequeña, antes de decidir compartimentar muchas cosas guardándolas en lugares difíciles de alcanzar, los echaba de menos. Del modo en que se echa de menos algo que no conoces.

—¿Crees que volverá a ser como antes? —preguntó de pronto, interrumpiendo mis pensamientos—. Si detenemos lo que ocurre. Si arreglamos las cosas.

La pregunta permaneció suspendida en el aire. Quise responderle que sí, prometerle que todo volvería a ser como antes. Sin embargo, se merecía algo mejor que promesas vacías.

—No lo sé —contesté con sinceridad—. Pero lo intentaremos.

El corazón se me encogió ante las palabras, ante lo mucho que de repente necesitaba que fueran ciertas.

CAPÍTULO 20

La sala de espera parecía más pequeña que ayer; las paredes de piedra se estrechaban mientras nos reuníamos para echar a suertes el orden. Todavía me dolían los músculos por la prueba de combate; cada cardenal me corroía, recordándome la manera tan espectacular en la que había perdido el día anterior.

Otro asistente de Archivística se colocó delante de nosotros, sosteniendo la misma bolsa de tela negra de ayer. Urkin se alzaba imponente tras él, sin delatar nada con los ojos mientras paseaba la vista por el grupo. Cuando su mirada se posó en mí, la estrechó casi de forma imperceptible.

La ausencia de Soren era notable. Aún se encontraba demasiado débil de la paliza de ayer para competir en la prueba de hoy. Los demás trataron de no mirar su hueco vacío en la fila, pero Mira tenía las manos apretadas en puños a los costados.

—El orden de la demostración es inapelable. —La voz de Urkin llenó la habitación—. Presentaréis vuestra atadura al Consejo cuando os llamen. Cualquier uso de las habilidades antes de vuestro turno conllevará una descalificación inmediata.

Se me revolvió el estómago cuando se empezó a pasar la bolsa por la fila. Observé cómo cada participante sacaba su piedra y estudié sus reacciones. El rostro de Theron permaneció impasible

cuando leyó su número, pero la satisfacción se le reflejó en los ojos. El primero entonces.

—Qué suerte —dijo una voz suave detrás de mí, provocándome un escalofrío de arriba abajo por la espalda—. Parece que tenemos mucho tiempo para conocernos.

Me giré y me encontré a Valkan más cerca de lo que me esperaba, con los ojos apagados clavados en mí con una intensidad inquietante. Incluso bajo la luz tenue, la piel parecía brillarle con una vitalidad sobrenatural que hizo que me diera un vuelco el estómago.

—He de admitir que me encuentro… intrigado. Una participante extranjera en el strykka… Jamás había sucedido antes.

Alcé la vista hacia el nivel superior, donde se reunía la Umbra. Aether se encontraba cerca de una de las columnas de piedra con los ojos fijos en nuestra interacción y la mandíbula tensa.

—Y aun así aquí estamos los dos —prosiguió Valkan, acercándose más—. Rompiendo tradiciones. —Su sonrisa reveló unos dientes demasiado blancos—. Dime, ¿estás disfrutando de tu tiempo en Umbrathia?

Antes de que pudiera responder, la voz de Urkin interrumpió la tensión.

—Candidato Theron, tome posición.

Me aparté de Valkan, agradecida por la excusa. No obstante, su voz me siguió, lo bastante baja para que solo yo pudiera oírla.

—Tal vez continuemos esta conversación más tarde.

Habían transformado la arena desde ayer. Donde antes había maniquíes de entrenamiento, ahora se habían erigido objetivos elaborados. Las gradas de arriba estaban repletas de nobles y líderes militares con rostros expectantes. Esto era lo que habían venido a ver.

Theron se aproximó al centro de la arena, derrochando tanta confianza como cuando lo conocí ayer. A la señal de Urkin, unos centinelas emergieron de las sombras y lo rodearon con armas desenvainadas.

El primer centinela atacó con la espada trazando un arco por el espacio, pero Theron ya se estaba moviendo. El aire a su alrededor comenzó a brillar, como el calor que sale de una piedra. De repente, donde antes había un Theron, pasó a haber decenas, cada uno moviéndose de forma independiente, cada uno perfectamente nítido. Los centinelas vacilaron con las armas sobrevolando mientras trataban de distinguir al objetivo real de las ilusiones.

Las copias de Theron se mezclaron entre los centinelas. Cada vez que una hoja encontraba uno, se disolvía en la niebla sin más, mientras que aparecían otros tres en algún lugar. Los centinelas enloquecieron y entraron en frenesí, golpeando a los fantasmas a la vez que el Theron real se movía sin ser visto entre sus creaciones. Cuando la demostración finalizó, se situó con tranquilidad en el centro de la arena sin un solo rasguño.

—Siguiente —gritó Urkin.

Valkan entró dando zancadas en la arena, y las conversaciones se convirtieron en murmullos. Sondeó la multitud antes de esbozar una sonrisa de depredador. Unos centinelas nuevos tomaron posición a su alrededor, pero parecieron más indecisos que antes.

La silueta de Valkan se onduló como el agua, los huesos le crujieron y se volvieron a formar mientras su cuerpo se retorcía. Donde se había encontrado, ahora acechaba una pantera enorme con el pelaje tan blanco como la noche. La transformación fue impecable, inquietante por su perfección. Los ojos de la bestia permanecieron con el mismo color blanquecino mientras se lanzaba hacia el centinela más cercano.

La espada del centinela cortó el aire mientras la pantera se transformaba en medio de un salto en un ave rapaz enorme; las garras rasparon la armadura antes de alzar el vuelo. Los otros centinelas se movieron en formación, intentando arrinconarlo, pero Valkan jamás se encontraba donde golpeaban sus armas. Cada transformación fluyó hacia la siguiente: lobo, oso, serpiente…, cada forma más letal que la anterior. A diferencia del resto del reino, no había signos de que la sequía le hubiera afectado en absoluto.

La exhibición terminó con Valkan volviendo a su forma original, de pie entre los centinelas a los que había desarmado. No se le había movido ni un pelo. Ni siquiera respiraba con dificultad.

Cassia, una chica a la que todavía no había conocido, fue la siguiente a la que llamaron. Sus movimientos eran delicados pero vacilantes a medida que se acercaba al centro. Unos centinelas nuevos tomaron posición a su alrededor, y, cuando el primero atacó, ella se acercó con una velocidad alarmante. Al tocarlo, el centinela trastabilló hacia atrás, confundido por lo que ella le había hecho. Fue solo entonces cuando su armadura empezó a descomponerse, quebrarse y resquebrajarse…, y con el tiempo se desmoronó en un montón de cenizas. Los otros centinelas retrocedieron, pero ella los persiguió sin mudar de expresión mientras todo lo que tocaba se desintegraba. Una ligera sonrisa se le formó en los labios cuando vio los rostros de los jueces.

La siguió Kenna. Cuando los centinelas la rodearon, los susurros comenzaron a llenar la arena; un sinfín de voces hablaban al unísono y cada vez se oían más alto hasta que se volvieron atronadoras. Los centinelas se llevaron las manos a la cabeza y rompieron su formación mientras los susurros parecieron taladrarlos. Algunos dejaron caer las armas, otros tropezaron hacia atrás. A

pesar de todo, Kenna se quedó perfectamente quieta, dirigiendo el caos como una experta.

Lael fue el siguiente. Se acercó al borde de la arena donde las sombras se acumulaban y, para sorpresa de todo el mundo, agarró algo enorme en la oscuridad. Con un esfuerzo visible, arrastró el cuerpo de un lobo gigante hacia la luz. El pelaje mate de la bestia era oscuro y putrefacto; sus ojos vacíos, cuencas de algún modo más aterradoras que si hubiera tenido ojos.

La multitud contuvo la respiración al mismo tiempo que Lael colocaba el cuerpo del lobo en el medio de la arena; su pequeña figura parecía diminuta por la forma colosal de la criatura. Los centinelas lo rodearon con cuidado con las armas alzadas, pero era evidente su incertidumbre.

Lael empezó a alzar los brazos, y las extremidades del lobo se sacudieron; luego, se suavizaron en un movimiento fluido mientras se erguía. A su orden silenciosa, la bestia se lanzó a la próxima centinela con unos movimientos anormalmente extraños. Los dientes en descomposición atacaron la armadura de hierro mientras empujó a la centinela al suelo.

Los otros centinelas intervinieron, pero el lobo fue demasiado rápido, demasiado fuerte. Luchó con el salvajismo desenfrenado de quien no sentía dolor, quien no tenía miedo a la muerte. En cuestión de minutos, los centinelas se rindieron, alejándose de la criatura que continuaba merodeando entre Lael y ellos.

Cuando Lael subió los escalones de la arena, esbozaba una sonrisa en la cara a pesar de su obvio cansancio. Tenía el uniforme de cuero cubierto de polvo y putrefacción por arrastrar el cuerpo del lobo.

—Lo siento —dijo, dejándose caer en el banco junto a mí—. Por el olor y todo eso. Esperaba encontrar a uno más fresco.

A pesar de todo, no pude evitar sonreír. El chico que parecía tan nervioso ayer acababa de controlar a una bestia muerta. El orgullo me brotó en el pecho.

—¿Puedes controlar a los muertos? —pregunté en voz baja, tratando de procesar lo que había presenciado.

—Aether me encontró practicando con ratas muertas en Croyg —admitió, quitándose un poco de barro seco de la manga—. Me dijo que estaba malgastando mi talento con los roedores. —Alzó la vista —. Deberías ver lo que puedo hacer con un oso. Aunque son más difíciles de arrastrar.

Me reí, me reí de verdad, y el sonido me sorprendió. ¿Cuándo había sido la última vez que lo había hecho?

—Bueno, el lobo ha causado sensación, desde luego.

—¿Eso crees? —Se le iluminó la cara.

—Por supuesto. Deberías haber visto las caras de los jueces. Estaban tan impresionados como horrorizados. —Sonreí.

Antes de que pudiera contestar, Urkin llamó al siguiente participante. No obstante, cuando Lael se puso de pie, me dio un apretón en el brazo.

—Lo vas a hacer genial —susurró—. Muéstrales de lo que eres capaz.

Raven fue el siguiente, con movimientos vacilantes. Cuando los centinelas avanzaron, se sacó lo que parecían fragmentos de espejo de los bolsillos y los colocó de manera estratégica en la arena. En el momento en el que el primer centinela atacó, su reflejo apareció en uno de los fragmentos, advirtiéndose a sí mismo desde otro ángulo. Sin embargo, la habilidad, aunque fascinante, no servía de mucho en combate. Los centinelas pronto lo vencieron, pero los jueces parecieron sorprendidos de todos modos. Me percaté de cómo Talon le susurró algo a Urkin, que asintió.

Mira fue la siguiente en adentrarse en la arena; su figura delgada casi se perdió en la inmensidad del espacio. Los centinelas avanzaron, alzando las armas. Cada vez que Mira dirigía la vista a un centinela, el aire alrededor de él parecía difuminarse y distorsionarse. Uno a uno, retrocedieron tambaleantes mientras sus espadas caían con estrépito al suelo a la vez que ellos se apartaban de algo que yo no podía ver.

Se les retorcían las caras por lo que parecía un terror puro, aunque no había nada visible que lo causara. Fuera lo que fuera lo que les estaba enseñando Mira, era suficiente para hacer que incluso estos soldados entrenados se retirasen. A pesar de todo, ella permaneció con la expresión turbada, como si pudiera ver los horrores que les estaba causando a ellos.

Todos los participantes habían tenido su turno, y sentí cómo los nervios me hormigueaban la piel cuando Urkin se puso de pie una vez más y clavó la mirada en mí. Vaciló un instante, permitiendo que la intensidad de sus ojos me calara más.

—Extranjera. —No pudo ocultar su desagrado. Se desataron murmullos entre el público; sin duda, la gente hablaba de mi horrible actuación del día anterior. Me obligué a mantener la respiración calmada mientras entraba en la arena, con pasos más lentos y desconfiados de lo que me habría gustado.

Los centinelas emergieron de las sombras uno a uno, rodeándome en un círculo estrecho. Sus armas captaron la poca luz que se filtraba; el acero relució con una promesa mortal. Sentí el peso de cientos de ojos presionándome desde arriba: nobles, líderes militares y otros concursantes. Todos esperaban que fracasara. Otra vez.

El corazón me tronaba tan fuerte que estuve segura de que lo podían oír. Los cardenales de ayer parecieron palpitar al compás de cada latido. Había estado planeando esto desde la noche anterior,

pero ahora, aquí de pie, me asaltaron las dudas. Jamás había intentado nada así antes; jamás me había atrevido a usar tanto poder de una sentada. No adrede.

Cerré los ojos, tratando de calmar mi aliento. La telaraña se agitó a lo largo de mi columna, familiar pero peligrosa. Por lo general, la contenía a propósito; solo le permitía salir en caso de necesidad extrema. No obstante, hoy iba a usar hasta la última gota.

El primer centinela se movió. Pude oír el susurro del metal en el aire, sentir cómo comenzaban a cercarme. Era ahora o nunca.

Invoqué la telaraña y tiré de ella con más fuerza de la que nunca había ejercido. Durante un momento horroroso, no ocurrió nada. El poder permaneció encerrado dentro, negándose a ceder. El pánico se me acumuló en la garganta. Tiré con más fuerza, desesperada, sintiendo el esfuerzo por todos los huesos.

Entonces, algo se desató.

La telaraña estalló columna arriba con tanta fuerza que casi me tumbó. Una luz blanca explotó tras mis ojos cerrados, abriéndolos de golpe al tiempo que el poder me inundaba, crudo y abrumador. Demasiado, era demasiado. Estaba perdiendo el control, sintiendo cómo trataba de salir en una espiral desbocada.

En mitad del caos, vi las mentes de los centinelas brillar en un tono plateado, muy cerca ya. Sin embargo, mis zarcillos no respondían. Se retorcían y contorsionaban, negándose a tomar forma. El sudor me salpicó la frente mientras luchaba por mantener el control, por moldear esta oleada de poder salvaje en forma de algo que pudiera emplear.

Justo cuando pensaba que me ahogaría en ello, todo hizo clic. La telaraña se estabilizó, y sentí cómo mis pies abandonaban el suelo.

Volví a recuperar la visión y me encontré suspendida en el aire con el pelo azotándome como una tempestad. La arena se había sumido

en un completo silencio. Los centinelas se habían quedado paralizados con las armas medio alzadas mientras me contemplaban. La telaraña salió en zarcillos perlados, acariciando las seis mentes a la vez, envolviéndose alrededor de ellas como la seda.

Se me formó una sonrisa en los labios cuando dirigí la vista a Urkin, que seguía sentado, mientras que los otros jueces se habían puesto de pie sorprendidos.

Y mandé una orden por el vínculo.

Uno a uno, los centinelas se giraron hacia sus compañeros soldados y alzaron las armas. El silencio se prolongó un instante mientras mantenían las armas en alto.

«Atacad».

Se desató el caos cuando los centinelas se abalanzaron los unos contra los otros con las hojas volando con una ferocidad indómita, acero contra acero. El clamor retumbó por toda la arena mientras las personas del público se ponían de pie, jadeando. Al final, Urkin se levantó y dio unos cuantos pasos agonizantes hacia mí, aferrándose a la barandilla hasta que se le pusieron los nudillos blancos. Sus ojos se me clavaron como espadas.

Quizá debería haberme asustado, horrorizada por las consecuencias que podría traer aquello. No obstante, me había pedido ver mi atadura, así que se la iba a mostrar del modo más auténtico posible. Les iba a recordar a todos y cada uno de ellos de lo que era capaz. Lo que podría hacer si de verdad lo deseara.

Nunca había sentido la telaraña en su máximo esplendor, pero tenía que admitir que me encantó.

En medio de la destrucción, busqué con la mirada a Aether, al que le resplandecía la mente con esa tonalidad dorada. Era el único de la multitud aún sentado, inclinado hacia atrás en la silla, con las manos juntas y la barbilla peligrosamente baja. Tenía una expresión en el

rostro de lo más extraña. Una que jamás había visto en él antes: orgullo.

Pero era más oscuro que eso. Una especie de satisfacción oscura que hizo que se me pusiera el vello de punta y que me corriera un escalofrío por las venas.

Justo cuando uno de los centinelas gritó de dolor, los detuve.

Las armaduras hicieron un ruido metálico contra el suelo en el segundo en el que los centinelas se cayeron de rodillas, exhaustos, con la confusión extendiéndoseles por la cara mientras se percataban de dónde se encontraban y de lo que acababa de ocurrir.

El silencio era ensordecedor. No se movió ni una sola persona, como si toda la arena se hubiera congelado en ese instante. El corazón me atronaba en el pecho, pero tenía las manos firmes cuando las bajé a los costados.

En medio del silencio, una lenta palmada se hizo eco entre las paredes de piedra. Dirigí la vista al lugar del que provenía y se me heló la sangre.

Valkan.

Se encontraba al borde de la arena con la mirada fija en mí. Se le curvaron los labios mientras continuaba su aplauso solitario.

—Sublime —dijo en voz baja, lo justo para que le saliera la voz—. Simplemente sublime.

Cuando descendí y mis pies tocaron el suelo una vez más, el hechizo se rompió. De pronto, la arena estalló en una sinfonía de voces: algunos vitoreaban, otros discutían en susurros acalorados.

Urkin tenía el rostro impertérrito, pero había algo más en su expresión ahora. Algo que parecía casi miedo. «Bien».

La general Taliora le susurraba con urgencia al oído, mientras que Talon escribía furioso en su cuaderno de notas y lanzaba miradas ocasionales en mi dirección. Karis se limitó a estudiarme.

Volví a centrar la atención en Valkan cuando se acercó con movimientos inquietantemente suaves.

—Creo —murmuró con la voz atravesando el ruido— que puede que seas la cosa más extraordinaria que he visto nunca. —Sus ojos pálidos y sin vida se clavaron en mí con una ansiosa y retorcida fascinación—. Qué pena sería que murieras en las profundidades del Vacío.

CAPÍTULO 21

Los árboles medio muertos crujieron en el viento. Nos sentamos en un pequeño claro un poco más allá de la entrada de la montaña, donde unas raíces torcidas se abrían paso a través de la tierra gris.

—Los dos entendéis que esta pequeña excursión no es algo de lo que podamos hablar con los otros candidatos, ¿verdad? —dijo Effie, alisándose unas arrugas invisibles del uniforme—. Se supone que no debemos mostrar favoritismo durante las pruebas.

Rethlyn prácticamente nos había arrastrado hasta aquí, explicándonos que ya había preparado una pequeña celebración. Había una hoguera rodeada de piedras con troncos envejecidos dispuestos en círculo y promesas de vino de arroz, que juró que nos fortalecería.

—O fraternizar con potenciales reclutas —añadió Vexa, y acercó a Effie contra su costado—. Aunque, tras la demostración de hoy, yo diría que algo de celebración está garantizado.

—Ese tipo de reglas son estúpidas si tenemos en cuenta todo lo que está sucediendo —dijo Rethlyn, y sacó una botella de arcilla de su bolsa de cuero—. Además, llevo meses preparando esto. Parece la ocasión perfecta para probarlo por fin.

—La última vez que dijiste eso, tres centinelas acabaron en el ala médica. —Vexa observó la botella con sospecha—. ¿Uno de ellos no perdió temporalmente la vista?

—Eso fue de otro lote —respondió Rethlyn con indiferencia—. Y todavía puede ver sombras.

—Ah, bueno, en ese caso… —Effie puso los ojos en blanco—, es muy seguro.

—He perfeccionado la receta —insistió Rethlyn, descorchando ya la botella. Un olor a metal quemado y fruta pasada llenó el aire—. O casi.

—Si me muero por esto —Vexa cogió la botella de todas formas—, vendré a por ti.

—Me parece bien. —Rethlyn sonrió—. Aunque, en teoría, tendrías que ponerte a la cola con los demás.

Me removí en el tronco que compartía con Lael, aún insegura de cómo actuar en una situación distendida con personas a las que había considerado enemigas hacía tan solo unas semanas. Pero la presencia del chico me ayudaba a anclarme; su entusiasmo por los sucesos del día suponía un bienvenido respiro.

—Todavía no me creo cómo controlaste a ese lobo —le dijo Vexa a Lael—. Hasta Urkin parecía impresionado, y eso es prácticamente imposible.

—No tan impresionante como hacer que seis centinelas se enfrenten entre sí. —Lael sonrió y me dio un golpecito en el brazo—. Creía que la general Taliora se iba a caer de la silla.

El recuerdo hizo que me recorriera un escalofrío. Seis mentes, más de las que jamás me había imaginado. Aún sentía el eco de sus consciencias contra la mía, el modo en el que se doblegaron a mi voluntad. La mirada en la cara de Urkin había sido de lo más satisfactoria. Aquel ceño se transformó en algo parecido a la sorpresa cuando sus centinelas volvieron las armas contra los demás. Incluso en este momento, horas después, el recuerdo de su

indignación apenas contenida hacía que se me escapara una sonrisa de los labios. De verdad esperaba que esto sirviera de algo.

—¿Creéis que ha sido suficiente? —pregunté, verbalizando la preocupación que me había atenazado desde la demostración—. ¿Compensará la prueba de combate de ayer?

—Si nos basamos nada más que en la cara de Karis —Vexa se inclinó hacia delante con la luz del fuego danzando por sus piercings —, yo diría que lo has compensado con creces.

—El único que parecía que había chupado un limón era Urkin —añadió Effie mientras aceptaba la botella de arcilla que le tendía Vexa—. Pero siempre tiene esa cara, así que yo no me preocuparía.

Vexa se volvió hacia el miembro más callado de nuestro grupo.

—¿Qué piensas tú, Aether? No has dicho ni pío sobre el tema.

—Lo ha hecho bien —respondió sin más; su voz tenía un peso familiar que hacía que hasta el más simple cumplido fuera significativo.

No pude contenerme y lo estudié a través de las llamas. Era fascinante lo diferente que parecía aquí —relajado, sereno, casi en paz— en comparación con la intensidad reprimida que desprendía cuando estábamos a solas.

—¿Cómo es el Vacío? —preguntó Lael de pronto; su voz aguda por la curiosidad—. A ver, si superamos las pruebas, eso es lo siguiente, ¿no?

La atmósfera casual cambió; una pesadumbre se apoderó del grupo. Effie fue la primera en romper el silencio.

—Lo recuerdo muy… intenso —respondió ella—, pero, en realidad, los detalles están… difusos.

Rethlyn asintió, tocándose distraído las quemaduras del Vacío.

—Lo mismo me ocurre a mí. Sé que entré y que salí, pero lo que sucedió entre medias es…

—Como intentar recordar una pesadilla —intervino Vexa, cogiendo a Effie de la mano—. Sabes que ocurrió, pero los detalles se te escapan.

Cayó un silencio incómodo cuando todos dirigieron la vista hacia Aether. Él ni se inmutó bajo sus miradas, continuó sin más observando el fuego mientras las llamas se le reflejaban en los ojos.

—¿Cómo fue para ti? —le preguntó Lael a Aether directamente, muy ingenuo o demasiado valiente para darse cuenta de la tensión —. Entrar en el Vacío.

El silencio se alargó, roto tan solo por el chasquido y el estallido de la madera al quemarse. Cuando Aether al fin habló, su voz era grave y comedida.

—El Vacío te pone a prueba de maneras inimaginables —contestó sin apartar la vista de las llamas—. Te enseña cosas, te hace ver, sentir y experimentar aquello que te rompe. La clave para sobrevivir no es la fuerza o la habilidad. Es el aguante.

Sus palabras parecieron propagarse entre todos nosotros.

—Lo que de verdad pretende —prosiguió— es que te pierdas a ti mismo. Que te enredes tanto en su oscuridad que jamás encuentres la salida. Debes demostrarle que no sucumbirás.

Lael se había quedado muy quieto a mi lado. Aether acabó alzando la vista del fuego y se le suavizó un poco la expresión cuando miró al chico.

—Es tarde —dijo, poniéndose con habilidad de pie—. Deberíais descansar. La travesía de mañana no esperará a reclutas cansados.

—Pero… —protestó Lael, mirando a todo el grupo—. Ya estamos aquí. Y quería probar el vino de arroz de Rethlyn…

—Para el que, por cierto, eres demasiado joven —lo cortó Aether; su tono no daba lugar a discusiones. Rodeó la hoguera y le colocó una mano firme a Lael en el hombro—. Vamos.

Lael me lanzó una mirada suplicante, pero me encogí de hombros con compasión. Hasta yo sabía que no había que discutir con Aether cuando empleaba ese tono. Al final, el chico se levantó con un suspiro exagerado que me recordó a Effie.

—Vale —refunfuñó, arrastrando los pies mientras Aether lo guiaba hacia la entrada de la montaña. Vi cómo desaparecían entre las profundidades.

—Bueno —dijo Effie, rompiendo la persistente tensión—, eso ha estado muy bien. Hablando de cosas más agradables… —Se giró hacia mí con un renovado resplandor—. ¿Cómo es el sitio del que vienes? Quiero decir, además de lo obvio de que intentan matarnos.

La pregunta me pilló con la guardia baja, aunque debería haberla esperado. Estos momentos cercanos a la camaradería me hacían olvidar cómo eran las cosas antes.

—Por los Esprithe, háblame de la comida —gimió Effie, inclinándose hacia delante y pasándome la botella de vino, que acepté a regañadientes—. Echo de menos la comida de verdad. ¿Tienes idea de cuánto hace que no huelo nada fresco? ¿Como esas empanadillas de carne especiada de los vendedores ambulantes? —Cerró los ojos como si tratara de evocar el recuerdo—. Las que vienen envueltas en esa masa hojaldrada que humea cuando las partes por la mitad. O conservas de frutos negros en condiciones que saben dulce en vez de… —hizo un gesto vago a la nada— lo que sea que finjamos comer últimamente.

El vino de arroz me abrasó la garganta cuando tragué. Sentí cada palabra de Effie como si cortara; no pretendía herir, pero igualmente escocía. ¿Cómo se suponía que iba a hablarle a esta gente de Sídhe? ¿De la abundancia que había allí? Sobre todo ahora que sabía de dónde procedía y lo que costaba. Me parecía cruel.

—El mercado de Ravenfell olía espectacular —añadió Vexa con tono nostálgico—. Antes de la sequía. ¿Te acuerdas de las setas asadas, Reth? Solíamos atiborrarnos.

Pillé a Rethlyn mirándome con una expresión comprensiva. Debía de haber notado mi incomodidad, tal vez literalmente, dadas sus habilidades.

—¿Qué hay de tu familia? —preguntó en un intento claro de cambiar de tema—. En Sídhe.

El alivio me embargó ante el giro de la conversación; no obstante, fue sustituido enseguida por un dolor de distinto tipo.

—Perdí a mis padres cuando era muy pequeña. —Recorrí el borde de la botella con el dedo—. Pero tengo a alguien, una amiga con la que crecí. Básicamente, es mi hermana. Es la persona a la que más echo de menos.

—Entonces —soltó Effie con los ojos reluciendo con repentino interés— ¿no hay ningún apuesto pretendiente aguardando tu regreso?

La pregunta me cayó como un jarro de agua fría, y noté que me puse seria antes de evitarlo. El cambio no pasó desapercibido; Vexa arqueó las cejas y Rethlyn se removió incómodo.

—Vaya —dijo Vexa, arrastrando las palabras—. Creo que nos tomaremos eso como un sí.

El grupo se acercó; su curiosidad era palpable a la luz del fuego. Me planteé mentir o evadir el tema, pero el vino de arroz ya me había soltado la lengua.

—Hay alguien —aclaré con dudas—. Aunque no es algo serio.

Se me vino a la mente el rostro de Laryk, aquella sonrisa ladeada, la extraña ocasión en la que sus ojos esmeraldas me miraron con dulzura en lugar de con la dureza que les mostraba a todos. Lo extrañaba. Y eso me asustaba. Porque no sabía lo que éramos.

—Es obvio que tu reacción parece insinuar que sí que era algo serio —azuzó Effie, interrumpiendo mis pensamientos. No me había percatado de la fijación con la que estaba mirando las llamas.

—Es complicado. Él… Los dos teníamos mucho encima. —Hice un gesto vago a nuestro alrededor—. Y no hubo ocasión de pasar tanto tiempo juntos antes de… —Las palabras se quedaron suspendidas en el aire; lo que no había dicho, «antes de que me secuestrarais», hizo que todos se removieran incómodos—. No estamos juntos. No le va la monogamia.

—Vaya, eso sí que suena romántico. —Effie alzó la nariz e intercambió una mirada con Vexa.

—Cada uno tiene su forma de hacer las cosas —insistió Vexa, observándome—. Pero, por el modo en el que lo dices…, no parece que eso sea lo que tú quieres.

Contemplé el interior de la botella, viendo cómo ondeaba el líquido oscuro. Las palabras de Laryk me resonaban en la cabeza: «Eres diferente». Me había aferrado a esa frase como a un salvavidas a pesar de que me sintiera patética por hacerlo. ¿Qué tonta se hacía ilusiones con esas palabras tan vagas? Sobre todo cuando conocía su reputación y sabía bien en lo que me estaba metiendo…

—Los hombres no tienen remedio —afirmó Effie—. Siempre tienen lista una excusa. Salen solo contigo, pero no pueden hacerlo oficial. Necesitan tiempo, espacio o centrarse en sus…

—Me siento personalmente ofendido por esa generalización —protestó Rethlyn, llevándose una mano al pecho en un gesto de indignación fingida.

Entonces, me fijé en que Vexa estaba mirándome con la frente arrugada la marca de riftborne mientras las llamas del fuego se reflejaban en ella.

—Llevo mucho tiempo queriendo preguntarte qué significa eso —dijo ella, señalándome la mano izquierda con el mentón.

Bajé la vista con la ansiedad floreciendo en mi interior.

—Es una marca… Una marca de riftborne. —Habían pasado semanas desde la última vez que había pensado en ello. Nadie aquí sabía lo que significaba, y había sido un agradable cambio en cierto modo, no tener que preocuparte por cómo te podría juzgar un extraño cuando posaba la mirada en ti.

—¿Riftborne? —preguntó Effie.

—Mis padres eran de Riftdremar… Marcaron a todos los niños tras la rebelión —contesté en voz baja, evitando el contacto visual.

El silencio se propagó por el claro, y yo me tragué el nudo que se me estaba formando en la garganta.

—¿Tus padres eran de Riftdremar? —Rethlyn se inclinó hacia delante y le lanzó a Vexa una mirada confundida.

—No sabíamos que había habido supervivientes —prácticamente susurró Vexa.

—¿Cómo es que sabéis lo de Riftdremar? —pregunté con un escalofrío recorriéndome entera. Un recuerdo afloró a la superficie—. Aether lo mencionó una vez, cuando llegué aquí. —¿Cómo se me había olvidado eso?

—Nos hablaron del conflicto cuando entramos en la Umbra —explicó Effie, frunciendo el ceño—. Cuando descubrimos lo de la arcanita.

—¿La arcanita? ¿Qué tiene que ver eso con Riftdremar? —La voz me salió áspera por el humo de la leña.

Los tres intercambiaron miradas de confusión.

—¿Por qué te crees que se libró la guerra? —Vexa entrecerró los ojos, no de una manera cortante, sino como si hubiera una verdad evidente delante de mis narices y yo me negase a verla.

«¿El levantamiento? Riftdremar se había opuesto a la influencia de Sídhe… Querían libertad después de que Sídhe llevara casi un siglo implicándose en su cultura. Querían morder la mano que les había dado de comer, que había invertido en su desarrollo…».

—Por la independencia —contesté, paseando la mirada entre los tres kalfar.

—Imagino que es una forma de verlo —susurró Rethlyn, conteniendo un suspiro.

—Fia…, Sídhe llevaba casi una década arrasando con las reservas de arcanita de Riftdremar antes de reducirla a cenizas.

De repente, lo vi todo claro y sentí como si el aire desapareciera de mis pulmones. El levantamiento jamás había tenido sentido. En algún punto, supongo que comencé a creer lo que Sídhe me estaba vendiendo, lo que nos estaba vendiendo a todos. ¿Cuántas veces más iba a tener que procesar que el suelo se abría bajo mis pies? ¿Cuántas veces más iba a tener que descubrir que todo cuanto conocía había sido mentira? Me levanté y caminé hasta apoyar el hombro contra un árbol.

«Respira».

—¿Cómo es que no sabías eso? —preguntó Effie en voz baja.

—No, ¿cómo es que lo sabíais vosotros? —repliqué, girándome deprisa. El miedo se enroscó en mis entrañas, amenazando con tirar de mí y hundirme.

—¿Crees que la única brecha que existe es la de Sídhe? —inquirió Vexa—. Conocíamos la de Riftdremar desde hace mucho más.

Sus palabras me impactaron tanto que me quedé callada.

—¿Habéis estado en Riftdremar? —pregunté en un susurro.

—Nosotros no. Pero antes… Antes de que el terreno se quemara, algunos umbra sí que estuvieron allí. —Los ojos de Rethlyn poseían una intensidad que no lograba interpretar.

—¿Qué hacían allí?

—Discutir una alianza. —Las palabras de Vexa me asestaron otro golpe.

¿Una alianza? ¿Contra Sídhe?

Pasó un rato. No estuve segura de cómo de largo fue ni de cuánto tiempo permanecimos así. El cielo gris se erigía imponente sobre nosotros; el bosque torcido se emborronó cuando se me nubló la vista.

—Entiendo que no te contaron nada de esto, ¿no? —Rethlyn tomó otro sorbo de su vino y se recostó con una expresión intensa en la cara.

Negué con la cabeza.

—Es más fácil controlar a las masas si las alimentas con una historia que los pinta como los buenos —murmuró Vexa.

—No lo comprendo. Si la gente de Sídhe te marcó y te tachó de rebelde, ¿cómo es que acabaste en la Guardia? —preguntó Effie con la voz al borde de la exasperación.

Las palabras calaron hondo.

—No me dieron otra opción.

—¿Te obligaron a luchar por ellos… después de todo? —preguntó Vexa disgustada.

—Así fue como empezó… —me trabé con las palabras—, pero al final fue de otro modo. Creía que hacía lo que estaba destinada a hacer. Lo que era correcto.

—Ese hombre del que has hablado antes… ¿también está en la Guardia? —Effie alzó una ceja.

Yo asentí.

Durante el silencio posterior parecieron juzgarme de un modo mal disimulado, aunque intentaron mantener expresiones educadas.

—Bueno —acabó diciendo Rethlyn, agitando el vino en la botella —, creo que debería darte la típica respuesta de «Te mereces algo mejor».

—No lo entendéis —respondí por fin; mi voz era más cortante de lo que pretendía—. Sé lo que os parece a los tres. Pero no me conocisteis antes. Cuando me metió en la Guardia, todo cambió.

—¿Es el general del que me has hablado antes? —preguntó Vexa; por su cara, estaba conectando los puntos.

Desvié la vista, incapaz de sostenerles la mirada.

—Vaya, tremenda dinámica de poder —musitó Effie.

—No era así —insistí mientras el calor me subía por la nuca.

—Te obliga a unirte a la Guardia, la misma que destrozó tu hogar y te marcó, ¿y te enamoras de él? —La voz de Vexa no sonaba cruel, pero dolía. No estaba segura de qué era peor.

Sabía lo que parecía todo aquello. Cómo debía de sonarles. Hasta revivirlo mentalmente me provocaba náuseas. Su lástima me agobió. Salía de ellos en oleadas.

—Bueno, salta a la vista que hubo un montón de manipulación ahí. —Suspiró Rethlyn, pasándose la mano por el pelo oscuro—. Llevas razón, Fia. Ninguno de nosotros tiene la más mínima idea de lo que es estar en esa situación. —Le lanzó una mirada a Vexa.

Las palabras se me escaparon antes de que pudiera pararlas, movidas por el vino.

—Laryk me enseñó mucho sobre mí misma. A cómo usar mi foco, a cómo luchar. Ha sido la única persona que alguna vez ha visto algo útil en mí.

—Parece que te estaba modelando como una nueva arma perfecta. —Vexa rechinó los dientes.

Me quedé tiesa.

—No sé para qué me molesto en explicároslo a vosotros —repuse con la voz temblorosa—. No tenía una vida, un propósito, hasta que Laryk me encontró. Me da igual lo que os parezca. Yo he sido la que lo ha vivido. Me estaba hundiendo, y él me salvó de mí misma.

Las lágrimas amenazaron con derramarse, pero me negué a que me vieran llorar. Me alejé del fuego.

—¡Fia, espera! —escuché a Vexa gritar a mis espaldas.

Sus disculpas me siguieron mientras me adentraba en la oscuridad, pero no aminoré el paso. Estaba tan concentrada en contener las lágrimas que prácticamente me estampé contra una forma sólida en las sombras.

Aether.

Pues claro que tenía que ser él. Pues claro que tenía que verme de esta manera, con las lágrimas corriéndome por la cara a pesar de mis esfuerzos por contenerlas. Seguro que me criticaba.

—No —dije cuando él se puso a caminar junto a mí—. Quiero estar sola. En silencio.

Pero no se marchó. Se limitó a andar en silencio a mi lado; su presencia, en cierto modo, era más firme que antes.

—No dejes que te afecten —comentó al fin en voz baja—. Yo los ignoro la mayor parte del tiempo, vaya.

La sencillez de su respuesta, tan desprovista de juicio o pena, hizo que el corazón se me aflojara un poquito mientras caminábamos hacia la montaña. Sin embargo, cuando alcé la vista, me percaté de que tampoco me apetecía regresar. Al confinamiento.

Me detuve.

Aether volvió los ojos hacia mí mientras arqueaba una ceja perforada.

—Preferiría… —empecé a decir, mirando desesperada en torno a mí—. No quiero regresar aún.

Se giró entonces del todo y se cruzó de brazos.

—¿Y a dónde quieres ir?

Solté un ligero suspiro al darme cuenta de que no tenía ni idea. Pero si me estaba proponiendo sacarme de aquí, si eso era lo que hacía con su pregunta, iba a aceptarlo.

—¿No podemos pasear y ya? —pregunté.

En lugar de responder, él solo me observó un instante con los ojos entrecerrados. Al final, se dirigió hacia la maleza, en dirección contraria a la montaña. Antes de procesarlo, se giró hacia mí, caminando de espaldas entre las ramas retorcidas.

—Bueno, ¿vienes o qué? —preguntó con una débil sonrisa en los labios.

Me sequé los restos de lágrimas saladas de los ojos y lo seguí.

No había ni un ruido en el bosque, a excepción del crujido de las ramas bajo nuestras botas. Agradecí el silencio tras la conversación junto al fuego, aunque mis pensamientos no hacían más que volver a sus preguntas sobre Laryk. A cómo parecían incapaces de entenderlo.

De repente, el brazo de Aether salió disparado delante de mi pecho, haciendo que me parara. Seguí su mirada al suelo, donde unos pinchos de madera podridos sobresalían de un foso oculto.

—Una trampa vieja —dijo, guiándome para rodearla—. El bosque está plagado de ellas.

—Pareces estar en tu hábitat natural aquí. —Recordé que Vexa lo había llamado «leñador» y que Rethlyn mencionó su cabaña—. Me sorprende. No tienes pinta de rural.

Arqueó una ceja.

—¿Y de qué tengo pinta?

—Bueno, nunca he visto a un cazador con tanto metal en la cara.

Soltó una extraña carcajada, profunda y fuerte.

—Los piercings son una tradición. Ya te irás enterando. —Le brillaron los ojos con diversión—. No sabía que las apariencias dictaminaban quién prefería los bosques a los fuertes.

—Entonces ¿admites que eres un ermitaño?

—Prefiero el término «sociable selectivo».

—Sociable selectivo —repetí—. ¿Así es como llamas a esconderse en el bosque?

—Habló la mujer que se está escondiendo ahora en el bosque conmigo.

—No me estoy escondiendo, estoy… —busqué la palabra apropiada— evitando estratégicamente cualquier conversación. Y responsabilidad.

—Salta a la vista que eso te funciona. —Le apareció un hoyuelo mientras rodeaba un tronco caído.

Un silencio agradable cayó sobre nosotros mientras nos adentrábamos más en el bosque. La tensión de antes había desaparecido. Me encontré observándolo cuando no miraba, analizando su modo de moverse entre los árboles con tanta familiaridad.

—Cuidado con dónde pisas —dijo, señalando otra trampa—. Se vuelven más difíciles de localizar cuanto más nos adentramos.

—¿Cuántas veces has caído en una?

—Ninguna. —Un indicio de orgullo se le reflejó en la voz—. Aunque Vexa se las arregló para encontrar la más profunda la primavera pasada.

Sacudió la cabeza, como si recordara algo.

—Está convencida de que yo pongo trampas elaboradas solo para chincharla —dijo—. Como si no tuviera cosas mejores que hacer.

No pude evitar sonreír ante la estampa de Vexa cubierta de barro, lanzándole acusaciones. Era raro ver este lado de él: el humor sutil,

la manera en la que su absurda melancolía se había suavizado. Ahora casi era amigable.

—Bueno, ¿qué haces exactamente aquí además de conducir a gente confiada a fosos mortales?

—Sobre todo, existir. —Se inclinó para esquivar una rama baja—. El bosque es más silencioso que el fuerte. Hay menos intrigas políticas.

Un chillido resonó encima, y los dos alzamos la mirada para ver una forma oscura recortada en el cielo gris. Nihr desplegó las alas cuando giró con brusquedad.

—¿Siempre te sigue así?

—Es protectora. —Aether siguió con los ojos el movimiento de su montura.

—Parecen… —vacilé— particulares. Al menos, para ser animales.

—Lo son. —Ese indicio de orgullo regresó a su voz—. Nihr me encontró poco después de salir del Vacío. No se apartó de mi lado en días. Al final, dejé de intentar ahuyentarla.

—¿Intentaste ahuyentar a una vördr?

—No fue mi momento más fino. —Se le contrajo una comisura de los labios—. Aunque, en mi defensa, diré que no pensaba con claridad en aquella época.

Traté de imaginarme cómo debió de haber sido. Salir del Vacío sin recuerdos, sin saber quién eras ni de dónde venías, y que entonces una poderosa criatura como esa decida que mereces que te siga. ¿Sabría siquiera lo que era un vördr entonces? ¿O Nihr sería otra cosa extraña más en un mundo que no tenía sentido?

Nihr voló a través de las copas de los árboles; las ramas se mecieron a su paso.

—Y ella… ¿decidió quedarse sin más? ¿Incluso tras tu vacilación?

—Los vördr eligen a sus jinetes de por vida. Una vez que han tomado la decisión, no hay vuelta atrás. Son bestias cabezotas. —Se encogió de hombros—. No sirve de nada discutir con una criatura que ha vivido durante siglos.

—¿Qué edad tiene?

—Nadie lo sabe con exactitud. Los registros mencionan una vördr negra con alas con puntas plateadas durante la primera guerra, pero… —alzó la vista cuando Nihr sobrevoló en círculos— es imposible afirmar si se trataba de ella.

—Entonces, supongo que eso la haría vieja, ¿no?

—Y por eso dejé de protestar. —Esa ligera sonrisa apareció de nuevo.

—Bien visto. —Me detuve, dejándome llevar por la curiosidad—. ¿Cuál fue la primera guerra?

Clavó la mirada en mí, curioso.

—La guerra que puso a los Valtýr en el trono. Antes de ellos, gobernaba el linaje de los Syrndore. —Se crujió los nudillos; el sonido reverberó por el bosque seco—. Pero los Valtýr eran duskbound y afirmaron que era un derecho divino gobernar.

—¿Y por eso ganaron?

—Unieron a las demás casas nobles. Los registros dicen que la lucha duró décadas. —Apretó la mandíbula—. Casi destruyó el reino antes de que los Valtýr reclamaran el trono.

Asentí mientras volvíamos a caer en un cómodo silencio.

—Deberíamos regresar —dijo Aether—. Necesitarás descansar para mañana.

Lo seguí hacia la montaña, evitando las ramitas de la maleza espesa y seca, consciente de pronto de lo mucho más ligera que me sentía.

CAPÍTULO 22

La arena de la montaña parecía distinta hoy. Más fría de alguna forma, como si la propia piedra supiera lo que se avecinaba. Nos encontrábamos en la antesala; el aire estaba cargado de anticipación.

Kenna se paseaba en círculos pequeños, derrochando nerviosismo. Incluso la máscara de Theron había desaparecido y este tamborileaba su muslo con los dedos a un ritmo irregular. Mira estaba de pie totalmente quieta, pero no dejaba de mover los ojos por el espacio. El único que parecía de verdad tranquilo era Valkan, reclinado contra un pilar con uno de sus guardias personales mientras daba la sensación ante todo el mundo de estar en una simple reunión social.

Vexa se acercó a nuestro grupo; su uniforme de cuero la señalaba como umbría.

—Aquellos a los que se os dé la oportunidad volaréis a la ubicación del Vacío esta tarde —dijo, y la voz tenía un matiz oficial que me seguía pareciendo extraño viniendo de ella—. Si aceptáis, no habrá vuelta atrás.

Nos echó un vistazo a todos con aquellos ojos violetas, deteniéndose en cada rostro.

—A aquellos que renunciéis o no seáis seleccionados para el Vacío se os ofrecerán puestos en otras unidades basados en vuestras

habilidades. Las tropas terrestres, el Regimiento de Exploradores y la Unidad Archivística necesitan soldados competentes. —Hizo una pausa y su expresión vaciló—. Todos los roles sirven al reino. Recordadlo cuando toméis la decisión.

Posó la mirada en mí, cargada con el peso de la conversación de anoche, pero yo mantuve la vista fija en la pared más lejana. La incomodidad todavía era palpable entre nosotras, lo que hacía aún peor la formalidad del momento.

—Fia —dijo al fin, señalando una esquina tranquila—, ¿podemos hablar?

Dudé, recordando los comentarios mordaces sobre Laryk, cómo casi me eché a llorar delante de ellos. Los otros fingieron no observar mientras yo me quedaba plantada en el sitio.

—Seré rápida —añadió con ligereza. Yo suspiré y dejé que me apartara.

Me llevó a un rincón lejos de oídos curiosos. Durante un instante, se limitó a quedarse ahí de pie, trazando los diseños de su uniforme distraída.

—Anoche fui muy dura —dijo al final, sosteniéndome la mirada—. Y eso es lo último que quería. Es que… siempre me pareciste muy segura de ti misma. Muy fuerte. Como si nada pudiera afectarte.

Casi me reí ante aquello. Había estado presa la mayoría de mi tiempo aquí, lo que no transmitía necesariamente una imagen de fuerza.

—Enterarnos de lo que sucedió en Sídhe —continuó—, cómo te trataron, cómo… —Sacudió la cabeza—. Me pilló con la guardia baja. Me enfureció. No contigo —se apresuró a añadir—, sino con ellos. Con cómo captaron a alguien con tu poder e intentaron… —Hizo un gesto vago.

—¿Convertirme en un arma? —le sugerí, incapaz de mantener la crispación de mi voz.

—En lo que fuera que necesitasen —me corrigió en voz baja—. Sin tener en cuenta lo que te habían arrebatado. Y todo eso mientras te ocultaban la verdad.

Las palabras tocaron una fibra sensible dentro de mí. Pensé en la chica asustada en Sídhe, la que había estado tan aterrorizada de su propio poder. La que se había ocultado de todo hasta que no tuvo más remedio que luchar. ¿Cuándo había cambiado aquello? ¿Cuándo me había convertido en alguien que los demás veían fuerte?

—Yo no soy… —comencé a decir, pero luego me detuve, sin saber cómo explicarlo—. No siempre fui así. Antes de todo, literalmente vivía con la cabeza baja y manteniéndome en las sombras. —Se me escapó una carcajada amarga—. Si lo piensas, es irónico.

—Y ahora controlas a seis centinelas a la vez y haces que Urkin se retuerza en su silla. —Volvió a aparecer aquella sonrisa burlona—. La gente cambia. Algunas veces, a mejor; otras, no. Parece que tu experiencia te ha ayudado a crecer. Y eso jamás es algo malo.

Pensé en ello, en todas las formas en las que había cambiado desde que me había unido a la Guardia. Algunos cambios habían sido obligados, otros los había elegido. Aunque ¿cuál era cuál? Sentía que la línea entre ellos se difuminaba cada vez más.

—De todas formas, lo siento —añadió en voz baja—. Siento lo que dije. No te lo merecías.

—¿Por qué te importa? —inquirí, y la pregunta se me escapó antes de que pudiera detenerla—. Hace unas semanas solo era vuestra prisionera.

El dolor se le reflejó en la cara.

—Porque no somos tan distintas. —Se encogió de hombros.

Antes de que pudiera responder, un movimiento cerca de la entrada a la arena me llamó la atención. Valkan se encontraba con los ojos blanquecinos fijos en nuestra conversación acompañado de sus guardias personales.

—Lo hizo bien en las pruebas —dije, tratando de redirigir la conversación.

Vexa apretó los labios en una línea.

—Demasiado bien. La sequía no parece afectarle en absoluto. Sus habilidades, su fuerza… Nada ha mermado como lo ha hecho para el resto de nosotros. Entiendo la desesperación del Consejo, pero preferiría morir antes que servir de ese modo.

Se oyó el sonido de un cuerno desde arriba que interrumpió nuestra conversación. El ruido reverberó por la piedra y sobresaltó a muchos candidatos. A través de la arcada, vi a los nobles tomar asiento.

—Candidatos —dijo Urkin; su voz resonó por la estancia—, tomad vuestras posiciones.

Vexa me dio un apretón en el brazo antes de alejarse.

—Pase lo que pase —susurró—, ya has demostrado tu valía.

Entramos en la propia arena, donde los generales estaban sentados en asientos elevados. La multitud parecía más numerosa que antes; los palcos de los nobles se encontraban llenos de rostros ansiosos. No pude evitar la punzada en el estómago al recordar que habían escogido a Valkan. Habían permitido que un monstruo participara en esta competición. Le habían dado aún más poder, más influencia.

—Candidato Theron, un paso al frente —ordenó Urkin.

Theron se movió con el mismo paso seguro que había mostrado en sus pruebas, pero me percaté del ligero temblor de sus manos.

Se plantó delante de la plataforma de los generales; la luz de la antorcha se le reflejaba en el pelo oscuro.

—Has demostrado ser digno de la elección —espetó Urkin; su voz inundó cada rincón de la arena—. Tus habilidades muestran no solo poder, sino control. Disciplina. —Hizo una pausa para dejar que las palabras calaran—. ¿Eliges entregarte por completo a Umbrathia? ¿Eliges acoger las sombras? ¿Te adentrarás en el Vacío?

—Sí. —La voz de Theron se transmitió con claridad por la habitación, decidida a pesar de los cientos de ojos que recaían en él. La multitud estalló en un aplauso mientras dos umbríos lo conducían fuera.

Esto estaba pasando de verdad. Me tragué el nudo que se me estaba formando en la garganta.

Kenna fue la siguiente, y aceptó con un aire solemne. Cuando Cassia lo rechazó, los susurros se propagaron por el público, pero los generales se limitaron a debatir un instante antes de ofrecerle un puesto en los exploradores. Su alivio fue palpable mientras la escoltaban fuera de la arena.

—Candidato Lael —gritó Urkin, y se me encogió el corazón.

El chico que se había sentado a mi lado en la hoguera pareció transformarse cuando se acercó a la plataforma. Tenía los hombros firmes y el mentón alto. Las palabras de Aether de anoche flotaban en el aire. «El Vacío te pone a prueba de maneras inimaginables».

—Sí —respondió Lael con un tono lleno de determinación. Sentí una punzada de orgullo en la sonrisa que se le dibujó en la cara.

La ceremonia prosiguió. Las habilidades de Raven con la comunicación por espejos le valieron un puesto en la Unidad Archivística. Mira aceptó la elección.

Entonces, Valkan se adelantó, y hasta el aire permaneció muy quieto.

Los rostros de los generales se habían vuelto tensos, aunque mantuvieron la compostura. Incluso la mala cara perpetua de Urkin se hizo más patente cuando Valkan se aproximó; sus movimientos parecían los de una de esas criaturas hechas para cazar.

—Lord Valkan —la voz de Urkin cargaba un peso que no había oído antes—, has demostrado ser digno de la elección. —Las palabras parecían costarle—. ¿Eliges entregarte por completo a Umbrathia? ¿Eliges acoger las sombras? ¿Te adentrarás en el Vacío?

La sonrisa de Valkan fue radiante y falsa.

—Amigos míos —dijo, hablándole directamente a la multitud y saltándose el protocolo—, este solo es el primer paso hacia la salvación de Umbrathia. Juntos, volveremos a llevar nuestro reino a la gloria. —Cruzó esos ojos letales con los míos—. Y haremos lo que sea menester para conseguir ese fin.

Los nobles se removieron en sus asientos; algunos se inclinaron hacia delante con entusiasmo; otros se echaron atrás. Valkan prosiguió hablando, pero apenas oí lo que dijo. Su mirada parecía aceite en mi piel, e hizo que me diera un vuelco el estómago. Cuando pasó por delante de mí para salir de la arena, se detuvo.

—Qué poder tan puro —murmuró en el tono justo para que solo yo lo oyera—. Te convertirás en una sombra magnífica.

Al final, solo quedé yo. El silencio continuó mientras los generales debatían en susurros. El peso de la atención de la multitud era palpable; una mezcla de curiosidad y sospecha que me había seguido desde mi llegada a Umbrathia. Urkin tenía los ojos clavados en mí, pero me negué a apartar la vista, recordando cómo me había observado al dirigir a sus centinelas. «Deja que vea esa fuerza ahora».

—Jamás —dijo por fin, y su voz llenó la habitación— una extranjera había estado donde te encuentras ahora. Jamás alguien

había demostrado ser digno de esta elección. —Tensó la mandíbula —. No obstante, tras mucho deliberar, hemos decidido que te has ganado el derecho a seguir demostrando tu valía para el reino. —Se irguió en su asiento—. Extranjera, ¿eliges entregarte por completo a Umbrathia? ¿Eliges acoger las sombras? ¿Te adentrarás en el Vacío?

El alivio me inundó.

Pensé en todo lo que me había llevado hasta allí, en las mentiras que me habían contado en Sídhe, en la verdad que había descubierto en este reino agonizante. Pensé en las palabras de Vexa sobre la elección. Puede que el Vacío me destruyera, me enseñara horrores más allá de la imaginación, pero al menos esta vez la elección sería mía.

Esta vez, sabía por lo que estaba luchando. Y sabía contra lo que estaba luchando. Di un paso al frente y paseé la vista por el grupo de generales. Cada uno de ellos asintió cuando cruzamos la mirada.

—Sí.

Las nubes se apretaban a nuestro alrededor, densas y grises. Las alas de Nihr las atravesaron con facilidad, haciendo que volutas de niebla me bailaran por la piel. Me removí en la silla de montar, tratando de ignorar lo cerca que Aether se encontraba sentado detrás de mí, cómo sus sombras parecían más tranquilas ahora de lo que lo habían estado en días.

Los otros candidatos se hallaban en algún sitio delante de nosotros, cada uno asignado a su propio escolta umbrío. Lo habían llamado «tradición», pero sospechaba que tenía más que ver con asegurarse de que ninguno de nosotros nos acobardáramos en el último momento. Aunque tampoco es que dar marcha atrás fuera una opción en ese instante, aunque quisiera.

Pensé en todas las preguntas que aún tenía, en todas las cosas que todavía no había entendido de lo que estaba por llegar. No obstante, preguntar se parecía a admitir el miedo, y ya había mostrado suficiente debilidad estos días pasados.

Nos sacudió una repentina ráfaga de viento, y me agarré con más fuerza al cuerno de la silla. La temperatura había ido descendiendo de manera constante desde que emprendimos el vuelo hacia el norte; el aire cada vez se volvía más denso. Incluso la luz parecía diferente aquí. Más oscura, quizá, o más profunda. Comenzó a formarse hielo en el arnés de Nihr, cristalizándose en patrones delicados.

Me castañeteaban los dientes a pesar de todos mis intentos de detenerlo. El frío había empezado a filtrarse por mi atuendo de cuero, calándome los huesos. Detrás de mí, Aether irradiaba calor. Antes de poder evitarlo, me encontré recostada un poco hacia atrás, atraída hacia esa calidez.

Sentí cómo él se ponía un segundo tenso antes de relajarse. Ninguno de los dos habló, pero él no se apartó.

—El frío empeora —dijo, con la voz cerca de mi oído; su aliento cálido contra mi piel— cuanto más nos acercamos.

Contuve un escalofrío que no tenía nada que ver con la temperatura.

—¿Cuánto falta?

—No mucho. —Hubo un deje de preocupación en su voz—. Lo sientes, ¿no?

Sabía lo que estaba preguntándome. Algo se me había instalado en la consciencia desde que nos habíamos adentrado en el territorio norte. Como un susurro apenas audible o una sombra que veía por el rabillo del ojo. Se parecía al modo en el que la oscuridad me había inundado en Emeraal.

—¿Es normal? —pregunté, odiando lo débil que me sonaba la voz contra el viento.

Él se detuvo un momento, y lo sentí removerse un poco detrás de mí.

—No, pero he creído que tal vez podría llamarte.

Nos golpeó otra ráfaga de viento; esta traía un filo cortante que me atravesó por completo. Nihr batió las alas con más fuerza contra ella, haciendo que nos inclináramos un poco y que acabara más pegada al pecho de Aether. La calidez que desprendía era una locura, un fuerte contraste con el hielo que se me estaba formando en el pelo y en las pestañas. Debí haberme apartado, haber mantenido cierta distancia, pero el frío se había vuelto demasiado intenso para luchar contra él.

—Los otros —comencé a decir, y luego vacilé, tratando de centrarme en otra cosa excepto en su proximidad— no recuerdan el tiempo que pasaron en el Vacío.

—Recuerdan partes de él —contestó después de un largo instante; su voz era un murmullo bajo que retumbó en mi espalda—. La mente se protege sola de lo peor. Entierra lo que no puede gestionar. —Bajó aún más la voz—. Pero algunas cosas dejan marcas que no se pueden olvidar.

Las nubes que estaban más adelante habían empezado a disiparse, revelando atisbos del paisaje de abajo. O lo que debería haber sido un paisaje. En vez de eso, había… nada. Una ausencia tan completa que dolía a la vista, como si intentaras ver a través de un agujero en el propio mundo.

—Ahí está —dijo Aether, a pesar de que no tenía por qué hacerlo. Ya podía sentirlo: un hambre voraz que parecía tirar de mí—. El Vacío.

Nihr se inclinó un poco, y las nubes se apartaron del todo. Me olvidé de respirar.

Se extendía tan lejos como me alcanzaba la vista; una masa de sombras retorcidas que consumía todo a su paso. No se escapaba ninguna luz de él, ni tampoco emergía ningún ruido. Incluso la luz tenue parecía alejarse de sus bordes, como si hasta el mismísimo aire temiera que lo devoraran.

Aquello fue lo que había cambiado a Aether. Lo que había dejado marcas en todos ellos. Y, en unas horas, tendría que adentrarme en sus profundidades.

De pronto, lo reconocí. De mi sueño con las niñas, ese en el que el padre las arrastraba a la oscuridad y la madre sollozaba tras todo lo ocurrido.

—Recuerda —dijo Aether con una voz que ahora apenas era un susurro—. No se trata de sobrevivir. Se trata de elegir seguir luchando, de resistirte, aun cuando todo dentro de ti quiera darse por vencido.

Creí que me había acariciado el brazo un segundo, pero, cuando me giré para mirarlo, tenía la vista fija más adelante con una expresión ilegible mientras planeábamos hacia la oscuridad infinita del Vacío.

CAPÍTULO 23

Los cinco permanecimos de pie ante un muro de nada; su masa de oscuridad se extendía sin fin en todas direcciones. Detrás de nosotros, había cinco umbríos que no reconocí, con sus quemaduras del Vacío oscuras contra la piel, mientras Aether nos dirigía hacia delante.

—Los nobles y los miembros del Consejo habrán llegado para cuando salgáis —dijo; su voz me llegó a través del vacío que nos separaba de la oscuridad—. Vendrán para presenciar vuestro triunfo o vuestro fracaso.

—Pero estamos a casi un día de viaje de Ravenfell —repuso Kenna, flaqueando un poco—. ¿Cuánto tiempo estaremos allí?

—El que haga falta. —La rotundidad en el tono de Aether no dio lugar a más preguntas.

La atracción del Vacío se había intensificado desde que habíamos aterrizado, como si estuviera vivo y me llamara. Ese susurro que había comenzado durante nuestro vuelo ahora se había convertido en un canturreo constante bajo la piel, haciendo que fuera muy difícil permanecer quieta.

—Ya podéis entrar —dijo Aether—. Espero veros al otro lado.

Nadie se movió. Las palabras quedaron suspendidas en el aire entre nosotros y ese muro de oscuridad. A Kenna le temblaron las manos cuando dio un paso adelante y luego se detuvo. Theron

parecía congelado en el sitio, alternando la mirada entre el Vacío y los umbríos como si buscara alguna pista oculta. Hasta la confianza de Valkan tenía pinta de haber vacilado, aunque solo fuera por un instante.

Pero la atracción era demasiado fuerte ahora. Cantaba en mi sangre; una sinfonía de sombras que me prometía respuestas.

No volví la vista atrás hacia Aether. No comprobé si los demás miraban. Simplemente, caminé hacia delante, con cada paso más seguro que el anterior, hasta que la oscuridad tendió los dedos ansiosos y tiró de mí.

Me consumió al momento. Unos zarcillos de sombra se me deslizaron por los brazos, las piernas, el torso… Su toque era abrasador y gélido a la vez. La visión se me puso negra y, acto seguido, desapareció mi sentido de la gravedad. Arriba se transformó en abajo, o tal vez ya no había arriba ni abajo. Solo la nada infinita y agobiante.

Las sombras no se contentaron solo con rodearme. Se adentraron a través de mi piel, abriéndose paso bajo la superficie con las garras, enterrándose en cada músculo, tendón y hueso hasta que no supe decir dónde terminaba yo y dónde empezaba la oscuridad. Me engulló los pulmones, y dio igual lo mucho que lo intentase, no podía respirar.

Mi telaraña se me aferró a la columna vertebral desesperada, tejiéndose hacia arriba mientras yo me resistía a la invasión. No obstante, incluso ese poder conocido me resultaba extraño aquí; débil y ajeno en este lugar de nada absoluta. Noté que comenzó a deshilacharse, a disolverse, a la par que la consciencia se alejaba aún más. Las sombras me arrastraron cada vez más hasta que ya no quedó nada de mí.

Y entonces…

Respiré hondo, llenándome los pulmones de aire puro.

Se me aclaró la vista de golpe. Una música palpitó a través de mi cuerpo, y, encima de mí, flotaba despacio una enorme flor cuyos pétalos arrojaban patrones cambiantes de luz por la multitud. El Enclave. Me encontraba en el Enclave. En Luminaria.

El familiar zumbido de la euforia líquida me recorrió las venas. A través de las luces cambiantes, los vi —a Osta, a Raine y a Briar— bailando y riéndose mientras daban vueltas entre la multitud. Una sonrisa tiró de mis labios. Parecían tan vivos, tan reales. Noté que me dejaba llevar, mezclándome con las figuras danzantes a mi alrededor. Las melodías atronaron a través de mí mientras las mentes empezaban a brillar en torno a nosotros, palpitando al ritmo de la música.

Entonces, algo cambió.

Una a una, las caras se giraron hacia mí. Las sonrisas permanecieron, pero los ojos… Los ojos se pusieron en blanco, vacíos. Huecos. Cada persona que veía se contorsionaba con agonía y las caras se les retorcían en máscaras de dolor mientras la sangre les fluía a chorros de la nariz, de los ojos después y, por último, de las orejas, llenándoles los cuellos de manchas carmesíes.

Chillé, pero el sonido se perdió en la música. Cientos de cuerpos cayeron muertos. Osta, Raine, Briar. Todos ellos, por mi culpa. Porque los había mirado.

Cerré los ojos de golpe y me presioné las palmas de las manos contra ellos hasta que vi estrellitas detrás de los párpados. «No es real. No es real. No es…».

Cuando los volví a abrir, me encontraba en otra parte. La luz del sol se colaba por unas ventanas arqueadas e iluminaba un vestíbulo que nunca había visto antes. Aunque sí conocía a esta gente: a Eron, Jacquelina y las personas con las que había crecido en el

hogar de acogida, la Casa de la Unión. La primera pareja riftborne en ser padres en Luminaria. Estaban sentados con rigidez en sus sillas. Entre ellos, había una niña pequeña con ojos curiosos. Leila, su hija.

Una mujer se aproximó y alargó la mano hacia Leila. Ella se marchó por voluntad propia con su inocente sonrisa sin flaquear jamás. Jacquelina se derrumbó en los brazos de Eron mientras las lágrimas le corrían por la cara.

«No». Sabía lo que venía ahora. No quería verlo, no quería…

Pero la escena cambió de todas formas. Leila estaba sentada en el centro de una sala con un hombre detrás de ella. El hierro de marcar salió de unas llamas de extraños colores, y la sonrisa de la chica se quebró al fin.

—¡Para! —grité—. ¡Para, por favor!

El mundo se inclinó y giró, y de pronto estaba mirando a través de los ojos de Leila. Esos dedos pequeñitos, mis dedos, se extendieron cuando el hierro descendió. El dolor me embargó cuando el metal caliente entró en contacto con mi piel, derritiéndose esta contra la quemadura. Chillé y me retorcí. El dolor era inimaginable hasta que la consciencia se desvaneció.

La botica se materializó a mi alrededor con sus familiares estanterías de madera llenas de plantas secas y tinturas. Me hallaba en mi escritorio, el mismo en el que me había pasado incontables horas moliendo hierbas y copiando las recetas de Ma. El aire parecía denso, cargado con una peste desconocida.

—Esas plantas rebeldes te están dando problemas otra vez, ¿no? —Me llegó la voz de Ma desde atrás, cálida y familiar. Me giré y la vi organizando frascos con manchas de hibisco en las manos, como de costumbre. El cabello castaño veteado de canas se le salía del moño, tal y como recordaba.

—Hoy algo huele fatal —repliqué, cayendo en la cháchara habitual a pesar de que algo raro se arremolinaba en los bordes de mi mente.

—¿Peor que la vez que dejaste que se pudrieran las setas? —Me lanzó esa mirada significativa, la misma que siempre me hacía sentir como una niña de nuevo.

Atisbé un movimiento por el rabillo del ojo. Miré de nuevo las estanterías, y se me detuvo el corazón.

Allí estaban ellas, Bekha y Jordaan, con los ojos vacíos y blancos, la piel gris y desollada. El hedor a descomposición manaba de ellas en oleadas. «No, no. No están muertas. No las he matado. No…».

Ma abrió los ojos como platos, horrorizada, cuando se fijó en los cadáveres y se llevó las manos a la boca mientras ellas me señalaban a mí.

—¿Tú has hecho eso, Fia? —A Ma se le quebró la voz mientras se tambaleaba hacia atrás. El miedo de su mirada hacía más daño que cualquier arma—. ¿Qué eres?

—No están muertas —susurré; las palabras salían a borbotones cada vez más rápido—. No están muertas. No. No. No…

Di un paso hacia ella, extendiendo la mano, pero Ma retrocedió.

—¡No te acerques a mí! —El chillido brotó de su garganta y me rasgó el pecho.

Se me hizo trizas el corazón y se me llenaron los ojos de lágrimas, emborronando el horror que había ante mí. Cuando al fin se desbordaron, la escena desapareció y tomó forma de nuevo en…

Sábanas de seda debajo de mí. Un peso familiar encima. El ámbar quemado y el vetiver me llenaron los pulmones cuando el aliento de Laryk me recorrió el cuello y enredó los dedos en mi melena. Se me hinchó el corazón ante su cercanía.

—Perfecta —murmuró contra mi garganta. Clavó los ojos esmeraldas en los míos, suavizando la mirada de esa manera tan inusual que reservaba solo para mí antes de oscurecerlos al moverse. Se me escapó un gemido, y él me apretó más fuerte—. Eres diferente —jadeó—. Única. La cosa más increíble que hayan visto mis ojos. —Cada palabra me produjo una sensación de calidez en el pecho, borrando el dolor hueco que había habitado allí tanto tiempo. Esto era todo cuanto deseaba, todo cuanto extrañaba.

Recorrí con los dedos la extensión de su espalda mientras el placer crecía entre nosotros. Su boca encontró la mía, y yo me perdí en el beso, en lo correcto y perfecto que era este momento.

Y, acto seguido, se me echó al cuello, deslizándome los dientes por la piel antes de besarme y atraerme más hacia él. Sin embargo, la siguiente vez que habló, su voz sonó distinta.

—Mi arma favorita —gimió contra mi clavícula.

—¿Qué? —La palabra se me quedó atascada en la garganta.

Me agarró el pelo con el puño y me pegó un tirón hacia el lado.

—Fíjate en lo increíble que eres —ordenó, obligándome a observar el espejo que había en la pared.

La cara de Narissa me devolvió la mirada; su cabello rojo extendido sobre las sábanas de seda como sangre fresca.

Se me revolvió el estómago cuando cruzamos los ojos en el espejo mientras ella curvaba los labios en una mirada significativa. Me tambaleé hacia un lado de la cama con el cuerpo temblándome y con arcadas. Las sábanas de seda se enroscaron en torno a mí cuando el mundo parpadeó…

Y, de repente, me hallaba de espaldas sobre la hierba seca que crujía. La cama ya no estaba. Laryk ya no estaba. Tan solo la oscuridad se extendía sobre mí, absoluta y sin fin. La realidad me

golpeó cuando apareció con brutal claridad. El Vacío. Me encontraba en el Vacío.

Tenía el pecho agitado mientras jadeaba en busca de aire; las sombras me apretaban de forma agobiante. El pasto que había bajo mis dedos parecía extraño; cada hoja estaba lo bastante afilada como para hacer brotar sangre. ¿Me lo habría imaginado todo? A Osta y sus ojos ensangrentados, a Ma y su miedo, a Laryk y su…

«No. No pienses en ello. No…».

Sin embargo, la oscuridad ya volvía a extenderse hacia mí con sus zarcillos envolviendo mis pensamientos y tirando de mí hacia abajo. Intenté pelear, intenté aferrarme a este instante de lucidez, pero las sombras eran más fuertes. Me arrastraron cada vez más abajo hasta que la consciencia se quebró de nuevo.

CAPÍTULO 24

La oscuridad se extendía en todas direcciones, pero esta vez era distinto. Las sombras se ensanchaban y se retorcían a mi alrededor; sus susurros cada vez eran más altos, más insistentes. Hablaban del poder que se encontraba más allá, a la espera de que lo reclamaran.

A lo lejos, dos imágenes centelleaban como espejismos. A un lado, vi Ravenfell, a su gente consumiéndose mientras la esencia era drenada de su tierra. A Vexa acunando a una Effie sin vida. A Lael colapsando en medio de la calle. Incluso los ojos dorados de Aether se habían tornado opacos y sus sombras se habían desvanecido mientras la sequía lo consumía todo.

Al otro lado, Sídhe resplandecía con una vitalidad robada. La Guardia se apilaba en la frontera, con Laryk a la cabeza, preparándose para la guerra. Ellos no entendían lo que estaban haciendo, que su prosperidad era a costa de un reino entero. Que estaban destrozándolo todo.

Las sombras se me enroscaron alrededor de los tobillos y se me deslizaron por las piernas con una elegancia seductora. «Podemos darte el poder para detener esto», parecían susurrar. «Para salvarlos a todos».

Una fuerza imposible sobrevolaba justo fuera del alcance. Lo único que tenía que hacer era soltar. Dejar de luchar. Permitir que la oscuridad consumiera todo de mí, todo aquello en lo que me había

convertido yo misma. Mi telaraña, mis recuerdos, mi voluntad… Todo se disolvería en las sombras.

«Podemos mostrarte cómo», ronronearon las sombras, envolviéndome ahora la cintura, las costillas, la garganta. «Solo has arañado la superficie de aquello en lo que te podrías convertir».

Las imágenes cambiaron. Me vi dominando las sombras como si fueran extensiones de mi cuerpo, abriendo agujeros entre los reinos, dirigiendo ejércitos de oscuridad. Podría imponer la paz por medio del auténtico poder. Podría hacer que todos dejaran de luchar, que dejaran de matarse entre ellos. No más mentiras, no más robo de esencia, no más muertes.

Sin embargo, en el fondo de mi ser, sabía el coste que eso tendría. Lo perdería todo, no solo los recuerdos, sino cada pizca de esencia de quién era; me transformaría en alguien irreconocible. Me convertiría en el propio Vacío. Infinito. Hambriento. Absoluto.

La versión de sombras de mí misma se giró para mirarme con unos ojos como la oscuridad infinita. No crueles, tampoco amables, simplemente despojados de todo lo que me hacía ser yo. Sin rastro de la chica que había crecido en la botica de Ma. Sin vestigios de la luchadora en la que Laryk había visto potencial. Nada quedaría de la persona que había encontrado algo por lo que valía la pena luchar en este reino agonizante.

«Siempre has estado destinada a esto», susurraron las sombras. «¿Por qué si no te llamaríamos con tanto ahínco?».

Estaban en lo cierto. Lo había sentido desde el principio, esa atracción, ese sentido de reconocimiento. Las sombras nunca me habían resultado extrañas, ni tampoco erróneas. Eran como volver a casa.

«Déjate llevar».

Una simple elección. Sacrificar todo lo que yo era para convertirme en algo lo bastante poderoso para salvarlos a todos.

El poder canturreaba por mis venas, prometiéndome todo lo que siempre había querido. Que la guerra terminara. Que finalizara el sufrimiento.

Lo único que tenía que hacer era dejar de ser Fia.

Mis visiones cambiaron otra vez. Me vi entre los dos ejércitos; mi mera presencia era suficiente para hacer que bajaran las armas. Vi la esencia fluyendo con libertad por Umbrathia una vez más, a los niños jugando en jardines que habían vuelto a florecer. Vi a la gente de Sídhe aprendiendo a vivir sin poder robado, adaptándose, fortaleciéndose por sí solos.

«Podrías acabar con todo esto», me prometieron las sombras. «Ahora mismo».

Mi telaraña emitió un último pulso desesperado contra la columna cuando la oscuridad comenzó a penetrar en ella, transformando sus hilos perlados en zarcillos oscuros y viscosos.

Sentí cómo yo misma empezaba a desvanecerme; mis recuerdos se convirtieron en líquido y se me derramaban de los dedos como si fueran agua. La sonrisa de Ma. Los ojos esmeralda de Laryk. La mirada dorada de Aether en la hoguera. Comenzaron a emborronarse, a perder el significado.

«Déjate llevar», canturreaban las sombras. «Déjate llevar, déjate llevar, déjate llevar…».

—No se trata de sobrevivir.

Las palabras cortaron la oscuridad como una espada, afilada y familiar. Era la voz de Aether.

—Se trata de elegir seguir luchando, de resistirte, aun cuando todo dentro de ti quiera darse por vencido.

Las sombras sisearon y apretaron con más fuerza, pero las palabras ya habían arraigado. Luchar. No resistirse. No dejarse llevar. Luchar.

Las sombras me rozaron; sus susurros se volvieron más afilados, desesperados. «Estás cometiendo un error. Piensa en lo que te convertirías. Piensa en lo que podrías salvar».

Las sombras titilaban ahora con más rapidez: Ravenfell restaurada, Sídhe en paz, ambos reinos floreciendo bajo mi poder absoluto. No obstante, debajo de esas premisas, latía algo más oscuro. Un hambre que nunca se satisfaría. Un vacío que consumiría todo, incluso hasta después de que no me quedara nada que dar.

«No puedes luchar contra lo que estás destinada a ser», sisearon. «No puedes negar tu verdadera naturaleza».

Sin embargo, se me vinieron a la cabeza las palabras de Aether de nuevo. Luchar contra la tentación de tomar el camino fácil. Contra perderme en el poder que me prometía todo, pero que me costaría más. Porque era mentira. El Vacío no me ofrecía poder, estaba tratando de consumirme.

Las sombras me presionaron con más fuerza, intentando colarse más hondo en mi esencia. Mi telaraña destellaba contra mi columna vertebral, sin ceder ya ante su invasión. Cada zarcillo de oscuridad que trataba de corromperla se encontraba con una resistencia férrea.

«Eres débil», espetaron las sombras. «Podrías ser infinita».

—Prefiero ser yo misma —susurré, y sentí la verdad de aquello ardiendo por mis venas.

La oscuridad retrocedió, aunque solo por un segundo. Volvió a surgir más fuerte, dispuesta a quebrarme. Pero ahora lo entendí: aquella era la verdadera prueba. No si podría sobrevivir al Vacío, sino si podría sobrevivir sin perderme a mí misma.

Me aferré a esa verdad mientras las sombras se propagaban a mi alrededor como si intentaran desgarrarme, como si me mostraran todos los horrores que podrían suceder si me negaba. Aguanté y luché.

Volví a estrellarme contra el pasto muerto; todos los músculos gritaban de la agonía. El suelo me resultaba extraño bajo los dedos; frágil y afilado mientras me abría camino a través de la oscuridad. Me temblaron los brazos cuando me incorporé, deseando que me respondieran las piernas, huir y apartarme de las sombras que aún me alcanzaban.

Corrí. Durante horas, tal vez días; el tiempo aquí no significaba nada. Tenía la garganta en carne viva por gritar, aunque de ella no emergía ningún sonido. Solo el silencio infinito y la oscuridad expandiéndose en todas direcciones. Me ardían las piernas, me dolían los pulmones, pero seguí moviéndome. Tenía que hacerlo.

Me tropecé con algo sólido, me precipité hacia delante y me caí al suelo con fuerza. Palpé tela y, a continuación, carne, un cuerpo. Se me heló la sangre cuando traté de descubrir quién era en medio de la oscuridad. Una tos húmeda y gorgoteante rompió el silencio.

—¿Lael? —La voz me salió estrangulada—. ¡Lael!

Él volvió a toser, y el sonido me pareció denso y extraño. Lo agarré por debajo de los brazos e intenté arrastrarlo conmigo, pero me había quedado sin fuerzas. Las lágrimas me corrían por la cara mientras tiraba con más ahínco, desesperada por sacarlo de aquí.

—Si te lo llevas, me deberás un favor, querida niña.

La voz tronó a través de la nada. Ronca, gutural y terrorífica. No era como los susurros de antes. Era otra cosa.

—Todo tiene un precio. —La voz resonó con más fuerza, haciendo que toda la oscuridad temblara—. Te sentí en cuanto pusiste un pie en mi reino. —La voz parecía presionar contra mi piel y hacía que

me pitaran los oídos—. Tú no eres como ellos, ¿sabes? Como los otros. Como él.

Algo tiró de Lael en medio de la oscuridad, pero yo lo agarré con más fuerza y le clavé los dedos en los brazos.

—¡He pasado tu prueba! —grité al final; mi voz atravesó el silencio sofocante. Las palabras me desgarraron la garganta, crudas y desesperadas.

—¿Prueba? —La voz tenía un matiz de diversión, aunque el sonido hizo que se me pusiera la carne de gallina—. Eso solo era el principio, querida niña. La verdadera pregunta es: ¿qué sacrificarías por él?

Se me paró el corazón.

Me aferré a Lael aún más cuando unas fuerzas invisibles trataron de apartarlo. Acababa de evitar la atracción de la oscuridad, acababa de escapar de su agarre a pesar de sus tentaciones. Dirigí la vista hacia abajo, hacia Lael, y sentí cómo su pecho subía y bajaba de manera superficial y con esfuerzo. Era un niño luchando en una guerra que se lo había arrebatado todo. Pensé en sus padres. Pensé en cuánto deseaba ver el chico que la vida regresaba al reino.

No podía permitir que se desvaneciera en la nada en este lugar, consumido por la oscuridad.

—Cualquier cosa —solté con la voz entrecortada.

—Qué peligro. —La oscuridad pareció pulsar a nuestro alrededor —. Ofrecer algo así a fuerzas que no entiendes.

—No me importa lo que me cueste. —Se me quebró la voz—. Solo déjame salvarlo.

—Y aquí está. —La voz sonó más fuerte, presionando de todos lados—. La verdad en ti. Tan dispuesta a hacer un trato con la oscuridad para salvar a alguien que apenas conoces. Te vendrá bien para lo que se avecina.

—¿Qué? ¿Que me vendrá bien… para lo que se avecina?

—Acepta mi trato, querida niña. Débeme un favor para que me lo cobre cuando yo elija. Y así podrás conservar a tu preciado protegido.

Me dolían los brazos de agarrar a Lael. Todo mi interior gritaba que aquello estaba mal, que hacer tratos con cosas antiguas y desconocidas solo podía acabar en tragedia. No obstante, no podía dejarlo ir. No podía abandonarlo aquí en esta oscuridad infinita.

—Acepto —susurré.

—Una última escena para ti, querida. Creo que es la que has estado esperando ver tal vez toda tu vida.

La oscuridad se propagó, y de pronto el peso de Lael se desvaneció de mis brazos. Se me emborronó la visión, y me encontré bajo un cielo estrellado con llamas rugiendo a mi alrededor. En medio del infierno, los vi: una pareja sumida en un abrazo. El pelo de la mujer se parecía mucho al mío. Revoltoso y largo, pero más oscuro, más rubio que blanco. El hombre que la agarraba tenía la piel casi tan gris como el humo que los rodeaba y un cabello largo y negro que le caía por la espalda en trenzas intrincadas. Y sombras. Sombras en torno a los ojos.

Apretaron más los brazos alrededor del otro, ambos con brazaletes de oro en ellos que reflejaban el violento fuego que los rodeaba. Una última mirada, un último vistazo de entendimiento. Una mirada que yo jamás había intercambiado con otra persona.

Se aferraron el uno al otro mientras las llamas descendían sobre ellos y los consumían.

Y, entonces, dejaron de existir.

La realidad regresó de golpe a la oscuridad, y me atraganté con el humo fantasma mientras me ardían los pulmones. El peso de Lael volvió a mis brazos.

—¿Qué era eso? —jadeé—. ¿Quiénes eran?

El silencio fue la respuesta.

—No es habitual que intervengan. Deben de temer mucho lo que les depara.

—¿Quiénes? —inquirí—. ¿De qué hablas?

—Supongo que esto ahora te pertenece.

Las palabras me golpearon como un puñetazo. La oscuridad se arremolinó alrededor de mí, a través de mí, dentro de mí, pero esta vez no trató de consumirme. Un poder surgió en mi interior cuando apreté a Lael contra mi pecho. Embriagada. Estaba embriagada, al igual que lo había estado en el prado de Emeraal. Al igual que lo había estado cuando Aether me tocó. No obstante, luché contra la sensación. Necesitaba sacar a Lael de allí de una vez.

Me incorporé en mitad de la nada; mis pies dejaron la hierba afilada atrás con Lael entre los brazos. No estuve muy segura de cómo supe hacia dónde ir, pero lo hice. No de una forma consciente, sino más bien como respondiendo a una sensación, un magnetismo de las sombras que me atraían. La oscuridad se derritió a nuestro alrededor como noche líquida. Y por fin me encontré allí. Pude ver un atisbo de cielo gris más allá de la bruma oscura. Me estampé contra ella.

Romper la barrera entre el Vacío y la realidad era como volar en medio de un agua densa; la presión tiraba de mi cuerpo y me frenaba. Al fin, salimos de pronto al aire viciado. Y todos los murmullos se acallaron hasta desaparecer. Las sombras no se disiparon, pero se enroscaron a mi alrededor como un manto vivo, danzando por mi pelo mientras este se azotaba salvaje y blanco contra la piel grisácea.

Escruté la multitud que había debajo, buscando. Nobles con sus mejores galas, miembros del Consejo, ciudadanos de Ravenfell…,

todos se difuminaron a la vez hasta que encontré a quien intentaba localizar. A Aether. Tenía los ojos clavados en los míos y luego los bajó hacia el cuerpo lacio de Lael. Se movió antes de que yo aterrizara siquiera, empujando con el hombro a los nobles, abriéndose paso entre la multitud.

A Lael le costaba respirar más y más; cada jadeo superficial desgarraba algo en mi interior. Las sombras me bajaron y planté los pies en la tierra. La gente se dispersó delante de mí mientras yo echaba a correr.

—Necesita ayuda —dije con la voz ronca mientras Aether me alcanzaba. Las quemaduras del Vacío en la piel de Lael le trepaban por el cuello bajo el crepúsculo y se le extendían como el humo. A pesar de que yo lo estaba envolviendo con los brazos, esas marcas no me tocaron—. Por favor.

Aether se movió sin dudar. La dura fachada que por lo general cubría toda su presencia pareció quebrarse cuando me ayudó a sostener el peso de Lael. Lo vi entonces: el miedo en sus ojos cuando miró al chico que había salvado en Croyg.

—Traed a los médicos. —La voz de Aether cargaba con una desesperación que jamás había oído antes—. ¡Ahora!

Las sombras aún se enroscaban a nuestro alrededor, pero apenas me di cuenta de ellas ni de los susurros de la multitud. Lo único que importaba era el débil movimiento del pecho de Lael y la manera en la que le temblaban las manos a Aether mientras le tomaba el pulso al muchacho.

Cuando los médicos vinieron a toda prisa, atraje la atención de Aether una vez más. Ahora la máscara se le había desvanecido por completo. Solo quedaba un miedo puro en sus ojos.

—Contemplad —gritó la voz de Karis a mis espaldas—. Ha emergido una duskbound del Vacío.

CAPÍTULO 25

El Vacío se extendía ante nosotros. Los susurros de la multitud se propagaron a través de la nada que había a mis espaldas, pero yo mantuve la mirada hacia delante buscando cualquier movimiento. Vexa permanecía junto a mí callada, algo impropio de ella.

—¿Cuánto tiempo he estado ahí? —pregunté al final, aún con la voz ronca.

—Doce horas. —Cambió el peso de un pie a otro y se cruzó de brazos—. Theron salió el primero y Mira después. Tú has salido con Lael hace una hora más o menos.

Asentí mientras lo procesaba. Los médicos no habían tardado en llevarse a Lael y en darse prisa por estabilizarlo. Se hallaba inconsciente pero vivo, eso era lo que importaba. Me había resultado imposible seguir el paso del tiempo allí, pues se alargaba y se contraía sin lógica ni motivo.

—Doce horas —repetí—. A mí me han parecido semanas. Y también minutos.

—Es normal. —Vexa sonrió, pero la sonrisa no le llegó a los ojos—. Aunque lo de salir con otra persona… Eso es… inusual. —Me lanzó una mirada—. ¿Quieres hablar de lo que ha ocurrido ahí?

—No mucho.

—Está bien. —Se quedó callada un momento—. Kenna todavía sigue dentro. Y Valkan.

Contemplé el Vacío y deseé en silencio que Kenna fuera la siguiente a la que dejara salir. Y que Valkan no saliera nunca.

Los demás candidatos se habían congregado cerca de uno de los salientes rocosos. Theron estaba sentado con la espalda apoyada en la piedra y los ojos fijos en algún punto lejano, mientras que Mira daba vueltas cerca en círculos cerrados. Sus quemaduras del Vacío parecían salvajes, recientes… y dolorosas de un modo que hizo que mi propia piel me escociera por empatía.

—¿Has visto algo ahí dentro? —El susurro de Mira me pilló con la guardia baja. Había dejado de caminar y se había detenido a apenas unos pasos—. Además de la oscuridad, me refiero.

Abrí la boca, pero, antes de que pudiera responder, los nobles comenzaron a llegar en grupos; su ropa elegante contrastaba con el paisaje gris. Lord Skaldvindr lideraba uno de los grupos y Lord Sveinson, otro. Había cierta tensión en sus conversaciones en voz baja.

—Todos están aquí por la misma razón. —Rethlyn apareció a mi lado; su comportamiento juguetón había sido sustituido por frialdad —. Para ver qué es lo próximo que sale de la oscuridad.

—Querrás decir «quién» —lo corregí.

—No. —Siguió con la mirada a las casas nobles mientras se posicionaban de manera estratégica en la zona—. Kenna les da igual. Están aquí por él. La salida de Valkan podría cambiarlo todo.

—El Consejo ya se ha dividido —añadió Vexa en voz baja—. Si logra emerger con éxito ahí…

No hacía falta que terminara. Había visto lo rápido que las casas nobles habían cambiado sus alianzas durante la asamblea. Lo desesperados que estaban por cualquier solución para su reino agonizante.

Una figura empezó a materializarse en las sombras.

Valkan emergió de la oscuridad con la misma gracia fluida que había mostrado durante las pruebas. Cuando avanzó hacia la luz gris, se limpió una mancha oscura de los labios. Sangre. Me dio un vuelco el corazón. ¿Sería suya?

Barrió la multitud con los ojos antes de posarlos en sus brazos desnudos. Una sonrisa se le dibujó en la cara.

No tenía quemaduras del Vacío en la piel.

—¿Cómo es posible? —le susurré a Vexa, pero ella parecía tan confundida como yo.

La palabra «duskbound» se propagó entre la multitud a medida que Valkan alzaba los brazos y reclamaba su atención.

—Amigos míos —su voz se extendió por el lugar, suave como la seda—, el Vacío me ha elegido. No ha habido prueba, demanda ni sacrificio. Solo debía encontrar mi camino de vuelta a vosotros.

Pillé a Theron y a Mira intercambiando miradas de incredulidad. Sus quemaduras del Vacío parecieron oscurecerse en contraste con la piel inmaculada de Valkan.

Sus ojos blanquecinos se clavaron en los míos, y su sonrisa se volvió más afilada. Cruzó el espacio que había entre nosotros con pasos comedidos y se acercó tanto que le olí la sangre en el aliento.

—Sabía que eras especial —susurró. Antes de que pudiera reaccionar, me agarró de la mano y la alzó junto a la suya—. ¡Mirad! —gritó a la multitud—. ¡Dos duskbound han emergido para conducir a Umbrathia a una nueva era!

Aparté la mano de un tirón, pero, en lugar de retroceder, me mantuve firme.

—Hola, encanto —murmuró, acercándose más—. Estás deslumbrante.

—¿Y Kenna?

Soltó una ligera carcajada.

—Cuánto te preocupas por los demás. Qué… adorable. —Alargó la mano como si fuera a tocarme la cara, pero me eché hacia atrás—. Podríamos ser increíbles juntos, ¿sabes?

—No me has contestado.

—No —aceptó; su sonrisa se agrandó unos segundos—. Supongo que no. —Se pasó la lengua por los dientes.

—¿Te has encontrado con ella allí? —insistí, aunque el miedo se arremolinaba en mi estómago.

—El Vacío nos muestra quiénes somos de verdad —respondió con sencillez, bajando la voz—. Algunos de nosotros solo estamos más… dispuestos a aceptar nuestra naturaleza que otros. —Desvió los ojos a mis labios—. Tú también lo estarás con el tiempo. Una vez que entiendas todo lo que podríamos conseguir juntos.

La comprensión me cayó como un jarro de agua fría.

—La has matado.

La sonrisa no se le borró de la cara.

—Menuda acusación, chica. —Se aproximó más, y noté su aliento frío contra el oído—. Hay mejores formas de usar esa boca tan bonita.

El asco me atravesó por completo, revolviéndome el estómago. Antes de poder apartarme, Aether se materializó a mi lado. Me agarró del brazo y tiró de mí para colocarme detrás de él mientras se posicionaba entre Valkan y yo. Hasta con el uniforme podía ver la tensión que emanaba de su cuerpo, listo para atacar. Por una vez, no me molestó que se metiera.

Urkin se adelantó, y los demás generales lo siguieron mientras se abrían paso entre la multitud. Se produjo un fuerte silencio en la zona. Urkin abrió los ojos como platos cuando se fijó en la piel sin marcar de Valkan.

—No es posible —dijo con un hilo de voz.

—¿No has experimentado nada? —Theron permanecía de pie con la voz cargada de incredulidad.

—Solo la pura oscuridad. —Valkan abrió los brazos sin dejar de sonreír—. La oscuridad que reconoce a su igual.

—Ningún damphyre había entrado antes en el Vacío. —Talon se aproximó, ajustándose la ropa de Archivística mientras estudiaba a Valkan—. No sabemos qué efectos podría tener.

La multitud manifestó físicamente rechazo ante la mención de los damphyre. Vi cómo la sonrisa de Valkan flaqueaba apenas un instante antes de volver a blandirla.

—No hay sombras en tus ojos —espetó Vexa. Se movió para acercarse, pero Effie la agarró del brazo y tiró de ella hacia atrás.

La guardia personal de Valkan se materializó de entre la multitud y tomó posición alrededor de él con los ojos blanquecinos entrecerrados. Sus movimientos eran tan fluidos y suaves que me provocaron un escalofrío.

—La extranjera ha emergido envuelta en sombras —anunció el general Karis, paseando la mirada calculadora entre Valkan y yo—. Tú, sin embargo, has salido tal y como has entrado.

Un destello siniestro le cruzó la cara a Valkan.

—¿Veis mi piel marcada por las quemaduras del Vacío? —Valkan alzó la voz, dirigiéndola hacia la multitud con una autoridad entrenada—. Solo hay tres resultados cuando uno se adentra en el Vacío. Evidentemente, mi salida habla por sí sola.

—Demuéstralo. —La voz de Mira cortó la tensión mientras se ponía de pie de un salto.

—Bastará con una simple demostración. —Rethlyn se encogió de hombros, acercándose al lado de Vexa y Effie. Su mirada distendida no encajaba con el filo de su voz.

Valkan entornó los ojos, aunque mantuvo la sonrisa fija en la cara.

—Ningún otro kalfar que haya emergido inmaculado del Vacío ha dejado de reclamar el título de duskbound. No permitiré que me obliguéis a demostrar nada. Sigo siendo el lord de Draxon. Haríais bien en recordarlo.

Entonces, lord Skaldvindr salió de entre la multitud flanqueado por miembros de otras casas nobles. Paseó los ojos oscuros por la escena, evaluando.

—Lord Valkan, solicitamos que nos lo demuestres. Eso acabaría con todas las dudas de inmediato.

Valkan caminó con pasos largos hacia Skaldvindr, reduciendo la distancia hasta que apenas los separaron unos centímetros. Se inclinó y le susurró algo. Fuera lo que fuera lo que le había dicho, el rostro de Skaldvindr perdió todo rastro de color.

—Amigos míos… —Valkan se giró para dirigirse a la multitud con ese ensayado tono encantador en la voz de nuevo—, ¿es que no he demostrado mi valía una y otra vez? Mientras otras tierras se marchitan, la gente de Draxon prospera. Mientras que otros se mueren de hambre, mi pueblo da festines. ¿Y ahora vais a cuestionar mi valía después de haber pasado vuestras pruebas con un éxito sin precedentes?

Sus palabras estaban cargadas de un peso diferente ahora; había una amenaza velada bajo el encanto. Vi cómo varios miembros del Consejo se removieron con incomodidad.

—Si eres incapaz de demostrarlo —dijo Aether, cortando con su voz la retórica de Valkan—, entonces, vuelve a Draxon con el rabo entre las piernas.

Valkan se giró hacia él y, durante solo un momento, la máscara se le cayó por completo. Los ojos blanquecinos se le llenaron de un odio puro. A continuación, me miró, y algo peor reemplazó al odio: una promesa. Un hambre que hizo que se me helaran las venas.

Antes de que nadie reaccionara, su forma se onduló y se retorció. Donde había estado su cuerpo, ahora un pájaro negro enorme se alzaba imponente con las alas bloqueando la poca luz que quedaba. Con una poderosa batida de aquellas alas, emprendió el vuelo.

El caos se desató entre la multitud cuando Valkan desapareció entre las nubes. De inmediato, lord Sveinson se volvió hacia sus aliados con la cara colorada de furia mientras gesticulaba hacia donde había estado Valkan. Otras casas nobles comenzaron a cambiar de aliados ante mis ojos; los que habían apoyado a Valkan en la asamblea ahora trataban de distanciarse con desesperación mientras otros aprovechaban la oportunidad para denunciarlo abiertamente.

Lord Skaldvindr se separó de los demás nobles y se acercó a nuestro grupo con pasos medidos. Me miró con aquellos ojos oscuros, deteniendo la vista en las sombras que todavía se aferraban a mi piel.

—Lo has hecho bien —comentó, aunque su tono reflejaba más evaluación que halago—. El reino recordará este día.

Le mantuve la mirada.

—¿Qué parte? ¿La parte en la que un damphyre proclama que el Vacío lo ha elegido? ¿O la parte en la que todo el mundo lo deja irse de rositas?

La ira o el miedo le cruzó la cara; no sabría decir cuál de las dos. Pero jamás abandonó la expresión diplomática.

—¿Y qué se suponía exactamente que debíamos hacer nosotros? Es un hombre libre. ¿Por qué lo íbamos a retener?

A sus espaldas, me fijé en que los guardias de los Skaldvindr ajustaban su posición de manera sutil, creando una barrera entre su lord y los partidarios que quedaban de Valkan.

Entonces, Effie se abrió paso a empujones entre la multitud; tenía la cara tensa por la preocupación cuando llegó hasta Vexa.

—No me puedo creer que haya salido de ahí siquiera. —Miró al Vacío y luego a nuestro grupo de nuevo—. ¿Y Kenna? ¿Alguien la ha vist…?

—No va a salir. —Las palabras me supieron a ceniza en la boca. Observé cómo la comprensión se les reflejó en los rostros. El silencio que se produjo fue ensordecedor. La expresión neutral de lord Skaldvindr se quebró y, por unos segundos, un terror genuino le iluminó los ojos—. Valkan se ha asegurado de ello.

CAPÍTULO 26

Sentía el uniforme pesado en las manos mientras lo colgaba en el armario de mi nueva habitación. Negro y ajustado, marcado con patrones que me identificaban como umbría. Como umbra. Pasé los dedos por el material. El sonido de pasos por el corredor hizo que deslizara la vista hacia la puerta. Al menos, esta vez tenía un pestillo por mi lado en vez de por el de ellos.

Me desplomé en el borde de la cama, con el agotamiento calándome los huesos. Los otros decían que los recuerdos del Vacío se desvanecerían, que la mente se protegía a sí misma enterrando lo peor de lo que te mostraba. Sin embargo, ahora mismo, cada visión parecía una cuchilla afilada.

El Enclave. Leila y su marca. Ma y su miedo. Laryk y su… Cada escena estaba diseñada para quebrarme, para obligarme a rendirme a la oscuridad. Aunque era la última visión la que más me atormentaba. Parecía diferente a las demás. Real de un modo que el resto no.

Cerré los ojos y la reproduje en mi mente. La mujer con su cabello largo y rebelde. El hombre que la agarraba con la piel pálida y falta de color y sombras alrededor de los ojos. Con los brazos apretados alrededor del otro, ambos con aquellos brazaletes de oro que reflejaban el violento fuego que los rodeaba. La mirada que intercambiaron hizo que el estómago me diera un vuelco.

El Vacío había dicho que era la visión que más había estado esperando ver, aunque yo no era consciente de que estuviera esperando nada. No obstante, parecía importante, si bien no podía desentrañar por qué. La manera en la que habían elegido afrontar las llamas juntos… Dirigí la vista a mi reflejo en el espejito encima del lavabo.

Las palabras de Vexa resonaron en mi mente. «Eres más que una duskbound».

Recorrí las sombras bajo mis ojos, muy parecidas a las que tenía el hombre de mi visión. Estaba claro que era un kalfar. Pero la mujer…

Aparté el pensamiento. El Vacío me había mostrado con exactitud lo que sabía que me iba a doler más, mis miedos más profundos, mis vergüenzas más ocultas. ¿Por qué esta visión iba a ser distinta?

«Tú no eres como ellos», había dicho el Vacío.

Volví a pasearme; notaba el suelo de piedra frío bajo los pies. Incluso Aether se había percatado de que había algo diferente en mí.

Me volví a sentar en la cama; las piernas de pronto no fueron capaces de sostenerme. La Umbra había estado en Riftdremar para tratar de forjar una alianza. Me había enterado de muchas cosas por Vexa y los otros. Habían ido allí antes de la guerra, antes de que los Soleil lo redujeran todo a cenizas. Habría habido contacto, negociaciones. La fecha coincidiría con…

¿Con qué? Ni siquiera estaba segura de lo que intentaba descifrar.

El rostro de la mujer se me vino a la cabeza de nuevo. Me resultaba muy familiar. La forma en la que se le movía el cabello en el calor de las llamas, salvaje y descontrolado, como…

Me dirigí la mano a mi propio pelo y enredé los dedos en los mechones blancos.

¿Un kalfar y una… aossí? El pensamiento me resultaba peligroso incluso a mí. ¿Los estaban rodeando las llamas de los Soleil? Se me heló la sangre. Los brazaletes dorados. Como el que había traído a Sídhe conmigo cuando era niña; la única posesión que me ataba a Riftdremar. A mi familia.

¿Era eso posible siquiera?

Medio kalfar, medio aossí. Sentía la mera posibilidad como una daga contra la garganta. Aquello explicaría muchísimas cosas: por qué jamás me había sentido en casa en ningún reino, por qué mis habilidades siempre habían sido distintas. Por qué mi telaraña funcionaba como nada que hubieran visto antes. Por qué me parecía a ambos, pero a ninguno al mismo tiempo.

No obstante, si era cierto…

Un golpe en mi puerta interrumpió mi espiral de pensamientos. Me sequé la cara a toda prisa, pues ni siquiera me había dado cuenta de que estaba llorando. Cuando abrí la puerta, Aether se encontraba allí.

—Lael está despierto —dijo—. Comiéndose todo lo que se le pone por delante, de hecho.

El alivio me inundó, pero la confusión lo siguió al instante. Había una diferencia en la manera en la que me miraba. Ya no fruncía el ceño como de costumbre.

—¿Cómo te sientes?

La pregunta me dejó desconcertada.

—¿Estás interesado de verdad o solo quieres charlar?

—Me puedo ir —dijo, mirándome a la cara con ojos brillantes—. Es obvio que te he pillado en mitad de algo.

Se me puso la cara colorada cuando me percaté de que se habría dado cuenta de que había estado llorando. No obstante, hizo un

gesto hacia la pila de uniformes de cuero esparcida por mi cama, ofreciéndome una salida.

—Para tratarse de un reino agonizante, sin duda, tenéis un montón de cuero —espeté, agradecida por la evasión.

Casi esbozó una sonrisa con los labios.

—Bueno, no desollamos una vaca cada vez que alguien entra en la Umbra, si eso es lo que estás dando a entender. —Hizo una pausa y me miró de arriba abajo antes de dirigir la vista hacia la ventana—. Pero sí tenemos reservas por todo el reino. —Las palabras le salieron con incomodidad, como si no estuviera muy seguro de por qué estaba explicándomelo.

—Bueno, ¿qué puedo hacer por ti? —Alcé una ceja.

—¿Tenemos que quedarnos en el marco de la puerta?

Ladeé la cabeza en su dirección, con la sospecha acechándome, pero me hice a un lado para dejarlo entrar. Su presencia hizo que la habitación pareciera de inmediato más pequeña, más reducida. Se dirigió a la ventana, y me encontré observando el modo en el que la luz tenue se le reflejaba en los piercings, cómo incluso sus sombras parecían tranquilas.

Se hizo un silencio entre nosotros, interrumpido por miradas extrañas y casi incómodas. Seguí esperando su petición, su tarea, la razón que fuera que lo hubiera traído aquí. Sin embargo, él se limitó a quedarse ahí parado, como si tuviera todo el tiempo del mundo.

—¿Estás fingiendo ser amable ahora que has conseguido lo que querías? —pregunté al final.

—En realidad, solo he venido a alardear. —Me sostuvo la mirada, y ese atisbo de sonrisa reapareció.

—¿A alardear? Qué indecoroso —repliqué.

—Tú eres la que salió volando del Vacío como si estuvieras montando un espectáculo. —Su voz era seca, pero había un deje de

diversión en sus ojos.

—Bueno, alguien tenía que hacerte quedar bien. —No pude evitar igualar su sarcasmo—. Tu reputación estaba en juego.

—¿Mi reputación? —Arqueó una ceja—. Y yo que creía que estabas convencida de que solo era un carcelero con ínfulas.

—¿Y no lo eras?

Aquella casi sonrisa se le volvió a curvar en los labios.

—¿Sabes? La mayoría de la gente mostraría más gratitud a alguien que solo viene a ver cómo está.

—¿Gratitud? —Me llevé una mano al pecho fingiendo estar ofendida—. ¿Debería darte las gracias también por todas esas veces que me has tirado al tatami?

—De nada.

Lo fulminé con los ojos entrecerrados antes de volver a la cama y deslizar una manga de un uniforme negro por una percha. Si se iba a limitar a quedarse ahí y parecer pagado de sí mismo, yo también podría seguir colocando mis cosas.

—Ya en serio, en realidad he venido a darte las gracias a ti —soltó a mis espaldas.

Su tono me hizo detenerme, aún con el uniforme en las manos. Cuando me giré para encararlo, la diversión se había desvanecido de sus ojos y la había reemplazado una profunda intensidad.

—Por Lael —prosiguió, bajando más la voz—. No tenías por qué hacerlo. Arriesgarte así. —Dudó, y pude ver el modo en el que se debatía consigo mismo—. ¿Cómo lo encontraste siquiera?

Pensé en la oscuridad infinita, en la sensación del cuerpo de Lael bajo mis manos.

—Simplemente… lo hice. No podía dejarlo allí. —En mi mente resonó el recuerdo de esa voz tenebrosa, del trato que había hecho.

Pero lo aparté. No parecía el momento de hablar de aquello. No estaba segura de si alguna vez lo haría.

—Solo otra persona ha hecho eso una vez —dijo en voz baja—. La reina. Cuando me encontró.

La confesión quedó en el aire entre nosotros. Le estudié el rostro, notando cómo las sombras bajo los ojos parecían aumentar al mencionarlo. Por una vez, decidí insistir.

—¿Cuánto recuerdas de antes de que te encontrara?

Se le tensó la mandíbula, pero no me calló al instante como solía hacer.

—Nada. —Se acercó a la ventana y recorrió con los dedos distraído una de sus quemaduras del Vacío—. Es como si mi vida hubiera empezado en esa oscuridad.

—Pero treinta y cinco años… —Dudé, y luego insistí—: No pareces…

—¿Más mayor? —Esa ligera sonrisa volvió a aparecer, pero sin una pizca de humor—. Me temo que es otro misterio.

—¿Alguna vez te preguntas quién eras… antes?

Se quedó callado tanto tiempo que creí que no iba a responder. Cuando al fin se giró hacia mí, los ojos dorados le habían cambiado.

—Parece que mantuve un recuerdo después del Vacío. Pero no me dice mucho.

Lo comprendí al instante.

—La vi —dije en voz baja—. Ese día en el entrenamiento, cuando intenté leerte la mente. Estaba allí.

Las sombras a su alrededor titilaron, pero él no se retiró como lo había hecho aquel día. En vez de eso, me examinó con una intensidad que hizo que se me pusiera la piel de gallina.

—Lo sé —contestó al fin—. Por eso me marché. Nadie jamás ha… —Se calló y se pasó una mano por el pelo oscuro—. La reina trató

durante años de ayudarme a recordar. Los mejores sanadores del reino intentaron desbloquear lo que el Vacío me había arrebatado.

El peso de lo que aquello significaba se instaló entre ambos. Pensé en mi propia visión del Vacío, en las dos personas que afrontaban las llamas juntos. En todas las preguntas que todavía me invadían.

—¿Crees que era familia tuya? —pregunté, incapaz de evitar que mis propias incertidumbres se reflejaran en la cuestión.

—No lo sé.

—Se parecía a ti —respondí en voz baja, girándome hacia el armario.

El silencio pareció alargarse, y no pude evitar llenarlo.

—El Vacío me mostró algo. Soy incapaz de dejar de pensar en ello —admití al fin.

El sonido de la tela al moverse resonó detrás de mí. Me giré y me encontré a Aether retirando la silla de mi escritorio.

—¿Quieres hablar de ello? —me preguntó.

«Pues claro».

Su tranquilidad se resquebrajó y la reemplazó la incertidumbre. Nunca había sido muy hablador, salvo por las agresiones verbales, claro. Aun así, aquí estaba, tratando de mantener una conversación de verdad. Voluntariamente. En mi habitación.

—Es que no sé qué pensar de ello, la verdad —continué, apartando la mirada de su vista curiosa.

—El Vacío suele tener ese efecto en la gente —dijo.

—Lo sé. —Le dirigí otra mirada con los ojos entrecerrados por encima del hombro—. Pero esto parecía distinto. La voz dio a entender que era la visión que había estado esperando.

—¿La voz? —Aether se recolocó en la silla.

—Sí, la voz. La voz abrumadora, retumbante y monstruosa. El Vacío, supongo.

—Nunca he oído que el Vacío le hubiera hablado a nadie. —Contuvo una risa, y la mirada en su rostro hizo que la rabia me recorriera la piel.

—Olvida lo que te he dicho. —Puse los ojos en blanco.

—Perdona. La voz dijo que era una visión que habías estado esperando… —Reprimió una sonrisa y me hizo un gesto para que prosiguiera.

—Vi a dos personas —repuse, manteniendo la voz firme—. En Riftdremar, creo. Durante el incendio. —Observé su expresión con cautela—. Un hombre kalfar y… alguien más. Una mujer que no era kalfar.

—El Vacío a menudo nos muestra…

—Tú ya estabas aquí entonces ¿no? —lo interrumpí—. Cuando la Umbra fue a Riftdremar. Antes de que todo pasara.

Asintió despacio.

—Acababa de entrar en la Umbra. La reina mandó a representantes al otro lado de la brecha para negociar.

—La fecha… —empecé a decir, luego me detuve, reuniendo el valor—. La fecha coincidiría a la perfección. La presencia de la Umbra en Riftdremar, el levantamiento, mi nacimiento. —Las palabras me salían más rápido ahora—. La mujer de mi visión tenía pinta de aossí. Y ambos llevaban esos brazaletes dorados, como uno que tenía yo cuando llegué a Sídhe.

La comprensión se le reflejó en los ojos.

—Crees que eran tus padres.

—¿Es posible siquiera? —inquirí; la pregunta me ardía en la garganta—. ¿Un kalfar y una aossí?

Se quedó callado durante un momento, con ojos distantes.

—Hubo… interacciones. Más de lo que la mayoría sabe. Se destinó a hombres allí durante meses. Pero no es que fuera de conocimiento

público, que digamos. Acabábamos de descubrir un nuevo reino ajeno al nuestro. Los líderes no quisieron causar mucho alboroto. —Me miró directamente.

Asentí y dejé caer la vista al suelo de piedra.

—Puedo buscarlo. Los archivos tal vez tengan registros de ese periodo, aunque muchos se destruyeron.

Volví a alzar la vista hacia él más rápido de lo que me habría gustado.

—¿Harías eso?

—Has salvado a Lael —se limitó a contestar—. Considéralo una deuda saldada.

CAPÍTULO 27

El despacho de Urkin parecía pequeño con todos nosotros allí metidos. Los demás iniciados y yo nos encontrábamos delante de su escritorio mientras el resto de la Unidad Umbría estaba pegado a las paredes. Unos mapas, doblados por los bordes debido al constante manoseo, cubrían todas las superficies y unos informes yacían desperdigados por la mesa, ilegibles desde mi lugar.

—Tres días —dijo Urkin con tono tenso—. Hace tres días que Valkan se marchó y ni una sola casa noble ha tenido noticias suyas. —Tamborileó los dedos sobre una carta que llevaba el sello de los Skaldvindr—. Aunque algunas han dejado muy clara su postura.

Volvió la atención hacia mí; su expresión cambió a una mirada menos hostil, pero no más cálida.

—Y nos las hemos arreglado para conseguir una verdadera duskbound. La primera en siglos en nacer de sangre común. —Las palabras sonaron forzadas—. Y una extranjera, nada menos. —Casi pude palpar el desdén persistente. Él suspiró, como si se calmara a sí mismo—. Tu salida del Vacío fue… impresionante.

Viniendo de él, el cumplido sonaba extraño, sobre todo dadas nuestras interacciones previas. Sin embargo, antes de que yo tuviera ocasión de contestar, él ya estaba continuando.

—Los Skaldvindr retiraron su apoyo en el instante en el que salió volando —señaló Effie—. Los demás lo hicieron unas horas después.

—Como ratas que saltaran de un barco que se hunde —murmuró Vexa desde su sitio cerca de la pared.

—¿Y qué hay de sus hombres? —Urkin barrió el grupo con la mirada—. ¿Se les ha visto?

—No —respondió Aether—. Se han esfumado con él.

—Igual todavía no han llegado a Draxon —intervino Theron.

—Ha perdido el apoyo del Consejo, pero no subestiméis la voluntad de sus súbditos. Esta sigue siendo una situación tensa. Creo que los hechos acontecidos fuera del Vacío solo han avivado su furia aún más.

Las implicaciones de aquello quedaron suspendidas en el aire. Se me revolvió el estómago al recordar esos ojos blanquecinos y esa gracia antinatural.

—¿Qué pasa con lo de Kenna? —preguntó Mira—. ¿Habrá consecuencias por lo que le ha hecho?

La sala se sumió en un silencio sepulcral. A Urkin se le crispó la cara del disgusto, pero, cuando habló, su voz era comedida.

—Sin pruebas, no hay nada que podamos hacer.

—¿Nada? —La voz me salió cortante como una hoja—. Emergió del Vacío con sangre en la boca y Kenna jamás apareció. ¿Qué más prueba que esa necesitas?

—Cuidado. —El tono de Urkin se volvió peligrosamente grave—. No entiendes lo delicada que es la situación.

—Pues explícamelo.

Varios de los umbríos se removieron incómodos. No obstante, Urkin no apartó la vista de mí, con la mandíbula tensa como si se estuviera conteniendo físicamente.

—Intentamos prevenir una guerra civil —masculló al fin—. La influencia de Valkan es mucho mayor de lo que crees. Sus seguidores son unos fanáticos. Una acusación, el más mínimo indicio

de persecución, y medio reino se alzaría. —Se levantó y plantó las palmas contra el escritorio—. ¿Es eso lo que quieres? ¿Más muertes? ¿Más caos? ¿Mientras Sídhe continúa drenando la poca esencia que nos queda?

La mención de Sídhe hizo que le brillaran los ojos.

—Hablando de eso. —Se enderezó y cambió de tema con una eficiencia adquirida con la práctica—. Hace casi dos meses de nuestra última misión. La sequía se propaga mientras nosotros estamos aquí sentados hablando de política.

—Lo cierto —me adelanté, aprovechando la ocasión— es que he estado pensando en eso. ¿Y si hablo con los líderes de la Guardia y les hago entender…?

Una carcajada áspera me interrumpió.

—¿Hacerles entender? —La voz de Urkin rezumaba burla—. ¿Crees que puedes ir sin más a la frontera y entablar una charla amigable acerca de cómo nos están drenando?

—No lo comprendes. La gente de la Guardia ni siquiera sabe que sois personas. Se les ha contado que sois monstruos que se han colado de otro mundo, decididos y empeñados en destruir las reservas de arcanita y condenar al reino a una era de muerte.

—Qué irónico —gruñó Vexa.

Urkin se paseó detrás del escritorio.

—Poco me importa eso. Nuestros soldados mantienen su forma umbría para protegerse. Revelar lo que de verdad somos solo los dejará vulnerables. Morirán más.

—Estarás contribuyendo a las mentiras de Sídhe entonces —repuse, y pensé que a Urkin le iban a estallar los ojos en la cara.

—He servido a este reino durante treinta años. No creas ni por un segundo, chiquilla, que puedes venir aquí a darme órdenes. Que tienes idea de cómo liderar una guerra.

—Me metí en esto porque acordamos que consideraríamos soluciones alternativas.

—Yo no he llegado a ese acuerdo contigo —espetó él.

Le lancé una mirada a Aether y a Vexa, implorándoles en silencio que me apoyaran. Me lo habían prometido.

Vexa se acercó; su voz salió moderada.

—Tiene conocimientos profundos de su estructura militar y su liderazgo. Ese tipo de información podría ser incalculable.

—Tiene conocimientos de su Guardia —añadió Aether con la vista clavada en Urkin—. Y de la toma de decisiones. Una perspectiva con la que nunca habíamos contado antes.

—No me sirve de nada si no provee a mis tropas con sombras —espetó Urkin.

—Ya te lo he dicho —repliqué, esforzándome por mantener la voz firme—, no te voy a ayudar a atacar Sídhe sin considerar antes otras opciones.

Urkin soltó una gélida carcajada.

—Qué chica más ingenua. ¿Crees que eso es todo lo que las sombras hacen? ¿Que solo las usamos como armas? —Suspiró; la exasperación era evidente en todo su rostro—. Sirven a propósitos más elevados que ese.

—Las sombras nos permiten recopilar información —intervino Rethlyn, alejándose de la pared—. La mayor parte de nuestro trabajo consiste en reunirla sin que nos detecten, desplazándonos sin ser vistos por su territorio.

—Ya han incrementado la Guardia en la frontera oeste —dije; las palabras se me escaparon antes de que pudiera contenerlas. Se produjo un silencio pesado en la habitación.

—¿Y cómo ibas a saber tú eso en concreto? —La voz de Aether tenía una extraña nota de curiosidad.

—Porque eso es lo que Laryk… —Me detuve a tiempo—. Lo que los generales harían.

—Pero ¿por qué ibas a pensar eso? —insistió Aether—. No hemos cruzado la brecha en meses.

—Porque me capturasteis.

—¿De veras eres tan vanidosa? —La voz de Urkin estaba cargada de desdén.

Noté la mirada de Vexa al otro lado del escritorio. Gesticuló un áspero «no» con la boca, y me percaté demasiado tarde del peligroso lugar en el que me había metido.

—Te estoy dando información valiosa. —Me apresuré a cambiar de tema—. ¿No es eso lo que quieres?

Urkin se pinzó el puente de la nariz, y una vena le palpitó en la sien.

—¿Quieres demostrar tu valía? Bien. Pero antes deberás completar el traspaso del Vacío. Hoy. Estos reclutas tienen que comenzar su entrenamiento y no pueden hacerlo sin sombras. —Entornó los ojos —. Haz la ceremonia ahora y te daré una semana para presentar un plan alternativo. Después de eso, procederemos según considere oportuno.

Se me formó un nudo en el estómago ante el peso de su demanda.

—La ceremonia de traspaso del Vacío… —empecé a decir, pero Urkin ya se estaba dirigiendo a zancadas hacia la puerta.

—Ahora —ladró por encima del hombro—. Todos vosotros.

Vexa avanzó la primera, intercambiando miradas con Aether.

—Vamos —dijo mientras nos hacía señas para que la siguiéramos —. Acabemos con esto de una vez, Fia.

Condujeron a nuestro grupo hacia el interior de la ciudadela a través de pasillos sinuosos de obsidiana tallada. Las paredes

parecieron estrecharse aquí; las llamas de las antorchas me calentaban la piel. Al final, entramos en una cámara circular que me hizo trastabillar.

En el centro, había lo que parecía algún tipo de plataforma elevada con bordes puntiagudos. En el suelo, se habían excavado unos canales que llegaban al artilugio como las venas al corazón.

—Aquí —indicó Effie, haciendo un gesto exagerado que desentonaba con la inquietante maquinaria— es donde ocurre la magia.

—Parece más bien algún tipo de aparato de tortura anticuado —susurró Mira, siguiendo con los ojos los ángulos afilados de metal negro.

—¿Has podido conjurar sombras ya desde que saliste del Vacío? —inquirió Effie, ignorando el comentario de Mira.

La pregunta me pilló desprevenida. Ni lo había intentado.

—Entonces ¿así es cómo compartís las sombras? —Lael se aproximó con evidente fascinación en su rostro juvenil.

—Más o menos —contestó Rethlyn—. Los canales ayudan a dirigir el flujo; lo hacen más… controlado. —Señaló los intrincados patrones grabados en el suelo—. De lo contrario, puede ser un poco…

Theron examinó la maquinaria con la mirada, estrechando los ojos.

—¿Y esto es mejor que una transferencia directa? He leído que se pueden compartir a través del contacto con la piel.

—Puede funcionar en caso de apuro. —Vexa sonrió—. Sin embargo, no recomendamos el contacto directo a través de la piel.

Effie contuvo una carcajada.

Me disponía a preguntar qué broma no estábamos pillando cuando habló Mira.

—Entonces ¿cómo funciona esto exactamente? —preguntó, acercándose para examinar uno de los canales. Su habitual expresión turbada había dado paso a una curiosidad genuina.

—Las sombras fluyen por estos conductos —explicó Effie, recorriendo con el dedo los patrones intrincados—. Cada canal conduce a un punto distinto donde el recipiente puede recibirlas. Las runas ayudan a controlar el flujo y fortalecen la conexión.

—He estado trabajando en una versión portátil —agregó Vexa—. Pero, de momento, este es el método más fiable.

—Lo entenderéis mejor una vez que comience el proceso. —La voz de Aether nos llegó de las sombras cerca de la pared—. Fia, ponte en el centro. El resto de vosotros, colocaos en los puntos de conexión.

El corazón se me aceleró cuando di un paso hacia la plataforma.

—Las quemaduras del Vacío actúan como conductos —explicó Vexa mientras los demás se situaban—. Son marcas del propio Vacío, canales permanentes que permiten a los recipientes absorber y contener las sombras. Una vez absorbidas, podréis utilizarlas.

Unas correas metálicas hicieron un suave clic cuando las colocaron en torno a las muñecas de los reclutas. Lael abrió los ojos como platos por la anticipación, mientras que Theron conservaba su tranquilidad analítica. A Mira se le había puesto la cara blanca.

—¿Cuántos podéis hacer a la vez? —preguntó Lael; los nervios le traicionaron la voz.

—Seis —respondió Rethlyn—. Si son más, la conexión se vuelve inestable.

Contemplé el aparato con recelo. El metal parecía tragarse la poca luz que llegaba a esta parte de la ciudadela, y algo en esos canales hacía que se me pusiera la piel de gallina.

—¿Qué tengo que hacer?

—Tú ponte en el centro —contestó Rethlyn mientras señalaba una plataforma circular—. E intenta invocar las sombras. Deberían responder de forma natural.

—¿Deberían? —preguntó Theron con la ceja arqueada.

—El Vacío deja sus propias instrucciones. —Se oyó a Aether desde las sombras cerca de la pared—. Están escritas en ella ahora, lo note o no.

Me subí a la plataforma y traté de ignorar cómo todos habían centrado la atención en mí.

—¿Y ya está? —pregunté—. ¿Las invoco… sin más?

—Sabrás qué hacer —respondió Vexa con amabilidad—. Confía en ti misma.

Cerré los ojos y me imaginé que tendría que buscar las sombras tal y como hacía con mi telaraña. No obstante, en cuanto me abrí a ellas, estas arremetieron hacia delante ansiosas, como si hubieran estado aguardando todo este tiempo. Unos zarcillos oscuros se derramaron de mi piel, flotando como la noche líquida hacia los canales a mis pies.

—Por los Esprithe —susurró Lael.

Desvié la mirada y vi que el artilugio al completo estaba vivo; los símbolos parecían palpitar a medida que las sombras los tocaban. Se movieron por los conductos con determinación, llenando cada ranura hasta que el suelo lució como un laberinto de oscuridad fluida.

—Vaya… —Vexa sonrió—. Parece que a alguien le sale de manera innata.

—¿Las notas? —preguntó Mira—. Las sombras, digo. ¿Te… responden?

Asentí, incapaz de encontrar las palabras adecuadas para explicar lo natural que lo sentía. Como si flexionara un músculo que no supiera que tenía.

—¿Cuánto durarán? —inquirió Mira cuando las sombras empezaron a alcanzar sus quemaduras.

—Según cuánto las utilices —respondió Vexa—. Algunas pueden hacerlo semanas, incluso meses. Pero solo con este método. Las runas permiten una absorción plena. Con una transferencia directa, solo durarían un día o dos.

—La última vez que la reina hizo un traspaso fue muy potente, por lo que las que conservamos han durado bastante. Y menos mal, la verdad. Con el estado tan delicado en el que se encuentra, creo que es evidente que no podría seguir haciendo esto —añadió Rethlyn despacio, lanzándome una sonrisa—. Y ya no tiene por qué.

Vi cómo mis sombras encontraron a cada recluta en su momento, filtrándoseles a través de la piel mediante las quemaduras que había dejado el Vacío. La respiración de Theron se volvió fatigada y se le curvaron los dedos contra las correas. A Mira se le abrieron los ojos de par en par cuando la oscuridad siguió los patrones de sus quemaduras. Cuando llegaron a Lael, este soltó un pequeño grito ahogado.

—Resulta… —comenzó a decir, pero se detuvo, incapaz de encontrar las palabras.

—… familiar —concluyó Mira en voz baja.

Las sombras continuaron fluyendo hasta que los tres recibieron su parte. Tras unos instantes, el río oscuro cesó, reposado ahora como un estanque por el suelo de la sala. Las correas se abrieron con un clic, lo que permitió a los reclutas tambalearse hacia atrás y examinarse los brazos donde las quemaduras parecían haberse oscurecido ahora, más vivas.

—Bueno —dijo Vexa, acercándose a uno de los puntos de conexión que quedaban—. Ya que estamos aquí, mejor llenarlas

hasta arriba. —Se colocó en el lugar y las correas metálicas se cerraron con cuidado en torno a sus muñecas.

—Vexa —la reprendí.

—Tranquila, Fia. No voy a salir volando hacia la brecha para ponerme a matar a gente a diestro y siniestro. —La oscuridad fluyó hacia sus quemaduras conforme hablaba; la cabeza se le inclinó hacia atrás y se le cerraron los ojos—. Vaya… Estas son divinas —comentó como si absorbiera algún tipo de narcótico mágico.

No pude evitar poner los ojos en blanco.

—¿Y ya está? —preguntó Mira mientras se aproximaba a estudiar los brazos de Vexa, donde las sombras se habían desvanecido.

—Ya está. —Vexa dobló los dedos cuando se soltaron las correas —. En realidad, es sencillo.

Me bajé de la plataforma sintiéndome drenada, por extraño que pareciera. No de forma física; las sombras no me habían arrebatado nada. Pero ver cómo fluían hacia otros sabiendo que las usarían para lo que fuera que viniera después… me pareció una carga mayor de lo que me esperaba.

Lael ya estaba experimentando; unas pequeñas volutas de oscuridad se le arremolinaban en torno a los dedos. Theron se examinaba los brazos con un interés objetivo mientras Mara permanecía muy quieta, como si se estuviera adaptando a la nueva sensación.

—¿Cuándo comenzaremos el entrenamiento de los umbríos? —preguntó Lael con un brillo en los ojos.

—Rethlyn empezará con vosotros mañana, con la luz del alba —contestó Vexa—. Bueno, con la luz no. Pero ya me entendéis.

Rethlyn asintió.

—Lael, Mira, Theron, nos encontraremos en el patio.

—¿Y yo qué? —pregunté.

—Tú no te beneficiarás de este tipo de entrenamiento, duskbound. Ya lo entenderás con el tiempo. Como Aether ha dicho antes, el Vacío ha dejado instrucciones en tu interior —respondió Vexa con los ojos ahora del todo consumidos por unos remolinos negros como la tinta.

Una semana. Tenía una semana para averiguar cómo parar una guerra o usarían estas sombras, mis sombras, para una destrucción inimaginable. El peso de tal responsabilidad se me vino encima mientras observaba la oscuridad danzar por la piel de mis compañeros reclutas.

CAPÍTULO 28

Me encontré sentada en una mesita auxiliar con una pluma suspendida sobre un pergamino fresco mientras cinco hombres tomaban asiento ante un escritorio inmenso de madera caoba tallada, patas doradas y cuya superficie reflejaba la luz de la tarde que se colaba por las altas ventanas. Detrás de él, dos serpientes esmeraldas se enroscaban alrededor de una espada en la pared: el blasón de Sídhe.

Mis ojos encontraron a Laryk al instante; era imposible ignorar su presencia. Estaba tamborileando los dedos contra el reposabrazos de su silla y mantenía la otra mano presionada contra la boca mientras miraba hacia delante con el ceño fruncido, pensativo. Los otros hombres se removieron en sus asientos: uno con los brazos cruzados con fuerza sobre el pecho y la mandíbula tensa como si estuviera conteniendo físicamente palabras; otro estaba jugueteando con el dobladillo de la chaqueta.

La puerta se abrió, y el rey de Sídhe se adentró en la estancia. Sydian. A pesar de la oscuridad bajo sus ojos violetas y el ligero desorden de su cabello salpicado de canas, se movía con la gracia innata de la realeza. Los generales se pusieron de pie e hicieron una reverencia a la vez, aunque el rey apenas pareció notarlo mientras tomaba asiento en su silla. Se frotó los ojos; el agotamiento era evidente en cada uno de sus movimientos.

Mi pluma se deslizaba contra el pergamino, grabando la fecha, la hora y los puestos de los presentes.

—Tú has pedido esta reunión. —El rey clavó los ojos en uno de los hombres, el que tenía los brazos cruzados.

—Majestad. —El hombre se enderezó—. No hemos detectado actividad en la frontera desde hace dos meses y aun así me veo en la obligación de mantener a toda mi facción apostada en el oeste. Mis soldados están cansados, tienen familias en otras partes de la isla que los necesitan. Ya no puedo justificar que sigan todos allí.

El rey dirigió la vista a Laryk antes de devolverla al primer general. Hundí mi pluma y empecé a anotar el intercambio.

—Solicito permiso para retirar a la mitad de mis fuerzas a sus puestos de origen.

Laryk masculló algo entre dientes que no pude oír, aunque mi mano anotó su interrupción.

Todos los ojos se volvieron hacia él.

—Secundo esta petición. —Otro general se levantó, el jefe de la facción de los sanadores, y habló con menos seguridad que el primer general—. Nuestros mejores sanadores permanecen apostados en la frontera. Serviríamos mejor a nuestra gente si…

—He puesto a Laryk al mando de todas las decisiones de la Guardia y todos los asentamientos. —La voz del rey atravesó la sala.

Entonces, otro general se puso de pie; su silla arañó la piedra.

—Señor, no creemos que eso sea lo mejor para los intereses de la Guardia.

Laryk se levantó como un resorte y acortó la distancia entre ellos en dos zancadas.

—Ni siquiera he pedido la ayuda de la facción Cuerpo —espetó furioso y tan cerca que el otro general dio un paso atrás—. Así que no veo por qué te ves capacitado para hablar de este asunto.

—Sentaos. —El rey se recostó; las sombras de sus ojos se profundizaron—. Sentaos todos.

Mi pluma corría por el pergamino, captando cada palabra mientras los generales tomaban asiento.

—Ashford —prosiguió el rey—, explícame por qué necesitas tanta presencia en el oeste cuando hemos tenido tan poca actividad en la grieta.

Laryk suspiró y se serenó antes de hablar.

—Porque van a volver. No sé cuándo, pero sí que tenemos que estar preparados. Como bien sabéis, contamos con una nueva estrategia. —Se inclinó hacia delante, apoyó los codos en el escritorio y la mirada en sus ojos me hizo detener mi escritura—. Vi algo extraordinario la noche que llegaron a Emeraal. Algo que nunca había presenciado, algo que parecía imposible.

El sonido de mi pluma era lo único que se oía a medida que él continuaba.

—Lo he mantenido en secreto mientras trataba de determinar si lo que vi era real. No obstante, tras meditarlo, estoy seguro. —Bajó la voz—. Un hombre entre las sombras; vi su cuerpo tan claro como el día. No son monstruos de cuentos. Son soldados inteligentes y competentes que pueden ocultarse de algún modo. Son una amenaza aún mayor de lo que jamás habríamos imaginado. Tal vez haya algo más detrás de sus ataques de lo que pensábamos al principio.

Muchos generales se mofaron, pero el comportamiento del rey cambió por completo; su atención de pronto se volvió aguda como una hoja.

—Menuda afirmación, general Ashford.

Laryk le sostuvo la mirada.

—Y se la llevaron a ella. A Fia Riftborne. La única que podría haber revelado potencialmente lo que eran.

—Mataron a esa chica, Ashford —lo interrumpió uno de los generales más mayores—. Te estás comportando como un loco por una simple iniciada.

La silla de Laryk se estrelló hacia atrás cuando él increpó al hombre.

—Dejaron los cuerpos atrás. Hay una razón por la que se la llevaron a ella. Y hay una posibilidad de que todavía siga con vida.

Entonces, el rey se puso de pie y plantó las manos encima del escritorio con tanta fuerza que hizo que mi tinta traqueteara.

—Ashford, me he dado cuenta de que perdiste un foco de gran potencial aquella noche. Sé lo duro que has trabajado para prepararla. Entiendo tu pérdida. Sin embargo, he de estar de acuerdo; seguro que la chica estará muerta. —Se calló, y algo en su tono hizo que detuviera la mano sobre el pergamino—. Porque si no lo está y se ha pasado dos meses enteros con el enemigo, si no ha encontrado una forma de volver a nosotros… Bueno, según nuestras leyes, se la consideraría una amenaza para el reino. Y eso requeriría un interrogatorio inmediato.

Laryk se quedó paralizado.

—Con todo respeto, Majestad, esas leyes están anticuadas y son incapaces de abordar la complejidad de la situación. ¿Y si es incapaz de volver a Sídhe? ¿Y si la han retenido como prisionera? ¿Y si…?

—Ya he oído suficiente. —La voz del rey retumbó por la habitación como un trueno—. Ashford, mantén las facciones en las fortificaciones del oeste, pero no oiré otra palabra al respecto. Te elegí por un motivo; no hagas que me arrepienta de mi decisión.

Justo cuando se giró para marcharse, unos golpes en la puerta resonaron en el silencio.

—Adelante —ordenó el rey con un gran agotamiento en la voz.

La puerta se abrió con un chirrido y reveló a un soldado con un uniforme verde y el rostro pálido.

—Siento interrumpiros, Majestad, pero ha ocurrido algo. —El hombre tragó saliva con fuerza—. Se necesita a todos los generales en Stormshire de inmediato.

Mi pluma golpeó el escritorio cuando el sueño empezó a desvanecerse, pero no antes de ver la mirada que intercambiaron Laryk y el rey.

Me levanté de la cama de un salto con los ojos brillantes mientras reconocía la estancia a mi alrededor, mi nueva habitación en el alojamiento de la Umbra.

Me llevé una mano al pecho, sintiendo cómo se me aceleraba el corazón debajo. Los generales. O no sabían lo que estaba sucediendo al otro lado de la brecha, o eran unos actores increíbles. Sin embargo, el rey… Su reacción a lo que Laryk vio aquella noche en Emeraal, lo que había insinuado de que necesitarían interrogarme si alguna vez volvía… No se me ocurría ni una sola razón por la que fuera tan evasivo, a menos que lo supiera. A menos que supiera con exactitud lo que estaba haciendo, a quiénes les estaba robando. El secreto que estaba ocultando incluso a sus generales de alto rango.

El alivio me invadió y de pronto empecé a sentirme mareada. Laryk no lo sabía. No tenía ni idea de lo que hacía Sídhe en realidad. Lo estaban usando, al igual que a mí. Al igual que al resto de la Guardia.

Y me estaba buscando. Incluso ahora. Incluso tras semanas de silencio.

Bajé los pies al suelo de piedra y me pasé una mano por el pelo, tratando de procesar toda la nueva información. Laryk iba a

mantener la Guardia apostada en el oeste; aquello no era nuevo. No obstante, había mencionado algo sobre una nueva estrategia, y pensar aquello hizo que se me helara la sangre. Por si el ultimátum de Urkin no me pareciera ya bastante carga, esto acababa de añadir más presión. Tenía que encontrar algo, lo que fuera.

Y sabía lo que debía hacer.

El pasillo fuera de mi dormitorio se encontraba extrañamente vacío sin la presencia acechante de Aether. No había ninguna figura oscura contra la pared ni ojos dorados observando mis movimientos. Casi lo eché en falta, casi. Al menos, cuando era mi carcelero, sabía dónde encontrarlo con exactitud.

Una luz grisácea se filtraba por las ventanas como siempre, pero el fuerte seguía en silencio; la mayoría de sus residentes aún dormían. Una mujer emergió de la sala de duchas común y se fijó en mí antes de girar la esquina corriendo.

Me tiré del cuello; todavía no me había acostumbrado a la tela rígida del atuendo casual de la Umbra. La palabra «Umbría» se sentía pesada estampada en el bolsillo del pecho. No era muy distinto de mi uniforme de la Guardia en realidad, aunque la forma era más aerodinámica, más ajustada y estructurada en comparación con el esplendor del de Sídhe. Sentí una punzada de culpa en mi interior. El rey no se equivocaba mucho al querer que me interrogaran. Con las decisiones que había tomado, ni siquiera sería ya una amenaza. Sería una traidora al reino. Sabía que eso era lo que parecería. Tan solo esperaba que Laryk creyera que intentaba salvarnos a todos.

Me dolía la cabeza por la falta de sueño. Me había pasado media noche encorvada sobre el escritorio, tratando de trazar un plan que no terminara con más derramamiento de sangre. Sin embargo, todos los intentos habían fracasado; cada estrategia se había desvanecido

bajo el peso de lo que estaba sucediendo en realidad. La verdad era que no sabía lo suficiente sobre Umbrathia, su historia, Riftdremar, la arcanita o cualquier otro factor que nos hubiera llevado hasta aquí. Si iba a detener esta guerra, tenía que entenderla primero.

Y para eso necesitaba los archivos. Y para eso necesitaba a Aether.

Vexa había mencionado que los miembros de rangos más altos vivían en las plantas superiores cuando me había mostrado mi habitación. «Jerarquía», había dicho poniendo los ojos en blanco. Si los generales ocupaban la sexta planta, entonces la lógica me sugería que Aether se encontraría en la quinta. Una parte de mí se preguntó si habrían erigido otra torre si él hubiera aceptado la oferta de comandar todas las fuerzas de la Umbra. La otra parte se preguntaba por qué no lo había aceptado. Aparté los pensamientos sacudiendo la cabeza mientras recorría los corredores oscuros. No era gran cosa, pero era mejor que vagar sin rumbo por el fuerte o pedir indicaciones.

Por fin llegué a una puerta con una placa plateada en la que tan solo se podía leer Aether. La única sin apellido.

Llamé una vez, luego otra, y pegué la oreja contra la madera cuando nadie respondió. Por supuesto que no se encontraba allí. Seguro que estaba en cualquier otro sitio siendo misterioso y taciturno con lo temprano que era.

—¿Puedo ayudarte?

La voz profunda sonó a mis espaldas, y me giré para ver a Aether ahí parado con nada más que una toalla colgada en la parte baja de las caderas. El agua le goteaba del pelo negro a los hombros marcados por las quemaduras del Vacío, trazando su pecho de una forma que hizo que se me secara la boca. Me di la vuelta tan rápido que casi perdí el equilibrio.

—Perdona —logré soltar; la palabra me salió en un tono tan débil que me dio vergüenza.

—Qué manera tan interesante de empezar la mañana —soltó—, aunque supongo que es mejor que descubrir que estás tratando de escapar otra vez.

Pasó a mi lado para abrir la puerta tan cerca que pude oler el jabón y la lluvia. Me aparté de un salto y él me miró con una ceja alzada.

—Qué asustadiza estás.

—Y qué desnudo estás tú —repliqué, clavando la vista en la pared.

—Es mi planta. —La cerradura se abrió—. Y tú eres la que está acechando fuera de mi puerta.

—No estaba acechando. Estaba llamando.

—Ah, sí, con la oreja apoyada contra la madera. Muy digna.

Me arriesgué a echar un vistazo en su dirección, y de inmediato me arrepentí cuando otra gotita se le deslizó pecho abajo.

—Esperaba que fueras a los archivos hoy.

—¿Tan pronto me pides que te devuelva el favor? —Se apoyó en el marco de la puerta, al parecer sin importarle su estado de desnudez.

—No pareces tener nada mejor que hacer después de acechar mi puerta durante semanas y semanas.

—¿No se supone que deberías estar trazando un plan para Urkin? —Frunció el ceño.

—Sí. Y esa es precisamente la razón por la que tengo que visitar los archivos —respondí.

Desapareció en su habitación y dejó la puerta abierta. Me quedé firme en el pasillo, examinando el intrincado trabajo en piedra del techo.

El silencio aumentó hasta que me dieron ganas de gritar. A través de la puerta abierta, atisbé un poco su cuarto: austero pero ordenado, con mapas cubriendo una pared y lo que parecían armas expuestas en la otra.

—Bueno, ¿debería tomarme tu silencio como un sí? —pregunté al fin.

—Si me dejas ponerme algo más presentable. Prefiero no escandalizar a toda la torre.

Otra oleada de calidez me invadió.

—Te esperaré aquí fuera.

—Puede que sea lo más inteligente. —¿Era mi imaginación o se le notaba una sonrisa en la voz?—. Aunque igual quieres trabajar en tu cara de póquer si estás planeando negociar la paz. Aún sigues sonrojada.

—No estoy… —comencé a contestar, y luego me detuve—. Venga, date prisa.

El paseo a los archivos nos llevó a través de los terrenos del fuerte, más allá de los campos de entrenamiento donde los más madrugadores ya estaban haciendo ejercicios. El edificio de los archivos se erguía entre el fuerte y la ciudadela, todo de piedra pulida, con ventanas altísimas y con cristales teñidos de lo que parecían tributos a los Esprithe.

Dentro, se alzaban hacia arriba unos arcos de madera terminados en punta, creando pasillos ensombrecidos entre las altas estanterías. El olor a pergamino viejo y encuadernaciones de cuero me inundó los pulmones cuando entramos, y algo me recordó a la colección de textos medicinales de Ma. Aparté ese pensamiento antes de que pudiera arraigarse.

Sobre nosotros se levantaban muchos niveles conectados por estanterías de hierro forjado en espiral. Las lámparas de aceite de

latón iluminaban con una luz cálida a intervalos; su brillo apenas llegaba al techo abovedado. De alguna forma, los archivos habían mantenido una especie de belleza eterna que la sequía no había conseguido alcanzar.

Un movimiento me llamó la atención: Talon se encontraba en un escritorio cerca del fondo, rodeado por un pequeño grupo de archivistas. Reconocí a Raven entre ellos, atento a lo que el hombre les estuviera explicando sobre el sistema de clasificación. Al acercarnos, este último alzó la vista y su expresión cambió al percatarse de nuestra presencia.

—Tomaos un descanso —les dijo a los demás, alisándose la ropa —. Volveré en un segundo.

Se encontró con nosotros a mitad del pasillo principal e inclinó la cabeza un poco.

—¿Os puedo ayudar a encontrar algo en especial?

—Sé cómo manejarme —dijo Aether—. No quiero interrumpir tu lección.

—Tonterías. —Talon se fijó en mí—. Sería muy descortés no brindarle ayuda a nuestra nueva duskbound.

Me puse colorada al oír el título, pero me las arreglé para asentir.

—Gracias.

—Estaré en la sección de registros clasificados —soltó Aether, ya dirigiéndose hacia una de las escaleras en espiral—. Para cuando termines aquí.

Talon me guio a través del laberinto de estanterías y de vez en cuando me señalaba las diferentes secciones mientras andábamos. Sus movimientos eran delicados, casi reverentes, como si cada libro y pergamino tuviera un valor inestimable. Dado el estado del reino, quizá fuera así.

—La mayoría de nuestros textos más antiguos se guardan en habitaciones con temperaturas controladas —explicó; su voz resonaba por todo el espacio.

Lo seguí, tratando de memorizar la disposición al tiempo que una inquietud se apoderaba de mí. Iba a necesitar mucho más que una semana para revisar tanta cantidad.

—¿Tienes algún registro sobre la arcanita? —pregunté—. De sus propiedades, sus usos.

El interés se le reflejó en la cara, o tal vez la desconfianza.

—Sí. —Me estudió por un momento—. ¿Qué quieres saber exactamente?

—Todo —contesté—. Si voy a ayudar a detener esta guerra, tengo que entender lo que la originó.

Talon echó un vistazo por los pasillos antes de bajar la voz.

—Umbrathia jamás tuvo grandes yacimientos del mineral. Agotamos las provisiones de las que disponíamos hace casi un siglo. Algunos textos, he de suponer, también se perdieron en aquel tiempo… —Sacudió la cabeza—. Lo que queda son fragmentos como mucho.

—Tú oriéntame en la dirección adecuada y veré lo que puedo encontrar.

Solté la pila de libros en la mesa con un golpe sordo. Aether se encontraba en la otra punta con las piernas en alto, muy absorto en lo que fuera que estaba leyendo. Su uniforme informal le envolvía la figura de un modo que la ropa de cuero de combate no hacía; la tela le marcaba los muslos. Tenía la cabeza inclinada hacia atrás y la mandíbula cuadrada tensa.

No obstante, lo que me pilló desprevenida fue el par de gafas de lectura con montura de alambre que llevaba sobre la nariz,

haciéndole sombra en el contorno de los pómulos. Verlo así, al bruto guerrero con gafas de intelectual, me afectó de una manera absurda. Me reí en voz alta.

Levantó la vista con una ceja alzada por encima de la montura.

—¿Te divierte algo?

—No sabía que llevabas gafas. —Señalé levemente su rostro, aún conteniendo una sonrisa.

Él suspiró y puso el libro abierto bocabajo en la mesa. Alcancé a leer un poco del texto, que tenía una letra impresa tan enana que me dolieron los ojos solo de mirarla.

—Ah —dije—. ¿Has encontrado algo interesante?

—Hay mucho que revisar. —Volvió la vista hacia la página, y un mechón negro le cayó por la frente. Me encontré contemplándolo más tiempo del que debería haberlo hecho—. La mayoría es irrelevante.

Asentí y me volví hacia mi pila de libros.

—¿Cuántos años tienes? —preguntó Aether cuando tomé asiento.

—Nací hace veintitrés años, el sexto día de Ainthe.

Aether golpeó una pluma contra la mesa y alcé la vista para mirarlo. Me estaba estudiando con una expresión de curiosidad.

—Tu cumpleaños fue hace unas semanas, así que tendrás veinticuatro ya. —Alzó una ceja.

¿Cómo había pasado el tiempo tan rápido? Veinticuatro. Recordé el año anterior, lo que había hecho para celebrarlo. No me gustaban las grandes fiestas, pero Osta solía sacarme a rastras del piso e invitarme a cenar. El año pasado, había estado tan fuera de control que ni siquiera se lo había permitido. Había recogido comida de camino del trabajo a casa y habíamos jugado a las cartas en el suelo. Contuve una sonrisa.

—Ah, pues veinticuatro, supongo —respondí tras unos instantes.

—Eso será de gran ayuda, gracias. —Volvió a centrar la atención en sus registros.

Saqué uno de los libros sobre la arcanita, intentando no pensar demasiado en lo que pudiera estar buscando él en esos registros. ¿Quería yo siquiera que encontrara algo sobre mis padres? Me había pasado toda mi vida sin saber quiénes eran. Enterarme de la verdad ahora parecía peligroso, como si pudiera hacer añicos la frágil idea que me había formado de mí.

La encuadernación de cuero crujió cuando abrí el libro; tenía las páginas amarillentas por el paso del tiempo. Los primeros capítulos eran sobre distintos minerales y sus propiedades. Algunos los reconocí de Sídhe: gemas preciosas que se usaban para artesanías, metales que podían mejorar encantamientos. Otros parecían únicos de Umbrathia; sus usos me eran desconocidos. Me perdí en sus descripciones.

Al fin, llegué a la sección sobre la arcanita:

> *La arcanita sirve como conductor de la esencia. Antaño se encontraba en abundancia en la cordillera nordeste de Freyheim. Se usaba principalmente para fabricar armas antes de ser explotada con rapidez y distribuida por todo el reino. El mineral posee una cualidad única desconocida en cualquier otra sustancia de Umbrathia: la habilidad de almacenar y dispersar esencia a la vez. Cuando se encantan las armas con arcanita, algunos portadores logran transferir con éxito sus ataduras a la piedra, aumentando su potencial.*

Leí el extracto dos veces y luego otra más. Algo no cuadraba. Arrugué la nariz mientras hojeaba las siguientes páginas en busca de más información.

—Este texto está mal —comenté al fin—. No dice nada de que la arcanita cree esencia.

—Porque eso sería erróneo —contestó Aether sin alzar la vista de su libro.

—En la Guardia, aprendimos que la arcanita es donde se crea la esencia. Que el reino moriría sin ella. —Las palabras me sonaron vacías incluso mientras las pronunciaba.

—Y yo te estoy diciendo que eso no es correcto. —Desvié la vista a sus labios cuando alzó una mano y se humedeció un dedo antes de pasar la página—. Umbrathia no ha tenido yacimientos de arcanita desde hace más de un siglo. Se puede encontrar de vez en cuando alguna reliquia familiar, una espada o un arma incrustada con la piedra, pero eso es lo único que queda.

Lo sopesé durante un momento, recorriendo con los dedos las palabras de la página ante mí. Las implicaciones hicieron que se me retorciera el estómago.

—Puede almacenar esencia —añadió, ahora con una voz más baja —, pero no la crea. Eso proviene del reino en sí.

Lo fui comprendiendo poco a poco, y a continuación todo de golpe. Era una mentira, como todo lo demás. Nos habían enseñado que los espectros iban en busca de la arcanita, que perderla haría que el reino se sumiera en la oscuridad. Aquello nos había alejado de hacer preguntas que no querían responder. Una táctica basada en el miedo, justo aquello de lo que Ma siempre les había acusado.

¿Hasta dónde habrían llegado estas mentiras? Pensé en Laryk, pero deseché el pensamiento a toda prisa. Estos engaños seguro que empezaron con los líderes militares que destruyeron Riftdremar en primer lugar. Habían reescrito la historia y enterrado la verdad bajo capas de falacias.

Necesitaba aire. Me puse de pie de sopetón y me dirigí al laberinto de estantes, permitiendo que mis dedos recorrieran los lomos de los libros. Al final de un pasillo, me percaté de que había una sección bloqueada al fondo. Un cartel decía que estaba restringida, pero la cuerda que por lo general prohibía la entrada se había apartado. La curiosidad me empujó hacia delante.

Cuando giré la esquina, alguien se sobresaltó y soltó sus libros con un ruido sordo. Raven se encontraba allí; el pelo oscuro le caía por los ojos cuando miró a su alrededor como un animal asustado. Había libros desperdigados en torno al sillón afelpado en el que estaba claro que se había apoltronado.

—Eh… Solo estaba… —Hizo un breve gesto hacia el desorden.

Contuve una sonrisa.

—¿Escondiéndote de Talon?

Se le relajaron los hombros un poco y una tímida sonrisa reemplazó su pánico.

—Me has pillado.

—No te preocupes. No se lo contaré a nadie. —Me agaché para recoger el libro que se le había caído, reparando en su encuadernación de cuero desgastada y sus filos bañados en oro—. La demostración de tu atadura en las pruebas fue impresionante, por cierto.

—Qué amable —respondió Raven mientras aceptaba el libro que le estaba tendiendo—. Aunque lo que enseñé no era ni el comienzo de lo que soy capaz de hacer de verdad. No pude demostrar todo su potencial con tanta facilidad en un ambiente así.

—¿En serio? —Me apoyé contra una de las estanterías, agradecida por la distracción de mis descubrimientos anteriores.

—Bueno… —Se encogió de hombros y siguió ordenando distraído los libros alrededor de su sillón—. Supongo que encantar espejos no

es muy eficaz en combate, que digamos. No en el sentido tradicional, claro.

—¿A qué te refieres exactamente?

Se le iluminaron los ojos por el entusiasmo.

—Los espejos… Puedo formar vínculos con ellos, dejarlos en lugares. Usarlos para comunicarme a través de grandes distancias o… —Dudó mientras echaba un vistazo a su alrededor antes de proseguir en voz baja—: Ver lo que sucede a su alrededor. Como si mirara a través de una ventana.

Algo hizo clic en mi mente. Una atadura como esa sería de un valor incalculable en una operación militar. No me extrañaba que la Umbra lo hubiera colocado en los archivos en lugar de descartarlo directamente; sus habilidades no tenían que ver con el combate, sino con la inteligencia.

—Al menos, eso hacía —añadió; su entusiasmo disminuyó un poco —. Antes de que todo empezara a fallar. Ahora se requiere demasiada esencia solo para mantener una única conexión.

—Debe de ser complicado —repliqué, pensando en cómo mis propias habilidades jamás se habían debilitado, ni siquiera aquí. La culpa por tener ese privilegio me oprimía el pecho.

Se encogió de hombros; era evidente que intentaba deshacerse de ese momento de vulnerabilidad.

—Bueno, ¿qué está haciendo la nueva duskbound del reino en los archivos? Además de pillar a archivistas saltándose el protocolo, claro.

—Buscar información sobre la arcanita.

—Suena apasionante —respondió, esbozando una sonrisa—. Aunque supongo que es más útil que mi material de lectura actual.

Miré el libro que todavía tenía en la mano.

—¿Y qué estás leyendo exactamente?

—Bueno, acababa de abrirlo, pero… —me dedicó una sonrisa tímida y me lo mostró— mi gusto es menos académico.

—*Vida y aventuras de Krayken Vindskald* —leí de la cubierta adornada—. Parece fascinante.

—En realidad, igual te interesa. Vindskald ya vivía antes de las cruzadas, cuando los duskbound aún nacían en libertad. —Se rio con sus propias palabras.

Muy a mi pesar, me intrigaba. La historia de los duskbound en Umbrathia era algo que quería comprender.

—¿No lo has comenzado?

—Tengo una lista de unos quinientos libros que leer. No lo echaré en falta durante un tiempo. —Hizo un gesto hacia los libros desperdigados alrededor del sillón—. Cada vez que decido cuál leeré después, me llama otro la atención. Nunca voy a poder con tantos, pero es divertido pensar que sí.

Me metí el libro debajo del brazo.

—Bueno, gracias por esto. Y tu secreto está a salvo conmigo.

—Avísame cuando te lo termines —dijo Raven, ya volviéndose a instalar en su sillón—. No mucha gente por aquí comparte mi gusto literario. —Hizo una pausa, y a continuación añadió con un toque de picardía—: Bueno, no muchos lo han admitido, más bien.

—Estoy segura de que a Talon le encantaría charlar de ficción histórica contigo.

—Ah, desde luego. Justo después de que me dé un sermón sobre las técnicas de conversación correctas. —Sonrió—. Y la postura correcta. Y puede que hasta la respiración correcta.

Fui incapaz de contener una sonrisa mientras me daba la vuelta para marcharme.

—Te dejaré con tu búsqueda extremadamente importante entonces.

Cuando volví a la mesa, Aether alzó la vista detrás de sus gafas y frunció el ceño.

—¿Otro arrebato?

—¿Sabes? Si te despertaras un día y te dieras cuenta de que todo lo que te han enseñado alguna vez es mentira, creo que necesitarías tiempo para procesarlo lejos de miradas críticas. —Entrecerré los ojos.

Se limitó a asentir y a volver a su lectura, a pesar de que se le había suavizado un poco la expresión.

La tarde prosiguió mientras examinaba más textos y no encontraba nada sustancial. Nada que pareciera ayudarme a detener esta guerra. No fue hasta que Aether se estiró y se puso de pie cuando me percaté de lo tarde que se había hecho; el crepúsculo eterno se encontraba más tenue de alguna forma.

Antes de que pudiéramos marcharnos, Raven corrió hacia mí y me dejó un espejito compacto en la mano.

—Por si quieres charlar de cualquier cosa que leas. —Me dedicó una sonrisa misteriosa antes de desaparecer hacia los archivos.

Volvimos al fuerte juntos. La mente se me llenó de posibilidades, cada una menos esperanzadora que la anterior. ¿Cómo se suponía que iba a presentarle algo a Urkin cuando todo llevaba a un punto muerto?

En la entrada, Aether se detuvo.

—Voy a dar un paseo con Nihr. —Dudó un momento antes de añadir—: ¿Te gustaría unirte con Tryggar?

La invitación me pilló con la guardia baja. Ya habíamos pasado todo el día juntos, aunque fuera en silencio.

—Esta noche, no —respondí—. Tengo que… —Hizo un gesto impreciso hacia la nada.

Él asintió antes de emprender el camino a los establos y dejarme sola con mi creciente sensación de inutilidad y el peso del libro de Vindskald presionado contra el pecho.

CAPÍTULO 29

El espejito que Raven me había dado descansaba sobre mi mesa; su superficie reflejaba el crepúsculo que se colaba a través de la ventana. Lo giré entre las manos, preguntándome qué le habría hecho exactamente; si podría verme ahora mismo a través de él. Lo cerré de golpe antes de dejarlo a un lado. Me dolían los músculos por haber estado sentada todo el día, encorvada sobre los textos de los archivos, y todavía tenía la mente revuelta por todo lo que había aprendido sobre la arcanita. O, más bien, desaprendido.

Sentía que estaba pasando algo por alto. La arcanita parecía ser el denominador común entre la guerra en Riftdremar y la que ahora se libraba con Umbrathia. Pero no lograba adivinar cómo se conectaban las dos. ¿Les habría arrebatado Sídhe las reservas sabiendo que eso empezaría a drenar a Umbrathia casi una década y media después? Seguro que había más, aunque no tenía ni idea de dónde buscar.

Me quité el uniforme rígido y me puse la ropa de dormir, pero me costaba conciliar el sueño. Se me iban los ojos al libro encuadernado en cuero que había en mi mesita de noche. Sus letras doradas atraparon la poca luz que quedaba. Tal vez unos cuantos capítulos ayudarían a que me entrara sueño.

Me acomodé en los cojines y abrí el libro. El lomo crujió, revelando un texto elaborado que solo podría haberse hecho a mano. «Vida y aventuras de Krayken Vindskald, el siervo más humilde de la palabra

escrita y observador de lo extraordinario». No pude evitar sonreír ante la grandilocuente introducción.

Recorrí con los dedos las envejecidas páginas mientras las pasaba y buscaba algo útil cuando la palabra «duskbound» me llamó la atención. La tinta se había borrado un poco, pero las palabras se leían con claridad:

En este año, el trigésimo de mis andanzas por nuestro hermoso reino y el segundo pasado en la dudosa compañía de ciertos bandidos caballerosos (cuyos nombres debo reservarme por motivos de discreción y para continuar respirando), la fortuna ha tenido a bien concederme un encuentro de lo más raro con un verdadero duskbound.

Tales seres se han vuelto tan escasos como las rosas de invierno desde que nuestro noble rey Thaddeus reclamó el trono. Su Majestad, quizá comprensiblemente, se sentía algo molesto por aquellos cuyos dones se asemejaban tanto a los suyos. Pero ahí estaba sentado, en una modesta taberna al sur de lo que entonces era el próspero municipio de Croyg.

A primera vista, no parecía destacar más que cualquier otro cliente en busca de consuelo en la bebida, aunque las solicitaba con sorprendente frecuencia. Su verdadera naturaleza solo se reveló cuando uno de mis compañeros de viaje (llamémoslo Zoquete, porque eso es lo que demostró ser) cometió el lamentable error de intentar liberar la bolsa del caballero de su persona.

En un alarde que me perseguirá en sueños hasta el día de mi muerte, el hombre se levantó como el humo, con la oscuridad manando de su ser. Las sombras se movieron como lo harían las serpientes, enrollándose alrededor del pobre Zoquete en un abrazo frío hasta que su rostro se volvió del más fascinante tono

púrpura. Más curiosa fue la total falta de quemaduras del Vacío en la piel del hombre; un detalle que no se me escapó, pero confieso que mi atención se vio atraída en un principio por el cambio más bien exagerado de Zoquete en su tez.

Poseído tanto por la curiosidad académica como por un particular y fuerte sentido de la supervivencia, me costó horrores alejarme de las desafortunadas elecciones de mi antiguo compañero. De hecho, una vez que Zoquete hubo sido dispuesto de forma más bien poco ceremoniosa sobre el suelo (aún respiraba, mas ahora tenía una nueva apreciación por la propiedad personal), me encontré atraído por esta misteriosa figura.

Cuando al final regresó a su asiento, yo reuní lo que me quedaba de coraje (respaldado tal vez por la cuantiosa cantidad de cerveza en mi vientre) y me acerqué. Mis preguntas por su servicio a la Umbra dieron con una revelación sorprendente, pues él nunca había jurado lealtad a los defensores de nuestro reino. El Vacío, por lo visto, lo había reclamado en su niñez como resultado de un reto estúpido y cierta rabieta que tan a menudo lleva a los chicos jóvenes a la perdición.

Cuando le insistí, con toda la delicadeza que mi profesión exigía, para que hablara de su tiempo en aquella oscuridad sin fin, por el rostro le cruzó una sombra que nada tenía que ver con sus extraordinarias habilidades. Observó las profundidades de su hidromiel como si aquello pudiera protegerlo de los recuerdos que, incluso después de tantos años, parecían seguir atormentándolo. No volví a preguntar, pues, como ya había aprendido, algunos horrores era mejor dejarlos estar.

Bajé el libro. El duskbound lo recordaba todo, aun años más tarde. La marca del Vacío era más profunda que las sombras que se le

adherían. ¿Me ocurriría lo mismo? ¿Esas visiones me perseguirían para siempre?

Sabía que debería estar centrándome en mi plan para Urkin, o al menos en algo útil como dormir, pero tenía ganas de seguir leyendo. Pasé los dedos por la página siguiente, donde un elaborado fragmento detallaba otro encuentro.

Había sido convocado, con no poca fastuosidad, para documentar lo que lord Sveinson nos aseguraba que sería el logro más histórico de todos: la primera domesticación exitosa de esas bestias magníficas y terroríficas conocidas como vördr. Si hubiera sabido entonces qué amarga locura acontecería, tal vez habría encontrado asuntos urgentes en otra parte del reino.

La criatura que se las habían arreglado para capturar de alguna manera era algo impresionante de ver: su pelaje era tan negro como la noche sin luna, con hebras plateadas recorriendo sus alas como estrellas tejidas en la oscuridad misma. Habían construido un elaborado corral temporal de acero pulido y metales preciosos, adornado con el más fino trabajo del artesano de la familia, como si semejante criatura pudiera impresionarse por nuestras mortales muestras de riqueza y posición social.

—Hoy —anunció lord Sveinson a los nobles reunidos; su voz reflejaba la seguridad del que jamás ha conocido del todo la humildad—, demostraremos cómo estas criaturas pueden ser doblegadas bajo la voluntad kalfar adecuada.

Fue entonces cuando me fijé en ella, una moza de cuadra que se mantenía en las sombras de la reunión; su rostro reflejaba cierta preocupación que provenía de saber algo que la posición social de uno le impide decir. Cuando llevaron elaborados arneses de cuero repujado y cadenas de plata, observé sus

desesperados intentos por llamar la atención de su patrón, a pesar de que el protocolo exigía su silencio.

Lo que aconteció después quedaría grabado para siempre en mi memoria.

La reacción de la bestia fue tan veloz como terrible. Cuando el hijo mayor de lord Sveinson se acercó con su elaborada brida, el vördr desplegó las alas con tal fuerza que el propio aire pareció quebrarse. Qué alas más espléndidas; qué curioso que me recordaran tanto a la oscuridad que había presenciado en aquella taberna años antes, al modo en el que parecieron beberse la luz misma.

De hecho, había escuchado rumores en mis viajes, cuentos de voces susurrantes tras el exceso de vino, de que estas criaturas habían nacido del propio Vacío. Algunos juraban que habían sido testigos de cómo los vördr desaparecían en esa oscuridad infinita a intervalos extraños, como si respondieran a alguna llamada antigua. Otros afirmaban que regresaban al Vacío para alimentarse, aunque nadie sabía explicar cómo habían obtenido ese conocimiento y si es que era siquiera cierto.

Esos pensamientos ocuparon mi mente durante apenas un instante antes de que estallara el caos. La rabia del vördr se manifestó en un despliegue de gracia salvaje que desafiaba toda descripción. Las barras de acero se doblaron como juncos de un río, las cadenas se rompieron como hilos y el hijo de lord Sveinson se vio lanzado por el aire de una forma nada favorecedora para su posición.

Entonces, la moza de cuadra, esa chica callada que había intentado advertirles, hizo algo que lo cambió todo. Cuando la bestia se encabritó, preparada para asestar lo que seguro que habría sido un golpe fatal, la joven se adelantó. Y, querido

lector, os juro por lo más sagrado de mi profesión que las sombras se movieron con ella…

Las sombras que bailaban a su alrededor no se parecían a nada que hubiera visto antes; no era como el poder puro de un duskbound, sino algo más sutil, como la tinta propagándose por el agua. Más tarde, descubriría que esas eran las marcas de alguien tocado por el Vacío, aunque ella llevaba sus quemaduras con más gracia que la mayoría.

La reacción del vördr fue inmediata y extraordinaria. Donde momentos antes había rugido con la furia de una tempestad, ahora permanecía quieto con esas temibles alas plegadas, como si hubiera centrado toda su atención en la chica. Los nobles reunidos, muchos de los cuales habían salido despavoridos en busca de seguridad apenas unos instantes antes, se habían sumido en un silencio sepulcral.

La joven se aproximó a la bestia sin miedo ni pretensión y alargó la mano como uno haría con un igual, no con una criatura destinada a ser conquistada. El vördr bajó su enorme cabeza, y juro por todo lo sagrado que se inclinó ante ella. No a modo de sumisión, como lord Sveinson había esperado de manera tan estúpida, sino de reconocimiento. Era como si compartieran un conocimiento profundo que nosotros, los meros espectadores, nunca podríamos adquirir.

—No se les puede domesticar —dijo ella entonces; su voz se oía a pesar de su suavidad. Se giró para mirar a su patrón, y, aunque su posición requería humildad, algo en su comportamiento había cambiado—. Son criaturas del Vacío, mi lord. Solo responden ante él.

A lord Sveinson se le puso la cara de un tono morado que rivalizaba con la del pobre Zoquete de mi historia anterior,

aunque por razones del todo diferentes. Aun así, ni él podía negar lo que todos habíamos presenciado. El vördr le permitió a la chica conducirlo a su elaborada prisión, y me percaté, no con poca ironía, de que la había seguido sin necesidad de cadenas ni bridas.

Con el tiempo, me enteré de que la ascendieron a jefa de las caballerizas de los Sveinson; era la primera persona tocada por el Vacío en ostentar una posición así. Una pequeña victoria, quizá, pero una que comenzó a cambiar cómo nuestro reino veía tanto a los vördr como a aquellos marcados por la oscuridad.

Cerré el libro un momento, dejando que las palabras calaran. «Criaturas del propio Vacío». El pensamiento me provocó un escalofrío cuando recordé la reacción que tuvo Tryggar conmigo el primer día, cómo me había reclamado antes incluso de haber entrado en el Vacío, como si percibiera en lo que me convertiría. O tal vez lo que siempre había sido.

Eso despertó mi interés, así que pasé la página para leer el siguiente capítulo.

Tras casi cincuenta años recorriendo nuestro hermoso reino, coleccionando historias y recuerdos que a veces me gustaría poder olvidar, me topé con algo que desafiaba todo entendimiento. Incluso ahora, que transcribo estas palabras a mis ciento veintiún años, puedo afirmar que jamás he presenciado nada igual.

Mis andanzas me habían llevado a la cordillera sudeste de la región de Leidvra, donde había pocos pueblos y la naturaleza tenía secretos aún indómitos. Me había unido a un grupo de guerreros atraídos por historias de ciertas bestias enormes que

acechaban los ríos; una búsqueda lo bastante sencilla, o eso creía.

Sin embargo, lo que presencié ese día iba mucho más allá de una simple bestia. De hecho, querido lector, apenas me atrevo a ponerlo por escrito por temor a que dudéis de mi propia cordura. Un sifón.

Recorrí el río con la vista mientras la esencia parecía alzarse de sus profundidades como la niebla matutina, dejando las aguas grises y sin vida a su paso. Aun así, no se trataba de destrucción, pues, mientras observaba paralizado, esa misma esencia se redirigió hacia los campos circundantes, donde el calor cruel del verano lo había reducido todo a cenizas. Ante mis propios ojos, el verde brotó de la tierra muerta; la vida fluyó de nuevo hacia tierras que se creyeron yermas durante mucho tiempo.

¿Comprendéis lo que describo, querido lector? Una fuerza capaz de redirigir el propio flujo de la esencia misma…

El corazón me martilleaba en el pecho mientras pasaba la página y me encontraba con que había unos bordes desiguales donde debería haber estado el resto del capítulo. Habían arrancado las páginas.

Me puse de pie de un salto y deambulé por los pequeños confines de mi habitación mientras la mente me iba a mil. ¿Un sifón? Con todos mis estudios en Sídhe, con todos los textos que había leído hoy en los archivos, nunca me había topado con algo así. Pero las implicaciones… Si algo pudiera redirigir la esencia…

Volví a clavar la vista en el libro; su cubierta envejecida de pronto parecía más pesada que antes. Esta podría ser la pieza que me faltaba y que había estado buscando. La respuesta a todo.

CAPÍTULO 30

Me metí el espejito en el bolsillo y salí corriendo de mi habitación. El descubrimiento sobre el sifón ardía en mi mente mientras corría a través de los pasillos del fuerte, sin reparar apenas en las miradas de sorpresa de las personas junto a las que pasaba. Irrumpí en el patio justo cuando Aether estaba desmontando a Nihr y casi me choqué con él por las prisas.

Su expresión cambió de sorprendido a enfadado y luego a confundido en cuestión de segundos.

—¿Qué…?

—Tenemos que volver a los archivos —espeté, interrumpiéndolo.

—Daba por hecho que regresaríamos mañana. —Empezó a quitarse los guantes de montar, observándome con una calma enloquecedora.

—No. Ahora.

—¿Qué has descubierto? —Alzó una ceja, pero comenzó a andar hacia los archivos; sus largas zancadas me obligaron a acelerar el paso para seguirle el ritmo.

—¿Has oído hablar de un sifón?

—No puedo decir que sí.

—En el libro que estaba leyendo, dice que había un objeto, un sifón, que podía redirigir la esencia. Redirigirla de verdad.

—¿En qué texto lo has descubierto?

—Eran unas memorias. *Vida y aventuras de Krayken Vindskald*.

Aether dejó de andar y se giró para mirarme con las cejas alzadas.

—¿Las divagaciones ebrias de un bardo?

—Escúchame. Ahora mismo, la única táctica de la Umbra es atacar la arcanita. Pero ¿y si hay algo más? ¿Y si Sídhe está usando un sifón? —Las palabras me salieron a toda velocidad—. Y mejor aún: ¿y si podemos encontrar el nuestro y redirigir la esencia de vuelta a Umbrathia nosotros mismos?

Se detuvo, sopesando mis palabras con una seriedad inesperada.

—Vamos a ser claros —insistí—, la estrategia actual no está funcionando.

—¿Qué más decía el libro?

—Eso es lo más intrigante. Han arrancado el resto del capítulo sobre los sifones.

Aether frunció el ceño, pero prosiguió andando.

—Supongo que será una noche larga, entonces.

Me percaté de lo vacías que estaban las calles mientras nos acercábamos a los archivos, sobre todo la zona que rodeaba el edificio. Cuando llegamos a la entrada, tiré del pomo, aunque no cedió.

—Está cerrado. —Me giré hacia él.

—Hombre, claro. Ya es tarde. —Su tono sugería que debería haber sido obvio.

—Entonces ¿por qué nos has hecho andar todo el camino hasta aquí? —pregunté irritada.

Esbozó una sonrisa de suficiencia.

—Porque tú vas a abrir la puerta para nosotros.

—¿Y cómo se supone que voy a hacer eso?

—Con tu forma umbría. Puedes deslizarte por ella si eres lo bastante rápida.

—Vas a tener que explicarme mejor eso.

En un instante, Aether se desvaneció ante mis ojos. Donde se había encontrado, solo quedaban sombras brumosas, arremolinándose como el humo antes de disiparse por completo. Una respiración me rozó el oído desde atrás y me sobresaltó. Me giré y me lo encontré ahí, sólido otra vez, demasiado cerca.

—¿Mejor?

Me crucé de brazos.

—Creído.

—Usaste tus sombras el otro día para el traspaso del Vacío. Esto no es muy distinto. —Su voz era firme, paciente—. En vez de imaginártelas saliendo de ti, imagina que te conviertes en ellas.

Di un paso atrás y me giré hacia la puerta antes de cerrar los ojos. Atraer las sombras ahora me resultaba fácil, pero esto era diferente. En vez de permitir que salieran, tenía que dejar que me consumieran. Me centré en volverme intangible, en acceder a que las sombras se extendieran desde dentro hacia fuera hasta que llenaran cada parte de mí.

La sensación era extraña, como perder todo mi peso a la vez y aún mantener mi forma. Cuando abrí los ojos, todo parecía un poco más oscuro; los bordes se difuminaban en las sombras.

Me acerqué a la puerta, preparándome para el impacto que jamás llegó. En su lugar, sentí la veta de la madera atravesarme, o tal vez atravesarla yo a ella, no estaba segura. El olor a cedro me inundó la nariz mientras me colaba, y entonces me encontré al otro lado, volviendo a tomar forma sólida con una sensación de cosquilleo extraña, como si unas telarañas se aferraran a mi piel.

El corazón me retumbaba en el pecho. Acababa de atravesar una puerta. Literalmente.

—Impresionante. —La voz de Aether provenía de detrás de mí; sus sombras todavía se arremolinaban a su alrededor.

Me negué a darle la satisfacción de ver lo entusiasmada que estaba en realidad.

—Vamos a buscar esas páginas perdidas.

Aether se limitó a girarse y empezó a andar a través de las altas estanterías.

Los archivos parecían distintos tan tarde. El arrastre de pies y las conversaciones entre susurros usuales habían sido reemplazados por el silencio absoluto. Saqué el espejo que Raven me había dado y observé su superficie pulida antes de abrirlo de golpe.

—No sé cómo funciona —susurré a mi reflejo, sintiéndome un poco tonta— o si puedes oírme siquiera, pero, si te interesa un poco de desenfreno nocturno en los archivos, te esperamos. —Miré hacia la puerta otra vez y giré el cerrojo para abrirla.

Seguí a Aether por el laberinto hasta que encontramos una mesa cerca de las lámparas de latón; su luz apenas alcanzaba los filos de la superficie de madera. Dejé las memorias de Vindskald encima; la encuadernación de cuero hizo un ruido sordo y suave contra la mesa mientras abría el libro por el capítulo de los sifones.

Aether se colocó detrás de mí; su pecho casi me tocaba la espalda cuando se inclinó por encima de mi hombro para examinar el texto borroso. Su aliento me removía mechones sueltos de pelo mientras entornaba los ojos para mirar las páginas; era obvio que le costaba leer las palabras.

—¿Necesitas tus gafas? —pregunté, tratando de ignorar cómo su proximidad hacía que me hormigueara la piel.

En vez de responder, me rodeó con un brazo y levantó el libro, rozándome el mío. Se giró y se apoyó contra una silla mientras me dirigía una mirada entrecerrada desde detrás de las páginas. No

pude evitar reparar en cómo la luz de la lámpara captaba el dorado de sus ojos, cómo trazaba los ángulos afilados de su mandíbula. Era casi devastador de ver; esa belleza imponente, casi demasiado perfecta en aquel ángulo, retroiluminada y sombreada contra los archivos. El silencio prosiguió mientras paseaba la vista por las palabras, solo interrumpido por el crujido ocasional del papel.

Al final, llegó a la sección que se había arrancado y un «hum» pensativo se le escapó de los labios. El sonido vibró a través de mí, recordándome lo cerca que todavía se encontraba.

—Es algo —dije con suavidad, aunque no pude ocultar el entusiasmo que me embargaba—. Lo presiento.

—Podría serlo. —No sonaba muy convencido.

Bufé, ignorando su escepticismo.

—¿Cómo deberíamos continuar a partir de aquí?

—Si es algún tipo de objeto hechizado o encantado, debería estar en algún lugar en aquellas estanterías. —Aether señaló el fondo de los archivos, donde las filas de libros se extendían hasta las sombras —. O —añadió, bajando un poco el tono— podría estar en la sección restringida.

Un crujido de la puerta interrumpió el silencio. Ambos nos giramos para encontrar a Raven en la entrada con una ceja arqueada mientras contemplaba la escena ante él.

—Has venido. —Me giré hacia Aether—. ¿Te acuerdas de Raven?

La presencia de Aether pareció empequeñecer a Raven; su sencilla confianza de antes había sido sustituida por la indecisión.

—Nuestro nuevo archivista. —Aether asintió antes de regresar a la sección a la que había señalado antes, pasándose una mano por el cabello oscuro.

—¿Qué? —dijo Raven una vez que Aether no pudo oírnos—. ¿Colándote en los archivos a deshoras? Creía que se suponía que tú

eras la responsable.

—En teoría, pero jamás he dicho eso. Ha sido solo una conjetura tuya.

—Cierto. —Miró el libro abierto—. ¿Has visto algo interesante en las memorias de Vindskald, entonces?

—Quizá. Si podemos encontrar algo sobre sifones en los demás textos. —Señalé las altísimas estanterías ante nosotros.

—Bueno —contestó Raven con una sonrisa; su confianza estaba volviendo—, ahora tienes a un archivista a tu lado. ¿Por dónde deberíamos comenzar?

Esa primera noche se alargó hasta por la mañana temprano mientras revisábamos cientos de textos. El conocimiento de Raven sobre los archivos fue nuestra salvación. Él sabía exactamente qué secciones podrían contener información relevante, qué autores habían escrito sobre artefactos mágicos, en qué periodos históricos concentrarnos. No obstante, a pesar de nuestros esfuerzos, no encontramos nada más sobre los sifones.

Pasaron los días mientras establecíamos una rutina. Nos tirábamos las mañanas en las secciones regulares de los archivos, fingiendo hacer una investigación normal. Por las noches, nos dedicábamos a las investigaciones más a fondo, sobre todo en las áreas restringidas. Vexa y Effie se ofrecieron de inmediato a ayudar cuando les expliqué lo que habíamos encontrado, ansiosas por hacer algo más emocionante que sus tareas habituales. Rethlyn estaba demasiado ocupado entrenando a los nuevos reclutas, aunque me dedicaba una mirada de disculpa al salir del comedor.

—Tiene que haber algo —murmuré la tercera noche, rodeada de pilas de libros. Me ardían los ojos de leer una infinidad de páginas de texto borroso—. Un artículo tan poderoso no desaparece sin más de la historia sin dejar rastro.

—A menos que alguien quisiera que desapareciera —añadió Aether en voz baja desde donde se encontraba sentado al otro lado de la mesa; sus gafas reflejaban la luz de la lámpara mientras estudiaba otro tomo.

—¿Qué quieres decir?

—Si un artefacto así existió, sería muy peligroso en las manos equivocadas. Igual alguien eliminó a conciencia todos los registros de él.

El pensamiento se me instaló de manera incómoda en el estómago mientras observaba como relucía fuera el crepúsculo. Se estaba acabando el tiempo. Faltaban menos de dos días para presentarle algo a Urkin y, hasta ahora, lo único que tenía era una sola página de unas memorias de fiabilidad cuestionable y una pila de libros cada vez mayor que no me decían nada.

—Tal vez estemos buscando en el lugar equivocado —sugirió Raven, cerrando otro volumen inútil con un suspiro—. Si alguien hubiera tratado de borrar su existencia, no habría dejado información en lugares obvios.

—Entonces ¿dónde? —pregunté, con la frustración notándoseme en la voz.

Pero nadie tenía una respuesta para eso.

—Necesito aire —espeté, apartándome de la mesa de un empujón. Me zumbaba la cabeza—. Y tiempo para pensar que no implique estar rodeada de libros inútiles.

Aether se limitó a asentir, ya poniéndose de pie. Se quedó callado, abriéndome la puerta para salir a la luz gris. Días de búsqueda, de esperanza que surgía y se desvanecía en cada callejón sin salida, y el único resultado que habíamos obtenido era cansancio.

Caminamos en silencio hacia los establos, ambos perdidos en nuestros pensamientos. Tal vez había sido una estúpida y me había

permitido creer que encontraríamos algo de relevancia. El sifón podría no haber sido más que el invento ebrio de un bardo viajero, y había malgastado un tiempo muy valioso buscándolo.

A medida que nos acercábamos, las risas flotaban por el pasto, un sonido tan inesperado que me hizo detenerme. Lael se hallaba delante de los establos, casi dando saltitos de la emoción mientras acariciaba el pelaje de una vördr. La bestia tenía un tono carbón con parches de negro puro que se extendían por sus alas como manchas de tinta.

—¡Aether! —gritó Lael, corriendo hacia nosotros con una sonrisa que parecía demasiado grande para su cara. Rethlyn lo siguió a un ritmo más pausado, aunque su sonrisa parecía de orgullo—. ¡Mira! ¡Me ha reclamado! ¡Ahora mismo! ¡Se ha parado delante de mí durante el entrenamiento y no se va!

A pesar de mi cansancio, no pude evitar sonreír ante su emoción. La vördr nos observó con unos ojos inteligentes y la cabeza ladeada, como si nos evaluara a los recién llegados.

—Se llama Nyx —prosiguió Lael, prácticamente vibrando de alegría—. Es perfecta, ¿a que sí?

—Te pega —respondió Aether, y, aunque su voz permaneció firme, capté una ligera calidez debajo de ella.

—Bueno, ambos os habéis pasado un montonazo de tiempo juntos en los archivos —dijo Rethlyn con un tono informal, pero revelando con los ojos que sabía más que eso—. Después de que todo el mundo haya acabado su jornada.

Aether se pasó una mano por el pelo y soltó un suspiro irritado.

—Tus capacidades de percepción son inigualables.

—Urkin se preguntará dónde andas metido —añadió Rethlyn, y esbozó una ligera sonrisa.

—Urkin es libre de preguntar lo que él quiera. —Aether entornó los ojos—. Sabe que puede hacerme llamar cuando requiera mi presencia.

—Tal vez lo haga. —Rethlyn se encogió de hombros con ojos juguetones—. Sobre todo, porque te has perdido las dos últimas sesiones informativas.

—Tenía otros asuntos más importantes que atender.

—Quizá. —Rethlyn nos miró a uno y a otro—. Aunque no me acuerdo de la última vez que mostraste tanta… dedicación a una investigación.

—Rethlyn. —Había un deje de advertencia en la voz de Aether.

—¿Qué habéis estado haciendo todos? —inquirió Lael, arqueando una ceja.

—Nada de lo que te tengas que preocupar —replicó Aether; su expresión se volvió un poco más hermética—. Céntrate en tu entrenamiento.

Rethlyn le revolvió el pelo al chico.

—Es tan misterioso…

—¿No deberíais estar en otro sitio? —lo interrumpió Aether.

—En realidad, sí. —Rethlyn suspiró y me dedicó una sonrisa—. He de ir a ver a Mira y Theron. Hablaré con vosotros luego.

La silueta plateada de Tryggar descendió de las nubes como si lo hubiera convocado con mis pensamientos y aterrizó con la fuerza suficiente para levantar polvo por el patio. Clavó los ojos en Aether de inmediato y abrió un poco las alas; una advertencia que había llegado a reconocer.

—Ya veo que sigues con ese rencor —murmuró Aether, dando un paso atrás.

Tryggar resopló y se colocó entre nosotros. No pude evitar soltar una carcajada mientras me daba un golpe con el hocico y casi me

tiraba con su entusiasmo.

—Sí, sí, yo también te he echado de menos —dije, rascándole por debajo del mentón. Su zumbido de satisfacción me vibró en el pecho —. Y tus instintos son correctos, como siempre.

La única respuesta de Tryggar fue envolverme con un ala como si fuera un escudo, impidiendo con eficacia que Aether me viera.

—Madura —espetó Aether con sequedad.

El viento me azotaba el pelo cuando planeamos por encima de Ravenfell; sus chapiteles oscuros perforaban el cielo. Aquí arriba, todo parecía más pequeño: los problemas, la presión, incluso mis propias dudas. Sin embargo, no se habían ido, solo se habían acallado por la altitud y el ritmo constante de las alas de Tryggar.

—He malgastado nuestro tiempo —dije al fin, rompiendo el silencio entre nuestros vördr—. Nos hemos pasado tres días hojeando cada tomo, libro y pergamino y no estamos más cerca de detener esta guerra.

—Has encontrado una pista —respondió Aether mientras guiaba a Nihr más cerca para que pudiéramos oírnos el uno al otro por encima del viento—. Eso es más de lo que teníamos antes.

—Una pista que no lleva a ningún lado. —Las palabras sabían amargas—. Quedan menos de dos días para presentarle algo a Urkin y lo único que tengo son unas páginas arrancadas y teorías.

—En ocasiones, las teorías son suficientes para empezar.

Le lancé una mirada.

—¿Desde cuándo eres tú el optimista?

—No lo soy —contestó, y capté esa ligera sonrisa otra vez—. Pero tú pareces estar tomándote un descanso de ello. Venga, quiero enseñarte algo.

—Qué siniestro.

—¿Cuándo no soy yo siniestro?

—Tienes toda la razón. —Me acomodé mejor sobre Tryggar—. ¿Vas a decirme a dónde nos dirigimos?

—Te gustará. —Su expresión había cambiado a algo casi malvado —. O lo odiarás y te pasarás todo el tiempo quejándote. De una forma u otra, es mejor que darles vueltas a los archivos.

—No les estaba dando vueltas.

—Por supuesto que sí.

—Estaba preocupándome con sensatez por un plazo imposible.

—Estabas dándole vueltas —repitió con firmeza—. Créeme, sé lo que es. Estoy muy familiarizado con el concepto.

Espoleó a Nihr y yo tuve que concentrarme para seguirle el ritmo. Volamos más allá de los muros exteriores de Ravenfell y de los asentamientos dispersos a las afueras de la ciudad. El paisaje abajo fue cambiando poco a poco del caos organizado de la ciudad al gris inhóspito que se prolongaba hasta el infinito por todo Umbrathia.

—Estamos alejándonos de todo —grité.

—No de todo.

Volamos en un cómodo silencio durante un rato; el cielo crepuscular se extendía sin fin sobre nosotros. Las montañas comenzaron a alzarse en la distancia; los picos escarpados arañaban las nubes grises. No había pueblos en este paisaje ni signos de vida. Solo los residuos interminables y los restos reducidos de lo que una vez debió de haber sido un bosque.

—¿Hasta dónde vamos a ir? —pregunté tras lo que pareció una hora.

—No mucho más.

—¿Sabes? Estás muy entregado a toda esta apariencia misteriosa.

—Prefiero pensar que es mantener un aire de intriga. —Sonrió, y algo en su expresión era juvenil, casi infantil. Nos dirigíamos a una

especie de destrucción dentro de dos días, su reino se estaba muriendo, el mío se encontraba sustentado por mentiras y, de algún modo, todavía podía sonreír así.

Las montañas cada vez se hallaban más cerca y revelaban un valle entre dos picos elevados, medio oscurecido por la bruma y la oscuridad. Una estructura se erguía en medio de la desolación.

Era inmensa. Más grande que el fuerte, más imponente que la ciudadela, más enorme que nada que hubiera visto en este reino. Un palacio de piedra oscura y toques plateados.

Pero también estaba vacío. Muerto. Ninguna luz brillaba en las numerosas ventanas. Ningún movimiento sacudía el terreno. Se situaba en ese valle como una tumba, precioso, terrible y completamente solo.

—¿Qué es eso? —susurré.

—La sede ancestral de la casa Valtýr. —Aether había bajado el tono, casi de manera reverente—. El palacio real.

Se me paró el corazón.

—No vamos a… No me vas a llevar ahí, ¿verdad?

—Relájate. No vamos a entrar. —Señaló la estructura más cerca de la cordillera, una vieja torre de vigilancia con la piedra erosionada y oscura contra el paisaje árido—. Solo nos vamos a acercar a ver.

Tryggar siguió a Nihr mientras descendían hacia la torre. Estaba vacía; no había guardias ni luces, solo piedra en mal estado y una amplia plataforma encima con vistas al valle. Aterrizamos y me bajé del lomo de Tryggar; las piernas me temblaban un poco por volar tanto tiempo.

—¿Traes a todas tus prisioneras a torres de vigilancia abandonadas con vistas a palacios reales? —pregunté, tratando de aligerar el ambiente pesado repentino.

—Solo a las más frustrantes.

—Qué honor.

—Pues sí. Esta torre lleva sin usarse años. No tiene sentido apostar guardias cuando apenas puedes alimentar a tus soldados.

La despreocupación con la que lo dijo hizo que me diera un ligero vuelco el corazón, pero no tenía tiempo de afligirme por ello. Me dirigí al filo de la plataforma, agarrando la piedra mientras echaba un vistazo al valle. El palacio se encontraba en el centro como un monumento a algo que llevaba mucho tiempo muerto; sus torres oscuras contrastaban con el gris de las montañas.

—Parece un palacio fantasma —dije.

—No del todo. —Aether se unió a mí en el borde, casi tocándome el hombro con el suyo—. Fíjate mejor.

Entrecerré los ojos, intentando mirar con más detenimiento. Y entonces vi un movimiento cerca del exterior del palacio. Una forma enorme con alas caminaba de un lado a otro. Daba una vuelta tras otra por todo el perímetro en un círculo infinito.

—¿Eso es un vördr?

—Stassea. —La voz de Aether era baja—. Lleva haciéndolo un tiempo. Desde que a ella empezó a írsele la cabeza.

—La reina —murmuré—. Es suya.

—Sí. —Se le tensó la mandíbula—. Aunque no ha reconocido a nadie, incluida su propia vördr, desde hace casi un año. La vördr solo anda… —otra pausa— mientras ella se consume en ese palacio.

Observé a Stassea continuar su ronda y se me encogió el pecho.

—¿Por qué no se marcha?

—Porque el vínculo de un vördr es para toda la vida. —Ahora su voz era más suave—. Stassea la eligió cuando la reina era tan solo una niña. Y le será leal hasta que la reina Andrid exhale su último aliento.

—Eso es… —no pude encontrar las palabras: «trágico» no lo cubría todo, «horrible» no le hacía justicia— una de las cosas más tristes que he oído en mi vida.

—Ese tipo de lealtad… —Ahora su voz era áspera—. No sé si es admirable o solo cruel.

—Las dos cosas —susurré—. Definitivamente.

Nos quedamos en silencio, observando a esa criatura inmensa proseguir con su circuito sin fin. El viento traía el ligero sonido de sus llamadas: tristes, escrutadoras, cada una retumbando por el valle antes de desvanecerse en la nada. Buscando una conexión que se había cortado, pero no roto. Al menos, no para ella.

—Háblame de ella —dije de pronto—. De la reina. Te encontró en el Vacío, así que supongo que ambos tuvisteis algún tipo de relación después de eso.

Me giré para mirarlo, preguntándome si me iba a dar ese gusto de verdad. Rara vez hablaba de su pasado, de algo tan personal.

—Yo estaba hecho un desastre cuando me encontró. —Una ligera sonrisa le cruzó el rostro—. La mayoría de los gobernantes me habrían mandado a los sanadores y se habrían olvidado de mí. Sería como cualquier otro soldado. Pero ella me visitó. Todos los días. Se sentaba en mi cama y hablaba conmigo.

—Parece amable.

—Lo era. —Apretó la mandíbula—. Una vez que me recuperé, supervisó personalmente mi entrenamiento. Se cercioró de que tuviera todo lo que necesitara. —Se detuvo; tenía los ojos distantes —. Siempre he pensado que me estaba preparando para algo importante. Aunque no creo que sea cierto. Ya no.

—¿Por qué?

—Bueno, tal vez sí lo hacía… al principio. —Se le apagó la voz, casi vacía—. Pero luego falleció su hijo. El príncipe. Tras su muerte,

se aferró a mí aún más. Como si tal vez yo pudiera llenar ese espacio que él había dejado atrás. Había perdido a muchas personas a esas alturas.

Se me encogió el pecho.

—Aquello debió de ser duro.

—No me importó. —Se encogió de hombros—. Ella me dio un propósito cuando yo no tenía nada. Un lugar al que pertenecer. Si hacer el papel de hijo sustituto aliviaba su dolor, aquello me parecía un trato justo.

—Te preocupas por ella.

—Todo el mundo lo hace. —Sin embargo, se le quebró la voz un poco al decir aquello—. Era una buena reina. Fuerte, estratégica, pero no cruel. Le importaba su pueblo de verdad.

—¿Lo conociste? A su hijo.

—Lo vi una vez. Brevemente. —La expresión de Aether era distante, atrapada en algún lugar de sus recuerdos—. Yo todavía era nuevo en la Umbra, apenas acababa de terminar el entrenamiento. Vino al fuerte por algún asunto oficial y nos cruzamos en el pasillo.

—¿Cómo era?

—¿Te soy sincero? No me acuerdo mucho. Era educado, me hizo algunas preguntas sobre mi entrenamiento. Parecía interesado de verdad, no solo lo hacía por darme conversación. —Frunció el ceño —. Falleció poco después. Alguna enfermedad extraña se lo llevó en cuestión de semanas. Y la reina… —hizo un gesto vago— empezó a quebrarse.

Aether desvió la mirada más allá de mí, hacia Tryggar. El vördr se encontraba descansando cerca del filo de la plataforma, con el pelaje plateado reluciente. Tenía las alas plegadas con cuidado a los costados y se le veía tranquilo, contento de un modo que no parecía concordar con el ambiente que nos rodeaba.

A Aether le cambió la expresión mientras observaba al vördr.

—¿Qué? —pregunté, siguiendo su mirada.

—Nada. Es que no hay muchos con el pelaje plateado. Es bastante poco común, de hecho.

—Ah, ¿sí?

—Sí, mucho. —La voz de Aether se había vuelto plana de una manera extraña—. Deberíamos volver —dijo— antes de que Rethlyn mande una partida de búsqueda.

Los miré a Tryggar y a él; ese extraño momento aún perduró en el aire entre nosotros. No obstante, la expresión de Aether se había vuelto hermética por lo que fuera que estuviera pensando oculto tras esa máscara familiar.

—Cierto —respondí despacio—. No queremos preocupar a nadie.

Me acerqué a Tryggar y le pasé una mano por el cuello. Él me dio un empujoncito en la palma y yo le rasqué bajo el mentón como le gustaba.

—¿Estás listo para volver, muchacho?

Resopló un poco, y pude haber jurado que aquello fue una afirmación.

Los tristes gritos de Stassea se desvanecieron tras nosotros cuando levantamos el vuelo y nos tragaron la distancia y el viento.

CAPÍTULO 31

—Urkin quiere que los nuevos reclutas crucen la brecha dentro de dos días —anunció Rethlyn mientras desperdigaba la comida por el plato—. Que vean el territorio oeste de Sídhe de primera mano.

Observé mi propia comida sin tocar; se me había quitado el apetito. Dentro de dos días, se suponía que iba a presentarle a Urkin una alternativa a la guerra. En vez de eso, estaría presenciando cómo la Umbra preparaba a la nueva generación para infiltrarse en mi antiguo hogar.

—Solo van a observar —continuó Rethlyn, como si hubiera percibido mi malestar—. Nada de luchas. Deben entender a qué nos enfrentamos más allá de la brecha, aprender los patrones de patrulla.

—¿Yo no estoy incluida en esta incursión? —pregunté, incapaz de contener la amargura de mi voz.

Rethlyn paseó la mirada de Aether a mí con una expresión interrogante en la cara.

—Supongo —contestó al fin—. Aunque no sé si a Urkin le da igual.

—Sí, porque ya le he dado exactamente lo que quería.

—Los reclutas merecen ver contra qué luchan. A qué comprometen sus vidas. —Rethlyn se encogió de hombros, pero en sus ojos había una disculpa.

—Solo llevan cinco días entrenando —solté en un tono teñido de incredulidad—. Ninguno de ellos está preparado para esto.

—No tienen que estar preparados —replicó Aether; su voz tenía esa carga familiar—. Solo tienen que verlo.

—Además —intervino Effie, apenas alzando la vista de sus uñas—, la Guardia nunca se ubica tan cerca de la brecha. Volar por la frontera oeste no es nada.

Sentí las palabras como un guantazo; esa vieja parte de mí se estremeció ante la revelación. ¿Cuántas veces se habrían adentrado en Sídhe sin que nadie se hubiera dado cuenta?

—¿Usarán… sombras? —pregunté, aunque ya sabía la respuesta. Ahora eran mis sombras; era mi poder el que utilizarían contra mis antiguos aliados.

—Solo para ocultarse —contestó Rethlyn enseguida—. Es el protocolo estándar para cruzar la brecha. No queremos llamar la atención de nadie.

Un silencio incómodo cayó sobre la mesa. Hasta Effie detuvo la acción rítmica de limarse las uñas.

—No pongas esa cara tan seria —repuso ella al final, prosiguiendo con su manicura—. Tampoco es que vayan a atacar. Aunque eso ocurrirá más pronto que tarde, a menos que vengas con esa alternativa milagrosa que no dejas de mencionar.

—Effie —le advirtió Aether, pero ella se limitó a encogerse de hombros.

—¿Qué? Es lo que todos pensamos. Se acaba el plazo dentro de dos días y, de momento, lo único que tenemos es un montón de libros polvorientos y…

Vexa plantó las manos en la mesa, haciendo que los platos repiquetearan y sobresaltando a varios soldados cercanos.

—Se me ha ocurrido una idea.

—Algunos de nosotros estamos intentando comer —protestó Rethlyn, apartando su plato de los dedos de la chica.

—Es arriesgado —continuó ella mientras se sentaba con una sonrisa orgullosa—, pero no tienes mucha alternativa, ¿verdad? —Clavó la mirada en mí desde el otro lado de la mesa.

—Te escucho. —Me incliné hacia delante, tratando de que no se me notara lo desesperada que estaba. Después de días topándome con callejones sin salida en los archivos, haría casi cualquier cosa.

—La verdad es que me sorprende que no lo hayas pensado antes, Aether. —Vexa le lanzó una mirada de decepción.

—Venga, cuéntalo, cielo —dijo Effie, examinándose las uñas con desinterés.

—Hemos estado enfocando esto de la manera equivocada al intentar encontrar información en los archivos sobre los sifones. ¿Por qué hemos malgastado tanto tiempo cuando podríamos haber hablado directamente con la mismísima fuente?

Effie arrugó las cejas.

—El tipo lleva más de un siglo muerto.

—Tú eres el único que todavía sabe cómo encontrarlas —le dijo Vexa a Aether, ignorando a Effie por completo—. ¿Qué me dijiste… de cierta cueva de Blodfhal…?

—No. —La respuesta de Aether fue inmediata mientras se recostaba y cruzaba los brazos. Las sombras a su alrededor parecieron oscurecerse.

—El libro lo escribió él, tiene su caligrafía. Creo que funcionaría. —Vexa se encogió de hombros, aunque no había nada casual en su tono.

—Vexa. —No dijo nada más que su nombre, pero con la suficiente advertencia en la voz como para que se me erizara el vello.

—¿De qué estáis hablando vosotros dos? —pregunté, incapaz de reprimir el filo de mi voz.

—Eso me gustaría saber a mí —añadió Rethlyn con la boca llena de pastel de arroz.

—Cuando estuve en la cárcel, escuché rumores de estos demonios, o monstruos, algo estereotípicamente aterrador, claro. Afirmaban que podían hablar en voces de los muertos siempre y cuando tuvieras un objeto personal del fallecido. —Vexa curvó los labios en una sonrisa—. Como, quizá, unas memorias.

Effie estuvo a punto de atragantarse con su bebida.

—Tonterías.

—Eso creía yo también. Hasta que este de aquí me liberó y me confirmó que era cierto.

El silencio que se produjo fue ensordecedor cuando todos miramos a Aether. Hasta el desinterés de Effie flaqueó.

—Vexa, eso ni siquiera se acerca lo más mínimo a lo que ocurrió. —Él suspiró, pero algo en su voz me hizo detenerme. No había negado que existieran.

—Yo te estaba contando todas las historias que escuché entre susurros en aquellas celdas…

—Bastante alto y con frecuencia, si no recuerdo mal.

—Conque te acuerdas, ¿eh? Genial. —La sonrisa de Vexa se volvió afilada—. En cualquier caso, supongo que, en un intento de que me callara, me confirmó la existencia de las sirenas temibles. Me dijo que él mismo se había encontrado con ellas casi dos décadas antes.

—Y fue inútil, cosa que recordarías si no te hubieras bebido tanta cerveza esa noche. —La voz de Aether era neutra, aunque había tensión en sus hombros.

—Solo porque tú no tenías ninguna posesión. —La chica alzó las memorias, agitándolas como un trofeo—. Pero esta vez sí la

tenemos.

Aether se quedó callado con la mandíbula apretada mientras entrecerraba los ojos y miraba más allá de la pared.

—Vosotros dos podéis ir cuando los demás nos marchemos a la brecha. Urkin nunca sospechará —susurró.

—Vexa, es demasiado temprano para estos planes secretos tan ridículos. Ya no estás en la cárcel. —El tono de Effie era más severo que de costumbre—. Solo te estás buscando problemas.

—Si nos ponemos de acuerdo, podríamos irnos y volver a la vez. Él jamás se enterará de que no estabais con nosotros. —Vexa arqueó una ceja.

—No vale la pena correr el riesgo. —Aether rehuía ahora nuestros ojos, y eso me dijo más que sus palabras.

—Nos estamos quedando sin opciones —insistió Vexa.

—He dicho que no. —Aether se levantó con brusquedad y arrastró la silla contra la piedra cuando se dirigió hacia la puerta del patio.

Vi cómo se marchaba con la frustración ardiendo en mi interior. Si había aunque fuera una sola posibilidad de que funcionase, ¿por qué la descartaba sin más discusión? Antes de pensármelo mejor, me retiré de la mesa y lo seguí. No tenía ni idea de lo que eran esas sirenas temibles siquiera, ni tampoco es que me muriera de ganas por averiguarlo, pero, si este era el único modo de avanzar, bien sabían los Esprithe que lo iba a aprovechar.

—¿Y eso es todo? —le grité—. ¿Te vas a ir sin más? ¡Tú fuiste el que dijo que teníamos que ser creativos!

No aminoró el ritmo, por lo que me obligó a trotar para darle alcance.

—Ya he dado mi respuesta.

—¿Sin hablarlo siquiera? ¿Sin considerarlo siquiera?

—No hay nada que considerar. —La voz le salió brusca mientras se daba la vuelta con las sombras retorciéndose por sus quemaduras del Vacío—. La cueva está en territorio Draxon. Tras lo que ocurrió en el Vacío, ¿tú crees que a Valkan no le encantaría encontrarte deambulando directa hacia sus dominios?

—Así que sí lo habías pensado. —Me acerqué a Aether, negándome a dejarme intimidar por él o por la mención de Valkan—. Ya lo habías trazado todo en tu cabeza, ¿verdad? Y te has callado la boca.

La expresión del semblante le cambió antes de volver a endurecérsele.

—Da igual. No va a suceder.

—¿Por qué? ¿Porque tú lo dices? —Mis palabras salieron llenas de fuego antes de poder evitarlo—. Que yo sepa, tú ya no estás a cargo de mí. No soy tu prisionera.

—No —replicó con tal ferocidad en los ojos que me dieron ganas de retroceder. Aun así, me mantuve firme—. Pero eres mi responsabilidad.

—No necesito tu protección.

—Es evidente que sí, si tan dispuesta estás a meterte en el territorio de Valkan por la palabra de un bardo borracho.

—¡Al menos yo trato de encontrar una solución! —Las palabras salieron en un tono más alto de lo que pretendía—. Mientras, tú te contentas con dejar que todo se desmorone porque… ¿por qué? ¿Por qué podría ser peligroso? Aether, todo esto es peligroso. El reino entero se está muriendo, por si no te habías dado cuenta.

Apretó la mandíbula, y las sombras que lo rodeaban se le oscurecieron.

—¿Te crees que no lo sé?

—Lo que creo es que tienes miedo. —En el instante en el que lo dije, supe que había tocado una fibra sensible. Todo él se puso rígido—. No de Valkan ni de las sirenas temibles. Tienes miedo de arriesgarte y que eso pueda cambiar algo de verdad.

—No sabes de lo que hablas. —Su voz se había vuelto peligrosamente grave.

—Pues explícamelo. Porque, ahora mismo, lo único que veo es que descartas la única pista que tenemos sin siquiera…

—¡Porque no quiero que mueras! —gritó las palabras con tal fuerza que me hizo trastabillar hacia atrás. En el silencio que se produjo, escuché su respiración pesada e irregular—. No por esto. No por una jugada desesperada y estúpida.

Lo miré fijamente.

—Aether… —comencé a decir, pero él ya se estaba dando la vuelta.

—Busca otro modo —replicó con la voz firme de nuevo, aunque en el fondo se le notaba aún un temblor—. El que sea.

Mientras veía cómo se marchaba, me llené de determinación. Si él no pensaba ayudarme, yo misma encontraría la forma de llegar a esas sirenas temibles.

CAPÍTULO 32

Vexa llamó mi atención mientras le ajustaba las correas de la montura a Draug y me dedicó un ligero asentimiento. Incluso Effie me dirigió una mirada significativa, aunque la incertidumbre se le reflejaba en los rasgos. Era el día del plazo. El día en el que los umbríos viajarían a la brecha.

Aún no tenía nada que mostrarle a Urkin. Pero hoy iba a encontrarlo.

Me puse a ocuparme de los arreos de Tryggar, tratando de centrarme en los movimientos que me resultaban familiares en vez de en la culpa que me revolvía el estómago. Por una grieta en la madera de la siguiente cuadra, pude oír los susurros de Aether mientras ayudaba a Lael a preparar a Nyx.

—Te mantendrás en tu forma umbría todo lo que puedas —dijo, colocando la silla de montar en la vördr carbón—. Es la manera más segura de que no te vean. ¿Entendido?

—Lo sé —replicó Lael, dando saltitos con los pies—. Rethlyn ya nos lo ha explicado. No tienes que preocuparte, se me da genial.

—Esto ya no es un entrenamiento, Lael. —Aether bajó más la voz solo para que el chico la oyera—. La Guardia no dudará si te localizan. No verán a un chico de dieciséis años…

—Lo sé. —Algo del entusiasmo de Lael se debilitó.

El dolor se reflejó en el rostro de Aether mientras le alisaba el cuello del uniforme a Lael.

—Y me da igual lo que pase allí. Si algo sale mal, si atrapan a alguno de los demás, no luches. Es una orden. Ni siquiera pienses en ello. Solo huye. Vuelve a cruzar la brecha tan rápido como puedas.

—Pero ¿y si alguien necesita ayuda? ¿Y si…?

—No. —El tono de Aether no dejó lugar a discusión—. Prométemelo, Lael.

El chico asintió, serio por una vez, y Aether le dio unas palmaditas firmes en el hombro antes de girarse. Capté un destello de luz reflejado en su espalda. Una espada larga de oro sólido envainada a su espina dorsal con la empuñadura grabada con patrones intrincados parecidos a los que había visto en las creaciones de Vexa. Era preciosa y le quedaba genial.

Se pasó una mano por el pelo oscuro mientras se acercaba a Nihr, y no pude evitar fijarme en cómo el movimiento le tensó el uniforme de cuero en los hombros y en cómo las sombras ya estaban parpadeando a su alrededor. Era extraño verlo mostrar cualquier tipo de emoción. Lo hacía parecer más peligroso por algún motivo. Cuando me pilló mirándolo, volví a centrar rápido mi atención en las correas de la montura de Tryggar.

Ignoré la tensión que se me iba instalando en los hombros, me bajé del taburete de un salto y giré la esquina para meterme en la cuadra de Lael. Me dedicó una sonrisa cálida a pesar del abatimiento que se había apoderado de él.

—Sé que no vienes con nosotros —susurró sin dejar de mirar las correas de Nyx que estaba ajustando.

Me removí incómoda.

—No. Tengo que hacer otra cosa. —Lo observé juguetear con la hebilla durante un momento antes de añadir—: Ojalá ninguno de vosotros fuera. Parece imprudente e innecesario. Si puedo encontrar las respuestas que estoy buscando…

—¿Se lo has dicho a Urkin?

Me acerqué a él y lo ayudé a apretar la correa de su alforja.

—Pues claro que no. No me hará caso. Ya lo sabes.

Se quedó en silencio durante unos minutos, sumido en sus pensamientos.

—No se lo contaré a nadie. —Me dio un codazo, pero no con la energía juguetona que esperaba. Aquello fue más solemne.

—Te lo agradezco.

Asintió y se miró las botas.

—Estoy preocupado por ti —admitió al fin.

Me giré del todo hacia él.

—No te preocupes por mí. Céntrate en la misión de Sídhe. Y haz exactamente lo que Aether te ha dicho.

—Que no luche. Que corra. Lo sé. —Inspiró hondo y, por un segundo, capté el destello de miedo que le cruzó la cara antes de que esa sonrisa juvenil regresara.

—No tienes que ir, ¿sabes? —solté en voz baja—. Ninguno de vosotros. Podríais decirle a Urkin que no y ya está.

—Sé que no quieres… —Vaciló—. Bueno, sé que estás intentando averiguar un modo mejor de acabar con todo esto. Y espero que lo hagas, Fia. De verdad que sí. Pero el resto de nosotros tenemos que prepararnos por si tú no… —Se calló y me dedicó una mirada de disculpa.

Las palabras fueron como recibir un puñetazo. Tenía razón. Si fallaba, si esta pista no conducía a nada, como Aether había sugerido, entonces tendría que enfrentarme a la realidad de lo que

se avecinaba. La guerra. Más muertes, más destrucción. De pronto, todo se sintió muy real, muy pesado.

Un movimiento a través del pasto me llamó la atención. Urkin se aproximaba a los establos flanqueado por dos centinelas; sus pasos derrochaban esa firme autoridad tan familiar.

Lael y yo nos levantamos al instante, quitándonos el heno del uniforme. Le di un rápido abrazo antes de que pudiera marcharse.

—Cuídate —susurré.

—Tú también —contestó.

Me volví hacia Tryggar con un nudo de ansiedad en el estómago. Él me dio un suave empujoncito; sus ojos reflejaban un entendimiento que hizo que se me cerrara la garganta. Sabía que aquel día era distinto.

A nuestro alrededor, los otros umbríos montaban a sus vördr. Lael se subió a Nyx; su miedo de antes se había desvanecido. Rethlyn y Mira compartieron el amplio lomo de Raskr, mientras que Vexa ayudó a Theron a posicionarse sobre Draug. Y luego estaba Aether, ya a horcajadas sobre Nihr, mirándome fijamente con una intensidad que hizo que la culpa me carcomiera. Le dediqué una mirada de desdén, a pesar de que el corazón me golpeara contra las costillas.

Las botas de Urkin crujieron contra la gravilla a medida que se acercaba.

—Reclutas, esta será vuestra primera misión en Sídhe. —Me miró y curvó un poco los labios—. Bueno, para la mayoría de vosotros. Averiguad todo lo que podáis e informad al volver —prosiguió—. Quiero actualizaciones del posicionamiento de la Guardia y de cualquier cambio que hayan hecho en sus fortificaciones. Sobre todo, en lo que respecta a las torres de arcanita.

Aether desmontó a Nihr con movimientos controlados, pero con urgencia.

—Ese no era el trato.

—El trato cambia como yo considere oportuno. —La voz de Urkin llevaba una advertencia.

—No están listos para ese tipo de infiltración. —Aether redujo la distancia entre ellos; sus sombras se intensificaron—. Las torres están muy custodiadas. Si nos pillan…

—Entonces, será mejor que no lo hagan —replicó Urkin, cortándolo—. ¿O has olvidado qué está en juego aquí, segundo?

—No me he olvidado de nada. —Aether había bajado la voz peligrosamente—. Pero mandar a reclutas no entrenados a las fortificaciones de Sídhe no es el movimiento correcto. Y lo sabes.

El aire pareció espesarse cuando los dos hombres se encararon. Incluso los vördr se quedaron quietos, observando el intercambio con un interés inusual.

—Tomo nota de tu preocupación —dijo al fin Urkin, aunque su tono sugirió todo lo contrario—. Ahora, ponlos en posición. Ya hemos perdido suficiente tiempo.

—Señor…

—Es una orden. —Urkin entrecerró los ojos—. A menos que quieras explicarle al Consejo por qué nos hemos retrasado otra vez en la tarea de recopilar información.

Un brillo oscuro le cruzó el rostro a Aether, pero se quedó callado.

Urkin se apartó de él y se dirigió a mí. Mientras se aproximaba a Tryggar, bajó la voz para que solo yo pudiera oírlo.

—Si intentas algo, si tratas de volver con el enemigo, nos condenarás a todos.

—Tú ya nos estás condenando a todos con esta misión, señor —respondí en un susurro, negándome a mirarlo a los ojos—. Solo llevan entrenando una semana y ahora quieres plantárselos delante de la cara a la Guardia de Sídhe como si fueran zanahorias.

—Esto es una guerra —espetó con frialdad—. No debería tener que recordártelo. —Se giró y se marchó a grandes zancadas; sus guardias lo siguieron al mismo ritmo.

Vexa y Aether compartieron una rápida y tensa conversación antes de que ella se dirigiera al grupo.

—Formación —gritó—. Volamos en parejas. Manteneos por encima de las nubes a menos que se os ordene lo contrario.

Uno a uno, los vördr se dirigieron a la plataforma de lanzamiento. Me quedé mirando cómo Lael guiaba a Nyx a su posición; su reticencia anterior estaba oculta tras la concentración. Rethlyn y Mira lo siguieron en Raskr; luego, Vexa con Theron en Draug. Cada pareja se elevó en el cielo gris hasta que no fueron más que sombras contra las nubes.

Aguardé hasta el final, comprobando mi alforja una última vez. Las memorias estaban a salvo junto con el mapa y el espejito de Raven. Tryggar se removió debajo de mí, sintiendo mi ansiedad. Me rozó la pierna con un ala, un gesto que me pareció un consuelo.

—¿Listo? —le susurré, aunque la pregunta era más para mí misma.

Justo cuando nos dirigimos a la plataforma, capté la mirada de Aether. Se encontraba sentado encima de Nihr con una expresión ilegible, pero algo en aquellos ojos dorados hizo que contuviera el aliento.

Me obligué a apartar la vista, instando a Tryggar a que siguiera hasta que abrió de pronto las alas y alzamos el vuelo. Necesitábamos altitud antes de apartarnos del grupo. Todo dependía de sincronizarnos a la perfección.

El viento azotaba con más fuerza a medida que subíamos, empujándonos por encima de los muros del fuerte, más allá de los chapiteles enroscados de Ravenfell. Delante, pude ver a los otros, a

mis amigos, aunque todavía me parecía raro pensar en ellos de esa forma, dispuestos en formación. En algún lugar más allá se encontraba Sídhe.

Se me encogió el pecho al pensar en los que estarían aguardando. Raine. Briar. Nazul y Draven. Gente con la que había entrenado, compartido comidas, chistes y sueños…, y que ahora quizá se enfrentara a estos reclutas a los que yo había cogido cariño. A Vexa. A Effie. A Rethlyn. Y a Aether… El corazón me dio un vuelco.

«Laryk…».

Aparté ese pensamiento antes de que pudiera enraizarse, antes de que el dolor que lo acompañaba me hiciera volverme. Lo que estaba a punto de hacer era arriesgado, puede que incluso suicida si Valkan me atrapaba en su territorio. No obstante, si había aunque solo fuera una posibilidad de que el sifón existiera de verdad, debía intentarlo.

Hasta entonces, tendría que creer que todo saldría bien. Que no verían a los umbríos. Que no saldría dañado nadie de ningún bando.

Irrumpimos en la capa de nubes y, durante un momento, todo fue bruma gris y silencio. Entonces, emergimos en un aire más limpio y me permití echar un último vistazo antes de girar a Tryggar hacia Draxon.

CAPÍTULO 33

Llevaba el mapa de Draxon enganchado sobre el muslo mientras Tryggar volaba; el pergamino ondeaba al viento. Vexa había mencionado Blodfhal, una cordillera volcánica que atravesaba el centro del territorio de Valkan. Según el tomo que había encontrado, se alzaba más alto que cualquier pico de Umbrathia. Tenía la esperanza de que fuera fácil de divisar desde el cielo.

Saqué el espejito de Raven y lo abrí.

—¿Has encontrado algo nuevo? —le pregunté a mi reflejo.

Su respuesta no se hizo esperar.

—Unos cuantos textos más mencionan cuevas volcánicas por la cordillera este. Dicen que la manera en la que la lava fluye creó túneles naturales. Yo miraría ahí.

Asentí, analizando la cordillera en el mapa.

—¿Se sabe si hay patrullas por la zona?

—El terreno parece complicado para que lo atraviesen caballos, y no veo menciones a caminos que recorran las montañas. Aunque me preocupa más lo que está poniendo a Talon tan nervioso. No hace más que pasar por mi escondite murmurando algo de libros perdidos.

—Igual deberías buscarte otro escondite.

—¿Y perderme toda esta emoción? Además, alguien tiene que asegurarse de que no te matas buscando unos seres que hablan por

los muertos y que habitan en cuevas.

—Tu preocupación es conmovedora.

—Solo contribuyo al reino. —Su sonrisa parpadeó en el espejo—. Pero, Fia… —la voz se le volvió seria—, ten cuidado. Todavía no he encontrado menciones de criaturas así en los archivos. Y esos textos son viejos. El terreno podría haber variado mucho desde que los escribieron.

—Lo tendré. —Cerré el espejo y me lo guardé a buen recaudo. Lo que sabía sobre las sirenas temibles se resumía en unas pocas frases: hablaban con los muertos, necesitaban una posesión personal del fallecido y vivían en las profundidades de una cueva en alguna parte de Blodfhal. No era mucho para avanzar, pero tendría que bastar.

Una sombra pasó junto a mí, enorme y oscura, haciendo que las alas de Tryggar se tambalearan apenas un instante. Se me paró el corazón cuando la figura obsidiana de Nihr atravesó a toda velocidad las nubes de arriba, cortando el aire como una hoja. Aether se materializó a partir de su forma umbría mientras descendían; las sombras se alejaban de él en oleadas. Su expresión era de furia cuando Nihr se inclinó para tomar una curva con fuerza, situándose a nuestro lado con tal vigor que hacía crujir el aire a su alrededor.

—Eres completamente insufrible —masculló; de algún modo, me llegó su voz a través del viento. Las sombras en torno a él se retorcían con violencia.

—¿Qué haces aquí? —grité por encima del viento—. ¡Vuelve con ellos!

—Preferiría que volviéramos los dos. —Tenía la mandíbula tensa.

—No puedo. —Las palabras me salieron con más dureza de lo que pretendía—. Pero tú sí. Te necesitan más que yo.

—Ellos son seis, y tú estás aquí sola —gruñó—. Esto no es valentía, es estupidez temeraria.

—No me importa.

Algo peligroso le cruzó la cara.

—Te has convertido en esperanza para esta gente. La única persona que podría salvarlos de verdad. ¿Y ahora quieres echar tu vida por la borda por una misión imposible?

—No podemos seguir haciendo lo que la Umbra ha estado haciendo —le repliqué—. No sirve de nada. Nunca lo ha hecho. Debemos probar otra cosa. Y esta es mi forma de ayudar.

—¿Y si Valkan te descubre? ¿Y si sus hombres te atrapan en su territorio? —Su voz tenía un deje peligroso—. Fíjate en cómo te mira. —Me observó con intensidad—. No tienes ni idea de los horrores que ha infligido.

—Aether, no vas a hacerme cambiar de opinión. —Me deshice de las imágenes de Valkan.

—Pues entonces iré contigo —insistió.

—Supongo que tendrás que seguirme el ritmo.

Tensó la mandíbula.

—Esto no es un juego, Fia.

—No, no lo es. Se trata de buscar otra manera, la que sea, de salvar este reino sin destrozar el mío. A menos que prefieras que simplemente nos matemos los unos a los otros hasta que no quede nadie con quien luchar.

El silencio se propagó entre nosotros, roto solo por el firme batir de las alas de los vördr. Abajo, el terreno había comenzado a cambiar. Donde antes solo había habido ceniza gris y muerte, ahora se extendían trozos de marrón y verde por la tierra. Plantas vivas de verdad. Jamás las había visto en Umbrathia. La estampa hizo que se me encogiera el corazón; así era como debería ser el reino.

Al final, Aether rompió el silencio; su tono cambió a algo más duro, más preciso. El soldado que había llegado a conocer ahora reemplazaba al hombre que discutía conmigo unos momentos antes.

—Debemos permanecer altos, por encima de la capa de las nubes. Los hombres de Valkan patrullan los caminos principales, pero es menos probable que nos vean si llegamos desde arriba. —Señaló el borrón oscuro que había en el horizonte—. La cordillera será visible pronto. Primero encontraremos el pico más alto y luego descenderemos. La cueva… —Vaciló, una sombra le cruzó la cara—. La cueva se dará a conocer.

—¿Qué significa eso? —pregunté, aunque ya había urgido a Nihr para que se elevara sobre las nubes.

—Haz lo mismo que yo —me gritó—. Y transfórmate en sombra si vemos a alguien sobre el terreno. Así solo parecerá que es un vördr que vuela un poco demasiado al sur.

—¿Cómo son? —le pregunté por encima del viento—. Las sirenas temibles.

Una expresión fatídica se apoderó de sus ojos.

—De trato difícil. Podrían exigir un precio.

—¿Qué clase de precio?

—No lo sé. —Se le tensó la mandíbula—. Es distinto para todo el mundo.

—¿Por qué acudiste a ellas antes?

Se quedó callado un rato tan largo que pensé que no respondería. Al final, dijo:

—Porque era joven y estaba desesperado. —Las palabras tenían tal peso que me hicieron dudar de seguir preguntándole.

Justo cuando las nubes se apartaron, revelaron un pico que parecía tocar el mismísimo crepúsculo eterno. La piedra oscura se

extendía tan alto que parecía imposible, con bordes irregulares y afilados recortándose contra el cielo gris.

Aether me hizo un gesto para que descendiéramos y guio a Nihr hacia un gran saliente de roca volcánica que sobresalía de la ladera de la montaña. El saliente era apenas lo bastante amplio para que los dos vördr aterrizaran, por lo que tuvieron que hacerlo primero uno y después el otro.

Los cascos de Tryggar tocaron el suelo con sorprendente delicadeza, si bien el impacto mandó unas cuantas piedras sueltas más allá del borde. Me deslicé del lomo y planté las botas sobre la superficie inestable. El saliente se precipitaba de manera abrupta por tres lados, dejándonos rodeados de nada más que aire y picos lejanos.

—Debemos movernos —sugirió Aether, examinando ya el escarpado acantilado que se extendía ante nosotros—. La cueva está más arriba, pero tenemos que ir a pie desde aquí.

Me giré hacia Tryggar, que me dio un golpecito suave con el hocico.

—Que no te vean, ¿vale? —La bestia empujó la cabeza contra mis manos y le rasqué por última vez antes de volverme hacia Aether.

Él me señaló un saliente estrecho unos nueve metros por encima de nosotros.

—Ahí primero. Tenemos que ir rápido para evitar caernos y matarnos.

Me tragué el nudo que se me había formado en la garganta, pero evité mirar hacia abajo.

Su figura se disolvió en sombra y se elevó como el humo antes de materializarse en el saliente de arriba. Se me aceleró el corazón cuando me concentré en mi propia transformación. La sensación seguía siendo nueva, esa ligereza cuando mi cuerpo se convertía en

sombra. Me alcé en el aire, esforzándome por ser más rápida de lo normal. Y, justo cuando noté las sombras comenzar a deshacerse, volví a mi forma junto a él.

—Bien —comentó, buscando ya nuestro siguiente lugar de aterrizaje—. ¿Ves ese saliente? El que se curva un poco a la izquierda.

Asentí, fijándome en cómo la roca formaba un pequeño saliente unos doce metros más arriba. Este salto era más grande y sería más peligroso si no lográbamos hacerlo a tiempo.

—¿Lista? —preguntó, aunque ya se estaba disolviendo en sombra.

Seguimos así, desplazándonos de sitio en sitio; cada transformación requería más energía que la anterior. Cuanto más alto subíamos, más difícil resultaba mantener las formas umbrías. Un descuido, perder la concentración un momento, y nos caeríamos cientos de metros sobre las rocas de abajo.

Por fin, alcanzamos un saliente más grande que rodeaba la ladera de la montaña. La piedra irregular estaba cubierta de guijarros sueltos y escombros que se movían bajo las botas. Presioné la espalda contra el muro del acantilado, intentando no mirar la caída vertiginosa que teníamos delante.

—Allí —dijo Aether, asintiendo hacia una apertura en la pared rocosa unos quince metros por encima. La boca de la cueva era angular; los bordes eran demasiado precisos para que se hubieran hecho de manera natural—. El último salto —añadió, reuniendo ya las sombras en torno a él.

Hice lo mismo y me elevé en el aire lo más rápido que pude. Mi forma empezó a temblar justo cuando llegué a la entrada de la cueva y me tambaleé un poco al materializarme sobre el suelo firme. Aether me sujetó del brazo, estabilizándome.

La entrada del túnel estaba negra como boca de lobo; la oscuridad era tan absoluta que parecía tragarse la poca luz del exterior. Una corriente gélida silbó desde sus profundidades, trayendo un olor que no supe ubicar… Algo metálico.

Por un instante, me recordó al Vacío.

Saqué las memorias de Vindskald con su encuadernación de cuero desgastada por el paso del tiempo.

—Imagino que es aquí.

—Mantente cerca —señaló Aether; su voz reverberó ligeramente contra las paredes de piedra—. Los túneles se bifurcan en distintas direcciones.

Nos adentramos más. El camino se torcía a la izquierda, luego a la derecha; cada giro nos alejaba de la poca luz que quedaba. Presioné la mano contra la pared para utilizarla como guía a través de la total oscuridad. El corazón me martilleaba en el pecho; qué oscuro estaba todo, joder.

Entonces, algo extraño comenzó a ocurrir. Al principio, pensé que la mente me jugaba malas pasadas, creando formas en la oscuridad. No obstante, las sombras a nuestro alrededor empezaron a cambiar, a separarse en diferentes tonos de negro y gris. Las paredes emergieron de la oscuridad; sus superficies ásperas y cristalinas relucían con diminutos fragmentos de un mineral que no reconocía. El túnel por delante se volvió claro; se torcía un poco a seis metros y el techo se inclinaba más hacia abajo en la curva.

Pasmada, me detuve.

—Puedo verlo todo.

—Otro regalo del Vacío —aclaró Aether, girándose hacia mí. Hasta en la oscuridad, los ojos parecían brillarle.

—¿Así ves todo el tiempo? —pregunté, fijándome en detalles que no debería haber podido distinguir, como los patrones puntiagudos

de la roca, la forma concreta en la que los cristales reflejaban una luz inexistente y el movimiento sutil del aire agitando guijarros sueltos.

—Entre otras cosas. —Una ligera sonrisa se le dibujó en los labios —. La oscuridad se convierte en una aliada en lugar de un obstáculo. Aunque sospecho que a ti ese concepto ya te es familiar.

Antes de poder responderle, una ráfaga de aire cálido nos dio de lleno desde algún lugar delante y nos trajo el aroma acre de los huevos podridos. Me tiré de la camisa para cubrirme la nariz, pero no sirvió de mucho. A través de mi visión mejorada, alcancé a ver que el camino se estrechaba hasta convertirse en lo que parecía una grieta; apenas era lo bastante grande para que una persona pasara de lado.

—Azufre —explicó Aether, aproximándose al hueco—. Nos estamos acercando.

Las paredes del túnel se iban cerrando por ambos lados hasta que empecé a rozarlas con los hombros a cada paso. El techo se volvió más bajo, lo que nos hizo agachar las cabezas. En la oscuridad, distinguí cada borde puntiagudo, cada cristal saliente que amenazaba con engancharse a nuestra ropa. La misma roca parecía palpitar con un calor sofocante.

—Tendremos que ir de lado —gritó Aether—. Ten cuidado con dónde pisas; el suelo resbala por aquí.

Me apreté contra la pared de la derecha y me puse de cara a la izquierda. Sentía la roca tan caliente contra la espalda que me resultaba incómodo, y los bordes afilados se me enganchaban en la ropa conforme avanzaba. Con las botas, pisé guijarros sueltos, que amenazaron con rodar bajo mis pies.

—Qué agradable —murmuré, observando cómo Aether se desplazaba por el estrecho espacio que había delante. Apenas le

cabían los hombros por el hueco, por lo que llevaba el cuerpo en un ángulo extraño. Hubo otra ráfaga de aire caliente, más fuerte en esta ocasión, que hizo que me lloraran los ojos—. Por favor, dime que se ensancha pronto.

—Pues… —Se detuvo de pronto y casi me comí su espalda. A través de la oscuridad, lo vi ponerse rígido—. Mierda.

—¿Qué? —Me dio un vuelco el corazón—. ¿Qué pasa?

—El camino se divide aquí. —Me señaló hacia donde el hueco se bifurcaba en dos senderos igual de angostos—. Y se hace más estrecho. Mucho más.

El calor parecía palpitar en el aire; de repente, me agobió la ropa de cuero.

—Deberías quitarte alguna capa —comentó Aether como si me leyera la mente—. Solo va a hacer más calor.

—Estoy bien. —Incluso mientras lo decía, noté cómo la frente me chorreaba de sudor.

—Tú misma. —La tela crujió delante en la oscuridad—. Pero no pienso cargar contigo si te desmayas.

—¿Qué estás…? —empecé a preguntar; luego me detuve cuando me di cuenta de lo que hacía—. ¿Te estás quitando la camisa?

—¿Preferirías mejor que me cayera redondo al suelo? —La sonrisa de su voz mientras se quitaba el uniforme de cuero por la cabeza era inequívoca. Con mi nueva visión, aprecié cada detalle con una claridad frustrante: el modo en el que se le movían los músculos y cómo las quemaduras del Vacío le recorrían el cuerpo. Se enganchó en el cinturón la camisa que se había quitado, del todo indiferente a mi presencia.

—Tú mismo —murmuré, obligándome a mirar el túnel. Aunque los ojos no dejaban de traicionarme y se me iban a las sombras que le danzaban por los hombros.

—Tu orgullo va a hacer que te maten un día de estos. —Se dio la vuelta para examinar la bifurcación del camino. Me fijé en que el calor había hecho que se le formara una capa brillante de sudor en la espalda.

Iba a responder cuando otra ráfaga de aire caliente nos golpeó, pero esta vez había algo distinto. La oleada vino con un profundo murmullo que vibró a través de la piedra que nos rodeaba. Los cristales de las paredes parecieron temblar.

—Aether…

—Lo he oído. —Su voz se había vuelto afilada—. Tenemos que movernos. Ya.

—¿Hacia dónde?

El murmullo se hizo más fuerte y unos guijarros sueltos comenzaron a caernos desde arriba. La temperatura ahora era insoportable; nos oprimía como un hierro candente.

—Hacia la izquierda —contestó, moviéndose ya—. Quédate cerca de mí.

Lo seguí, pegándome a la pared a medida que el camino se estrechaba aún más. Sentía la roca ahora muy caliente contra la ropa e intenté no pensar en lo que eso significaba. Por delante, los hombros desnudos de Aether apenas cabían por el hueco; los músculos de la espalda se le tensaban mientras se movía por el ajustado espacio.

El murmullo se intensificó y, de pronto, una ráfaga de vapor surgió de algún lugar por encima de nosotros con un siseo ensordecedor. El vapor caliente llenó el camino al instante.

—¡Aether! —lo llamé, pero el vapor era demasiado denso; ya no podía verlo. El siseo se hizo más fuerte y salieron más ráfagas de vapor abrasador de las grietas de las paredes—. ¡Aether!

Me quemó la garganta cuando traté de llamarlo otra vez, pero me quedé sin voz. Me aplasté contra la pared, aunque eso hiciera que la ropa chisporroteara y me quemara, pero aquello era mejor que las nubes abrasadoras que se alzaban en el centro del camino.

«Mierda». Iba a morir en una cueva dejada de la mano de los Esprithe, ¿verdad?

—¡Fia! —La voz de Aether me llegó desde algún lugar delante—. ¡No te muevas!

—¡No tenía pensado hacerlo! —repliqué, aunque el corazón todavía me iba a mil.

El vapor se agitó, creando huecos entre la niebla blanca. A través de ellos, atisbé el camino delante, cómo se curvaba de forma abrupta antes de desaparecer en la oscuridad.

—Hay una cámara —me gritó Aether—. Sigue mi voz, pero quédate pegada a la pared.

Avancé con cautela, manteniendo el hombro pegado a la piedra ardiente. De alguna manera, el camino era más estrecho aquí. Mi pecho rozaba un muro mientras mi espalda iba pegada al otro y el sudor se me metía en los ojos.

—¿Sigues en tus trece de no quitarte la ropa? —Su voz me llegó ahora más cerca, con ese tono seco familiar y reconfortante en cierto modo.

—Cállate y dime dónde estás.

Una figura emergió del vapor, la mano alargada de Aether. La agarré sin pensármelo dos veces, y él tiró de mí hacia una pequeña cámara donde el aire era más claro. Estuve a punto de estamparme contra su pecho, pero me detuve en el último momento.

—¿Lo ves? No ha sido tan complicado. —Sin embargo, había una tensión en su mandíbula que antes no estaba.

—Habla por ti —repliqué, intentando ignorar cómo el vapor le había pegado el pelo a la frente y cómo las gotitas de agua trazaban un recorrido descendente por su torso—. A algunos no nos gusta arrastrarnos por trampas mortales volcánicas.

A pesar de que el vapor nos envolvía, su piel permanecía del todo perfecta. ¿Cómo era eso siquiera posible?

Otro murmullo sacudió la cámara.

—Debemos seguir moviéndonos. —Aether tenía los ojos clavados en algo arriba. Al seguir su mirada, vi lo que parecía una estrecha fisura que atravesaba la pared rocosa hacia arriba—. Esa es nuestra salida.

—¿Hay que subir? —Me acerqué más a la pared, fijándome en el ascenso prácticamente vertical—. Tienes que estar de coña.

—A menos que prefieras volver por el vapor hirviendo. Te recuerdo que esto ha sido literalmente idea tuya. —Él ya estaba comprobando asideros; los hombros se le tensaban mientras se elevaba un poco—. Yo voy primero. Mira dónde pongo las manos.

—Qué tranquilizador —susurré, pero aun así examiné sus movimientos cuando empezó a escalar. La pared rocosa estaba resbaladiza por la humedad y varias veces se resbaló antes de poder agarrarse bien. Observé cada flexión y tensión muscular, el modo en el que se le apretó la mandíbula cuando un asidero se desmoronó un poco. La piel le relucía por los restos de vapor y sudor.

—Hay un saliente unos cinco metros más arriba —gritó por encima del hombro—. El camino sigue desde aquí. —Su voz reverberó de forma extraña en el espacio vertical.

Alcancé el primer asidero y comprobé mi peso contra él. La roca era lo bastante puntiaguda como para cortar, pero al menos ya no quemaba. Cuando me elevé, tanteé el muro con las botas hasta que por fin encontré un punto que sobresalía.

La cueva tembló de nuevo, y me pegué más a la pared, tratando de aplastarme lo máximo posible. Arriba, Aether había detenido su ascenso, recuperándose.

—Ya casi lo conseguimos —me dijo con calma. Porque, encima, se encontraba tranquilo. Justo cuando estábamos a punto de que alguna pesadilla volcánica nos tragara.

Alcé la vista cuando se impulsó sobre el saliente y se me escapó un suspiro de alivio de los labios. Su figura desapareció un momento antes de asomar la cabeza, buscando mis ojos con los suyos en la oscuridad.

—Te toca. —Se agachó y extendió el brazo hacia mí—. E intenta no golpear más rocas sueltas. Se oye.

—Ya, claro, porque lo estoy haciendo a propósito. —Me estiré hacia arriba, alargando los dedos hacia el siguiente asidero. El murmullo lo había vuelto todo menos estable, y lo que parecía una roca sólida ahora se desmenuzaba bajo mi tacto.

«Por los Esprithe».

El pie derecho se me resbaló y envió una lluvia de guijarros a las profundidades. Por un terrible instante, me quedé colgada de la mano izquierda y los dedos se me escurrían de la piedra húmeda. Frenética, arañé la pared rocosa con la otra mano, pero no había nada donde aferrarse. «Mierda». El pánico se apoderó de mí cuando al final perdí el agarre.

Antes de que pudiera gritar, Aether me cogió de la muñeca.

—Te tengo. —Su voz era firme, aunque me sujetaba con tanta fuerza que era casi doloroso.

Con el corazón latiéndome a toda velocidad, dejé que tirase de mí los últimos metros hasta que pude arrastrarme sobre el saliente. Ambos nos quedamos allí sentados un momento, recuperando el aliento.

—Vaya —logré decir al final—, qué divertido.

—Tienes que darle una vuelta a tu definición de «diversión». —Pero su tono tenía esa misma emoción.

El saliente se abría a otro túnel que, por suerte, era más grande que el último. Sin embargo, a medida que avanzamos, me percaté de un cambio en el aire. El calor sofocante de abajo ahora daba lugar a algo que me puso la piel de gallina en los brazos.

—La temperatura ha caído en picado —dijo Aether con los hombros desnudos un poco tensos—. Debemos de estar cerca de las venas de hielo de la montaña.

Iba a hacer un comentario sobre si lamentaba su decisión de quitarse la camisa cuando el frío me golpeó como un puñetazo. Mi aliento se condensó delante de mí, y el sudor que me empapaba la ropa de pronto parecía una tormenta de nieve contra mi piel.

—¿Venas de hielo? —Los dientes amenazaron con castañetearme. El túnel que había delante parecía brillar; el hielo revestía las paredes.

—Ríos subterráneos de hielo —explicó, avanzando—. Transcurren por la montaña como… —Se detuvo de forma abrupta, por lo que estuve a punto de chocarme contra él—. Vaya, qué mala suerte.

El camino de delante se había estrechado de nuevo, pero, en esta ocasión, los muros estaban resbaladizos por el hielo. Unos cristales colgaban del techo como dientes afilados.

—Claro que sí —farfullé, rodeándome con los brazos—. Como esto no era lo bastante difícil ya…

—Tú eras la que quería venir aquí sola. —Su voz reflejaba un poco de molestia, aunque noté que se había cruzado de brazos para protegerse del frío—. Porque estabas decidida a hacer esto sin ayuda.

—Tú tampoco es que te ofrecieras, que digamos —protesté con los dientes castañeteándome—. Es más, recuerdo con claridad que rechazaste de plano la idea.

Apretó la mandíbula.

—Al menos, podías haber esperado y elaborado un plan en condiciones.

—No tenemos tiempo para planes en condiciones. —Otro escalofrío violento me recorrió cuando avanzamos. Las paredes resbaladizas por el hielo reflejaban nuestros alientos en la oscuridad.

—¿Y cómo va a ayudar exactamente hacer que te maten?

—No puedo quedarme de brazos cruzados —musité, aunque el frío complicaba la tarea de formar palabras. Notaba el uniforme empapado como si fueran unas sábanas de hielo.

Me recorrió con la mirada y se fijó en los jadeos que estaba luchando por contener con todas mis fuerzas. Ni la calidez de sus ojos sirvió para combatir el frío que me invadía ahora en oleadas.

—¿Puedes seguir? —preguntó.

Otro violento temblor me atravesó, y casi me cedieron las piernas. Aether me agarró del brazo antes de que me cayera; su piel quemaba contra la mía.

—Te estás congelando —susurró, y, antes de que pudiera protestar, me atrajo hacia él. Su piel desnuda me irradiaba calor, y, a pesar de que el orgullo me gritaba que lo alejara, mi cuerpo me traicionó al acercarse más. Mis dedos encontraron los relieves de su columna.

—¿Qué haces? —me las arreglé para decir entre castañeteos.

—Mantenerte con vida. —Las palabras vibraron a través de mí en la zona en la que me presionaba contra él—. Tienes la ropa mojada. Con esta temperatura, eso es letal.

Quise discutir, conservar algo de dignidad, pero el calor que emanaba de él derritió cualquier resistencia. Me apretó más cuando me recorrió otro escalofrío, y mi respiración se detuvo ante la flexión de los músculos bajo mis palmas.

—¿Por qué estás tan caliente? —pregunté sin poder evitarlo. Incluso en esa cueva helada, él quemaba como si llevara el sol dentro.

Permaneció callado un largo instante.

—No lo sé.

—Añádelo a la lista de misterios —musité, intentando ignorar lo bien que parecía encajar contra él.

—Deja de hablar —me ordenó, pero sin sonar contundente de verdad—. Concéntrate en entrar en calor.

Transcurrieron unos momentos cuando volví a notarme las extremidades poco a poco. Todo mi mundo se redujo a los lugares en los que nos tocábamos, al firme subir y bajar de su respiración, al ocasional roce de su mandíbula contra mi pelo, al ardor de su piel impregnando la mía.

—¿Mejor? —preguntó al final en voz baja.

Asentí, sin confiar en mí misma para hablar. «Debería alejarme ahora». La peor parte del frío había pasado. Sin embargo, ninguno de los dos se movió.

—Hemos de continuar —dije.

—Dentro de un minuto. —Se le tensaron un poco los brazos—. Todavía estás temblando.

No, ya no, pero no pensaba sacarlo de su error.

Un murmullo lejano sacudió el túnel, recordándonos dónde nos encontrábamos, lo que estábamos haciendo. El hechizo se rompió y nos separamos, aunque la sensación de su calidez perduró.

—El descenso está justo delante. —Se volvió hacia el túnel resbaladizo por el hielo—. Quédate cerca de la pared. Un paso en falso y…

—Lo sé —lo interrumpí, avanzando ya—. No hace falta que me lo digas.

El túnel continuaba su descenso; cada paso era más traicionero que el anterior a medida que el hielo lo cubría todo. El pasaje hacía una curva cerrada, y me dio un vuelco el corazón ante lo que había delante.

El camino terminaba sin más, dando paso a una cueva inmensa que se extendía hacia abajo, hacia la oscuridad absoluta. Incluso con mi visión mejorada, no distinguía el fondo. El borde era irregular, como si algo hubiera desgarrado la montaña desde dentro.

—Por favor, dime que no vamos a bajar por ahí —susurré, aunque yo ya sabía la respuesta.

¿Dónde si no esperaba yo que fueran a vivir unos seres llamados «sirenas temibles»?

Aether se agachó en el borde, analizando algo que yo no podía divisar.

—Hay un sendero. Estrecho, pero ahí está. —Me señaló lo que parecía un saliente fino que descendía en espiral hacia el abismo—. Lo seguiremos en sentido contrario a las agujas del reloj. La cámara de las sirenas está a mitad de camino aproximadamente.

Me acerqué más, tratando de calibrar el descenso.

—¿Cómo encontraste siquiera este sitio la primera vez?

Apretó la mandíbula.

—Seguí los susurros.

Un estremecimiento que nada tenía que ver con el frío me recorrió de arriba abajo.

—¿Susurros?

—Las sirenas atraen a aquellos que están lo bastante desesperados para escucharlas. —Se puso derecho; las sombras se le retorcían por las quemaduras del Vacío—. ¿Lista?

Asentí, porque no confiaba en que me saliera la voz. Aether fue delante, pegándose a la pared cuando comenzó a descender. Yo lo seguí, deslizando los dedos para encontrar cualquier asidero posible en la pared resbaladiza por el hielo.

—No mires abajo —dijo Aether, aunque ya era demasiado tarde.

—Gracias por el consejo —le contesté. El frío pareció intensificarse otra vez cuando bajamos en espiral hasta que la respiración se cristalizó delante de mí.

Fue entonces cuando lo escuché: un sonido tan débil que creí que me lo había imaginado. Como siseos traídos por un viento que no debería existir a tanta profundidad bajo tierra. Se hicieron más fuertes a medida que descendíamos, hasta que parecieron proceder de todas partes y de ninguna al mismo tiempo.

—Qué bien suena eso…

—Lo sé. —Su voz era tensa—. Estamos cerca.

El camino se curvaba de nuevo, y algo relució en la oscuridad delante. Una luz fosforescente suave que parecía palpitar al ritmo de los sonidos. Conforme nos aproximábamos, divisé una apertura en la pared: un arco tallado en la propia piedra.

Más allá, había una cámara que desafiaba toda explicación. El suelo era líquido negro que se movía como la seda con la brisa, a pesar de que no había viento que agitara estas profundidades.

Aether se paró ante la entrada de la cámara con los hombros desnudos en tensión.

—Última oportunidad para regresar.

Di un paso adelante; llevaba las memorias aferradas al pecho como si fuera un escudo.

—No hemos venido hasta aquí para…

Los susurros se detuvieron de pronto, reemplazados por un silencio tan total que fue como si estuviera en el Vacío otra vez.

«El destructor de reinos ha vuelto». La voz no habló en alto, sino que resonó directamente en mi cabeza, clara como el cristal y con una belleza inquietante. «Han pasado veinte años desde que honraste nuestras profundidades».

«¿Destructor de reinos?», pensé.

«Sigues buscando, ¿verdad?». Otra voz, igual de hipnotizante, pero con un deje de diversión cruel. «¿Has encontrado lo que buscabas?».

A Aether se le tensó la mandíbula.

—Hemos venido por una invocación.

La risa reverberó en nuestras mentes; tres voces distintas que armonizaban de un modo que me erizó la piel. El líquido negro ondeó de nuevo con más violencia en esta ocasión.

«¿Y qué te hace pensar que te volveremos a ayudar después de que nos dejaras de manera tan… abrupta la última vez?», ronroneó la primera voz.

—Tenemos una posesión personal —dijo Aether con voz firme a pesar de la tensión que notaba en su figura—. Queremos hablar con Krayken Vindskald.

Una forma pálida y translúcida que parecía cernirse entre el líquido y el aire rompió la superficie del agua. La criatura era imposiblemente delgada, casi esquelética, aunque aun así poseía una belleza de otro mundo que hacía que fuera difícil apartar la vista. Tenía los ojos del todo negros, como agujeros cortados en la realidad misma.

«Todo tiene un precio», habló en nuestras mentes. «Aliméntanos, destructor de mundos. Déjanos probar el Vacío de nuevo».

Me adelanté, pero Aether alargó el brazo al instante y me bloqueó el paso.

—Yo lo pagaré.

La criatura abrió la boca en una grotesca sonrisa, revelando una serie de dientes afilados como agujas. Tomó aire con un largo estertor; el primer sonido físico que le escuchábamos hacer. Unos zarcillos oscuros comenzaron a derramarse de las quemaduras del Vacío de Aether, atraídos hacia la boca de la criatura como el humo en una corriente de aire.

Las sombras fluyeron a la boca de la criatura durante lo que pareció una eternidad. Al final, se echó hacia atrás con un siseo satisfactorio y hundió parte de su cuerpo bajo la superficie negra.

«El precio se ha pagado», canturrearon las voces al unísono. «Presentad el objeto».

Alargué las memorias con dedos temblorosos. El libro se alzó de mis manos y flotó hacia el agua, donde permaneció suspendido en el aire. El líquido negro empezó a moverse, formando patrones que parecían retorcerse y arremolinarse. El resplandor fosforescente titiló con más fuerza, luego con menos y después con más otra vez.

Una nueva voz surgió en nuestras cabezas, totalmente distinta de los tonos etéreos de las sirenas.

«¿Qué tenemos aquí?», preguntó una voz vibrante.

—¿Krayken Vindskald? —pregunté.

«¡El mismo que viste y calza! Aunque he de decir que esto es muy diferente a mi audiencia habitual. El ambiente deja mucho que desear, pero supongo que debemos trabajar con lo que hay». Una pausa, y entonces: «Bueno, ¿y esto? Qué color más fascinante tenéis, querida mía. En todos los años que me he pasado documentando las rarezas del reino, jamás me había encontrado con una kalfar con la cabellera del tono de la luz de las estrellas».

—No soy… —comencé a decir, pero me callé—. No es eso por lo que estamos aquí.

«¿No? Qué lástima. Me encanta un buen misterio. Y vos, querida mía, desde luego sois uno. Aunque imagino que tendréis vuestras razones para buscarme de este modo tan dramático. No es que me queje; es bastante emocionante, la verdad. Ser invocado por una pareja tan intrigante».

—He leído tus memorias —dije, intentando volver a encauzarlo—. Pero tiene algunas páginas arrancadas en la parte de los sifones.

«Sí, sí, pero seguro que podríamos dedicar un momento a presentarnos como es debido, ¿no? El arte de la conversación es sagrado, después de todo. Y ardo en deseos de saber cómo alguien tan… único… ha venido a consultarme semejantes asuntos».

—El reino agoniza —repliqué con la esperanza de que la gravedad de la situación mitigase su curiosidad—. La esencia está siendo drenada de nuestras tierras. Las ciudades se han abandonado. Y hasta las ataduras de los kalfar se han debilitado.

«¿Que agoniza?». Toda teatralidad había abandonado su voz. «¿De veras? ¿Croyg también? Esos jardines eran dignos de admirar en su época…».

—Sí —confirmé—. Ya no queda nada. Por eso necesitamos saber lo que viste aquel día junto al río. Lo que escribiste en las páginas que faltan.

Un silencio intenso nos llenó las mentes. Cuando Krayken habló de nuevo, su voz había perdido todo rastro de su tono juguetón.

«Entiendo. Mas he de advertiros… Esos asuntos por los que preguntáis son peligrosos».

—Nos da igual el peligro —repuse—. Por favor, cuéntanos lo que sabes de los sifones. ¿Cómo encontramos un objeto así? ¿O cómo creamos uno?

La risa de Krayken reverberó en nuestras cabezas, aunque no era cruel como la de las sirenas, sino casi triste.

«Lo habéis entendido mal. Un sifón no es algo que se encuentra o se crea. Un sifón no es un objeto o un artefacto mágico. Un sifón, querida muchacha, es una persona».

Las palabras me cayeron como un jarro de agua fría.

—¿Qué?

—¿Como una atadura? —preguntó Aether con tensión evidente en la voz.

«¡Exacto! Aunque es mucho más raro y mucho más… problemático».

—Pero eso suena como el poder definitivo —susurré.

«Y por eso mismo es la maldición definitiva. Aquellos que extraen de la tierra misma, de sus colegas kalfar… Bueno, seguro que los dos estáis familiarizados con lo que opinan las gentes de Umbrathia de la corrupción de esencia».

Aether y yo intercambiamos una mirada; el peso de sus palabras se instaló entre nosotros.

«Un sifón es una abominación», prosiguió Krayken con la voz volviéndosele más oscura. «La que vi junto al río ese día fue asesinada en cuanto los demás presenciaron lo que estaba haciendo».

—¿Podría un sifón drenar la esencia de un reino entero? —preguntó Aether.

«Nunca he sido testigo de semejante suceso, pero, en teoría, las implicaciones son fascinantes. Por supuesto, la fuerza del sifón sería…», se detuvo. «Bueno, supongo que astronómica. Como intentar beberse el océano con un junco».

—Pero ¿es posible? —insistí.

«Querida mía, en mi experiencia, casi todo se puede lograr. Esto, sin embargo…». Krayken se calló otra vez unos segundos. «Supongo que, si se puede hacer de forma gradual, acumulándola poco a poco, algo así podría ser posible».

El líquido negro ondeó con violencia, y una de las sirenas emergió a la superficie y clavó los ojos negros en mí.

«El tiempo se agota», la voz cortante de la sirena atravesó nuestras mentes como el hielo. «El precio solo compra una cantidad de palabras».

—Espera —dije corriendo—. Solo dinos una cosa más. ¿Cómo podemos identificar a un sifón?

La risa de Krayken resonó en nuestras cabezas por última vez.

«Ah, tal vez jamás lo sepáis. No me cabe duda de que alguien nacido así se aseguraría de mantener tal cosa en secreto. Aunque podría haber indicios; al fin y al cabo, son seres que roban, que sienten la atracción de la esencia a su alrededor, que están en lucha constante contra la necesidad de coger y tomar…».

Su voz se detuvo de manera abrupta mientras el líquido negro se aquietaba. La luz fosforescente se atenuó, dejándonos casi en la oscuridad.

«El muerto ha hablado bastante», canturrearon al unísono las sirenas. «Márchate ya, destructor de reinos. Y llévate contigo a tu amiga de cabello claro».

CAPÍTULO 34

Me retumbó el corazón en el pecho cuando Tryggar nos llevó más alto; el aire frío nos azotó hasta que nos adentramos en la capa de nubes. Las voces de las sirenas todavía resonaban en mi mente, pero algo más estaba tomando forma, algo que hizo que el miedo se enroscara en mi interior como una serpiente.

—El rey de Sídhe —grité por encima del viento— debe de ser un sifón.

Aether guio a Nihr más cerca para que pudiéramos oírnos el uno al otro. Tenía una expresión cautelosa aunque atenta.

—Nunca he sabido cuál es su foco —proseguí, uniendo las piezas ahora con más rapidez—. Nadie lo sabe. Durante todo mi tiempo en la Guardia, no se ha dicho nada sobre su poder. —Me sujeté con más fuerza al cuerno de la montura—. Pero es él. Tiene que serlo. Está drenando Umbrathia poco a poco y usando la arcanita para almacenar lo que roba.

—Si eso es cierto —dijo Aether con cuidado—, destruir las torres de arcanita no resolverá el problema.

—No —coincidí—. Podría seguir drenando la esencia con o sin ellas. Y lo que es aún peor: si destruimos la arcanita, toda esa esencia almacenada se perdería. Jamás regresaría a Umbrathia.

Lo que eso suponía me afectaba más a cada momento que pasaba. Todos aquellos años de prosperidad en Sídhe, las cosechas

abundantes, las ciudades florecientes, todo se había construido con esencia robada. Y las torres de arcanita no solo eran el almacén, sino una prueba de cuánto tiempo llevaba sucediendo. De cuánto tiempo llevaba él planeando esto. Había destruido Riftdremar con este objetivo en mente.

—Las torres solo son el principio —solté; mi voz cada vez era más fuerte a pesar del viento—. Piensa en ello: ha tenido décadas para perfeccionarlo. Para averiguar con exactitud cuánta esencia podía robar sin destruir Umbrathia por completo. La suficiente para mantener a los kalfar débiles, aunque no para matarlos al instante.

—Una muerte lenta en vez de una rápida. —Los ojos de Aether se tornaron afilados—. Pero ¿por qué? ¿Por qué no robar todo de una vez?

—Porque necesita que el reino se mantenga con vida, al menos una parte —respondí—. Si Umbrathia perece del todo, ya no tendrá más esencia que arrebatar. Ni más poder que robar. Aunque la esencia esté disminuyendo, el reino sigue creando más, si bien no tanta como para compensar la pérdida. Sin embargo, tal vez sea suficiente para que él la coja y la almacene a medida que se cree. —Las palabras supieron amargas—. Está explotando el reino. Tomándose su tiempo.

Tryggar soltó un sonido grave, como si pudiera percibir mi ira creciente. Bajo nosotros, las tierras fértiles de Draxon se extendían hasta el infinito; la única parte del reino que permanecía intacta.

—Tenemos que decírselo a Urkin —insté—. Se tiene que cambiar toda la estrategia. Si seguimos centrándonos en las torres mientras ignoramos la amenaza real…

—No se lo creerá —me cortó Aether—. No sin pruebas.

—Entonces, encontraremos las pruebas. Debemos hacerlo. —Lo miré a los ojos a través del espacio entre nuestros vördr—. Porque,

si no lo detenemos pronto, no quedará nada que salvar.

Continuamos volando en silencio; pasaron unos instantes mientras las nubes se desplazaban a nuestro alrededor. Sin previo aviso, los dos vördr soltaron unos siseos agudos; el de Nihr se volvió un gruñido cuando de pronto nos inclinamos hacia abajo. En medio de los jadeos en la bruma, atisbé destellos de algo enorme moviéndose por la maleza de abajo. Un ciervo.

—¿Qué están haciendo? —chillé, agarrándome al cuerno de la silla de montar mientras Tryggar descendía con más rapidez.

—Es muy raro que consigan carne fresca ya —respondió Aether con otro grito.

—¿Están cazando a ese ciervo? —Me dio un vuelco el estómago a la par que caíamos en picado hacia el suelo.

—Por desgracia. Se comerían cualquier cosa.

Los vördr se estrellaron contra las copas de los árboles; las ramas se quebraron bajo sus alas inmensas. Emergimos en un bosque vivo con unos árboles verdes de verdad, no las cáscaras retorcidas que me había acostumbrado a ver. Los cascos de Tryggar resonaron contra el terreno mientras lo perseguía, con Nihr justo a su lado. El ciervo salió corriendo, zigzagueando por los árboles hasta que el espesor del bosque finalmente lo dejó fuera de la vista. Ambos vördr se ralentizaron, resoplando de la frustración antes de bajar las cabezas a la hierba que pisaban y arrancarla de la tierra.

—No les cuesta mucho abandonar su sentido común —susurré, tratando de tranquilizar mi corazón acelerado ahora que estábamos con los pies sobre el suelo.

—Desde luego, la comida es un buen aliciente —respondió Aether, ajustando su posición en la montura—. ¿Qué estás haciendo? —preguntó cuando me bajé del lomo de Tryggar—. Seguimos en Draxon. Tenemos que irnos.

Observé a los vördr devorar la hierba con movimientos casi frenéticos. De pronto, lo comprendí: puede que no hubieran comido nada fresco de verdad desde hacía mucho.

—Deja que coman. Podemos esperar unos minutos. —Comencé a andar, admirando el bosque vibrante a nuestro alrededor—. Además, estamos en mitad de la nada.

—Fia —advirtió en un tono irritado.

—Estoy segura de que ellos nos alertarán si perciben algo cerca.

Se le escapó un suspiro audible, pero oí cómo sus botas golpeaban el suelo a mis espaldas. Me siguió mientras me adentraba en los árboles, sin alejarme demasiado.

Me detuve en una zarza y me incliné para examinar lo que parecían burbujas iridiscentes agrupadas en ramas.

—¿Qué son?

Aether se agachó a mi lado, arrancó una de las bayas y se la metió en la boca.

—Bayas de lluvia. Prueba una.

Vi cómo agarraba unas pocas más y, a continuación, me tendió la mano. Cogí una y examiné su superficie transparente antes de probarla. El dulzor me explotó por la lengua seguido de algo más ligero; era como beber agua mineral un día caluroso. Tras meses de pan y arroz rancios, fue casi como una experiencia religiosa.

—Esprithe —jadeé, tomando un puñado.

Nos acomodamos en el césped y sentí la brisa agitarme el pelo. El bosque en torno a nosotros derrochaba vida. Las hojas crujían sobre nuestras cabezas, con filos teñidos de ámbar y dorado. Unas flores diminutas moradas salpicaban el suelo entre las raíces y, en algún lugar cercano, el agua fluía sobre las piedras. Parecía imposible que existiera esto en el mismo reino que el páramo que habíamos dejado atrás.

—Es precioso —dije en voz baja, absorbiéndolo todo.

—Sí.

Alcé la vista y me encontré sus ojos fijos en mis labios. Nos sostuvimos la mirada por un instante antes de apartarla ambos a toda prisa. Se me extendió un rubor cálido por las mejillas cuando traté de centrarme en una flor cercana.

—Antes, todo era así —dijo al fin—. Toda esta región.

—La verdad es que me recuerda un poco a Sídhe. A los bosques que rodean Luminaria. —Miré de reojo en su dirección y me percaté de lo quieto que se había quedado.

—¿Qué hacías antes de entrar en la Guardia? —me preguntó, retorciendo una brizna de hierba entre los dedos.

—Trabajé en una botica durante años. —No pude contener la sonrisa que se me dibujó en los labios—. Para una mujer, Maladea. Todos la llamábamos Ma.

Esprithe, cuánto la echaba de menos. El pensamiento me golpeó con una fuerza inesperada. Anhelaba el olor de las hierbas secas colgando de las vigas, la forma en la que tarareaba mientras molía los ingredientes, cómo me regañaba por poner demasiada capsaicina en un tónico curativo. La seguridad de aquella tiendecita, toda aquella rutina.

Sentí cómo volvió a mirarme y a observarme con curiosidad.

—¿Qué? —pregunté.

—Es muy mundano. —Soltó una carcajada—. Me sorprende.

—Esa era antes mi vida. Una mundana monotonía. Era segura y yo me conformaba. —Bajé la vista, recordando a esa chica—. Parece que ocurrió hace toda una vida.

—El tiempo tiene ese efecto. —Se encogió de hombros.

—La vida en Sídhe no era fácil. Sobre todo, antes de la Guardia. —Me señalé la marca de riftborne.

—Te oí. Lo que dijiste en la hoguera. Me quedé en las sombras porque me parecía maleducado interrumpir un momento tan tenso. —Volvió a reírse—. Pero lo oí todo.

Se me pusieron las mejillas coloradas.

—¿Nos estabas espiando?

—Observando —me corrigió, con esa ligera sonrisa en los labios—. Es lo que hago.

—¿Y qué observaciones hiciste?

—Que eres más interesante de lo que creía en un principio. —Volvió a mirarme a los ojos—. Aunque sigues siendo increíblemente frustrante.

—Bueno, no querría decepcionarte. —Arranqué una brizna de hierba y se la tiré—. ¿Y tú qué? ¿Qué misterios profundos acechan tu pasado?

Su expresión se volvió un poco distante.

—Nada que merezca la pena compartir.

—Dijo el hombre que emergió del Vacío sin recuerdos y que no ha cambiado de aspecto desde hace treinta y cinco años. Eso es mucho tiempo. Has vivido mucho.

—Cuidado —me advirtió, aunque pronunció la palabra con un tono menos afilado de lo habitual—. Odiaría aburrirte.

Un silencio cómodo se instaló entre nosotros mientras agarrábamos más bayas de lluvia. El dulzor todavía me sorprendía cada vez que me tomaba una, como si mi lengua no pudiera creerse que algo supiera así de bien.

—A Ma le habrían encantado —dije, más para mí que para él—. Siempre estaba en busca de cosas nuevas. Sobre todo, dulces.

—Entonces ¿he de asumir que eres un prodigio de la medicina herbal tras pasar tantos años recluida en una botica?

—Yo no diría tanto. No se me daba tan bien como a Ma. Una vez, hice un brebaje para dormir que intenté endulzar con miel. Acabé creando por accidente algo que puso al cliente increíblemente alerta y… cariñoso… —Me reí ante el recuerdo—. El pobre hombre volvió al día siguiente muerto de vergüenza preguntándome lo que le había echado.

A Aether se le escapó algo entre una risa y una tos, lo que le sorprendió incluso a él.

—Al parecer, la miel y la raíz de valeriana no combinan de la forma en la que yo creía —proseguí—. A Ma le pareció graciosísimo. Me hizo disculparme mientras ella lloraba de risa en la trastienda.

—Recuérdame que no te deje acercarte a mi botiquín de plantas. —Entrecerró los ojos con diversión.

—No me tientes. —Me llevé otra baya a la boca—. Te vendría bien tomar una buena dosis de algo para equilibrar tu aire oscuro y misterioso.

Torció los labios.

—Ah, algo. Qué precisa. Perdóname si no me ofrezco voluntario como conejillo de Indias. Me encanta estar vivo, gracias.

Me mordí el labio, buscando una réplica ingeniosa que no se me venía a la cabeza. En vez de eso, se me escapó una risa.

—Vale, tú ganas. Mantenerte con vida es, desde luego, la opción más inteligente.

Alcé la vista y lo pillé mirándome.

—¿Qué?

—Nada. —Apartó los ojos con rapidez—. Te ríes más de lo que esperaba.

—¿Y eso es malo?

—No —dijo en un murmullo—. Es… diferente.

Una brisa susurraba entre los árboles, trayendo el aroma de cosas vivas: tierra, hojas y ese ligero dulzor de las bayas de lluvia. Los vördr arrancaban el follaje con decidida determinación.

—Me he estado preguntando algo —murmuré.

Él alzó una ceja.

—Pues venga. Por favor, no alargues el suspense.

—Reclutaste a Vexa de la cárcel. —Lo miré—. Y no he conocido a otros criminales que se hayan unido a la Umbra, así que me pregunto cómo ocurrió aquello.

La brisa se intensificó e hizo que las hojas susurraran sobre nosotros. Nihr alzó la cabeza y olisqueó el aire antes de volver a la hierba. Aether había detenido los dedos.

—Se suponía que tenía que matarla —contestó al final; las palabras salieron planas. Pragmáticas—. Tráfico ilegal de armas. Encantaba hojas destinadas a gente que no debería poseerlas. —Se detuvo y yo me quedé en silencio, aguardando a que continuara—. Cuando llegué allí, ella no… —Exhaló con brusquedad—. No imploró. No dio excusas ni trató de huir. Se limitó a quedárseme mirando y dijo: «Sé lo que hice. Acaba de una vez con esto». —Presionó el pulgar contra la palma—. Me recordaba a mí.

Contuve la urgencia de mirarlo.

—Así que le ofrecí un puesto en la Umbra en su lugar. Urkin creyó que se me había ido la cabeza. No obstante, yo creía que… —otra pausa—, si podía convertirse en alguien mejor de lo que era, quizá había esperanza para el resto de nosotros.

Se me cerró la garganta.

—¿Ella lo sabe?

—Sabe que la recluté, no lo demás. —Se le había apagado la voz, como si estuviera intentando distanciarse de sí mismo por lo que

acababa de admitir—. Cree que vi potencial en sus habilidades. Cosa que es cierta. Pero no fue el motivo.

—Por si sirve de algo —dije mirándolo—, creo que Vexa tiene suerte de tenerte junto a ella.

—Es ella la que ha llegado a ser alguien. Yo me limité a no matarla. —Se puso de pie y se sacudió la hierba del uniforme con más fuerza de la necesaria—. Eso tiene poco de heroico.

—Ser capaz de mostrar misericordia en lugar de matar no es poca cosa.

Me observó con una pequeña sonrisa de satisfacción formándosele en los labios.

—Como al parecer tampoco lo es hacer pociones de amor por accidente.

Justo cuando estaba a punto de responder a su evasiva evidente, me llamó la atención un movimiento: los vördr se habían adentrado más entre los árboles. Ambos nos abrimos paso tras ellos por medio de la espesa maleza hasta que el bosque condujo a un claro. Lo que nos encontramos me hizo detenerme de golpe.

Un templo se erguía ante nosotros, abierto al cielo y casi tomado por las enredaderas. Había estatuas alineadas en su perímetro con formas parecidas a los kalfar, los aossí, aunque más largas de lo normal y con los rasgos tallados con una perfección sobrenatural. Tenían los rostros demasiado simétricos y las extremidades demasiado gráciles extendidas más allá de lo que parecía posible.

Los vördr se pararon fuera del templo, pero Aether y yo nos metimos dentro.

—Los Esprithe —dije en voz baja, reconociendo las figuras de mis estudios.

—Eso parece. —Por el tono de Aether, aquello no le impresionaba en absoluto.

—También están pintados en las ventanas de los archivos.

—Sí, por lo visto, son ineludibles.

—No pareces ser muy fan.

—Jamás he tenido mucho interés en la idea de un poder superior —contestó inexpresivo.

Mientras serpenteábamos entre las estatuas, me vino una idea. Sin previo aviso, me cambié a mi forma umbría y me materialicé detrás de una de las figuras talladas.

—No es tiempo de jueguecitos —gritó Aether.

—Venga —repliqué, ya moviéndome hacia otra estatua—. Todo esto es nuevo para mí. Necesito practicar, ¿no crees?

Atisbé un segundo cómo sacudía la cabeza antes de que yo desapareciera otra vez y volviera a tomar forma detrás de una estatua de Sibyl con los ojos rocosos fijos de manera infinita en algún punto lejano.

—No te estás escondiendo muy bien. —Su voz cada vez se acercaba más.

—Entonces ¿por qué no me has atrapado aún? —lo provoqué, deslizándome entre Conleth y Niamh.

Lo oí suspirar —ese sonido de exasperación tan familiar— antes de moverme de nuevo y de que una niebla oscura me nublara la visión. Nuestro juego del escondite continuó a través del templo mientras las hojas caían desde las copas de los árboles sobre nosotros.

Al final, me agarró del brazo justo cuando volví a tomar forma detrás de Fírinne.

—Te encontré.

Se le dibujó una sonrisa en los labios, ligera pero real. Se me agitó el pecho al verla.

—Pues te toca —respondí—. Tengo ganas de cazar.

Su expresión se volvió hermética de inmediato.

—Me temo que no puedo. —Me soltó el brazo y dio un paso atrás —. Las sirenas… han tomado más de lo que esperaba.

Entonces, me percaté de lo que debería haber visto antes: las quemaduras del Vacío que le trepaban por el cuello parecían distintas. Más claras de algún modo, casi difusas.

—¿No puedes cambiar? —Se me fue el tono juguetón de la voz.

—No hasta que se repongan. —Se giró y echó a andar hacia los vördr—. Deberíamos irnos.

Me acerqué a él y mi mano encontró su brazo antes de que me diera tiempo a pensármelo. En cuanto lo toqué con los dedos, giró la cabeza con brusquedad, pero fue demasiado tarde; yo ya estaba liberando los zarcillos oscuros. Se me derramaron de la piel hacia sus quemaduras del Vacío, y la sensación no se parecía a nada que hubiera experimentado antes. Sus marcas no se limitaron a aceptar la oscuridad, sino que tiraron de ella y la atrajeron.

Los ojos se le volvieron como oro fundido. Me sujetó la muñeca con una fuerza dolorosa y, durante un momento, creí que había cometido un terrible error. Sin embargo, en vez de apartarme, me atrajo hacia él y me rodeó la cintura con el otro brazo hasta que no hubo espacio entre nosotros. Nuestros rostros se encontraban tan juntos que notaba su aliento en mis labios. Las sombras continuaron transfiriéndose, y su reacción, la manera en la que las pupilas se le habían dilatado, la manera en la que me clavaba los dedos en la piel, hizo que me atravesara una corriente en llamas. De pronto, aquello me pareció algo más profundo. Algo que tenía mucho más significado.

En ese instante, Aether parpadeó, como si volviera a la realidad. Me apartó y rompió la conexión.

—No vuelvas a hacer eso —espetó.

—¿Qué…? —empecé a preguntar, confundida por la crueldad de su respuesta—. Solo intentaba ayudar.

Se alejó varios pasos, pasándose una mano por el pelo. Ahora las sombras se elevaban de su piel en olas, restauradas pero agitadas.

—Aether, ¿por qué estás…?

Un gruñido cortó el aire. El enorme cuerpo de Tryggar pasó a toda prisa junto a nosotros, cargando contra algo lejano. Nihr ya se estaba moviendo para seguirlo.

—Quédate aquí —le ordenó Aether; su voz no dejó lugar a discusiones mientras él corría tras ellos.

Me quedé ahí con el corazón a mil, aún tratando de asimilar lo que acababa de ocurrir. ¿Y por qué sentía que había cruzado alguna línea invisible que no sabía que existía?

Me senté con pesadumbre en el suelo, presionando la palma contra la frente. La intensidad de la reacción de Aether me había sorprendido, pero lo que más me había asustado había sido mi propia respuesta. El modo en el que un clavo ardiendo me había atravesado el cuerpo, cómo se me había acelerado el corazón ante su tacto. La culpa me revolvió el estómago cuando la imagen de unos ojos esmeraldas se me vino a la mente.

¿Qué estaba haciendo? Había estado a punto de… ¿Qué? ¿Besar a mi captor? ¿El hombre que me había apartado de todo cuanto conocía?

Aunque ya no era mi captor, ¿no? A medida que había pasado el tiempo, se había convertido en algo más. Un profesor. Un aliado. ¿Un amigo?

Y aquello me aterrorizaba.

Porque Laryk seguía ahí fuera. Todavía buscándome. Lo había visto en los sueños, su desesperación, su determinación, la forma en la que se había negado a olvidarme aun cuando el resto de la

Guardia seguro que lo había hecho. El hombre que me había dejado muy claro que no teníamos una relación, que me había apartado justo cuando las cosas se estaban volviendo reales, ahora estaba en el oeste removiendo cielo y tierra para encontrarme.

¿Significaba aquello que algo había cambiado en él? ¿O estaba yo sacando conclusiones precipitadas?

Lo peor era que no podía discernir si lo que sentía por Aether era real o solo… soledad. Proximidad. Esa necesidad desesperada de conexión cuando has estado aislada y perdida durante mucho tiempo. Él estaba aquí, presente, entendiéndome de maneras que Laryk jamás había hecho. Haciéndome preguntas que Laryk nunca se había molestado en formular. ¿Estaba depositando todo el anhelo que sentía por lo que había perdido en la persona que tenía delante?

Eran parecidos en muchísimas formas: el dominio, la intensidad. Incluso la crueldad, si era sincera. ¿Me atraía Aether por quién era o porque me recordaba a alguien más? ¿Porque llenaba el hueco de Laryk que se me había formado en el pecho?

¿Y qué decía eso de mí? ¿Que me atraía la toxicidad? ¿Que solo tenía la mente bien jodida?

Esprithe, no lo sabía. Solo sabía que casi lo había besado y una parte de mí había querido hacerlo. Muchísimo.

Y aquello parecía la peor traición de todas.

Pasó un rato mientras esperaba; el bosque cada vez estaba más tranquilo a mi alrededor. Tal vez debería ir a buscarlos. No obstante, ¿en qué dirección habían ido? Ahora todos los árboles me parecían iguales, densos e imponentes.

—Han corrido hacia un pequeño rebaño. —La voz de Aether me sobresaltó desde atrás. Solté un suspiro de alivio, pero mantuve la vista baja, aún demasiado incómoda para mirarlo directamente—. También han encontrado un manantial cerca.

Me tendió su cantimplora.

—Toma. La altitud puede deshidratar.

La acepté sin pensar, agradecida por la distracción. El líquido me golpeó la lengua en un instante, y la sensación fue tan magnética que di unos cuantos tragos antes de tomar al fin aire. El agua sabía mal, como si hubiera estado demasiado tiempo en el recipiente de metal.

No fue hasta que bajé la cantimplora que noté el silencio. No había alas batiéndose ni cascos pesados. ¿Dónde estaba Tryggar?

Se me nubló un poco la visión y parpadeé con fuerza, tratando de aclararla. ¿De verdad me había afectado tanto la altitud? ¿Por qué me sentía así? Al fin alcé la mirada y se me congeló la sangre.

Los ojos dorados se habían convertido en blanquecinos.

—Deberías haberte quedado en tu torre, cielo. —Los rasgos de Aether se transformaron en otra cosa mientras la oscuridad me reclamaba.

CAPÍTULO 35

Sentía la cabeza rara, embotada y desconectada. Retazos de recuerdos se colaron por mi mente cuando me desperté. La seda que caía sobre mi piel me hizo sentir una oleada de pánico. No llevaba mi ropa. Unas cuerdas se me clavaron en la carne cuando traté de mover las manos; una silla de madera crujió bajo mi peso.

El sabor metálico. El ardor de la garganta. Los ojos dorados volviéndose blanquecinos.

—Deberías haberte quedado en tu torre, cielo.

La oscuridad…

Abrí los ojos de golpe.

Un vestido. Llevaba puesto un vestido carbón con unos adornos de cuentas rojos que subían desde el dobladillo. Poco a poco, se me fue aclarando la visión y contemplé el esplendor que me rodeaba.

Había una mesa interminable llena de cosas que ya no deberían existir en este reino. Pan recién hecho, tostado, crujiente y humeante. Carnes glaseadas con vino que relucían a la luz de las velas brillantes. Fruta de verdad en cuencos plateados, no las cáscaras que había llegado a conocer en Ravenfell.

Unos retratos decoraban las paredes del comedor; unos marcos de oro enormes albergaban generaciones de nobles. Uno de ellos en concreto me llamó la atención. Un Valkan joven con unos llamativos ojos azules en lugar de blanquecinos de pie junto a quien debía de

ser su hermano. El parecido era inequívoco, aunque las facciones de su hermano eran más suaves, menos serias. Tras ellos, se alzaba una pareja mayor. La mujer tenía el mentón alzado con orgullo y el hombre apoyaba la mano sobre el hombro de Valkan. Un retrato familiar.

Me saltaron las alarmas cuando me percaté de dónde me encontraba.

Busqué mi telaraña, esa sensación conocida de energía que se me desbordaba de la base de la columna, lista para desplegarse…

Nada.

Me invadió un miedo agudo y frío. La invoqué otra vez, con más fuerza ahora, tratando de sentir esa red translúcida de poder que se había vuelto tan natural como respirar. Sin embargo, no había más que vacío donde debería estar mi foco. Era como intentar mover una extremidad que me hubieran cercenado.

Aquello con lo que me había drogado me había desconectado de mi telaraña.

Un paso suave hizo que mirara a la derecha corriendo. Valkan se aproximaba a lo largo de la mesa, tocando la llama de cada vela. Sus ojos reflejaron la luz cuando se giró y los clavó en mí.

—Aquí estás. —Las palabras le salieron de los labios como miel.

—Suéltame. —Forcejeé contra las cuerdas, ignorando cómo la habitación dio vueltas ligeramente.

—Eso pretendo. —Sonrió, y me dio un vuelco el estómago—. Cuando esté seguro de que te comportarás.

Las sombras ondearon justo bajo mi piel. «Gracias a los Esprithe». Parecían débiles y apagadas, pero ahí estaban. Y podía utilizarlas. Antes de pensármelo mejor, la oscuridad se derramó de mis poros, arremolinándose en el aire entre nosotros.

—Eh, eh, eh. —Valkan chasqueó la lengua y se acercó con el sigilo de un gato. Giró los dedos en la niebla negra—. Esto no es propio de una persona tan lista como tú.

Mis sombras le envolvieron la muñeca, enroscándosele brazo arriba como si fueran humo. Dio un paso comedido atrás, aunque no abandonó la sonrisa.

—Piensa bien, querida mía —su voz era más baja—, lo que harían mis hombres si se encontraran a su lord en cualquier otra condición distinta a como me ves ahora. —Le destellaron los ojos—. Sería bastante decepcionante que tu primer acto oficial como duskbound fuera conducir al reino a una guerra civil.

La ira hirvió dentro de mí, empeorada por la sonrisa petulante que tenía en la cara. Mantuve las sombras a mi alrededor, evitando que se extendieran hacia él, pero negándome a retirarlas.

—Este reino te importa un comino —siseé.

—Oh, más bien al revés. —La sonrisa de Valkan se hizo más grande—. Quiero verlo en su época dorada de nuevo. Pero los que ocupan los puestos de liderazgo están decididos y resueltos a llevarnos a la ruina. Soy el único dispuesto a hacer lo que sea para salvarnos a todos.

—Das asco —escupí las palabras como si fuera veneno.

—Qué boquita más sucia. —Se acomodó en la silla enfrente de mí, poniendo los pies cruzados sobre la mesa con una arrogancia distendida—. Me temo que habrá que corregir eso.

—¿Has llegado a encontrar tus propias sombras? —pregunté hecha una furia—. Como no pudiste crearlas al salir del Vacío…

Mis palabras hicieron que su satisfacción flaqueara, pero se recuperó enseguida.

—Tal vez el Vacío no me haya concedido los poderes de un duskbound, pero me dejó vivo, intacto. —Paseó la vista por la

habitación—. Yo diría que eso es muy acertado. Ni la fuerza más grande de este reino ha podido marcarme, nunca ha podido reclamarme.

—O puede que simplemente te haya rechazado —repliqué, tirando todavía de mi amarre.

—Cree lo que quieras, cielo mío, pero los dos hicimos historia ese día.

—¿Por qué estoy aquí? —demandé, aunque tenía los nervios de punta. No quería conocer la respuesta, pero no sabía qué más decir.

—Porque quiero hacer un trato contigo. —Alzó un cáliz dorado mientras estudiaba el líquido que había dentro con un interés exagerado.

—¿Y por qué iba yo a hacer un trato contigo? —Las palabras salieron como un gruñido.

—Porque, a pesar de lo que opines de mí, veo lo que eres de verdad. —Soltó un largo suspiro, mirándome por encima del borde —. Alguien dispuesto a sacrificarlo todo por aquello en lo que cree. Y pienso que, con la suficiente… persuasión, podría hacerte entrar en razón.

Se me escapó una carcajada amarga.

—¿Hacerme entrar en razón? ¿Así es como lo llamas?

—Creo que eres más lista que los demás. Creo que comprendes que a veces hay que tomar decisiones difíciles. —Tenía esos ojos apagados fijos en mí—. Y creo que, con la motivación adecuada, podrías llegar a ver las cosas desde mi perspectiva. Incluso compartirla quizá.

Sus palabras me rasgaron la piel, revolviendo algo muy dentro de mí. Toda mi vida, la gente había intentado decirme quién era yo, qué debería ser. Los aossí me marcaron como riftborne, definiéndome por mi pasado. La Guardia trató de modelarme como arma. Hasta

Laryk me vio como algo a lo que dar forma, a lo que controlar. Y la Umbra, Urkin… Llegado el momento, todos me veían como un arma que empuñar.

No obstante, yo ya no era aquella chica perdida y oculta en las sombras que permitía a los demás escribir su historia. Había encontrado mi propio poder, mi propia verdad. Y aquí estaba Valkan, otro hombre tratando de imponerme su visión, creyéndose que podría doblegarme a su voluntad.

Había permitido que otros me definieran. Quizá había estado entre dos reinos, pero aquellas partes de mí, las partes que me volvían un arma, un activo, algo que temer, soldar o forjar…

Esas partes me pertenecían solo a mí.

—Yo jamás permitiría, ni en un millón de años, que desataras tus fuerzas sobre Sídhe. Eso es lo que no entiendes. —Me tembló la voz —. No quiero más muerte ni destrucción, y eso es lo que tú ofreces. Eso es lo único que saben hacer todos tus hombres.

—A veces —dijo con voz suave—, el fin justifica los medios.

Mis sombras se expandieron más, extendiéndose hacia él antes de poder detenerlas.

—Tenía la esperanza de que esta conversación hubiera sido distinta. —Suspiró con una decepción casi teatral—. De veras que odio verme obligado a adoptar un enfoque más firme, pero no me has dejado otra opción.

Correspondí a su mirada con todo el odio que ardía dentro de mí, y se le iluminaron los ojos con una maldad que me heló la sangre.

—No me mires así —soltó—. Resérvatelo para nuestra noche de bodas.

Las palabras me golpearon con fuerza. Por un momento, fui incapaz de procesar lo que había dicho, a lo que se refería. «¿Noche

de bodas?». Mis sombras se convirtieron en un muro de oscuridad a mi alrededor, listas para destrozarlo.

—Te he pedido muy amablemente que las mantengas contenidas. —Su voz atravesó mi creciente furia—. Si el destino del reino no basta para acatar mi advertencia, tal vez esto sí lo haga.

Valkan deslizó algo sobre la mesa, y el corazón se me detuvo. Un trozo de cuero, arrancado y deshilachado en algunas zonas, pero inconfundible. El nombre de Aether aún se veía en el borde de fuera. La tela tenía manchas oscuras en lugares en los que no me apetecía pensar.

—Si te preocupa lo más mínimo su vida, te sugiero que empieces a cooperar. —Su sonrisa se tornó malvada cuando observó cómo se me extendía la impresión por la cara.

—La Umbra vendrá a por ti —me las arreglé para replicar, aunque sentí las palabras vacías en el instante en el que las dije—. Si le haces daño, se dirigirán a Draxon…

—¿En serio crees eso? —me interrumpió.

La pregunta me golpeó más fuerte de lo que quise admitir. ¿Vendrían? Urkin tenía la atención puesta solo en Sídhe, el Consejo estaba sumido en el caos… Solo Vexa y Effie sabían dónde nos encontrábamos. ¿Supondrían que habíamos muerto en el fondo de esa cueva? Mis sombras se estremecieron con una rabia impotente, pero las replegué. Inútil, me volvía a sentir inútil.

—Eso creía. —Su voz rezumaba satisfacción.

Permanecí callada con la mandíbula tan apretada que dolía. Las lágrimas me ardían en los rabillos de los ojos. Sabía que era mejor intentar apaciguarlo, al menos de momento, aunque no sabía si tenía la fuerza para hacerlo. Para no mostrar rechazo cada vez que pusiera los ojos sobre mí con esa curiosidad asquerosa. Para no

desatar las reservas de mi poder hasta que no fuera más que polvo cubriendo el suelo. Pero, si no, lastimaría a Aether.

«Respira».

—¿Me permitirías quitarte las cuerdas ahora? Seguro que te mueres de hambre. —Se levantó de la silla con un movimiento fluido.

«Que piense que está ganando. Es el único modo de salir de aquí».

Asentí ligeramente, odiándome a mí misma por ello.

Él se aproximó con esa sonrisa de satisfacción y me desató, asegurándose de rozarme la piel con los dedos antes de sentarse en la silla junto a mí.

—Come, querida.

No me moví. El aroma de la comida me llenó las fosas nasales, haciendo que me rugiera el estómago, pero el recuerdo del sabor metálico en el bosque me siguió dejando inmóvil. Mis ojos iban de Valkan al festín colocado delante de nosotros.

—Debes mantenerte fuerte. —Comenzó a llenarme el plato con movimientos deliberados y precisos—. Fíjate en todo lo que puedo darte.

Despacio, cogí el tenedor y desperdigué la comida sin llevármela a los labios.

—Juntos conquistaremos los dos reinos. —Su voz parecía lejana, como si hablara consigo mismo.

Lo miré de reojo, tratando de enmascarar el odio que me corría por las venas.

—Si no intervenimos, este conflicto nunca terminará. No basta con controlar Sídhe. No basta con reabastecer Umbrathia. —Se acercó, y luché contra las ganas de retroceder—. Para conservar la paz, atravesaremos la brecha; tendremos que doblegarlos a todos.

Apreté el tenedor hasta que los nudillos se me pusieron blancos y clavé el extremo en la mesa de madera.

—Esos guardias son bastante formidables, debo admitir. Tus amigos. —Su sonrisa se volvió cruel.

El pánico me atravesó.

—¿De qué estás hablando? —Me salió la voz entrecortada.

—La Umbra no sabe todo lo que ocurre en este reino. O al otro lado de la brecha. —Se encogió de hombros, pero no había nada casual en el gesto.

Se me aceleró el corazón mientras las caras se me venían a la mente. Raine. Briar. Laryk.

—Has estado allí —susurré.

—Es tan estimulante; sus venas palpitan con avidez con esencia robada. —Se pasó la lengua por los dientes—. El festín más exquisito que he probado jamás.

Algo en mí se quebró. Antes de pensarlo, le clavé el tenedor en el muslo.

Su alarido de dolor se convirtió en un gruñido cuando se abalanzó sobre mí, transformándose en una figura ondulada y cada vez más grande hasta alcanzar un tamaño imposible. Me agarró del cuello y me estampó de espaldas contra la mesa. El metal frío presionó contra mis labios, obligándome a abrirlos. Un líquido metálico me llenó la boca.

—Qué pena. Esperaba que esto fuera de otra manera.

Me acarició la cara con la mano, e intenté apartarme, pero ya estaba perdiendo la consciencia.

—Tyreth, llévala a la cámara. —Su voz flotó sobre mí mientras la oscuridad reclamaba mi visión. El sonido de una puerta abriéndose y de unos pasos apresurándose hacia mí fue lo último que escuché.

CAPÍTULO 36

«Despierta».

«Fiandrial».

«Despierta».

La consciencia volvió a mí a retazos, como tratando de unir los fragmentos de un espejo roto. Me pesaban muchísimo las extremidades. Las voces se desvanecían en la neblina, distantes al principio y más claras después. Había quejidos en algún lugar cercano. A mi mente le costó encontrarle sentido a cualquier cosa más allá de la niebla que parecía inundarme el cráneo.

Cuando por fin conseguí obligarme a abrir los ojos, el mundo se negó a enfocarse. Unas figuras distorsionadas nadaban sobre mí; tela colgando en el aire. A medida que se me fue aclarando la visión, emergieron los detalles con una claridad repugnante. La cama debajo de mí parecía extraña, demasiado suave, demasiado lujosa, con postes tallados con formas en espiral que daban la sensación de retorcerse en mi visión periférica.

Traté de moverme, de girar la cabeza, pero el cuerpo no me respondía.

En mi campo de visión, se movían unos borrones, hombres con uniformes grises andando entre filas de camas más pequeñas que se alineaban en las paredes. Más quejidos captaron mi atención y me encontré otros cuerpos de kalfar tumbados inmóviles bajo ropa de

cama fina. Se me quedó atrapado un grito en la garganta cuando le supliqué a mi cuerpo que colaborara.

Tras pasar varios segundos estirando con tanta fuerza los músculos que se me formaron lágrimas en los ojos, ladeé la cabeza hacia la derecha y se me encogió el corazón en un puño.

Valkan se hallaba sentado a mi lado con aquellos ojos apagados fijos en mi rostro.

Traté de invocar mi telaraña, mis sombras, cualquier cosa que pudiera ayudarme a luchar. Sin embargo, la droga mantenía todo fuera del alcance y me había dejado atrapada en un cuerpo que no respondía.

—Hola otra vez. —Curvó los labios en la sonrisa más terrorífica del mundo.

El horror me invadió al oír esa voz, sedosa y falsa, mientras mi mente narcotizada al fin registraba dónde me encontraba. Con quién estaba. «Oh, Esprithe. Oh, no. No. No. No».

Intenté gritar, pero la boca no me funcionaba, no se movía, no hizo nada más que soltar un gimoteo patético que provocó que los ojos de Valkan brillaran con placer.

—He de admitir —se inclinó hacia delante, tan cerca que su aliento gélido me rozó la piel— que estaba empezando a preocuparme por haberte dado demasiado.

Se estiró y se ajustó los puños de su chaqueta perfectamente a medida.

—Aunque, ahora que estás despierta, podemos tener una conversación como es debido sobre el futuro. —Le refulgieron los ojos blanquecinos a medida que comenzó a caminar—. ¿Sabes? Hay algo poético en tener a una duskbound aquí para presenciar lo que se avecina. Una de sus elegidos más preciados, observando cómo destrozo todo lo que han construido.

Se detuvo y ladeó la cabeza hacia un lado con un ángulo antinatural.

—Dime, pequeña duskbound, ¿te han enseñado la verdadera historia de nuestro reino? ¿O solo la versión idónea que la Corona quiere que creas?

El corazón se me iba a salir por la boca cuando se volvió hacia mí con esa sonrisa cruel permanente en los labios.

—Hace siglos, el linaje Syrndore gobernaba Umbrathia. Éramos reyes antes de que tus preciados Valtýr soñaran con portar la corona. —Su voz transmitía siglos de amargura heredada—. Sin embargo, declararon que el Vacío los había elegido, que solo su linaje podría entender de verdad su poder. Y el reino, desesperado por cualquier señal de derecho divino, los creyó. Tres generaciones de mi familia fueron masacradas; solo dejaron a un niño para reconstruir nuestra gran estirpe mientras se sentaron en nuestro trono y se llamaron a sí mismos «monarcas».

Traté de volver la cabeza, apartar la vista de aquellos ojos vacíos, pero no me respondían los músculos. La parálisis me había dejado atrapada, obligada a ver cómo él continuaba andando alrededor de la cama.

—Durante generaciones, aguardamos. Jugamos a su juego. Sonreímos a la corte mientras ellos desperdiciaban su poder. —Su risa fue falsa—. Y ahora mira en lo que se han convertido; el preciado reino de los Valtýr se debilita mientras que la reina permanece oculta. Mientras sus simpatizantes se aferran a tradiciones obsoletas. Yo, al menos, he tenido el valor de hacer lo que se necesitaba cuando vino la sequía. Durante generaciones, mi familia sirvió con lealtad a su corte, todo mientras recordaban lo que nos habían arrebatado. —Pasó un dedo por el filo de una mesa cercana—. Observamos cómo se volvieron confiados, blandos. ¿Y

ahora? —Los ojos blanquecinos le destellaron—. Ahora su preciada reina se encuentra en su torre mientras su gente se muere de hambre. Mientras su reino perece.

Una nueva oleada de terror me invadió cuando sus pasos lo trajeron más cerca. No se me movían los labios, pero por dentro estaba gritando.

—Los Skaldvindr serán los primeros en caer —dijo; su tono había mudado a uno de júbilo—. Qué rápido cambiaron de aliados cuando la sequía empeoró. Un día se inclinaban ante la Corona y al siguiente apoyaban mi innovación. —Se le curvaron los labios—. Unas criaturas tan débiles no merecen sus títulos. Creo que empezaré con los niños. Haré que los padres vean cómo los dreno uno a uno. Les mostraré el verdadero precio de los juegos políticos.

Se me revolvió el estómago y se me subió todo a la garganta. Quería vomitar, gritar, hacer cualquier cosa salvo hallarme aquí escuchando los planes de este monstruo.

—¿Y luego? —Extendió los brazos de par en par—. Las otras casas obedecerán. Y las que no…, bueno, tengo planes para sus hijas. Matrimonios estratégicos con mis seguidores más fieles. Nada une a los hombres más que compartir los mismos pecados. —La sonrisa se le tornó despiadada—. Aunque dudo que muchas sobrevivan a su noche de bodas.

Mi telaraña se tensó contra aquello que la estaba bloqueando, desesperada por extenderse, por luchar, por hacer cualquier cosa. No obstante, solo había silencio a lo largo de mi columna.

—Y en cuanto a Sídhe… —Se inclinó más aún; noté su aliento gélido en la cara—. Tengo algo especial planeado para ellos. Tu Guardia no se esperará un ejército que no necesita comer ni descansar. Imagina la cara que pondrán cuando se percaten de que

sus preciadas torres de arcanita no los salvarán. Cuando vean a su propia gente convertida en alimento.

Las lágrimas me ardieron en los ojos cuando imaginé a Raine, a Briar, a todos ellos enfrentándose a una marea interminable de damphyre. Los horrores que presenciarían antes de su final.

—Pasearé sus cuerpos sin sangre por las calles de Ravenfell como celebración. —Bajó la voz, saboreando cada palabra—. Apilaré sus cabezas en picas fuera de palacio. En recordatorio de quién salvó de verdad Umbrathia.

«Por favor», traté de suplicar, pero solo se me escapó un gemido.

—Lo que me lleva a tu comandante. —La oscuridad y el hambre destellaron en su expresión—. ¿Te gustaría saber lo que le está pasando ahora mismo? ¿En mis mazmorras?

«No. No. No, por favor».

—Es bastante resiliente —caviló Valkan, mirándose las uñas—. La mayoría se habría roto ya. Pero ¿él? Solo sigue preguntando por ti. Incluso mientras mis guardias le arrancan las sombras de la carne.

Se me paró el corazón al oír sus palabras. Ahora, las lágrimas me corrían por las mejillas con libertad y a Valkan se le iluminaron los ojos al verlo.

—¿Sabes? Hay algo bonito en ello. En la tortura de un recipiente. Cuando se quedan sin esa oscuridad deliciosa que les has proporcionado con tanto cariño, vuelven a ser todo piel y huesos. —Me pasó un dedo por las lágrimas—. Y los huesos se pueden romper… —Cerró los ojos—. Los gritos son exquisitos.

La habitación empezó a dar vueltas mientras me volvieron a entrar náuseas y se me subió todo a la garganta de nuevo. Quería vomitar, gritar, suplicarle que parara.

—Pronto comenzará a perder la cabeza. Esa es mi parte favorita. Cuando empiezan a alucinar, a gritar sus nombres, a rogarles a los

fantasmas. —Bajó la voz a un susurro—. Me pregunto qué secretos revelará en esos momentos finales.

«Para. Por favor, para».

—Eso asumiendo que mis hombres no corten muy profundo, claro. —Le brillaron los ojos—. Mis guardias pueden ser bastante creativos con sus herramientas.

La ira, impotente y devastadora, me abrasó los miembros paralizados. No obstante, bajo aquella furia, la culpa me golpeó como una ola, amenazando con sofocar la poca fuerza que me quedaba. Esto era mi culpa. Todo. De mi arrogancia, al pensar que podría entrar en este territorio sin problemas. De mi estupidez, al volar hacia Draxon a pesar de las advertencias de Aether. De mi debilidad, al dejar que me capturaran con tanta facilidad.

Aether había intentado pararme. Me había pedido que encontrara otro modo. Sin embargo, no lo escuché. No podía. Y ahora él estaba pagando el precio. El recuerdo de sus ojos dorados destelló en mi mente; cómo se le iluminaron cuando tomó la decisión de acompañarme. La forma en la que su calidez me rodeó en la cueva.

«Lo siento mucho», traté de susurrar, aunque los labios no se movían. «Lo siento muchísimo».

—Pero ya basta de hablar de él. —Valkan interrumpió mis pensamientos—. Prefiero centrar toda mi atención en ti, cielo. —Me acarició la mandíbula con esos dedos fríos.

Inhaló hondo en mi cuello, haciendo un sonido que me provocó fuertes escalofríos.

—Ahora que estamos tan cerca… —se calló y me pasó una mano por el costado—, puedo oler lo poderosa que eres. Cuánta esencia fluye por esas venas.

Mi mente le gritaba a mi cuerpo que reaccionara, que luchara, que hiciera algo. No me podía mover.

—No tienes ni idea de cuánto tiempo llevo esperando esto. —Bajó la voz por la necesidad—. Desde la primera noche en Stravene, cuando capté tu olor. El poder en ti… es puro. Inmaculado. —Sentí que me devoraba con los ojos.

Un cuchillo le apareció en la mano y la mente me estalló por el pánico. «No. No, por favor». Aquello no podía estar ocurriendo. Tenía que despertarme. Tenía que marcharme. Tenía que…

Presionó la hoja contra mi garganta y contuve un sollozo en el pecho. Las lágrimas me manaban de los ojos mientras él se inclinaba más y el rostro se le transformaba en algo grotesco.

—Podríamos haber sido magníficos juntos. —Suspiró contra mi piel, y contuve las ganas de vomitar—. Una duskbound de verdad y un rey damphyre. Podríamos haber llevado Umbrathia a la gloria. —Su voz era despiadada—. Ahora servirás para un propósito diferente. —Enredó en mi pelo la mano libre y tiró de mi cabeza hacia atrás para exponer mi garganta—. Serás mi manantial personal. Mi fuente de esencia infinita. La herramienta que necesitaba para conquistar ambos reinos.

Volvió a inhalar, más hondo esta vez, como si estuviera saboreando un buen vino.

—Aunque he de confesar que será… complicado mostrar autodominio y no drenarte por completo cada vez. Eso sería un desperdicio, ¿no? Cuando puedo mantenerte así, suspendida entre la consciencia y la inconsciencia, todo el tiempo que desee.

El cuchillo se clavó aún más hondo y noté una calidez deslizárseme por el cuello. La mente se me hizo añicos cuando él puso la boca sobre el corte. El sonido que hizo fue obsceno, placer y hambre mezclado con un gemido monstruoso mientras bebía; cada movimiento de sus labios hacía que me recorriera una oleada de

debilidad. Pude sentir cómo drenaba mi esencia y cómo robaba partes de mí.

Los segundos se convirtieron en una eternidad. La consciencia se me iba y venía al tiempo que él se alimentaba; la oscuridad se extendía por los bordes de mi visión. Justo cuando creía que podría desmayarme, se retiró con un jadeo, con la sangre manchándole los labios y la barbilla. Sus ojos blanquecinos se habían vuelto salvajes.

—Oh —gimió, pasándose la lengua por los dientes ensangrentados —. Eres más divina aún de lo que creía. Cuánto poder. Cuánta vida. —Me enterró los dedos en los hombros cuando se estremeció—. ¿Puedes sentir cómo tu esencia canturrea en mis venas?

Quise gritar, luchar, morir, cualquier cosa salvo soportar la forma en la que me miraba en ese instante, como si fuera algo que consumir. Que devorar. Sin embargo, ni siquiera pude girar la cara cuando él se volvió a inclinar y trazó con la lengua la herida que me había hecho.

—Quizá tu sangre nos salve a todos —susurró contra mi garganta —. Tal vez deberíamos abrirte, derramarte sobre la mismísima tierra, ver si podemos restaurar todo el reino con lo que fluye por esas venas. —Deslizó la mano hacia abajo hasta mi corazón—. Eso es lo que quieres, ¿verdad, querida mía? Ser la salvación de Umbrathia. Hermanos y hermanas mías —gritó de pronto—. Venid a probarla.

Unos uniformes grises se acercaron a la cama con cuchillos relucientes en las manos y los ojos blanquecinos fijos en mí con esa misma hambre terrible. Se me quebró todavía más la mente cuando me rodearon y las hojas captaron la luz. «No. No, por favor». Luché internamente contra la parálisis, pero el cuerpo me traicionó y se negó a responder mientras ellos descendieron.

Un dolor agudo se me extendió por los brazos, los hombros, las muñecas, los tobillos. A cada nueva herida la seguía la presión de

labios fríos, los sonidos grotescos que hacían mientras se alimentaban. Estaban tirando de mi esencia en muchísimas direcciones, sacándomela como el veneno de una herida. La habitación empezó a girar aún más rápido.

La risa de Valkan flotaba en algún sitio por encima de mí.

—Cuidado. No debemos drenarla por completo. Todavía no. —Me acarició la mejilla con los dedos ensangrentados—. Es demasiado valiosa para eso.

Lo último que vi antes de perder la consciencia fue su rostro sobre el mío con aquellos ojos vacíos brillando de triunfo cuando susurró:

—Bienvenida a tu nueva vida.

El tiempo perdió todo su significado. Vagaba entre la oscuridad y el horror, jamás ida por completo ni despierta del todo. Cada vez que recuperaba la consciencia, unas bocas nuevas se alimentaban de diferentes cortes. La sala giraba sin parar, y mi esencia se sentía hecha jirones, desgarrada como una cuerda deshilachada. En ocasiones, pude distinguir conversaciones lejanas, fragmentos de frases.

—Señor, acabo de volver de Ilsthyre. ¿Me has mandado llamar?

—Oh, dime, ¿cómo está mi querido hermano? ¿Todavía enfadado por su nuevo título? —La voz de Valkan atravesó la neblina de mi mente.

—Parece estar pasándolo mal. —La voz del otro hombre sonaba incómoda, casi con miedo.

—Pues claro que sí. Siempre ha sido muy estúpido. Siempre se ha acobardado por un simple conflicto. Dime, ¿cómo están los sangreputrefactos?

—Son incontrolables. Letales y fuertes. No obstante, no disciernen entre un rival y un amigo, señor. Parecen estar empeorando.

Durante una décima de segundo, pude haber jurado que los ojos de Valkan recayeron sobre mí.

—Tengo una idea, Frederick. —Su voz destilaba un toque burlón—. Un descubrimiento reciente. Me ha hecho sentir curiosidad. —Valkan me deslizó la mano por el brazo—. Trae a uno de ellos. Me pregunto si responderán de manera distinta ante ella. —Encontró mi mano y se la llevó a los labios.

—¿Quieres traer a uno de ellos aquí, señor? —inquirió la voz con un ligero temblor en su tono—. ¿A la ciudad?

—¿Es que no lo he dejado claro? ¿Por qué sigues ahí parado delante de mí? Vete.

—Pero…

Un grito interrumpió los murmullos silenciosos del resto de la habitación. Al principio, creí que tal vez había sido producto de mi imaginación, pero luego hubo más. Cada vez sonaban más alto, más marcados. ¿Habría más víctimas en otras salas? Nadie se prestaría voluntario para esto si supiera el destino que le aguardaba cuando las fuerzas de Valkan comenzaban su tortura.

Sin embargo, no parecía eso. Tanto Valkan como los otros damphyre se habían quedado en silencio de una forma espeluznante y habían girado la cabeza hacia la puerta.

—¿Cómo ha…? —La voz de un hombre sonó más allá de la estancia, seguida de más gritos.

Una profunda vibración empezó a retumbar por el suelo de piedra. El candelabro de cristal sobre nosotros se balanceó. Una de las ventanas se agrietó; una fina línea apareció en el cristal y se extendió como una telaraña.

La presión de la habitación cambió de pronto y se tornó más violenta. Me pitaban los oídos y me zumbaban, como si me

estuvieran arrastrando a las profundidades del océano. Las paredes parecieron gemir bajo una especie de peso invisible.

Un enorme chasquido atravesó el aire: el sonido de la madera y la piedra protestando ante una fuerza imposible. Los postes de la cama se astillaron; los trozos de esculturas ornamentadas cayeron a mi alrededor.

Los damphyre salieron en desbandada de la habitación, pero era demasiado tarde. Sus cuerpos fueron elevados como si unos ganchos invisibles les hubieran dado un tirón; las botas raspaban con desesperación el mármol mientras los elevaban en el aire. Por un terrible momento, se mantuvieron suspendidos con los ojos blanquecinos abiertos como platos con un miedo genuino por primera vez.

La presión en la habitación se volvió muy sofocante mientras los cuerpos de los damphyre pendían muy quietos aun cuando el caos se desataba a su alrededor.

En un instante, sus formas comenzaron a contorsionarse.

El sonido de huesos rompiéndose llenó la habitación mientras se comprimían y se doblaban hacia dentro como un papel aplastado por un puño gigante. La sangre les salió de cada orificio al tiempo que la presión aumentaba. Unos borboteos húmedos interrumpieron sus gritos antes de que sus cuerpos implosionaran por completo y se redujeran a amasijos irreconocibles que cayeron sobre el suelo de mármol.

—Cuidado. —La voz de Valkan se quebró cuando su cuerpo se elevó del suelo—. Mis seguidores destruirán este reino si algo me sucede.

—Pareces creer que me importa. —La voz que se oyó en mitad del caos me era conocida pero extraña, más oscura, más letal de lo que jamás la había oído. Aether emergió de las sombras y casi se me

paró el corazón. Tenía el labio perfecto cortado y unos cardenales morados le aparecieron por el pecho desnudo, zigzagueando entre sus quemaduras del Vacío. Sus sombras palpitaban. El mismísimo aire a su alrededor pareció doblarse y retorcerse.

Curvó los dedos y el brazo derecho de Valkan se quebró hacia atrás con un crujido húmedo. No solo se rompió, sino que se hizo añicos; el hueso se astilló por tantos lugares que le sobresalió por debajo de la piel.

Un grito amenazó con salírseme de la garganta.

El aire me azotó, silbando a través de las ventanas rotas mientras Aether daba otro paso.

—El reino necesita lo que yo ofrezco —jadeó Valkan en medio del dolor; la sangre le goteaba de los labios—. Es el único camino a la salvación.

Aether volvió a retorcer los dedos y el brazo izquierdo de Valkan se quebró. El sonido fue distinto esta vez, más lento, más deliberado, como hielo rompiéndose en un lago helado. Cada crujido resonó por la estancia mientras el hueso se astillaba en trozos más y más pequeños.

—¡Detén esto mientras puedas, idiota! No tienes ni idea de lo que nos augura… —La voz de Valkan era gutural, ahogada por la sangre mientras graznaba. No obstante, Aether se limitó a ladear la cabeza y a estudiar al damphyre. De repente, la pierna derecha de Valkan se retorció hasta que el hueso atravesó la carne. Su grito se volvió un gorjeo mientras Aether lo mantenía suspendido en el aire.

—Espero que tengas unas buenas criadas. —La voz de Aether bajó a un tono peligrosamente grave al tiempo que se fijaba en la sala teñida de rojo.

—Moriréis todos por esto. —El gruñido de Valkan se vio interrumpido por otro grito cuando su pierna izquierda empezó a

astillarse; cada rotura era más insoportable que la anterior. El sonido del hueso triturándose rugía en mis oídos.

La temperatura de la habitación cayó en picado cuando Aether se acercó más.

—Lo que tienen los huesos —dijo con un tono muy calmado— es que se pueden romper en muchos trozos. ¿Los contamos?

Otro giro rápido de sus dedos y las costillas de Valkan comenzaron a crujir una a una, de manera metódica, con cada chasquido retumbando por la habitación. El candelabro se hizo añicos y los cristales cayeron a nuestro alrededor, pero de alguna forma evitaron mi cama por completo.

—¿Merece ella tanto la pena como para iniciar otra guerra? —La voz de Valkan ya era solo un susurro; unos gruñidos de dolor atravesaban sus palabras.

Aether se limitó a bajar la barbilla al mismo tiempo que curvaba los dedos. El cuerpo de Valkan se dobló hacia atrás en un ángulo imposible y un grito desgarrador resonó por la habitación.

Valkan giró la cabeza hacia la izquierda; le salía sangre de la nariz. Sus ojos blanquecinos encontraron los míos una última vez.

—Pedazo de puta desagrade…

El resto de sus palabras desaparecieron en una violenta explosión que se extendió por toda la estancia. Se me liberó la presión de los oídos tan de sopetón que se me volvieron a taponar, y pude escuchar mi propia respiración entrecortada en el silencio repentino.

Observé los restos triturados de Valkan deslizarse por las paredes adornadas y dejar manchas carmesíes por el papel dorado.

Unos pasos se aproximaron a la cama.

Se me encogió el corazón cuando la figura de Aether se acercó a mí con sangre empapándole la piel, goteándole del pelo por el rostro anguloso en riachuelos hasta el pecho marcado. Le ardían los ojos

con tanta intensidad que se le pusieron plateados cuando me recorrió de arriba abajo. Casi pude sentir cómo latía cada herida abierta al tiempo que sus ojos se detenían en ellas y que su cara componía una mueca de disgusto.

Traté de alejarme cuando alzó un brazo para tocarme, pero mi cuerpo aún no me respondía. Se me escapó un gimoteo de la garganta cuando al fin fui capaz de enterrar los dedos en las sábanas. Detuvo la mano a mitad de camino y algo se le cruzó por el rostro.

Este no era el soldado controlado que conocía. Era algo más. Algo que acababa de poner una docena de cuerpos del revés con un mero giro de muñeca. No con sombras, sino por pura voluntad.

—Fia. —Su voz era más suave ahora, aunque le temblaba. Se movió despacio; cada gesto vacilaba cuando levantaba el brazo para volver a tocarme—. No te voy a hacer daño.

Deslizó los brazos por debajo de mí. A pesar de mis sentidos apagados, pude haber jurado que la energía lo invadía, como si una tormenta que se avecinase me estuviera alzando, llevándome a través de los truenos. Me apretó contra su pecho y capté el aroma a lluvia bajo el intenso olor metálico de la sangre.

—Te voy a sacar de aquí.

El mundo se sumió en la oscuridad cuando al fin la consciencia, apiadándose de mí, se desvaneció.

CAPÍTULO 37

La luz se proyectaba más allá de mis párpados. Fue lo primero de lo que me percaté. Lo segundo fue la suavidad que había debajo de mí, desconocida pero agradable. No se trataba de mi cama en la torre ni de la del alojamiento de la Umbra. Abrí los ojos de golpe cuando el terror me formó un nudo en la garganta.

Un trozo de cristal colgaba de una cuerda cerca de mí, provocando que una serie de patrones de rayos tenues bailaran sobre unos troncos tallados con tosquedad, alumbrando un cuarto pequeño con vigas de madera a la vista en el techo. Había una chimenea de piedra construida en una de las paredes; su calor todavía irradiaba de las ascuas que se apagaban. Paseé los ojos por el lugar y me fijé en una mesita junto a la cama.

Allí había varios ungüentos y vendas; su aroma herbal se mezclaba con el del jabón y el humo de leña. Todo el lugar parecía habitado pero austero; el refugio de un cazador, tal vez.

A través de una única ventana, atisbé unas ramas meciéndose con la brisa suave; sus hojas eran de ese extraño y apagado color que tenía pinta de definirlo todo en este reino. El aislamiento del sitio me impactó; no había otros edificios a la vista, solo la naturaleza muerta extendiéndose hacia el horizonte gris.

Llevaba puesta una camisa blanca muy grande que no era mía.

El corazón aún me iba a mil mientras intentaba ubicar dónde me encontraba, quién habría…

El sonido del batir de las alas de los vördr contra el viento me llegó desde fuera, seguido de su distintivo relincho, y empecé a comprenderlo.

—Te has despertado. —Me llegó la voz de Aether desde la puerta.

Se me relajó el cuerpo de alivio solo por un instante antes de que me sobrevinieran unos recuerdos: unos labios fríos contra mi piel, el interminable tirón de ellos alimentándose, los ojos apagados de Valkan mientras él…

Me estremecí de manera involuntaria. Aether dio medio paso adelante antes de detenerse, con la inseguridad pintada en la cara al darse cuenta de mi reacción. Subí poco a poco la mirada y lo vi alzarse imponente, casi tocando el techo, con los brazos cruzados con firmeza. Su rostro había recuperado su perfección angulosa sin ningún rastro del labio partido ni de los moretones que había visto en Draxon.

—¿Cuánto tiempo? —Las palabras me arañaron la garganta, áspera por el poco uso.

Él me tendió su cantimplora.

—Bebe primero.

La vista de aquello me heló las venas. Sacudí la cabeza con brusquedad, acordándome del líquido metálico inundándome la boca. Acordándome de la mano de Valkan rodeándome el cuello. De cómo me había estampado la espalda contra la mesa de madera.

Él soltó un suave suspiro mientras se acomodaba en una silla al otro lado de la habitación. Clavó los ojos más allá de mi hombro, evitando a propósito el contacto directo.

—Dos días —respondió al final.

—¿Dos días? —El pánico me atravesó mientras bajaba las piernas al suelo—. Los demás… ya habrán vuelto de la brecha…

—No. —Su voz no transmitía ninguna fuerza real—. Lo hecho, hecho está. Urkin sabe que nos fuimos. Unas pocas horas más no cambiarán nada ahora.

Desvié la vista a mis brazos, dándome cuenta de las vendas que me rodeaban las muñecas y los antebrazos, extendiéndoseme por la piel en parches de blanco intenso. El horror me embargó a medida que recordé cada corte, cada hoja deslizándose sobre mí. La forma en la que sus labios se habían presionado contra mi piel, chupándome. Retorcí la sábana con los dedos.

Cuando al fin alcé los ojos, la postura de Aether era rígida, preocupada. Seguía mirando más allá de mí con la mandíbula apretada con fuerza.

—¿Dónde estamos? —pregunté en voz baja.

—En una cabaña a media hora más o menos de Ravenfell.

—¿De quién es? —Paseé la mirada de nuevo por el lugar.

—Mía. La construí hace unos años —contestó sin más—. En teoría, nadie la conoce. Aunque supongo que Rethlyn ahora sí.

—¿Por qué no me llevaste de vuelta a la ciudad y ya?

Él se detuvo; las quemaduras del Vacío se le oscurecieron cada vez más.

—No quería que te sintieras abrumada cuando te despertaras.

Asentí con un nudo en el pecho.

—Draxon tomará represalias —respondí en voz baja.

—Lo sé. —Sus ojos trazaron unos patrones sobre el suelo antes de alzarlos despacio hacia las vigas de madera.

—¿Qué vamos a hacer?

—No lo sé.

Mantuvo la vista en la pared que había a mis espaldas con el ceño fruncido. Y no dijo nada más.

La frustración se apoderó de mí.

—¿Por qué no me miras?

Sacudió la cabeza un poco y finalmente clavó los ojos en los míos antes de bajarlos a mis brazos vendados. La expresión que había en ellos era de dolor, de aflicción. Acabó meneando la cabeza, y la oscuridad se le derramó de las quemaduras del Vacío.

—Lo que te hicieron… —Su voz era forzada, como si luchara por contener algo volátil—. No conseguí llegar lo bastante rápido.

—Deberías haber regresado a Ravenfell.

Sus ojos reflejaron tensión.

—¿Y abandonarte? ¿Con esos monstruos? —Casi se levantó de un salto de la silla; la ira le relucía en el semblante.

—Es mejor que empezar lo que sea que vaya a suceder ahora. La Umbra no puede librar dos guerras a la vez. —Bajé la vista a mis manos—. Habría encontrado una manera de escapar con el tiempo… —Ni yo misma me lo creía.

—Ya nos las arreglaremos —replicó Aether, inhalando con fuerza de nuevo.

—¿Qué pensará el Consejo? —pregunté con un nudo en la garganta.

—Draxon necesitará tiempo para elaborar sus planes —contestó—. No van a atacar de inmediato. Y Valkan ya había perdido la mayoría del apoyo.

—Pero lo que hicimos —susurré— provocará una guerra.

—Lo haría de nuevo —dijo Aether con voz grave, y volví a cruzar la mirada con la suya. Mi cara bien podría haber sido un hierro candente cuando me miró de ese modo, oscuro y desesperado. Anhelante. Se me entrecortó la respiración.

—Vendrán a por todos nosotros.

—Sí. En algún momento.

Se produjo otro silencio cargado por el peso de lo que habíamos comenzado. De lo que ya no podíamos dar marcha atrás.

—¿Cómo escapaste de ellos si los vördr se habían ido? —La cuestión había estado rondándome la cabeza.

Apretó un poco la mandíbula.

—Unos veinte me rodearon en ese claro cuando regresé. Les dije a Tryggar y a Nihr que se marcharan; no quería que esos hombres intentaran hacerles daño. —Una sombra le cruzó el rostro—. Me imaginé que a ti ya te habían cogido, porque no estabas ni se veía a Valkan por ninguna parte.

—¿Dejaste que te capturaran? —Me salió la voz con una conmoción contenida.

—Parecía la forma más rápida de dar contigo. —Su voz era muy débil—. Aunque no conté con que me obligarían a tomarme ese tónico para dormir.

Se me revolvió el estómago ante el recuerdo del líquido metálico.

—¿Cuánto tiempo estuviste inconsciente?

—Es difícil de decir. Me desperté en las mazmorras. —Tenía los ojos clavados en algún punto distante al otro lado de la ventana—. Encontré el modo de escapar. —Se aclaró la garganta y ladeó la cabeza como si procesara algo. Era evidente que no quería hablar de lo que hubiera tenido que hacer para huir de aquella celda.

—Te torturaron —señalé en voz baja, fijándome en que le habían desaparecido del cuello las zonas moradas.

—Yo no lo llamaría así. —Hizo un amago de sonrisa con los labios —. En cuanto se desvaneció el efecto de las drogas, se vieron con los hierros de marcar ensartados en la garganta.

El fuego me recorrió, seguido de una oleada de ira que me pilló desprevenida. Mis sombras respondieron al instante, pulsando hacia fuera mientras se me iba oscureciendo la visión.

—Ten cuidado —sugirió Aether, pero había algo parecido al asombro conforme observaba mis sombras enroscarse en el aire—. Conserva tus energías.

—Te hicieron daño. —Las palabras salieron como acero.

—Ya están muertos —respondió sin más, aunque sus ojos se volvieron cortantes otra vez—. Todos.

Obligué a mis sombras a retroceder, tratando de comprender por qué su dolor me afectaba de manera tan visceral. Por qué la idea de ellos haciéndole daño mientras se encontraba indefenso hacía que quisiera volver a destrozar el castillo.

—¿Qué les hiciste exactamente? —La pregunta me había estado reconcomiendo desde que me desperté. Incluso a través de la neblina de lo que había sucedido, el recuerdo era tan vívido que me provocó un nudo de miedo en el estómago. El modo en el que se había quebrado el mismísimo aire, el modo en el que se habían retorcido sus cuerpos y se habían roto sin que les hubiera puesto la mano encima.

A Aether se le tensaron los ojos, pero no se giró para mirarme.

—¿Qué importa?

—Los destrozaste por dentro. —Las palabras me salieron con suavidad—. Ni siquiera sabía que eso fuera posible.

Apretó la mandíbula.

—Te estás preguntando por qué no lo he utilizado nunca. —No era una pregunta—. En Sídhe.

—Se me ha pasado por la cabeza.

Se removió en la silla, y, por un segundo, creí que no iba a responder. Cuando al fin habló, su voz sonó tensa:

—Lo que hice… no es algo que pueda controlar. No realmente. —Curvó un poco los dedos sobre el reposabrazos—. Una vez que empiezo a usarlo de esa manera, es difícil parar. Y, pese a lo que pienses de mí, no quiero matar a cientos de personas en un abrir y cerrar de ojos.

Observé su perfil, notando lo rígido que se había puesto. Como si contuviera algo que ansiaba ser liberado.

—Pero lo usaste. Por mí.

—Lo que hice en esa sala… —apartó la vista de nuevo, aunque no antes de que atisbara algo oscuro en su cara— no fue una decisión táctica. No fue estratégico.

—Entonces ¿qué fue?

Se detuvo.

—Al ver lo que estaban haciendo… —se calló y tuvo que inhalar antes de proseguir—, perdí el control. Del todo. Y es justo por eso por lo que jamás me permito utilizarlo. No así.

Recordé la calma de su voz cuando los destrozó, cómo las propias rocas del castillo habían crujido bajo la fuerza de su ira. Debería haberme dado miedo, pero no lo hizo.

—Tenemos que regresar a Ravenfell —contesté al fin.

—Tienes que descansar.

Le lancé una mirada molesta.

—No hay tiempo para eso.

—Habrá que enfrentarse a Urkin cuando regresemos. Estará furioso. —Su voz tenía un deje de preocupación—. No tengo ni idea de lo que hará tras nuestra incursión. Debes recobrar las fuerzas.

—Tenemos que contarle lo que hemos descubierto del sifón. Del rey de Sídhe —siseé.

—Ya te lo he dicho: no nos va a creer sin pruebas.

El silencio que siguió se sintió cargado. Me acaricié una de las vendas del brazo mientras recordaba.

—Valkan mencionó algo. Cuando estaba… —Fui incapaz de terminar la frase.

A Aether se le puso la mandíbula rígida y los nudillos blancos, pero permaneció callado.

—Dijo que ojalá pudiera abrirme y derramar mi sangre por la tierra. Que quizá eso restauraría la esencia. —Respiré hondo—. No se me había ocurrido algo así.

Clavó los ojos en mí.

—¿Qué tratas de decir?

—Talon insinuó que yo creaba la esencia en mi interior. Solo me preguntaba… —Sacudí la cabeza, reuniendo el valor—. ¿Y si pudiera transferir mi esencia a la tierra? ¿Y si pudiera imbuir arcanita? —Lo miré de reojo.

—No tenemos arcanita.

—¿Y si pudiéramos conseguirla?

—¿Cómo?

—En Riftdremar.

Aether se inclinó hacia delante, apoyando los codos sobre las rodillas.

—Lo destruyeron, Fia. Lo sabes.

—Pero no sabemos si acabaron con todas las reservas de arcanita. Fue hace más de veinte años. Hasta donde sabemos, cogieron lo que necesitaban y dejaron el resto.

Se reclinó, sumido en sus pensamientos con la mirada perdida.

—¿Quieres ir a Riftdremar por otro impulso?

—Llevaba razón en lo del sifón. —Lo miré a los ojos—. ¿No puedes intentar empezar a confiar en mí?

Me evaluó durante unos instantes.

—Sé que no es una prueba —repliqué a su silencio—. O la prueba que hará que Urkin nos crea con lo del sifón. Pero podría concedernos tiempo. Si somos capaces de comenzar a alimentar la tierra de nuevo con esencia, aunque sea en pequeñas cantidades, ¿no valdría la pena?

Aether suspiró y se pasó una mano por el cabello oscuro.

—¿Seguro que quieres hacer esto?

—El tiempo es nuestro principal enemigo ahora mismo. Abordemos primero esa batalla.

—El tiempo. —Asintió con la cara ilegible.

—Volvamos a la ciudad. —Me levanté, pero, en el segundo en el que eché el peso sobre el tobillo izquierdo, el dolor me atravesó la pierna en el lugar en el que quedaba un corte profundo. Me tambaleé; la habitación se inclinó peligrosamente.

Aether estuvo allí en un instante estabilizándome con los brazos. Sin embargo, incluso después de recuperar el equilibrio, no me soltó.

—Lo siento —dijo por fin; su aliento cálido contra mi oído.

—No es tu culpa —susurré mientras las lágrimas me escocían en los ojos.

Permanecimos así, sin apartarnos ninguno de los dos, y me di cuenta de que era la primera vez desde que había llegado a este reino que me sentía segura de verdad. La primera vez que la opresión constante del pecho se había aligerado, aunque fuera un poquito. No supe cuánto tiempo nos quedamos allí, pero sí que algo había cambiado entre nosotros, algo que no sabría cómo denominar.

CAPÍTULO 38

Nuestras botas golpeaban el camino de piedra a medida que abandonábamos los establos. Vexa apareció por una puerta lateral, pero no parecía ella misma. Tenía los ojos violetas vidriosos por no haber pegado ojo y le faltaban varios piercings que por lo general adornaban sus rasgos, algo que jamás había visto en ella antes, incluso cuando más informal había vestido.

—¿Dónde os habíais metido vosotros dos? —La voz le salió ronca, como si hubiera estado gritando—. Urkin está furioso.

—Bueno, pues va a ponerse aún más furioso en cuanto hablemos con él. —Aether ya estaba dirigiéndose a la ciudadela.

—No podéis ahora mismo; lo han llamado para una reunión del Consejo en Stravene. Se marchó hace una hora. —Las palabras le salieron atropelladas mientras intentaba alcanzarlo.

Aether se detuvo y compartimos una mirada cómplice mientras se me encogía el estómago. El Consejo ya lo sabía. Mierda. Aether caminó con pesar hacia nosotras otra vez y me percaté de cómo se colocó más cerca que antes, con su antebrazo tenso rozándome.

Vexa nos miró a uno y a otro con ojos cansados.

—¿Ha ocurrido algo? ¿En Draxon? —Bajó la voz—. Habéis estado fuera más tiempo del que acordamos. Y, Aether, nos podrías haber dicho que ibas con ella.

Me tiré de la manga, tratando de ocultar las vendas que me envolvían el brazo, muy consciente de pronto de lo expuesta que me sentía.

—Hubo, eh…, complicaciones.

Se fijó en el movimiento y después miró a Aether. La comprensión se le reflejó en el rostro, seguida de inmediato por la ira.

—¿Qué hizo? —Las palabras salieron como un gruñido; había cerrado las manos en puños.

Abrí la boca, pero ¿cómo podía siquiera empezar a explicárselo? Cómo se alimentaron de mí, la oscuridad, la forma en la que Aether los había destrozado. El caos político que acabábamos de desatar.

—No podemos hablarlo aquí —espetó Aether, sin dejar lugar a discusiones—. Luego.

Vexa tamborileó los dedos contra el cinturón de armas y asintió, aunque la ira no abandonó sus ojos.

—¿Qué pasó en la brecha? —pregunté, desesperada por cambiar de tema.

La expresión cambió de furia a algo que hizo que se me formara un nudo en el estómago.

—Esa es otra. —Le dedicó a Aether una mirada adolorida antes de encaminarse hacia el ala médica arrastrando los pies por el camino —. Venid conmigo.

La puerta de la enfermería se abrió con un chirrido y reveló dos camas ocupadas. Effie y Theron se encontraban recostados contra unas almohadas con los rostros macilentos y pálidos. Corrí hacia ellos; las preguntas me salieron de manera atropellada antes de que pudiera organizar mis pensamientos.

—Estamos bien —consiguió responder Effie, pero dirigió la vista más allá de mí e intercambió una mirada con alguien que no pude

ver.

Me di la vuelta y me encontré a Mira y a Rethlyn sentados en un rincón cerca de la entrada; ambos parecían haber atravesado algo inimaginable. Rethlyn me sostuvo la mirada y me dedicó un ligero asentimiento, pero su expresión hizo que se me formara un nudo en el estómago.

Recorrí la habitación con los ojos otra vez, contando las caras, y al comprenderlo fue como si me hubieran dado un puñetazo.

La forma oscura de Aether atravesó la habitación hasta el fondo. Lo seguí sin pensar; mis pies me llevaban a pesar del miedo que se me acumulaba en el pecho. Agarró una cortina y tiró de ella con la fuerza suficiente como para que la barra de arriba hiciera ruido.

Una figura desgarbada se encontraba bocabajo en la cama con una sábana blanca envuelta en la mitad inferior del cuerpo.

«Lael».

Aether se arrodilló junto a la cama con los hombros tensos mientras examinaba al chico. La piel de la espalda de Lael estaba en carne viva y ennegrecida, abierta en lugares donde algo le había desgarrado. En algunas zonas habían empezado a formarse ampollas y supuraban, mientras que otras permanecían ennegrecidas y tensas. El daño continuaba por sus brazos, que desaparecían bajo la sábana.

Se puso de pie de un salto y caminó hacia el centro de la habitación.

—¿Qué ha ocurrido?

Oí cómo se removían mientras pasaban unos segundos.

—Fue como si nos hubieran estado esperando —dijo la voz de Rethlyn al fin desde atrás.

—Nos atacaron al instante, más rápido de lo que ninguno pudo pensar siquiera —masculló Vexa—. Y esta vez fue distinto. No

respondieron a las sombras de la misma manera. Como si el que le quitaran el aliento ya no fuera disuasorio.

Sus palabras se me clavaron como espadas. A eso se había referido Laryk cuando dijo que la Guardia tenía una nueva estrategia. Me agarré a la barandilla junto a Lael para recuperar el equilibrio.

—Los tónicos para respirar —susurré cuando me volví a girar hacia la habitación.

—¿Qué? —preguntó Vexa mientras todos los ojos recaían sobre mí.

—Algo que Sídhe estaba desarrollando. —Tragué saliva con fuerza; quería dejar a Ma fuera de la ecuación—. Así fui capaz de escaparme de vuestras garras en el prado de Emeraal.

Todo el mundo se quedó mirándome en silencio. Todos, salvo Aether, que seguía dándome la espalda mientras los hombros se le alzaban y bajaban de forma agitada.

—Supongo que han conseguido producirlos en masa —dije otra vez, dirigiendo la vista al suelo al tiempo que la culpa se me acumulaba en el pecho. Me retiré unos cuantos pasos.

—¿Qué hacen esos tónicos? —preguntó Effie; su voz había bajado unas cuantas octavas.

—Permiten que alguien no tenga la necesidad de respirar durante un periodo de tiempo mucho más largo.

El grupo lo comprendió. Nadie se movió, y Aether siguió sin girarse hacia mí.

—Gracias por contárnoslo —dijo al fin con una voz tan baja que casi no lo oí.

Lael soltó un gorjeo y corrí a su lado; Aether me siguió de cerca. No obstante, permanecía igual: el pecho le subía y bajaba con

lentitud y tenía una expresión de paz en el rostro, que no había sufrido daños.

—Los médicos no saben por qué no ha despertado todavía —dijo Effie con la voz quebrada.

—¿Qué hacemos? —Las palabras de Aether destilaban algo oscuro.

Casi pude sentir la desesperación agitarse en el aire, reflejando el temor vacío que ahora me llenaba las venas. Sin embargo, nadie contestó durante un largo instante.

—No lo sé —respondió Vexa con gran agotamiento.

—Las cicatrices… —Mira se calló—. Los médicos no son lo bastante fuertes para eliminarlas. Ese tipo de quemaduras…

—¿Quemaduras? —Me sujeté a la estructura de la cama para erguirme y me giré hacia la habitación.

Los otros se habían juntado más. Effie estaba encaramada en el filo de la cama mientras Theron se agarraba la cabeza con las manos. Mira permaneció en su silla y Rethlyn, de pie; no obstante, Vexa los separó de Aether y no dejó de tocar con ansiedad su cinturón de armas.

—Nos atacaron con todo —espetó Rethlyn, alzando las manos en señal de sumisión—. Pero lo primero que vimos fue el fuego.

El nombre se me vino a la mente antes de poder detenerlo:

«Baelor Soleil».

Un dominador del fuego. Y un pedazo de cabrón.

—Lael perdió el control de su forma umbría —dijo Effie con la voz entrecortada—. Se giró para huir, para volver a la brecha.

Había seguido las instrucciones de Aether. Se me nublaron los ojos y traté de contener las lágrimas pestañeando, pero fue inútil, ya me corrían por la cara. Me di la vuelta para observar a Lael mientras un

sollozo amenazaba con salírseme del pecho. Si hubiéramos estado allí…

—Lo sacamos y volvimos a toda prisa. —A Vexa se le quebró la voz—. Aquello fue inútil y temerario. No conseguimos ninguna de la información que nos mandaron recopilar. Nunca debimos haber ido. Urkin no debería haber dado esa orden.

—Tendremos una reunión de emergencia. Mañana a primera hora. —Aether pasó junto a todos ellos y la puerta se cerró a sus espaldas con tanta fuerza que el cristal se agitó. Se hizo el silencio mientras unas cuantas personas corrían tras él. No estaba segura de quién permanecía aún en la habitación, si es que había alguien. No podía oír nada aparte del sonido constante de la respiración de Lael.

Acerqué una silla a su cama unos momentos después. Cuando alargué la mano para pasársela por el cabello negro, agarré algo con los dedos. Una hoja de un verde intenso contra la almohada blanca.

Le examiné el pelo, los hombros y el cuello, y miré debajo de su barbilla y encontré más hojas pegadas debajo de él.

Fue entonces cuando le noté las marcas del cuello, como si algo lo hubiera envuelto. Marcas de ligaduras, escondidas a medias por las quemaduras, pero lo bastante claras en la piel indemne. Lo habían estrangulado.

Volví a bajar la vista hacia la hoja y me quedé paralizada.

Briar.

Arrugué la hoja con el puño cuando lo entendí todo de golpe. Mis amigos habían formado parte de esto. Y Baelor Soleil había vuelto al equipo V.

El sueño no solo era esquivo, sino imposible. Cada vez que cerraba los ojos, la mirada blanquecina de Valkan estaba ahí, viendo cómo sangraba. Se me erizó la piel por las sensaciones fantasmas: el

acero clavándoseme en la carne, la sangre corriéndome por los brazos, ese goteo nauseabundo sobre el suelo de piedra mientras unas bocas hambrientas me chupaban la sangre. Me paseé por la habitación como un animal enjaulado, pero los recuerdos continuaron. No se me quitaban de la cabeza.

«Aether».

El pensamiento me golpeó como un látigo y me detuvo a mitad de un paso. Su habitación no estaba lejos, solo unas cuantas plantas arriba. No obstante, la mera idea de aparecer en su puerta, de admitir que no podía manejar esto yo sola… Se me contrajo el pecho y la vergüenza me ardió bajo la piel.

Antes, se había quedado desolado tras lo que vimos en la enfermería. ¿Y si necesitaba estar solo? Aquello sería justo. No es que me debiera nada. Y, lo que era aún peor, ¿y si me echaba la culpa de lo que le había ocurrido a Lael por hacerle abandonar la misión y acompañarme? Si no fuera por mí, él habría estado allí, y nada de eso habría ocurrido. Lael no habría salido herido. Me mordí el labio y dirigí la vista al suelo de piedra bajo mis pies.

Se me nubló la visión y cerré los ojos de golpe. No. No iba a llorar.

Una hoja me rozó la clavícula, afilada y fría. Me retiré y me choqué contra la pared al tiempo que me llevaba las manos a la garganta. El olor metálico de la sangre me llenó la nariz, pero, cuando aparté los dedos, estaban limpios. El corazón me martilleaba contra las costillas al tiempo que me miraba las manos temblorosas. «No es real, no es real, no es real».

«No puedo. No puedo hacer esto».

Los pasillos se encontraban en silencio, salvo por mis pies descalzos contra la piedra. Cada paso hacia su dormitorio era como admitir la derrota, y casi me volví dos veces. El corazón no se me

ralentizaba, no me dejaba respirar en condiciones, pero prefería morir a dejar que alguien me viera así. Alguien salvo…

Cuando llegué a su puerta, me quedé allí parada como una idiota con la mano alzada para llamar. «Esto es ridículo. Eres ridícula». Sin embargo, antes de que pudiera retirarme, la puerta se abrió de par en par.

Aether llenó la entrada y, durante unos instantes, los pensamientos atropellados se detuvieron. Se le veía distinto sin el uniforme de la Umbra, solo con un pijama negro simple y el pelo retirado de la cara. Se le agrandaron los ojos un poco cuando me sostuvo la mirada, y vi el momento justo en el que la preocupación reemplazó a la sorpresa.

—Yo… —Me salió la voz pequeña y temblorosa, y lo odié. Odié el que no me pararan de temblar las manos, el que las paredes parecieran estar estrechándose. Traté de decir algo ingenioso, algo que demostrara que no me estaba desmoronando, y casi abrí la boca para intentarlo, pero no me salieron las palabras.

—Entra —susurró, como si entendiera todo lo que yo no era capaz de decir.

Unas cortinas negras tupidas bloqueaban el crepúsculo eterno y envolvían todo en una oscuridad que debería haber sido sofocante, pero que, de algún modo, no lo era.

Toda la estancia olía a él, a lluvia y a humo, con toques de aceite para armas. Algo se me aflojó en el pecho un poco por el aroma familiar. Me abracé, intentando detener el temblor que no se me quitaba.

—Lo… —empecé a decir, pero luego me detuve—. Lo siento —solté al fin.

—¿Por qué estás aquí, Fia? —Su tono era tranquilo; no obstante, había algo más en él. Preocupación, quizá. O entendimiento.

La pregunta me golpeó más fuerte de lo que esperaba. Me quedé observando las armas de la pared, incapaz de mirar aquellos ojos dorados.

—No puedo dormir. —La voz me salió más débil de lo que pretendía—. No quería molestarte, con lo de Lael y todo, pero…

No pude terminar. No pude admitir que cada vez que cerraba los ojos volvía a estar ahí. En Draxon. Que me había pasado horas tratando de convencerme a mí misma de que mi comportamiento era ridículo, que era más fuerte que esto. Que solo había venido cuando la alternativa se había vuelto insufrible.

Algo cambió en su expresión. No se acercó, no me ofreció consuelo vacío. Solo asintió.

—Dormiré en el suelo —me apresuré a añadir—. Es que… no puedo estar sola ahora mismo.

—No vas a dormir en el suelo. Quédate la cama —me ofreció, acercándose a un sofá de cuero desgastado que había en una esquina de la habitación—. Yo dormiré aquí.

Observé cómo agarraba una almohada de la cama; su enorme cuerpo hacía que los muebles parecieran imposiblemente pequeños.

—Ese sofá apenas es lo bastante largo para mí, mucho menos para ti.

Se sentó de todos modos; el cuero crujió bajo su peso cuando estiró las piernas mucho más allá del reposabrazos.

—Esto es ridículo. —Me acerqué de brazos cruzados—. Tu cama es enorme. Podemos compartirla.

Se quedó paralizado, y pude ver la vacilación en su postura.

—No quiero hacerte sentir incómoda —respondió en voz baja.

—¿Más incómoda que si te veo intentando encogerte en esa cosa? —Sacudí la cabeza—. Venga.

Se acercó a la cama despacio, como si no estuviera seguro. Yo me metí bajo las sábanas en el extremo opuesto, tratando de hacerle la decisión más fácil a él. Las sábanas eran suaves y tenían el mismo aroma que parecía seguirlo a todos lados.

Tras lo que pareció una eternidad, el colchón se hundió bajo su peso. Se quedó en el filo, manteniendo las distancias. El silencio se sentía denso.

—¿Sabes algo de Lael? —pregunté en la oscuridad.

El suspiro de Aether fue profundo.

—No ha habido cambios. Los médicos están haciendo todo lo que pueden, pero… —Se calló—. Debería haber estado ahí. Para ambos.

—No puedes estar en todos lados.

—Mañana todo cambiará. —Le costó pronunciar las palabras, como si le dolieran—. Urkin no puede seguir tomando estas decisiones.

Comprendí la frustración de su voz. La jerarquía estricta de la Umbra casi había hecho que nos asesinaran a Lael y a mí. No obstante, no sabía qué responder, así que permanecí callada.

Me estaba quedando dormida cuando las imágenes se me vinieron encima de golpe; no solo de Valkan esta vez, sino de todo. De las quemaduras de la piel de Lael. De la sangre en el suelo. De esa puñetera sonrisa con demasiados dientes. Se me tensó el cuerpo y el corazón se me aceleró cuando traté de acordarme de dónde estaba. Los pulmones no me funcionaban.

—¿Fia? —La voz de Aether se abrió camino en medio del pánico.

Conseguí tomar aire, temblorosa.

—Estoy bien. —La mentira fue automática.

El colchón se sacudió cuando él se sentó. Por un instante, ninguno de los dos se movió. Entonces, poco a poco, con delicadeza, como si

tuviera miedo de que yo echara a correr, me puso una mano en el hombro.

—No lo estás. —Su voz era un susurro en la oscuridad. Entonces, me rodeó la cintura con un brazo y me atrajo contra su pecho. Debería haberme resistido, debería haber mantenido alguna apariencia de dignidad, pero su calidez sólida echó abajo la última de mis defensas.

«Esprithe». Qué bien sentaba. Era peligroso dejarme necesitarlo. Sin embargo, a medida que sus latidos tronaban contra mi espalda, no pudieron importarme menos las consecuencias. Por primera vez desde lo de Valkan, desde todo, la oscuridad no parecía estar intentando tragarme entera.

Nos quedamos tumbados así durante un rato; su respiración poco a poco se fue estabilizando. Creí que se había quedado dormido cuando su murmullo rompió el silencio.

—Necesito disculparme por algo.

Me removí un poco, confusa.

—¿Por qué?

—Por la torre. —Hubo una larga pausa—. Por esas primeras semanas. Por haberte mantenido encerrada así.

Me dio un vuelco el corazón. De todas las cosas que esperaba que me dijera, aquella no era una de ellas.

—Estabas asustada. Sola en un reino desconocido con gente que te había secuestrado. Y yo… te dejé ahí sin más. —Me agarró un poco más fuerte—. Aquello fue cruel. Y lo siento mucho.

Una parte de mí quiso decirle que no pasaba nada, que lo entendía. Sin embargo, aquello habría sido una mentira, y ya había habido bastantes entre nosotros.

—Fue cruel —coincidí en voz baja—. Creí que iba a perder la cabeza ahí dentro. Cada día que pasaba parecía una semana, y no

tenía ni idea de si me ibais a dejar salir o si solo iba a ser… eso. Mi nueva realidad.

—Lo sé. —Se le quebró la voz un poco—. Te vi aquel primer día en el patio después de que Vexa por fin me convenciera para dejarte tomar el aire. La forma en la que mirabas el cielo, el espacio abierto…, como si te hubieras estado ahogando y al fin pudieras respirar. —Se detuvo—. Me duele saber que te hice eso.

—Estabas lidiando con un reino que se desmoronaba —dije, aunque no lo excusé por completo—. Pero, sí, fue horrible.

—Me equivoqué. —Ahora hablaba con más firmeza, como si necesitara que yo lo oyera—. No te lo merecías. Y lo siento mucho, Fia. De verdad.

Me giré en sus brazos hasta que le pude ver la cara en la oscuridad. Tenía los ojos cargados de arrepentimiento.

—Gracias —respondí en voz baja—. Por decir eso. Por… verlo.

—Debí verlo entonces.

—Pero lo has hecho ahora. —Estiré la mano y casi le acaricié la barbilla antes de retirarla, pensándomelo mejor.

—No pondré excusas —soltó tras un instante—. Pero necesito que sepas que, si pudiera volver atrás y hacerlo de otro modo, lo haría. Sin dudarlo.

—Te creo.

Y lo hacía. El Aether que me mantuvo encerrada era el mismo que había echado abajo un castillo para liberarme de las garras de Valkan.

—Por si te sirve de algo —murmuré, ya sintiendo cómo me quedaba dormida—, no sé si yo hubiera sobrevivido todas esas semanas sin enfadarme contigo. La ira me mantuvo espabilada.

—Menudo consuelo.

—Es lo único que puedo decirte.

Sentí cómo una risa silenciosa le retumbaba en el pecho.

—Lo acepto.

Y entonces el sueño me sobrevino con facilidad, envuelta en sus brazos, rodeada de su aroma.

Y soñé con las mellizas otra vez.

Estaba en un jardín con las manos pegajosas por cortar enredaderas gruesas y oscuras que parecían soltar una sustancia negra en el cubo a mis pies. El sonido de unos pasos corriendo me hizo alzar la vista cuando dos mujeres salieron de una arcada, las mellizas, aunque habían pasado años desde la escena del patio.

Una llevaba un vestido violeta y una tiara delicada sobre el cabello oscuro; se le notaba la barriga de embarazada bajo la fina tela. Una alianza dorada le brillaba en el dedo cuando gesticulaba mucho. La otra llevaba ropa de jardinería simple y tenía las rodillas manchadas de tierra.

—¡Déjame en paz! —espetó la de la tiara mientras se giraba para encarar a su hermana. Le corrían lágrimas por el rostro, arruinándole el maquillaje alrededor de los ojos.

—Por favor, déjame que te explique… —La otra mujer la agarró del brazo, pero ella se apartó.

—¿Que me expliques qué? ¿Que siempre has estado enamorada de él? —Sus palabras retumbaron por el prado—. ¿Que, mientras yo estaba preparando nuestra boda, tú estabas…? —Se atragantó con las palabras.

—Yo siempre he deseado lo mejor para ti —suplicó la mujer—. Todo lo que he hecho…

—¡No! ¡Yo siempre te he protegido, he estado ahí para ti en todo momento! —La hermana se llevó las manos al vientre de manera

protectora—. Siempre has estado celosa de mí. Desde que el Vacío te rechazó…

—¡Esto no es por el Vacío! Es por padre, por cómo siempre nos enfrentó a la una contra la otra. ¿No ves lo que nos ha hecho?

—¿Lo que nos ha hecho? —La hermana noble soltó una risa amarga—. Me hizo más fuerte. Me dio todo mientras que tú… tú elegiste consumirte en estos jardines y fingir ser alguien que no eres.

—¡No tuve otra opción!

Se hizo el silencio entre ellas.

—Lord Skaldvindr me eligió a mí —dijo la del vestido al fin, a pesar de que le temblaba la voz—. Recuérdalo.

—No lo hizo.

Se acercó unos cuantos pasos a su hermana, pero la mujer se giró y echó a correr por el prado; sus faldas ondeaban tras ella y el anillo dorado reflejaba la luz del sol a medida que se marchaba. Luego, la hermana que quedó permaneció allí parada sola, quieta, viéndola marchar. Poco a poco, volvió andando a donde me encontraba yo entre las enredaderas sangrantes y se sentó en el suelo a mi lado. Le temblaron los hombros cuando enterró la cara en las manos.

Sentí cómo mis manos se movieron para consolarla, y ella se recostó sobre mi regazo con el cuerpo convulsionándole por los sollozos.

CAPÍTULO 39

—Valkan está muerto.

Las palabras de Aether cayeron en la abarrotada sala de reuniones. Vi cómo las emociones se extendían por cada rostro: la inhalación brusca de Vexa, los dedos de Effie quedándose quietos sobre su manga, la rigidez de los hombros de Rethlyn.

—¿Cómo? —preguntó Vexa al final.

—Lo he matado yo. —El tono de Aether era plano, objetivo—. Junto a una docena de sus damphyre.

—¿Que has hecho qué? —Effie se levantó de la silla—. ¿Es que has perdido el juicio?

—La única región fértil que nos queda —dijo Theron en tono áspero desde su rincón—, ¿y vas y asesinas a su lord?

—Debe de haber habido un motivo —replicó Rethlyn, inseguro.

—Por supuesto que había un motivo —espetó Vexa.

—¿Tienes idea de lo que has hecho? —intervino Mira—. ¿Del caos político que causará eso? El Consejo pedirá…

—Me da igual lo que pida el Consejo. —Algo en la voz de Aether hizo que todos se callaran.

—Pues explícanoslo —repuso Raven en voz baja—. ¿Por qué?

Aether apretó la mandíbula, y, por un instante, creí que no iba a responder. Después, me miró a los ojos mientras algo oscuro y

violento le cruzaba la cara. Los demás siguieron su trayectoria, y, de repente, sentí el peso de cada mirada de la habitación.

Effie fue la primera en fijarse en la venda que me asomaba por encima del cuello de la ropa. Abrió los ojos de par en par y, acto seguido, los entornó hasta que fueron unas rendijas.

—No.

Intenté alejarme de su escrutinio, pero era demasiado tarde. La comprensión se propagó por todas las caras, seguida de inmediato por el horror y luego por la ira.

—Ese monstruo… —susurró Effie; el color había abandonado su rostro—. De verdad ha…

—Se lo merecía. Eso es lo último que diré al respecto. Tenemos otros asuntos que discutir —cortó Aether, aunque su voz todavía conservaba el borde peligroso—. Porque disponemos de un plan para avanzar, pero Urkin no lo aceptará.

—¿A qué te refieres con que no lo aceptará? —preguntó Vexa, aunque los ojos seguían fijos en mi cuello y los dedos agarrando con fuerza el cinturón de armas.

—Estoy harto de obedecer órdenes suyas. —Las palabras de Aether parecieron adherirse a las paredes—. Ha servido a este reino bien durante treinta años, pero se ha quedado estancado en el pasado y no está dispuesto a escuchar enfoques nuevos. Si continuamos su camino, destruiremos todo lo que queremos salvar.

—Hablas de deserción —susurró Rethlyn.

—Hablo de supervivencia. —Aether paseó la vista por la habitación —. Las torres de arcanita… Debemos evitar destruirlas.

—¿Evitar destruirlas? —Theron se enderezó en la silla—. Pero si esa es toda nuestra estrategia.

—Una estrategia que fracasará. —La voz de Aether se endureció —. Porque, si destruimos esas torres, toda la esencia almacenada

será destruida o perdida para siempre a manos de Sídhe.

—¿Cómo sabes eso? —preguntó Mira.

—Porque descubrimos algo en Draxon. —Aether se detuvo con los ojos fijos en mí otra vez—. Algo que cambia todo lo que pensábamos que sabíamos de esta guerra.

—¿Qué es lo que habéis descubierto exactamente? —Rethlyn se inclinó hacia delante.

—Lo que averiguamos era información sobre algo llamado «sifón» —explicó Aether; su voz tenía tal peso que todos se inclinaron hacia delante también—. Una persona que puede redirigir el flujo de esencia por todo el reino.

—Nunca había escuchado algo así —comentó Rethlyn, arrugando la frente.

—Claro que no. —Aether tensó la mandíbula—. A lo largo de la historia, se ha borrado su existencia. Se les considera una abominación.

—Pero ¿por qué? —inquirió Vexa.

Di un paso adelante, ganándome la atención de todos.

—Porque no solo redirigen la esencia, sino que la pueden robar. La extraen de la propia tierra, de otras personas.

—Eso se parece a un damphyre —señaló Mira en voz baja.

Aether se acercó y dijo con tono más sombrío:

—Hay similitudes, sí, pero un damphyre se crea, se retuerce hasta cobrar forma mediante la muerte de otro kalfar. Su habilidad para drenar esencia es antinatural, forzada. Un sifón nace con ese poder. Es su atadura, es tan parte de él como respirar. —Me miró de nuevo —. Pero, mientras que los damphyre solo pueden alimentarse de otro kalfar, el alcance de un sifón se extiende hasta la propia tierra. Pueden extraer esencia de un sitio y canalizarla en otro. Las dos

acciones corrompen el flujo natural de esencia; por eso nuestra gente siempre los ha visto con tal… extrema virulencia.

—¿Y qué tiene eso que ver con las torres de arcanita? —preguntó Theron.

—Porque al fin sabemos cómo lo ha estado haciendo Sídhe —respondió Aether—. Cómo han estado drenando nuestro reino.

La sala se quedó callada, a la espera. Yo me adelanté.

—El rey de Sídhe es un sifón.

—El rey —susurró Raven, garabateando algo en un cuaderno—. ¿Esto es de conocimiento público en Sídhe?

Me apoyé contra la pared de piedra, trazando patrones en el suelo con la vista.

—Nadie ha sabido nunca cuál es su foco, su atadura. Siempre ha sido un misterio.

—Tendría sentido —añadió Vexa, paseándose ahora—. El modo en el que la sequía se extiende, cómo son capaces de drenar zonas concretas mientras dejan otras sin tocar…

—¿Cuánto? —preguntó Mira con la voz aguda—. ¿Cuánto tiempo lleva planeando esto?

—Décadas —contesté—. Desde que comenzaron a extraer arcanita en Riftdremar. Ese fue el objetivo en todo momento.

—¿Y qué hacemos entonces? ¿Matar al rey? —inquirió Theron.

Un escalofrío me recorrió la piel ante la idea, pero no podía decir que yo misma no lo hubiera considerado.

—No lo sabemos, aunque esto lo cambia todo. Debemos elaborar un nuevo plan para afrontar esto.

—Mientras tanto —intervino Aether—, tenemos una idea que podría ayudar a restaurar algo de lo que ha sido robado, pero vamos a necesitar la colaboración de todos los aquí presentes.

Rethlyn se inclinó mucho más adelante.

—¿Qué clase de idea?

Aether asintió en mi dirección, y yo avancé hasta llegar al centro de la habitación. El corazón me iba a mil; lo que estaba a punto de sugerir no era solo peligroso, sino probablemente imposible. Sin embargo, después de todo lo que habíamos descubierto, debíamos intentar algo.

—Creo que, si puedo conseguir arcanita, tal vez sea capaz de imbuirla con esencia.

—Eso es mucho suponer. —Mira entornó los ojos.

—Cuando Talon me examinó, dijo que la esencia parecía fluir a través de mí de un modo distinto al de una atadura. No había conexión entre la tierra y yo. —Hice una pausa, serenándome—. Dijo que yo creaba mi propia esencia. Que se autoabastecía. Valkan parecía opinar lo mismo.

Bajé los ojos al tiempo que otro silencio se propagaba por la sala.

—¿Y dónde exactamente propones buscar la arcanita? —preguntó Effie al fin, aunque algo en su tono sugería que ya conocía la respuesta.

Le sostuve la mirada.

—En Riftdremar.

Y, de nuevo, me gané la atención de todos.

—Eso es imposible —replicó Theron—. Riftdremar fue destruida. Todo se quemó…

—Pero ¿y si no es así? —insistí—. ¿Y si solo se llevaron lo que necesitaban? Podrían quedar reservas olvidadas después de todos estos años.

—Merece la pena intentarlo —dijo Vexa para mi sorpresa—. ¿Qué más opciones tenemos? Los hombres de Valkan tomarán represalias en algún momento. Debemos ser lo más fuertes posible antes de que caigan sobre Ravenfell y tener las ataduras al máximo.

—Debemos actuar rápido —añadí—. Antes de que al Consejo le dé tiempo a reorganizarse, antes de que las fuerzas de Draxon puedan movilizarse. Raven, tú serías nuestros ojos y oídos aquí en Ravenfell.

Él me miró de arriba abajo y asintió con un misterioso brillo en los ojos de nuevo.

—¿Y qué pasa si nos vemos rodeados por las fuerzas de Sídhe en el instante en el que descubramos esas minas? —preguntó Theron.

—Pues moriremos tratando de salvar nuestro reino —contestó Aether sin más—. En lugar de ver cómo se marchita hasta desaparecer del todo.

La sala se quedó en silencio otra vez mientras consideraban sus palabras. Vi cómo en sus caras la duda luchaba contra la esperanza y el miedo, contra la determinación. Al final, Vexa dio un paso adelante.

—Me apunto.

—Yo también —añadió Effie—. Aunque preferiría no morir si podemos evitarlo.

—En los archivos debe de haber mapas de Riftdremar de antes del incendio —propuso Raven—. Detalles sobre el lugar en el que se almacenaba la arcanita.

Mira intercambió una mirada con Theron antes de asentir.

—Después de lo que le ha ocurrido a Lael… Estoy harta de ver cómo perdemos a gente mientras esperamos órdenes.

—Debemos proceder con cuidado —dijo Rethlyn, pasando ya al modo táctico—. Explorar primero el territorio, planificar nuestro enfoque…

—No hay tiempo para eso —interrumpió Aether.

—¿Cuándo nos marchamos? —preguntó Vexa.

—Mañana por la noche. —La voz de Aether era decidida—. El Consejo seguirá sumido en el caos por la muerte de Valkan. Urkin

aún no habrá regresado de Stravene. Es nuestra mejor oportunidad.

—Es… pronto —comentó Effie.

—No lo bastante —replicó Aether, y, por una fracción de segundo, vislumbré al líder que el Consejo había querido hacía tantos años. La autoridad de su voz, la determinación que tenía escrita en la frente, la presencia imponente que casi emanaba de él.

Transcurrió un momento mientras todos meditaban a lo que estaban accediendo. Lo que implicaría desertar de sus puestos, ir contra órdenes directas. Arriesgarlo todo por una teoría que podría no funcionar.

—Llevas razón —dijo Vexa al final.

Los demás asintieron, y algo se instaló en mi pecho, algo parecido al miedo, pero también algo más ligero, algo que resplandecía dentro de mí. Teníamos un plan. No era mucho, pero era algo.

—Descansad un poco —soltó Aether.

Conforme los demás salieron en fila, yo sujeté a Raven del brazo en la puerta.

—Quédate. —Miré a Vexa y a Aether, que todavía susurraban en la esquina de la sala. Effie estaba sentada sola con la cabeza entre las manos.

Caminé hacia ellos.

—Hay una cosa que todos debéis saber.

La gravedad de mi voz debió de haberse notado, porque Raven cerró la puerta de inmediato y tomó asiento delante de mí.

—No he sido precisamente transparente en lo relativo a mis habilidades —dije, sintiendo la ansiedad mientras todos clavaban los ojos en mí, un poco oscurecidos—. Además de controlar mentes, además de verlas detrás de las barreras… —Inhalé hondo, obligándome a continuar—. Hay algo más. Algo que yo misma apenas he comenzado a comprender.

Aether se recostó en la silla, cruzándose de brazos y lanzándome una mirada que estuvo a punto de hacer que se me secara la boca.

—Prosigue.

Retorcí los dedos mientras buscaba las palabras adecuadas.

—Tengo sueños. Pero no son sueños normales. Veo a través de los ojos de otras personas, experimento sus recuerdos, sus momentos. A veces desde el pasado, otras ahora mismo. Y no puedo controlar cuándo llegan o por qué me muestran lo que me muestran.

Me giré hacia Vexa, que había entornado los ojos violetas.

—El año pasado, viví a través de alguien que forjaba una daga. Cada golpe de martillo, cada marca grabada en la hoja. —Bajé la mirada a sus armas—. Tus marcas.

Se llevó la mano a la empuñadura que tenía al costado y trazó con los dedos unos patrones que había grabado ella misma.

—Y tú —le dije a Aether, cuya mirada se había intensificado con interés—. Vi tus ojos en mis sueños meses antes de atravesar la brecha. Antes de incluso conocer la existencia de este reino. —Las palabras me salieron con más suavidad de la que pretendía, y un cálido estremecimiento me subió por la nuca cuando mantuvo los ojos fijos en mí. Por un segundo, parecía que estábamos solos en esa habitación.

El silencio que se produjo después me oprimía la piel, pero continué antes de que el peso de su mirada me hiciera perder el coraje del todo.

—Últimamente he estado viendo a dos hermanas. Mellizas, creo. Dos jóvenes nacidas en la nobleza, quizá incluso en la realeza, aquí en Umbrathia. —El recuerdo del primer sueño parpadeó en mi mente —. Su padre las llevó al Vacío cuando apenas eran unas chiquillas. Su madre… —tragué saliva, acordándome de sus ruegos desesperados— le imploró que no lo hiciera. Pero he estado viendo

retazos de sus vidas conforme crecían. Una de ellas se casó más tarde con un lord de la familia de los Skaldvindr; tal vez por eso me di cuenta de que estas personas eran reales e importantes. Tuvieron un hijo. —Las palabras se sintieron pesadas cuando las dije, aunque no supe por qué. Notaba la mirada de Aether en mí, pero yo mantuve los ojos clavados en el suelo.

Raven se acercó; algo había cambiado en su comportamiento casual.

—La reina actual se casó con lord Skaldvindr antes de que muriera.

Despacio, desvié la vista a Raven, que me observaba con intensidad. Vexa y Effie intercambiaron una mirada que me puso la piel de gallina.

—También tenía una hermana —añadió Raven en voz baja—. ¿Cómo se llamaba?

—Vilda. Su melliza. —La voz de Aether había perdido su calidez previa, reemplazada por algo vacío—. Murió poco después de Skaldvindr. Poco después de su padre, de hecho. —Se giró hacia Raven.

—Algunos afirman que aquello fue el catalizador. El motivo por el que la mente de la reina empezó su viaje a la locura —susurró Vexa, aferrándose a la silla bajo ella con los nudillos blancos.

—Y luego murió su hijo, lo que solo empeoró más las cosas —añadió Effie en voz baja.

El silencio se pegaba a las paredes mientras yo lo asimilaba. La reina. Estaba soñando con la reina y su familia. Pero ¿por qué? ¿Cómo estaba todo conectado? Lo sentía hasta en mis huesos… Que había una razón para que yo lo presenciara. Que acabaría siendo importante, aunque seguía sin poder atar cabos.

El corazón me retumbó en el pecho cuando me obligué a continuar:

—Hay algo más.

Todos me devolvieron la atención.

—En esos sueños, en ocasiones… —Me mojé los labios, insegura de repente—. En ocasiones, oigo una voz. Me llama por un nombre distinto. —Las palabras se me quedaron atoradas en la garganta—. Fiandrial. Creo que podría ser mi verdadero nombre.

Aether se paralizó por completo, como si lo hubieran congelado en el sitio. Raven y Vexa parecían confundidos, pero Aether…

Se levantó de un modo tan abrupto de la silla que se estampó contra el suelo de piedra.

—Tengo que hacer una cosa. —Su voz era tensa, controlada, pero yo noté el temblor que había debajo—. Volveré más tarde.

La puerta se cerró a sus espaldas con tal fuerza que me detuvo el corazón por un segundo.

Me metí en la cama, envolviéndome más en la camisa de Aether. La tela aún conservaba su olor a lluvia y a humo de leña. Debería haberme sentido rara al llevarla, pero, en vez de eso, me parecía… lo correcto. Me daba seguridad. Aunque la seguridad ahora se veía como una broma cruel. Justo como la noche anterior, cada vez que cerraba los ojos regresaba a esa horrorosa sala.

Aether todavía no había vuelto de adondequiera que hubiera ido corriendo. Iba a tener que enfrentarme a esta noche sola.

Recorrí mi piel con la mirada hacia aquellas vendas de un blanco intenso, demasiado limpias, demasiado prístinas contra mi piel. Parecían una mentira, como si escondieran la verdad de lo que había ocurrido en aquel castillo, haciéndolo ver ordenado y controlado cuando no había sido así. Antes de darme cuenta de lo que hacía,

me las estaba arrancando, rompiéndolas hasta que los cortes superficiales que había debajo quedaron expuestos. A lo mejor era peor mirar la prueba de lo que me habían hecho, pero afrontar la realidad me sentaba mejor que ocultarla.

Un golpe en la puerta me sobresaltó; la cara de Valkan se me vino a la mente antes de que pudiera evitarlo. Tenía que recordarme que estaba muerto, que había visto cómo lo destrozaban, que era probable que su sangre aún manchara las paredes de aquella cámara. Aun así, el corazón se me aceleró conforme me acerqué a la puerta.

Cuando la abrí, vi a Vexa y a Effie allí de pie con almohadas y mantas bajo los brazos. Su presencia hizo que algo dentro de mí se quebrara.

—Nos quedamos contigo esta noche —dijo Vexa, pasando ya junto a mí hacia la habitación. Effie la siguió y las dos dejaron caer la ropa de cama en el suelo como si fuera lo más natural del mundo.

Hasta que no se giraron hacia mí, no me acordé de mi estado: con la camisa de Aether colgando suelta y los cortes ahora visibles en los brazos y en las piernas. Observé cómo se les notó la comprensión en los ojos, pues a Vexa se le transformó la cara con una furia que parecía letal y a Effie se le extendió la sorpresa por el rostro.

—No tenía ni idea… —susurró. Jamás la había visto mirarme de esa manera antes, como si tal vez fuera a echarse a llorar. La lástima que había en sus ojos hizo que me dieran ganas de cubrirme.

—Cualquiera de nosotros habría hecho lo mismo que Aether. —La voz de Effie era feroz.

Las lágrimas que había estado conteniendo todo el día se derramaron al fin, y, una vez que empezaron, no pude pararlas. Sentí cómo liberaba de pronto todo lo que había estado reprimiendo desde el castillo.

Vexa atravesó la habitación y me atrajo para abrazarme. El gesto me sorprendió.

—Dinos qué podemos hacer. —Su voz era más suave de lo que nunca la había escuchado, y, de alguna forma, esa amabilidad hizo que fuera más difícil mantener la compostura.

—¿Quieres hablar de ello? —preguntó Effie con tacto.

Lo consideré durante unos segundos, preguntándome si hablar del horror en voz alta ayudaría a dejarlo atrás. Pero la idea de describir esos labios fríos contra mi piel, de revivir la indefensión mientras se alimentaban de mí…

Negué con la cabeza mientras me brotaban nuevas lágrimas. Me llevaron a la cama y se sentaron junto a mí a cada lado hasta que los sollozos que me sacudían el cuerpo comenzaron a calmarse. Su presencia parecía un ancla que me mantenía alejada de aquellos recuerdos oscuros.

Pasó un rato, no sabía cuánto, pero al final mi cuerpo se quedó quieto y los sollozos que habían estado saliéndome del pecho cesaron. Las lágrimas cada vez eran menos.

Una vez que mi respiración se hubo normalizado, Effie rompió el silencio:

—Tengo que ser sincera, Fia. —Se detuvo, y, cuando alcé la vista, vi un destello familiar en sus ojos—. Me ofende bastante que nunca hayas soñado conmigo.

La carcajada que solté nos sorprendió a todas. La notaba extraña en la garganta, casi ajena después de todo lo que había sucedido, pero también necesaria, como romper el hielo en busca de aire.

—Encuentro muy interesante… —dijo Vexa, y algo en su tono me hizo tensarme— el modo en el que has soñado con nosotros. O, más bien, el hecho de que hayas soñado a través de los ojos de Aether.

Un rubor abrasador me coloreó el rostro cuando Effie soltó un bufido indecoroso. No esperaba que se centraran en ese detalle, aunque quizá debería haberlo hecho. El recuerdo de esos sueños regresó, cómo sus ojos dorados me habían perseguido mucho antes de saber lo que significaban, a quién pertenecían.

—Qué romántico, Fia. —Effie tenía un tono provocador en la voz que habría sido molesto si no fuera una distracción preferible a pensamientos más sombríos.

Le di un codazo a Effie, tratando de ignorar cómo me había dado un vuelco el estómago ante sus implicaciones.

—No es eso. —Pero las palabras me sonaron vacías hasta a mí. ¿Cuándo había cambiado eso?

—No te creas que no nos hemos dado cuenta de cómo actúa contigo —soltó Effie, y el estómago me dio otro vuelco extraño. No estaba lista para analizar lo que podrían haber notado, lo que yo misma había estado intentando con desesperación no notar.

—Al principio, jamás lo había visto tan enfadado, jamás había visto que alguien se le metiera bajo la piel de la manera que lo hiciste tú. O que le sacara una reacción siquiera, vaya. —Vexa se encogió de hombros, pero había algo astuto en sus ojos violetas—. Siempre ha sido más estatua que hombre.

La mente se me fue a días atrás, a cómo me había sujetado contra él en aquella cueva cubierta de hielo, al modo en el que las sombras habían bailado cuando le había dado más. A la forma en la que le habían ardido los ojos cuando me encontró en Draxon.

Y también estaba la noche anterior. Cuando me salvó de los fantasmas que asolaban cada pensamiento. Cuando me sostuvo contra su pecho y nuestros latidos resonaron el uno en el otro.

—Sí, bueno —murmuré, tratando de ocultar el sonrojo que se me extendía por las mejillas—, parece que los dos tenemos ese efecto

en el otro.

—Pero ahora es diferente. —Vexa transmitía tal peso en la voz que hizo que me detuviera.

El silencio pareció alargarse, y me vi incapaz de mantenerles la mirada. «Diferente».

—No lo es —respondí aprisa, aunque la voz me traicionó—. Es que hemos aprendido a trabajar juntos.

—Lo que tú digas. —El tono de Effie reflejaba suspicacia, y lo noté… Ese puñetero rubor rosado extendiéndoseme de nuevo por las mejillas.

¿De verdad era tan transparente?

Hablamos hasta bien entrada la noche. La conversación cambió a temas menos serios: la línea de perfumes que Effie había comenzado antes de que empezara la sequía, historias de Vexa de cuando se encontraba en la cárcel… Poco a poco, el nudo del pecho se me fue aflojando. Los cortes seguían escociendo, y yo sabía que los recuerdos regresarían, pero, de momento, rodeada por su calidez y las carcajadas, me sentí casi completa de nuevo.

En algún instante, me quedé dormida con la camisa de Aether todavía envolviéndome y las voces de ellas como un suave murmullo de fondo.

Aunque podría haber jurado que, en algún momento de la noche, vi un par de ojos dorados asomándose a la habitación.

O igual me lo había imaginado.

CAPÍTULO 40

Mapas de Riftdremar se extendían por la mesa de los archivos con los filos curvados por el tiempo. Recorrí las líneas difuminadas con el dedo, tratando de memorizar cada detalle, cada camino que podría llevarnos a lo que necesitábamos.

—Aquí. —Raven dio unos toquecitos en un punto cercano a la frontera occidental—. Los antiguos túneles mineros.

Me acerqué más y examiné las notas alrededor de la zona.

—¿Crees que estaban extrayendo la arcanita aquí?

—Los marcadores geológicos coinciden. —Reorganizó unos papeles sueltos—. Y mira esto: la Guardia mantuvo estos lugares muy fortificados incluso después de que cesaran oficialmente las operaciones mineras.

—¿Para qué proteger minas vacías?

Esbozó una ligera sonrisa.

—Exacto.

Trabajamos en un cómodo silencio durante un rato; el único sonido era el crujido del pergamino y el ruido de la pluma de Raven mientras tomaba notas. Había acabado apreciando estos momentos tranquilos con él. Su presencia constante, su atención al detalle.

—Viví en Draxon una temporada, ¿sabes? —Su voz era amable, aún centrada en sus notas—. Trabajé como comunicador.

Manteníamos los canales de comunicación a lo largo del territorio sudoeste.

Bajé el mapa que estaba estudiando.

—Las cosas cambiaron poco a poco al principio —prosiguió—. Tan despacio que casi ni me percaté. Los mensajes empezaron a ser interceptados. Ciertas comunicaciones se… alteraron. —Mantuvo la pluma parada sobre el pergamino—. Luego la gente comenzó a desaparecer. Otros comunicadores. Comerciantes. Cualquier persona que hablara en contra de los cambios que estaban sucediendo en la región.

—¿Cuándo te marchaste?

—Después de que colapsara la red. —Alzó la vista, y su expresión pareció afligida—. No obstante, debería haberme ido antes. Debería haber visto lo que estaba ocurriendo de verdad. Las señales estaban allí, en el miedo que empezó a reflejarse en los ojos de la gente, en el modo en que corrían a refugiarse dentro cuando sus hombres pasaban. —Negó con la cabeza—. Algunas veces sueño con aquellos que desaparecieron. Me pregunto si podría haberlos advertido de alguna forma.

—No lo podías haber sabido —respondí en voz baja.

—Tú tampoco. —Su respuesta era amable pero firme, y me di cuenta de que esa era la razón por la que me lo estaba contando ahora. No para cargarme con su pasado, sino para decirme que no era la única que había sobrevivido.

Volvimos a nuestro trabajo; el silencio ahora resultaba cómodo de una manera distinta. La pluma de Raven rayaba el pergamino mientras tomaba notas sobre los túneles mineros. Yo me encontraba leyendo una sección detallada sobre la frontera oriental cuando de pronto dejó de escribir.

—Ah, y nadie sabe lo de… —Se calló cuando unos pasos resonaron en los archivos.

—No. Todavía no. —Mantuve la voz baja mientras Raven deslizaba dos espejitos por la mesa. Apenas tuve tiempo de guardármelos en el bolsillo antes de que las puertas se abrieran de par en par.

Tres centinelas se acercaron a grandes zancadas hacia nosotros; tenían una expresión adusta bajo sus ojos ensombrecidos.

—Te escoltaremos hasta la oficina del general Urkin de inmediato.

Se me hizo un nudo en el estómago.

«Joder. Es demasiado tarde».

—¿Para qué? —El comportamiento relajado de Raven se había desvanecido.

Lo ignoraron por completo y unas manos ásperas me sujetaron de los brazos mientras me ponía de pie. Durante un momento, consideré invocar mi telaraña, mis sombras, cualquier cosa para que soltaran su agarre.

—Tu cómplice ya está esperando.

«Aether».

Les permití guiarme por la calle vacía hasta la ciudadela, a través de sus pasillos sinuosos, clavándome los dedos en los brazos con una fuerza innecesaria. Incluso desde lejos, la voz de Urkin se oía a través de las paredes de piedra; cada palabra destilaba furia.

La puerta se abrió y, de pronto, me caí, pues me empujaron con la fuerza suficiente para tirarme al suelo. Antes de que pudiera recuperar el aliento siquiera, hubo un movimiento borroso y un crujido nauseabundo.

Aether sujetó al centinela contra la pared con la mano fija alrededor de la garganta del hombre. Al centinela se le pusieron los ojos en blanco mientras se desplomaba, inconsciente. El otro guardia se retiró al instante y cerró la puerta detrás de él.

—¿Te has vuelto loco? —La voz de Urkin estalló por la habitación.

—¿Y tú? —La rabia anterior de Aether se había convertido en ese control tranquilo mientras le daba la espalda al centinela inconsciente y me ofrecía una mano. El gesto me provocó una cálida sensación que me recorrió entera mientras le dejaba que me irguiera; mi mano se quedó un momento demasiado largo sobre la suya.

—Has asesinado a un lord de Umbrathia. —Urkin golpeó la mesa con el puño—. ¿Tienes idea de lo que has hecho? Todo el reino arderá por esto.

—Hemos descubierto algo —espeté, alisándome la ropa—. Si escucharas…

—¿Si escuchara qué? —Soltó una risa amarga—. ¿Más de tus planes? ¿De tus teorías? ¿Mientras las fuerzas de Draxon se reúnen en nuestras fronteras?

—Estamos abordando esta guerra de forma equivocada… —empecé a decir, pero él me cortó.

—Continuaremos lo que hemos estado haciendo. Es la única manera de acabar con esta guerra. —La voz se le quebró por una emoción que no le había oído antes—. Perdí a mi hijo por estos monstruos. Lo vi morir defendiendo nuestro reino de Sídhe. ¿Y ahora quieres que reconsidere otra manera? —Volvió a golpear la mesa con el puño—. No hay otra manera.

La comprensión me invadió. Al fin vi al hombre bajo la máscara del general: un padre cuyo duelo lo había endurecido hasta convertirlo en alguien imprudente.

—Podemos restaurar la esencia —murmuró Aether—. Sin destruir todo en el proceso.

—No hay otra manera. —La voz de Urkin sonó vacía—. No permitiré que su sacrificio sea por nada.

—Entonces, nos condenarás a todos. —Había una carga en las palabras de Aether que hizo que el aire se sintiera denso.

—Escucha lo que hemos descubierto —insistí, acercándome a su escritorio—. El rey de Sídhe es un sifón.

—¿Un qué? —Urkin desvió la atención hacia mí.

—Alguien que puede redirigir la esencia por sí solo —explicó Aether con voz firme—. La coge de un lugar y la canaliza a otro. Las torres de arcanita no están drenando la esencia de Umbrathia, la están almacenando.

—Aunque lo que estuvierais diciendo fuera cierto —contestó Urkin con la voz tensa—, ¿qué cambia eso? Todavía hay que destruir las torres.

—No. —Aether dio un paso adelante—. Si las destruimos, toda la esencia guardada se perderá para siempre. El reino jamás se recuperará.

—Tenemos un plan —me apresuré a añadir—. Una manera de restaurar potencialmente lo que han robado. Pero necesitamos tiempo…

—¿Mientras se reúnen las fuerzas de Draxon? —Sacudió la cabeza —. Tus teorías sobre los sifones y la esencia robada no cambian el hecho de que has empezado una guerra que no nos podemos permitir luchar.

Intercambié una mirada con Aether.

—Si la guerra llega a Ravenfell, entonces tendremos que estar lo más fuertes posible para enfrentarnos a los damphyre. —Hice una pausa antes de proseguir—. Necesitamos nuestra propia arcanita. Necesitamos ir a Riftdremar.

Urkin se quedó paralizado.

—Riftdremar se destruyó.

—La superficie sí —respondió Aether—. Pero los túneles mineros podrían seguir intactos. Y si queda arcanita…

—¿Queréis ir a un páramo por si ha sobrevivido algo al incendio? —Se rio de forma vacua—. ¿Con qué propósito?

Me acerqué más al escritorio, manteniendo la voz baja.

—Porque yo puedo crear esencia. No canalizarla de una tierra como una atadura, sino generarla dentro de mí. Si podemos encontrar arcanita, puede que sea capaz de imbuirla. Empezar a reemplazar la que se ha robado.

—Habéis perdido el juicio. —No obstante, ahora había una incertidumbre en la voz de Urkin—. Aunque encontrarais arcanita, aunque pudierais de alguna forma restaurar la esencia en ella, no sería suficiente. No contra lo que nos enfrentamos.

—Sería un comienzo —replicó Aether.

Durante un instante, Urkin bajó la vista; se le tensó la cara mientras observábamos físicamente cómo asimilaba lo que le proponíamos. Sin embargo, justo cuando la comprensión se le reflejó en el rostro, se limitó a alzar los ojos.

—No puedo permitir que os marchéis mientras las fuerzas de Draxon se movilizan.

Entonces, sentí la atención de Aether sobre mí y me giré para verlo. Algo había cambiado en su expresión. Nos sostuvimos la mirada unos segundos, como si estuviera tomando una decisión, algo de lo que yo no era consciente. Al final, apartó los ojos de los míos y los dirigió a Urkin una vez más.

—Me temo que no puedes darle órdenes a ella. —Su voz tenía un tono cortante—. Ya no.

A Urkin se le tensó la mandíbula.

—Es miembro de mi unidad, está bajo mi autoridad directa…

Aether dio un paso adelante.

—Dime, ¿cuándo fue la última vez que Tryggar eligió a un jinete?

A Urkin se le contrajo el rostro de la exasperación.

—¿Qué tiene que ver eso con…?

—Casi medio siglo, desde él —prosiguió Aether, que cada vez elevaba más el tono—. Y ahora, después de décadas rechazando a todos los soldados que se acercaban, la elige a ella.

Urkin cambió la expresión.

—Su poder por sí solo debería haber sido nuestra primera pista. —Aether entrecerró los ojos—. Una duskbound que aparece al otro lado de la brecha. Cuando ese don lleva sin manifestarse fuera de una línea de sangre más de un siglo.

El corazón me retumbaba en el pecho. ¿Qué estaba haciendo?

—Su apariencia es tan distinta de la nuestra que resulta impresionante, el pelo negro, los ojos opalescentes…; aun así, comparte nuestros rasgos oscuros, nuestras sombras perpetuas.

—Al grano, Aether. Estoy empezando a perder la paciencia —murmuró Urkin.

—El Vacío le mostró a Fia una pareja, una aossí y un kalfar, justo antes de ser engullidos por las llamas, las mismas que destruirían Riftdremar. Creo que se trataba de sus padres.

Urkin desvió los ojos por el aire en mi dirección tan rápido que me sobresalté.

—Al principio, creí que solo era una coincidencia. —Aether dirigió la atención al suelo—. Que su nacimiento en Riftdremar había sido el simple resultado de una aventura prohibida entre reinos. Un soldado de la Umbra que había cruzado la brecha y se había enamorado de una mujer aossí.

Urkin se había quedado muy quieto.

—Estábamos juntos aquel día. —Aether bajó la voz a un tono muy peligroso—. Cuando quemaron Riftdremar. Cuando él se negó a

marcharse. La gente tal vez crea que murió de una enfermedad, pero nosotros sabemos la verdad, ¿a que sí?

—Suficiente. —A Urkin le temblaba la voz.

—Regresé a los archivos para echar otro vistazo a los informes de aquella época. Nueve meses antes de que naciera Fia, él presentó un aviso de que iba a dividir su tiempo entre ambos reinos. —A Aether le ardían los ojos—. Qué coincidencia, ¿no?

Acto seguido, se giró hacia mí.

—Y además está el nombre del que me habló anoche.

Se me paró el corazón.

—La familia real ha seguido la misma tradición durante siglos —prosiguió—. Cada nombre de heredero es un testimonio de los padres con sombras en su sangre. —Me miró fijamente—. Has soñado con esta familia por un motivo, Fia.

Urkin nos miraba a uno y a otro, llegando a comprender algo que yo todavía no.

—No puede ser… —tartamudeó al tiempo que rodeaba el escritorio y daba unos cuantos pasos en mi dirección con los ojos llenos de preguntas.

—Y es porque perteneces a ella —dijo Aether mientras una mirada maravillada se le extendía por el rostro—. Tu padre fue el príncipe Andrial Valtýr, hijo de Andrid, nuestra reina gobernante.

«¿Andrial?».

El nombre resonó en mi mente como el repiqueteo de una campana, tan alto que el mundo pareció inclinarse bajo mis pies.

—Nunca has sido solo Fia Riftborne.

Me agarré al respaldo de la silla; las rodillas amenazaron con ceder cuando comprendí aquella revelación. Mis ojos trazaron patrones en el suelo, incapaces de procesar lo que estaba diciendo.

Lo que significaba. Todo lo que pensaba que sabía sobre mí misma, sobre mi pasado, empezó a resquebrajarse y remodelarse.

Poco a poco, alcé la cabeza y me encontré con la mirada de Aether, pero él ya se estaba girando hacia Urkin.

—Así que dile al Consejo que lo que Valkan hizo fue un acto de guerra. Diles que capturó y se alimentó de la heredera al trono de Umbrathia.

CAPÍTULO 41

La sala de guerra estaba llena de energía nerviosa cuando entré por la puerta. Vexa se paseaba cerca de las ventanas mientras Effie se encontraba sentada en el filo de una silla con los dedos tamborileando sobre una rodilla. Theron y Mira charlaban en voz baja con los hombros tensos. Rethlyn permanecía de pie solo, de brazos cruzados, mirando a todo el mundo con ojos desconfiados. Únicamente Raven parecía tranquilo repantingado sobre una silla con la cara enterrada en un libro.

—Por fin —susurró Vexa, deteniendo su caminar—. Urkin nos ha mandado llamar a todos. Estaba segura de que…

—¿Qué ha pasado? —Effie ya se acercaba hacia nosotros.

Raven se levantó.

—Los centinelas prácticamente te sacaron a rastras de los archivos.

La cabeza aún me daba vueltas. No sabía si podía formular palabras coherentes.

—Nos van a despojar del rango, ¿verdad? —La voz de Theron rezumaba pánico.

—Con suerte, eso será lo único que hagan —murmuró Mira.

—Ir a Riftdremar sigue en pie —dijo Aether con voz firme a mi lado—. Esta noche, según lo planeado.

—¿Habéis perdido del todo la cabeza? —Theron se apartó de la pared—. Urkin ya ha regresado. Jamás lo permitirá.

—Ya lo ha hecho. —Las palabras me parecieron extrañas cuando salieron de mi boca, como si hubiera hablado desde algún lugar más lejano.

—Eso es imposible. —Mira sacudió la cabeza—. Después de lo sucedido en Draxon…

—Algo ha cambiado —replicó Raven con calma, evaluándonos con ojos agudos—. ¿Verdad?

—¿Qué ha ocurrido exactamente en esa reunión? —Vexa paseó la mirada entre Aether y yo con su habitual confianza vacilante.

Me dejé caer en la silla más cercana; el peso de todo se me vino encima. Mi padre. Un príncipe. Las implicaciones de aquello hacían que se dispersaran mis pensamientos cada vez que trataba de comprenderlas.

—Le hemos contado lo del sifón —respondió Aether, moviéndose para colocar una mano en el respaldo de mi silla—. Lo del rey de Sídhe.

—¿Y os ha… creído sin más? —Effie arrugó la frente—. ¿Así como así?

—Ha habido otros factores —contestó Aether.

—¿Qué factores? —inquirió Rethlyn, hablando por primera vez—. ¿Qué es lo que no nos estáis contando?

La puerta se abrió antes de que ninguno pudiera responder. Urkin entró, y la sala se sumió en el silencio. Algún tipo de determinación cansada se le reflejaba en los ojos, y su postura rígida se había suavizado por la fatiga. Nos observó a todos antes de hablar.

—Me marcho a Stravene dentro de una hora para dirigirme al Consejo. —Su tono carecía de su habitual autoridad—. El resto de

vosotros partirá hacia Riftdremar según lo acordado. Raven se quedará aquí para mantener la comunicación entre reinos.

La confusión en la sala era palpable. Effie se quedó con la boca abierta, mientras que Vexa entrecerró los ojos con desconfianza.

—Dos más se os unirán —prosiguió Urkin—. Una centinela cuya atadura permite la manipulación de piedras y minerales y un archivista especializado en cartografía. Se reunirán con vosotros esta noche en los establos.

Sin decir nada más, se dio la vuelta y se marchó, dejando la sala en un silencio atónito.

—Por el Vacío, ¿qué coño acaba de pasar? —preguntó Mira con un ligero temblor en la voz.

—¿Cómo habéis conseguido esto? —inquirió Vexa, acercándose a mí—. Los centinelas te sacan a rastras un momento… ¿Y al siguiente Urkin nos da permiso para desertar?

Las preguntas zumbaban a mi alrededor como insectos, pero era incapaz de centrarme en una sola voz. Mi atención no dejaba de irse a detalles absurdos: el modo en el que Effie se retorcía los anillos con los dedos, la forma en la que la sombra de Rethlyn se extendía por el suelo o el ligero temblor de las manos de Mira. Cualquier cosa con tal de evitar procesar el peso de lo que habíamos descubierto en el despacho de Urkin.

—Una especialista en minerales será de ayuda con la arcanita —comentó Mira—, pero ¿por qué enviar a un archivista?

—Es un continente inmenso. Sin duda, ese tipo de habilidad nos servirá para recorrerlo —respondió Rethlyn, aunque seguía teniendo el ceño fruncido por la confusión.

—¿Cómo vamos a llegar allí? —preguntó Effie, dejándose caer en una silla.

—Yo ya tengo vördr. Justo antes de la reunión, Easkath me ha reclamado. —Mira escondía una sonrisa que amenazaba con asomarse a sus labios.

Rethlyn le lanzó una sonrisa de orgullo.

—Estupendo, Mira…

—Me preocupa más por qué Urkin apoya esto de repente —interrumpió Theron—. Esta mañana estaba dispuesto a arrestarnos a todos.

—Algo le hizo cambiar de opinión. —Vexa continuaba sin quitarme los ojos de encima.

—Sea lo que sea —replicó Theron con voz afilada—, más vale que merezca la pena como para que arriesguemos nuestras vidas. Algunos no podemos permitirnos el lujo de marcharnos en misiones secretas cuando nos parece y ocultarle cosas al resto de la unidad. —Sus ojos estaban clavados en mí.

La figura de Aether cambió cuando se acercó a Theron, ahora grácil como un depredador. El aire pareció detenerse a su alrededor, y, cuando abrió la boca, lo hizo con una ferocidad que no le había oído nunca.

—No vuelvas a hablarle así.

La amenaza de sus palabras provocó que se me acelerara el pulso.

La sala se quedó en silencio. Hasta Theron parecía haber perdido su bravuconería anterior y ahora se veía embargado por la confusión.

—Aether —lo reprendió Vexa—, ¿qué es lo que te pasa?

Todos se fijaron en mí con un montón de preguntas en los ojos. Tenía la verdad en la punta de la lengua, pesada, pero era incapaz de formular las palabras.

Aether cruzó una mirada conmigo con tal intensidad que se me encogió el corazón. Estaba esperando a que yo decidiera si lo

revelaba todo o si lo ocultaba. No obstante, sentía la mente atrapada tras una niebla.

—¿Fia? —preguntó Vexa con suavidad.

Abrí la boca y luego la cerré. El silencio se alargó de manera incómoda.

—Es la hija del príncipe Andrial Valtýr —respondió Aether con voz intensa, pero sin dramatismo—. La heredera al trono de Umbrathia.

Silencio.

—¿Cómo es eso posible? —A Vexa se le quebró la voz—. El príncipe Andrial murió de una enfermedad antes de tener herederos, antes incluso de poder casarse.

—No. —Los ojos de Aether se habían vuelto penetrantes—. Esa es la historia que se ha contado públicamente. Urkin y yo estábamos juntos ese día, cuando Riftdremar ardió. Cuando el príncipe se negó a marcharse. —Apretó la mandíbula—. Los informes dicen que había estado pasando tiempo entre los dos reinos los meses anteriores. Nueve meses antes de que ella naciera.

La sala enmudeció conforme el entendimiento los atravesó. El corazón se me aceleró cuando vi cómo les cambió la cara y la confusión daba paso a la sorpresa.

—Una aventura prohibida —susurró Raven—. Entre reinos.

—Eres ambas cosas a la vez —señaló Vexa, mirándome de otro modo—. Aossí y kalfar.

—Así es —confirmó Aether.

—¿Desde cuándo lo sabes? —preguntó Vexa con una voz que apenas se distinguía de un susurro. La cuestión parecía dirigida a los dos.

—Desde esta mañana. —Aether volvió a mirarme con la mirada suavizada.

—Por ese motivo, Urkin… —Se interrumpió Rethlyn con la comprensión dibujándosele en la cara.

—Estás por encima de él, Fia —logró decir Effie con un hilo de voz.

—Entonces ¿cómo deberíamos llamarte ahora…? ¿Princesa? —Rethlyn arrugó el entrecejo mientras paseaba la vista por la habitación.

—Ni de coña —contesté demasiado deprisa y con la voz no tan segura como me hubiera gustado—. Sigo siendo yo. Fia… Solo Fia.

—El Consejo no tendrá más remedio que escuchar ahora —señaló Mira—. Después de que Valkan haya atacado a la heredera al trono…

—Si es que se lo creen —interrumpió Theron, aunque su hostilidad previa había desaparecido—. Esto lo cambia todo.

—No cambia nada. —Las palabras me salieron cortantes. De repente, sentí como si pudiera moverme y respirar. Me levanté de la silla y caminé hasta el centro de la sala—. Aún debemos ir a Riftdremar. Aún debemos encontrar la arcanita. Mi sangre no hace que la misión sea menos urgente.

—No —repuso Aether en voz baja—, pero nos concede una ventaja que no teníamos antes. —Cruzó de nuevo la mirada con la mía desde el otro lado de la estancia—. Y, ahora mismo, necesitamos cualquier ventaja que podamos conseguir.

Raven se dirigió hacia mí con ese brillo familiar de vuelta en sus ojos a pesar del ambiente cargado que seguía habiendo en la habitación. Me dedicó un breve asentimiento.

—Muy bien. A robar arcanita, entonces.

Había un ambiente frenético en los establos debido a cuantos corrían para preparar el viaje a Riftdremar. Una mujer con armadura de centinela se hallaba junto a Vexa con el cabello oscuro recogido

hacia atrás en un moño apretado. La insignia de la Umbra relucía en su pecho cuando se presentó como Dannika. A su lado, un hombre delgado con ropajes de Archivística cambiaba el peso de un pie al otro con pinta de encontrarse muy incómodo entre los vördr. Inclinó un poco la cabeza cuando Vexa lo presentó como Tamir.

—Vale —dijo Vexa, observando a los recién llegados—. Dannika, tú vendrás conmigo. Tamir… —Miró al vördr que quedaba.

—Puede montar conmigo —se ofreció Rethlyn, aunque su expresión sugería que no le entusiasmaba demasiado la idea.

Tryggar bufó con impaciencia junto a mí, con sus alas susurrando. Los demás vördr parecían igual de inquietos: Nihr golpeaba el suelo con la pata mientras Draug y Raskr sacudían sus descomunales formas.

Me percaté del cambio en las posturas de Dannika y Tamir cuando me aproximé: el modo en el que se enderezaron y bajaron la mirada un instante antes de volver a mirarme. La actitud rígida que había mostrado antes la centinela se había suavizado y se había convertido en deferencia, mientras que la energía nerviosa de Tamir se había transformado en atención. Se veía que las noticias volaban.

«Claro que sí».

—Altez… —comenzó a decir Tamir, pero Vexa lo cortó con una expresión afilada.

—Solo Fia —repuse, y le lancé a ella una mirada agradecida. Al menos mis amigos seguían viéndome igual.

—Hace casi dos décadas que no se utiliza la brecha —señaló Tamir, aclarándose la garganta y regresando al mapa—. Pero, según informes antiguos, debería estar a una hora al noreste de Ravenfell. Si vamos volando, claro.

—¿Debería estar? —preguntó Theron corriendo.

—El paisaje ha… cambiado desde que se hicieron los informes. —Tamir trazó una línea con los dedos por el pergamino—. La sequía ha alterado muchos de los puntos de referencia que normalmente usamos para viajar.

—Estupendo —musitó Effie, recolocándose sobre el vördr—. Así que, básicamente, volamos a ciegas.

—No del todo —replicó Tamir en un tono académico—. Las formaciones geológicas seguirán ahí incluso aunque la vegetación haya cambiado. Buscamos una formación rocosa concreta: tres picos que forman un triángulo visto desde arriba.

Dannika se subió detrás de Vexa con tanta soltura que se podría pensar que había cabalgado vördr cientos de veces. Sin embargo, Tamir contempló a Raskr como si fuera a morderlo.

—Huelen el miedo, ¿sabes? —dijo Rethlyn serio, y yo contuve una sonrisa cuando Tamir se puso pálido. Al menos esta vez sí sabía que estaba de guasa.

—Está bromeando —intervino Mira, ya a horcajadas de su recién reclamado vördr, con Theron sentado tranquilamente a sus espaldas —. En parte.

Uno a uno, los vördr emprendieron el vuelo. La conocida sensación de abandonar el suelo se me instaló en el estómago cuando Tryggar nos elevó más alto. Abajo, los chapiteles torcidos de Ravenfell se hicieron más pequeños, hasta que no fueron más que formas oscuras. Por un instante, me pregunté si volvería a verlos, y aquello me provocó una punzada en el corazón que no me esperaba.

Volamos al noreste, siguiendo las indicaciones de Tamir, que iba aferrado a Rethlyn con los nudillos blancos contra su uniforme. El mundo se extendió sin fin delante de nosotros; una extensión de grises apagados donde deberían haber estado bosques vibrantes. Donde volverían a crecer si teníamos éxito.

Todo parecía diferente ahora. Cada batir de alas nos acercaba a Riftdremar, al lugar donde había respirado por primera vez, donde mis padres lo habían hecho por última. Me había pasado años evitando cualquier pensamiento sobre mi pasado por temor al dolor que pudiera causar. Ahora, aquellas diminutas piezas que Aether se las había arreglado para encajar pesaban. Mi padre no había sido otra víctima más de guerra, sino un príncipe que había elegido el amor por encima del deber, que había renunciado al trono para quedarse con mi madre cuando las llamas devoraron su mundo.

¿Qué iba a encontrar en aquellas ruinas? Una parte de mí quería descubrir algo que me ayudase a comprender quiénes eran ellos, quién estaba destinada a ser yo. No obstante, otra parte temía lo que aquellas respuestas pudieran implicar. Resultaba más fácil ser Fia Riftborne, la huérfana que se había labrado su propio lugar en el mundo, aunque en su momento fuera pequeño y sofocante. Ser Fiandrial Valtýr, heredera a un trono cuya existencia antes desconocía…, me parecía como estar atrapada en la vida de otra persona.

Pensé en la reina, mi abuela, perdida en su propia locura en aquel castillo imponente. ¿Sería ese mi destino también? ¿Habría algo en nuestra sangre que convertía el poder en veneno? ¿Que provocaba la destrucción de los que nos rodeaban?

—¡Allí! —La voz de Tamir se abrió paso a través de mis pensamientos. Señaló tres picos escarpados alzándose del páramo; su formación era inconfundible incluso con la niebla.

¿De veras llevábamos volando una hora?

Rethlyn nos gesticuló para que descendiéramos. Los vördr se inclinaron con brusquedad, y, a través de huecos entre las nubes, atisbé lo que nos aguardaba abajo. La vegetación muerta se extendía en todas direcciones; los esqueletos de la naturaleza

volvían a adueñarse poco a poco de lo que antaño habían sido senderos pulcramente trazados. El corazón se me subió a la garganta cuando bajamos. Aquí era. Aquí era donde todo empezó.

Aterrizamos en lo que una vez debió de haber sido un claro, aunque era difícil afirmarlo con aquella excesiva presencia de ceniza. Unas enredaderas apagadas trepaban por los restos de mojones de piedra cuyas superficies se habían desgastado y alisado por décadas de abandono.

—La brecha debería estar cerca —dijo Tamir, deslizándose con torpeza de la vördr de Rethlyn. Había sacado el mapa otra vez, pero el papel parecía inútil contra la realidad de lo que el tiempo y el abandono le habían hecho a este lugar.

Nos desplegamos, buscando. Fragmentos de viejas estructuras asomaban entre marañas de vegetación apagada, indicios de la civilización que había prosperado aquí antes de la sequía.

Los minutos se sucedieron en lo que parecieron horas. Los demás gritaban de vez en cuando, marcando sus posiciones, aunque sin encontrar nada. La duda comenzó a surgir. ¿Y si la brecha se había cerrado? ¿Y si habíamos venido hasta aquí para nada?

Entonces lo sentí. Un cambio en el aire, sutil pero inconfundible. Como el momento antes de que la tormenta se desate, cuando todo está callado y cargado. Seguí esa sensación, abriéndome paso a través de enredaderas espinosas hasta que me encontré en un claro más pequeño.

La brecha se hallaba allí, apenas visible. Un destello que atravesaba la realidad. Una grieta entre mundos. Una entrada a todo aquello de lo que me había pasado toda mi vida huyendo.

Me volví hacia los demás con un nudo en el estómago. Se reunieron despacio, formando un círculo abierto alrededor del fenómeno. Nadie habló. ¿Qué iban a decir? Nos disponíamos a

adentrarnos en un cementerio de mi pasado en busca de algo que podría no existir siquiera.

Sentí el peso de sus miradas sobre mi espalda mientras observaba la brecha. Un movimiento veloz me llamó la atención, y entonces Aether estaba ahí, justo a mi lado, lo bastante cerca como para notar su calor.

—¿Lista? —preguntó en voz baja, dirigida solo a mí.

Me giré para mirarlo, impresionada por cómo la luz tenue le iluminaba la mandíbula cuadrada, cómo le danzaba por los pómulos altos. Cómo unos mechones de cabello ónice le caían a la perfección sobre la frente. Y también estaba la mirada de aquellos ojos dorados, esa que me hacía sentir viva entre tanta muerte. Traté de ignorar cómo sus sombras parecieron extenderse hacia las mías en el espacio entre nosotros y el sentimiento traicionero que las acompañaba.

—¿Acaso importa?

Se le suavizó la mirada.

—No tenemos que encontrar todas las respuestas hoy.

—Solo las que podrían salvarnos a todos. —Traté de sonreír; sin embargo, no lo conseguí del todo.

Movió la mano como si fuera a tocarme el brazo, pero se detuvo y cerró los dedos a los lados.

—Estaré contigo. Siempre.

Asentí al final, sin confiar en mi voz, y me giré hacia la brecha. Una respiración, después otra y me adentré en ella.

CAPÍTULO 42

El aire cambió primero. Atrás quedó el regusto rancio y ceniciento de Umbrathia; lo había reemplazado algo tan lleno de vida que casi me abrumó. Luz solar, luz solar de verdad, se filtraba por las copas de los árboles sobre nosotros y proyectaba sombras danzantes en el suelo que parecían latir con un verde vibrante. Casi me flaquearon las rodillas al verlo.

Esto era Riftdremar. No era la cáscara quemada que siempre me había imaginado. No, este lugar era salvaje y estaba vivo. La naturaleza había reclamado todo y había transformado las ruinas de mi lugar de nacimiento en un paraíso enmarañado. Enredaderas tan gruesas como mi brazo se enrollaban alrededor de trozos de piedra ennegrecida. El musgo cubría lo que una vez debían de haber sido calles, interrumpido aquí y allá por retoños que se habían abierto paso a través de los viejos cimientos.

Los otros cruzaron detrás de mí. Alguien jadeó, tal vez Effie o Mira, pero apenas me percaté. Centré toda mi atención en un muro medio en pie donde unas delicadas flores moradas florecían de las grietas del antiguo mortero.

—El tiempo hace maravillas —susurró Tamir, aferrándose más a sus mapas—. La naturaleza siempre prevalece.

Me obligué a avanzar, dejando que mis dedos recorrieran la piedra aún ennegrecida por las llamas de hace décadas. La vida había

vuelto con ganas, pero bajo la belleza se ocultaban los restos de la masacre.

Saqué uno de los espejos que Raven me había dado antes de marcharnos.

—Lo conseguimos. No hay guardias a la vista; todo el lugar parece abandonado.

El reflejo de Raven apareció con ese destello familiar en los ojos.

—¿Decepcionada? Sé lo mucho que te gusta hacer una entrada triunfal.

—Intentaré contener mi decepción. —Giré el espejo y le mostré el caos verde a nuestro alrededor—. Supongo que nos dirigiremos a los túneles mineros ya.

—Muy al norte, cerca de la frontera oeste. —Revolvió algunos papeles—. Aunque te advierto que estos mapas son viejos. Puede que sean menos fiables que mi trabajo habitual.

—Bueno, por ese motivo trajimos a Tamir, al fin y al cabo.

—Ahora sí que me siento realmente indispensable en esta misión, Alteza —soltó Raven con sarcasmo. Suavizó la expresión un poco—. Tened cuidado ahí fuera.

—Tú también. —Me guardé el espejo y sacudí la cabeza mientras me giraba otra vez hacia el grupo.

—Habrá que seguir la cordillera oeste —dijo Tamir, extendiendo el mapa sobre una columna caída—. Las operaciones mineras se concentraban cerca de las montañas, alejadas de los principales asentamientos. —Trazó con el dedo un camino por la tinta descolorida—. Si seguimos los picos de nuestra izquierda, deberíamos llegar a la entrada del valle en unas tres horas.

Uno a uno, nos montamos en los vördr que ya estaban arrancando el césped por la raíz. La vacilación anterior de Tamir volvió cuando se colocó detrás de Rethlyn.

—Agárrate bien —soltó Rethlyn, divertido—. A menos que te apetezca una larga caída.

Los vördr despegaron en parejas; sus alas colosales mandaron ondas a las copas de los árboles de abajo. Tryggar los siguió, y me encontré conteniendo el aliento a medida que nos elevábamos por encima de los árboles. Riftdremar se extendía bajo nosotros en un derroche de verde que no había visto desde que me marché de Sídhe. No obstante, este era diferente; era salvaje, indómito. Veinte años de naturaleza reclamando lo que las llamas habían tratado de destruir.

Cuanto más al norte volábamos, más cambiaba el paisaje. El bosque denso dio paso a colinas onduladas y, a continuación, a acantilados escarpados. Las enormes formaciones rocosas sobresalían de la vegetación como huesos atravesando la piel. El tiempo pasó mientras navegábamos por las nubes iluminadas por el sol.

—¡Allí! —gritó al fin Tamir por encima del viento, señalando un valle estrecho enclavado entre dos picos—. El complejo minero debería estar más allá de ese paso.

Las alas de Tryggar atraparon una corriente ascendente, y se me revolvió el estómago cuando planeamos más alto. Abajo, algo relucía entre los árboles, tal vez metal o cristal reflejando el sol. Un indicio de que esto no siempre había sido naturaleza, de que aquí, en otra época, había vivido y trabajado gente.

—Necesitaremos encontrar un lugar lo bastante despejado para aterrizar —chilló Dannika detrás de Vexa—. Estos árboles parecen demasiado espesos para los vördr.

Tenía razón. El terreno del valle era una maraña de vegetación interrumpida solo por una roca saliente o algún que otro árbol caído. Pero entonces lo vi: un hueco en las copas donde algo inmenso

había colapsado hacía años y había dejado un claro irregular tras de sí.

Rethlyn hizo una señal y empezamos a descender. Los vördr aterrizaron por turnos; sus cascos encontraron adherencia en un suelo que no había sentido tanto peso en décadas. Cuando me bajé del lomo de Tryggar, mis botas pisaron algo que no solo eran ramas u hojas y que crujió. Bajé la vista y me encontré fragmentos de cristal negro esparcidos por el musgo; su superficie todavía tenía unos patrones extraños y en espiral.

Me agaché para examinar el cristal, pero la voz afilada de Dannika resonó por el claro.

—Movimiento en los árboles.

Todo el mundo se quedó paralizado. Mis sombras se alertaron bajo la piel mientras yo examinaba el espeso follaje que nos rodeaba. Los vördr se removieron incómodos; Tryggar agitaba la cola con nerviosismo.

—Allí —susurró Mira, señalando a nuestra izquierda, donde las ramas se mecían contra el viento.

Aether se movió primero; su forma se disolvió hasta convertirse en sombra mientras volaba hacia el alboroto. El resto nos desplegamos y desenfundamos las armas. Incluso Tamir había sacado una pequeña daga de algún lugar debajo de sus ropajes.

Un destello blanco corrió a toda velocidad entre los árboles, demasiado rápido para discernir algo. El corazón me latía a mil. ¿Se habría enterado la Guardia de alguna manera de que íbamos a venir?

La criatura apareció en el claro, y todos retrocedimos tambaleándonos. No era un guardia. Ni un aossí siquiera. Lo que se encontraba ante nosotros era un ciervo macho enorme con un pelaje blanco puro y los cuernos ramificándose hacia el cielo. Nos

contempló sin dudar. Hasta los vördr se quedaron pasmados; un contraste drástico respecto a la última vez que persiguieron a un ciervo por el territorio de Draxon.

—Esprithe —soltó Effie en voz baja.

El ciervo paseó la vista por nuestro grupo.

—Fascinante —dijo Tamir con un tono teñido de asombro—. El ciervo blanco es el símbolo de Riftdremar.

—Nunca había visto nada igual —susurró Vexa.

El ciervo ladeó la cabeza un poco, como si sopesara las palabras de Tamir. A continuación, se giró y dio tres pasos deliberados hacia el acantilado antes de mirarnos de nuevo.

Entonces, el ciervo continuó moviéndose, adentrándose en el sotobosque. Sin pensarlo, lo seguí.

Los brazos de Aether me atraparon antes de que pudiera hacerlo; recorrí con la vista el camino que tomó hasta que desapareció en el matorral espeso.

—Es mejor que no nos separemos —murmuró Aether contra mi oído.

—Por supuesto, no… —tartamudeé—. No sé en lo que estaba pensando.

Aether me ayudó a recuperar el equilibrio y dejó un brazo apoyado en la espalda.

—La entrada de la mina debería estar cerca —dijo Tamir, desplegando su mapa de nuevo.

—Vaya, eso ha sido interesante —murmuró Dannika, examinando la linde del bosque por la que el ciervo se había desvanecido. No apartó la mano de su arma—. Sin embargo, hemos de movernos con rapidez. La luz del sol no durará para siempre.

Tenía razón. Aunque el sol de Riftdremar resplandecía en comparación con el eclipse infinito de Umbrathia, había empezado a

descender hacia los picos del oeste.

—Por aquí. —Tamir señaló una cresta de piedra oscura que sobresalía del follaje—. El pozo principal debería estar justo después de ese ascenso.

Nos movimos con cuidado por el sotobosque; las botas atrapaban las ramas retorcidas y los restos de lo que en algún momento podría haber sido un camino. Cada sonido parecía amplificado: ramas crujiendo por encima de nuestras cabezas, hojas susurrando por la brisa, el chasquido ocasional de ramitas bajo nuestros pies.

—Eso parece prometedor —gritó Tamir con suavidad, señalando dos pilares desgastados que emergían de las enredaderas densas.

Dannika dio un paso adelante, presionando la palma contra la piedra de detrás de los pilares. Los ojos se le perdieron en la lejanía durante un momento.

—Es estable. El túnel debería ser estructuralmente sólido; al menos, cerca de la entrada.

—¿Cuánto nos vamos a adentrar? —preguntó Mira, observando la oscuridad más allá.

—Los registros mencionan tres niveles principales —contestó Tamir, mirando sus notas con los ojos entornados—. Pero podría haber más. Estas operaciones no fueron… transparentes, que digamos.

—Deberíamos dividirnos en equipos —soltó Vexa, ya sacando sus armas—. Cubriremos más terreno.

—Estoy de acuerdo. —La voz de Aether destilaba autoridad mientras evaluaba nuestro grupo—. Vexa, llévate a Dannika y Effie. Mira y Theron juntos. Rethlyn, tú con Tamir. Yo iré con…

—Conmigo —terminé. Nadie discutió.

—El resto, comenzad con los niveles superiores —prosiguió—. Nosotros iremos al túnel más bajo. Si alguien encuentra algo…

—O se mete en problemas —añadió Vexa.

—Tres silbidos agudos —explicó Aether—. Eso debería resonar por los túneles.

Dannika y Tamir encendieron sus antorchas; las llamas proyectaban una luz irregular a lo largo de los pilares esculpidos. El resto de nosotros no las necesitaríamos. Nuestros ojos podían navegar por la oscuridad con bastante facilidad. Inspiré hondo, intentando ignorar cómo parecían danzar las sombras más allá de la entrada.

El nivel más bajo se abrió en una enorme extensión, vacía salvo por el equipo minero abandonado por el suelo. Las vigas de soporte se extendían hacia arriba, hacia la oscuridad; la madera desgastada crujía un poco en el aire viciado.

—Bien —dije, tratando de distraerme—, al menos, esta cueva no intenta congelarnos hasta la muerte.

Aether torció los labios.

—No hay venas de hielo de las que rescatarte esta vez.

—¿Rescatarme? —Alcé una ceja—. Creo recordar haber aguantado bien el frío.

—¿Así llamas a que te castañeteen los dientes y se te pongan los labios azules?

—Me parece que estás exagerando un poquito.

—Claro que sí. —Su voz tenía un tono seco que había empezado a reconocer como una muestra de diversión—. Aunque parecías bastante dispuesta a aceptar mi ayuda en aquel entonces.

El calor me lamió el cuello con una caricia suave y traicionera mientras recordaba cómo me hacían sentir sus brazos a mi alrededor, su calidez deslizándose por mi piel.

—Sí, bueno, era una situación de vida o muerte y tal.

—Por supuesto. —Un destello juguetón se le reflejó en los rasgos antes de que se girara y examinara la habitación—. Tres túneles. ¿Alguna preferencia?

Me dirigí al camino del medio mientras un silencio se sumía entre nosotros, roto solo por el goteo distante de agua resonando contra la piedra. Estudié su perfil en la oscuridad.

—¿Planeabas contarme quién creías que era? —pregunté al fin—. ¿O estabas esperando el momento perfecto para soltárselo a Urkin?

Se le tensaron los hombros un poco.

—No estaba seguro. No hasta que mencionaste el nombre de Fiandrial.

—Pero lo sospechabas. —No fue una pregunta.

—Había… señales. —Se giró para mirarme.

—¿Y no creías que merecía saberlo?

—¿Me hubieras creído? —Su voz era tranquila pero intensa—. Como te he dicho, ni siquiera yo estaba seguro hasta que me dijiste tu nombre.

—Al principio, me llamabas «princesa» —repliqué.

Ahora sonreía de oreja a oreja mientras se pasaba una mano por el pelo, lo que hizo que le cayera en mechones despeinados por la frente.

—Ojalá pudiera decir que lo había sabido todo este tiempo. Pero, de verdad, te llamaba «princesa» porque te comportabas como una.

Me detuve, me giré hacia él y entrecerré los ojos.

—¿En serio?

—Llevabas una versión horrenda de un vestido de gala, el pelo en ricitos perfectos y ordenados, y comenzabas a hacer pucheros en cuanto te despertabas. ¿Qué se suponía que tenía que pensar? —Alzó una ceja, pero esa misma diversión insufrible había vuelto a su rostro y un hoyuelo apareció en sus facciones.

—Me acababas de secuestrar literalmente de mi hogar y me habías encerrado en una torre. No estaba haciendo pucheros, estaba que echaba humo. Quería matarte —repliqué.

—A mí también se me pasó por la cabeza ese pensamiento. —Su sonrisita se agrandó mientras daba un paso hacia mí y susurraba—: Muchas veces.

Lo empujé varios centímetros y continué andando, ocultando una sonrisa mientras él se reía a mis espaldas.

—Y luego me aislaste durante semanas, fuiste grosero conmigo cada vez que nos atrevíamos a intercambiar algún tipo de conversación y me asaltaste con tus sombras —proseguí mientras nos adentrábamos en el túnel.

—¿Ves? Ya estás haciendo pucheros otra vez —dijo, y se puso a mi lado, rozándome con el brazo—. Princesa.

Le di un codazo en el costado.

—No empieces. Tal vez lo prefiriese cuando no tenía significado. —Dirigí la vista al suelo y no pude evitar la punzada de incomodidad repentina que me provocó el título. Su carga.

—Sé que nunca imaginaste esto para ti. —Sentí sus ojos en mí; la ligereza de la conversación anterior ahora se había espesado hasta ser algo más serio—. Pero te lo mereces más que muchos.

—¿Por qué crees eso? —pregunté en voz baja.

—Porque antepones a los demás por encima de ti. Es una cualidad bastante inusual.

—No sé si hago eso. —Las palabras me salieron antes de que pudiera detenerlas—. Tal vez solo me he encontrado en situaciones donde era conveniente que lo hiciera. Quizá no fuera mi elección, al fin y al cabo.

Aether se detuvo y me agarró del brazo cuando se giró en dirección a mí.

—Salvaste a Lael —dijo mientras me taladraba con la mirada.

—Apareció en el suelo ante mí. No lo estaba buscando —repliqué, encogiéndome de hombros. De pronto, la intensidad de su mirada fue demasiado, y aparté la vista al tiempo que sus dedos empezaron a subir por mi brazo.

—La mayoría de la gente lo habría dejado allí. Tú no lo hiciste. La mayoría de la gente jamás habría accedido a entrar en el Vacío, a enfrentarse a algo tan horrible por un reino entero que no conoce. —Movió la mano por mi hombro, guiando mis ojos de vuelta a los suyos. Hubo una cierta determinación en su susurro que casi hizo que me flaquearan las rodillas—. Todo lo que has hecho desde que has llegado a Umbrathia ha sido altruista. Nunca he querido conocer a alguien tanto.

Deslizó la mano hacia arriba por mi cuello, me rozó la mandíbula con el pulgar y todo lo demás se desvaneció. Su mero contacto mandó una descarga eléctrica a lo largo de mi columna e hizo que contuviera el aliento. A él se le oscurecieron los ojos mientras los dirigía a mis labios, despertando una necesidad salvaje y desgarradora en lo más profundo de mi ser.

Jamás había deseado las caricias de alguien de este modo, como si mi piel las anhelara, como si cada punto de contacto fuera a la vez demasiado y para nada suficiente.

Con Laryk, había habido ardor y tensión, la liberación explosiva de meses coqueteando. Intenso, incontenible, pero siempre con un toque de incertidumbre. Como si ambos estuviéramos reteniendo partes de nosotros y nunca nos dejáramos ir del todo.

Esto se sentía distinto. Peligroso de una forma totalmente nueva. Como si no hubiera vuelta atrás si me dejaba llevar. No quedaban muros ni defensas. Solo el deseo puro y aterrador que parecía ignorar todo pensamiento lógico.

La intensidad me pilló por sorpresa. Hace un mes, habría evitado este sentimiento, la manera en la que mi cuerpo parecía reconocer su tacto antes de que mi mente fuera capaz de reaccionar. Ahora, en cambio, me encontraba inclinada contra su mano, deseando más.

No estoy segura de quién se movió primero. Deslizó los dedos por mi pelo cuando yo me acerqué más, eliminando el poco espacio que quedaba entre nosotros. Mis manos acudieron al encuentro de su pecho, sintiendo el temblor de sus sombras a lo largo de su piel, notando cómo le iba el corazón tan rápido como a mí. Exhaló contra mis labios; el sonido casi me desarmó, y entonces se inclinó, apoyó la frente contra la mía…

Tres silbidos agudos se oyeron en la oscuridad.

Nos apartamos de un salto, volviendo a la realidad. Me latía el corazón a mil en el pecho mientras ambos nos giramos hacia el sonido, alertas de inmediato.

—El nivel superior —dijo Aether, ya moviéndose. Yo lo seguí de cerca mientras corríamos de vuelta por el túnel, subiendo los escalones en espiral de dos en dos. Los silbidos se oyeron de nuevo, más urgentes.

Irrumpimos en la sala principal justo cuando la voz de Vexa hizo eco por el pasillo.

—¡Aquí!

El corredor se abría en una enorme caverna, y me detuve de golpe cuando observé el muro negro. Decenas de cristales sobresalían de la pared rocosa. Su luz azul violácea proyectaba unas sombras extrañas por la habitación.

Arcanita.

CAPÍTULO 43

—Tendremos que echarlo abajo —dijo Dannika, examinando la formación de cristal. Alargó la mano para tocar uno de los fragmentos más pequeños, que se separó con facilidad de la masa más grande, como un imán que pierde su fuerza de atracción—. Qué… interesante.

—¿Qué pasa? —Vexa se acercó más.

Dannika presionó el fragmento contra la formación y vimos fascinados cómo parecía volver a encajar a la perfección en su lugar; la estructura de cristal se había realineado consigo misma.

—La arcanita… quiere permanecer unida. Es como si se atrajera.

—Pues claro —susurró Tamir—. Así es como han logrado construir esas torres tan grandes. Los cristales se reconstruyen una vez que entran en contacto. No es solo un mineral, es como si estuviera…

—Viva —concluí, observando cómo Dannika separaba otro fragmento más grande esta vez.

—Esto simplifica las cosas —dijo ella—. Podemos separarla en fragmentos más pequeños para transportarla y reconstruirla después cuando hayamos regresado a Ravenfell.

—Los vördr pueden manejar ese peso si lo distribuimos bien —añadió Aether—. Pero necesitaremos algo para guardar los fragmentos.

—Podemos utilizar algunas de estas viejas vigas de soporte —propuso Theron, señalando los numerosos travesaños caídos—. E improvisar unos arneses y repartir el peso entre ellos.

—No nos adelantemos. Todavía no sabemos si puedo imbuirla —intervine mientras sentía de repente otro tipo de presión sobre mis hombros.

Fragmento a fragmento, transportamos la arcanita fuera de las minas y soltamos cada cristal en el claro donde habíamos dejado a los vördr. Cuando los trozos se tocaron, se reunieron a la perfección, reconstruyéndose en su formación natural. Pronto, se alzó sobre el terreno una estructura casi tan alta como yo y el doble de ancha, con su resplandor azul violáceo incluso más impresionante a la luz del sol del atardecer.

—Es… mucho más de lo que esperaba —susurró Vexa, rodeando la formación.

—Menudo botín —comentó Rethlyn, secándose el sudor de la frente—. Aunque imagino que eso es lo que ocurre cuando nadie extrae nada en décadas.

—Es preciosa —musitó Effie, alargando el brazo como si fuera a tocar los cristales antes de retirarlo.

—Pero ¿será suficiente? —preguntó Theron con la voz llena de esperanza.

Analicé la formación, observando cómo la luz parecía moverse a través de cada cristal, como si algo vivo habitara atrapado bajo la superficie. El sol ya se había puesto, coloreando el cielo de tonos púrpuras oscuros que hacían que el resplandor de la arcanita fuera más pronunciado.

—Incluso si pudiera hacerlo —dije, respirando hondo—, no sabemos cuánta esencia almacenará. Cuánta puedo dar yo.

—No tienes por qué hacerlo ahora —comentó Aether, poniéndose a mi lado. Toda su silueta se recortaba contra los últimos rayos del sol poniente, tan nítida y brillante que era casi imposible distinguirla, como si los dos fueran una sola cosa.

—No. —Sacudí la cabeza—. Debemos saber si esto funcionará antes de llevarla a Umbrathia.

Me aproximé más a la formación y pasé los dedos por encima de la superficie sin llegar a tocarla. Los cristales vibraron con su propia energía extraña, pero yo desconocía realmente cómo transferir la esencia a ellos. Presioné la palma contra la arcanita; su superficie estaba fría. No ocurrió nada. Ningún aluvión de poder, ninguna transferencia de energía, solo el cristal suave contra mi piel, tan inanimado como cualquier otra piedra común. Se me formó un nudo en la garganta mientras retiraba la mano.

Todos miraban, aguardando, con la esperanza casi palpable a la luz que se desvanecía. Esperanza que seguro estaba muriendo un poco más a cada segundo que pasaba.

—Igual si pruebas… —comenzó a decir Vexa, pero se calló cuando exhalé con brusquedad.

Esta vez, coloqué las dos manos sobre la formación, presionando más, como si la fuerza por sí sola hiciera que esto funcionase. La luz azul violácea palpitó sin cesar, pero irónicamente sin que se produjeran cambios. Se me formaron unas gotitas de sudor en la frente mientras intentaba introducir esencia a través de las palmas, tal y como había aprendido a canalizar las sombras. Sin embargo, la esencia no era la oscuridad; no era algo que pudiera ver, agarrar o controlar. Existía dentro de mí sin más, tan natural e inalcanzable como mi propio latido.

—No sé cómo hacerlo —susurré, más para mí misma que para los demás. Admitirlo parecía fracasar, decepcionar no solo a mis

acompañantes, sino a todo un reino. Mi reino, según cierto nacimiento por accidente que aún no lograba comprender del todo.

—Tómate tu tiempo —dijo Rethlyn desde algún lugar a mis espaldas. Pero tiempo era lo que no teníamos.

Retrocedí y me pasé los dedos temblorosos por el pelo. ¿Cuántas personas en Ravenfell se estarían muriendo de hambre ahora mismo? ¿Cuántos niños como Lael se encontrarían heridos porque la esencia de su reino se les había arrebatado? Y heme aquí, en teoría cargando en mi interior con el mismo poder que podría restaurarlo todo, pero incapaz de hacer nada con ello.

Cerré los ojos, tratando de centrarme en ese pozo de energía que Talon había descrito, esa esencia infinita que se suponía que fluía a través de mí. No obstante, era como intentar atrapar la lluvia con un colador. Cada vez que creía sentirla, se me escapaba.

«Tranquila».

Aquel pensamiento no parecía mío, pero decidí seguir el consejo. Me giré hacia la formación con la desesperación atenazándome la garganta. Debía de haber un modo. Había sentido poder antes, cuando mi telaraña se había entrelazado consigo misma y había subido por mi columna, cuando me había llenado el cráneo con su iridiscencia.

Casi por instinto, traté de alcanzar esa parte profunda de mí. La telaraña respondió de inmediato; sin embargo, en lugar de dejar que subiera hasta mi cabeza como siempre hacía, me centré en atraerla hacia los brazos.

Al principio, la telaraña se resistió de la misma manera que un río que intentase fluir cuesta arriba. Me temblaron los dedos contra el cristal mientras me esforzaba por redirigir ese poder familiar. Cada instinto me gritaba que le permitiera subir, le dejara llenarme la cabeza. Aunque había algo en esto que parecía correcto.

La respiración me salió en pequeños jadeos a medida que me concentraba. La telaraña me palpitó por las venas, siguiendo su camino habitual, pero yo me mantuve firme y la canalicé hacia abajo, más abajo, a través de los hombros, los codos y hacia las palmas. La sensación era extraña, casi incómoda, como si llevase un guante en la mano equivocada.

—¿Fia? —La voz de alguien sonaba lejana, preocupada. No sabría decir quién había hablado. Todo se había reducido a este momento, a esta sensación de poder corriendo a través de mí.

«Por favor», pensé, presionando la frente contra la superficie fría del cristal. «Por favor, funciona. Lo necesitamos. Lo necesitan». Cerré los ojos.

La telaraña vibró ahora con más fuerza, dejando de luchar contra la nueva dirección y fluyendo con libertad. Me pareció distinto a cuando dominaba las sombras o me metía en las mentes. Más salvaje. O básico. Como si hubiera accedido a algo que siempre había estado ahí.

Un jadeo interrumpió mi concentración y abrí los ojos de golpe.

Una luz blanca resplandeció dentro de los cristales con tanto fulgor que tuve que entrecerrar los ojos. Se propagaba desde donde tocaban mis manos, transformando la luz azul violácea en algo tan puro que resultaba imposible. El brillo se extendía hacia fuera a través de los picos como venas de luz estelar; cada cristal reflejaba y amplificaba el resplandor hasta que toda la estructura pareció cobrar vida con su propia luna deslumbrante.

—Por los Esprithe —susurró Effie detrás de mí.

Retrocedí de la formación a trompicones con las piernas flojas. La luz blanca continuó palpitando a través de los cristales en un marcado contraste con el refulgir de la luz violácea de antes.

—Increíble —murmuró Tamir con los ojos vidriosos y abiertos de par en par. Alargó la mano hacia la formación, pero se detuvo a escasa distancia de tocarla, como si temiera que se hiciera añicos bajo los dedos.

Noté la presencia de Aether antes de verlo con aquella calidez familiar mientras se movía para situarse a mi lado otra vez. Cuando al final alcé la vista hacia él, la luz blanca de la arcanita se le reflejaba en los ojos, volviéndolos casi plateados.

—Lo has conseguido —dijo en voz baja.

—Vamos a probar a amarrar esto a los vördr —propuso Rethlyn, pasando la mano por uno de los arneses improvisados que habían hecho con las vigas de soporte—. Aunque atravesar la brecha igual es complicado.

—Deberíamos ponernos en movimiento —intervino Mira—. Se está haciendo de noche.

Y comenzaron a preparar a los vördr.

—Cuidado con ese fragmento —gritó Vexa cuando Theron y Rethlyn aseguraron otra parte de arcanita al arnés de Draug. El vördr se removió, recolocándose el peso cuando Dannika fue a abrochar las últimas correas.

—Talon debería ser capaz de decir… Cuando lo llevéis a Umbrathia —empecé a explicar, nerviosa—. Puedo notar la esencia fluir ahí dentro, pero no sé cómo vais a redirigirla. —Solo Mira parecía prestar atención—. Talon debería ser capaz de sentir en qué dirección fluye. Debería ser capaz de deciros cómo situar la arcanita en el suelo para que suelte la esencia en el terreno.

Mira entornó los ojos.

—¿Por qué nos cuentas eso?

Observé cómo Aether se acercaba a Tryggar con el último fragmento. El corazón me iba a mil cuando solté:

—Espera.

Me salió claro y directo, e hice que todo el mundo se detuviera y clavara los ojos en mí con una evidente confusión en las caras.

—No lo cargues a él. —Sentí las palabras como piedras en la garganta, pero me obligué a decirlas—. No voy a regresar a Umbrathia. Todavía no.

—¿Cómo? —Vexa frunció el ceño.

—Debo regresar a Sídhe. —Los miré uno a uno—. Si queremos tener alguna posibilidad de ganar esta guerra contra el rey, hay que empezar por desenmascarar las mentiras que ha estado propagando por la isla.

—¿Quieres volver? —El tono de Effie estaba lleno de incredulidad —. ¿Después de todo lo que ha ocurrido?

—Es un suicidio —intervino Theron—. No puedes regresar allí sin más y…

Saqué los espejitos que Raven me había dado y les di vueltas entre las manos.

—Tengo amigos allí…, contactos. Gente que quizá me escuche. —Alcé los espejos—. Gente que podría ayudarnos a revelar la verdad. Gente de dentro.

Aether se acercó a mí con los ojos en llamas.

—Esto no era parte del plan —prácticamente gruñó.

Dannika lo rodeó.

—Alteza, me temo que no podemos permitir que hagas eso por muy noble que suene.

Retrocedí un paso.

—Todo aquel que entra en la Guardia hace un juramento de sangre. Así es como los amordazan y no les permiten hablar de cualquier cosa que ocurra en el oeste. Mientras eso no cambie, seguiremos enfrentándonos a un ejército de miles cada vez que

atravesemos la brecha. —Paseé la vista por el grupo con determinación en la voz—. Y ahora tienen una ventaja con la que no contábamos. Los tónicos para respirar.

La mirada de Aether cambió de furia ardiente a ligera consideración, pero aun así permaneció con los brazos cruzados, mirándome con los ojos entrecerrados.

—Con todo respeto, Dannika. No os estoy pidiendo permiso. Os estoy diciendo lo que voy a hacer. Y si alguien intenta detenerme…

—Vale —accedió Aether, y me llené de satisfacción. Abrí la boca y luego la cerré.

—No hablas en serio… —logró replicar Tamir, asomándose por detrás de Dannika.

Theron dio un paso adelante.

—Ella es el futuro de nuestro reino; es una idea absurda.

—Ya no responde ante nosotros ni ante Dannika o Urkin. —Aether tenía los ojos clavados en los míos y, aunque podía afirmar que mi anuncio repentino no le gustaba mucho, había comprensión en ellos —. Si eso es lo que quiere, ninguno de nosotros puede detenerla. — Hizo una pausa, colocándose a mi lado—. Pero voy a ir contigo.

CAPÍTULO 44

Cuando la Umbra despegó, la realidad de mi elección me golpeó.

—Deberíamos encontrar un lugar mejor para acampar —dijo Aether, examinando el paisaje oscuro—. Un sitio más defendible.

Asentí, ya dirigiéndome hacia Tryggar. El vördr plateado agachó su enorme cuerpo para permitirme subir a su lomo con mucha más gracia que mis primeros intentos. Una pequeña victoria, pero una que me hizo sonreír a pesar de todo.

Aether montó a Nihr a mi lado y nos elevamos hacia el cielo, manteniéndonos lo bastante bajos para examinar el terreno a nuestros pies. La luz de la luna reflejaba las olas a lo lejos, y reparé en que nos estábamos aproximando a la costa. A medida que nos acercábamos volando, pudimos ver un acantilado con una pared que descendía en picado hasta una playa de arena.

—Ahí —grité, señalando el saliente. La elevación nos dejaría ver con claridad cualquier cosa que se avecinara, y el océano a nuestras espaldas significaba tener una dirección menos que vigilar.

Aether hizo que Nihr descendiera, y Tryggar los siguió; sus alas me mandaron ráfagas heladas de aire por la piel a medida que aterrizábamos.

Me bajé del lomo de Tryggar y comencé a descargar los suministros que Raven había logrado encontrarme: unas cuantas mantas, algo de carne seca, una bolsa de cuero desgastada llena de

equipo básico de supervivencia. Antes de que pudiera terminar, Aether apareció y ya me estaba quitando los suministros de los brazos.

—Yo me ocupo.

No pude evitar percatarme de cómo flexionaba los músculos de sus antebrazos mientras lo agarraba todo, de cómo se le marcaban los hombros bajo el uniforme de cuero.

—Cuidado —solté, conteniendo una sonrisa—. Alguien podría confundirte con un caballero.

Sacudió la cabeza, pero capté una leve sonrisa jugueteando en sus labios cuando pasó por mi lado y empezó a instalar el campamento. Tras colocar las mantas, trajo unos cuantos troncos caídos de la linde del bosque y los dispuso cerca del filo del acantilado antes de tenderme el encendedor.

—Ahora vengo —se limitó a decir, ya dirigiéndose a la pendiente hacia la playa—. ¿Podrás hacerlo?

—Me las apañaré.

Puse los ojos en blanco y empecé a colocar los troncos, intentando crear una buena hoguera. Cuando golpeé el pedernal contra el acero, dirigí la vista hacia el camino que había tomado. Me dije a mí misma que solo estaba vigilante, manteniéndome al tanto de dónde se encontraba, pero entonces se quitó la camisa por encima de la cabeza y abrí los ojos de par en par.

El calor se extendió por mi rostro a medida que él se deshacía de sus pantalones de cuero, quedándose solo con la ropa interior negra. Me dije que tenía que apartar la vista. Debía hacerlo, definitivamente. Sin embargo, fui incapaz de alejar los ojos de él mientras se adentraba en el agua con una espada en la mano.

El fuego crepitó a mi lado, al fin encendiéndose, y me forcé a girarme hacia él. Se me escapó una risa de los labios mientras

prendía más leña, preguntándome qué pensarían los demás si pudieran ver a este imponente guerrero umbra ahora mismo cazando peces en ropa interior.

Un tiempo después, Aether volvió vestido por completo y con cuatro peces de un tamaño decente ensartados en la espada.

—¿Qué? —conseguí decir, contemplando la vista.

—No vamos a malgastar la oportunidad de comer algo fresco —respondió, dirigiéndome una mirada cómplice que hizo que el estómago me diera un vuelco, aunque aquello podría haber sido al pensar en pescado fresco de verdad tras meses de grano seco.

Apenas pude contener la emoción cuando él se arrodilló junto al fuego y comenzó a prepararlos; se movió con destreza mientras los limpiaba y los destripaba uno a uno.

—¿Dónde aprendiste todo esto? —pregunté, viéndolo trabajar.

—En la cabaña que viste. —Colocó el pescado sobre las llamas—. Es donde pasaba la mayoría del tiempo antes de la sequía.

Me volví hacia la costa, donde la oscuridad del océano se encontraba con el cielo lleno de estrellas. En algún lugar más allá de aquel horizonte, se hallaba Sídhe y lo que fuera que nos aguardara allí. Pensarlo me provocó un escalofrío por la columna que nada tenía que ver con la brisa nocturna.

El olor del pescado cocinándose me trajo de vuelta al presente. Aether sacó uno del fuego y comprobó la carne con los dedos antes de tendérmelo en un paño. Salía vapor de la piel crujiente y se me hizo la boca agua al observarlo. Toda esta noche parecía surrealista: estar sentados bajo las estrellas, el aire del océano inundándome los pulmones, la sensación de soledad, de ser libre en esta tierra indómita.

Di un bocado con cuidado y la calidez me invadió. La carne estaba perfecta, se desmenuzaba con facilidad, sazonada con nada más que

el humo y la sal del océano. Se me escapó un sonido de la garganta, algo entre una risa y un gemido de placer.

—¿Está bueno? —preguntó Aether, y, cuando alcé la vista, aquella sonrisa con el hoyuelo había vuelto.

Me encontraba demasiado ocupada dando otro bocado para responder. Comimos en un silencio cómodo con el fuego crepitando y el sonido rítmico de las olas como nuestra única compañía. No me acordaba de la última vez que había probado algo así de fresco. Parecía que volvía a estar viva de nuevo tras un sueño muy largo.

Deslicé los ojos hacia Aether mientras comía, observando cómo se le movía la mandíbula, la manera en la que sus labios voluptuosos se presionaban el uno contra el otro entre los mordiscos. La luz de la hoguera captó sus rasgos y danzó a lo largo de los planos afilados de su rostro, y me encontré recordando los míos. Lo cerca que él había estado, sus dedos deslizándoseme por el pelo, su aliento cálido contra mi boca. Cómo durante un momento intenso casi me había besado. Cómo yo casi se lo había permitido. Cómo deseaba haberlo hecho.

La calidez trazó un camino hacia mi cuello y me obligué a centrarme en la comida. ¿Qué me ocurría? Teníamos preocupaciones más graves que lo que sea que fuera esta cosa entre nosotros, esta atracción que no podía entender ni ignorar. Y, aun así, no era capaz de evitar que la mirada se me fuera a él de nuevo; no era capaz de evitar preguntarme qué habría ocurrido si aquellos silbidos no hubieran resonado por los túneles.

Cuando terminamos, me apoyé hacia atrás sobre las manos, contemplando las llamas.

—Gracias —dije en voz baja—. Eres un cocinero excelente.

—Cuando vives solo en el bosque, aprendes a cocinar. —Tiró otro trozo de leña al fuego—. Aunque aceptaré ese cumplido excepcional.

—¿Eso prefieres? ¿Estar solo?

Sus ojos encontraron los míos a través de las llamas.

—Durante mucho tiempo, sí.

El corazón me dio un vuelco ante su tono.

—¿Y ahora?

—Ahora… —pareció sopesar las palabras— no estoy tan seguro.

Me llevé las rodillas al pecho y me las abracé.

—Debió de haber sido bastante tranquilo. Antes de todo esto.

—Lo era —afirmó—, pero estoy empezando a descubrir que hay una diferencia entre la tranquilidad y el vacío.

Las olas rompían bajo nosotros, llenando el silencio posterior. Observé cómo las sombras bailaban bajo su piel, preguntándome si él siquiera era ya consciente de ellas.

—¿Alguna vez te sentiste solo? —La pregunta se me escapó antes de que pudiera detenerla.

—La soledad requiere saber lo que echas en falta. —Su voz era suave, casi distante—. Y yo no lo sabía, no entonces.

Una parte de mí quiso ir más allá; no obstante, algo me retuvo mientras preparábamos el lecho para dormir. No estaba segura de cuánto tiempo habíamos pasado tumbados ahí, uno al lado del otro, contemplando la extensión infinita de estrellas. Una tensión extraña vibraba entre nosotros, pero bajo ella había una sensación de seguridad que no había experimentado desde que me habían secuestrado en Sídhe. Tal vez incluso antes de eso.

—¿Te resulta extraño estar aquí, en Riftdremar? —preguntó Aether en voz baja.

Medité su pregunta, observando cómo las nubes flotaban por delante de la luna.

—Es diferente a lo que me imaginaba. Ver todo esto resurgiendo, lleno de vida… —Me detuve y dejé escapar un suspiro.

Las palabras apenas habían abandonado mi boca cuando la culpa se me instaló en el estómago. Aquí estaba, buscando consuelo en este paraíso desértico mientras su reino se marchitaba, mientras su gente sufría en calles abarrotadas.

—Acabo de darme cuenta de lo desconsiderado que suena eso.

—No —respondió en un susurro—. Solo porque Umbrathia esté agonizando no significa que el resto del mundo deba también.

Giré la cabeza para mirarlo, examinando su perfil bajo la luz de las estrellas.

—Me siento una tonta. —La admisión me salió con más facilidad de lo que esperaba—. Cuando las cosas empezaron a cambiar en Sídhe, cuando el reino comenzó a prosperar, jamás me lo cuestioné. No como debería haberlo hecho.

—No sé por qué debías. —Hizo una pausa—. En la hoguera, cuando te oí…, no parecía precisamente que tu vida fuera tan estupenda para empezar.

—No, no lo era. —El recuerdo de esa noche, cuando le conté mis secretos a gente que apenas conocía, hizo que la culpa me oprimiera el pecho—. Pero no se parecía en nada a lo que experimentaban los kalfar. Yo era privilegiada comparada con eso.

Aether estiró un brazo y me agarró una mano. La giró para ponerla con la palma hacia arriba, estudiando la marca de riftborne bajo la luz del fuego.

—Seguro que esto lo hacía un poco complicado.

—Bueno, servía a su propósito. —Sonreí con cansancio—. Pero llevábamos guantes la mayoría del tiempo.

—¿Llevábamos? —Me sostuvo la mirada con un brillo de curiosidad en los ojos.

—Osta y yo. —La calidez se me extendió por el pecho al recordarla—. Mi mejor amiga. Bueno, supongo que es como una

hermana más que otra cosa. Crecimos en una casa de acogida. Cuando al fin nos mudamos, alquilamos un piso juntas. Nos quedamos ahí hasta que ella consiguió trabajo con una familia noble y a mí me destinaron al oeste. —Solté un pequeño suspiro—. Te caería bien. A todo el mundo le cae bien.

—No sé si me fío de tu criterio. —Soltó una suave carcajada.

Le lancé una mirada.

—Buena observación. Después de todo, estoy aquí contigo.

Ambos nos reímos, y el silencio cómodo cayó entre nosotros cuando devolvimos la vista hacia las estrellas. El fuego crepitaba a nuestro lado, mandando chispas danzantes al aire nocturno.

—¿Sabes? Llevo años sin ver las estrellas —dijo tras un rato.

—¿Ni en Sídhe, cuando cruzasteis la brecha?

Se detuvo.

—Jamás estuvimos allí demasiado tiempo, y nunca miré hacia arriba.

Estudié su rostro, la forma en la que sus ojos dorados reflejaban la luz de los astros, cómo un asombro casi infantil suavizaba sus rasgos angulosos.

—Siempre me han encantado las estrellas. Las echo de menos. Salir a verlas cada noche cuando la oscuridad se traga el día —prosiguió, contemplándolas como si estuviera buscando alguna cosa.

—Hay algo que me produce curiosidad —solté, rompiendo el silencio.

Se giró para mirarme.

—¿El qué?

—Las sirenas te llamaron «destructor de reinos» —expliqué—, y me hizo acordarme de la primera noche en la torre. Dijiste algo sobre estrellarte contra el reino. —Me detuve, observando su

expresión—. No pensé mucho en ello hasta aquel día cuando lo soltaron en la cueva.

Aether volvió a mirar hacia arriba, torciendo la boca. Durante unos segundos, creí que no iba a responder.

—Te conté que solo tenía un recuerdo de mi vida pasada —contestó al fin—, pero eso no es del todo cierto. Me acuerdo de caer. Durante mucho tiempo.

—¿Al Vacío? —pregunté; algo intentaba abrirse paso en mi memoria.

—La oscuridad era abrumadora. Pensé que moriría allí sin dudar, pero la muerte jamás vino a por mí.

Me erguí, comprendiéndolo de golpe.

—Yo he soñado eso —susurré, de pronto con el recuerdo muy nítido.

—¿Cuántas veces has soñado conmigo exactamente? —preguntó con una sonrisa juguetona en los labios, pero con los ojos aún serios.

Empezó a ponérseme el cuello rojo y me giré.

—Es extraño —admití.

Ninguno de los dos dijo nada durante un largo instante.

—Yo sueño con ello casi todas las noches. —Su voz había perdido el matiz burlón.

—¿Y no sabes nada más del lugar de donde provienes?

—Algunas veces siento cosas, como si me atrajeran a algún sitio, pero se desvanece corriendo.

El silencio se instaló entre nosotros, interrumpido solo por el crepitar del fuego y el sonido lejano de las olas.

—¿Por qué no aceptaste el puesto de comandante? —inquirí, preguntándome si estaba yendo demasiado lejos.

La expresión de Aether se volvió pensativa; frunció el ceño mientras contemplaba las estrellas.

—Del lugar del que provengo… —dijo en voz baja— me expulsaron. Debió de haber un motivo para ello. Algo que hiciera. —Un destello de dolor le cruzó la cara tan rápido que casi me lo perdí —. Esta vida parece en parte una oportunidad de redención. —Hizo una pausa e inspiró hondo—. No creo que alguien así deba dirigir a otros.

—Hablas de la redención como si fuera algo religioso —respondí en un susurro—. Creía que no pensabas mucho en que había un poder superior.

—No toda redención es por el bien de los dioses, Fia. —Se giró hacia mí, y algo se agitó en mi pecho por la forma en la que dijo mi nombre.

—¿Los dioses? —Arqueé una ceja.

—Los Esprithe, supongo.

—En Draxon, me pregunté durante un instante si no eras uno de ellos. —La admisión se me escapó antes de que pudiera detenerla—. Nunca había visto algo así. Lo que hiciste.

—Jamás lo había hecho antes. —Algo oscuro le cruzó el rostro—. Al menos, no en esta vida.

El peso de esas palabras se instaló entre nosotros, y me percaté de cuánta culpa cargaba, cuánta incertidumbre sobre su pasado lo atormentaba.

—¿Nadie de los demás lo sabe? —pregunté en voz baja.

—Saben que puedo manipular la materia, pero no saben hasta qué punto.

—Parecía más que eso. La presión dentro de aquella habitación cambió por completo. Como si me estuvieran arrastrando al fondo del océano.

—Estoy seguro de que has visto dones mejores —replicó, desviándose del tema—. La Guardia de Sídhe parece tener un montón.

—No como el tuyo —contesté, pensando en mis días en la Guardia —. Había algunos dones únicos en el equipo del que yo formaba parte. Una de mis amigas podía crear rayos. Otro podía paralizar a la gente con solo una gota de su sangre.

Aether se quedó callado durante un momento. Cuando volvió a hablar, lo hizo con voz monótona.

—¿Es el mismo del que hablabas en la hoguera?

Abrí los ojos como platos cuando se me vino el recuerdo de todo lo que me había oído decir de Laryk aquella noche.

—No, no era él.

—Tenía pinta de imbécil.

—Mira quién fue a hablar. —Me reí, aunque sentí la incomodidad en la garganta.

El silencio que se extendió después pareció más denso.

—¿Has soñado con él? —preguntó al final Aether.

Contemplé cómo responder con una sensación de angustia que se me instaló en el estómago.

—Sí —dije con suavidad, y, acto seguido, hice una pausa—. Cree que sigo viva.

Un deje de violencia cruzó los ojos de Aether; todo rastro de diversión se le borró de la cara. Y, de pronto, parecía que habíamos entrado en terreno peligroso.

—¿Estás enamorada de él? —Su voz era fría.

La pregunta me impactó, y, antes de que pudiera pensarlo siquiera, me oí murmurar:

—Creía que sí.

—¿Y ahora? —Sus palabras fueron cortantes, pero había un trasfondo de algo en su voz que no pude ignorar. Algo que sonaba a esperanza.

La culpa se me instaló en el estómago cuando pensé en ello, sobre lo desolado que se veía a Laryk en mis sueños, sobre lo seguro que estaba de que yo volvería. Había momentos en los que lo echaba de menos, al hombre que creía que existía debajo, al que ahora aparecía en mis sueños. Otros, me molestaba cómo me había mantenido atada a lo desconocido. Laryk siempre había parecido arenas movedizas debajo de mí, y en el pasado ese peligro había sido embriagador. Había hecho que me ardiera la sangre. No obstante, tal vez aquel entusiasmo se había desvanecido. Igual ahora quería tierra firme.

—No lo sé —contesté al fin.

El silencio que lo siguió me resultó vacío. El viento hizo que se me pusieran los vellos de punta y me coloqué las manos debajo de la cabeza. Una parte de mí quería estar más cerca de él, absorber su calidez infinita, pero no podía moverme. Algo había cambiado. La energía entre nosotros ya no era la misma, y durante un instante, me arrepentí de haber respondido a su pregunta.

Aether se giró y me dio la espalda.

—Tenemos que descansar un poco.

Un pánico extraño se me acomodó en el pecho ante su distanciamiento. De pronto, quise estar otra vez en Ravenfell. En su cama, con sus brazos envolviéndome como una armadura. Una que, tal vez, acababa de romper con una afirmación que ni siquiera estaba segura de que fuera cierta.

Ese sentimiento me acompañó hasta que caí en un sueño inquieto.

CAPÍTULO 45

El olor a humo de leña me sacó del sueño. Parpadeé para espabilarme y vi a Aether ya despierto, agachado junto al fuego. Unas nubes oscuras se revolvían en el horizonte donde el mar tocaba el cielo y sus bordes se fundían entre sí hasta que no sabía decir dónde acababa uno y dónde empezaba el otro.

Al parecer, la tensión de la noche anterior aún perduraba en el ambiente. En la vacilación de sus movimientos, en cómo se le tensaron los hombros cuando me levanté. Hasta sus sombras se veían más contenidas, envueltas con firmeza contra su piel como una armadura.

—Parece que va a llover —dije; las palabras salieron neutras en ese ambiente cargado.

Aether alzó la vista del fuego y observó el mar.

—Eso parece, sí.

Me agaché para sentarme frente a él y observé el modo en el que agarró el espeto improvisado con más fuerza de la necesaria. La conversación de anoche flotaba entre nosotros como una niebla.

Sacó un pescado de las llamas y me lo tendió a mí primero.

—Cuidado, quema.

Mientras comíamos, se oyó en la distancia el estruendo de los truenos, cuyo sonido retumbaba en el acantilado. Ninguno dijo nada.

Yo me encontré contando los segundos entre el relámpago y el trueno con tal de llenar el silencio.

—¿La lluvia afectará a los vördr? —pregunté, viendo cómo Aether asaba pescado para Nihr y Tryggar. Las descomunales bestias devoraron su desayuno sin la incomodidad que asolaba a sus jinetes.

—Les encanta —comentó cuando terminó su comida con la mirada fija en otra parte, en cualquiera menos en mí—. Para viajar, no importa mucho. Podemos volar por encima.

Asentí, siguiendo con la mirada el destello de otro relámpago cuando atravesó el cielo.

Aether se puso de pie de manera abrupta y se recolocó las correas de la armadura de cuero.

—Cuando acabes, hay algo que tenemos que hacer antes de marcharnos.

—No deberíamos perder el tiempo —protesté, pero su postura me indicó que esto no era debatible.

—Sé que crees que vamos a hacer esto sin luchar —dijo con los dedos sobre el cinturón de armas, comprobando cada una de ellas —, pero necesito que estés preparada para lo que pueda pasar.

—¿Qué quieres decir?

—Nunca has usado tus sombras en batalla. Al menos, no a propósito. —Al fin volvió la mirada hacia mí, aunque la detuvo en un punto sobre mi hombro—. Debes aprender a luchar con ellas a propósito.

Me levanté y me sacudí la tierra de la ropa.

—Soy toda oídos.

Unas olas enfurecidas rompían contra la orilla mientras Aether comenzaba a explicar con ese tono autoritario que me sonaba tan familiar de mis primeros días en la torre:

—Entrar y salir de tu forma umbría puede desorientar a tu enemigo. Cuando eres sombra pura, eres resistente a los daños físicos. Debes usarlo en tu provecho. —Fue hacia el centro del acantilado, manteniéndose bien alejado del borde—. Pero eso requiere rapidez y precisión. Una consciencia total de lo que te rodea.

Lo seguí, notando la electricidad en el aire cuando otro trueno retumbó y sacudió el terreno a nuestros pies.

—Intenta atacarme. —Las palabras le salieron secas.

Dudé durante apenas un momento y me abalancé hacia delante. Sin embargo, donde Aether había estado, ahora solo había humo. Antes de poder girarme, me agarró de las muñecas y me las puso detrás de la espalda.

—Mira lo extremadamente útil que puede ser en combate —susurró con el aliento cálido contra mi oído. Entonces, me liberó con la misma rapidez, y noté el frío en los lugares donde me había tocado.

Un relámpago atravesó el cielo cuando me giré para encararlo con mis propias sombras arremolinándoseme bajo la piel en respuesta a su desafío.

—Otra vez —ordenó, dando vueltas a mi alrededor despacio—. Ahora, no te limites a atacar a ciegas. Siente las sombras a tu alrededor. Úsalas.

Cerré los ojos apenas un instante, dejando que mi consciencia se expandiera. Las sombras estaban por doquier, proyectadas por las nubes de arriba, por las rocas dispersas por el acantilado, por nuestros propios cuerpos. Me llamaban.

En esta ocasión, cuando me moví, me permití disolverme como lo había hecho él. La sensación era estimulante; estar en todas partes y en ninguna al mismo tiempo. Nada más que niebla negra. Volví a

tomar forma tras él, pero ya se estaba girando y me bloqueó el golpe con el brazo con una velocidad exasperante.

—Mejor. —Se le habían oscurecido los ojos; las sombras se retorcían debajo de ellos—. Pero sigues pensando demasiado. Deja que tu instinto tome las riendas.

Un trueno retumbó encima de nosotros cuando empezamos a movernos. La forma de Aether se desdibujó en oscuridad y yo hice lo mismo; nuestras sombras bailaron alrededor de la otra como humo. Cada vez que creía que lo tenía, se me escapaba, cambiando de forma fuera de mi alcance. Pero yo estaba aprendiendo al ver cómo se movía, cómo utilizaba el entorno en su beneficio.

Divisé un destello de su forma sólida y ataqué; mi puño entró en contacto con su hombro. La victoria no duró demasiado, pues me agarró el brazo y aprovechó el impulso para voltearme. Me disolví antes de golpear el suelo, volviendo a mi forma varios pasos más allá.

—Ya lo vas pillando —señaló, y, por primera vez esa mañana, había más que distancia en su voz.

Continuamos luchando mientras la tormenta se aproximaba; los relámpagos alumbraban el acantilado con fuertes explosiones. Cada destello arrojaba sombras nuevas que torcer y manipular. Estaba comenzando a comprender lo que quería decir con lo de dejar que mi instinto tomara las riendas. Era como si mi cuerpo supiera qué hacer antes que mi mente.

Mi siguiente ataque lo pilló desprevenido. Finté hacia la izquierda antes de disolverme, cambiar de forma despacio y barrerle las piernas. No obstante, en lugar de caerse, se volvió humo y reapareció detrás de mí. Me rodeó la cintura y me atrajo hacia su torso.

—Creativa —murmuró, agitándome el pelo con su aliento—. Pero te has dejado al descubierto.

El siguiente enfrentamiento vino más rápido, con más intensidad. Atisbé un destello de la forma de Aether entre las sombras y me moví por instinto, extendiendo el brazo para agarrarlo. Sin embargo, todo sucedió muy deprisa, los movimientos se mezclaron entre sí, y, con el estado de nervios que sentía, percibí que las sombras empezaron a fluir hacia él sin permiso.

Aether se solidificó de inmediato con los ojos en llamas.

—Fia —espetó, apartando el brazo.

—¿Qué pasa contigo? —Notaba las mejillas ardiéndome; no sabía si por la vergüenza o por la furia.

Él se rio de manera sombría y meneó la cabeza, alejándose.

—Así no es como se hace. Ya lo sabes.

—Pero ¿por qué? ¿Te duele? —pregunté, observando cómo se le habían tensado los músculos de la espalda bajo el uniforme, cómo había apretado los puños.

Permaneció callado mientras la primera gota impactaba contra mi hombro. La tormenta nos había alcanzado al fin.

—No llegamos a hacer la transferencia antes de marcharnos. Sé que debes de ir un poco justo. —Mi voz apenas era audible sobre el creciente viento.

—Si me hubieras contado tu plan antes de irnos de Ravenfell, esto no estaría pasando —dijo en voz baja.

—Lo entiendo. Pero ya no es una opción. —Vi cómo la lluvia comenzaba a oscurecerle el pelo, cómo las gotitas trazaban senderos por su cuello hacia abajo.

Se dio la vuelta hacia mí despacio.

—Lo hace más difícil —replicó, mirándome por fin a los ojos—. Para mí.

El corazón me martilleó en el pecho cuando me acerqué, atraída por la crudeza de su tono.

—¿A qué te refieres? —Pero el fuego en su expresión me dijo más de lo que podrían hacerlo sus palabras. El modo en el que se le oscurecieron los ojos, la forma en la que su aliento parecía entrecortarse al aproximarme.

—¿Te acuerdas de lo que sentiste cuando te di sombras en el pasto aquel día?

El recuerdo me vino de pronto; ese momento cuando su oscuridad me había llenado, cómo me había parecido como ahogarse de la manera más exquisita. Cómo por un instante aterrador y precioso casi me había dejado llevar por la sensación. Cómo una parte de mí había querido hacerlo.

Asentí, notándome ruborizada de repente pese a la fría lluvia que empezaba a caer.

—Lo que te di es una fracción de lo que tú acabas de transferirme a mí. —Se acercó un paso. Clavó los ojos en los míos.

—¿Por qué es difícil? —Las palabras se me atascaron en la garganta. La razón me gritaba que retrocediera, que me alejara de lo que fuera que estuviera creándose entre nosotros. Pero una parte traicionera de mí quería acercarse más.

Él se detuvo, con el conflicto escrito en el semblante. La lluvia le caía de las oscuras pestañas mientras parecía luchar consigo mismo.

—Hace que las cosas sean confusas para mí. —Las palabras eran cautas, como si no fueran esas las que de verdad quisiera decir.

—Yo también estoy confundida —admití antes de poder evitarlo. Bajé la mirada, alejando la culpa que venía con aquellas palabras; la culpa por lo que no decíamos, por todo lo que yo pensaba que sabía de mí misma. Su presencia parecía llenar todo el espacio a mi alrededor, haciendo que fuera difícil pensar con claridad.

—No he sentido nada en décadas. —Su voz era ronca—. Existía, pero apenas vivía. No me escondía de nadie más que de mí mismo, pero me escondía de todas formas. Y entonces tú… Y ahora… —Se calló, con el dolor en la cara mientras trataba de serenarse. Sentí una oscura sensación de familiaridad que me atraía—. He intentado volver a ese lugar, pero ya no encuentro el camino. Ni siquiera estoy seguro de que siga existiendo. No desde que tú apareciste y destruiste todos y cada uno de los muros que yo había construido.

Casi me tambaleé hacia atrás.

Porque yo también lo había sentido. Hasta ese momento, jamás lo había visto tan claro.

Aether no solo me veía, sino que entendía quién había sido siempre. De esa forma inexplicable y profunda que solo dos almas que han existido escondiéndose podrían comprender de verdad.

La lluvia me corrió por la cara cuando alcé la vista hacia él con el corazón retumbándome en el pecho.

—No eres solo tú, Aether. Tú también has estado derribando mis muros.

De pronto, se movió, y todo mi mundo se redujo a nada más que él. Me rodeó con los brazos mientras sus labios iban al encuentro de los míos y el cielo se abría en dos.

La lluvia cayó. Un trueno retumbó. Pero lo único que sentí fue el sol.

Su calidez ardía a través de mi ropa mojada, abrasando cada lugar en el que nos tocábamos. Quería más. Necesitaba más. Enredé los dedos en su cabello mientras mis sombras se desataban en busca de su oscuridad. El gemido que brotó de su garganta me atravesó las venas, y él profundizó el beso con un hambre a juego con la mía.

Deslizó las manos hacia abajo, me agarró de los muslos y el mundo se inclinó. Mi espalda golpeó el suelo mojado, y entonces él

estaba en todas partes, presionándome con su peso, su calor calándome los huesos. Más sombras fluyeron de mí, buscándolo, necesitándolo.

Se apartó, respirando con dificultad. Las gotas le colgaban de las pestañas mientras me miraba desde arriba con los ojos derretidos como oro fundido. Enredó los dedos en mi cabello empapado y me miró de un modo que hizo que se me detuviera el corazón. Como si yo fuera su salvación y su condena. Como si yo lo fuera todo.

La oscuridad se apoderó de mi visión cuando nuestras sombras se fusionaron, danzando bajo nuestra piel. Cada caricia provocaba algo más profundo. Cada roce de sus dedos dejaba rastros de fuego. Era devastador el placer de esto, de dar y tomar, de compartir la oscuridad. No sabía decir dónde acababa yo y empezaba él.

Llevó la boca a mi cuello y trazó con la lengua senderos abrasadores a pesar de la lluvia helada. Surgió otra oleada de sombras entre nosotros y gemí; el sonido era salvaje y desesperado. Su gemido en respuesta vibró contra mi garganta cuando me rozó la piel con los dientes.

Mi cabeza cayó hacia atrás, con los ojos vueltos, mientras el placer amenazaba con consumirme. A través de la lluvia, a través de la bruma de deseo, se me abrieron los ojos de golpe.

Y se me paró el corazón.

El miedo se había cristalizado en mis venas, agudo y repentino. Allí, a través de la tormenta, había un barco. El blasón de Sídhe ondeaba en sus velas.

Y navegaba directo hacia nosotros.

CAPÍTULO 46

—Aether. —Se me quebró la voz al pronunciar su nombre. Él se paralizó y sus ojos buscaron los míos antes de seguir mi mirada al otro lado del agua.

Nos movimos como uno solo, cambiando a nuestra forma de sombra en un instante. Me iba el corazón a mil cuando nos materializamos junto a los vördr, instándolos a que se metieran más adentro del bosque. «¿Nos habrán visto ya?». El pensamiento hizo que me estremeciera de la cabeza a los pies.

—Tenemos que estar cerca cuando lleguen a la orilla. —La voz de Aether había cambiado; todo rastro de intimidad se había desvanecido—. Y descubrir lo que están haciendo aquí.

Asentí, aún saboreándolo en mis labios, aún sintiendo la sensación de su tacto en la piel. Sin embargo, no había tiempo para aquello ahora. Nos convertimos en sombras una vez que escondimos a los vördr y nos movimos en silencio hacia la orilla.

Entre la niebla, el barco emergió como un fantasma; primero solo una sombra, luego su forma sólida. El agua se revolvía blanca contra su casco oscuro, y el blasón de Sídhe ondeaba al viento, con los hilos dorados captando la poca luz que atravesaba las nubes. El fuego me recorrió las venas cuando reparé en la segunda bandera bajo el blasón de Sídhe: un sol abrasador con unas espadas cruzadas.

«No puede ser».

Pero conocía ese emblema. El blasón de la familia Soleil.

El ancla del barco salpicó el agua; las cadenas traquetearon cuando bajaron barcos más pequeños a las olas embravecidas.

—Voy a ver cuántos hay a bordo. —Mi voz sonó más segura de lo que me sentía.

Jamás había intentado usar mi foco en mi forma umbría, pero la telaraña respondió al momento, entrelazándose a través de mi niebla oscurecida. Unos orbes plateados de consciencia se encendieron en el barco como estrellas. Cuatro en la cubierta superior y seis debajo.

—Diez —dije en voz baja.

—Tenemos dos opciones —espetó la voz de Aether en medio de la lluvia—. Podemos esperar a que lleguen a la orilla para ver por qué están aquí o podemos arrojar oscuridad y sacar a todo el mundo del barco.

—¿Arrojar oscuridad? —Las palabras me resultaron extrañas al decirlas.

—No te preocupes, yo me encargo. —Había una naturaleza letal en su tono.

Dos figuras aparecieron en la proa del barco; sus formas difusas por la neblina. Alzaron lo que parecían unos catalejos de latón y examinaron de modo metódico la costa.

—Están buscando algo —susurré, pero las palabras murieron en mi garganta cuando uno de los hombres de repente señaló algo a nuestras espaldas y le dijo algo a gritos a su tripulación.

Me dio un vuelco el estómago cuando me giré. Tryggar se encontraba al borde del acantilado; su forma plateada era inconfundible contra el cielo oscurecido por la tormenta.

«Mierda».

Se me agolparon las opciones en la mente, cada una peor que la anterior. No podíamos huir, pues ya habían visto a Tryggar. Y si aquellos eran los hombres de los Soleil… No me permití que el pensamiento fuera más allá. Si vieran aunque fuera un destello de mi marca de riftborne, estoy segura de que nos aguardaría alguna especie de tortura. No obstante, dejarlos volver a Sídhe con la noticia de que estábamos aquí podría echar a perder todo lo que habíamos planeado.

—Tenemos que hacer algo, Fia. —La voz de Aether era grave, urgente—. Tú decides.

Tragué saliva con fuerza, saboreando la bilis.

—Sácalos. —Las palabras me quemaron en la garganta.

La tripulación había empezado a desembarcar en botes más pequeños cuando nos movimos. Atravesamos el agua como humo viviente y nos materializamos en la cubierta del barco justo cuando una oscuridad impenetrable descendió sobre él. Unos gritos de pánico emergieron en torno a nosotros.

Me lancé contra un guardia con los colores de Sídhe, con sombras enroscándoseme en el puño, y, entonces, me detuve. A través de la oscuridad, vi un destello de pelo rubio miel.

Se me paró el corazón.

—Aether —me atraganté—. Detente. ¡Aether, detente!

La oscuridad se disolvió, y de repente estaba mirando unos ojos aguamarina que conocía mejor que los míos propios. Osta se encontraba delante de mí; el terror se convirtió en conmoción al percatarse. Las lágrimas brotaron cuando se tiró a mis brazos.

No pude moverme. Tampoco respirar. No era posible que fuera real. La última vez que la había visto, tenía los ojos abiertos como platos por el miedo mientras un grito le desgarraba la garganta. Cuando me llevaron de Emeraal. Y, ahora, aquí estaba, en un barco

en Riftdremar, con las lágrimas cayéndole por el cuello. Mi Osta siempre había sido rayos de sol y chistes malos, no esta cosa temblorosa y rota.

Algo se rompió en mi interior, una presa que había construido hacía meses para contener todos los recuerdos de ella que dolían demasiado como para hacerles frente. Osta, que había sido mi hermana en todo menos en sangre, ambas marcadas como riftborne, ambas supervivientes al margen de una sociedad que nunca nos quiso de verdad.

Había soñado con este momento muchísimas veces en mi torre de Ravenfell. Había imaginado todas las cosas que diría, cómo le explicaría todo. Sin embargo, ahora, teniéndola entre mis brazos, sintiendo sus hombros temblar por los sollozos contra mí, las palabras parecían imposibles. ¿Cómo podía contarle que mientras ella pensaba que estaba muerta, o algo peor, yo había descubierto la verdad sobre nuestro lugar de nacimiento, sobre quién era en realidad? ¿Que había encontrado respuestas a preguntas que ella me había susurrado a altas horas de la noche, queriendo saber sobre nuestros padres, sobre la guerra que nos convirtió en huérfanas?

Aún olía a vainilla y calidez, todavía me recordaba a casa. No obstante, ahora ambas éramos diferentes, habíamos cambiado con el tiempo, los traumas y el peso de los secretos que no estaba segura de cómo compartir…

—Bueno, eso ha estado a punto de acabar en tragedia. —Una voz vagamente familiar interrumpió mis pensamientos.

Puse a Osta detrás de mí y alcé la vista para encontrar a lord Soleil observándonos, con lady Soleil a su lado. «No es el general. No es Baelor». Un movimiento a mis espaldas captó mi atención: Aether se hallaba rodeado de guardias, muy quieto, con las manos

atadas a la espalda. Aunque había armas apuntando hacia él, permaneció con los ojos fijos en mí.

—Basta —ordenó lord Soleil—. Liberad a ese hombre.

En cuanto bajaron las armas, Aether se desvaneció y reapareció a mi lado como una sombra hecha carne.

Una lluvia cubría las tablas desgastadas de la cubierta; cada gota reflejaba el cielo sobre nosotros. La madera bajo mis pies estaba suave por los años de botas y sal; había unos parches oscuros que señalaban dónde el mar había reclamado su territorio.

—¿Qué estáis haciendo aquí? —Me giré hacia Osta, pero ella siguió con los ojos abiertos de par en par fijos en Aether.

—¿Quién es él? —susurró, aún con lágrimas recorriéndole el rostro.

—Osta, céntrate. ¿Qué estáis haciendo aquí?

Desvió la vista a los Soleil, y el orgullo en su expresión me hizo seguirla.

Lady Soleil dio un paso adelante con una sonrisa amable realzando sus rasgos.

—Te he estado buscando, Fia. Desde que desapareciste de Emeraal.

—¿Buscándome? —Las palabras se sentían huecas en mi garganta —. ¿Qué quieres decir?

Lord Soleil se movió al lado de su mujer.

—Esa noche, cuando nos conocimos, me percaté de inmediato de que no eras como nosotros. ¿Lo recuerdas?

El encuentro me vino a la memoria: su mirada curiosa, el peso de sus palabras. «Es genial tenerte de nuestro lado». El corazón me dio un vuelco cuando comencé a entenderlo todo. Mis ojos iban de los Soleil a Aether, que parecía tan confundido como yo.

—Mi mujer… Su foco le permite tener premoniciones. —La voz de lord Soleil cargaba un deje de orgullo—. A veces, solo son sensaciones, pero otras son visiones completas. Es una absoluta maravi…

Lady Soleil lo detuvo con una mirada.

—Como te he dicho, te he estado buscando desde que desapareciste. Y ayer sentí tu presencia otra vez en este reino.

—No lo entiendo. —Me giré hacia Osta, cuyas lágrimas no habían cesado. Parecía la misma y completamente distinta a la vez. Todavía se le rizaba el cabello rubio miel de manera indómita por el aire húmedo, aunque le había crecido más allá de los hombros ya. Unas líneas nuevas le arrugaban las comisuras de los ojos. Llevaba uno de sus viejos vestidos, el azul con florecitas que cosió ella cuando aún trabajaba para Thearna, pero ahora le quedaba más holgado.

—Creía que estabas muerta —dijo, y se le quebró la voz—. Cuando desapareciste…, me quedé hecha polvo, bloqueada por completo. —Seguía haciendo eso con las manos, lo de retorcerse los dedos hasta que los nudillos se le ponían blancos y luego los soltaba. Aquel hábito nervioso era nuevo. Al igual que los círculos negros bajo los ojos y la manera en la que su sonrisa parecía temblar en las comisuras antes de formarse del todo. Y yo la había dejado sola, sumida en el dolor mientras descubría mis verdades al otro lado de la brecha. La carga de aquello me oprimió el pecho hasta que apenas pude respirar—. Los Soleil —prosiguió Osta, señalando a la pareja— vieron cuánto estaba sufriendo y acabaron contándome la verdad.

Me giré para verlos justo cuando lord Soleil se agarraba a la barandilla que nos separaba.

—Nunca creímos que estuvieras muerta. Ni tampoco que ellos le hicieran daño a una de los suyos. Al igual que sabíamos que no nos

harían daño a nosotros aquella noche. —Se volvió hacia Aether—. Ninguno de vosotros ha atacado a civiles jamás, a pesar de lo que diga la Guardia —dijo lord Soleil con un tono serio—. Yo era joven cuando Riftdremar se alzó contra Sídhe. Joven pero observador. Sabía que lo que ellos estaban contando era mentira. Muchos se percataron entonces, aunque a pocos les importó.

La lluvia pareció amainar mientras hablaba.

—Así que, cuando empezamos a experimentar los «ataques» en nuestra frontera occidental, me permití acercarme a la Guardia y les dejé explotar mi foco. Y, una vez que viajamos a Emeraal, a Stormshire, y vimos aquellas torres de arcanita, me di cuenta de que aquello era otra mentira oculta bajo capas de propaganda y nacionalismo ingeniosamente construido. —Se detuvo, poniendo en orden sus pensamientos—. Pero todavía no sé todos los detalles.

Lady Soleil se aproximó más con los ojos fijos en los míos.

—No sabíamos quién era este supuesto enemigo, así que empecé a investigar después de que Henrick me contara sus sospechas. Y hacéis todos bien en manteneros ocultos. Me llevó casi un año poder ver algo a través de esa oscuridad. —Desvió la vista a Aether—. Con el tiempo, vi atisbos de un reino agonizante en el que el verde se había convertido en cenizas. —Sus palabras me dieron como un puñetazo. Pensé en mi primera visión de Umbrathia, en el eclipse eterno, los cultivos marchitos, los ojos vacíos de la gente. ¿Cómo de diferente serían las cosas ahora si otras personas en Sídhe hubieran visto lo mismo que los Soleil? Ojalá pudiéramos hacerles ver más allá de todas las mentiras.

Los Soleil compartieron una mirada significativa antes de que el hombre prosiguiera:

—Desde entonces, hemos comenzado a formar una pequeña resistencia: algunos ciudadanos de a pie, otros dentro de la Guardia,

todos aquellos que están dispuestos a destruir sus juramentos de sangre. Muchos como tú, supongo. —Me contempló, pero entonces observó por encima de mi hombro y oí pasos detrás de mí.

—Cuánto tiempo. —La voz hizo que me sobresaltara. Me giré y me encontré a un hombre con el pelo rubio desgreñado y unos familiares ojos marrones, los ojos del chico riftborne con el que había crecido en la Casa de la Unión. Que había sido uno de mis verdaderos amigos en Sídhe. La última vez que lo vi, había sido fuera del cuartel, cuando me había mirado como a una extraña.

—Eron. —Me salió su nombre en poco más que un suspiro mientras caminaba hacia él.

—Cuando me enteré de que te habías unido a la Guardia, no supe qué pensar. Cómo hablar contigo. Porque yo ya formaba parte de esto y… —Se calló, y la incertidumbre se le reflejó en el ceño—. Bueno, no sabía si podía ya confiar en ti.

Me ofreció una sonrisa tímida y me tendió la mano. Yo me quedé mirándola por un instante antes de darle un abrazo.

Cuando me volví hacia Aether, este tenía un rostro ilegible, pero una ceja alzada un poco; una pregunta silenciosa: «¿Podemos confiar en ellos?».

Suspiré, contemplando la escena a nuestro alrededor. Formaban un grupo extraño en la cubierta resbaladiza por la lluvia: guardias de Cuerpo con sus uniformes junto a civiles en ropa de viaje. Los Soleil parecían casi etéreos con sus prendas finas; el vestido de seda de lady Soleil ondulaba como agua en el viento, mientras que el abrigo de lord Soleil estaba lleno de botones a juego con los accesorios de latón del barco.

—Bueno, pues me habéis encontrado —dije al fin, girándome hacia lady Soleil—. ¿Qué queréis de mí?

CAPÍTULO 47

Los hombres de los Soleil sí que se habían superado a sí mismos.

Sirvieron un auténtico festín en el acantilado, con manteles que podrían haber costado más que nuestro antiguo piso incluido. El despliegue era impresionante: pan recién hecho, fruta que no había visto desde que dejé Sídhe, incluso vino en copas finas que parecía absurdamente fuera de lugar entre las ruinas. El océano rompía contra las rocas abajo, enviándonos una bruma que nos rociaba la cara de vez en cuando.

Solo los seis estábamos sentados a la mesa, yo entre Osta y Aether, como un sándwich, y Eron y los Soleil enfrente de nosotros. El resto de su gente se había desplegado por las ruinas, concediéndonos privacidad mientras vigilaban. Cada vez que pillaba a Osta mirándonos a mí y a Aether, ella desviaba la vista corriendo.

—Antes de tu desaparición —comenzó a decir lord Soleil, rompiendo el incómodo silencio—, ya habíamos conformado una buena red. Mi gente en la Guardia creaba pequeños agujeros en las patrullas, instantes en los que la Umbra podía colarse sin que los notaran. Con las visiones de Kalea guiándonos para saber cuándo era el momento perfecto… —Señaló a su mujer.

Aether alzó la mirada de su plato intacto.

—¿Se supone que debo dar las gracias por eso?

—Entiendo que no llega ni al mínimo —dijo Soleil con tacto—. Pero hacemos lo que podemos con lo que tenemos.

Aether no despegó la vista de él; el silencio se alargó de un modo incómodo.

—¿Por qué nos estáis ayudando? —pregunté—. Vuestra familia debe beneficiarse de todo lo que Sídhe ha obtenido. Nada os ata a Umbrathia, no tenéis motivo para preocuparos por lo que le ocurra a su gente. —Me incliné hacia delante, estudiándole el rostro—. Así que ¿qué ganáis vosotros con esto?

A lord Soleil le mudó la expresión. Intercambió otra mirada con su mujer antes de contestar, pero lo interrumpí.

—Los nobles de Sídhe jamás han sido tan ricos ni ostentado tanto poder. Y, sin embargo, aquí estáis vosotros, arriesgándolo todo para ayudar al mismo reino que estáis robando.

A lord Soleil se le endureció el semblante.

—Una prosperidad que se sustenta sobre el sufrimiento de los demás no es prosperidad en absoluto; es parasitismo. Y no puede seguir así. —Soltó su copa de vino—. Es posible que gente como mi hermano esté contenta viendo cómo nuestro reino progresa mientras otro languidece, pero he visto a dónde conduce este camino. —Sacudió la cabeza—. ¿Qué ocurrirá cuando no quede nada más que drenar de Umbrathia? ¿A dónde crees que irá el rey después?

Lady Soleil le cogió la mano a su marido.

—Los nobles se piensan que son intocables en sus torres de oro. Pero están tan ciegos como los demás. Esto no es sostenible, y, cuando todo se derrumbe, dará lo mismo lo rico o poderoso que se sea.

—El equilibrio entre los reinos se ha desestabilizado por completo —continuó lord Soleil—. Sé que muchos no siguen las enseñanzas de

los Esprithe; sin embargo, yo siempre he sido un seguidor devoto de su sabiduría. Y este crimen no quedará impune.

Vi cómo Aether sofocaba un resoplido, pero la veneración del tono de Soleil me llamó la atención y no estaba segura de por qué.

—Lo que nos lleva a la razón por la que necesitamos algo más que colar gente por la frontera —prosiguió lord Soleil, negándose a venirse abajo ante los ojos de Aether—. Hemos estado reuniendo apoyo poco a poco. Con cautela. Incluso hemos conseguido unos cuantos oficiales de la Guardia. Pero solo podemos llegar hasta cierto punto con ese tipo de influencia. —Hizo una pausa, intercambiando una mirada con su mujer—. Lo que necesitamos es a alguien de alto rango. A alguien con poder de verdad.

—Un general —añadió lady Soleil con delicadeza.

Noté cómo Aether se ponía rígido a mi lado.

—Osta mencionó lo cercanos que os habíais vuelto Laryk Ashford y tú —señaló lord Soleil.

Un rubor se deslizó despacio por mi cuello. Fulminé con la mirada a Osta, quien de repente encontraba su plato fascinante. Entonces, sentí los ojos de Aether sobre mí.

—Ah —dijo en voz baja—. Conque es ese.

—¿Qué esperáis que haga en concreto? —pregunté, pasando los dedos por mi copa de vino sin tocar.

—Ashford siempre ha sido… impredecible —respondió lord Soleil —. Desprecia abiertamente a mi hermano, lo que es un punto a su favor. Pero, además, siempre ha sido el que cuestiona cosas. El único general que ha ido alguna vez contra órdenes directas. —Se inclinó hacia delante un poco—. Si alguno de ellos pudiera convencerse de la verdad, ese sería él.

A Aether se le oscurecieron los ojos cuando apartó su plato con demasiada fuerza. Osta se reclinó ahora de manera evidente,

mirándonos a los dos con la cabeza un poco ladeada.

—Hay que ocuparse primero de los juramentos de sangre —señalé, tratando de redirigir la conversación—. Da lo mismo a quién convenzamos de la Guardia si no puede hablar de lo que sabe.

—No podría estar más de acuerdo. —Lord Soleil asintió—. Hay que destruir los juramentos de sangre.

—Era uno de nuestros planes —admití.

—Unos cuantos de mis guardias trabajan en las verjas principales del cuartel —comentó—. Podría garantizaros acceso…

—No lo necesitamos. —La voz de Aether atravesó el aire con un tono de desconfianza—. Solo llamará la atención. Es mejor entrar a nuestra manera.

—El lugar está muy fortificado —repuso lord Soleil.

Aether bufó, aún negándose a tocar la comida que había delante de él.

—Pero… usad el método que prefiráis —accedió Soleil; era obvio que había notado el mal humor de Aether.

—Los guardan en Luminaria, ¿verdad? —pregunté—. Hasta los de otras regiones, ¿no?

—Sí, todos se guardan en el cuartel.

—Pues esa es nuestra prioridad entonces —declaré con firmeza antes de girarme hacia lady Soleil—. ¿Has visto alguna vez algo del rey? ¿De su foco?

Lady Soleil miró a su marido antes de contestar.

—Nunca he sido capaz de ver nada concerniente a él. Solo puedo tener visiones claras de gente con la que he interactuado. —Recorrió con los dedos el borde de su copa—. Y jamás lo he conocido en persona. Es muy frustrante.

—Nosotros hemos descubierto algo en Umbrathia. —Me moví hacia delante, bajando la voz, aunque no había nadie cerca que nos

escuchase—. Una atadura, bueno, un foco. Se llama «sifón». Con él se puede transferir la esencia de un lugar a otro.

La mesa se quedó callada. Hasta las olas parecieron guardar silencio.

—Eso tendría sentido —habló por fin Eron con los ojos iluminados —. Nunca hemos sabido concretamente cómo lo hacen. Creíamos que estaba relacionado con las torres de arcanita.

—La arcanita solo almacena. —Contemplé sus caras mientras empezaban a comprender—. Pero hay algo más importante que el rey. Su pueblo debe saber la verdad antes de que podamos hacer algo al respecto. Hay que darle la oportunidad de elegir bando en esta guerra.

—Tienes razón —asintió Soleil—. Esa ha sido nuestra estrategia desde el principio. Provocar trastornos desde dentro. —Cruzó la mirada con la mía de nuevo—. Y contar con el apoyo de un general sería inestimable.

Me removí, incómoda, y Aether presionó la pierna contra la mía bajo la mesa.

—No pensaba hablar con él —dije en voz baja.

—Está en Stormshire con el resto de tu antigua unidad. —Las palabras de lord Soleil me cayeron como un jarro de agua fría.

Miré a Osta.

—¿Nazul sabe algo de todo esto?

A Osta se le mudó la expresión y negó con la cabeza.

—No. No he hablado mucho con él últimamente. Desde que… ocurrió todo.

Otra oleada de culpabilidad me embargó.

—Si pudieras infiltrarte en Stormshire, convencer a Ashford… —Soleil se inclinó hacia delante—, sería el punto de inflexión que todos necesitamos.

Noté a Aether ponerse rígido junto a mí.

—Podríamos ayudarte, claro. Sé que es un poco tarde, pero mañana por la noche van a asistir todos los generales a una asamblea en la sala de control central. Si fuera posible que te colaras en su cuarto sin ser vista…

Aether se levantó de manera tan repentina que la mesa se sacudió y las sombras lo rodearon en oleadas.

—Eso no va a pasar. —Su voz era poco más que un gruñido.

Vi cómo Osta abría los ojos como platos mientras soltaba el tenedor y este producía un sonido metálico al chocar contra la porcelana. Me dirigió la mirada a mí, pero ya no había quien parara a Aether.

—No tenéis ni idea de quién es ella. —La oscuridad de su tono hizo que hasta lord Soleil se echara hacia atrás—. Para nosotros. Lo importante que es.

—Aether, detente. —Me puse de pie a su lado.

—Quizá ella confíe en todos vosotros, pero yo no. —Las sombras se le salían de las comisuras de los ojos—. Y no me voy a quedar de brazos cruzados mientras enviáis a la heredera al trono de Umbrathia a una trampa mortal.

El silencio se propagó por toda la mesa como una ola. A Osta se le escurrió la copa de vino de entre los dedos y el líquido rojo se extendió por el mantel blanco como si fuera sangre. Abrió la boca y la cerró varias veces antes de decir:

—Perdona, ¿que ahora eres qué?

Lord Soleil se había quedado del todo tieso, empezando a perder la compostura. Hasta lady Soleil parecía petrificada.

—La heredera a… —soltó Eron—. Pero si creciste en Sídhe. En una casa de acogida. Con… —Señaló a Osta; era evidente que le costaba comprenderlo.

—Fia. —Osta había adoptado ese tono familiar que siempre usaba cuando parecía a punto de desmayarse—. ¿Me estás diciendo que, además de ser alguna clase de dominadora de las sombras, controladora de mentes y antigua prisionera, también perteneces a la realeza?

—Lo he descubierto hace poco —respondí en voz baja, mirando con los ojos entrecerrados a Aether.

—Ah, bueno, entonces no pasa nada. —Soltó una breve carcajada histérica—. Yo pensando durante meses que estabas muerta y tú descubriendo por casualidad que eres la heredera de todo un reino. —Se detuvo y luego añadió—: Aunque supongo que eso explica por qué siempre se te ha dado tan mal doblar la colada.

—Osta —dije, pero ella había cogido carrerilla ya.

—¿Eso significa que debo hacerte una reverencia? Porque he estado practicando, ya sabes, mientras trabajaba para los Soleil y eso, pero todavía se me da fatal. Aunque supongo que eres demasiado…

—Tan solo las implicaciones políticas… —comenzó a decir lord Soleil.

—Ay, por favor —interrumpió Osta, poniendo los ojos en blanco. A continuación, se quedó paralizada con el horror reflejándosele en el rostro—. Espera, ¿debería dejar de decir esas cosas? ¿Hay reglas sobre insultar a la realeza de otro reino? ¿Me van a arrestar? Porque tengo muchas historias que me incriminan…

—¡Osta! —Pero yo ya estaba intentando reprimir una sonrisa, agradecida por su habilidad para reducir la tensión. Sin embargo, la postura de Aether no cambió; si acaso, parecía más irritado que antes.

—Disculpadnos un momento —solté, agarrando a Aether del brazo y llevándolo hacia la linde del bosque—. ¿Es que no puedes

contenerte? —espeté hecha una furia cuando estuvimos lejos de los oídos.

—Iban a mandarte a Stormshire —gruñó, girándose para encararme—. Como una especie de enlace para ganártelo.

—Eso no se ha decidido…

—Eso es justo de lo que depende su plan. —La oscuridad palpitaba a lo largo de sus quemaduras del Vacío—. Y ahora ellos saben quién eres y todo lo que conlleva.

—No tenías ningún derecho a contárselo. —Las palabras salieron cortantes.

—Tenía todo el derecho. —La voz le salió peligrosamente baja—. Ya no eres una simple soldado a la que enviar a una misión suicida. Eres más…

—¡Ni siquiera sé qué soy! —El estallido nos sorprendió a los dos—. Apenas he tenido tiempo de procesar nada de esto yo misma, y resulta que acabas de anunciárselo a todos como si fuera una especie de escudo para protegerme.

—Por supuesto que voy a protegerte de aquellos que tengan malas intenciones. —La ira destellaba en sus ojos.

—Puedo pensar por mí misma. —Me aproximé, envalentonada por la furia—. Tomar decisiones por mí misma. Antes te parecía estupendo. ¿Qué ha cambiado?

No respondió, pero entrecerró los ojos.

—¿Es por Ashford? —Alcé una ceja—. Porque yo ya tenía pensado buscar a mis amigos en el oeste, los que estaban en la unidad conmigo. Te lo dije anoche.

—No entiendo por qué tienes que ser tú la que hable con él —respondió, pasándose la mano por el pelo y desviando la vista al océano.

—Porque llevan razón. Es posible que no escuche a nadie más —admití en voz baja, dando un paso hacia Aether—. Si se uniera a esta resistencia que han empezado, eso lo cambiaría todo.

Quería verlo. Aun cuando trataba de ignorar ese sentimiento, todavía quería verlo. Pero la idea de plantarme de verdad delante de Laryk otra vez hacía que se me encogiera el corazón por el miedo.

¿Y si no me creía? ¿Y si le hablaba de todo: de las tierras agonizantes, de la gente muriéndose, de las pruebas del robo de Sídhe…, y aun así elegía su reino por encima de la verdad? ¿Y si su lealtad al rey era más fuerte que cualquier prueba que pudiera mostrarle?

E, incluso si me creía en lo respectivo a Sídhe, tendría que contarle todo lo demás. Lo de unirme a la Umbra. Lo de quién era en realidad. Y lo de Aether.

No podía mentirle. Laryk lo vería al instante. Tendría que ser honesta. Brutal y totalmente honesta.

Y no sabía si lo que sea que hubiéramos tenido sobreviviría a semejante honestidad.

Deslicé la mano en la de Aether, y la rigidez de su postura se aflojó cuando me atrajo hacia él y presioné la cara contra su pecho.

—No quiero que te pase nada. —Su torso vibró con las palabras. El pánico de su voz podría haber sido por mi seguridad, pero el instinto me decía que le daba más miedo perder lo que fuera que estuviera ocurriendo entre nosotros. Eso tan frágil que apenas habíamos comenzado a comprender.

CAPÍTULO 48

Las olas rompían contra el acantilado mientras finalizábamos nuestros planes. A pesar de la nueva vacilación de los Soleil sobre mi implicación ahora que sabían quién era con exactitud, acordamos seguir adelante, confirmar que una vez cada quince días mandaríamos representantes a Riftdremar para intercambiar información y cualquier nuevo avance. Se me revolvía el estómago al pensar en regresar a Sídhe, pero necesitábamos aliados. Necesitábamos que la verdad se extendiera.

—Son unas cuatro horas en barco. —La voz de Osta interrumpió mis pensamientos mientras se acercaba; su presencia familiar ya calmaba mi ansiedad de algún modo—. Por favor, dime que ya no te mareas. Acuérdate de la última vez que tomamos el ferry para…

Antes de que pudiera continuar, Aether soltó un silbido agudo. Tryggar y Nihr emergieron de la linde de los árboles; sus formas colosales proyectaron sombras por todo el claro. Reparé en cómo la expresión de Osta pasó de la confusión al miedo mientras retrocedía tropezando. Incluso los Soleil dieron unos cuantos pasos atrás, perdiendo su compostura anterior.

—En realidad, tenemos nuestro propio medio de transporte —dije, conteniendo una sonrisa.

—¿Eso? —A Osta se le quebró la voz al decirlo y abrió los ojos como platos al ver las alas de Tryggar extendiéndose bajo la luz del

sol.

—No dan tanto miedo. —Agarré a Osta de la mano y casi la arrastré hacia los vördr. Tryggar presionó de inmediato su cabeza contra mi palma en cuanto nos acercamos, con sus ojos oscuros amables. Osta se quedó paralizada a mi lado, claramente dividida entre la fascinación y el terror.

Dio un paso dudoso hacia delante sin apartar la vista de Tryggar.

—¿Quién eres? —inquirió en voz baja.

Me detuve, no muy segura de cómo responder a su pregunta.

—Han pasado muchas cosas —contesté al fin; las palabras me parecieron inadecuadas incluso al tiempo que me salían de la boca.

—Ya veo. —Sus ojos al fin encontraron los míos—. Pareces diferente.

—Puedes acariciarlo, ¿sabes? —Me burlé, haciéndome a un lado para dejarle espacio a Osta para avanzar. Me dirigió una mirada que me recordó a todas esas veces en las que había intentado convencerme de hacer algo cuestionable y yo me había negado. Con el tiempo, suspiró y dio un paso inseguro hacia delante, alzando una mano para pasarla por el cuello del vördr—. Se llama Tryggar —dije mientras él le daba un empujoncito con suavidad, provocando que a ella se le escapara una risita nerviosa de la garganta.

—Ay, eres un bebé gigante, ¿a que sí? —arrulló Osta; su confianza crecía más con cada caricia de su pelaje.

Miré a mis espaldas y me encontré a Aether en el borde del acantilado. Estaba muy quieto, mirando el mar, con el cabello alborotado por el viento. Había dejado de llover, pero el aire salado y la humedad habían hecho cosas maravillosas con sus ondas ónices y habían causado que las puntas se le rizaran justo por encima de los hombros y en las sienes.

—¿Qué hay entre vosotros dos? —La pregunta de Osta provocó que volviera a centrarme en ella. El calor me subió por el cuello cuando me percaté de que me había pillado mirándolo.

—No lo sé muy bien —conseguí responder, pero la mirada cómplice de Osta me dijo que no se lo creía.

—Vamos, Fia. Ya sabes que no puedes mentirme sobre estos asuntos. —Bajó la voz, aunque Aether estaba demasiado lejos para oírla—. Si creía que las miradas de Laryk eran intensas… —Sacudió la cabeza—. La forma en la que ese hombre te mira… es como si fueras la única persona que existe. —Se detuvo—. En realidad, eso es aterrador.

—Él es… protector —contesté vagamente.

—Y bastante bruto. —Osta arrugó la nariz—. Y también muy maleducado, si te soy sincera. —No obstante, en ese momento sus ojos adquirieron un brillo travieso y bajó la voz hasta un susurro conspirador—. Pero, por todos los Esprithe, es el hombre más guapo que he visto en mi vida. —Se fijó en la silueta lejana de Aether.

Solté una risa incómoda.

—A ver, está bien.

—Esas piernas, esos brazos… —prosiguió Osta, sacudiendo la cabeza—. Es enorme. Me destrozaría.

—Para, por favor. —Le di un codazo, aunque no pude evitar soltar una carcajada por su típica falta de filtro. Algunas cosas nunca cambiaban, incluso cuando todo lo demás sí.

—Muy bien. No tienes que contarme todos los detalles sucios. —Hizo un mohín y se cruzó de brazos—. Pero algún día me dirás con todo lujo de detalles cómo ha pasado esto.

Me giré hacia ella entonces, poniéndole un espejito en la mano antes de que pudiera pensármelo dos veces. Ella lo agarró de manera instintiva.

—Cuando vuelva a Umbrathia, podremos comunicarnos así —le expliqué en voz baja—. No es para usarlo a menudo, solo en caso de emergencia. Pero, si hablas por él, podré oírte y viceversa.

—Es genial. —Osta lo giró entre las manos, examinando los grabados delicados—. ¿Quieres que mantenga esto en secreto?

—Por ahora, sí. —Asentí, echando un vistazo a los Soleil—. Sé que confías en ellos, y yo también quiero, pero todavía no he llegado a ese punto.

Osta se metió el espejito en el bolsillo sin preguntar nada más. Un silencio se instaló entre nosotras mientras yo me afanaba asegurándole la montura a Tryggar, aunque el peso de lo que ella quería preguntar permanecía en el aire.

—Entonces… ¿ahora eres una princesa? —soltó al fin, tratando de sonar relajada, pero sin conseguirlo.

—No estoy segura de cómo sentirme ante esa palabra aún. —Hice una mueca; no obstante, me giré hacia ella—. Pero, técnicamente, sí.

—¿Eso significa que has descubierto quiénes son tus padres? —Su voz destilaba emoción.

Me dio una punzada de culpabilidad. Osta siempre había sido la que había estado desesperada por saber más sobre nuestro pasado, sobre de dónde proveníamos. Se había pasado años preguntándoselo, teniendo esperanza, mientras que yo trataba de olvidar. Y ahora aquí estaba, con respuestas sobre mi propia historia, pero nada que ofrecerle a ella sobre la suya.

—Sí —respondí en voz baja—. Antes de que Riftdremar cayera, la Umbra estuvo aquí —miré a mi alrededor, de pronto consciente de la importancia de este lugar, donde nuestras dos historias empezaron— negociando una alianza contra Sídhe. Mi padre… era el hijo de la reina actual. Murió aquí cuando el continente ardió.

—Lo siento, Fia. —La tristeza en sus ojos era casi insoportable.

—No lo conocí —la interrumpí con una mirada, sacudiendo la cabeza—. Sin embargo, este… —señalé a Tryggar, que nos estaba observando con aquellos viejos ojos sabios— era su vördr.

Osta asintió, contemplando a la bestia gigante con una nueva comprensión.

—¿Y tu madre? —preguntó en voz baja.

—No sé nada de ella.

Osta se mordió el labio, y no supe afirmar si la mirada que me dirigió fue de entendimiento o de tristeza. Tal vez ambas. No obstante, antes de que cualquiera de nosotras pudiera añadir algo, ella deslizó los ojos más allá de mí. Me volteé y me encontré a Aether acercándose.

—Deberíamos marcharnos pronto —dijo él.

—Soy Osta. —Le tendió una mano; la energía burbujeante que tan bien recordaba había vuelto a su voz—. No nos han presentado de manera oficial.

Puse los ojos en blanco mientras Aether se quedaba mirando su mano tendida durante un instante demasiado largo antes de extender la suya y darle un apretón incómodo.

—Un placer —dijo.

—Estoy segura de que has oído hablar mucho de mí. —Desvió la vista en mi dirección con un destello cómplice en ella.

No pude evitar reírme por lo absurdo de esta interacción: mi mejor amiga y el hombre que había puesto mi mundo patas arriba tratando de conversar.

—Algo he oído. —Torció la comisura de la boca y ese hoyuelo amenazó con aparecer.

—Todo cosas buenas —le aseguré corriendo a Osta.

Ella me miró alzando una ceja.

—¿Qué iba a ser si no?

—Nada, por supuesto. —Me reí, pero dirigí mi atención a Aether. Se hallaba allí, claramente incómodo con las convenciones sociales, sin intentar ocultarlo. Sin sonrisas falsas ni cumplidos artificiales. Solo él, sin complejos. Se me instaló una calidez en el pecho al percatarme de ello, de cómo nunca fingía ser algo aparte de lo que era. Incluso ahora, cuando la diplomacia podría venirle bien.

Tiré de Osta para darle un gran abrazo, tratando de transmitir todo lo que no podía decir.

—Te prometo que hablaremos pronto.

Ella susurró contra mi pelo:

—Te quiero.

—Yo también te quiero —contesté, pero las palabras se me quedaron atrapadas en la garganta.

Cuando nos separamos, Osta tan solo se giró hacia Aether y le dio unas palmaditas en el pecho.

—Cuida de ella —dijo, como si no fuera la persona más letal que hubiera conocido. Como si no fuera un guerrero que pudiera destruir ejércitos. Contemplé cómo a él se le cambió la expresión ante el contacto, cómo se le tensaron los hombros, y contuve una carcajada mientras Osta volvía con los Soleil sin inmutarse lo más mínimo.

Aether ladeó la cabeza hacia un lado y yo tan solo me encogí de hombros.

—Así que esa es tu mejor amiga —soltó, aún un poco pasmado.

—La misma.

—Todavía dudo de tu juicio. —Sin embargo, cuando le di un codazo, por fin sonrió de oreja a oreja. Contuve el aliento; era devastador así, con todas sus facciones angulosas suavizadas por aquel hoyuelo, aquellos ojos brillantes por la diversión. A lo mejor sí que era el hombre más guapo que había visto en mi vida.

Montamos a nuestros vördr mientras lord Soleil se adelantó unos cuantos pasos.

—Buena suerte —dijo con un asentimiento solemne, y lady Soleil lo imitó. Eron tan solo se despidió con la mano.

Mientras guiábamos a nuestros vördr al claro para despegar, la mente me iba a mil con todo lo que nos aguardaría en Sídhe. No obstante, cuando Tryggar desplegó las alas, preparándose para elevarnos hacia el cielo, sentí la presencia de Aether a mis espaldas como un ancla. Ocurriese lo que ocurriese, al menos estaríamos juntos en esto.

CAPÍTULO 49

Tryggar arrojó unas sombras ondulantes con las alas sobre el suelo del bosque cuando descendimos en la arboleda. Los viejos árboles se extendían hacia nosotros con dedos torcidos; sus ramas aún estaban desnudas por el paso del invierno. Me detuve, asimilándolo todo: el olor de las flores frescas, la brisa fría que llegaba de las Tierras Altas, al norte. Eché un vistazo a Aether, que tenía la mirada fija en el suelo con cierta expresión ilegible en la cara.

—Esto no está cerca de la frontera occidental —dijo en voz baja, desmontando de Nihr a mi lado.

—No. —Le pasé la mano por el cuello a Tryggar, sintiendo los músculos contraerse bajo mi palma—. Pero es donde está el cuartel, donde guardan los juramentos de sangre. Todos. —Me giré hacia la ciudad que se extendía más allá de los árboles con sus torres atravesando el cielo matutino—. Eso es Luminaria. La arboleda permanece relativamente vacía cuando no se celebran los solsticios —expliqué, aunque se me quebró la voz cuando me invadieron los recuerdos de Bekha y Jordaan y de sus gritos silenciosos reverberando por estos mismos árboles cuando mi foco atravesó sus mentes. La cara de Laryk cuando me descubrió. El instante en el que todo cambió.

Ahora estaba en el mismo lugar, pero era una persona diferente.

Me volví hacia Tryggar y presioné la frente contra la suya.

—Escóndete —le susurré—. Nada de impulsos curiosos como en Riftdremar. —Me mantuvo la mirada con aquellos ojos oscuros y noté un dolor desconocido al preguntarme si mi padre le habría hablado alguna vez así—. Ten cuidado.

Nihr ya se estaba ocultando entre la linde de los árboles, pero Tryggar se quedó un momento y me dio un golpecito en la mano antes de seguirla.

—Tenemos que ir primero a un sitio —dije, girándome hacia Aether—. La botica.

Arrugó la frente.

—¿Donde trabajabas?

—Sí. He de ver a alguien. —Me dirigí hacia los límites de la ciudad, donde las sombras alcanzaban la piedra—. A alguien importante.

Aether se puso a mi lado cuando nos disolvimos en oscuridad, fluyendo de árbol en árbol hasta que el bosque se convirtió en un callejón. Luminaria se extendió ante nosotros en toda su gloria: mármol blanco y torres doradas que llegaban hasta las nubes, calles pavimentadas con adoquines que resplandecían a la luz del sol entre todas las enredaderas y el musgo, canales que dividían la ciudad en zonas. Una vez, había encontrado aquello precioso. Ahora, lo veía diferente, cada superficie reluciente parecía mofarse de las calles llenas de ceniza de Ravenfell.

—Conque así es como vive la otra mitad. —La voz de Aether tenía un tono seco conforme nos fundíamos entre las sombras, entrando y saliendo de nuestras formas umbrías—. Es bastante llamativo, ¿no?

Alcé la vista hacia las imponentes cúpulas con sus cúspides doradas que reflejaban la luz del sol. Todo refulgía con un brillo artificial que hacía que me dolieran los ojos.

—Ahora parece… distinto.

—¿Distinto cómo?

Nos pegamos a una pared cuando un carro ambulante pasó traqueteando; el sonido de las ruedas contra los adoquines casi resultaba ensordecedor.

—Como si fuera una fachada —susurré cuando la calle se quedó vacía. Nos conduje hacia otro callejón; este más oscuro, más seguro —. Cuando vivía aquí, pensaba que la ciudad era hermosa.

Las sombras de Aether rodearon las mías conforme avanzábamos.

—Y esa botica… ¿Vale la pena arriesgarse a que nos vean por ir ahí?

—La regenta Ma. Podemos confiar en ella. —Se me quedaron atascadas las palabras en la garganta—: Es… Me acogió cuando nadie más lo hizo. Me dio trabajo cuando los demás no vieron más que mi marca. Es familia. —Me detuve al principio de otro callejón y comprobé si venía alguien—. Jamás me vio de otra manera que no fuera Fia. Jamás quiso que fuera otra cosa.

—¿Y ahora? —Su tono me hizo volverme.

—¿A qué te refieres?

—Cuando descubra qué eres. Quién eres. —Me miró a través de la oscuridad—. ¿Seguirá viéndote del mismo modo?

La pregunta me impactó con más fuerza de la que esperaba.

—No sé lo que ha ocurrido desde que me marché —admití—, pero necesito averiguarlo.

Un grupo de nobles pasó por allí; sus ropajes de seda susurraron contra la piedra. Aguardamos, pegados a las sombras de una puerta.

—¿Y si alerta a la Guardia? —La pregunta de Aether apenas era un susurro contra mi oído.

—No lo hará. —Pero, conforme lo dije, me surgió la duda. Había estado produciendo en masa los tónicos para respirar para las fortificaciones occidentales. Tal y como le había pedido que hiciera.

La culpa me invadió mientras miraba los adoquines—. Ma es distinta. Ella ve más allá de lo que otros pueden ver. O quieren.

Salimos a otro callejón; este me era tan familiar que me resultaba doloroso. El letrero deslucido de la botica, con sus plantas pintadas en dorado descolorido sobre la madera gastada, chirriaba con la brisa matutina. Se me aceleró el pulso a medida que nos aproximábamos.

No hacía mucho, había estado en este mismo lugar, desesperada por advertir a Ma de los espectros que destruían la frontera occidental. Ahora, había regresado con uno de esos supuestos monstruos en un intento por deshacer aquello en lo que una vez había creído. La chica que había sido entonces no me reconocería ahora, no comprendería cómo me había convertido en esto.

—No hay nadie más dentro —susurré, extendiendo mi foco para confirmar lo que ya sospechaba—. Solo Ma, en la trastienda.

Aether cambió junto a mí.

—Permaneceré en las sombras.

Asentí con la mano ya alargada hacia el pomo. La familiar campana repiqueteó cuando entré y, por un instante, todo me pareció extraño. Las habituales plantas y especias que antaño habían perfumado el aire ya no estaban; habían sido sustituidas por un fuerte olor a salmuera. El polvo revestía las estanterías donde antes se acumulaban las plantas secas, y los frascos se veían en mal estado, su contenido parecía apagado y pasado de la fecha de caducidad.

—¡Ahora mismo estoy contigo! —gritó Ma desde atrás, y se me formó un nudo en la garganta ante el sonido. Eché el pestillo de la puerta con dedos temblorosos.

Fui a la trastienda; cada paso me pesaba más que el anterior. Ma estaba en su mesa de trabajo con el pelo salpicado de canas

recogido en un moño con mechones sueltos; la sola visión me sacudió el corazón con una fuerza brutal. De alguna manera, había manchas de hibisco desperdigadas por la parte de atrás de la bata de trabajo en lugares que parecían imposibles de alcanzar. Me acerqué otro paso más mientras ella removía algo en un caldero; el movimiento se veía mecánico y cansado.

—Un momento —dijo sin girarse aún.

—Ma.

El vial de cristal se le escurrió de entre los dedos y se hizo añicos contra el suelo. Se giró aprisa y se quedó pálida cuando nuestras miradas se cruzaron.

—¿Fia? —Se le quebró la voz al decir mi nombre y, de repente, me estaba moviendo, atravesando el espacio entre las dos mientras las lágrimas me nublaban la vista.

Ma me abrazó con una fuerza demoledora y yo enterré la cara en su hombro, inhalando el familiar olor a romero quemado. Todo su cuerpo se estremeció mientras me sujetaba, o tal vez era yo la que temblaba. No lo sabía.

—Pensé que… —Se le quebró la voz. Se echó hacia atrás y me acunó la cara con las manos, mirándome como si no pudiera creerse del todo lo que estaba viendo—. Pensé que… —Unas nuevas lágrimas le corrieron por las mejillas—. ¿Cómo es posible? ¿Cómo es que estás aquí?

—Lo siento —susurré; las palabras me parecieron inadecuadas—. Quería decirte que estaba viva, pero no podía…

—¿Dónde has estado? —Se le volvió a quebrar la voz, y las manos todavía le temblaban contra mi cara—. Todo este tiempo he creído que esos monstruos habían… —Se detuvo, incapaz de acabar el pensamiento.

Cogí sus manos entre las mías.

—Ma, hay muchas cosas que tienes que saber. Todo lo que creíamos… no es cierto. Nada lo es.

Me buscó la mirada, con el ceño fruncido por la confusión.

—¿A qué te refieres?

—Acabo de venir de Riftdremar. —Las palabras cayeron entre nosotras, y Ma abrió los ojos de par en par.

—¿Qué?

—Hay grietas entre reinos; brechas, las llamamos. —Tenía la voz afectada a pesar de mis esfuerzos por mantenerla firme—. Cuando estaba en la Guardia, solo sabíamos de la existencia de la del oeste. Pero hay otra. En Riftdremar.

—¿Has estado en otro reino… todo este tiempo? —Le temblaron las manos cuando las alejó de las mías y se retiró el pelo de la cara.

—Los espectros de los que te hablé la última vez… —Tragué saliva con fuerza—. Es solo cómo se ocultan a sí mismos; no son monstruos, Ma. Son gente, como nosotros. Una raza llamada «kalfar». —Las palabras me salieron más rápido ahora—. Han estado atacando la frontera occidental porque están desesperados. La isla lleva robándoles esencia una década. Todo su reino se está muriendo por culpa de Sídhe.

Ma se dejó caer en su taburete, pero no desvió la vista de mi rostro. Reconocí esa mirada, la misma que ponía cuando ataba cabos.

—Cuéntamelo todo —pidió en voz baja.

Asentí mientras el alivio me inundaba y alejaba todas las dudas.

—Es mucho —la advertí.

—Lo soportaré.

Empecé desde el principio, por el verdadero motivo de la guerra con Riftdremar.

—Pero ¿por qué? —Se inclinó hacia delante—. ¿Por qué la necesitaban tanto?

—Existe una habilidad…, un foco que puede robar esencia y desplazarla a otro sitio. Se llama «sifón». —Le lancé una mirada significativa—. ¿Te acuerdas de tus plantas, Ma? Las que se murieron con la arcanita cuando creías que esta las ayudaría a crecer. Nos mintieron con lo que hace. No crea esencia, la almacena. Puede tomarla o darla a la tierra, según cómo esté dirigida la energía en ella.

Los ojos de Ma iban de un lado a otro ahora, por toda la habitación.

—Creemos que el rey de Sídhe es un sifón —concluí al fin.

Ma se reclinó y se pasó las dos manos por el cabello hasta que se sacó todos los pelos del moño. Tras lo que pareció una eternidad, soltó una carcajada que sonó más bien a derrota.

—Siempre supe que la Guardia era el puñetero mal.

Me acerqué y la miré a los ojos.

—Debería haber confiado en tu intuición. Siempre ha acertado. Pero hay mucho más. El rey está mintiéndoles a todos. La mayoría de la gente de la Guardia cree que está defendiendo nuestro reino. Tenemos que sacar la verdad a la luz de algún modo. Es la única forma de acabar con el derramamiento de sangre.

—Supongo que… —Se calló, sosteniéndome la mirada de nuevo—. No lo entiendo. ¿Por qué tú?

Fruncí los labios, eligiendo las palabras con cuidado.

—Soy una de ellos. —Desvié la vista a la parte delantera de la habitación—. Bueno, en parte… Mi padre era kalfar y mi madre, aossí. Los dos murieron en Riftdremar cuando cayó.

Ma paseó la mirada por la estancia como si fuera a encontrar las respuestas escritas en las paredes.

—Por todos los Esprithe —susurró.

—Y, de hecho, hay algo más… —Respiré hondo—. No he venido aquí sola.

Arqueó una ceja.

—¿Uno de los espectros está aquí?

—No es un espectro, Ma. —No pude evitar sonreír.

—¿Está en la tienda ahora mismo? —Entornó los ojos mientras examinaba el lugar—. ¿Dónde?

—Aether —lo llamé bajito.

Las sombras surgieron a mi lado y, de pronto, Aether estaba allí. Mi mundo casi se puso patas arriba al verlo tan cerca del escritorio en el que había trabajado durante tantos años antes de saber siquiera de su existencia, con las quemaduras del Vacío recorriéndole el cuello como venas oscuras que desaparecían en su cabello negro azabache. El metal de sus piercings reflejaba la luz del fuego que había bajo el caldero; el fuego que seguro que había prendido Ma con sus propias manos.

Evaluó a Ma con la mirada, pero, para mi sorpresa, ella ni se inmutó. La mujer se quedó observando el modo en el que me envolvía la cintura con el brazo, y un rubor rápido me subió por el cuello.

Hubo un momento de insoportable silencio mientras los dos se limitaban a contemplarse el uno al otro.

Aether acabó asintiendo con la cara neutra.

—Encantado de conocerte.

Ma me miró, luego a Aether y de nuevo a mí con una expresión del todo ilegible. Al final, soltó un suspiro.

—Bueno, esto sí es un hombre de verdad y no lo que he visto hasta ahora. —Ma se rio entre dientes y alzó los brazos en un gesto de rendición.

Mortificada, me encontré con la mirada de Aether, pero ahí estaba ese puñetero hoyuelo amenazando con salir mientras contenía una sonrisa.

—Vaya mejora. —Ma soltó un suspiro de alivio antes de darme una palmada en el hombro—. Bien hecho, chica.

La carcajada fuerte y auténtica que se le escapó a Aether me pilló desprevenida. Parecía irritantemente encantado consigo mismo cuando ladeó la cabeza.

—Creo que estoy de acuerdo.

—Y con sentido del humor. —Ma asintió con aprobación—. Sí, me gusta.

—Bueno, ya vale de cumplidos, ¿no? —Me notaba la cara al rojo vivo.

Ma regresó junto al caldero y levantó la tapadera para echar un vistazo.

—Entonces, supongo que querrás que deje de hacer esto, ¿no? —preguntó, removiendo el contenido.

Miré a Aether y le tomé de la mano.

—¿Te acuerdas de los tónicos para respirar de los que te hablé?

Se fijó en el caldero antes de devolverme la mirada de nuevo. Asintió una vez, cayendo en la cuenta.

—Ma fue la que los creó —expliqué; las palabras me supieron amargas—. Para mí. Cuando creyó que podría necesitarlos en el oeste. Fue idea mía que hiciera más para la Guardia.

Aether se puso rígido a mi lado, pero asintió otra vez.

—Imagino que tiene sentido —soltó, aunque lo que dijo sonó forzado.

—Sí, esos brazos me van a ser muy útiles —intervino Ma, rompiendo la breve tensión y fijándose en el cuero que apretaba los bíceps de Aether—. Tengo un montón de cajas en la parte de atrás.

El hoyuelo apareció al fin cuando Aether sonrió. No pude evitar reírme mientras sacudía la cabeza por los dos.

—No puedes dejar de hacerlos. —Me acerqué a donde se encontraba ella—. Ya hay una resistencia formándose en Sídhe. No creo que el rey esté al tanto. Pero hay gente que sabe la verdad, que quiere ayudar. Si paras la producción de repente, tal vez eso atraiga unas sospechas que no nos podemos permitir ahora mismo. —Me detuve, pensando—. Aunque si fuera posible que los hicieras menos potentes…

Ma suspiró, pasando una mano por el borde del caldero.

—Y yo que tenía la esperanza de que mi tienda dejara de oler a tripas de pescado de una vez. —Sacudió la cabeza—. Pero sí, estás en lo cierto. —Entonces, entornó los ojos con esa mirada calculadora que me era tan familiar cruzándole la cara—. Aunque eso me lleva a la siguiente cuestión.

Arqueé una ceja.

—¿Qué vamos a hacer con el rey? —Se encogió de hombros como si hablara del tiempo—. Parece simple, ¿no? Con él fuera de la ecuación, se acaba el drenaje.

—No podemos empezar la casa por el tejado —repliqué, dándome cuenta del ligero asentimiento de aprobación de Aether—. Hay que dejar que la verdad se propague antes. Si el rey muere y la gente no entiende por qué… —Me callé, permitiendo que ella pillara el resto.

—Eso suena complicado. —Ma arrugó la nariz.

—Es lo mejor. Además, los guardias reales son prácticamente impenetrables. No tenemos acceso. De momento.

Ma asintió, pero la curiosidad se le reflejó en los ojos un instante, un pensamiento que no iba a compartir. Al final, preguntó:

—Entonces ¿te vas otra vez? ¿Vuelves a…?

—Umbrathia —acabó Aether.

—Eso. —Ma me miraba con fijeza, viendo demasiado, como siempre.

Observé a Aether, atrapada de nuevo entre dos mundos. ¿Cómo podía explicar que ahora pertenecía a los dos? ¿Que no podía elegir sin más uno por encima del otro?

—Debo hacerlo. Al menos por ahora…

—¿Por ahora? —El filo de la voz de Aether hizo que me diera un vuelco el corazón. No habíamos hablado de esto, de lo que ocurriría después. Después de que la verdad se extendiera, de que nos ocupáramos del rey. De que todo cambiara. Y eso si conseguíamos tener éxito.

Ma alternó la vista entre los dos, cruzándose de brazos. La tensión en el ambiente había cambiado.

—¿Qué es lo que no me estás contando, Fia? —Sus ojos tenían esa mirada perspicaz que había visto miles de veces antes.

Fruncí los labios.

—Mi padre fue alguien importante allí. —Intenté sonar distendida, pero me tembló la voz—. Alguien con poder.

Ma ladeó la cabeza, y supe que no era suficiente.

—Importante… ¿Cómo? —preguntó.

—Igual quieres sentarte —respondí, buscando mi propio asiento.

Las palabras salieron en tropel entonces y se lo conté todo, lo de que mi padre era el príncipe Andrial Valtýr, lo de que era una duskbound y lo que significaba. Le hablé de cómo básicamente me había unido a las fuerzas de la Umbra y me gané que pusiera los ojos en blanco en una mirada tan típica de Ma que casi esbocé una sonrisa. Le expliqué lo del Vacío, lo de los dominadores de las sombras, lo de que Tryggar me había elegido. Con cada revelación, la expresión de Ma variaba entre la incredulidad y ese ceño fruncido.

Cuando al fin terminé, el silencio cayó con intensidad por todo lo que acababa de soltarle.

Ma se limitó a contemplarme durante un largo rato y luego asintió una vez.

—Bueno, ya sé que eres de la realeza y todo eso. —Se levantó y regresó a su escritorio. Cuando se dio la vuelta para mirarnos de nuevo, sostenía un par de tijeras de podar—. Pero ¿podrías ir a buscar un poco de raíz de montaña del invernadero? Si vamos a derribar este reino, necesitaremos suavizar esta poción.

Acepté las tijeras de podar con una sonrisa, agradecida por la sencilla aceptación, por el modo que yo esperaba que reaccionara. Por el modo que esperaba que todos reaccionasen, como si siguiera siendo yo.

Ma guiñó un ojo antes de volverse hacia Aether.

—Y tú. —Lo señaló—. Sígueme. Tengo algunos paquetes que traer y mi espalda ya no es lo que era. —Se dirigió hacia el almacén, acompañada de Aether, que llevaba una sonrisa en los labios cuando desapareció por la puerta.

La noche llegó a Luminaria, arrojando sombras alargadas por las ventanas de la tienda. Ma la había cerrado durante el resto del día para que nos pudiéramos preparar. Me incliné sobre un mapa desplegado por el mostrador; el pergamino tenía los bordes estropeados de cuando había intentado escapar el verano pasado.

—Aquí. —Tracé un sendero con el dedo mientras sentía la calidez de Aether, de pie a mi lado—. Podemos ir al norte y buscar algún sitio donde quedarnos en Obsidia.

—¿Un pueblo agrícola? —Siguió mi mano por el mapa con la mirada.

—Es pequeño, tranquilo. Si llegamos lo bastante tarde, no deberíamos llamar la atención. —Alcé los ojos hacia él—. Además, hay un bosque enorme alrededor. Los vördr tendrán mucho sitio donde esconderse.

Él asintió, estudiando la ruta.

—¿Y luego?

—Rodeamos el lado norte de la cordillera central, hacia Aedenvale.

—Será más rápido si atravesamos las montañas.

—La Guardia acampa allí cuando viaja al oeste. —Las palabras me salieron solas. Me vinieron los recuerdos… de aquella noche en las montañas, cuando descubrí que podía adentrarme en los sueños. Me puse colorada al acordarme del sueño de Laryk en el que me había metido. El que trataba sobre mí.

Aether alzó una ceja un poco, pero no dijo nada más.

—Además —añadí enseguida—, si nos acercamos por el norte, tendremos una ventaja. La mayoría de las fuerzas estarán más al sudoeste, cerca de la brecha. —Tracé el tramo final de nuestra ruta —. Nunca he ido a Stormshire antes, así que cuando estemos allí…

—Tendremos que improvisar —concluyó, aunque capté la reticencia en su voz.

La tienda se había vuelto tan oscura que Ma encendió unos faroles cuyas llamas arrojaban sombras danzantes por las paredes. Vino de la trastienda con una caja de madera que le entregó a Aether.

Él miró confundido la caja y, acto seguido, a mí.

—Pociones sanadoras —dijo Ma, limpiándose las manos—. Para tu reino.

—Ma… —comencé a decir, pero ella me detuvo.

—No es mucho. —Se encogió de hombros, aunque vi la intensidad que había en sus ojos—. En un reino agonizante, dudo que todavía tengáis acceso a los recursos para hacerlos.

El dolor cruzó el semblante de Aether mientras bajaba la vista a la caja.

—No. —Cuando volvió a mirar a Ma, tenía la voz ronca—. Gracias.

—No es que podamos precisamente llevar esto con nosotros hasta el cuartel… —dije.

—Los dejaré atrás, detrás de los invernaderos. —Ma ya se estaba moviendo y señalándole a Aether que bajara la caja—. Podéis llevároslos antes de iros al norte.

—Los voy a sacar —repuso Aether con suavidad mientras volvía a alzar la caja y desaparecía por la puerta trasera.

Ma se dejó caer en su sillón con un suspiro y giró los hombros para destensarlos.

—Siento no ser de más ayuda, chica.

—Ya has hecho mucho, Ma. —Fui a situarme junto a ella con los ojos llenándoseme de lágrimas.

—A decir verdad, me siento un poco inútil quedándome aquí sentada mientras todos vosotros partís en esas misiones. —Su sonrisa era pequeña, triste de una forma que me partió el corazón—. Nunca tuve mucha iniciativa cuando era joven. No me metía en este tipo de aventuras.

Alcancé mi bolso y saqué uno de los espejitos de Raven. Ma arqueó una ceja cuando se lo puse en las manos.

—¿Y esto qué es?

—Lo podemos usar para comunicarnos cuando me marche. —Vi cómo lo miraba con reticencia—. Necesitaremos la mayor cantidad posible de ojos y oídos aquí. Así que, Ma, no eres inútil. Eres nuestra espía.

Le dio vueltas al espejo entre las manos, examinando los delicados grabados.

—Vaya, qué brujería más sofisticada. —Sacudió la cabeza—. No entiendo bien cómo hablarle a mi reflejo me va a conectar de algún modo contigo, pero me fiaré de ti.

No pude evitar reírme.

—Deberíamos ir yéndonos —dije. Ma soltó el espejito con cuidado, como si fuera algo preciado, y se puso de pie.

Por unos segundos, nos quedamos mirándonos la una a la otra. La tienda parecía reducirse en torno a nosotras, cargada con recuerdos de incontables tardes pasadas machacando plantas, madrugones reorganizando estantes y noches en vela preparando tónicos para la élite de Sídhe, riéndonos de lo absurdo hasta que casi llorábamos. Ella me lo había dado todo cuando yo no tenía nada. Un hogar. Un propósito. Un amor incondicional.

—¿Sabes? —soltó Ma con voz áspera cuando me atrajo para abrazarme—. Siempre me he preguntado por qué parecías tan diferente a nosotros. —Me apretó con fuerza—. Pero ahora creo que quizá estabas destinada a algo mayor de lo que Sídhe podía ofrecerte.

—Ma… —Se me quebró la voz.

—No, escúchame. —Se echó hacia atrás y me puso las manos sobre los hombros—. Me he pasado años viendo cómo tratabas de empequeñecerte en un intento por encajar en los moldes que este reino te imponía. Pero jamás pudiste, ¿a que no? —Tenía los ojos brillantes por las lágrimas—. Porque no estabas destinada a ser pequeña, Fia. Nunca lo estuviste.

Entonces, me rompí y las lágrimas se derramaron por mis mejillas mientras me arrojaba de nuevo a sus brazos. Olía a hogar, a romero y a fuego.

—Tengo miedo —susurré contra su hombro.

—Bien. —Me acarició el pelo—. El miedo te mantiene espabilada y evita que hagas cosas demasiado estúpidas. —Se detuvo—. Bueno, más estúpidas de lo normal.

La puerta de atrás se abrió con un chirrido y supe que Aether había regresado. Ma se echó hacia atrás y se secó los ojos con el dorso de la mano.

—Cuida de mi chica —le dijo a él, y, aunque le tembló la voz, había firmeza en ella.

—Siempre —replicó como si lo jurara.

Ma asintió una vez y después se giró hacia mí.

—Ve a salvar el mundo, chica. —Me besó la frente—. Pero procura no reducirlo todo a cenizas en el intento.

Me reí entre lágrimas, y luego nos empujó hacia la puerta, murmurando lo mal que se le daban las despedidas. Sin embargo, cuando nos adentramos en la oscuridad, atisbé un último vistazo de ella a través de la ventana, de pie sola en su tienda, aferrándose al espejito como si fuera un ancla.

CAPÍTULO 50

A una manzana del cuartel, nos pegamos a la piedra fría de la pared de un callejón. El edificio, que parecía un fuerte, se elevaba una cantidad innumerable de pisos hacia el cielo y sus muros negros reflejaban la luz de la luna. Las torres de vigía se hallaban en cada esquina, aunque solo la entrada principal estaba iluminada por faroles de hierro que emitían charcos de luz amarilla a través de los adoquines.

Había atravesado aquellas verjas muchísimas veces. Nerviosa ese primer día cuando Laryk me había enseñado todo, segura de que iba directa hacia mi propia muerte. Y lo había sido de alguna forma. Porque este edificio había cambiado toda mi vida y me había proporcionado una nueva.

Aquí era donde había dejado de ser la boticaria riftborne y me había convertido en algo más. Donde había encontrado al equipo V. Donde había descubierto que podía ser extraordinaria.

Y ahora me estaba colando para destruirlo desde dentro.

La culpa se me instaló en el estómago, pero me deshice de ella. Esto era necesario. Los juramentos de sangre eran herramientas de control; mantenían a los soldados atados a un reino construido con mentiras. Aunque, Esprithe, parecía que estaba traicionando al primer lugar que me había hecho sentir que encajaba.

—Te sigo —dijo Aether en voz baja a mi lado—, pero hemos de ceñirnos al plan. Destruimos los juramentos de sangre y nos vamos. Nada más.

Asentí, observando las verjas principales donde dos guardias con camisas blancas impecables se apoyaban contra sus postes. Las insignias plateadas relucían mientras charlaban; era evidente que estaban relajados por ser las horas de la noche más tranquilas. Antes, la entrada habría estado atestada de personal, pero, con todo el mundo destinado al oeste, parecía una sombra de lo que había sido.

—Por aquí. —Nos dirigí hacia el muro este, donde el ala de los sanadores sobresalía del edificio principal. Nuestras formas se disolvieron en sombra a medida que nos acercamos. Una simple puerta de metal destacaba en la superficie, por lo demás lisa.

Eché mano de mi foco y rastreé las mentes dentro. Un orbe plateado de consciencia pasó al otro lado, pero se desvanecía a medida que las pisadas se oían cada vez más lejanas.

—Ahora —susurré, y nos deslizamos como humo.

Dentro, unas filas de almacenes se alineaban en un pasillo estrecho con puertas de roble marcadas con placas de latón. El aire olía a plantas y a antiséptico; era muy distinto del hedor metálico de los gimnasios de entrenamiento. Por suerte, no brillaba ninguna mente tras aquellas puertas. Nos conduje hacia la derecha pegando nuestras sombras contra la pared hasta que el corredor dio paso a un espacio más extenso. Allí, muchas mentes se agrupaban en una habitación de la que salía luz por debajo de la puerta.

La enfermería. Estábamos cerca.

—Es aquí. —Se me aceleró el pulso cuando divisé la pesada puerta de hierro al final del pasillo, la sala de los juramentos de sangre.

Nos movimos como la niebla y nos materializamos en una habitación que permanecía inalterada desde la última vez que me colé. Había cientos de viales de cristal en bandejas, cada uno con pequeños papeles teñidos de carmesí. Las enredaderas oscuras se retorcían entre ellos, derramando una savia pegajosa que goteaba sobre el suelo. Toda la habitación daba mala espina; era como adentrarse en algo vivo y hambriento.

En macetas, unos fragmentos de arcanita relucían con aquella luz azul violácea familiar. Los mismos que había visto hacía meses, cuando había venido a hacerme con mi propio vial.

Aether se colocó a mi lado, irradiando tensión de su cuerpo.

—Lágrima de sangre —habló en un tono conciso—. También la usábamos en Umbrathia, antes de que la reina la prohibiera. Decía que era una salvajada.

—Bueno, pues no iba mal encaminada. —Recordé cómo la savia me había cubierto el brazo aquella primera vez, cómo pareció alcanzarme con una mente propia.

—Los viales no son nada sin la planta. —Aether se acercó más a una de las macetas y examinó las enredaderas retorcidas—. Si la matamos, los juramentos se secarán. Puede que no se den cuenta hasta dentro de semanas, quizá más.

—Es mejor que destruirlo todo. —Observé los miles de viales—. ¿Y cómo la matamos?

—Como a cualquier otra planta. —Se acercó a la primera maceta y estiró la mano sobre la tierra oscura—. La destruimos desde dentro.

Observé, absorta, cómo las enredaderas empezaron a temblar. Bajo la superficie, se quebraban; el sonido de raíces rompiéndose hizo eco por la habitación. Aether se movió de forma metódica de maceta en maceta con una gracia mortal en cada movimiento mientras las hojas ensangrentadas temblaban bajo su tacto.

—Impresionante —susurré al tiempo que él terminaba con la última.

—Puedo ser delicado cuando es necesario. —Le apareció ese hoyuelo cuando sonrió.

Se me aceleró el pulso ante su insinuación.

—No todos los usos de mis habilidades tienen que acabar en masacre —añadió, ladeando la cabeza. Contuve una sonrisa mientras me arrodillaba y examinaba uno de los viales a la altura de los ojos. El carmesí resplandeciente que había teñido el papel de dentro ya se estaba apagando y convirtiendo en un feo marrón.

—Funciona —solté en voz baja, llena de adrenalina.

Sin pensar, me moví y me acerqué a él, que me rodeó con los brazos mientras yo tiraba de su cara hacia abajo y nuestros labios se encontraban en una oleada de necesidad. El beso sabía a victoria, aunque todavía teníamos un largo camino por delante.

—Hemos de irnos. —Casi gimió contra mi boca, pero me agarró con más fuerza.

Nos dirigimos a la puerta antes de que yo me detuviera de pronto, provocando que Aether se chocara con mi espalda. Deslizó un brazo a mi alrededor y me atrajo contra su pecho.

—¿Qué pasa? —murmuró contra mi pelo.

Me giré en su abrazo.

—Tengo una idea.

—Fia. —Mi nombre era una advertencia en sus labios—. Eso no era parte del plan. Tenemos que marcharnos. Ahora.

—Pero ya que estamos aquí… —Presioné las manos contra su pecho—. ¿Y si buscamos más información de Stormshire? Un plano o mapas.

La frustración se le reflejó en las facciones al tiempo que bajaba la vista hacia mí.

—¿Qué tienes en mente? —Su voz era plana.

—Creo que sé dónde buscar. Y debería estar vacío.

—¿Vacío?

Antes de que pudiera protestar más, invoqué mi telaraña y eché un vistazo al pasillo. Unas cuantas mentes se movían, pero, en cuanto se fueron a sus respectivas habitaciones, cambié a mi forma de sombra. Corrimos por el ala de los sanadores como humo, emergiendo en el vestíbulo circular justo antes de la zona social. Unas escaleras en espiral me atrajeron a la izquierda. Sentí la oscuridad de Aether rozar la mía al tiempo que subíamos a toda prisa por ellas, manteniéndonos cerca de las paredes.

Arriba del todo, encontré la puerta que estaba buscando. Una comprobación rápida me confirmó que estaba vacía, y nos colamos dentro.

El despacho estaba justo como lo recordaba: paredes rugosas de piedra gris se alzaban hasta las vigas de madera oscura. Un escritorio de caoba maciza dominaba un lado con su superficie organizada con meticulosidad. En el otro, se hallaban unos muebles de cuero dispuestos sobre una alfombra de piel de vaca con aspecto de no haberse usado apenas. Todo en aquel espacio hablaba de control estricto. Su control estricto.

Mal. Esto me parecía mal.

Este era su espacio y yo lo estaba profanando.

Con Aether.

Casi pude sentir la presencia de Laryk, como si su esencia se hubiera impregnado en las mismísimas piedras. El estómago me dio un vuelco, pero me obligué a continuar. No me podía permitir sentir culpa en ese instante.

Volé hacia el escritorio, abriendo cajones de un tirón y removiendo los papeles.

—¿Dónde estamos? —preguntó Aether, apoyándose contra la pared.

Lo ignoré, sacando pergaminos y extendiéndolos en la superficie del escritorio. Mapas de Fuerte Ágata y de Emeraal, de fuertes, pero no los correctos. Las manos se me movieron con más rapidez, abriendo otro cajón.

La forma de Aether se movió hacia el pasillo y se paralizó de inmediato mientras echaba un vistazo a una de las habitaciones, la de Laryk. Una en la que yo jamás había entrado.

—¿Cómo sabías que iba a estar vacía? —preguntó; su voz adquirió un tono sombrío.

—Tiene que estar en algún sitio —murmuré, ignorando la pregunta de Aether y girándome hacia los armarios a mis espaldas.

—Es de él, ¿verdad? —La voz de Aether se había vuelto totalmente fría.

Me detuve.

—Sí.

Por el rabillo del ojo, vi la forma de Aether transformarse en sombra y reaparecer cerca de la puerta exterior, como si estuviera muriéndose por salir de aquí. La frustración aumentó a medida que buscaba con más velocidad, sabiendo que llevábamos demasiado tiempo dentro.

Unos pasos resonaron en el pasillo.

—Tenemos que irnos. —Las palabras de Aether rompieron el silencio.

Los pasos se detuvieron fuera. Extendí mi foco: alguien se encontraba justo al otro lado de la puerta. Mis manos se movieron con frenesí por los cajones restantes al mismo tiempo que el pomo comenzaba a girarse. «No puede ser él, ¿no?».

—Fia, ya. —El filo de la voz de Aether era peligroso.

La puerta se abrió con un chirrido justo cuando estaba enrollando otro conjunto de pergaminos. Los cogí, rezando por que uno de ellos contuviera un plano de Stormshire, por que esto no hubiera sido para nada. A toda prisa, justo cuando unos pies aparecieron por la puerta, cambié a mi forma de oscuridad y atisbé un destello de un uniforme esmeralda antes de seguir a Aether por la pared hacia la noche.

«¿Por qué hay un guardia real en la habitación de Laryk?».

Corrimos por tejados y callejones hasta que alcanzamos la familiar calle tras la botica. El invernadero se vislumbraba en el horizonte mientras sus paneles de cristal reflejaban la luz de la luna. Detrás de él, situada entre las plantas aromáticas y los cobertizos de almacenamiento, encontramos una caja de pociones sanadoras.

Aether la agarró con facilidad y nos encaminamos por la ciudad hacia la arboleda. No se me ralentizó el ritmo frenético del corazón hasta que llegamos a los árboles, que nos ofrecieron con sus ramas un refugio acogedor mientras empezábamos a buscar a los vördr.

—¿Tryggar? —susurré a la oscuridad, examinando entre los árboles. A mi lado, Aether se movía con un silencio letal, pero la tensión que emanaba de él era casi palpable.

Incapaz de soportar el peso de aquello más tiempo, saqué los pergaminos con dedos temblorosos. «Por favor, que esté aquí». Los dos primeros eran listas de suministros y el tercero, un informe de los turnos de la Guardia. No obstante, el cuarto… Casi jadeé cuando lo desenrollé. El plano de Stormshire se extendió ante mí con todo lujo de detalles, con cada pasillo y habitación marcados.

—Lo tengo —susurré, y se me dibujó una sonrisa en el rostro.

Aether no dijo nada. Tenía la mandíbula apretada y la mirada fija al frente mientras nos adentrábamos más profundo en el bosque.

—Sé que casi me pillan —admití—, pero ha valido la pena. Ya no vamos totalmente a ciegas.

Él me dedicó un único asentimiento; sin embargo, el gesto pareció incómodo.

Me adelanté y me planté enfrente de él. Se detuvo justo antes de que nos chocáramos, pero no me miró a la cara.

—¿Qué pasa? —pregunté. Se le tensó más la mandíbula mientras se apartaba, se pasaba una mano por el pelo y dejaba escapar un suspiro largo y lento.

Cuando al fin me miró, la intensidad de sus ojos me hizo sentir que estaba ahogándome en oro líquido.

—Me alegro de que hayas encontrado lo que estabas buscando —espetó en un tono alarmantemente tranquilo mientras pasaba de largo.

Me giré para seguirlo y capté la figura plateada de Tryggar materializarse entre los árboles. Aether se dirigió directo a Nihr, y Tryggar soltó un gruñido de advertencia cuando pasó por su lado. Aether lo ignoró por completo.

—Ahora no —susurré mientras Tryggar acudía dando fuertes pisotones a mi encuentro—. Alguien está de mal humor. —Observé cómo Aether montó a su vördr con un movimiento fluido; tenía los hombros tensos bajo el uniforme de cuero.

El bosque se abría más adelante, lo que le proporcionó a los vördr espacio suficiente para extender sus alas colosales. Nos elevamos hacia el cielo en silencio, ascendiendo hasta que desaparecimos entre las nubes. Durante la hora que volamos, la tensión era tan palpable que apenas podía respirar. Aether emanaba ira, pero no me atreví a presionarlo más.

Las nubes nos proporcionaban un escondite excelente, aunque también oscurecían el terreno a nuestros pies. Descendí bajo ellas

un instante y apareció ante mi vista una franja plateada que atravesaba la oscuridad, el río Sprithe. Me dio un vuelco el corazón cuando el recuerdo se me vino a la cabeza: cómo observé impotente cómo mis amigos se ahogaban en esas corrientes, víctimas de la mismísima Guardia a la que después me uní. Me esforcé por deshacerme de esos pensamientos y examiné el norte hasta que divisé los molinos de viento de Obsidia girando muy lentos en el aire nocturno; un bosque espeso se extendía tras ellos.

Aterrizamos entre aquellos árboles sin que nos vieran y luego nos movimos como humo por el pueblo dormido. La posada apareció ante nosotros, un edificio erosionado de dos plantas situado a las afueras de cuyas ventanas salía una luz cálida.

—Nos buscaré una habitación —dije, ya poniéndome la capucha para ocultar mi peculiar cabello—. Quédate aquí.

A Aether se le oscureció la expresión.

—Eso no es…

—Tú llamarás demasiado la atención —espeté, interrumpiéndolo. Aquellos ojos dorados y aquellas quemaduras del Vacío serían imposibles de ocultar. Sin duda, la gente se haría preguntas. Después de un momento de clara lucha interna, volvió a desvanecerse entre las sombras.

Abrí la pesada puerta de madera y una campana repiqueteó con suavidad sobre mí. El salón principal estaba casi vacío; unos cuantos granjeros tomaban cerveza en un rincón, un hombre mayor dormitaba junto a la chimenea. Mesas y sillas desgastadas llenaban el espacio, y toda la habitación olía a humo de pipa y carne cocinándose.

Tras un mostrador con la madera rayada, una mujer con el pelo canoso alzó la vista de su libro de cuentas. Estrechó los ojos un poco mientras observaba mi figura encapuchada.

—¿Necesitas una habitación? —preguntó con ese acento del norte que recordaba de las personas que visitaban Luminaria para los solsticios y se adentraban en la botica a por tónicos para mejorar su experiencia.

—Solo para esta noche —respondí, manteniendo la cabeza un poco hacia abajo—. Nos marcharemos antes de que amanezca.

Alzó una ceja ante el «nos», pero no lo comentó.

—Dos monedas de plata —contestó, ya agarrando la llave—. Planta de arriba, última habitación a la derecha. Hay más mantas en el baúl, por si hacen falta. —Se detuvo—. Nada de travesuras, ¿vale? Estas paredes son de papel de fumar.

Un escalofrío me recorrió de arriba abajo cuando le tendí las monedas.

—Claro que no.

Me miró con complicidad, y aquello solo hizo que me pusiera más colorada; luego, volvió a su libro de cuentas. Yo cogí la llave y corrí escaleras arriba, muy consciente de cómo la vieja madera crujía bajo mis pies.

La habitación era pequeña, pero estaba limpia; tenía una cama estrecha, un sillón de buen tamaño al lado de la chimenea y una ventana que daba al bosque. Perfecto para escapar rápido si lo necesitábamos. Me dirigí al cristal y, justo cuando fui a abrirlo, Aether se materializó a mi lado, aún manteniendo esa condenada distancia que hacía que me doliera el pecho.

Fuera lo que fuera lo que estuviera fraguándose bajo esa apariencia controlada, tenía la sensación de que no podríamos evitarlo mucho más tiempo.

CAPÍTULO 51

Aether estaba plantado junto a la ventana como una estatua, contemplando la oscuridad que había al otro lado. Encontré una puerta pequeña en un rincón de la habitación y eché un vistazo: el baño, si es que se podía llamar así. Alguien había convertido un viejo barril en una bañera improvisada junto a la que descansaba un cubo de agua todavía caliente por la chimenea. Perfecto.

Como Aether había estado tan distante desde que nos habíamos ido del cuartel, me parecía estupendo tener un momento a solas.

El agua caliente era una gozada después de todo aquello por lo que habíamos pasado hoy. Me lavé rápido y luego me envolví en una de las toallas desgastadas que colgaban de un gancho. Mi ropa de cuero yacía en un montón en el suelo, y la idea de volver a ponérmela me dio repelús. Tenía ropa limpia en la bolsa, pero me la había dejado junto a la ventana. Junto a Aether.

Cuando regresé a la habitación, él no se había movido ni un ápice. Echó un vistazo por encima del hombro ante mis pasos y se giró igual de rápido, aunque no sin antes darme tiempo a fijarme en la barba incipiente que le ensombrecía la mandíbula, una vista que me hacía contener una sonrisa. Si antes lo encontraba guapo, ahora era irresistible.

—¿Vamos a hablar de lo que te molesta en algún momento? —pregunté.

Aether se volvió y se recostó contra la pared, pero evitando mi mirada. Negó con la cabeza cuando bajó la vista al suelo.

—No quiero ser malo contigo —dijo, pasándose una mano por la boca—. Solo estoy tratando de procesarlo.

Fui a sentarme en el filo de la cama.

—Cuéntamelo.

—Nunca había hecho esto antes. Nunca había sentido estas cosas. —Su voz era áspera—. No que yo recuerde, al menos. —Parecía casi como si le doliera, como si cada palabra le fuera arrancada—. Sé que no puedo culparte por nada de lo ocurrido tiempo atrás —añadió enseguida—. Pero estoy intentando darle sentido a por qué me afecta de esta manera.

Observé cómo se debatía; prácticamente podía ver los pensamientos corriendo tras esos preciosos ojos.

—Aether… —Me detuve, buscando las palabras adecuadas—. Laryk y yo… No es lo que tú te crees.

Aether permaneció callado un buen rato.

—Tú pensabas que lo querías —replicó al fin—. Parece algo más que eso, y resulta complicado competir frente a semejante historia.

—«Historia» es una palabra muy fuerte —solté—. Lo que sentía por Laryk era lo más intenso que había experimentado entonces. Pero él mantenía las distancias. Dejaba muy claro que no teníamos una relación, que no la tendríamos. Primero me buscaba y luego me alejaba. Yo no paraba de darle vueltas y de preguntarme siempre si le importaba o si solo le era útil.

—Pero para ti fue real —continuó con la voz tensa—. Lo intento, Fia. Es que no sé cómo ser lo que necesitas. Estoy dando palos de ciego con esto.

Sacudí la cabeza.

—No lo conocía, Aether. No como te conozco a ti.

Nos miramos a los ojos al fin y, por primera vez, vi verdadera vulnerabilidad en los suyos, en aquellos ojos dorados que se derretían como oro líquido a la luz del fuego. Pero desvió la vista de golpe y fue a sentarse en el sillón que había junto al fuego. Enterró la cara entre las manos.

—No quiero joderlo todo —soltó sin más.

Me recoloqué en la cama para encararlo con una opresión en el pecho por lo perdido que se le veía.

—No necesitamos todas las respuestas ahora mismo —dije con suavidad—. Lo iremos viendo juntos.

Alzó la vista para mirarme con atención.

—Durante mucho tiempo, he bloqueado cada parte de mí capaz de sentir. —Su voz adquirió un tono cansado—. Siento como si me ahogara. A veces es increíble, como esta mañana en el acantilado. —Se detuvo y exhaló despacio—. Otras, es como si fuera a estallar dentro de mi propia piel. Y, en mitad de todo esto, estás tú.

No soportaba verlo así. Antes de poder evitarlo, me levanté y me puse delante de él y le cogí las manos entre las mías, notando las callosidades que las cubrían. Las mismas manos que habían pasado incontables páginas para averiguar exactamente quién era yo, las mismas manos que me habían sacado de Draxon. Sus manos. Las manos de Aether. Eran cálidas, casi quemaban.

—¿Sabes lo que significa para mí que pienses en estas cosas? —pregunté en voz baja.

Llevé los dedos a su cabello, y él se inclinó bajo mi tacto y por fin me sostuvo la mirada con aquellos ojos dorados. Algo se había abierto en dos dentro de él; ya no había excusas ni evasivas, solo pura honestidad en sus iris.

—A veces necesito… —dijo; le costaba encontrar las palabras— tiempo. Para procesarlo todo. Lo último que quiero es decir algo

movido por la rabia, algo que luego no pueda retirar.

Presionó la frente contra mi vientre cubierto por la toalla mientras yo le acariciaba el cabello. Aquel toque tan simple se sentía más íntimo que cualquier cosa que hubiéramos compartido antes.

—Nunca he conocido a nadie como tú —comenté, diciéndolo más en serio de lo que podía expresar.

Giró la cara hacia mí, inhalándome. Llevó las manos a mis piernas desnudas y me presionó con los dedos los muslos cuando me atrajo más cerca.

—Quiero conocer cada parte de ti —murmuró contra la tela—. Absorber cada pedacito.

El calor se acumuló en mi vientre ante sus palabras. Yo también lo quería con una ferocidad que me aterrorizaba a la vez que me excitaba, que me hacía sentir libre y viva. Quería conocer a este hombre por completo. Sin barreras.

—Estoy harta de esconderme —susurré en voz baja contra el chisporroteo del fuego. Él inclinó la cabeza hacia atrás, creando una devastadora distancia entre nosotros.

Y dejé que la toalla cayera al suelo.

Aether se puso rígido y se le ralentizó la respiración mientras me admiraba. El modo de mirarme, como si yo fuera algo sagrado, hizo que se me ruborizara la piel y que me sintiera como si me estuviera quemando por dentro. Como si yo fuera lo único que mereciera la pena contemplar en su mundo.

Llevó las manos a mis caderas, y, cuando inclinó la cabeza para deslizar la boca por mi caja torácica, la áspera barba incipiente provocó que se me pusiera la carne de gallina. Depositó un beso justo bajo la turgencia de mi pecho con los ojos clavados en los míos, y la intensidad de su mirada casi me deshizo allí mismo.

Me mordisqueó en la curva de la cintura; acto seguido, llevó la boca a mi vientre y me apretó con fuerza, como si fuera incapaz de soportar que hubiera más distancia entre nosotros. Deslizó las manos por la parte de atrás de mis muslos, apenas tocándolos, con un roce ligero y tan embriagador como el filo de una pluma, haciendo que me estremeciera a pesar del calor del fuego. Entonces, de repente, me sujetó de la parte de atrás de las rodillas y tiró de mí hacia el sillón, hacia él.

Le envolví el cuello con las manos mientras atraía su boca a la mía, y el aire de la habitación se volvió eléctrico. Sentí cómo me latía el pulso bajo la piel al notar su dureza bajo el uniforme y las manos que parecían arder en todas las partes en las que me tocaba.

Me rodeó la espalda con un brazo y, con el otro, me agarró de la cadera, presionándome contra él. No me cansaba de su sabor, de la calidez de su piel, de la forma en la que sus sombras nos envolvían, de cómo parecían alcanzar las mías.

Pasó los labios por mi mandíbula y luego por mi cuello, y el sonido que surgió de su garganta era casi doloroso mientras se removía debajo de mí. Cada roce de su barba incipiente contra mi piel hacía que me recorriera una descarga por las venas.

Quería que sintiera lo mismo que yo, quería ver a este hombre que se aferraba con tanto ahínco al control deshacerse del todo, por completo, para mí y solo para mí.

El calor se arremolinó en mi interior cuando vi el ardor de sus ojos. Para tratarse de alguien que se había pasado décadas sin sentir nada, el hambre voraz de su expresión me aceleró el corazón. Pasó las manos por mi cuerpo, dejando rastros de fuego a su paso, y, cuando llegó a mis caderas, presionó los dedos contra mi piel como si tuviera miedo de que yo fuera a desaparecer.

—Nunca he… —Su voz era ronca, tensa—. No quiero hacerte daño.

La vulnerabilidad de su tono hizo que se me oprimiera el pecho. Aquí estaba Aether, el hombre que podía destruir ejércitos, que podía doblegar la materia a su voluntad en un instante, temblando ahora bajo mis caricias.

Me incliné hacia abajo y presioné los labios en aquella mandíbula perfecta.

—No lo harás.

Se le entrecortó la respiración cuando froté las caderas contra él. Incluso a través de la tela gruesa, podía notarlo. Estaba duro. Cuando llevé los dedos a los cierres, todo él se puso rígido.

—Fia. —El nombre salió como advertencia de sus labios, pero pude oír la desesperación que había debajo, el anhelo.

—Déjate llevar —susurré contra su boca.

Él enredó las manos en mi cabello cuando me atrajo para besarme de un modo que me dejó sin aliento. Atrás quedaron las dudas y la distancia. Esto era pura necesidad.

Deslizó la boca hacia mi cuello y me rozó con los dientes la piel sensible mientras exploraba cada centímetro de mí con las manos. Sentía cada caricia como si me marcara con un hierro candente. No pude evitar contener los sonidos que me salieron de la garganta cuando me deslizó las uñas por la piel.

—Eres tan preciosa… —Suspiró contra mi clavícula—. Tan perfecta…

Sus manos fueron a mis pechos, y el sonido que brotó de él fue casi feroz. El guerrero cauto que conocía se estaba deshaciendo debajo de mí.

—He imaginado esto incontables veces —confesó contra mi piel—. Tocarte, saborearte.

Me di prisa en desabrocharle el pantalón, desesperada por sentir su piel contra la mía. Cuando al fin lo liberé, los dos jadeamos. Era más grande de lo que esperaba, y me temblaron las rodillas de forma vergonzosa al absorber la imagen.

Me levanté un poco y colé la mano entre los dos para posicionarlo en mi entrada. Nuestras miradas se encontraron en el instante en el que empecé a descender; su envergadura hacía que se me entrecortara la respiración mientras me acostumbraba. El dolor y el placer eran exquisitos. Aether exhaló con brusquedad; parecía como si tuviera que contenerse. Como si estuviera dejándome a mí controlar el descenso hasta que su polla estuvo del todo enterrada en mi interior.

—Estás temblando —susurró.

—Igual que tú —logré decir con la voz débil.

Deslizó las manos hacia arriba por mi espalda, atrayéndome más hasta que no hubo ni un ápice de espacio entre nosotros.

—Treinta años —gruñó—. Treinta años sin sentir nada, y ahora… —Sus palabras se desvanecieron en un gemido cuando me moví contra él—. Me estás matando.

Presioné la frente contra la suya; nuestras respiraciones se entremezclaban.

—Bien.

Sin embargo, yo ya estaba viendo las estrellas. Mi cuerpo se movía solo, mis caderas se balancearon despacio antes de volver a hundirse.

Aether echó la cabeza hacia atrás contra el sillón; parecía estar con la mirada perdida, pero nunca apartó los ojos de los míos. Tenía el labio inferior carnoso entre los dientes, y casi sangró con el siguiente movimiento de mis caderas.

Me incliné hacia abajo con ganas de morderle el labio yo misma. Besé el borde de su boca y él vino al encuentro de mis labios sin apenas contención. Pasé la lengua por el corte que se había hecho, chupándolo un poco, mientras mis caderas continuaban moviéndose a un ritmo pausado, aumentando el placer con cada movimiento.

Sabía que la velocidad a la que lo estaba tomando era peligrosa. No obstante, había algo en cada momento prolongado, en sentir cada centímetro de él a este ritmo devastador, que era como saborear el más mortífero de los vinos, sabiendo que podría matarte, aunque deseándolo de todos modos. Y una lenta caída libre hacia la muerte era justo lo que yo quería con él.

Cada movimiento me provocó oleadas de placer. Sus manos parecían estar en todas partes a la vez: en mi cabello, en mis pechos, agarrándome de los muslos. Como si no tuviera suficiente, como si quisiera memorizar cada centímetro de mí.

—Mírame —me ordenó con voz ronca por la necesidad. Cuando lo hice, vi que tenía los ojos dorados como oro líquido—. Necesito verte.

Y, en un instante, tiró de mí hacia abajo una y otra y otra vez. Tanto que no sabría afirmar dónde acababa yo y dónde empezaba él; la sensación de notarlo por completo, total e inimaginablemente dentro de mí estuvo a punto de llevarme al límite.

Recliné la cabeza hacia atrás, exponiendo cada delicada parte de mí. Quería poner los ojos en blanco, que se fundieran en este momento perfecto, grabar para siempre esta sensación en mi mente, en mi cuerpo. Pero, a medida que Aether embestía y se hundía de nuevo, liberándome de la presión más divina, me encontré de pronto viva otra vez; giré la cabeza hacia él, la desesperación de mi mirada rivalizaba con la suya, y mis labios acudieron al encuentro de los suyos.

—Te estás conteniendo —jadeé contra su boca.

Él me apretó con fuerza las caderas.

—Porque si no… —dijo con voz tensa.

—¿Qué? —lo desafié, haciendo rodar las caderas más despacio y sonsacándole un gemido de lo más profundo del pecho.

Y, en un segundo, estaba en todas partes, llenándome de nuevo, embistiéndome con una fuerza que parecía perturbar los delicados cimientos del sillón que teníamos debajo, cuyo crujido reverberaba por la habitación.

—Ten cuidado —gimoteé—. Estas paredes son de papel de fumar.

Su expresión me dijo todo lo que no me podía decir con palabras cuando se volvió a hundir en mí; un grito se me escapaba de los labios en el preciso instante en el que llevó la mano a mi boca para contener el sonido que brotaba de mi garganta. Probé su piel, la salada y ahumada delicadeza de sus dedos.

—¿Quieres que todo el mundo escuche lo que me haces? —susurró contra mi oído.

Le mordí los dedos en respuesta, y todo su cuerpo se estremeció. El sillón protestó bajo nuestro peso conforme los movimientos se volvían más primitivos. Y quise más.

«Más».

Arqueé la espalda en consecuencia, volviendo a caer con fuerza sobre él mientras Aether acometía de nuevo y nuestros cuerpos colisionaban en una tormenta furiosa.

El sillón bajo nosotros chirrió otra vez; la madera crujía a cada movimiento. Él clavó los ojos en los míos, con el peligro brillando en sus doradas profundidades. Retiró la mano de mi boca, volvió a agarrarme el muslo con ella y, sin previo aviso, se levantó; el movimiento repentino me hizo jadear.

Durante un momento, permanecimos suspendidos, con mis piernas envueltas alrededor de su cintura y con sus manos sujetándome mientras tensaba los músculos. Entonces, dio tres pasos comedidos, cada uno deliberado, haciendo que sintiera cada movimiento de su cuerpo contra el mío. Cuando al final toqué la pared fría con la espalda, me arqueé alejándome por instinto, presionándome más cerca del ardiente calor de él.

Retiró una de las manos de mi muslo para taparme la boca otra vez cuando un chillido amenazó con escapárseme en el instante en el que se enterró tan adentro de mí que creí que igual me perdía a mí misma. Aguantó todo mi peso con la otra mano, manteniéndome sujeta contra la pared. La postura me dejaba completamente a su merced, atrapada entre el frío glacial de la piedra y el olvido que me prometían sus ojos.

—¿Mejor? —gruñó. Sentí la palabra como una caricia sobre mi piel, provocándome un escalofrío. Cuando asentí, apartó despacio la mano de mi boca y la sustituyó con sus labios para darme un beso que era todo dientes y desesperación—. ¿Crees que puedes estar callada tú sola? —susurró tras apartarse, y no había nada de inocente en la sonrisa que le adornaba los labios.

—Seguramente no —admití, jadeando.

—Bien, porque quiero oír cómo gritas mi nombre.

Y, a continuación, empezó a llenarme una y otra vez; cada embestida más fuerte que la anterior.

Su nombre abandonó mis labios con facilidad. Un ruego para que me diera más. Estaba convencida de que jamás tendría suficiente.

Una gota de sudor le bajó por la sien cuando se le tensaron los músculos. Se desató una maraña de inquietante anhelo en mi interior al verlo a él, a este guerrero salvaje con los ojos prácticamente negros de deseo.

Apreté las piernas en torno a sus caderas y todo mi cuerpo se tensó.

—Aether, me…

Apenas podía pronunciar las palabras, pero él parecía saber que yo estaba llegando a la cima, pues mi interior lo apretaba con fuerza. Eso no hizo que aminorara el implacable ritmo, y me desmoroné a su alrededor, mis sombras llenando la habitación un segundo antes de volver a nuestros cuerpos; el éxtasis casi fue cegador.

No me concedió un momento para recuperar el aliento; su ritmo me condujo a través de un orgasmo estremecedor mientras otro ya comenzaba a formarse.

—No tienes ni idea de lo que me provoca eso —dijo contra mi garganta, arañándome la piel sensible con su barba incipiente—. Ver cómo te deshaces.

Sus sombras nos rodearon con más fuerza mientras la respiración se le volvía irregular contra mi cuello. Dobló el brazo que soportaba mi peso para ajustar el agarre y embestir más profundo. El movimiento hizo que se me pusiera la mente en blanco y se me fuera la cabeza hacia atrás contra la piedra.

—Aún no —gruñó con voz ronca y contenida—. No he acabado contigo.

Pese al temblor de sus músculos, pese al deseo que crecía en su interior, mantuvo ese ritmo devastador. Cada acometida estaba calculada a la perfección para conducirme más alto, para empujarme de nuevo a esa cima. Su autocontrol era enloquecedor; incluso ahora, completamente deshecho, no iba a dejarse llevar hasta que antes me hubiera exprimido hasta la última gota de placer.

Le clavé los dedos en los hombros en el momento en el que esa tensión familiar empezó a formarse de nuevo. Sus ojos se habían

vuelto del todo feroces, observando cada reacción mía con una intensidad casi depredadora. Cuando su nombre abandonó mis labios otra vez, sus sombras azotaron con más fuerza, pero él se contuvo.

Le arañé la espalda cuando arremetió de nuevo contra mí, haciendo que un sonido áspero le brotara de la garganta, a medias entre el placer y el dolor. Ahora tenía el cabello húmedo de sudor y los músculos le temblaban.

—Hazlo otra vez —ordenó con la voz irregular contra mi oído. Cuando obedecí y le pasé las uñas por los hombros, todo su cuerpo se estremeció. El movimiento me provocó una descarga eléctrica.

Cambió el ritmo, cada movimiento más devastador que el anterior. Cuando flexionó los músculos bajo mis manos, me incliné hacia delante y hundí los dedos en la curva de su hombro. El sabor a sal y humo me llenó la boca en el instante en el que soltó un gruñido grave que resonó a través de su pecho.

—Fia —gimió. Sus sombras palpitaron, a juego con la creciente presión entre nosotros. Pero, aun así, se seguía conteniendo.

Le mordí con más fuerza, arrancándole otro sonido áspero de la garganta. El brazo bajo mi muslo le tembló, pero su ritmo jamás vaciló. Si acaso, cada embestida se volvió más profunda, más fuerte, amenazando con lanzarme en caída libre.

Y, al fin, en el mismo momento en el que me estaba perdiendo de nuevo, su control se hizo añicos. Las sombras a nuestro alrededor palpitaron a lo bestia cuando su ritmo se volvió más lento a medida que embestía mi cuerpo con el suyo, llevándose al límite.

Mi nombre salió de sus labios como una plegaria a la vez que nuestras sombras se fusionaban por completo, danzando juntas en perfecta sincronización. La oscuridad magnificaba todo: cada roce, cada movimiento, cada aliento compartido entre los dos.

—Déjate llevar conmigo —suspiró contra mi garganta con la voz quebrándosele. El sonido de aquello, de él dejándose llevar al fin, hizo que el éxtasis me recorriera las venas. Se me nubló la visión en los bordes, borrando todo mi mundo hasta que solo podía ver los ojos de Aether como un reflejo de los míos, llenándose con aquellos zarcillos negros hasta que no quedó nada más. Y entonces estábamos cayendo, precipitándonos juntos hacia ese delicioso olvido.

Durante un buen rato, permanecimos allí contra la pared, con su cara enterrada en mi cuello mientras recuperábamos el aliento. Su brazo me sujetaba con seguridad; ninguno de los dos quería moverse y romper este momento perfecto de conexión. Cuando al final lo hizo, no pude contener el pequeño sonido de protesta que se me escapó a la vez que lo abrazaba con fuerza.

Su agarre se volvió tierno conforme me llevaba a la cama estrecha y me depositaba allí. Trazó un sendero con los labios desde mi sien a la mejilla antes de ir a mi boca. Entonces, se movió para tumbarse junto a mí, atrayéndome a su pecho.

El aire nocturno era frío en contraste con nuestra piel ardiente, pero ninguno de los dos se alejó. Si acaso, nos apretujamos más, memorizando cada detalle de este instante: el latido rítmico y constante de su corazón, la forma en la que trazaba con los dedos patrones en mi costado, lo bien que parecíamos encajar.

Nos quedamos allí tumbados en un silencio cómodo, ninguno quería ser el primero en apartarse, en reconocer que el mundo seguía existiendo más allá de esa habitación. En algún punto de la noche, me quedé dormida.

Me encontré vagando por un pasillo larguísimo con las paredes de piedra cubiertas de tela oscura. Gente con ropa negra pasaba

rozándome; sus rostros estaban llenos de lágrimas y los susurros resonaban por las paredes. El aroma del incienso funerario flotaba con intensidad en el aire.

Los pies me condujeron hasta una puerta al final del corredor, ornamentada y pesada, con un símbolo grabado que ahora reconocía como el de los Valtýr, la familia real, mi familia. Cuando alargué la mano para coger el pomo, se abrió de par en par y me encontré cara a cara con Vilda, la mujer que debió de haber sido mi tía abuela. Ella se sobresaltó ante mi presencia, y por primera vez la vi con claridad. Tenía un rostro lleno de ángulos definidos y rasgos llamativos, enmarcados por esa melena oscura familiar que le caía en ondas por la espalda. Pero lo que removió algo dentro de mí fueron sus ojos, negros como el ébano, con una lágrima asomando en las pestañas.

Me puso una mano en el brazo y el roce me provocó un escalofrío. Cuando alzó el mentón para mirarme de nuevo, un destello de arrepentimiento le cruzó el semblante. Me asintió una sola vez antes de marcharse, desapareciendo entre la multitud de dolientes como una sombra fundiéndose en la oscuridad.

Mis pies se movieron hacia delante por sí solos y atravesaron la puerta por la que ella acababa de irse. La cámara que había al otro lado era grande y circular y estaba iluminada por candelabros de hierro que arrojaban sombras extrañas por las paredes. Y, allí, tirado en el suelo, había un hombre, el mismo que había llevado a las dos muchachas al Vacío. El rey de Umbrathia yacía muerto.

CAPÍTULO 52

—¿Cómo murió el rey, mi bisabuelo? —le pregunté a Aether mientras planeábamos sobre las nubes. Hoy hacía menos viento, así que podíamos oírnos el uno al otro con más facilidad. Las alas de Nihr sobrevolaban justo por encima de las de Tryggar mientras nos dirigíamos al oeste.

—De algo del corazón —respondió Aether, alzando una ceja hacia mí—. ¿Por qué preguntas?

—He tenido otro sueño.

—¿Anoche? —preguntó.

Lo miré, percatándome del brillo en sus ojos.

—Sí.

—Me sorprende que te funcionara tanto la mente como para eso. —Esbozó una sonrisa traviesa.

—Supongo que la próxima vez tendrás que esforzarte más. —Me encogí de hombros y una calidez me subió por el cuello.

—Cuéntame ese sueño.

—No fue mucho, la verdad. Corto y más confuso que otra cosa. La hermana de la reina…

—¿Vilda?

—Sí, ella. Los pasillos del castillo estaban llenos de kalfar con ropa de luto. Y Vilda… salía de una habitación, parecía un poco perturbada, o enfadada, tal vez incluso triste. Era difícil decirlo.

Aether asintió, sopesando la información.

—En cuanto se marchó y se entremezcló con la multitud, me adentré en la habitación y vi al rey tumbado en el suelo. No se movía.

Ahora Aether tenía la vista posada en mí con el ceño fruncido.

—El rey murió el día del funeral de lord Skaldvindr —dijo—. Tal vez ella fue la que lo descubrió.

—Tal vez —repetí justo cuando las torres irrumpieron entre las nubes en la distancia. Descendimos y encontramos un lugar para que los vördr aterrizaran en una zona espesa de matorrales.

Examiné los alrededores mientras nos movíamos por el follaje denso. Habíamos volado durante casi todo el día; solo habíamos parado unas cuantas horas cuando los vördr necesitaron un descanso.

El sol se ponía en el horizonte, al oeste, justo más allá de Stormshire. Se encontraba demasiado lejos como para distinguirlo con claridad, pero no cabía duda de que era Stormshire. Otra hora atravesando los árboles, tras dejar a los vördr dentro del bosque en la base de una montaña, y llegaríamos allí.

Me temblaban un poco los dedos cuando saqué el rollo de pergamino que había robado del despacho de Laryk y lo extendí sobre un tronco caído. Tenía que buscar sus aposentos primero y luego averiguar dónde estaría destinado el equipo V. Se me hizo un nudo en el estómago al pensar en verlo otra vez, sobre todo después de lo de anoche.

Alcé la vista a Aether, que le estaba ajustando la montura a Nihr. Le caía el cabello por la cara mientras lo hacía, y de pronto se me vinieron recuerdos de la posada, de cómo se sentía ese mismo pelo retorcido entre mis dedos…

«Céntrate».

Me obligué a volver a concentrarme en el plano. Cada general tenía su propia ala del fuerte, aunque no estaban etiquetadas por nombre. Encontré la sección más pequeña y supe que aquella debía de ser la suya. La unidad de Laryk era letal, pero no por su enorme tamaño, sino por los focos poderosos que albergaba. Había unos cincuenta soldados en la facción Veneno, si no recordaba mal, cientos de ellos menos que en las demás. Tenía que ser su ala.

El fuerte en sí era una pesadilla: pasillos que se doblaban sobre sí mismos, pasajes ocultos entre alas, numerosas rutas de escape desde casi todas las habitaciones principales. Solo los muros exteriores eran el doble de anchos que cualquiera que hubiera visto antes.

—Esto no va a ser como colarnos en el cuartel —dije en voz baja, volviéndome hacia Aether—. Básicamente, estamos adentrándonos en la parte de Sídhe más defendida y letal. La unidad de Laryk es… —Me detuve y tragué saliva con fuerza—. Bueno, digamos que no podemos permitir que nos vean. Sobre todo, tú.

Aether se apartó de Nihr y se colocó a mi lado. Su presencia ahora me resultaba distinta, íntima de una forma que hacía que me sonrojara, y tuve que esforzarme mucho para centrarme en el mapa que había entre nosotros.

—Háblame sobre su unidad —dijo; su tono había vuelto a ser el del soldado.

—Si nos encontramos con las personas equivocadas, puede ser catastrófico. —Tracé el camino hacia el ala de Laryk—. Tienen sobre todo habilidades elementales; fuego, agua, aire, incluso rayos. —Vacilé, acordándome de aquellos de los que había oído hablar cuando me uní a la Guardia—. Una tiene sangre que puede derretir directamente la piel.

—¿Y Laryk?

Su tono hizo que alzara la vista. Su expresión era ilegible, pero parecía haber perdido ese deje de preocupación del día anterior.

—Puede anticipar los movimientos de la gente incluso antes de que ellos decidan su próximo paso, ya sea en batalla o en negociaciones. —Me giré hacia el mapa, incapaz de sostenerle la mirada—. Jamás ha perdido una pelea.

—Hasta ahora —soltó en voz baja, casi para sí mismo.

—Aether, no estamos aquí para luchar contra Laryk. No estamos aquí para luchar contra nadie.

Puse los ojos en blanco y me centré, en cambio, en la tarea que teníamos por delante.

—El problema no es solo entrar. Es desplazarnos por el fuerte sin alertarlos. Un movimiento en falso y…

—Entonces, no hagamos movimientos en falso. —Me apoyó la mano en la parte baja de la espalda; el roce hizo que me inundara una calidez a pesar de la gravedad de la situación.

—Soleil dijo que los generales estarían en una asamblea la mayor parte de la tarde. Y, ya que no ha habido ataques desde hace meses, puede que hayan bajado la guardia. Tendremos que aprovecharnos de ello. No se van a esperar ninguna infiltración. Si acaso, habrá más guardias patrullando alrededor de las torres de arcanita.

—¿Y qué probabilidad hay de que hayan cambiado cosas desde que se dibujó este mapa? —preguntó Aether, trazando los pasillos con los dedos.

—No lo sé. —Admitirlo me dejó un regusto amargo—. Sin embargo, la estructura básica tiene que ser la misma. No es momento de hacer renovaciones precisamente en mitad de una guerra. —Señalé los numerosos corredores marcados—. Estos tienen más probabilidad de estar vacíos. Se hallan en el lado noroeste; son

los que están más lejos de los campos de entrenamiento y la arcanita.

Un crujido entre los árboles hizo que nos tensáramos, pero solo era un pájaro alzando el vuelo. Aun así, la interrupción sirvió como recordatorio de lo expuestos que nos encontrábamos, incluso bajo el crepúsculo cada vez más profundo.

—Deberíamos acercarnos más —dijo Aether, ya enrollando el mapa—. Ver mejor las rotaciones de la guardia antes de que anochezca.

Asentí.

—Hay otra cosa que tenemos que tener en cuenta. —Lo agarré del brazo antes de que se pudiera girar—. Si nos encontramos con alguien…, no puedes matarlo.

Entrecerró los ojos un poco.

—Fia…

—Lo digo en serio. Ahora mismo no tienen ni idea, no saben lo que está sucediendo de verdad. Y algunos de ellos eran mis amigos. —Las palabras parecían pesar—. Si nos descubren, yo me ocuparé, intentaré borrarles la memoria. No haremos nada más.

Se quedó mirando mi expresión durante unos segundos antes de asentir.

—Además —dije, acercándome a él, sintiendo esa atracción familiar. Lo cogí de la mano, tratando de ignorar cómo se me estremeció la piel ante su tacto—. Si esto va a funcionar… —Le sostuve la mirada y observé cómo se le oscurecía un poco—. No puedes revelarte bajo ningún concepto. Necesito que confíes en que yo me ocuparé. Necesito que confíes en mí.

Se le tensó la mandíbula; el conflicto era evidente en su expresión.

—Sí que confío en ti. —Entrelazó los dedos con los míos—. Pero si te pasa algo…

—No va a pasar nada. —Le di un apretón en la mano—. Pero mostrarte puede arruinar todo este plan. Si te ven, no sé cómo contraatacarán, pero… —alargué el brazo y le toqué la cara— no dudarán.

—¿Y si Laryk intenta hacerte daño? —Las palabras le salieron graves, casi como un gruñido.

—No lo hará. —Sin embargo, incluso mientras respondía, me invadió la incertidumbre. Sabía que nunca me haría daño físico, pero no tenía ni idea de cómo reaccionaría a la verdad, no solo de Umbrathia o el rey, sino de cómo ya no le pertenecía a él. Ya no—. Solo… prométemelo. Prométeme que te quedarás oculto a menos que no haya ninguna otra opción.

Sus ojos buscaron los míos por un largo instante antes de soltar un lento suspiro.

—Vale. —La palabra parecía dolerle físicamente—. Pero en cuanto…

—En cuanto haya algún peligro real, puedes entrar en modo «Destructor de reinos» con todo el mundo —traté de contestar con guasa, pero su expresión permaneció seria.

—No te veré morir. —Bajó la voz, y aquel filo peligroso volvió.

Una ramita se quebró en la distancia y ambos nos tensamos; por instinto, nos acercamos más. Cuando nada emergió de la oscuridad creciente, me giré y me lo encontré con los ojos fijos en mí, ardiendo con una intensidad que hizo que el corazón me diera un vuelco.

—No tengo planeado morirme —respondí en voz baja—. Pero he de hacer esto a mi manera. Él ha de escuchar la verdad de mí. —Me

detuve—. Y, si te ve primero…, jamás escuchará nada de lo que tengo que contarle.

Aether se limitó a asentir y dio unos cuantos pasos hacia mí, penetrándome con la mirada.

—Hemos de irnos —dije, echándole un vistazo a Tryggar, que se encontraba persiguiendo algunos roedores entre los árboles a lo lejos. Y me giré hacia mi bolsa…

Pero, antes de que pudiera cogerla, Aether me agarró de la muñeca y me atrajo de vuelta hacia él. Enredó la otra mano en mi pelo mientras su boca acudía al encuentro de la mía, y de pronto nada más importó. El beso fue profundo, voraz, lleno del deseo residual de la noche anterior.

Me golpeé la espalda con un tronco duro cuando me presionó contra un árbol y me aprisionó el cuerpo con el suyo. Deslizó las manos por los costados y me sujetó las caderas. Cuando me rozó el labio inferior con los dientes, no pude evitar que se me escapara un ruidito de la garganta.

—No deberíamos… —conseguí decir entre besos, pero mis manos ya lo estaban atrayendo más, traicionando mis palabras.

Su barba incipiente me raspó la mandíbula mientras me deslizaba la boca por el cuello, haciendo que me estremeciera.

—Lo sé —admitió en voz baja contra mi piel.

Los cascos de Nihr hicieron crujir las hojas a nuestro lado, recordándonos dónde nos encontrábamos, lo que estábamos a punto de hacer.

—Tenemos que centrarnos —murmuré, aunque todavía me aferraba a su ropa de cuero.

Presionó la frente contra la mía, respirando hondo.

—Luego —prometió. Se me aceleró el pulso, salvaje e imprudente.

El fuerte emergió de la oscuridad como una bestia, todo bordes puntiagudos y sombras; su piedra oscura parecía devorar la poca luz de la luna que quedaba. Se me encogió el corazón a medida que nos acercábamos; algo iba mal. Los muros estaban repletos de guardias, con los emblemas plateados reluciendo como estrellas a medida que se movían en perfecta sincronización. Eran demasiados.

—Joder —solté en voz baja, observando cómo pasaba otra patrulla.

—Están por todos lados —dijo Aether.

Compartimos una mirada de duda antes de difuminarnos en oscuridad, moviéndonos entre las sombras como bruma. Cada guardia por el que pasábamos hacía que el corazón se me parara, aunque sabía que no nos podían ver. Sus conversaciones resonaban por los muros a medida que nos colábamos.

—… tercera ronda de esta noche. Órdenes del general.

Sus palabras hicieron que se me helaran las venas.

Saqué el rollo otra vez después de materializarnos en un armario de suministros, comprobando nuestra posición. El plano era exacto, cada pasillo se encontraba donde debería, pero la seguridad no era la que esperábamos. Los guardias se apostaban en cada intersección principal; las patrullas se movían en formación. Esto era un ejército preparándose para una guerra.

Los guardias no eran el único problema. Cada recoveco, cada esquina a oscuras que pudiera proporcionarnos refugio, estaba iluminado por antorchas que ardían con demasiado resplandor para esas horas de la noche.

Seguimos el camino del mapa hacia el ala de Laryk; nuestra oscuridad fluía como agua a través de los pasillos, cambiándose y adaptándose a cualquier sombra que pudiéramos encontrar. Mi

telaraña notaba decenas de mentes moviéndose por el fuerte, todas siguiendo los mismos patrones.

Al final, llegamos al corredor que daba a los aposentos de Laryk. Extendí mi foco, examinando el espacio más allá. No brillaba ninguna mente en su habitación, aunque el pasillo estaba lleno de guardias.

—Espera aquí —le dije a Aether en voz baja mientras nos pegábamos a una esquina ensombrecida—. Vigila el corredor.

Irradió tensión ante mis palabras, pero no se movió. Lo habíamos hablado. Tenía que confiar en mí.

—Ten cuidado. —Lo oí sisear a mis espaldas.

Me deslicé por la pared como bruma y me materialicé en los aposentos de Laryk por primera vez; todos los sonidos más allá de la puerta ahora se habían silenciado por completo detrás de las gruesas capas de piedra. El espacio era mayor de lo que me imaginaba: un escritorio inmenso a un lado, armas expuestas en las paredes, un maniquí de entrenamiento colocado en una esquina. Me fijé en algo que no se encontraba en el plano: un arco de piedra nuevo se había tallado en la pared más lejana y daba a lo que parecía un enorme baño. El polvo de la piedra aún permanecía en las grietas.

La habitación parecía vacía, pero una sensación de alerta me recorrió la nuca. Algo iba mal. Me dirigí al escritorio de Laryk y me fijé en los marcadores tácticos dispersos por los mapas y en la copa de vino a medias junto a ellos. Estaba manchada de una leve marca de pintalabios en el borde.

Me giré de pronto, examinando la habitación mientras se me aceleraba el corazón. Ahí es cuando lo sentí: el frío acero contra la garganta, un brazo como el hierro alrededor de la cintura. El olor

penetrante y metálico de la sangre me inundó las fosas nasales e hizo que se me revolviera el estómago.

—Hola, Riftborne. —La voz de mujer que escuché contra mi oído era suave, pero contrastaba con la fuerza con la que me presionaba la hoja—. Bienvenida a casa. —Algo húmedo caló en mi ropa de cuero donde su brazo me estaba agarrando. Y entonces solo hubo dolor.

«Narissa».

CAPÍTULO 53

En la zona en la que me había agarrado Narissa con el brazo, sentí un ardor tan agudo e intenso que casi hizo que me doblara. El ácido había disuelto la tela, abrasándome la piel mientras presionaba el arma más fuerte contra mi garganta.

—¿Sabes? —ronroneó contra mi oído—. Cuando dijeron que estabas viva, casi deseé que fuera cierto. Casi. —El filo del cuchillo se hundió un poco más profundo—. Laryk se quedó tan… devastado cuando desapareciste. Tardé semanas en ayudarlo a olvidar.

Le clavé el codo en las costillas, lo que me dio una fracción de segundo para liberarme y correr por la habitación, aún con el ardor del ácido arañándome el costado, pero no me dio tiempo a evaluar el daño. Narissa ya se estaba moviendo; sus dagas relucieron cuando se giró deprisa.

—¿En serio crees que podías volver aquí sin más? —Se pasó una hoja por la palma, dejando que la sangre se le acumulara en la mano—. ¿Después de todo?

Lanzó el chorro carmesí hacia donde yo me hallaba. Cambié de nuevo, pero no lo bastante rápido, por lo que unas gotas cayeron sobre mi hombro y chillé cuando comenzaron a comerse el cuero y la piel.

—Él es mío otra vez —dijo, dando vueltas despacio a mi alrededor —. Desde hace meses. ¿Pensabas que iba a esperar a un fantasma?

Alargué mi foco hacia su mente, intentando atrapar el resplandor plateado, pero era demasiado rápida. Anticipó mi inmovilidad y lanzó otro chorro de sangre que me obligó a abalanzarme detrás del escritorio de Laryk.

La mesa empezó a chisporrotear cuando su sangre se comió la madera. Rodé lejos y me levanté en posición de combate justo al mismo tiempo que ella saltó sobre el mueble que se deshacía. Su daga me atrapó el brazo antes de que pudiera esquivarla del todo, y sentí el filo del acero, seguido del familiar ardor de su sangre.

—Me lo contó todo de ti. —Se volvió a cortar, obligándome a retroceder—. Tus poderes. Tu debilidad. —Su sonrisa era despiadada —. Lo desesperada que estabas por su atención.

Me convertí en sombra y me materialicé a sus espaldas, propinándole una buena patada en la columna. Ella se tambaleó hacia delante, pero se volvió con un giro grácil, levantándose con sangre fresca en sus armas.

—Dime —soltó, lanzando gotas carmesíes en un arco amplio—, ¿de verdad creías que te quería? ¿O más bien solo fuiste un entretenimiento aparte de mí?

La provocación me afectó mucho más que sus hojas, pero dejé el sentimiento a un lado. Necesitaba concentrarme, necesitaba un tiro limpio a su mente. Aunque, cada vez que trataba de centrarme, ella me atacaba de nuevo.

Tenía ahora el uniforme hecho jirones, con las quemaduras extendiéndoseme por la piel en cada lugar en el que había caído su sangre. El dolor me complicaba la tarea de pensar, de mantener la forma de sombra más que unos pocos segundos. Me costaba respirar.

—¿Sabes lo mejor? —avanzó, cortándose el brazo para reunir más munición—. Cuando por fin dejó de llorarte, cuando regresó a mí…

—le refulgieron los ojos—, era mejor que nunca.

Mi costado chilló en protesta cuando me lancé para esquivar otro chorro de sangre y rodé sobre mis pies detrás del maniquí de entrenamiento. El objetivo de cuero chisporroteó cuando el ácido impactó allí en su lugar.

—¿Quieres saber lo que dijo? —Se acercó con sigilo, con el brazo goteando sangre fresca sobre el suelo de piedra, creando pequeños cráteres en la superficie—. Cuando dejó por fin de susurrar tu nombre durmiendo.

Me disolví justo cuando atacó, volviendo a tomar forma junto a la pared de las armas. Cerré los dedos en torno a una espada corta, pero ella ya se encontraba allí y me cortó el muslo con la daga antes de poder bloquear el golpe. El dolor fue agudo e instantáneo, aunque nada en comparación con la quemazón siguiente cuando derramó su sangre sobre la herida.

—Dijo que no eras nada más que una niñita perdida… —aprovechó su ventaja cuando di un traspié— jugando a ser una soldado.

Mi espada acudió al encuentro de su siguiente golpe; el sonido del metal reverberó por la estancia. Sin embargo, ella ya estaba lista y utilizaba la mano libre para lanzarme sangre a la cara. Apenas me giré a tiempo y noté cómo me abrasaba la mejilla.

—Tu problema —continuó, alejándose de mi contraataque con un giro— es que jamás supiste lo que de verdad necesitaba. —Otro corte, otra quemadura—. Lo que merecía.

Intenté centrarme en su mente de nuevo y alcanzar ese resplandor plateado, pero se movía demasiado deprisa. Cada vez que me acercaba, me obligaba a girar o esquivar, rompiendo mi concentración.

El dolor de su ácido se estaba volviendo insoportable; se propagaba como fuego a través de mi piel. No hacía más que crecer; la agonía me consumía la mente al completo como un veneno hasta que algo dentro de mí se quebró. Las sombras a nuestro alrededor comenzaron a palpitar con mi rabia, oscureciendo la habitación hasta que se transformó en el Vacío.

Dejé que la oscuridad tomara el control, convirtiéndome en pura sombra cuando me moví. El próximo chorro de sangre de Narissa pasó de manera inofensiva a través de mi niebla. Y, antes de que pudiera incluso moverse, me materialicé detrás de ella y le golpeé la columna con el codo. Se tambaleó hacia delante y aproveché la ventaja, disolviéndome y volviendo a tomar forma en rápida sucesión.

—¿Qué pasa? —me burlé cuando giró con violencia, tratando de rastrear mis movimientos con los ojos abiertos de par en par en la oscuridad—. ¿Es que no puedes golpear lo que no puedes ver?

—Eres una de ellos —masculló, cortándose el brazo otra vez, pero yo ya me había ido. Las sombras se doblegaban a mi voluntad ahora, en respuesta a mi furia. Aparecí junto a ella y le barrí las piernas. La cabeza le impactó contra el suelo de piedra; sin embargo, rodó lejos antes de que pudiera inmovilizarla.

Narissa paseó la mirada rápidamente por la habitación; su confianza se quebró al fin. Arrojó chorros de sangre a la desesperada, pero yo estaba en todas partes y en ninguna al mismo tiempo. Atrapé su muñeca con la bota y mandé una de sus dagas a la otra punta de la estancia.

Esta era mi oportunidad; una mínima vacilación mientras forcejeaba contra mi agarre. Dejé que mi telaraña saliera hacia ella, bailando a través de la oscuridad como oleadas de estrellas en el

cielo nocturno. Se abalanzó hacia delante y atrapó su mente antes de que pudiera moverse de nuevo.

No obstante, en lugar de encontrar resistencia, en lugar de tener que abrirme camino, atravesé sus barreras mentales con sorprendente fuerza. Como una puerta que se astilla bajo demasiada presión.

Los recuerdos se sucedieron rápidamente como hojas en una tormenta, y de repente ya no me hallaba en los aposentos de Laryk. El mundo se inclinó y se encogió a mi alrededor; mi perspectiva cambió hasta que me encontré viendo a través de otros ojos. La mesa ante mí parecía altísima y el techo tan lejano que me mareaba.

Observé mientras mis piececitos me llevaban hacia delante. Una melena de cabello rojo sangre me caía por los hombros, destacando sobre el delicado encaje de un vestido verde. El comedor se extendía ante mí; había insignias militares y emblemas de teniente reluciendo en su lugar en las paredes.

Una mujer se encontraba sentada en una mesa gigantesca y le temblaban los hombros mientras se llevaba un pañuelo a la cara. Alzó la vista cuando me acerqué, y vi los rasgos de Narissa en ella. En su madre. Se limpió las lágrimas enseguida y se enderezó en la silla.

—No va a volver, ¿a que no? —Noté que se me movieron los labios, pero mi voz era pequeña y triste—. De la isla al otro lado del mar.

La mujer se levantó y vino a arrodillarse delante de mí. Su perfume olía a jazmín y a sal, como si hubiera estado junto al océano.

—No, cariño. No va a volver.

—¿Está muerto? —La voz de la niña se quebró. La mujer se puso de pie de un salto y se agarró del borde de la mesa cuando perdió la compostura.

—No —logró decir al fin con voz cruda—. Pero ojalá lo estuviera. —Se dio la vuelta y se marchó con pasos inseguros, huyendo de la habitación.

A través de los ojos jóvenes de Narissa, vi cómo su madre entraba tambaleándose en el salón y se sujetaba a los muebles.

—Ojalá estuvieran los dos muertos —sollozó—. Esa puta y él. —Le fallaron las piernas y se derrumbó en el suelo; sus gritos resonaron en el mármol.

El regreso a la realidad me impactó como una ola. Estaba en los aposentos de Laryk otra vez, y Narissa se encontraba de pie delante de mí, balanceándose un poco con los ojos desenfocados. Me abalancé sobre ella antes de que pudiera recuperarse y mi foco se abrió paso a través de nuestra conexión de nuevo.

«Márchate», ordené por el vínculo, notando que su resistencia se disolvía como si fuera humo. «Límpiate. Vete a la cama. Olvida lo que has visto aquí esta noche».

Mis manos se movieron solas y le secaron la sangre de la cara con la manga y le alisaron el cabello oscuro. Cuando al fin liberé su mente, ella trastabilló hacia atrás, parpadeando confusa. Me disolví en sombra cuando se giró y observé cómo salió por la puerta aturdida.

Me dejé caer de rodillas, recuperando el aliento y secándome el sudor de la frente. Unos momentos después, Aether se materializó de las sombras con los ojos desorbitados.

—¿Qué ha ocurrido? No he escuchado nada. —Su voz era frenética mientras me examinaba: la ropa hecha jirones, las quemaduras por ácido en mi piel expuesta. En un instante, se movió

y me ayudó a levantarme del suelo. Y, entonces, llevó las manos a mi cara, apretando la mandíbula mientras evaluaba mis heridas.

—Estoy bien. Creía que no había nadie en la habitación —susurré, dejando que me atrajera hacia él.

El sonido de una llave girándose en la cerradura nos hizo separarnos, pero no antes de que Aether me agarrara del brazo.

—Aether, tienes que desaparecer ahora mismo. —Vaciló un segundo—. Estoy bien, Aether. Vete —siseé, y entrecerró los ojos antes de desvanecerse.

La puerta se abrió.

El general Laryk Ashford entró tranquilamente en la habitación y cerró la puerta a sus espaldas. Se pasó una mano por la cara y la bajó antes de sacudir la cabeza. Tenía los hombros hundidos por el cansancio cuando fue hacia el escritorio; su impecable uniforme negro ahora se encontraba arrugado. Parecía mayor en cierto sentido, estropeado por el paso de los meses desde la última vez que lo había visto.

Dio tres pasos antes de quedarse paralizado. Primero se fijó en los daños de la mesa y luego rastreó la habitación, dándose cuenta de las manchas de sangre de las paredes, del maniquí de entrenamiento que se derretía y de las armas desperdigadas. Al fin, desvió la vista al suelo, a donde yo estaba. Jamás seré capaz de expresar con palabras la mirada que le cruzó la cara cuando sus ojos encontraron los míos.

—¿Fia? —La palabra apenas fue un susurro al tiempo que venía hacia mí corriendo.

CAPÍTULO 54

Laryk me alzó entre sus brazos con la fuerza de una tormenta y estampó la boca contra la mía. El olor familiar del ámbar quemado y el vetiver me envolvió como un fantasma; sesiones de entrenamiento que casi me hicieron perder el control, miradas ardientes a través de las habitaciones, cosas susurradas en los pasillos a oscuras. Se me tensó el cuerpo, aguardando esa chispa, ese incendio intenso que me consumía antes cada vez que me tocaba. No obstante, donde antaño había fuego, ahora había un hueco vacío. Ni siquiera ardían ascuas en la distancia.

Una sombra se enroscó a mi lado y compuse una mueca; sentí el peso de unos ojos dorados sobre mi piel mientras me deshacía del agarre de Laryk. La confusión se le reflejó en los rasgos antes de que se fijara en las quemaduras por ácido que me marcaban la piel.

—¿Qué ha sucedido? —Se le oscurecieron los ojos.

—Narissa. —Su nombre sabía a veneno en mi lengua.

—¿Ha estado aquí? —La irritación le resplandeció en el rostro, atravesando esa máscara de control que siempre llevaba—. Es la tercera vez esta semana.

—No te preocupes. La he mandado a la cama. No se acordará de nada.

—Te ha herido —masculló, examinándome—. Sin duda, habrá repercusiones por ello.

—Estaré bien. —Traté de asegurarle, tentada de sacar a la luz lo que Narissa me había dicho, pero decidiendo resistirme.

—Sabía que estabas viva —susurró, y de pronto el cansancio que atormentaba sus ojos cuando entró se transformó en avidez.

—Tengo que contarte un montón de cosas, pero no me puedo quedar mucho tiempo. —Las palabras me salieron antes de que pudiera detenerlas.

Frunció el ceño.

—¿Qué quieres decir? Ahora estás aquí. —Se acercó a mí con esa gracia depredadora que recordaba, pero di un paso atrás. El movimiento hizo que se detuviera en seco y ladeara la cabeza mientras reconsideraba la situación—. Estás en casa, Fia.

—Estoy aquí —susurré—, pero no me puedo quedar.

—¿Por qué? —Las palabras tenían un matiz de indignación.

—Intento explicártelo todo. Déjame…

—¿Cómo has escapado? —me interrumpió.

Me removí incómoda.

—No he escapado, Laryk. He venido aquí por mi cuenta.

Me miró de arriba abajo, arrugando la frente.

—Estoy aquí —repetí, midiendo cada palabra—. Pero no me puedo quedar.

—¿Por qué? —Su voz transmitía el peso de meses de búsqueda, de dolor. La confusión le atravesó las facciones. Llevó la mano a mi cara; no obstante, yo me aparté de su tacto. El peligro destelló en sus ojos esmeraldas.

—Tengo que hablar contigo sobre algo importante.

—Vale. —La palabra era suave, pero tenía la mandíbula apretada —. Sigue.

—Riftdremar, el levantamiento, esta guerra. Los espectros. Nada de lo que nos han contado es cierto. —Las palabras sonaban

disparatadas incluso a mis propios oídos, y me obligué a respirar más despacio.

—¿De dónde has sacado eso?

—La arcanita —dije, observando cómo se le aguzaban los ojos ante la mención— no crea esencia, la almacena. Esas torres de Emeraal y Stormshire se extrajeron en Riftdremar. Esa es la razón por la que sucedió el levantamiento en primer lugar.

Alzó una ceja. Quizá lo había intrigado al fin. Sin embargo, todavía se notaba el recelo en sus hombros.

Inspiré hondo, observándolo procesar todo.

—¿Has oído hablar de un sifón?

—¿Un sifón? —La palabra le salió de la boca como si la estuviera paladeando—. No.

—Es una persona que puede controlar el flujo de esencia. —Bajé la voz—. Dime, ¿cuál es el foco del rey?

Alzó las cejas ante aquella pregunta tan directa, pero se apoyó contra el escritorio y se cruzó de brazos.

—Puede convertir el agua en hielo.

—¿Lo has visto alguna vez hacerlo?

Se quedó paralizado, y casi pude ver cómo rebuscaba en sus años de recuerdos. Al final, sacudió la cabeza.

—No.

—¿Te has cuestionado alguna vez la fertilidad de la isla? —insistí —. ¿Cómo empezaron a cambiar las cosas poco después de la rebelión? Durante años, cada suceso era más milagroso que el anterior.

Su expresión cambió entonces.

—Estoy casi segura de que el rey es un sifón.

—¿Por qué?

—El lugar de donde vengo, a donde me llevaron esa noche en Emeraal…, está siendo drenado. —Las palabras me salieron más rápido ahora—. Hay una gran devastación, familias sufriendo, tierra descomponiéndose…, nada de comida para la gente.

—¿La gente? —Entrecerró los ojos de una forma peligrosa.

—Sí. No son espectros, Laryk. Son como nosotros. —Me acerqué más, deseando que lo entendiera—. Las sombras solo son una manera de ocultarse y protegerse. Todo este tiempo han creído que destruir la arcanita era la respuesta, pero no lo es. Nada de esto terminará hasta que el sifón se detenga.

—Sabía que había visto un cuerpo —murmuró casi para sí mismo. Comenzó a pasearse, deslizándose una mano por el cabello cobrizo.

—No son monstruos colándose desde otro mundo. Tienen vidas, posesiones, tierras. Niños.

Se detuvo de sopetón.

—Entonces ¿crees que el rey está sacando esencia de su reino y depositándola en Sídhe?

—No ocurrió de golpe. Se ha estado haciendo de forma sistemática, al menos durante la última década. —Contemplé su rostro—. Está almacenando esencia en la arcanita y distribuyéndola por Sídhe.

Laryk se pasó una mano por la cara de arriba abajo, deformando sus rasgos afilados, frustrado.

—No lo entiendo.

—Sé que es mucho…

—¿Por qué te llevaron con ellos? —Se le endureció la voz y los ojos esmeraldas le brillaron—. ¿Qué tienes tú que ver con nada de esto? —La ira se desató en sus rasgos—. Te alejaron de mí.

—Viste lo que hice esa noche. —Le sostuve la mirada fijamente—. Dudaste —añadí en voz baja, apartando la vista.

De pronto, estaba allí, agarrándome de los hombros, examinando mi rostro con una nueva intensidad.

—Solo dudé porque creí haber visto algo, a alguien, a través de la oscuridad. Una figura detrás de ti. —Su voz derrochaba desesperación—. No tienes ni idea de cómo he revivido ese momento una y otra vez en mi mente, el arrepentimiento que siento. Debí haber corrido hacia ti, debí haber luchado contra todo para llegar hasta ti.

—No te lamentes. —Me quedé mirando el suelo—. Si hubieras intentado interceder, no habríamos sabido nada de lo que sabemos ahora. Seguiríamos sin tener ni idea de lo que está sucediendo de verdad, de las atrocidades que nuestro rey está cometiendo.

Se detuvo, buscando respuestas en mi rostro.

—Me llevaron… —tragué saliva con fuerza— porque soy una de ellos.

Laryk se quedó mirándome durante un largo instante antes de alzar la mano para recogerme un mechón de pelo blanco detrás de la oreja.

—No me importa.

—Debemos hacer algo, Laryk. No tenemos mucho tiempo antes de que muera todo el reino.

—Ellos han matado a cientos de nosotros —casi gruñó Laryk, clavando los ojos en los míos.

—¿Qué habrías hecho tú si hubieras sido ellos? —inquirí, prácticamente suplicándole que lo entendiera, que comprendiera la magnitud de lo que estaba ocurriendo.

Se quedó quieto y sacudió la cabeza con los ojos cansados.

—Esto es mucha información.

Me apoyé contra su escritorio y suspiré.

—Lo sé —susurré—. Pero es cierto.

—¿Cómo puedes estar tan segura? —preguntó, acercándose a mi lado sin jamás apartar la vista de mi cara.

—Porque lo he visto. He visto la devastación allí. —Traté de que no se me quebrara la voz, pero fallé estrepitosamente—. Mi padre era de ese reino, Laryk. Pronto se convertirá todo en polvo. Toda una mitad de mí que no conocía hasta ahora.

Me agarró de la mano y trazó la marca de riftborne con los dedos mientras una lágrima se me deslizaba por el rostro.

—¿Y tu madre? —preguntó.

—De Riftdremar. Ambos fueron asesinados por la codicia. Por la codicia del rey. No perderé nada más por ello. —Me giré hacia él con ojos ardientes.

Me examinó, observándome de arriba abajo callado mientras los pensamientos me iban a mil por hora. Pasaron segundos, luego minutos. Y estuve a punto de ahogarme en el silencio si él no decía nada.

—No permitiré que eso ocurra —respondió al fin, y lo soltó con un tono grave mientras extendía un brazo para secarme una lágrima que me caía por la mejilla.

—¿En serio? —pregunté; sentía que el corazón me iba a explotar o se iba a quebrar, no sabía cuál de las dos. Una parte de mí había temido muchísimo que no me creyera.

Asintió despacio.

—Podemos trabajar juntos. Podemos buscar la manera de detener esto. —Se giró y empezó a pasearse otra vez con energías renovadas—. Será complicado…

—Ya he destruido los juramentos de sangre que había en Luminaria. —Las palabras hicieron que se detuviera a medio paso.

—¿Todos? —Arqueó una ceja.

—Todos.

Se le dibujó una sonrisa en los labios, una que en el pasado conocía muy bien. Volvió a mí a grandes zancadas.

—Eres brillante. —Se acercó—. Por eso me enamoré de ti.

Las palabras me provocaron un vacío en el pecho, dejando tras de sí una tristeza distante.

—Los dos juntos… Piensa en lo que podríamos hacer, Fia. —Su voz ahora era más grave, más intensa—. Podríamos destruir este reino y reconstruirlo como quisiéramos. Detener a ese ladrón, devolverle la vida a ese reino moribundo. —Me trazó la mandíbula con los dedos —. Tu poder, Fia. Imagina lo que podrías hacer.

Observé aquellos ojos esmeraldas que una vez lo significaron todo para mí y al fin lo comprendí. Aquellas palabras en aquellos labios me habrían derretido hacía meses, habrían llenado el vacío en mi interior que años de aislamiento habían forjado. Laryk me quería, sí, a su manera. Sin embargo, su amor lo determinaba el potencial, el poder, lo que podría hacer por él. Y supe con certeza que ya no iba a ser suficiente; tal vez lo podría haber sido antes, pero ya no.

Así que di un paso atrás y sentí cómo el aire entre nosotros se volvía gélido.

—Necesito tu ayuda, Laryk. Necesito tu ayuda para arreglar esto, para volver a equilibrar este mundo, pero no así. —Mi voz apenas era más alta que un susurro.

El dolor le cruzó el rostro antes de que la rabia se apoderara de él.

—¿Qué estás diciendo?

—He de volver allí. A Umbrathia.

—No. Acabo de recuperarte, Fia. No puedo permitir que te marches otra vez. No sabes lo que aquello supuso para mí.

—Lo siento, Laryk —contesté en tono suplicante. Abrí la boca y después la cerré. No supe qué más decir, cómo formular las palabras.

—¿Por qué te comportas de este modo? —Entrecerró los ojos de forma peligrosa.

—Porque… —Me callé cuando él avanzó hacia delante y tiró de mí contra él de nuevo.

—Para, Fia. Nada tiene por qué cambiar entre nosotros. —Me envolvió con los brazos, asegurándome contra su pecho—. Haré lo que necesites que haga. —La mirada en sus ojos… La desesperación provocó que la culpa me invadiera.

Porque no era él. Era yo. Yo era la que había cambiado.

Bajó la cara y el aliento me calentó el rostro justo antes de que sus labios sellaran los míos de nuevo.

Entonces, las sombras irrumpieron.

Aether se materializó en una oleada de oscuridad, apartándome del agarre de Laryk y poniéndose delante de mí con un movimiento fluido. No obstante, Laryk había anticipado el movimiento: su daga ya estaba presionada contra la garganta de Aether. Los dos hombres se encontraban casi pecho con pecho; la figura imponente de Aether obligaba a Laryk a alzar la vista; ojos dorados contra esmeraldas en una lucha de voluntades.

CAPÍTULO 55

Los dos hombres permanecieron inmóviles en su postura letal, sin querer ceder primero. Despacio, Laryk desvió los ojos esmeraldas a mí y vi cómo la comprensión se le reflejaba en la cara. Bajó la daga mientras retrocedía un paso y paseaba la mirada de Aether a mí.

Entonces, echó la cabeza hacia atrás y se rio con una carcajada aguda que resonó por la estancia.

—Oh, estupendo. —La sonrisa no le llegó a los ojos—. Bueno, eso lo explica todo ahora. Tu repentino cambio de lealtades.

—No es por eso. —Me moví para situarme al lado de Aether; mi hombro apenas le rozaba el brazo.

Laryk endureció la mirada ante nuestra proximidad, pero su sonrisa solo se volvió más cruel.

—Aunque supongo que no debería sorprenderme. Parecía que te apasionaba mucho tu lugar en la Guardia después de esa noche en Emeraal. Que estabas muy ansiosa por complacer una vez habías sido satisfecha. —La expresión de sus ojos me hizo arder ante la acusación—. Recuerdas esa noche, ¿no, Fia? Porque yo desde luego sí, con todo lujo de detalles.

Aether se abalanzó hacia delante con las sombras derramándosele, pero Laryk ni se inmutó. Tan solo giró la daga entre los dedos y ladeó la cabeza.

—Admito que hace bien de perro guardián.

—Mejor que el último hombre que tenía que protegerla. —La voz de Aether era mortalmente suave a pesar de la curvatura de sus músculos tensos—. El que dudó, el que se quedó mirando cómo se la llevaban.

—Déjame adivinar… —dijo Laryk en voz mucho más baja, con ese peligroso filo de vuelta—. Tú eres la sombra que vi esa noche. La que estaba junto a ella. —Clavó la mirada en Aether con renovado interés—. El que se la llevó.

—¿El que se la llevó? —Las sombras de Aether palpitaron—. ¿O más bien el que la salvó de un reino que la habría matado en cuanto hubiera descubierto lo que era?

—¿Y qué es exactamente? —Laryk me miró con fijeza—. Ya que al parecer tanto sabes de ella ahora.

—Más de lo que tú supiste nunca. —Sus palabras estaban llenas de hielo.

Laryk apretó con fuerza la daga.

—Yo la entrené. La convertí…

—En un arma. —La interrupción de Aether fue afilada—. En algo que podías usar.

Laryk soltó otra carcajada, pero esta vez carente de humor.

—Me preocupaba por ella. Que es más de lo que puedo decir de lo que quiera que sea esto. —Nos señaló—. Dime, Fia, ¿te rompieron? ¿Te convirtieron en su arma en su lugar?

—Ya basta —exigí.

—¿Es así? —Los ojos esmeraldas de Laryk ardían—. Porque, tal y como yo lo veo, parece que solo has cambiado la mano que empuña el arma.

Las sombras de la habitación se oscurecieron ante sus palabras, y sentí cómo la rabia de Aether crecía a mi lado. El aire se volvió denso con ella.

—Parad los dos. —Mi voz cortó de cuajo la actitud de ambos. Quería añadir algo más, decirles que yo no era un arma que fuera a empuñar nadie; al menos, ya no. Pero no era el momento, no si queríamos convencerlo para que colaborara con nosotros.

Me planté entre los dos hombres y volví la cara a Laryk.

—Esto es mucho más grande que nosotros. Dejando a un lado los sentimientos personales, he sido testigo de lo que ocurre más allá de estas fronteras. He visto cómo los niños se mueren de hambre, cómo las familias lo pierden todo. Esto es cuestión de vida o muerte.

Me taladró con la mirada, y, tras la máscara, pude percibir el sufrimiento, el dolor de lo que estaba presenciando, de perder algo que había estado buscando. Atacaba como un animal herido, pero yo debía intentarlo todo para abrirle los ojos. Para volver a ese lugar en el que habíamos estado apenas unos minutos antes.

La ira ardió en mi pecho y, por un instante, no supe decir con cuál de los dos estaba más cabreada.

Aether lo había prometido. Me había jurado que se quedaría al margen, que confiaría en que yo manejaría esto. Y entonces había intervenido como un tonto celoso.

Tenía ganas de gritarles a los dos. A Laryk por ser tan cabezota, joder. Y a Aether por no confiar en mí, por creer que necesitaba que me rescatara como si fuera una damisela en apuros.

Pero no podía concederme el lujo de enfadarme ahora mismo. Tenía que reconducir esto antes de que se saliera por completo de control.

—Una vez me dijiste que creías que Sídhe había cometido errores tras el levantamiento. —Observé su cara, en busca de cualquier reacción—. Así que eso me lleva a pensar que, si estuvieran haciendo algo horrible, tú no lo tolerarías. Tú lucharías en contra.

Desvió la mirada con la mandíbula apretada.

—Siempre has sabido que algo no estaba bien. Incluso antes de ver la figura a través de la oscuridad en Emeraal, incluso antes de discutir con Mercer, de discutir con el rey…

—¿Viste eso? —Volvió la cabeza al instante hacia mí.

—Sí. —Di un paso adelante—. Vi cómo trataste de decirles a los demás que había algo más en esta guerra. Que algo nunca te había encajado. La cicatriz de tu cara, tu habilidad para anticipar sus movimientos… Siempre has sabido que había algo raro, Laryk. Y tenías razón. Todo el tiempo.

Él se quedó mirándome mientras su expresión flaqueaba antes de que la máscara volviera a su sitio.

—Sé que probablemente me odies ahora mismo. Pero no permitas que eso te impida hacer lo correcto.

Tensó la mandíbula; un músculo le palpitó bajo la piel.

—¿De verdad podrías volver a lo de antes, sabiendo lo que sabes? —Las palabras salieron como una súplica—. ¿Podrías seguir ayudando a Sídhe a drenar un reino que no ha hecho nada para provocar semejante robo?

—No tengo pruebas de eso. —El gruñido de su voz traicionó su mirada.

—Laryk —comencé a decir con los ojos brillantes por las lágrimas —, hace un momento me has creído. ¿Qué ha cambiado?

—¿Cómo puedo estar seguro de que no te han manipulado? —Desvió la vista a Aether—. ¿De que no es algún tipo de patraña elaborada?

—No tengo otro modo de demostrártelo más que mi palabra. Ni siquiera tú puedes acceder a mi mente, ¿piensas que le iba a permitir a alguien más que me hiciera eso a mí? Yo tampoco lo quise creer al principio. Me rebelé contra la verdad con todas mis fuerzas. Pero luego lo vi. Lo viví. Es cierto, y solo va a ir a peor. —Mi voz se

volvió más firme conforme avanzaba—. Todas las señales están ahí, Laryk. Solo tienes que querer verlas.

Se notaba el fuego en mi voz mientras hablaba.

—Esto continuará, la codicia, la opresión. El rey jamás se va a detener. No a menos que rompamos este bucle.

La duda se apoderó de su rostro cuando se dio la vuelta y se pasó la mano por el cabello cobrizo.

—Quiero que colaboremos juntos. Porque, de lo contrario… —Tragué saliva con fuerza—. De lo contrario, se avecina de verdad una guerra. No estos ataques a la arcanita. Una guerra sangrienta de verdad. De las que destruyen continentes.

Se giró hacia mí rápidamente con la cabeza inclinada.

—¿Es eso una amenaza?

—No es una amenaza, es algo inevitable. —Mi voz transmitía firmeza ahora—. Umbrathia se está inquietando y su gente, desesperando. No hay muchas otras formas de que esto acabe.

Laryk desvió los ojos esmeraldas hacia Aether, estudiándolo.

—Entiendes la gravedad de lo que me estás pidiendo que haga. —Sus palabras quedaron suspendidas en el aire. No era una pregunta exactamente.

—Sí. —Lo miré a los ojos—. Y no te lo estaría pidiendo si creyera que existe otro modo.

Se quedó observándome un buen rato, más que antes, mudando un poco su expresión. Una parte de mí quería alargar la mano y reconfortarlo, ahorrarle el dolor que estaba sintiendo, pero esa idea me pareció egoísta y cruel. Sobre todo, cuando para él significaría algo que para mí no.

Al final, asintió.

—Si accedo a esto, todos los ataques de tu reino deben parar. De inmediato —escupió las palabras en dirección a Aether.

—Llevamos meses sin atacar. Desde la noche que la encontramos. —La voz de Aether era mortalmente tranquila.

Laryk curvó el labio.

—Quieres una alianza, pero sigues mintiendo.

Me giré hacia Aether; sin embargo, su confusión era un reflejo de la mía.

—El último fue bastante horrible. —Laryk bajó la voz—. Y distinto a vuestro habitual jueguecito de sombras. Todo un poblado fue aniquilado, les cortaron las gargantas, les drenaron la sangre, dejaron cuerpos cubriendo el suelo. Civiles.

La comprensión me golpeó como un puñetazo. Los soldados de Draxon. Valkan no había mentido. Habían estado aquí.

A Aether se le puso rígida la mandíbula mientras nos mirábamos en silenciosa comprensión.

—No hemos sido nosotros. —Su voz era un murmullo bajo.

—Valkan, una vergüenza de lord. Lideraba un ejército de rebeldes con el propósito de terminar con esta guerra ellos mismos a toda costa —expliqué—. No representa el punto de vista del resto de Umbrathia.

—Pero fue una masacre brutal. —Laryk apretó la mano sobre la daga sin dejar de mirar a Aether—. Cometida por monstruos de tu reino.

—Nos hemos encargado. —Aether dio un peligroso paso hacia delante—. Su líder está muerto.

—Qué oportuno. —Laryk también avanzó.

Las sombras se oscurecieron bajo la piel de Aether.

—Lo he matado yo.

—¿Y se supone que debo fiarme de tu palabra?

—Lo hizo para salvarme. —Las palabras me salieron antes de poder evitarlo.

—¿Para salvarte? —Algo cambió en la voz de Laryk mientras me recorría con la mirada y se detenía en mi cuello. Se fijó en las cicatrices que había bajo las recientes quemaduras de Narissa; aún tenía la prueba de la tortura de Valkan grabada en la piel.

La rabia se apoderó de su semblante y se giró hacia Aether.

—¿Has permitido que le ocurra eso? —soltó con un gruñido; los nudillos blancos en torno a la empuñadura de la daga.

La acusación impactó a Aether y vi cómo retrocedía físicamente conforme bajaba la vista al suelo.

—Laryk. —Me puse entre los dos otra vez—. No es culpa suya. Y nos estamos quedando sin tiempo. Ya no tienes que preocuparte por los hombres de Valkan. Nosotros nos encargaremos de ellos. Si accedes a colaborar, no habrá más ataques. Tienes mi palabra.

Laryk suspiró y se giró para agarrar el filo de la mesa.

—Incluso aunque quisiera creerte, no puedes prometer hacer algo en nombre de todo un reino. De todo un ejército. No tienes esa clase de autoridad.

Por primera vez, noté cómo el peso de mi derecho de nacimiento me cubría como una armadura.

—Sí que la tengo.

La confusión se le reflejó en el rostro.

—Está por encima de nuestros generales —explicó Aether, ignorándome y dirigiéndose a Laryk.

—Mi padre, el kalfar del que te he hablado… —respiré hondo para tranquilizarme— era el hijo de la reina actual.

Laryk solo parpadeó.

—Soy su heredera. —Al decirlas, las palabras me resultaron a la vez extrañas y correctas.

Aether se movió para situarse a mi lado.

—Fia heredará el trono de Umbrathia y se convertirá en la comandante de las fuerzas de combate del reino. Todos nosotros respondemos ante ella y solo ante ella.

Laryk se quedó atónito, sin poder articular palabra, mientras me recorría con la mirada con un respeto nuevo. «Igual teníamos que haber empezado por ahí». La revelación pareció cambiar algo en él. Era un estratega, al fin y al cabo.

Se puso a deambular por la habitación, sin centrar su atención en nada en concreto, al tiempo que rodeaba el escritorio y ponía las palmas sobre la superficie de madera.

—Entonces ¿qué es exactamente lo que tienes en mente? —Toda emoción se había borrado de su voz y había dejado que se abriera paso el general calculador al que había llegado a conocer tan bien.

El alivio me embargó, pero no dudé.

—Necesitamos desestabilizar Sídhe desde dentro —respondí con el mismo tono que el suyo—. La Guardia no está al tanto de lo que ocurre en realidad. La gente debe ver la verdad, ha de tener la oportunidad de decidir por sí misma si va a continuar arriesgando su vida por un rey que no ha hecho otra cosa que mentirle.

—Eso será complicado con tan pocos aliados a este lado de la grieta —insistió Laryk.

—Hay más de los que crees —repliqué, observando a Aether—. Ya se ha creado una resistencia en Sídhe.

Laryk arqueó la ceja.

—Tanto de civiles como de personas de dentro de la Guardia. Gente que ha podido ver a través de las mentiras.

—Ah, ¿sí? —preguntó, deslizándose la lengua por los dientes—. ¿Y quién es el líder de esta rebelión?

—Se pondrá en contacto contigo pronto —contesté—. Para elaborar la estrategia.

—La estrategia es obvia. —Laryk se encogió de hombros—. Los susurros son algo peligroso después de todo. En especial, ahora que los juramentos de sangre han sido destruidos.

Alcé la vista hacia Aether, que solo asintió a pesar del escepticismo de su mirada.

—Sembrar la duda en las mentes correctas, aprovechar la frustración que ya se ha comenzado a extender a través de las facciones… —Soltó una carcajada—. Yo controlo los despliegues. Puedo mantenerlos a todos aquí. Si sois fieles a vuestra palabra y no hay ataques a nuestras fortificaciones en el oeste, esa frustración se puede convertir en algo más fuerte. En algo más agresivo.

Señaló toda la habitación con las manos, casi con ligereza.

—Puedo hacer mi papel, provocar grietas en los cimientos que sostienen este lugar, poner a soldados leales contra la Corona. Esa parte será sencilla, podéis dejarme a mí los detalles —dijo—. Al fin y al cabo, es mi mejor don. El arte de la manipulación.

Asentí, conteniendo la esperanza que ahora me recorría.

—No puedes contárselo a nadie. Para que mis semillas de duda se extiendan de manera orgánica, tenéis que marcharos ahora; regresad a Umbrathia y aguardad a mi señal.

—Pero Raine, Briar…

—No puedes contarles nada. No solo los pone en riesgo de ser considerados traidores si la cosa se tuerce… —hizo una pausa—, sino que tampoco tienes idea de en quién puedes confiar de verdad. Sé que son tus amigos, pero, cuando se trata de este tipo de cosas, te sorprenderías de lo veletas que son las personas.

Una parte de mí quería protestar y exigir que se les dijera la verdad, aunque algo me detuvo. No quería dudar de ellos, pero ¿y si tenía razón? Incluso aunque creyera que los conocía, ¿podía estar

segura de lo que harían cuando todo su mundo se viera patas arriba?

La culpa me atenazó.

Laryk guardó silencio con los ojos fijos en algo justo por encima de mi hombro unos momentos antes de desviar la vista hacia mí; sus ojos esmeraldas se habían vuelto de lo más serios.

—Debes comprender la gravedad de lo que implica derrocar un reino, Fia. No va a ser fácil. Todos tendremos que tomar decisiones difíciles. Pero, si queremos ganar, no podemos dudar de nosotros. Da igual lo que suceda, tenéis que confiar en mí. Confiar en que estoy haciendo lo que debo.

Le devolví la mirada con la misma intensidad.

—Confío en ti.

Acto seguido, Laryk se levantó y dio unos cuantos pasos despacio para rodear el escritorio y situarse delante de mí. Por el rabillo del ojo, vi a Aether acercarse, pero se contuvo de intervenir.

Aquellos ojos esmeraldas se clavaron en mí de nuevo con una expresión de tristeza mientras alargaba la mano y me colocaba un tirabuzón detrás de la oreja.

—Pero quiero que sepas que no hago esto por salvar un reino. Lo hago porque tú me lo has pedido. Porque eso es lo que quieres.

Su mano se detuvo en mi mandíbula y me acarició la piel con los dedos con suavidad. El roce me trajo recuerdos que me hicieron estremecerme.

—Te demostraré que soy digno de ti.

CAPÍTULO 56

Nos escabullimos de Stormshire en nuestras formas umbrías. La orquestación de Laryk de los movimientos de la Guardia creó la tapadera perfecta para escaparnos: patrullas posicionadas de forma estratégica, lo bastante separadas para dejarnos vía libre hasta la brecha. Parecía una victoria, un primer paso real hacia el cambio.

El vuelo de vuelta a Ravenfell fue largo, pero el corazón me iba a mil con cada batida de las alas de Tryggar. Lo habíamos conseguido. No solo habíamos destruido los juramentos de sangre, sino que también habíamos asegurado una alianza que podría cambiar el rumbo de esta guerra. De hecho, el compromiso de Laryk con nuestra causa suponía más que solo una alianza, suponía esperanza. Esperanza auténtica para ambos reinos. Una esperanza auténtica de verdad.

Ya me había puesto en contacto a través del espejito de Raven y le había pedido al equipo que se reuniera de inmediato para hablar a nuestro regreso. Pero no había esperado encontrarme a los cuatro generales aguardándonos en la sala de guerra, con Urkin observándome con los ojos entrecerrados cuando entré. La desaprobación que irradiaba era palpable; estaba claro que mi excursión no autorizada a Sídhe no me había granjeado ningún favor.

Aether se adelantó y le entregó la caja de pociones sanadoras a Rethlyn.

—Lleva esto a la enfermería de inmediato —dijo—. Para Lael.

Rethlyn asintió, ya dirigiéndose hacia la puerta, pero intercambió una mirada conmigo un instante y un destello de alivio se le reflejó en los rasgos.

—¿Y bien? —La voz hosca de Urkin devolvió mi atención a la mesa —. ¿Qué habéis descubierto?

Me acerqué al centro de la habitación, sintiéndome más ligera de lo que me había sentido en semanas. El peso de sus miradas ya no me intimidaba, no cuando tenía noticias tan alentadoras que compartir.

—Hemos forjado una alianza con el general Laryk Ashford — empecé a contar, observando cómo cambiaban sus expresiones del escepticismo al interés—. Ya está posicionando sus fuerzas para debilitar a la Corona desde dentro. Y los juramentos de sangre… — no pude contener la sonrisa que se me dibujó en los labios— se han destruido. Todos.

Vexa soltó un silbido bajo desde donde se encontraba cerca de la pared.

—Lo habéis conseguido de verdad.

—Hay más —proseguí—. Ya se está formando una resistencia en Sídhe. Gente que ha visto a través de las mentiras o aquellos que han sufrido desgracias a manos de la Corona, que quieren ayudar a restaurar el equilibrio. Que quieren un cambio real. —Las palabras reflejaban toda la esperanza que sentía arder en el pecho—. Ya no estamos solos en esta lucha.

A Urkin se le tensó la mandíbula.

—¿Y tú confías en estos… aliados? ¿En este… general? —Su voz destilaba décadas de escepticismo—. ¿En la misma gente que se ha

beneficiado del robo de nuestra esencia?

—Son personas que han abierto los ojos. A las que se les ha contado el engaño de Sídhe. Que nos creen —insistí—. Una vez que otros se enteren de la verdad…

—Si se enteran —interrumpió Theron; estaba claro que su mente analítica ya estaba sopesando todos los resultados posibles—, ¿cuántos se volverán contra su propio rey?

—No lo sé —respondí con honestidad—, pero se merecen saberlo antes de tomar su propia decisión. Seríamos los monstruos que ellos afirman que somos si matamos a los que ignoran la verdad sin tener necesidad de hacerlo —repliqué; el tono autoritario de mi voz me sorprendió.

Urkin me sostuvo la mirada, pero no encontré resistencia.

—Queremos que la verdad se extienda para poder crear grietas en la lealtad inquebrantable a la Corona. Porque, cuanta más gente tengamos de nuestro lado, mejor. Pero no confundáis mi duda con debilidad. O ignorancia —proseguí, acercándome unos cuantos pasos hacia los generales—. Aquellos que elijan ser leales al rey sufrirán el mismo destino que su monarca. Sé que esto no terminará con una solución preciosa y perfecta sin violencia. Entiendo la importancia de nuestro objetivo. Vamos a derrocar un reino que lleva siglos consolidado.

La habitación permaneció en silencio; todos los ojos estaban fijos en mí. Despacio, me giré hacia Aether, que me estaba mirando con la misma expresión que en las pruebas: recostado, con los ojos negros y entrecerrados, la mandíbula tensa y la boca curvada en una sonrisa. De orgullo. Del tipo más oscuro.

A continuación, Urkin se puso de pie y todos lo miraron a él mientras se dirigía a la parte delantera de la habitación.

—He vuelto de Stravene esta mañana —dijo; su voz ronca tenía un filo que no era capaz de identificar—. El Consejo está… interesado en las pruebas que Aether recopiló sobre tu linaje.

Entonces, el general Karis se levantó con una expresión ilegible.

—Las fuerzas de la Umbra encuentran las pruebas irrefutables. —Su tono era autoritario, pero su rostro se volvió amable cuando dirigió la vista hacia mí—. Todos los generales coincidimos en esto; consideramos que tu derecho es legítimo.

—Su conocimiento de Sídhe ha sido inestimable —añadió Talon desde su esquina, tamborileando los dedos contra la pila de archivos colocados delante de él—. El riesgo que asumió infiltrándose en la Guardia…

—En Umbrathia siempre ha ocupado el trono un duskbound —lo cortó la general Taliora, sacudiendo la cabeza—. Siempre.

—Como puedes ver, tienes nuestro apoyo. —Urkin apretó un poco la mandíbula—. Sin embargo…

—¿Por qué esa duda? —La voz de Aether era afilada cuando se levantó de su asiento.

Observé cómo Taliora y Talon intercambiaban una mirada que me provocó un nudo en el estómago. Fuera lo que fuera lo que se avecinaba, estaba claro que no era lo que esperábamos.

—El Consejo es precavido —replicó Urkin.

—Por supuesto que sí. —La exasperación de Vexa rompió el clima de tensión mientras clavaba su daga en la mesa de madera delante de ella.

—Fia no ha crecido aquí. —La voz de Karis era comedida, diplomática—. Ha pasado muy poco tiempo con nuestra gente. Se cuestionan su habilidad para liderar.

—Todos los gobernantes han descendido de este único linaje. —Rethlyn dio un paso al frente; el orgullo le teñía la cara—. Es su

derecho.

—Bueno, eso nos lleva a otra cuestión. —Urkin me sostuvo la mirada—. Entienden que las pruebas son contundentes, aunque no creen que sean suficientes para respaldar tu reclamación.

Debería haber sentido la misma indignación que destilaban los rostros de mis compañeros, pero no pude. La verdad era que ni siquiera yo lo sentía real todavía. Las dudas del Consejo tan solo eran un reflejo de las mías. ¿Cómo alguien que se había pasado toda su vida siendo una extranjera podía afirmar de pronto ser la heredera a un trono que ni siquiera sabía que existía?

—Ha de haber un modo de convencerlos. —La voz de Raven interrumpió mis pensamientos—. Algo que no hayamos encontrado en los archivos, ataduras que funcionen con magia de sangre, algo.

—Me han asegurado que lo buscarán —respondió Karis.

—Ella ha sido la que ha descubierto la verdad sobre los sifones. La que ha imbuido la arcanita. —A Effie le ardían los ojos—. Tendrán que reconsiderarlo una vez que…

Urkin hizo que se callara alzando una mano.

—Le presentaremos todo esto. Y buscaremos una solución. No obstante, hasta entonces, hay cosas más importantes de las que preocuparse. —Dirigió la vista hacia mí una vez más—. La amenaza de Sídhe y la de Draxon; ambas se nos vienen encima a la vez a pesar de los logros de Fia al otro lado de la brecha. El Consejo —continuó Urkin, cambiando el peso de un pie a otro mientras se apoyaba en la mesa— ha estimado que sería decisión mía cuánta autoridad deberías ostentar sobre las fuerzas de la Umbra.

Un nudo de ansiedad se me formó en el estómago mientras se intercambiaban miradas por la habitación. Incluso el arma de Vexa había dejado de vibrar al fin.

—Creo —dijo, midiendo cada palabra— que, si accedes a dejar de actuar por tu cuenta en las misiones y te comunicas de manera efectiva con el resto de nosotros, los generales y los umbríos, podemos trabajar juntos. Tu palabra valdrá lo mismo que la nuestra.

Contuve la respiración cuando se enderezó y se le suavizó un poco el rostro envejecido.

—Porque, a pesar de las dudas del Consejo, creemos que eres la heredera al trono. Y solo será cuestión de tiempo que asciendas. —Hizo un gesto alrededor de la habitación—. Hasta entonces, todavía tenemos batallas que luchar. Y pienso que será mejor que las libremos contigo a nuestro lado.

El alivio me invadió cuando Urkin asintió con una ligera sonrisa en los labios.

—Tenemos cosas que planear —soltó—, pero es tarde y todos necesitáis descansar. —Observó la habitación una última vez—. Podéis retiraros.

Mientras los demás salían en fila, Urkin me retuvo alzando una mano, con Karis detrás de él. Aether se quedó junto a la puerta con los ojos alerta a la luz de las velas.

—Hay otro asunto que debemos discutir. —Bajó la voz—. Ilsthyre, el sur de Draxon. Se suponía que estaba abandonado; sin embargo, nuestros exploradores han reportado que ha aumentado la presencia militar.

—¿Cuánto ha aumentado? —Aether se acercó más para estudiar el mapa que Urkin había extendido por la mesa.

—Han duplicado los cambios de guardia que esperábamos de las fuerzas de Valkan. Están trasladando unos carros de suministros muy escoltados, pero no sale nada. —Urkin señaló con el dedo la ubicación del asentamiento—. Y todo esto ha continuado tras la muerte de Valkan. Si acaso, se ha incrementado la seguridad.

—¿Quién está dando las órdenes? —pregunté.

—Suponemos que su hermano, Verick. —El nombre revolvió algo en mis recuerdos borrosos de Draxon.

Me dolía la cabeza mientras intentaba aferrarme a los fragmentos, a una conversación que había oído a través de una neblina de dolor y pérdida de sangre. Algo sobre Verick… Sobre sus dificultades para adaptarse a su nuevo puesto.

—¿Qué sabemos de él? —pregunté, frustrada por los vacíos en mi mente.

—No mucho. —Urkin intercambió una mirada con Aether—. Siempre ha vivido a la sombra de Valkan. Jamás ha mostrado mucho interés en la política o en dirigir ejércitos.

Otra palabra se me vino a la mente. «Sangreputrefactos».

—Sea lo que sea, están custodiándolo muchísimo. —La voz de Urkin tenía un deje de preocupación—. Un líder débil desesperado por demostrar su valía que dispone de acceso a los recursos que Valkan haya dejado…

—Podría ser incluso más peligroso que su hermano —terminó Aether por él en un tono bajo.

Examiné el mapa, tratando de ignorar la creciente sensación de inquietud en mis entrañas.

—Tenemos que seguir vigilando —respondí—. Todos los vagones, todos los cambios de guardia. El más leve detalle puede ser de importancia.

Urkin asintió, aunque su expresión permaneció seria.

—A pesar de estas novedades, la situación permanece… volátil pero invariable. —Recorrió con los dedos el borde de un marcador en el mapa—. Sus simpatizantes no han hecho ningún movimiento contra nosotros. Sin embargo, hemos doblado los centinelas en

nuestras fronteras para prepararnos. Están listos para defender Ravenfell.

—Nuestros exploradores se mueven por el páramo entre los territorios —añadió Karis, con su rostro sombrío marcado de cicatrices—. En círculos interminables, observando cualquier señal de represalia contra la capital.

A Urkin se le tensó la mandíbula.

—Están esperando algo. Reuniendo tropas, quizá. O buscando el momento oportuno para atacar. —Compartió otra mirada con los generales—. Pero cuando lo hagan…

—Nos encontrarán listos, Alteza. —Karis se giró hacia mí y me miró con mucha seriedad.

Urkin se enderezó y, cuando nuestros ojos se encontraron, su expresión adusta se había suavizado.

—Cualquier altercado en nuestras fronteras, cualquier mínimo indicio de movimiento en Draxon…, lo sabrás de inmediato.

CAPÍTULO 57

Habían transcurrido cinco días desde nuestro regreso de Sídhe. Una vez que se diluyó la adrenalina, el dolor de las quemaduras por ácido de Narissa me golpeó con toda su fuerza. Las primeras veces que intenté limpiarme las heridas, acabé rechinando los dientes y conteniendo los chillidos que amenazaban con despertar a toda el ala médica. Había rechazado las pociones sanadoras; debíamos reservarlas para situaciones más extremas. Los médicos se habían ofrecido a utilizar sus ataduras, pero me había negado también. Sus poderes ya estaban lo bastante reducidos.

Ahora me hallaba sentada en una de las camas de la enfermería contemplando el rostro relajado de Lael mientras dormía. Los médicos habían hecho un trabajo notable con sus quemaduras. Aunque todavía se notaba el rastro de las heridas, el rojo furioso había disminuido hasta convertirse en rosa y la piel nueva ya se estaba formando en los bordes. Se veía tan joven durmiendo… Una estampa que todavía me desconcertaba. A pesar de todo su entrenamiento, a pesar de toda su dedicación al reino, no seguía siendo más que un muchacho que se había encontrado en mitad de fuerzas que escapaban a su control.

Aether ocupaba la silla entre nuestras camas con los ojos perdidos y sin mirar nada en particular. Las arrugas en torno a sus ojos se

habían profundizado en los últimos días, aunque se negaba a admitir que necesitaba descansar.

—¿En qué estás pensando? —pregunté en voz baja.

Aether dirigió la vista a mí.

—Le he estado dando vueltas a tu conversación con Laryk. —Se detuvo—. Mencionaste algo de su atadura, su foco o como lo llaméis. Que no funciona contigo.

Asentí despacio.

—Así es.

—¿Estás segura?

La pregunta me pilló desprevenida.

—Sí, lo estoy. ¿Por qué?

Guardó silencio durante un momento mientras arrugaba el ceño de la forma habitual.

—Es que me pregunto si no es una estrategia.

—¿A qué te refieres?

Dirigió la vista a la ventana, se pasó la mano por el cabello ónice y soltó despacio un suspiro.

—Igual… —dijo al final— eres más fácil de manipular si crees que él no puede manipularte.

El enfado me encendió la cara.

—No… —repliqué, sacudiendo la cabeza—. Nos protegió cuando podría habernos entregado en cuestión de segundos.

—Lo sé. —La voz de Aether era amable, pero una oscuridad acechaba debajo—. Es que me pareció extraño lo rápido que decidiste confiar en él al final.

No. No podía ser. Yo confiaba en Laryk porque había decidido hacerlo. Me había enamorado de él porque…

Un movimiento en la cama de Lael me distrajo antes de poder terminar el pensamiento. Sus dedos apretaron las sábanas mientras

abría los ojos. Aether se puso de pie al instante, y no pude evitar fijarme en cómo se le había desvanecido la dureza de la expresión cuando se acercó a la cama.

Lael parpadeó varias veces con la confusión pintada en la cara antes de que se abriera paso la comprensión. Cuando vio a Aether, se le dibujó una sonrisa bobalicona de oreja a oreja.

—¿Me he perdido el entrenamiento? —Su voz sonó áspera por la falta de uso—. Todo me da… vueltas.

Ese inusual hoyuelo apareció cuando Aether sonrió.

—Llevas durmiendo más de una semana.

—¿Una semana? —Lael trató de sentarse, doblándose un poco de dolor—. Pero si lo último que recuerdo… —Frunció el ceño mientras hacía memoria—. Había fuego por todas partes…

—No fuerces —le recomendó Aether, ayudándolo a recolocarse las almohadas—. Ahora estás a salvo.

A Lael se le abrieron los ojos como platos cuando me vio.

—¿Fia? ¿Qué haces aquí? —Paseó la mirada entre los dos con un interrogante claro en la cara.

—Solo te vigilo —respondí en voz baja—. Las pociones sanadoras de Ma parecen funcionar bien.

—¿Ma?

—Una amiga de Sídhe. Las ha creado ella. —Señalé los frascos al lado de su cama—. Han sido de ayuda para tu recuperación.

—¿Sídhe? —Abrió los ojos de par en par—. Pero ¿cómo…?

—Es una larga historia —contesté, intercambiando una mirada con Aether—. Hay gente buena en todas partes, Lael. A veces, en los lugares que menos esperamos.

Procesó esto con el joven rostro pensativo.

—¿Es allí donde fuisteis los dos? ¿A Sídhe?

—Entre otros sitios —murmuró Aether.

—Entonces ¿funcionó? —insistió Lael; su entusiasmo se abrió paso a través de su cansancio—. ¿Qué hicisteis? ¿Cambiasteis algo?

Aether bajó la mirada hacia él y al final esbozó una sonrisa plena.

—¿Por qué no vamos a descubrirlo? Mañana a primera hora. Después de que recuperes un poco las fuerzas.

Las verjas de Ravenfell chirriaron cuando las atravesamos con Lael apoyado ligeramente sobre Aether. Podría haber jurado que sentí una leve brisa en la cara cuando los campos marchitos aparecieron a la vista.

—Si vas a estar en plan madre todo el camino —le gruñó Lael a Effie cuando le acomodó el cuello—, me piro.

—Pero si apenas puedes caminar —replicó Effie.

—¿Puede alguien decirme de una vez a dónde vamos? —Le lanzó una mirada mordaz a Vexa, que le estaba dando vueltas a una de sus dagas entre los dedos.

—Paciencia, pequeño nigromante. —Vexa sonrió—. Sigue quejándote y haré que camines más rápido.

—¿Debería buscar un lobo muerto otra vez? —preguntó Lael, pero se le dibujó una sonrisa en los labios.

—Estás muy despierto desde que te has levantado, Lael. —Rethlyn se rio y sacudió la cabeza—. Has estado pasando mucho tiempo con estos.

—A veces, prefiero la compañía de los muertos —replicó Lael—. Ahora mismo, seguro que tienen más energía que yo.

—Al menos los muertos saben cuándo callarse. —Raven se encogió de hombros y todos nos reímos.

La formación de arcanita emergió de la tierra gris más adelante; la esencia relucía dentro de su estructura cristalina. Aunque su fulgor

había disminuido desde que la imbuí en Riftdremar, el poder seguía palpitando con firmeza.

Lael abrió los ojos como platos.

—¿Qué es eso?

—Arcanita —respondió Aether.

—Venga ya.

Avanzó él solo ahora, atraído por la luz del cristal. Todos lo sentimos; esa atracción, esa desesperación por encontrar algún tipo de cambio. Sin embargo, fue Lael el que lo notó primero. Se puso de rodillas tan de repente que Aether fue a sujetarlo, pero fue entonces cuando vimos lo que lo había hecho arrodillarse.

—Césped —susurró con la voz rota. Pasó los dedos por encima de las delicadas hojas verdes que brotaban de la tierra muerta—. Césped de verdad.

Vexa dejó de darle vueltas a la daga, que se quedó quieta mientras la chica se arrodillaba junto a Lael. Entre el verde, unas flores cubiertas de espinas habían florecido; sus pétalos carmesíes y estambres delicados se alargaban hacia el infinito cielo gris.

—Lirios araña —le dijo Rethlyn en voz baja a Lael.

—Son justo como los recordaba —logró hablar al fin—. Crecían cerca de los cauces de los arroyos en Croyg. —Tenía los ojos vidriosos—. Jamás pensé que los volvería a ver.

Fui hacia el cristal. Cuando toqué la superficie con la mano, permití que la esencia se acumulase en mi columna antes de dirigir el flujo hacia la arcanita. El proceso nunca me había aturdido antes; no obstante, en esta ocasión, el drenaje me impactó. Tal vez me encontraba débil por las heridas, o quizá solo estaba cansada, pero me tambaleé un poco. Al instante, Aether estaba ahí, agarrándome con firmeza de la cintura con una mano mientras la otra descansaba sobre mi espalda y entrelazaba los dedos en mi cabello blanco.

—Bueno, bueno. —La voz de Vexa rompió el silencio, haciendo que nos girásemos todos. Tenía los ojos abiertos como platos al tiempo que observaba cómo me sujetaba Aether—. Esto es nuevo.

Aether no se apartó; si acaso, me apretó un poco más fuerte.

—Parece que han cambiado muchas cosas en vuestro viajecito por los reinos. —Effie alzó una ceja, mirándonos con una sonrisa significativa.

—Lo sabía. —Raven sonrió y desvió la vista hacia mí—. Han sido las gafas, ¿verdad?

Reprimí una sonrisa, aunque se me escapó una carcajada de los labios sin que pudiera evitarlo. No tenía ni idea de qué responderles.

—¿Me estás diciendo… —Vexa se acercó con los ojos clavados en la cara de Aether— que nuestro melancólico comandante en serio…?

—Vexa —la amonestó Aether, pero ese puñetero hoyuelo apareció.

—No, no. —Ella levantó una mano—. Déjame saborear este momento.

Lael solo se nos quedó mirando mientras una tímida sonrisa se le extendía por el rostro. Cuando se percató de que yo lo estaba observando, volvió su atención a las flores.

Los murmullos se acabaron apagando mientras todos asimilábamos la estampa: los primeros brotes de vida que se habían visto en este reino en años.

—Seguro que hay más por ahí —comentó Vexa, desviando la vista al horizonte, donde se encontraba la brecha oculta a lo lejos—. Más arcanita enterrada entre las ruinas. —La intensidad regresó a su tono—. Solo tenemos que buscarla.

—Y luego ¿qué? —preguntó Lael con la cara juvenil seria de nuevo.

—Luego empezamos a prepararnos —dije, reclinándome sobre Aether, que apretó ligeramente el brazo alrededor de mi cintura—.

Para lo que Draxon decida desatar sobre nosotros.

—Lael… —Effie dio un paso adelante, aunque no paraba de mirarnos a Aether y a mí con un deleite mal disimulado—, ya hemos estado fuera demasiado tiempo. Te estás poniendo pálido otra vez.

—Pero…

—No discutas con ella; solo lo empeorarás. —Rethlyn suspiró.

Aether alargó una mano y le alborotó con ella el pelo desordenado a Lael.

—Puedes venir mañana otra vez si te apetece.

—¿De verdad? —preguntó el chico con un brillo suave en los ojos.

—De verdad —respondí con dulzura.

Observamos cómo los demás se dirigían a Ravenfell, escuchando sus voces a través de la brisa. Solo Vexa se quedó.

—He estado esperando el momento adecuado —dijo ella, alcanzando su bolsa de cuero—. Aunque, conociéndoos, seguro que no habrá ninguno. —Le relucieron los ojos violetas cuando sacó un paquete envuelto con tela negra.

Vexa desenvolvió la tela y reveló dos dagas que me dejaron sin aliento. El recuerdo de otra entrega ceremonial me vino enseguida a la mente: cuando estuve parada delante de la Guardia de Sídhe mientras me otorgaban la daga con esmeraldas incrustadas en la empuñadura, símbolo de todo lo que querían que yo fuera. De todo lo que no era. Pero estas… eran las más bonitas que había visto nunca.

Las empuñaduras de obsidiana estaban envueltas en cuero negro y tenían puntos desgastados ya marcados en el agarre, como si aguardaran a mis manos. Unos sellos intrincados habían sido grabados en los pomos. Y las hojas estaban hechas de oro sólido, al igual que la espada de Aether. Sin embargo, lo que me llamó la

atención fueron las pequeñas esquirlas violetas incrustadas justo encima del guardamano, refulgiendo a la tenue luz.

—Vexa… —jadeé al darme cuenta de los fragmentos cristalinos—. Estos son de…

—¿La arcanita? Así es. —Los sostuvo en alto, manteniendo el trapo negro entre su piel y las armas—. Cada una ha sido marcada con un sello de unión. En cuanto tu piel toque las empuñaduras, te reconocerán como su dueña. —Había una mezcla de orgullo y nervios en su voz, como si no estuviera segura de cómo iba a recibir este regalo.

—¿Qué significa eso exactamente? —pregunté, incapaz de apartar la mirada de las hojas. Parecían palpitar con vida propia, todo lo contrario al peso frío y ceremonial de mi daga de Sídhe.

—Siempre volverán a ti en una batalla. Da igual que las arrojes, que las pierdas o que te las quiten. Encontrarán su camino de regreso. —Su sonrisa se hizo más grande—. También te llamarán, como un susurro al fondo de tu cabeza. Nadie más será capaz de usarlas en tu contra. Te pertenecen a ti, única y exclusivamente a ti.

Sentí un nudo en la garganta ante sus palabras.

—Vexa, esto es demasiado…

—Te las has ganado —me interrumpió; su tono no admitía réplicas —. Además, necesitaba un reto. Hacía mucho que no forjaba algo digno de un guerrero en condiciones.

De pronto, comprendí algo que había leído en los archivos.

—Las piedras de arcanita… —Alcé la vista hacia ella—. Hace un siglo, se forjaban armas aquí con ellas. Los guerreros podían de algún modo conectarlas con sus ataduras a través de los cristales.

—Quería comprobar esa teoría. —Vexa me guiñó un ojo—. Hay un motivo por el que he forjado dos dagas y no una espada. —Desvió la mirada a Aether—. Él me ha ayudado a encontrar textos antiguos

sobre armamento cristalizado. Las técnicas se habían perdido desde que comenzó la sequía.

Clavé los ojos en Aether, que nos observaba con una intensidad silenciosa. Por supuesto que había estado en el ajo.

—¿Y bien? —Vexa extendió las dagas—. Veamos si funcionan.

Con dedos confiados, cogí un arma en cada mano. En el instante en el que mi piel tocó las empuñaduras, lo noté, eran como dos latidos nuevos acompasándose a mi propio ritmo. Las armas parecían cantar contra mis palmas; su peso era perfecto.

Invoqué mis sombras, dejando que se enroscaran en torno a las hojas. A la vez, accedí a las profundidades de mi espina dorsal, tirando de la conocida telaraña iridiscente.

La respuesta fue instantánea. Violenta. Preciosa.

El cristal derecho estalló en luz, inundándose de una energía perlada que combinaba con mis ojos. Pura luz de las estrellas capturada en la piedra. El cristal izquierdo devoró toda la luz a su alrededor, llenándose de sombras retorcidas que parecían respirar.

Luz y oscuridad. Equilibrio.

—Por el Vacío —susurró Vexa—. Míralas, Aether.

—Responden a las dos partes de Fia —dijo en voz baja, acercándose para examinar las hojas—. Es increíble.

—Prueba a arrojarlas —añadió ella enseguida, parpadeando para alejar la emoción.

Titubeé solo un momento antes de girarme y lanzar las dos dagas a un árbol inerte que había a casi diez metros. Dieron en el blanco, enterrándose bien adentro en el tronco con un golpe seco satisfactorio.

Entonces, lo sentí. Un tirón. Como si unos hilos invisibles nos conectaran.

Con un solo pensamiento, las dagas se soltaron y giraron a través del aire como estrellas letales antes de golpear con fuerza mis manos expectantes. La sensación era electrizante, como encontrar miembros que no sabía que me faltaban.

«Qué puta pasada».

—Vaya —dijo Vexa con una sonrisa—, eso sí que ha hecho que todas las noches en vela en la forja merezcan la pena.

—No sé cómo agradecértelo —solté con la visión borrosa. Intenté recordar la última vez que alguien me había entregado algo tan significativo. Si es que alguna vez alguien me había entregado algo tan significativo.

—Tú solo úsalas bien. —Me agarró del hombro con fuerza—. Y trata de que no te maten antes de que pueda hacerte un set de cuchillos arrojadizos a juego. —Se detuvo, y luego me atrajo para darme un abrazo brutal—. Ahora eres una de nosotros —susurró.

Con un último guiño a Aether, Vexa se giró y se dirigió de vuelta al fuerte, dejándonos solos en el campo. Vi cómo se marchaba, con las dagas cálidas contra mis palmas, sintiendo por primera vez que de verdad encajaba en un sitio.

—Entonces… —Me volví hacia Aether, aún maravillada por cómo los cristales palpitaban con la energía doble—. ¿Estabas en el ajo?

Ese hoyuelo apareció cuando sonrió.

—Vexa se ha pasado todas las noches en la forja mientras te recuperabas. Yo he buscado en los archivos cualquier cosa de ayuda. —Clavó los ojos dorados en los míos—. Queríamos que tuvieras algo digno de lo que eres.

—¿Y qué soy exactamente? —Las palabras salieron con más suavidad de la que pretendía.

—El arma del reino, por supuesto. —Se aproximó más y pasó los dedos por una de las esquirlas de arcanita—. Así es como llamamos

a nuestra líder, a nuestra reina. —Sacudió la cabeza con una expresión maravillada en la cara.

—Haces que parezca mucho más impresionante de lo que soy.

—¿Yo? —Se puso serio—. Tú sobreviviste a la tortura de Valkan. Me salvaste la vida. Descubriste la verdad sobre los sifones y la arcanita. Nos pusiste en contacto con una resistencia creciente en Sídhe. Y ahora… —Paseó la mirada por el campo donde las diminutas briznas de césped se abrían paso entre la tierra marchita —. Ahora, estás devolviendo a la vida un reino que muchos habían dado por perdido.

El color me subió por el cuello antes de poder pararlo.

—No he hecho nada de eso sola.

—No —coincidió él—. Pero nos has dado algo que habíamos perdido. Algo que incluso yo había olvidado que fuera posible.

—¿El qué?

—Esperanza. —Me sonrió mientras me tomaba de la mano y tiraba de mí a través del campo muerto.

—Todavía queda mucho por hacer —admití.

—Las tropas de Valkan son la amenaza más inmediata —acabó diciendo Aether en voz grave—. Prevemos que su hermano reclame su título pronto.

—Lo sé. —Observé cómo el viento susurraba por la tierra gris, levantando polvo en el aire—. Y tenemos que darles tiempo a nuestros aliados en Sídhe para que planten sus semillas. Para que crezcan en número.

—¿Confías en que Laryk lo haga?

La pregunta no tenía ningún tono de juicio, solo de preocupación tácita.

—Confío en que nos ayudará —respondí despacio—. Aunque sus motivos no sean del todo puros.

—Dos guerras —replicó Aether en voz baja—. Una fraguándose al sur y otra en un reino a un mundo de distancia. Ambas con el poder de destruirlo todo.

Sentí el peso de todo aquello. Hace meses, me habría derrumbado bajo semejante presión, habría salido corriendo ante cualquier indicio de responsabilidad. No obstante, mientras miraba al otro lado de este campo marchito, hacia el fuerte que una vez había sido mi prisión, me di cuenta de lo mucho que había cambiado.

Recordé todas esas veces en Sídhe que me había atemorizado todo lo que me rodeaba, pero sobre todo yo. Querer cosas, desear, tener esperanza. Nunca me había permitido hacerlo. Sin embargo, ahora ardía con tanta intensidad en mi interior que no podía negar que había echado raíces para siempre.

Me fijé en el eclipse sobre nosotros, en los rayos de sol que sobresalían detrás de una luna que intentaba ocultarlos, como si fuera un reflejo de mis pensamientos.

El sonido de una hoja deslizándose contra el cuero me devolvió a la realidad. Me giré para encontrarme a Aether desenvainando su espada, aunque tenía los ojos clavados en el territorio más allá.

—¿Sabes? —preguntó con un tono extraño—. Hay una antigua tradición en Umbrathia. Una que viene y va a lo largo de la historia, según me han dicho.

Se volvió para encararme con una expresión en cierto modo mucho más seria que antes.

—Si alguna vez ha habido un momento más digno de ello, ese sería este.

Antes de poder procesar sus palabras, Aether arrodilló una pierna delante de mí y apoyó la espada sobre su regazo.

—¿Qué estás…?

—Jamás he comprendido la devoción por los poderes superiores —dijo, cortándome—. Jamás he entendido por qué la gente reza a dioses que guardan silencio mientras un reino muere. —Apretó la mandíbula—. Jamás me he entregado a nada parecido. Jamás he sentido la llamada.

—Aether…

—He estado aquí treinta años —continuó— tratando de comprender este mundo. Por qué llegué aquí. Si incluso tenía un propósito o si esto era algún tipo de castigo por cualquier atrocidad que hubiera cometido en mi otra vida. Creo que ahora lo entiendo. —Aether pasó la vista por el campo, deteniéndose en la arcanita, donde se acumulaba la esencia justo bajo su superficie cristalina—. Todas esas décadas aquí, todas esas noches en vela buscando cualquier significado a mi existencia…, han sido para que pudiera encontrarte.

El viento atrapó su cabello e hizo que le cayeran unos mechones oscuros por la cara cuando volvió a clavar los ojos en los míos. El corazón me retumbaba en el pecho ante la honestidad brutal de su mirada.

—Me entrego a ti —dijo con la voz del todo serena—. Mi vida, mis sombras, mi lealtad…, todo te pertenece ahora. No porque seas la heredera de este reino, sino porque eres lo único en lo que siempre he querido creer.

Me puse de rodillas enfrente de él, sintiéndome de repente indigna de tal devoción. Este hombre, que podía doblegar ejércitos a su voluntad, que podía destrozar la realidad con un pensamiento, que me había atraído por completo a su órbita incluso aunque los dos nos habíamos resistido, se estaba ofreciendo a mí como si yo fuera algo sagrado.

Alargué una mano para retirarle el cabello de la cara.

—No necesito un siervo. Te necesito a ti.

La intensidad de sus ojos casi me dejó sin aliento cuando me miró. Y no pude contenerme más. Me abalancé, enredándome a su alrededor, y deslicé los labios por su cuello y por sus mejillas hasta que me encontré con los suyos.

—Fia —murmuró contra mi boca antes de echarse hacia atrás y coger mi cara entre las manos—. Es tremendamente irrespetuoso interrumpir a un hombre cuando te está jurando su vida.

—Se me ocurren otras formas de expresar eso —susurré, inclinándome contra la mano que me sujetaba y mordiéndole el labio inferior.

Me estudió un instante, deslizando las manos por mi melena antes de presionar los labios contra mi garganta.

—¿Ahora? —murmuró en un tono peligroso.

—A menos que creas que tu juramento pueda esperar…

La flexión de su cuerpo a mi alrededor me interrumpió, y, en cuestión de segundos, me hallé entre sus brazos mientras me llevaba a través del campo hacia las profundidades de un bosque retorcido y desolado.

CAPÍTULO 58

Aún no habíamos llegado a la cama, ni siquiera a la puerta principal de su cabaña, antes de que sus labios encontraran de nuevo los míos.

—Lo que he dicho iba en serio —murmuró contra mi piel—. Cada palabra.

Recorrí con los dedos las quemaduras del Vacío a lo largo de su cuello, sintiendo cómo se le tensaban los músculos bajo mis caricias.

—Lo sé.

Presionó la frente contra la mía; nuestras respiraciones se entremezclaban.

—Jamás he deseado algo de la manera que te deseo a ti.

—Entonces, tómame —susurré.

Me agarró de la cintura mientras me guiaba por la puerta. Cuando la espalda se me pegó contra la pared, se detuvo y me miró a los ojos.

—¿De todas las formas que quiera? —Su rostro poseía una curiosidad peligrosa.

En vez de contestar, tiré de él para darle otro beso. Sus sombras se curvaron a nuestro alrededor mientras nos movíamos juntos por la oscuridad hasta que toqué con las piernas algo sólido.

Me tumbó sobre la cama con una caballerosidad que contrastaba mucho con el hambre de sus ojos. La luz tenue se filtraba por la

ventana, captando el metal de sus piercings, haciéndolos brillar contra su piel.

—No deberías quedarte mirándome así —dijo, y ese hoyuelo apareció cuando me dedicó una sonrisa.

—Y tú no deberías llevar tanta ropa. —Mis dedos encontraron los cierres de su uniforme.

Su risa fue grave y alta mientras me atrapaba las manos entre las suyas.

—Vas a tener que ser más rápida. —Me dio un beso en la palma —. Porque tengo planes para ti esta noche.

—¿Planes? —Arqueé una ceja, intentando ignorar cómo se me aceleró el pulso por su tono.

—Ajá… —Se cernió sobre mí—. He hecho un juramento, ¿recuerdas? Ahora tengo que adorarte como te mereces.

Las palabras se me enredaron en la lengua.

—Aether…

—Empezando por aquí —murmuró, presionando los labios contra mi garganta—. Y aquí. —Otro beso contra mi clavícula.

Trazó con la boca un camino hacia abajo mientras me desabrochaba la camisa. Antes de darme cuenta, me la estaba abriendo, exponiéndome a él.

—Divina —añadió en voz baja, deslizando las manos hacia el cierre de mis pantalones. En un instante, me los quitó también.

Me encontraba bocarriba sobre la tela, desnuda por completo mientras él se deleitaba con la vista. Alzó con suavidad uno de mis pies antes de besarme el tobillo y hacer que me revolviera.

—Te estás tomando tu tiempo, desde luego —susurré.

—Paciencia. —Me rozó con los dientes la piel de la pantorrilla—. ¿Cómo si no puedo demostrar que soy un devoto? —Arqueó una ceja con el labio ya curvándosele en las comisuras.

Se me pusieron los ojos en blanco mientras se me escapaba una carcajada, pero eso no detuvo a mis brazos de alcanzarlo a él otra vez. Quería borrarle esa sonrisa de suficiencia de la cara, a ser posible con la boca. Él tan solo me sonrió, sacudiendo la cabeza, continuando su subida enloquecedoramente lenta por mis piernas.

Cuando sus labios al fin llegaron a mi cadera, no pude evitar soltar un ruidito. Me miró con los ojos oscuros de deseo. Esa mirada debería ser ilegal. Desde luego, la manera en la que me hacía sentir lo era.

—La gente adora en los altares, ¿no?

Asentí, sintiéndome casi aturdida.

—Tus caderas pueden ser el mío. —Pude notar su sonrisa traviesa cuando las palabras resonaron contra la parte interior de mi muslo. Abrí las piernas por voluntad propia.

Su jugueteo hacía que el cuerpo me pidiera más. Intenté arquear las caderas hacia su boca errante, pero él soltó un sonido de desaprobación y me retuvo con firmeza contra el colchón con un brazo. Me mordió la parte interior del muslo, provocándome un gemido antes de pasar a mi otra pierna y dejar un rastro de calor a su paso.

Iba a volverme loca.

—Aether —susurré con la voz entrecortada por la desesperación.

—¿Sí? —Su aliento avanzó con sigilo sobre mi piel, haciendo que me estremeciera—. Dime lo que quieres.

Apenas podía pensar con lucidez; cada una de mis terminaciones nerviosas vibraba de expectación. El modo en el que me sostenía, el control de sus movimientos a pesar del deseo de sus ojos, era enloquecedor. Esto difería mucho de nuestra primera vez, cuando nos dejamos llevar por la desesperación y la necesidad. Ahora, él

parecía decidido a tomarse su tiempo, a reducirme a nada más que deseo.

Me había pasado toda la vida huyendo del poder, del deseo, de cualquier cosa que amenazara con consumirme. No obstante, la manera en la que me tocaba él ahora me hacía querer arder.

—Yo… —Las palabras se me quedaron atascadas en la garganta mientras me rozaba con los labios la piel sensible del interior del muslo de nuevo.

—¿Tú qué? —Ese puñetero hoyuelo apareció cuando sonrió contra mi piel—. Usa tus palabras, princesa.

El título que una vez fue una burla ahora ostentaba una deliciosa veneración. Le enredé los dedos en el pelo mientras él continuaba su tortuoso y lento recorrido.

—Estás disfrutando de esto demasiado —dije, aunque la acusación perdió su mordacidad cuando salió más como un gemido.

Su risa baja retumbó contra mí.

—Por supuesto que sí. —Me rozó la piel con los dientes—. Me encanta verte así, sonrojada y retorciéndote debajo de mí.

Quise contestar con alguna ocurrencia ingeniosa, pero, cuando deslizó la boca más arriba, todos los pensamientos coherentes abandonaron mi mente. Su aliento susurraba sobre mi clítoris, provocándome escalofríos en la piel.

—¿Aquí es donde me quieres? —Acarició con los labios mi centro. Se tomó mi gemido en respuesta como una afirmación y por fin presionó la lengua contra mí.

El cuerpo se me había retorcido tanto por la anticipación que el movimiento repentino hizo que pusiera los ojos en blanco. Otro círculo con su lengua y estallé en llamas. Casi fue demasiado. Los muslos comenzaron a cerrárseme y él me los abrió de nuevo con fuerza.

Aether parecía estar memorizando cada uno de mis movimientos y reacciones, reparando en cada jadeo y estremecimiento, aprendiendo con exactitud lo que me hacía gritar su nombre. Me inmovilizaba con manos firmes mientras movía la boca sobre mí, negándose a dejarme escabullirme.

El ritmo jamás flaqueó mientras lo hacía; su determinación crecía con cada sonido que se me escapaba de los labios. Unos zarcillos oscuros empezaron a filtrársele de las quemaduras del Vacío y a enroscarse en el aire como humo. Me acariciaron la piel acalorada hasta que se detuvieron, pasaron por uno de mis pezones y me provocaron un jadeo por la nueva sensación. Las sombras parecían seda y hielo a la vez, trazando caminos de una tortura deliciosa a través de mi piel.

La forma en la que nuestras oscuridades se fusionaban ahora era distinta. Ya no eran dos fuerzas individuales que colisionaban, sino algo inevitable. Como si nuestras mismísimas esencias se buscaran la una a la otra y reconocieran a su otra mitad.

—Mírame —me ordenó entre movimientos. Al clavar la vista en él, pude haber jurado que tenía una sonrisa en los labios mientras se detenía. Se le movieron los hombros cuando me retiró la mano del muslo. Exhalé con dificultad al tiempo que él deslizaba un dedo en mi interior.

Se me arqueó la espalda en respuesta y se me cayó la cabeza contra el colchón de nuevo.

—No te escondas ahora, princesa. —Su aliento jugaba con mi sensibilidad—. Quiero verte.

Permití que mis brazos se deslizaran por las sábanas y me incorporaran lo suficiente como para apoyarme en los codos, y, en cuanto hicimos contacto visual de nuevo, su boca volvió justo a donde la quería; su lengua regresó a ese baile devastador de antes.

La pasión de sus ojos combinada con la presión de sus dedos me provocó oleadas de placer por el cuerpo. Las sombras se volvieron más intensas y se enroscaron alrededor de mis extremidades, filtrándose en lo más profundo de mi ser.

El resto se desvaneció hasta que solo quedó el filo de ese dulce olvido una vez más, y me estaba precipitando hacia ese abismo; su boca me lamía, sus dedos se introducían más al fondo mientras las sombras me inundaban, llenándome con esa oscuridad embriagadora que había llegado a conocer tan bien. Se me oscureció la visión durante un segundo mientras las absorbía; el placer casi fue demasiado de soportar. La combinación era el tormento más exquisito, algo que nunca había experimentado antes.

La presión continuó, creando algo devastador; el asalto amenazó con deshacerme por completo. Se me empezó a volver borrosa la visión por los bordes; mi mundo se redujo a este instante, a nosotros.

—Córrete para mí —murmuró.

Y, entonces, caí por el abismo del acantilado.

Unas oleadas de placer me inundaron. Las sombras a nuestro alrededor latieron con fuerza, acompasándose al ritmo de mi liberación mientras Aether me acompañaba con sus movimientos, suavizándolos a medida que yo descendía de las alturas.

Se alzó y se colocó de rodillas. En un movimiento fluido, se quitó la camisa por encima de la cabeza y me dio un momento para admirar la manera en la que los músculos se le movían bajo la piel marcada por el Vacío, el modo en el que se iban estrechando hasta formar una V perfecta. Las quemaduras trazaban patrones como humo por su pecho y sus brazos; la bruma negra aún emanaba de ellas como vapor.

—¿Ves algo que te guste? —Ese hoyuelo apareció cuando me pilló mirándolo.

—Ya sabes lo guapo que eres —contesté en voz baja, estirando un brazo hacia él.

Aether se inclinó sobre mí.

—¿Guapo? —Me dio un beso en el cuello—. Así no es como suele describirme la gente.

—¿Letal entonces? —sugerí, recorriéndole el pecho de arriba abajo con los dedos—. ¿Misterioso? ¿Melancólico?

—Mucho mejor.

—Es evidente que lo que fuera que aprendieras en tu vida pasada está dando sus frutos —me burlé, aunque me encontraba sin aliento —. Tal vez perder tus recuerdos no sea tan trágico después de todo.

Su risa fue grave y profunda mientras los músculos se le flexionaban contra mi piel.

—Te aseguro que, en lo que a ti respecta, todo es cuestión de instinto. —El calor de su cuerpo contra el mío provocó que se me escapara un jadeo de los labios—. Pero sí que disfruto viendo cómo te corres.

—No te pega ser tan creído —logré responder, aunque no pude evitar recorrer con los dedos los relieves marcados de su pecho.

—¿No? —Los ojos dorados le resplandecían por la diversión—. Y aun así parece que no puedes apartar las manos de mí.

—Podría parar —amenacé, pero mis manos ya estaban buscando la cinturilla de sus pantalones.

—No te atreverías. —Atrapó mi labio inferior entre los dientes.

Se me aceleró el corazón mientras lo ayudaba a deshacerse de la barrera que quedaba entre nosotros. Cuando capturó mi boca con la suya otra vez, el beso fue profundo y voraz, estaba lleno de

promesas. Sentirlo contra mí hizo que envolviera las piernas alrededor de su cintura por instinto, atrayéndolo más.

—¿Despacio y constante esta vez? —murmuró contra mis labios, temblando por la contención.

—Ya me has torturado bastante —contesté, alargando el brazo entre los dos para agarrarle la polla.

Su respuesta fue un gemido profundo mientras sus caderas arremetían contra mi mano.

—Mira quién está impaciente ahora —me burlé, aumentando la presión de mi agarre mientras movía la mano hacia arriba por su miembro.

—Fia —jadeó contra mi cuello—, me vas a matar.

—Pues menuda forma de morirse, la verdad —susurré, sonsacándole otra carcajada profunda antes de bajar la mano por su polla de nuevo. Cuando levantó la cabeza, algo tras sus ojos pareció quebrarse.

De pronto, estaba sentado, clavándome los dedos en la carne mientras alzaba una de mis piernas por encima de su hombro y me atraía hacia él. Una mirada depredadora había reemplazado al humor de hacía unos segundos.

Me apretó con más fuerza el muslo, con la otra mano entre mis piernas, colocándose en mi entrada.

—Estás muy mojada —musitó con la voz ronca.

Se me escapó un gemido de la garganta mientras él metía la punta de su polla en mi interior, lo justo para hacerme anhelar más. Abrí la boca para suplicar, pero él se quedó mirándome con un deseo salvaje en su expresión. Entonces, se retiró con un gruñido. Toda su postura era desencarnada y desenfrenada, al borde de un precipicio peligroso y excitante. Continuó su tortura silenciosa; los ojos se le oscurecían a cada movimiento hasta que se detuvo.

—Tengo intención de devorarte —sus palabras salieron ásperas mientras me agarraba del tobillo— hasta que no puedas recordar nada más que mi nombre.

Y, en un movimiento fluido, embistió contra mí, balanceando mi cuerpo contra las sábanas mientras yo gritaba. Él soltó un gemido mientras me sujetaba de la cadera. Salió y solo se detuvo unos segundos antes de enterrar cada centímetro en mi interior.

Otra vez.

Y otra.

Sus movimientos eran implacables, cada acometida más profunda que la anterior. La posición me dejó por completo a su merced, con la pierna apoyada en su hombro mientras el control comenzó a quebrarse detrás de aquellos ojos de oro líquido.

La estructura de la cama protestaba bajo nosotros; el cabecero golpeaba la pared con cada movimiento devastador. Clavó los dedos en mi cadera, manteniéndome exactamente donde me quería mientras el cuerpo me temblaba debajo de él. Si así era cómo morían las estrellas, entre llamas, furia y perfecta destrucción, entonces me dejaría arder con ellas hasta que no hubiera nada más que oscuridad infinita.

Las sombras que salían de él parecían resplandecer con nuestra necesidad compartida, oscureciendo la habitación hasta que no quedamos más que nosotros, más que este momento perfecto de conexión.

—Los ruidos que haces —gruñó con la voz ronca—. Quiero oírlos más. —Me sujetó con más fuerza la pierna, ajustando el ángulo hasta que un gemido salvaje se me escapó de la garganta, y él se quedó clavado en el sitio, embistiéndome cada vez más rápido—. Eso es —susurró, observando mi reacción con aquellos ojos imposiblemente oscuros—. Pero todavía no estás gritando. —Un

fuego líquido me inundó cuando me agarró la pierna libre y se la puso encima del otro hombro. Sus empelladas jamás cesaron mientras presionaba las manos contra mis muslos hasta que casi me tocaron el pecho.

La presión iba creciendo, casi insoportable a cada movimiento que me acercaba más a ese abismo perfecto.

—Aether —jadeé, clavándole los dedos en los brazos.

—Lo sé —gruñó, los últimos vestigios de su control estaban empezando a desvanecerse—. Puedo sentir lo cerca que estás. —Las sombras a nuestro alrededor se precipitaron hacia mí, acompasándose a su ritmo cada vez más frenético hasta que las detuve; mi mente se agudizó cuando las redirigí de vuelta a sus quemaduras del Vacío.

El gemido que se le escapó casi hizo que me corriera.

Ambos éramos monstruos a nuestra manera; ambos tocados por la oscuridad y marcados por poderes que ninguno entendíamos, no del todo. Quizá ese era el motivo por el que aquello parecía tan correcto, tan perfecta y totalmente predestinado. Como encontrar la pieza que faltaba de una espada hecha añicos.

Verlo encima de mí, abandonado por completo al placer, me hizo dirigirme hacia el precipicio. El cabello que por lo general llevaba hacia atrás ahora le caía por la cara; el sudor le relucía en el pecho mientras presionaba mis piernas más, inclinándose sobre mí hasta que estuve jadeando.

El nuevo ángulo me hizo ver las estrellas; cada embestida era más profunda que la anterior. Cada centímetro de mí se sentía como una descarga, ardiéndome allí donde su piel tocaba la mía. Mi cuerpo lo anhelaba de formas que nunca creí posibles, como si alguna parte de mí hubiera estado aguardando esto. Justo esto.

—Eres perfecta —jadeó con la voz entrecortada por el esfuerzo—. Tan perfecta, acogiéndome así…

Su voz, por lo general muy controlada, estaba muy ronca por la necesidad. Me provocó cosas que no era capaz de explicar. Cosas enloquecedoras y embriagadoras. Me hacía querer demostrarle que tenía razón.

Lo agarré de los brazos, sintiendo cómo sus músculos se flexionaban bajo mis dedos, y le clavé las uñas. Me penetró una vez más.

Y otra.

Y otra más.

—Por favor —rogué, aunque apenas reconocí mi propia voz—. Aether, necesito…

—Dime —me pidió, con su propia voz entrecortada—. Dime lo que necesitas.

—Déjate llevar conmigo —jadeé, y de pronto bajó el ritmo y lo reemplazó por una fuerza brutal. Fue un tormento precioso y electrizante mientras sentía cómo me invadía cada glorioso centímetro de su polla, haciendo que perdiera la cordura. Estaba temblando en el abismo de ese olvido de nuevo. Cada terminación nerviosa pareció estallar en llamas cuando tensó las manos alrededor de mis muslos y un gemido bajo retumbó en su interior.

—Córrete para mí —gruñó—. Quiero sentir cómo te dejas llevar.

Cuando el placer me invadió, se me arqueó la espalda de la cama, se me curvaron los dedos de los pies y la mente se me puso en blanco de un modo delicioso. El éxtasis me recorrió las entrañas, cada oleada me amenazaba con arrastrarme más. La sensación de oscuridad que me inundaba mientras él me llenaba era devastadora, como si me devorara y me reconstruyera a la vez. Las sombras parecieron abrirse paso en fragmentos a través de mis venas hasta

que me desmoroné a su alrededor. Me dejé hacer pedazos. Me dejé romper. Él recogería cada pieza.

Aether perdió el control por completo entonces. Sus movimientos fueron más erráticos, desesperados, mientras sus propias sombras extinguían el resto de la luz; se hizo añicos un cristal en algún lugar más allá, al tiempo que él me seguía hacia ese perfecto olvido.

Nos quedamos así durante un largo instante, temblando y sin aliento. Cuando él al final se movió, fue para apartarme el pelo de la cara. Me bajó las piernas de sus hombros, ahora con manos delicadas y masajeándome los músculos que se habían tensado.

Los dedos le temblaban ligeramente contra mi piel mientras recuperábamos poco a poco el aliento. Me pregunté si él sabía que le temblaban las manos, si se había percatado de cuánto había revelado de sí mismo en esos momentos de silencio. Entonces, se tumbó junto a mí, examinando la habitación. La destrucción en torno a nosotros se hizo evidente: los trozos de cristal de la ventana estaban esparcidos por el suelo de madera; las sábanas, arrancadas de la cama, y los muebles, descolocados.

—No quería… —empezó a decir, pero lo callé con un beso.

—Ha merecido la pena —contesté en voz baja contra sus labios.

—Creo que me has roto la cama —murmuró bajo una sonrisa.

—Estoy bastante segura de que has sido tú. —Me recoloqué para mirarlo mejor—. Aunque no me quejo.

Su risa fue grave mientras me atraía hacia su pecho.

—Solo tendré que construir una más robusta.

—Entonces ¿tienes intención de que esto se convierta en algo habitual?

—Pues claro. —Alzó una ceja—. Me tomo mis votos muy en serio.

Puse los ojos en blanco mientras me acomodaba contra él, con el sonido de los latidos de su corazón arrullándome antes de darme

cuenta de lo tarde que se había hecho.

—Deberíamos volver al fuerte —murmuré, dándole un beso en el pecho.

Pero él me sostuvo contra sí, bloqueando mis movimientos.

—Mañana —susurró contra mi pelo—. Quiero una noche perfecta más contigo antes de que el mundo vuelva a derrumbarse a nuestro alrededor.

Y, con esas palabras, ya se me estaban cerrando los ojos; el sueño me invadió desde todas direcciones, maravilloso y agradable.

Hasta que comencé a soñar.

CAPÍTULO 59

El sonido de unas botas reverberaba a través de unos pasillos abovedados. Tenía los ojos clavados en el suelo de mármol y solo los alcé cuando nos aproximamos a una puerta decorada. Al otro lado, se extendía una lujosa sala del trono con unos rayos dorados colándose a través de las vidrieras situadas en lo alto.

El cuerpo que habitaba se movió con la familiaridad de alguien que ha caminado por estos salones miles de veces, con pasos confiados. Mantuve la espalda erguida mientras me colocaba cerca del trono y me volvía hacia la multitud congregada. Otros guardias estaban firmes alrededor del perímetro con los rostros tan inmóviles como las paredes de piedra que nos rodeaban.

Observé mientras la sala hacía una reverencia al unísono, notando cómo una presencia llenaba el espacio a mis espaldas. Por mucho que quise volver la vista, no pude.

—Como muchos de vosotros sabéis, hay una guerra fraguándose en nuestra frontera occidental. —Una voz fuerte de mujer resonó a través de la sala; cada palabra cortaba el silencio como una hoja—. Las innumerables bajas han sido devastadoras para la isla.

Su voz me sonaba, aunque no lograba ubicarla.

—Pero ahora hemos descubierto que alguien de nuestras filas nos ha traicionado. Está trabajando en contra de nuestros planes de paz. Alimentando un odio hacia precisamente quienes le ofrecieron

refugio. —Se detuvo, dejando que el miedo se propagase entre la multitud antes de proseguir—: Su nombre es Fia Riftborne.

«¿Cómo?».

Los murmullos se extendieron, haciéndose más fuertes a cada segundo que transcurría.

—Se ha unido al enemigo a través de una grieta entre mundos, ha huido a un reino de monstruos, buscando asilo allí antes incluso de que supiéramos las trampas que había dejado a su paso.

La voz se volvió más fría con cada palabra.

—Ya ha cometido su primer acto de traición, y uno tan oscuro que me resulta difícil expresarlo en voz alta. Uno cuyo objetivo es hacernos mucho daño. Aniquilar nuestro espíritu.

—¡Traidora! —gritó alguien entre la multitud, desencadenando una oleada de voces enfurecidas.

—Estad atentos, amigos míos —susurró la voz—, porque no ha actuado sola.

Se produjo un sonido de arrastre, del metal arañando la piedra. Al fin, los ojos siguieron el movimiento, y la confusión me invadió ante lo que vieron. Ma estaba allí de pie entre dos hombres con uniformes verde esmeralda que le sujetaban los brazos con las manos enguantadas mientras la arrastraban hacia delante. Su cabello lleno de canas se le había soltado del moño y todavía tenía manchas de hibisco en las manos cuando la obligaron a arrodillarse ante el trono.

Quise correr, chillar, moverme, hacer cualquier cosa para detener lo que estaba a punto de ocurrir. Sin embargo, me quedé paralizada, atrapada en este cuerpo que no respondía a mis órdenes desesperadas.

—Maladea Thiston. Expón tus crímenes contra la Corona. —La voz destilaba maldad, casi regocijándose en su acusación.

Ma frunció el ceño cuando alzó la vista; a continuación, escupió en dirección al trono. El escupitajo de saliva aterrizó a pocos centímetros de los impecables escalones de mármol.

La multitud jadeó. El acero siseó contra el cuero cuando las espadas se desenvainaron.

—Si la traidora no confirma ni niega los cargos, entonces, me temo que no me deja otra opción. —La pausa flotó en el ambiente, cargado de anticipación—. Maladea Thiston, por la presente, se te acusa del asesinato del rey Sydian.

La conmoción se propagó por la multitud como una oleada antes de que la sala se quedara del todo en silencio. El corazón me retumbaba con tanta fuerza que podría haberse salido de esta caja torácica prestada.

—Se te encomendó proveer a la Guardia de Sídhe con unos tónicos destinados a facilitar la lucha contra nuestro enemigo. Te confiamos nuestras vidas, nuestro pueblo y el futuro de este reino. Y, aun así, esa chiquilla que trabajaba para ti te ha conducido a la oscuridad.

Ma apretó la mandíbula, pero permaneció callada, desafiante.

—Has colado una botella de vino envenenado en nuestro envío más reciente, uno dirigido al propio rey.

Los jadeos se extendieron entre la multitud y unas voces gritaron de horror y rabia. Sin embargo, Ma se limitaba a mirar hacia la voz, inmóvil y con los hombros erguidos pese al agarre de los guardias.

—Por tal ofensa, no tengo más remedio que sentenciarte a muerte.

Se me heló la sangre en las venas.

«No. No. No».

Los vítores estallaron en la sala, rebotando en el mármol y el cristal hasta que se convirtieron en un rugido ensordecedor.

La furia amenazó con quemarme viva.

—Los que estáis de pie delante del trono, volveos para mirarme. —La voz se abrió paso a través del caos—. ¿Quién se presenta voluntario para llevar a cabo la tarea?

Despacio, cada guardia, incluido el del cuerpo que yo habitaba, se giró hacia el trono. Cuando mis ojos prestados se alzaron hacia arriba, el tiempo pareció congelarse.

La mujer sentada en el trono dorado llevaba la corona de la reina Ophelia y vestía las familiares sedas esmeralda de la realeza de Sídhe. Sus bucles rubios le caían por los hombros tal y como recordaba de los pasillos de palacio.

Pero esos ojos…

Esos inquietantes ojos ónice.

«No».

Mirándome desde arriba, se encontraba el rostro de Vilda Valtýr, tan joven y llena de vida como había aparecido en mi último sueño.

Recordé a aquella chica a la que jamás permitían asistir a bailes, siempre a la sombra de su hermana duskbound.

Y luego pensé en cómo nunca me había enterado de cuál era su atadura.

La comprensión me golpeó como un puñetazo. Mi mente se negaba a aceptar lo que tenía justo delante de mí, incluso aunque las piezas encajaban entre sí con una claridad devastadora.

Por los Esprithe.

Vilda Valtýr no estaba muerta: ella era el sifón.

La sorpresa me atravesó, y hasta en este cuerpo prestado sentí cómo perdía el control. Laryk dio unos pasos adelante de la fila de guardias. Cada uno de ellos arrancaba chillidos silenciosos de mi garganta.

«No».

La reina le tendió una espada con esmeraldas incrustadas, y aquello me dio arcadas.

Las voces a mi alrededor se volvieron apagadas y amortiguadas, como si me estuviera hundiendo bajo el agua. A través de la neblina, escuché que alguien dijo mi nombre, pero parecía que procedía de otro mundo.

El cuerpo que habitaba permaneció inmóvil mientras Laryk desaparecía de la vista.

«¡No!». Recé para que mi boca gritara, recé para que mi cuerpo se moviera, para que detuviera lo que estuviera sucediendo a mis espaldas. Pero no podía moverme. No podía moverme, joder.

Cuando Laryk regresó unos segundos después, la hoja prístina se había llenado de carmesí, y algo en mi interior se hizo añicos por completo.

Abrí los ojos de par en par y vi unas vigas de madera a centímetros de mi cara. La oscuridad estalló a mi alrededor como una tormenta; los muebles se astillaron conforme mis sombras arrasaban la cabaña. El cristal se rompió, la madera se rajó, y, en algún lugar bajo el caos, escuché a Aether llamarme.

Caí sobre la cama con la respiración saliéndome en jadeos entrecortados y el cuerpo empapado de sudor. Aether llevó las manos a mi cara al instante y su tacto me ancló mientras los temblores me recorrían entera.

—¿Qué ha ocurrido? —Sus ojos dorados buscaron los míos, llenos de preocupación.

Parpadeé y contuve el sollozo que amenazaba con brotarme de la garganta. La imagen de la espada de Laryk cubierta de sangre ardía en mi cabeza.

—Guerra —solté con la voz destrozada—. Vamos a la guerra.

AGRADECIMIENTOS

A nuestros lectores que se enamoraron de Fia en *Riftborne* y han esperado con paciencia —o no tanta— ver hacia dónde se dirigía su viaje: gracias. Vuestro entusiasmo, teorías y apoyo infinito han hecho que escribir esta secuela sea tanto terrorífico como maravilloso.

A nuestro editor, Awo Ibrahim: nos encontraste en el mundo *indie* y lo cambiaste todo. Gracias por apostar por nosotras y por Fia.

A nuestros increíbles lectores alfa: Lizzy Trauer, Emily Nassar, Ashley Craven, Alyssa Puma, Kalea Jones y Caitlin Callaghan: gracias por detectar nuestras incongruencias en la trama, hacernos preguntas difíciles y ser nuestra primera línea de defensa. Vuestra opinión ha dado forma a este libro de muchas maneras y os estaremos siempre agradecidas por vuestro apoyo y honestidad.

A nuestro increíble Street Team: habéis apoyado esta saga desde el primer día y habéis difundido la palabra de la historia de Fia con mucha pasión y dedicación. Vuestro entusiasmo y creatividad continúan sorprendiéndonos.

A las comunidades de BookTok y Bookstagram: vuestro ánimo, memes y amor compartido por los hombres moralmente grises nos tienen haciendo revisiones sin parar. La manera en la que habéis acogido este mundo y a estos personajes significa mucho para nosotras.

A nuestras familias, que aguantan nuestras divagaciones interminables: gracias por seguirnos el rollo incluso cuando dejamos de tener sentido. Vuestro apoyo inquebrantable es muy importante para nosotras.

A nuestros novios, que jamás se quejaron cuando desaparecíamos en Umbrathia durante horas: estos libros no existirían sin vuestro apoyo y paciencia.

Y, por último, a todos los que tienen este libro en sus manos: gracias por acompañarnos en este viaje. La historia de Fia lo es todo para nosotras y es un honor compartirla con vosotros.

Encontrarás más información sobre las autoras a través de este QR:



La épica continuación de Riftborne llega con más intriga, romance y giros inesperados.



Un amor predestinado.
Una traición costosa.
Una guerra inminente.

Fia Riftborne pensaba que unirse a la Guardia de Sídhe sería la decisión más difícil de su vida. Pero se equivocaba.

Capturada por aquellos contra quienes juró luchar, descubre una verdad devastadora que pone patas arriba todo lo que creía saber. Sobre los Aossí, sobre Sídhe… y sobre sí misma.

Lo único seguro es que el poder de Fia está ligado a la supervivencia de la isla. Pero responder a la llamada del Vacío que le otorgó su fuerza significa traicionar a todos los que dejó atrás: la Guardia, sus

amigos…, incluso Laryk, el comandante cuya oscuridad parece reflejar la suya propia.

En una guerra donde nada es lo que parece, elegir el bando equivocado podría costarle todo…, incluido el hombre que amenaza con robarle el corazón.

Bree Grenwich y **Parker Lennox** son dos almas gemelas platónicas casi inseparables desde que se conocieron a los 19 años. Su pasión compartida por la fantasía, las heroínas poderosas y los romances intensos las llevó a cumplir su sueño de escribir juntas su debut, Riftborne. Cuando no crean mundos llenos de empoderamiento femenino y relaciones cautivadoras, ven reality shows o comentan su última partida de Dungeons & Dragons.

Bree disfruta del tiempo con su novio, a quien describe como un hombre "escrito por una mujer". Piscis de manual, encuentra refugio en fines de semana junto al mar o un lago, leyendo con música de fondo. También le fascinan lo paranormal y lo esotérico, elementos que se filtran en su escritura.

Parker divide su tiempo entre el sur de Estados Unidos y Burdeos (Francia), donde visita a su novio. Artista de vocación, canaliza su creatividad en el diseño gráfico, la fotografía y la cocina, siempre con masa madre fermentando de fondo.

Juntas escriben adictivas novelas de romantasy para el público new adult.



Título original: *Duskbound*

Primera edición: julio de 2026

© 2025, Parker Lennox y Bree Grenwich
© 2026, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 2026, Tomislav Tomic, por la ilustración del mapa
© 2026, Palma Carvajal e Inma Rodríguez, por la traducción

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial / Adaptación del original de Emma Rogers
Ilustración del vördr: Parker Lennox
Otras ilustraciones de portada: @ stock.adobe.com

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. De conformidad con lo dispuesto en el art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021, de 2 de noviembre, nos reservamos expresamente la reproducción y el uso de esta obra y de todos sus elementos mediante medios de lectura mecánica y otros medios adecuados a tal fin. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 979-13-87949-67-9

Compuesto en punktokomo.com

Facebook: PenguinEbooks
Facebook: somosinfinitos
X: @somosinfinitos
Instagram: @somosinfinitoslibros
Youtube: penguinlibros
Spotify: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro.»

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

Penguinlibros

Índice

Duskbound
Anteriormente en Riftborne
Glosario
Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23

Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Capítulo 55
Capítulo 56
Capítulo 57
Capítulo 58
Capítulo 59

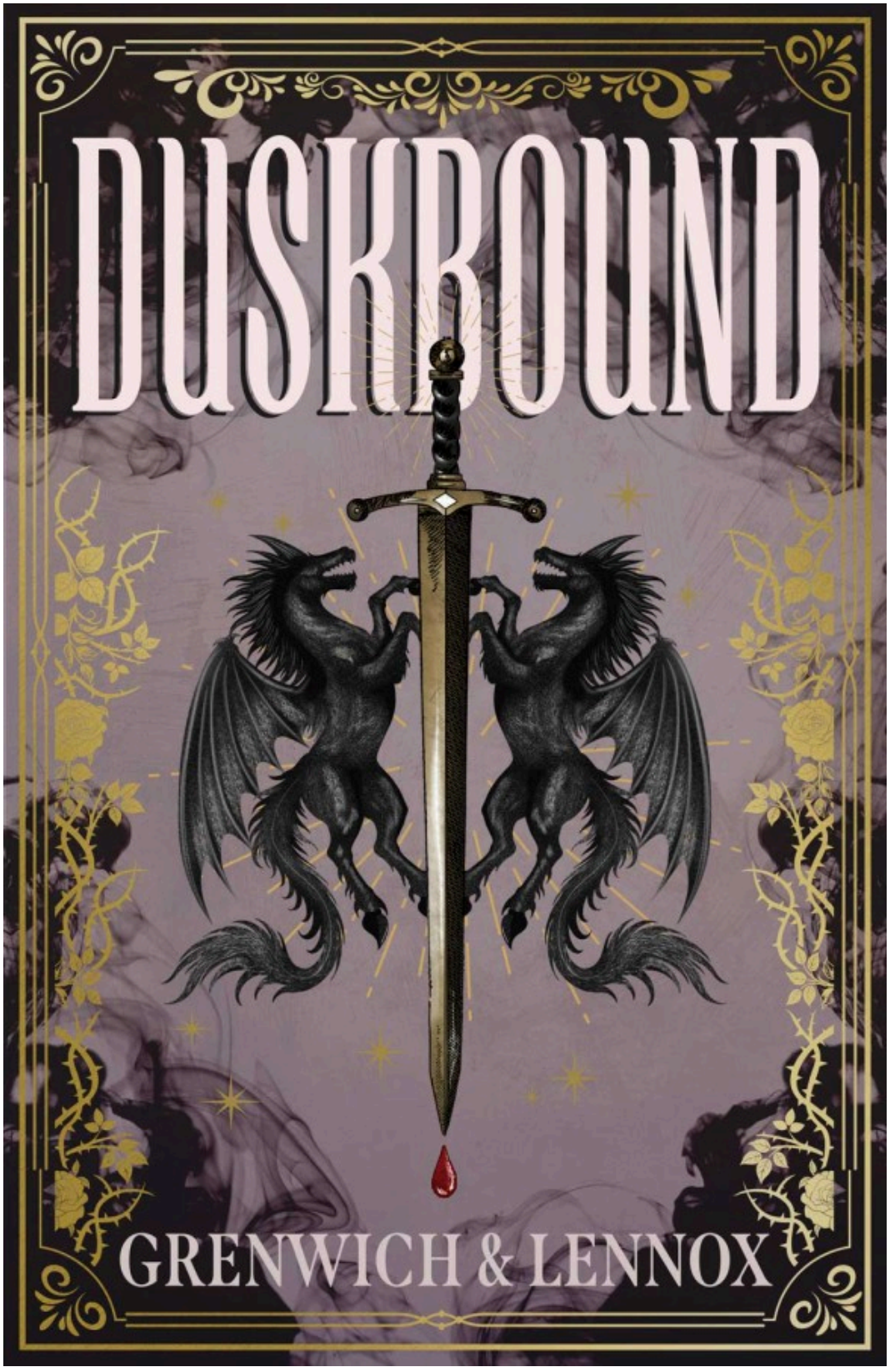
Agradecimientos
Sobre este libro
Sobre Bree Grenwich y Parker Lennox
Créditos

Contenido

Duskbound
Anteriormente en Riftborne
Glosario
Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23

Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Capítulo 55
Capítulo 56
Capítulo 57
Capítulo 58
Capítulo 59

Agradecimientos
Sobre este libro
Sobre Bree Grenwich y Parker Lennox
Créditos


DUSKBOUND
GRENWICH & LENNOX